



Sanidad *del* alma herida:

Camino a la sanidad interior

Arline de Westmeier

Sanidad *del* alma herida: *Camino a la sanidad interior*

Muchos problemas afligen a los humanos:

- Si soy cristiano, ¿cómo puedo aceptar que todavía sufra por los traumas del pasado?
- ¿No ha sido perdonado todo mi pasado? ¿Por qué, entonces, me siento todavía deprimido e inferior a los demás?
- ¿Cómo podré perdonar a alguien que me ha hecho tanto daño?
- ¿Si Dios me ama tanto, ¿por qué no me saca del lío en que estoy metido?
- ¿Cómo puedo consolar a los que pasan por un gran sufrimiento?

Valiéndose de muchas ilustraciones tomadas de su experiencia de consejera en el campo misionero, Arline Westmeier demuestra que Jesús murió para sanar nuestras heridas psicológicas lo mismo que para perdonar nuestros pecados y curar nuestras enfermedades.

Compre 5 y reciba 1 ¡GRATIS!
 en el "Club de libros" de  Editorial Unilit

497286	Avivamiento que viene	Bright
498415	Babilonia renace	Dyer
550072	Bendición o maldición	Prince
498414	Buenos días, Espíritu Santo	Hinn
497540	Cien lecciones bíblicas	Douglas
497726	Cinco lenguajes del amor	Chapman
498017	¿Con quién me casaré?	Palau
498395	Con razón lo llaman el Salvador	Lucado
498561	Cuando lo que Dios hace no/sentido	Dobson
498341	Desatad a ese hombre y dejadle ir	Jakes
497385	En busca de los tesoros del templo	Price
550106	Espíritus territoriales	Wagner
497271	Guerra espiritual	Warner
498344	Librito de instrucciones de Dios	Honor Bk.
498345	Librito de instruccion/Dios/mujeres	Honor Bk.
498521	Manantiales en el desierto Vol. II	Cowman
497678	Más que un carpintero	McDowell
497389	Momentos de quietud/matrimonios	Wright
498340	Mujer ¿eres libre!	Jakes
498583	Rumbo a la ocupación mundial	Kah
490264	Sanidad del alma herida (Vol.1)	Westmeier
497667	Señal: Profecía bíblica, La	Van Kampen
497674	Siete secretos de los padre eficaces	Canfield
550073	Sorprendido por el poder/Espíritu Santo	Deere
498550	Tu andar diario/rústica	Wilkerson
497468	Una voz en el viento	Rivers
498567	Victoria sobre la oscuridad	Anderson

¡Más de 700 títulos para escoger!

Solamente disponibles en su librería cristiana más cercana.

SANIDAD DEL ALMA HERIDA: CAMINO A LA SANIDAD INTERIOR



**ARLINE DE
 WESTMEIER**



Indice

Publicado por
Editorial Unilit
Miami, Fl. U.S.A
Derechos reservados

Primera edición 1991

Derechos de Autor ©1989 por Arline M. Westmeier
Todos los derechos reservados. Este libro o porciones no
puede ser reproducido sin el permiso escrito de su autor.

Citas bíblicas tomadas de Reina Valera, (RV)
revisión 1960 ©Sociedades Bíblicas Unidas
Usada con permiso.

Diseño de portada: Héctor Lozano

ex libris eltropical

Producto 490264
ISBN 1-56063-105-8

Printed in Colombia.
Impreso en Colombia.

Prefacio	7
1. Sanidad integral	11
2. Función de la mente	23
3. Necesidades humanas básicas	35
4. Complejos de inferioridad	51
5. Sanidad de la identidad	59
6. Obstáculos para decir la verdad	73
7. Ocultismo y entrega a Cristo	81
8. Oración guía para sanidad interior	89
9. Cómo retener la sanidad interior	97
10. Una vida útil para Dios	111

Dedicado a mi familia:

*mi esposo,
Carlos,*

*nuestros hijos,
David y Ruthie*

y

*a todas las personas que
me abrieron paso a través
de sus vidas*



Prefacio

Durante veintiún años, que mi esposo y yo trabajábamos como misioneros de la Alianza Cristiana y Misionera en Colombia, tuvimos a través de nuestro ministerio el privilegio de conocer muy de cerca la vida de un buen número de personas. Después de servir en la obra estudiantil en Popayán y de pastorear y fundar iglesias en Pasto y Montería, nos trasladamos a Armenia, y posteriormente a Bogotá, como profesores del Seminario Bíblico Alianza de Colombia. Allí, como sicoterapeuta y enfermera de los estudiantes, fui descubriendo día a día la apremiante necesidad de encontrar una forma de integrar lo que había aprendido en mis estudios de sicología y mi conocimiento y fe en un único Dios viviente, quien salva y sana a sus hijos.

Muchos de los estudiantes sufrían de traumas psicológicos, que permanecían aun después de una genuina confesión de su fe en Jesucristo. Yo podía, por medio de mi entrenamiento psicológico, diagnosticar dichos traumas, pero los métodos que la sicología me brindaba eran demasiado lentos para prestar una eficaz ayuda al creciente número de personas que así lo requerían. Ello me llevó a la determinación de buscar nuevas y mejores maneras para ayudarles.

En medio de dicho proceso, mi esposo me facilitó un pequeño folleto escrito por Monseñor Uribe Uribe, obispo de Sonsón, el cual hablaba acerca de “sanidad interior”. En

éste encontré la base de aquello que estaba buscando. Poco a poco, Dios me fue guiando al conocimiento glorioso de cómo Cristo murió tanto para salvar nuestro espíritu, al igual que para sanar nuestra estructura síquica; su sacrificio tuvo como fin la restauración del individuo en una forma integral y plena.

Por cuanto un buen número de los estudiantes enfrentaban una gran variedad de traumas profundos, me fue imposible ayudarles inicialmente a cada uno en forma particular. Decidimos entonces desarrollar una serie de reuniones o cultos devocionales, centrados en conferencias que dicté acerca de sanidad sicológica, desde una perspectiva cristiana bibliocéntrica. Estas se llevaron a cabo en la capilla del seminario con participación de todos los estudiantes, luego en retiros en las iglesias de Armenia y otras ciudades, con otras denominaciones. Después de las conferencias invitaba a aquellos estudiantes que manifestaban interés, para que participasen en consejería personal. En iglesias y retiros aconsejé personalmente a los que pude, y a los demás les envié a buscar ayuda de sus propios pastores.

Cuando empecé a ayudar a la gente a traer sus traumas a Cristo, no estaba preparada para asimilar la rapidez con la cual ellos obtenían mejoría. Casi no podía creer lo que mis ojos veían; lo que antes hubiera tardado meses y aun años para la consecución de soluciones concretas y definitivas, ahora era cuestión de días o semanas para notar una mejoría. Lo que más me impresionaba de todo el proceso, era el amor y la paciencia de Dios para con sus hijos heridos y dolientes.

A la vez me di cuenta de que no se trataba de un “botón mágico”, el cual uno podía apretar para que todo mejorase en un solo instante. Ese camino a la sanidad sicológica que Dios me mostraba, requería que la persona que buscaba dicha sanidad, estuviese dispuesta a cumplir con ciertos requisitos indispensables. Debía principalmente decir toda la verdad en cuanto a aquello que sentía, lo mismo que estar absolutamente abierta delante de Dios a todo lo relacionado con su pasado, costase lo que costase. De la misma manera en que la persona se había puesto de

acuerdo con Dios y había admitido todo lo relacionado con sus pecados para recibir perdón, así mismo tendría que ponerse de acuerdo con el Señor y admitir todo aquello que El le mostrara acerca de sus traumas y heridas para recibir su sanidad. Esto requería mucho valor, y siempre encontré personas que no se atrevían a hacerlo.

También descubrí que Dios sana en diferentes niveles. Primero, El sana todo lo que la persona puede abrirle a El, iniciando un proceso de restauración en esta nueva área de su vida. Luego Dios le muestra en un nuevo nivel lo que debe ser traído a El. Nuevas etapas de la vida, tales como el noviazgo, el matrimonio, el ser padre o madre, etcétera, traen sus propias necesidades de sanidad. Este proceso, puede durar semanas, aun meses o años.

Después de recibir sanidad, la persona tiene que aprender a andar en ella. ¿Qué tal si sufre nuevos traumas? Si Dios le ama tanto y le sana, ¿por qué no han sido resueltos todos sus problemas? ¿Cómo puede uno ayudar a otros que sufren? Estas y otras preguntas semejantes surgieron con tanta frecuencia, que me fue necesario buscar al Señor para desarrollar nuevas respuestas que pudiesen proveer herramientas, para permanecer sana y ayudar a otros en esas áreas; con tal fin, dichos desarrollos han sido incluidos en la última parte de este trabajo (capítulos 9 y 10).

Un vocablo que merece particular aclaración en cuanto a su uso en este libro, es la palabra “ver”. No hago utilización de él en el sentido físico, sino en el sentido de “ver” de la misma manera como los profetas “vieron” que lo que Dios estaba proclamando era realmente la verdad.

Este libro es el producto de un seminario sobre “Sanidad Interior”, que dicté en la Iglesia El Encuentro en Bogotá, Colombia. Agradezco a todos mis amigos en Bogotá y Nyack que me ayudaron a transcribir las lecciones de los cassettes y contribuyeron en su redacción. Agradezco en especial a Ximena Calderón, y a Ricardo y Gloria Stella Díaz por su ayuda en la revisión final.

Los nombres y lugares han sido cambiados con el fin de mantener en forma anónima la identidad de quienes amablemente me autorizaron para relatar sus experiencias.

Este libro está dedicado a mi esposo, Carlos y a mis hijos David y Ruthie, los cuales me animaron y fortalecieron a través de los años; y a todas las personas en Colombia, Alemania, Escocia y los Estados Unidos que me dieron la confianza de abrirme paso a través de las más profundas dimensiones de sus vidas.

Arline de Westmeier

1

Sanidad Integral

“¡Mamá, cierra los ojos! ¡Allá hay una culebra!” —gritó Francia. Ella sabía que las culebras afectaban a su mamá en gran manera.

“No cerré los ojos” —Esther me contó más tarde—. “Yo vi todo el programa de televisión acerca de esa culebra, sin desmayarme. Entonces supe que Dios me había sanado. Sólo El pudo cambiarme de tal forma”.

Esther tenía cinco años cuando “la violencia” llegó a su peor época en su tierra. Ella vio a su padre de rodillas, rogando a los soldados que no lo mataran y que no violaran a las mujeres de su familia. Como ellas tenían familiares influyentes entre los conservadores, finalmente los convenció y no lo hicieron. Era la época en Colombia cuando liberales y conservadores se mataban unos a otros, en una cadena interminable de odio, venganza y barbarie.

Muchas veces Esther vio los cuerpos mutilados que eran tirados a un precipicio cerca de su casa. También recordaba claramente los cuervos que volaban en círculos continuos, a la espera de dar inicio a su banquete.

Recordaba un día en especial cuando, acompañada de su hermana, fue a traer agua del arroyo que corría cerca de dicho precipicio. Al acercarse allí, observaron a dos hombres que cargaban un cuerpo amarrado de pies y manos a un palo. De repente, Esther se dio cuenta de que el cuerpo no tenía cabeza y que un hombre que venía atrás la traía dentro de un costal lleno de sangre.

Estas experiencias se repitieron continuamente durante más de dos años, al término de los cuales toda la familia debió abandonar la granja, la cual había sido totalmente incendiada. Esta fue la única alternativa que tuvieron para salvar sus propias vidas.

Ya adulta, Esther le tenía pavor al campo. Si veía una culebra en la televisión, era tal el pánico que se desmayaba. Además, odiaba a la gente que los había hecho sufrir tanto. Ese odio y terror, en lugar de menguar, creció cada vez más, hasta que un día, como consecuencia de todo ello, se encontró recluida en un hospital mental donde debió permanecer por espacio de tres meses.

“Si hubiera sido hombre, me hubiera ido a la guerrilla. Quería matar a esa gente que nos hizo sufrir tanto” —decía Esther.

Con el paso del tiempo, Esther oyó decir que Cristo quería transformar su vida, si ella le aceptaba como su Señor y Salvador personal. Entonces decidió abrirle su corazón a Jesús y recibirlo, y su vida cambió radicalmente. Sin embargo, el pavor al campo y a las culebras permanecieron, y al oír hablar de la guerrilla se llenaba de terror.

Después de un curso de sanidad psicológica, Esther me pidió una cita. Con lágrimas me contó su historia, temblaba al recordar lo sucedido durante “la violencia”.

Al terminar su relato, pedí a Dios que le abriera los ojos espirituales para que “viera” lo que habría hecho Cristo si El hubiera venido a su granja durante aquel tiempo. Le dije que recordara otra vez la escena donde su padre estaba arrodillado con las manos en alto, rogando a los soldados que lo rodeaban y apuntaban con su rifles, que no lo mataran y que no violaran a las mujeres de su familia.

“Esther —le dije—, mira ahora la forma en que Cristo hubiera entrado en esta escena. Observa la manera como El hubiese ido hasta donde se encontraban los soldados y recogido todas sus armas. El echaría fuera todo ese odio que está dentro de ellos, y uno por uno caerían de rodillas delante de su presencia. (La Biblia dice que cada rodilla se doblará delante de El). Luego iría donde está tu papá y lo pondría en pie. Mira como lo abraza y le quita

todo su terror. Ahora Cristo viene hacia ti; te toma en sus brazos fuertes y amorosos y calma tu terror y temblor”.

“Di ahora, ¡Cristo, yo echo sobre Ti todo este terror y odio que siento. Tómallo Tú y cárgalo por mí en la cruz!”

“Ahora, Esther —le dije—, recuerda la escena de aquel cuerpo sin cabeza. Ve al arroyo otra vez con tu hermana. Allí vienen esos dos hombres cargándole atado a un palo, pero ¡mira! allí viene Cristo. (Recuerda lo que El hizo con el hijo de la viuda que murió, lo resucitó). Mira ahora como Cristo se acerca a estos hombres y les ordena que lo pongan en el suelo. Luego exige al otro hombre que tiene la cabeza en el costal, que la traiga y la coloque en el lugar que le corresponde, unida al cuerpo. Ahora Cristo hace lo mismo que Dios hizo con los huesos secos en Ezequiel, capítulo 37: le devuelve la vida. El levanta a aquel hombre y le quita todo el terror que sintió en el momento que fue asesinado”.

Colocando mis manos sobre los oídos y los ojos de Esther, oré diciendo: “Gracias, Dios mío, porque tu hubieras preservado la vida de ese hombre. Ahora sana el recuerdo de lo que han visto estos ojos y oído estos oídos; sana el cerebro que ha almacenado estas escenas y haz que cada vez que Esther recuerde dichas imágenes, las vea como Tú las hubieras restaurado”.

Unas semanas más tarde, Esther y su hija estaban viendo televisión donde apareció la culebra; Esther supo que Dios le había sanado porque pudo mirar la culebra con calma. Para ella las culebras habían llegado a ser símbolo de todo el terror de su niñez. Ahora el símbolo también estaba perdiendo su significado.

DEFINICION DE NUESTRA NATURALEZA

¿Cómo es posible que una persona pueda llegar a tener problemas tan agudos en su vida? Para entenderlo tenemos que comprender la manera en que Dios nos ha creado. El nos conoce mejor que nosotros mismos. Los sicólogos que estudian al individuo logran encontrar ciertas verdades respecto a nuestra naturaleza, pero la Persona que nos creó nos conoce detallada y minuciosamente en todos los

aspectos de nuestra existencia. Si hay algo que no anda bien, Dios conoce claramente el origen del problema y tiene la capacidad de solucionarlo, si nosotros se lo permitimos.

Si un automóvil no marcha bien, podemos llevarlo al taller; el mecánico, quien ha estudiado y conoce su oficio, está en capacidad de reparar algunas de las partes dañadas. Pero si el automóvil tiene un problema muy grave, hay que enviarlo a la fábrica donde fue construido. Quienes fabricaron el auto, conocen su estructura y cada una de sus partes, y sabrán cómo ponerlo en funcionamiento de nuevo. De la misma manera Dios nos conoce y quiere “reparar” nuestras vidas.

En Lucas 4:18, 19 y 21 Cristo dice:

El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.

Cristo ha venido a sanar a los quebrantados de corazón. El vino a libertar a los cautivos, incluyendo la cautividad que generan nuestros propios complejos. ¡Cristo ha venido para darnos libertad!

En el Salmo 147:3 dice: “*El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas*”. Dios no nos regaña cuando tenemos heridas; El nos sana.

En Isaías 53:4-5 dice:

Ciertamente llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido y abatido. Mas El herido de Dios fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre El, y por su llaga fuimos nosotros curados.

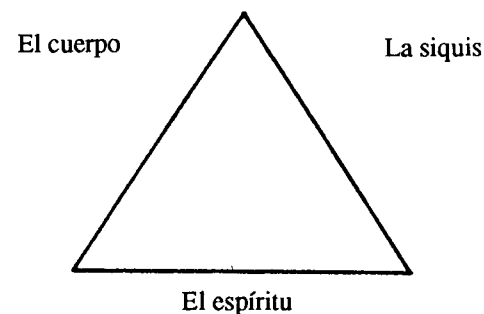
Observemos el versículo 4 nuevamente. Cristo llevó nuestras enfermedades y nuestros dolores. Dolores y enfermedades son dos vocablos diferentes, con distintos significados que pueden presentarse simultáneamente o en situaciones independientes. La Palabra del Señor nos habla en cuanto a nuestras enfermedades físicas y nuestros dolores síquicos. El también llevó nuestros pecados. Todo lo anterior nos permite concluir que enfermedad, dolor y pecado son nominativos diferentes que afectan diferentes partes de nuestro ser.

En la primera carta a los Tesalonicenses, capítulo 5, versículos 23 y 24, la Palabra del Señor nos dice:

Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sean guardados irreprehensibles para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.

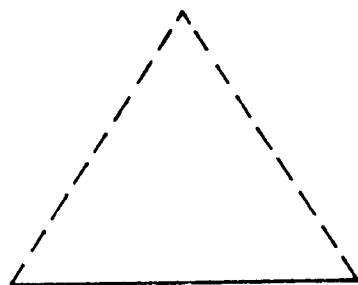
En griego, el idioma original en el cual el Nuevo Testamento fue escrito, la palabra que quiere decir alma es *psykhe*, la cual da origen a nuestra palabra *siquis* o *sicología*. Al leer el versículo tal como está en el original, encontramos: “El mismo Dios de paz os santifique por completo y todo vuestro ser, espíritu, *siquis* y cuerpo, sean guardados irreprehensibles para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”.

Podemos entonces representar estas tres partes del ser humano por medio de un triángulo:



Procedamos ahora a analizar cada una de las partes constitutivas del ser humano, representadas por medio de los lados del triángulo y la forma en la cual la sanidad divina opera en cada una de dichas áreas.

SANIDAD ESPIRITUAL



La sanidad espiritual

Oímos decir con mucha frecuencia en nuestras iglesias que Cristo vino para sanarnos espiritualmente y perdonar nuestros pecados. Esta es la base de nuestra sanidad. Podemos indicarla por medio de la base del triángulo que aparece en la figura de arriba.

Cuando nos entregamos al Señor Jesucristo, El entra en nuestra vida, nos limpia de nuestros pecados, nos hace sus hijos y nos da su salvación. La palabra *soso* en griego quiere decir indiscriminadamente, salvar y sanar. No existe en tal sentido dos palabras diferentes. Cristo no vino solamente para salvarnos, sino también para sanarnos. Cuando El salva espiritualmente, sana también nuestro espíritu. Ambos elementos son parte de un proceso único y completo.

SANIDAD FISICA

La Biblia también nos habla acerca de la sanidad física. Santiago nos dice que si alguien está enfermo, debe llamar a los ancianos de la iglesia, quienes le ungirán con aceite, orarán por él y Dios le sanará. De dicha sanidad física oímos hablar con mucha frecuencia. Constantemente las iglesias realizan grandes campañas donde se ora por sa-

nidad física. Aunque esta área es de indispensable importancia para la vida de los creyentes, no la ampliamos en este trabajo, ya que no constituye su propósito central. Incluimos, sin embargo, esta corta sesión con el propósito de agregar la línea de sanidad física a nuestro triángulo humano:



La sanidad física

La sanidad espiritual

Sin embargo, si solamente consideráramos estos dos aspectos, nos quedaría un lado del triángulo sin la sanidad requerida.

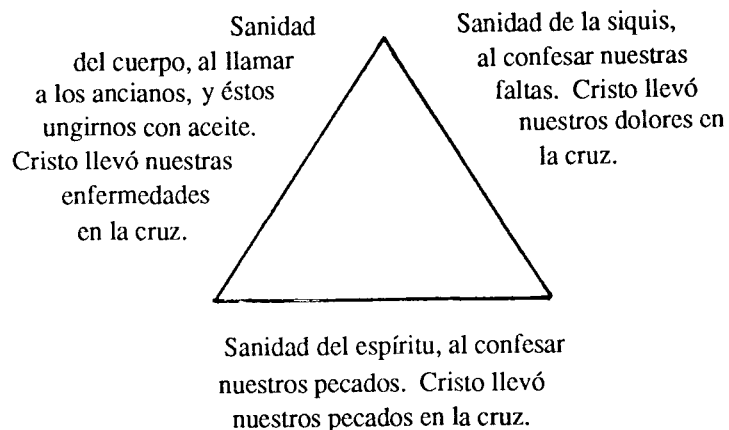
SANIDAD SICOLOGICA

La estructura psicológica es una parte muy importante de nuestra naturaleza humana. Sin embargo, casi nunca se habla en nuestras iglesias acerca de la sanidad que esta área requiere. Casi nunca se menciona que Cristo también vino para sanar nuestra siquis. Dicha sanidad casi siempre la dejamos en manos de los psicólogos, la mayoría de los cuales no conocen a Cristo. Es una lástima la carencia de una adecuada enseñanza en esa área, ya que el Señor vino para sanar nuestra siquis tanto como nuestro espíritu y cuerpo.

En Santiago 5:14-16 no solamente se habla de los enfermos que han de ser sanados y los pecados que serán perdonados; también se nos dice que debemos confesar nuestras ofensas los unos a los otros, y orar los unos por los otros para que seamos sanados.

SANIDAD INTEGRAL

Como consecuencia de lo anterior, el triángulo de nuestra sanidad estaría constituido de la siguiente manera:



Un aspecto muy importante es el hecho de que cada uno de los procesos de sanidad se lleva a cabo por medio de la oración. Esta ha de ser el instrumento determinante en el desarrollo de tal ministerio.

Continuamente ayunamos y oramos, buscando echar fuera demonios, con el fin de encontrar en el Señor solución a nuestros problemas. Si hay demonios en la vida de alguien, desde luego, se deben echar fuera; pero muchas veces el problema no se encuentra en el área espiritual, sino en el área síquica.

Recuerdo cuando estuve atendiendo el caso de un joven a quien habían tratado de expulsarle demonios en siete ocasiones sin ningún éxito. El problema no se hallaba en su área espiritual, sino en el área psicológica. Tenía una herida profunda que le había causado su padre. Cuando empezó a ser sanado de este problema psicológico, los presuntos "demonios" desaparecieron.

Muchos creyentes piensan que cuando uno se entrega al Señor Jesucristo y ha sido sanado espiritualmente, todo en la vida queda totalmente en orden. Sin embargo, pronto descubrimos que no todo marcha bien, pues hay complejos

y depresiones que persisten. Nos preguntamos entonces: ¿No está ya todo mi pasado perdonado; todo aquello que ocurrió en mi vida? Es cierto que todo está perdonado, pero no necesariamente todo está sanado. No hay culpa, pero sí hay dolor. Cristo vino para llevar los dolores tanto como los pecados y las enfermedades.

También debo decir que el carácter de nuestra sanidad es relativo; ya que nunca estaremos completamente sanos, sino hasta que moremos eternamente en el cielo. Consecuentemente, así como podremos tener un resfrío de vez en cuando o una tentación u otro problema espiritual, de la misma manera podremos sufrir dificultades psicológicas. Sin embargo, si llegamos a sufrir de neumonía u otra enfermedad que nos hiciera permanecer en cama, o ser hospitalizados, ya no estaríamos tratando con una "enfermedad normal".

Así mismo, en el área psicológica, no se tiene que estar necesariamente recluido en un hospital mental como prueba de la presencia de complejos y depresiones o de serias dificultades en nuestras relaciones con otros individuos, los cuales no nos permiten funcionar libremente. En tales casos, nuestra "salud psicológica" está afectada y será la lógica consecuencia de no haber entregado nuestros dolores psicológicos al Señor Jesucristo.

Muchos cristianos piensan que al recibir sanidad espiritual toda la vida estará, como popularmente expresamos, en un estado de "gloria" y "aleluya" y, por lo tanto, todo deberá marchar a la perfección. Como consecuencia, llegamos a creer que si se presentan problemas psicológicos es porque nuestras vidas no son genuinamente cristianas.

Recuerdo muy bien a una estudiante del seminario, quien después de una de mis conferencias sobre sanidad interior, me manifestó que esta era la primera vez que había oído hablar de la posibilidad de que un creyente pudiera expresar las luchas y problemas que confrontaba diariamente en su vida. Ella dijo: "Yo pensé que siempre tendría que decir: '¡Todo marcha bien! ¡Estoy llena de gozo!' De otro modo, me parecía estar diciendo que Cristo no valía nada".

STELLA

Uno de los casos en mi experiencia ministerial, que ilustra bien esta distorsión, fue el de Stella. Ella cantaba coros de alabanza a Dios durante todo el día. Siempre estaba “aparentemente” alegre. Al fin, llegué a la conclusión personal de que algo no andaba bien en ella, porque toda persona se levanta algún día con un malestar físico, o simplemente no se siente con ánimo de cantar. Pero Stella cantaba todos los días.

Cuando le conocí un poco mejor, me atreví a preguntarle: “¿No será que tú tienes algún problema?”

Me miró un rato, agachó la cabeza y afirmó: “Sí, yo tengo un problema”.

Me contó entonces que ella había sido violada cuando tenía seis años. Eso, lo cual ella llamó su “problema”, le hacía sentir que todo su valor como individuo y mujer había desaparecido. Quería morir y empezar a vivir de nuevo.

Un día oyó a alguien predicando en la calle: “¿Quieres tú empezar una nueva vida?”

Ella se dijo a sí misma: “Eso es lo que yo quiero”. Ese mismo día recibió al Señor Jesucristo como su Señor y Salvador y con ello el perdón de sus pecados. Pero todavía le quedaba el dolor que le causaba aquello que había sucedido en el pasado.

Stella trató de hablar con una consejera cristiana en cuanto a su problema. Esta le dijo: “No mencione ese problema nunca más, porque ya ha sido perdonado. Olvídense de ello”.

Sin embargo, ella no podía olvidar aquello que le había sucedido. Mientras más trataba de olvidar, más lo recordaba. Esa era la razón que le empujaba a cantar desde la mañana hasta la noche. Ese era el medio “espiritual” a través del cual buscaba encubrir su dolor.

Cuando Stella me contó su problema, llevamos juntas todo ese dolor al Señor Jesucristo y lo echamos sobre El en oración. El lo llevó en la cruz, eliminando la necesidad de ocultarlo a través de una aparente conducta espiritual. Stella ya no necesitaba cantar día y noche.

Posteriormente, ella se retiró de su trabajo e inició

sus estudios secundarios. Unos años después, al encontrarme con ella de nuevo, le pregunté: “¿Cómo te va con tu problema?”

“¿Mi problema? ¿Cuál problema? Yo no tengo problemas. Mis estudios marchan muy bien y no tengo ningún problema con mis calificaciones”.

“No, no. ¿Cómo te va con aquel problema? El que me contaste”.

“¡Ah, eso! Eso ya pasó. ¡No, no! Ya no hay problema con eso”. Dios había sanado a Stella completamente de aquel dolor que por años había sido incapaz de olvidar.

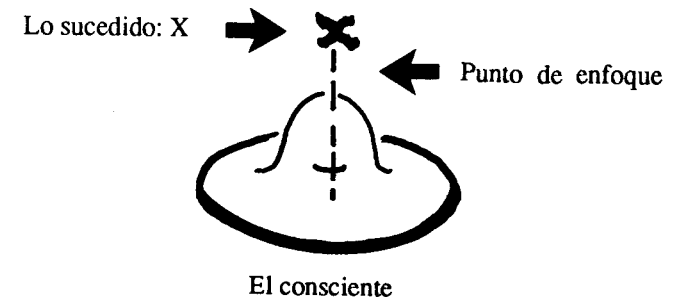
Función de la mente

FUNCION DE LA MENTE

¿Cómo es posible que lo sucedido en el pasado nos siga molestando tanto? Nos decimos: ¡Ya no me duele tanto! ¡Ya he olvidado eso! ¡Ahora me va mejor! Pero seguimos acomplexados y deprimidos. ¿Qué es lo que nos pasa?

EL CONSCIENTE

Todos hemos oído decir que tenemos una parte consciente, la cual está enfocada en las actividades que estamos realizando. Somos conscientes de lo que sucede a nuestro alrededor. Esto se puede expresar gráficamente de la siguiente manera:

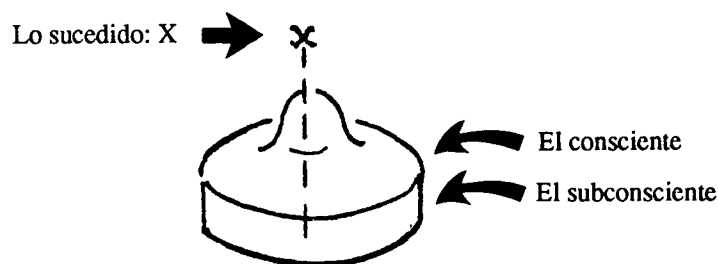


En un salón de conferencias uno enfoca su mente en lo que está escuchando. A la vez, se está consciente de las luces del salón que están encendidas, la persona sentada al lado, y el ruido de los vehículos que transitan por la calle. Al enfocar la mente en el bebé que está llorando en el mismo salón, podemos apenas levemente percibir la voz del conferencista. Sin embargo, de una forma u otra somos conscientes de mucho de lo que sucede alrededor nuestro.

EL SUBCONSCIENTE

¿Puedes recordar exactamente lo que estabas haciendo ayer a esta hora? ¿Estabas acaso trabajando en la casa, en la oficina, alistando la ropa de los niños, o viajando quizás? Es bastante fácil. Probemos ahora con algunos períodos de tiempo más amplios. ¿Puedes recordar lo que estabas haciendo hace quince días, hace un mes, hace un año, hace cinco años? Esto se hace cada vez más difícil. Analicemos entonces las razones que originan esa dificultad.

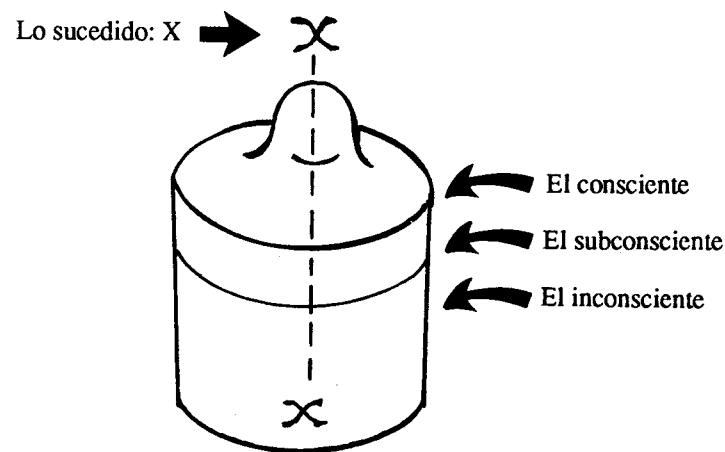
Debajo del nivel consciente de nuestra mente, se encuentra el subconsciente. Esto puede ser ilustrado de la siguiente manera:



En el consciente se reciben experiencias e impresiones. Es fácil recordar lo que ocurre en el momento presente, cuando ellas están sucediendo y afectándonos. Sin embargo, con el paso del tiempo, lo sucedido desciende al subconsciente, donde solamente nos es posible recordarlo deteniéndonos a pensarlo cuidadosamente. Entre más tiempo transcurre, el llegar a recordarlo se hace más difícil.

EL INCONSCIENTE

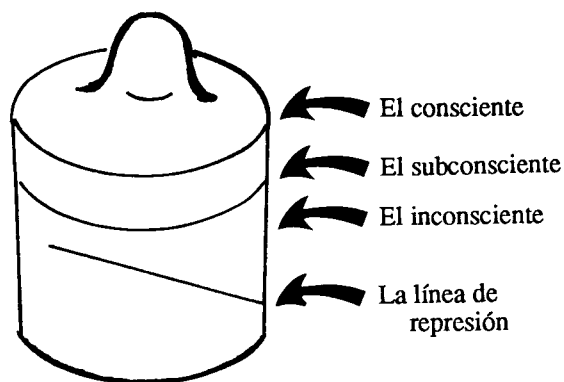
¿Puedes recordar lo que hiciste en esta misma fecha, hace cinco, diez o más años? Cuando la imagen del evento sucedido pasa al inconsciente, ya no podemos recordarlo. Esto se puede ilustrar de la siguiente manera:



Este proceso se llama “olvido pasivo”. Es normal e indispensable, porque de otra forma sería horrible si tuviéramos presente lo que nos ha sucedido durante toda la vida. No habría lugar en la mente para nuevas experiencias.

Hay otra clase de olvido llamado “olvido activo”. Cuando nos sucede algo que nos duele demasiado, la mente lo reprime en el inconsciente. Podemos imaginar esto,

trazando una línea de represión, tal como lo demuestra la gráfica:

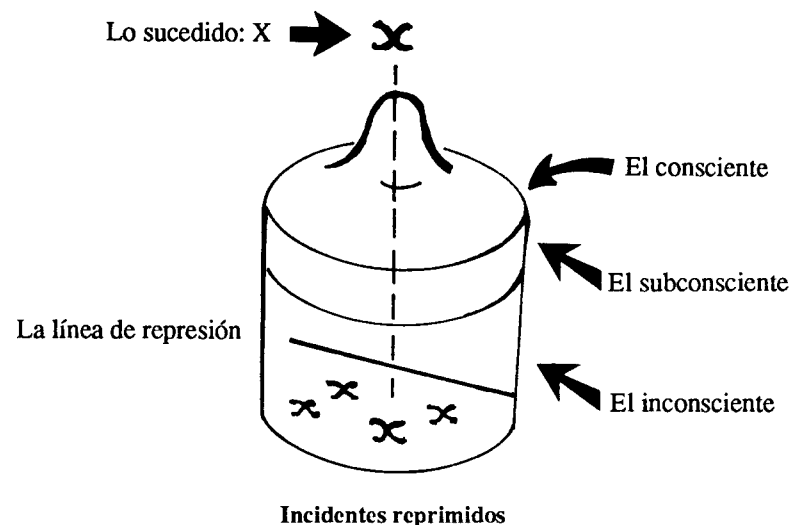


La mente reprime los recuerdos demasiado dolorosos. No podemos recordar lo sucedido, pero eso no significa que ha desaparecido de la memoria. Esto lo podemos ver claramente en el caso de personas que padecen epilepsia. Cuando se les somete a cirugía cerebral, no se les anestesia en forma total. En estado consciente y al aplicar pequeños electrodos en el cerebro y una corriente muy leve, el paciente de repente empieza a revivir alguna experiencia de su pasado, por ejemplo oír una canción que no escuchaba desde su niñez. Al desplazar ligeramente el electrodo podría acordarse de la cara de alguien en quien no ha pensado por años, o quizás escuchar una conversación en la que tomó parte tiempo atrás.

Lo anterior significa que lo que nosotros vivimos no está olvidado, solamente no podemos recordarlo.

Dios nos dice que El olvida nuestros pecados, pero nosotros no podemos hacerlo. No podemos recordar todo, pero lo sucedido está allí debajo, guardado muy profundamente en el fondo de nuestro inconsciente. Sucede, como enseñábamos anteriormente, que cuando entra algo doloroso en el inconsciente lo reprimimos. La mente lo

coloca debajo de la línea de represión. Este proceso de represión podemos ilustrarlo así:



Como consecuencia de lo anterior, llegamos a pensar que lo hemos olvidado. Sin embargo, ello continúa "vivo" en nosotros. Más tarde reprimimos otros sucesos dolorosos y a éstos agregamos otros. Finalmente, desde lo profundo de nuestro ser, lo reprimido empieza a presionarnos de tal manera que actuamos de una forma que ni nosotros mismos podemos entender.

Cuando yo estaba estudiando enfermería, teníamos cinco profesoras que nos enseñaban a arreglar las camas, colocar inyecciones, etcétera. Siempre que yo tenía que hacer una demostración bajo la supervisión de la señorita Tiffany, parecía que mis manos se enredaban totalmente y que yo perdía el control, haciendo todo torpemente. Yo no podía hacer nada bien frente a ella, mientras que con las otras profesoras todo me salía a la perfección.

Me pregunté entonces por qué me ocurría esto, teniendo en cuenta que yo había trabajado en un hospital como ayudante y tenía suficiente experiencia. Un día la señorita Tiffany me preguntó por qué no me comportaba

con ella como lo hacía con las demás profesoras. Yo no sabía la respuesta, y sentía tanto temor de ella que ni pude decirle cuánto le temía.

Posteriormente, en mis estudios de sicología y psiquiatría, descubrí que la cara de aquella enfermera era muy parecida a la de mi maestra de tercer año de primaria, quien me infundía mucho temor, ya que me castigaba injustamente, parándome en frente de toda la clase por cosas que yo no había hecho. Como consecuencia, todo lo que esa enfermera me pedía que hiciera, resultaba mal; aunque ella no estaba directamente relacionada con las causas que generaban mi incapacidad. Yo había olvidado aquella maestra; sin embargo, ella me hacía comportar de una manera que yo no sabía explicar. No había desaparecido lo que me pasó en aquel año de primaria, estaba latente, aunque no podía recordarlo. Cuando lo logré recordar y lo saqué de mi inconsciente para poderlo solucionar, mi situación frente a la enfermera no me incomodó más.

ALICIA

Alicia tenía problemas con todas las personas con quienes trabajaba, pero ella sostenía que eran los demás quienes originaban tales problemas. Al hablar conmigo respecto a esta situación, yo le pregunté acerca de su niñez: ¿Qué hechos significativos habían ocurrido en su vida? ¿Cómo había sido?

Ella me dijo enfáticamente: “Doña Arline, yo no soy como otras personas que pueden recordar acerca de su niñez. No puedo recordar nada de lo que ocurrió en mi vida hasta cumplir los 11 años. Lo único que viene a mi memoria son los comentarios de algunas personas que decían que mi hermano estaba muy feliz cuando yo nací. Fuera de eso, yo no recuerdo nada”.

Al escuchar sus palabras, yo me pregunté: ¿Estará esto relacionado con sus problemas de interrelación con otras personas? ¿No será que tuvo tantos problemas durante esa etapa de su vida que los reprimió en su totalidad?

Poco tiempo después, Alicia tuvo un disgusto con

otra persona; quiso hablar conmigo, pero no pudimos hacerlo sino tres meses después. Al preguntarle que había sucedido, me contestó que casi no podía acordarse. Me dijo: “Me parece que fue así, pero francamente no lo puedo recordar. Sabe, eso es lo que siempre me pasa con cualquier cosa que me duele. Después que pasa un tiempo, no lo puedo tener presente”.

Aquel día oramos por todas aquellas experiencias dolorosas que ella podía recordar. También oramos para que pudiera traer a la memoria lo que había ocurrido en su pasado y que ella aparentemente había olvidado. Después de un año nos encontramos de nuevo y me dijo: “¿Sabe algo? Ya puedo recordar mucho más de mi niñez”.

Al principio Alicia tenía un bloqueo casi total. Pero en la medida que Dios la fue sanando, ella pudo traer a la mente otros recuerdos reprimidos.

Hace poco nos volvimos a encontrar; tenía nuevamente un problema en el cual había una persona que no la entendía. Esta nueva situación le permitió recordar otras experiencias dolorosas y reprimidas en el inconsciente. Entre ellas, le vino a la memoria el hecho de que nunca pudo hablar con su padres acerca de ninguno de sus problemas, por cuanto tales problemas eran intolerables para ellos. Como consecuencia de esto, Alicia tenía que mantenerse en una actitud alegre a pesar de sus dificultades, y ello le hizo sentirse completamente rechazada por sus padres, lo que generó que ella también los rechazara; para luego rechazarse a sí misma como consecuencia de su actitud hacia ellos.

Cuando Alicia se entregó a Cristo consideró inadmisibles la idea de todos esos rechazos, por cuanto, para ella, alguien que había entregado su vida al señorío de Cristo no podía ni debía experimentar esta clase de sentimientos. Por lo tanto, su mente reprimió todo recuerdo de lo sucedido. Cuando ella descubrió y entendió este complicado proceso de rechazo, lo echó sobre Cristo y su vida cambió radicalmente.

GLORIA

Gloria vivía con nosotros en el Seminario de Armenia. Yo ignoraba que ella nos había tomado a mi esposo y a mí como sus padres. Estando ausentes con motivo de nuestras vacaciones, nos llamaron para informarnos que ella estaba muy enferma. Al regresar a la casa, la encontramos completamente fuera de sí; quería predicar a todo el mundo sobre Cristo, pretendía predicar al viento, a los gatos, a los perros; predicaba descalza y en pijama a los jóvenes. Si no podía encontrar a nadie, le predicaba a los muebles.

¿Qué le estaba ocurriendo a Gloria? Su mamá había sido muy cariñosa con ella hasta que cumplió cinco años; pero a partir de ese momento ya Gloria no pudo agradarle con nada. Todo lo que hacía la contrariaba. Les decía a sus hermanos menores que ella no servía para nada y que no debían poner atención a lo que ella decía.

Cada domingo, cuando la mamá iba a la iglesia, la dejaba encerrada con llave, con la responsabilidad de cuidar a sus hermanos menores, para evitar que se fueran a meter en problemas, haciendo algún daño. Desde luego, ninguno le prestó atención a Gloria y cada uno hizo lo que quiso. Al regresar de la iglesia, la mamá siempre responsabilizaba y regañaba a Gloria por los daños que los pequeños habían hecho.

“¿Ves?”, gritó la mamá, “¡Te dije que no servías para nada! ¡Mira lo que han hecho los niños!” y a los niños les dijo: “Ya saben que Gloria no sirve para nada, no deben prestarle ninguna atención a lo que ella dice”.

Finalmente, Gloria tuvo que salir de su casa. Se fue a vivir a la casa de una hermana donde le aceptaron bien y encontró el calor de un verdadero hogar. Sin embargo, tres años más tarde su hermana y el esposo, que era pastor, fueron comisionados para trabajar en una iglesia ubicada en la selva. La nueva situación no les permitió llevar a Gloria consigo, quien encontrándose sin a dónde ir, se trasladó a vivir al seminario; circunstancia que le llevó también a separarse de su novio.

Fue muy agradable tener a Gloria en el seminario. Estudiaba allí de día y en la escuela secundaria por la noche. Todas sus notas eran sobresalientes. Tenerla de

visita en casa también era muy agradable, puesto que era muy hacendosa y colaboraba mucho con los quehaceres del hogar. Cuando los estudiantes terminaban de tomar café, Gloria se sentía incapaz de volver a clase, si no había lavado y guardado hasta el último pocillo.

Cuando terminó el semestre, todos los alumnos se fueron a sus hogares. Como Gloria no tenía a dónde ir, se quedó hospedada en el seminario y trabajó en la biblioteca. Al salir también nosotros de vacaciones, ella fue a visitar a su novio. Pero en la iglesia a donde ellos asistían encontró a una chica que le dijo: “Estoy locamente enamorada de tu novio y voy a ver a una bruja que se encargará de que te deje y se quede conmigo”.

Esta pobre jovencita pensaba que su mamá la había abandonado, también su hermana la había abandonado, y sentía que nosotros la habíamos abandonado. Lo único que le quedaba era su novio y ahora iba a perderlo también. No pudo aguantar más y enloqueció.

Tuvimos que trasladarla a otra ciudad, donde había un psiquiatra cristiano. Al preguntarle quiénes eran su madre y su padre, ella respondió: “Don Carlos y Doña Arline” (mi esposo y yo). No podía recordar siquiera quiénes eran sus padres. Ellos la habían herido tanto, que había reprimido todo recuerdo de ellos. Pasaron varias semanas antes que pudiera recordar que nosotros no eramos realmente sus padres.

Este caso nos muestra una vez más que nosotros no olvidamos. Lo que nos sucedió en la niñez no está muerto, permanece.

Haciendo mis estudios de postgraduado, trabajé en una clínica donde acudían personas con problemas neuróticos. Venían durante el día a hablar de sus problemas. Lo que más me llamaba la atención era el hecho de que los pacientes sacaban sus problemas, los miraban, los revivían y entonces se les decía escuetamente, como conclusión final: “Ahora acepta que éste es tu problema y vive con él”.

Esto les permitía experimentar cierta mejoría; ya que sus problemas no les dolían tanto, podían más o menos vivir con ellos. Ciertamente, con la sicología podemos

ayudar a una persona a sacar sus problemas, arreglarlos un poco para que no le molesten tanto, pero no podemos solucionarlos definitivamente. No hay sicología en este mundo que pueda borrar los problemas. Solamente Cristo puede borrarlos. Sin embargo, eso no quiere decir que El nos hace olvidar lo sucedido. Hay quienes piensan que cuando han sido sanados de heridas del pasado, no van a recordar lo sucedido. Eso no es verdad. Ocurre de la misma manera en que nos afectan experiencias de carácter físico.

Yo tengo una cicatriz en mi rodilla derecha y puedo recordar muy bien su origen. Tenía ocho años y estaba sosteniendo una llanta sobre mis rodillas mientras mi hermano trataba de partirla con un cuchillo. Cuando finalmente lo logró, el cuchillo resbaló, causándome también una herida muy grande. Recuerdo muy bien cómo la sangre brotaba abundantemente y sentía un profundo dolor que me hacía gritar.

Nosotros vivíamos en una granja en las montañas de Pennsylvania; no teníamos mucho dinero y el médico vivía muy lejos de allí. Recuerdo perfectamente que mi madre me hizo sentar con mi pierna en otra silla y mis padres me llevaban de la silla a la cama y de la cama a la silla durante una semana, hasta que la herida sanó. Actualmente tengo una cicatriz, la cual permitiría pensar que el mejor médico me hubiera puesto los puntos. No me duele, y cuando me la golpeo no experimento ninguna molestia; puedo hablar de dicho suceso o puedo olvidarlo, ya no me importa. Todo esto es posible por el solo hecho de que he sido sanada totalmente.

Si la herida no hubiera cicatrizado, yo la tendría tapada con una venda. Yo estaría vigilando que nadie se acercara a ella, que no la miraran, y que ni siquiera me hablaran de ella. Me pondría muy enojada si alguien tratara de destaparla, porque me dolería; o la mantendría destapada, y estaría diciendo a todo el mundo: "Miren lo que hizo mi hermano, esa es la clase de hermano que yo tengo". Es decir, me mantendría yendo de un extremo a otro. Pero ya no tengo que hacer nada de eso, porque mi

herida está sanada. La cicatriz permanece, puedo recordar lo que pasó, pero ya no experimento dolor alguno.

Esto es exactamente lo que ocurre con nuestras heridas psicológicas cuando han sido sanadas. Podemos hablar de ellas sin tener que ocultarlas, pero ya no tendremos que hacerlo continuamente, porque el dolor que antes producían ha desaparecido.

Necesidades humanas básicas

Hay necesidades básicas en cada ser humano, que tienen que ser satisfechas durante la niñez. Si eso no sucede, vamos a tener muchas dificultades cuando seamos adultos. ¿Cuáles son esas necesidades que al ser satisfechas hacen que los niños se desarrollen normalmente sin heridas?

Tenemos necesidades básicas primarias, tales como: la comida, el aire, el agua, el abrigo, etcétera. Sin estas cosas no subsistiríamos. Hay otras necesidades que llamamos secundarias. Cuatro de ellas son las siguientes:

EL AMOR

Los niños pueden morir por falta de amor. El niño al nacer es como un “vaso vacío”; no puede dar amor. Los padres —en primer lugar la madre y luego el padre— tienen que llenar de amor este vaso. El amor tiene que ser expresado de una manera que el niño pueda sentirlo. Tenemos que “echarle” más y más amor, hasta que el vaso se llene y empiece a rebozar. Entonces, el niño podrá empezar a dar amor.

Si este “vaso vacío” nunca se llena, el niño nunca podrá dar amor. Más aun, “su vaso” llegará a ser un vaso sin fondo, en el cual se podrá “echar” amor sin medida y nunca se llenará. El niño nunca se sentirá amado. Más tarde puede casarse y su cónyuge podrá amarlo muchísimo, sin embargo, no se sentirá amado, y tampoco podrá dar

amor. ¿Cómo es posible que un niño tan pequeño pueda saber si es amado o no? El aún no entiende si le decimos: "Yo te amo".

Unos sicólogos estudiaban el comportamiento de nuevas madres recluidas en una cárcel. Ellos querían saber si podían predecir cuáles madres iban a quedarse con sus hijos y cuáles iban a darlos en adopción. Las madres todavía no sabían si iban a quedarse con sus bebés o no. Pronto los sicólogos supieron cómo iban a decidirse ellas. ¿Cómo lo supieron?

Las madres que al final se quedaban con sus niños, al recibirlos en su brazos, tocaban la cabecita del bebé con la yema de los dedos y luego con toda la mano; lo desenvolvían y le contaban los deditos de las manos; le miraban los brazos, el abdomen, las piernas y le contaban los deditos de los pies. Luego lo envolvían otra vez con cuidado y lo alimentaban. Las madres que dieron el bebé en adopción, lo recibían en los brazos y de una vez lo alimentaban.

Si los sicólogos pudieron notar una diferencia tan grande en el comportamiento de las madres y predecir cuáles iban a quedarse con sus hijos, cuánto más puede el bebé sentir si su madre de veras lo quiere. Cuántas madres cuidan a sus hijos con disgusto. Después el niño, ya adulto, muy dentro de sí se siente rechazado.

CRISTIAN

En nuestra familia tuvimos una experiencia muy triste de un niño que no se sentía amado. Un familiar nuestro no vivía una vida cristiana. Al quedar su novia embarazada, se casaron rápidamente para que nadie se enterara de la situación. Ya casados, se dieron cuenta de que no se conocían suficientemente.

Después que nació Cristian, se cansaron de quedarse en casa y le dejaban en su cuna mientras el uno salía para la discoteca y el otro para el café. Casi tres años más tarde, vino el divorcio y a Cristian lo dejaron con la tía abuela, quien lo amaba y lo cuidaba bien. Sin embargo, ella tenía casi setenta años, y no tuvo la fuerza para cuidarlo más que un año.

Luego un tío de Cristian se casó y le ofreció su hogar. Cristian comprendió que ya no podía quedarse con la tía abuela, y le pidió: "Tía, ¿no puedo quedarme contigo? Tú no me vas a mandar lejos, ¿verdad?" Efectivamente, llegó el día que la tía abuela no pudo quedarse más con él y Cristian tuvo que ir a vivir con el tío recién casado.

El tío y su esposa amaban a Cristian y le aseguraron que esa sería su familia, él sería su hijo para siempre y ellos serían sus padres. Le dijeron que su mamá le amaba, pero más bien como una tía. Al fin, Cristian aceptó a su nueva familia y a los dos hermanos y hermana que nacieron.

Un día, su madre vino a llevarlo de vacaciones con ella, y le afirmó: "Yo soy tu mamá. Es tu tía quien te ama como tía y yo te amo de veras como mamá". Sin embargo, al fin del mes, ella dejó nuevamente a Cristian con sus tíos.

El pobre Cristian, ya estaba completamente confundido. Si la mamá lo amaba como mamá y la tía como tía, ¿por qué la mamá lo dejó con la tía, quien le dijo que ella lo amaba como mamá y la mamá lo amaba como tía? En fin, lo único que Cristian podía hacer era sentarse en la cama y escuchar un disco que la mamá le había regalado. Ya no jugaba y no podía ir al jardín infantil.

Al fin, los tíos le llevaron a un sicólogo, y tuvo que ir a un kindergarten para niños con problemas. Tenía los hombros encogidos y estaba muy flaco; parecía un hombre viejo; sufría de asma. Los tíos le dieron todo el amor posible, pero Cristian no podía sentirse amado. El sicólogo les dijo que eso no había empezado con el divorcio sino en sus primeros días de infancia, cuando lo dejaban solo en la cuna por largas horas.

Entonces, la madre decidió llevarse a Cristian para cuidarlo ella misma. Lo cuidó bien, lo llevó a un sicólogo y le puso en un colegio especial. Sin embargo, cuando llegó el tiempo de ir de vacaciones, ella no quiso llevar a Cristian, sino se fue sola con su amante y dejó a Cristian con su padre y la madrastra.

El asma de Cristian había empeorado a través de los años. La madre había decidido que al volver de vacaciones lo enviaría por quince días a una isla donde trataban a los

niños con asma. Para ello, él tendría que viajar solo en tren. Pero Cristian le tenía pavor a dormir en cualquier cama distinta a la suya y por lo tanto, temía este viaje.

Poco antes de regresar la madre de sus vacaciones, Cristian se agravó y lo llevaron al hospital. Ella regresó un miércoles y lo sacó del hospital para enviarlo a la isla el viernes siguiente. Cuando llegó a la casa, le dio otro ataque de asma. Rápidamente lo llevó de nuevo al hospital, pero al llegar estaba muerto. Cristian fue enterrado el día que cumplía diez años.

Pregunté a un siquiatra si era posible que la causa de su muerte hubiera sido la falta de sentirse amado; él aprobó. Eso fue seguramente lo que causó su muerte. A pesar de que Cristian recibió tanto amor después, el “vaso” ya tenía el fondo roto y no podía sentir el amor.

Ese es un ejemplo dramático, pero ¡cuántos de nosotros andamos en esta tierra con nuestros “vasos” rotos! No podemos sentir amor porque no lo recibimos en la niñez.

Cuando nosotros vivíamos en Montería, un día llevé la ropa a la lavandería; cuando fui a recogerla, toqué a la puerta, pero nadie atendió a mi llamado. Desde el exterior pude escuchar el llanto de un niño que por su manera de llorar parecía tener uno o dos años. Yo necesitaba el traje de mi esposo y pensé que al estar el niño llorando así, alguien vendría a atenderle. Esperé por veinte minutos y durante todo ese tiempo el niño no cesó de llorar y gritar con terror. No sé si los de su familia estaban borrachos y no pudieron oír, o si de veras salieron y dejaron a ese niño solo.

¡Cuántos niños se encuentran en la misma situación! Lloran y lloran, y no son atendidos o si los atienden, lo hacen de mala gana. Una amiga mía que estaba en el hospital para tener su quinto hijo, se hallaba en el mismo cuarto con otra madre cuyo esposo no creía en la planificación familiar, y aquel era su decimotercer hijo. Al llegarle una hijita, la recibió en sus brazos con tristeza y llanto. Aunque esa madre lo intentara, por sus muchos quehaceres no le sería posible dar a su hija el amor que necesitaba.

En otros casos puede suceder que la madre muera y la madrastra no ame al niño como debiera; tal vez al niño hayan tenido que llevarlo al hospital y lo separaron de sus padres; quizá por los muchos problemas en la familia, no le prestaron la atención necesaria y en alguna forma le falta amor; puede ser que la madre misma no haya recibido suficiente amor cuando era pequeña y no sepa dar amor de una manera que el niño pueda sentirlo; o puede ser que el padre sea un borracho y cuando viene a la casa le infunde tanto temor a la mamá que ella no puede desenvolverse; cualquiera de estos casos deja el “vaso” del niño o la niña “sin fondo”. Tal vez tú naciste durante un tiempo de violencia o de guerra, cuando hubo tanto temor que no quedó tiempo para darte amor y eso ha hecho que tu “vaso” se quede “sin fondo”.

EL PERDON

Otra necesidad de cada niño es recibir perdón. Los padres tienen que perdonar muchas veces al niño. Si él no recibe suficiente perdón por sus errores hasta llenar su vaso y hacerlo rebozar, cuando llegue a ser un adulto no existirá perdón en él para poder perdonar a otros. Nadie puede perdonar más de lo que ha sido perdonado.

El perdón es algo muy sutil. Decimos: “Perdono, pero no olvido”. ¡Eso no es perdón! Perdón es quedar con la persona como si el asunto no hubiera ocurrido.

Dijimos a nuestros hijos que les amaríamos por siempre, sin importar lo que ellos hicieran. Aunque algún día hicieran algo tan terrible que tuvieran que ir a la cárcel, aún les amaríamos y les perdonaríamos. Estaríamos muy tristes, oraríamos y ayunaríamos hasta que se arrepintieran, pero jamás dejaríamos de amarles, tampoco dejaríamos de perdonarles. Veamos esto con un ejemplo:

Habíamos enseñado a nuestros hijos que no debían brincar encima de las camas para no dañar los colchones, pero un día al acostarles, encontré el colchón de David casi hecho pedazos. El algodón del colchón estaba amontonado por partes y en otras partes no había nada, en realidad había quedado inservible.

“David —le llamé—, ¿estuviste brincando encima de tu cama?”

“No no, mamá —dijo él—, yo no estaba brincando encima de mi cama”.

“No, mamá —agregó Ruthie—, él realmente no estaba brincando encima de la cama, sino que se metió debajo del colchón para ‘jugar a la carpa’”.

“Pero, niños, miren lo que hicieron. Destruyeron el colchón, ya no sirve para nada. ¿Cómo se les ocurrió hacer algo así? No tenemos dinero para comprar otro” —les aleccioné mientras trataba de acomodar el algodón. No pudiendo arreglar bien el daño, tuve que acostar a David en el colchón “medio arreglado”.

“Mamá —dijo David—, lo siento mucho, perdóname”.

Entonces, tragándome las palabras le contesté: “Está bien, David, yo te perdono”.

Pero la siguiente noche, al ver el colchón que no había logrado arreglar bien, nuevamente les aleccioné: “David, ¿cómo se te ocurrió dañar el conchón así? No podemos comprarte otro”.

“Mamá —lloró David—, nunca volveré a hacerlo, por favor perdóname”.

“Está bien, David, te perdono” —le dije otra vez.

Sin embargo, la próxima noche al ver el colchón le dije: “Ay, David, mira este colchón, es terrible”.

“Mamá —dijo David llorando—, ¿no podré nunca ser perdonado?”

Eso me hizo reflexionar. ¿Qué estaba enseñando a mi hijo? Le había dicho que jamás dejaría de perdonarle, hiciera lo que hiciera, pero ahora le estaba demostrando que dañar el colchón no estaba incluido. ¿Qué clase de perdón era ese? Así no era como Dios me había perdonado a mí.

Tomé a David en mis brazos y le pedí perdón por no haberle perdonado verdaderamente. Luego invertí el colchón de tal manera que yo no tenía que ver la parte dañada cada noche.

En ese caso yo no estaba llenando el “vaso” de David con perdón, más bien, estaba diciéndole que hay ciertas cosas que son tan terribles que no pueden ser perdonadas.

Como cristianos sabemos que tenemos que perdonar a otros. La pobre persona trata de “amasar” sus sentimientos hasta que alcanza a sentir algo parecido al perdón. Entonces dice que perdona a la persona que le hizo daño, y reprime todo el dolor que siente en cuanto al asunto.

El hecho es que nosotros no podemos perdonar más de lo que hemos sido perdonados. Muchos de nosotros hemos sido tan heridos que jamás podemos perdonar a la persona que nos hizo daño. Sin embargo, sabiendo que como creyentes “tenemos que” perdonar, tratamos y tratamos de “amasar” sentimientos de perdón y nos sentimos culpables por no alcanzar a formar esos buenos sentimientos. En verdad, vivimos en “bancarrotas” en cuanto a sentimientos de perdón, no los tenemos y no podemos crearlos.

MERCEDES

Mercedes creció en una familia muy desorganizada, el padre era jugador, perdió mucho dinero en el juego. Mercedes siguió su ejemplo y cuando tenía cinco años perdió, jugando, los cinco pesos que la madre le había dado para hacer un mandado.

Cuando su padre se dio cuenta de lo que ella había hecho, le amarró las manos, la colgó de una viga y la castigó con correa hasta que se cansó. Luego la mamá siguió con el castigo hasta cansarse. Cuando la niña se desmayó, le metieron en una alberca con agua fría para revivirla y seguir pegándole. Por una semana la recluyeron en una alcoba, sin ropa, para mostrarle qué mala era.

La vida de la niña fue de mal en peor. A los siete años fue violada por su hermano; luego tuvo tres hijos de un tío y más tarde otros dos de padres diferentes, todos ellos productos de violaciones. Además, los deseos de jugar por dinero le siguieron siempre.

Un día oyó hablar del evangelio y se entregó a Cristo pero no tenía paz. Después de orar por toda su vida anterior y entregar todo el dolor a Cristo, alcanzó a perdonar a los que le habían hecho daño. Sin embargo,

tenía mucha dificultad en perdonar a los que con ella trabajaban y siempre quería llamarles fuertemente la atención sobre cualquier falla.

Ella me dijo: “Siempre pienso que si a mí me colgaron por cinco pesos, por qué no puedo yo llamarles la atención por lo que ellos hacen”.

Tuvimos un tiempo de oración especial en cuanto a ese castigo cruel que el padre le había dado. Yo le insistí que dijera en voz alta exactamente lo que ella sentía por lo que su padre le había hecho.

“El es injusto. No era justo lo que él hacía” —al fin dijo ella.

Le contesté: “Di a la memoria de tu papá: ‘Papá, tú eres injusto’”.

Mercedes no dijo nada por un tiempo. Al fin dijo pensativa: “No, no es verdad que mi papá sea injusto”.

“Pero entonces, ¿que es él?” —le pregunté.

“El es... El es... pues, ¡él es un demonio!” —al fin gritó. “¡El es un demonio!”

“Dile, pues, ‘Papá, tú eres un demonio’. ¡Jamás podré perdonar lo que tú me has hecho!”

Mercedes estalló en lágrimas. “Sí, es verdad. Jamás te podré perdonar, Papá. ¡Tú eres un demonio!”

Le puse la mano sobre el hombro para consolarla, “Dile a Cristo: ‘Cristo, yo odio a mi papá. Quisiera que muriera. ¡No quiero verlo más!’”

“Sí, Cristo, esa es la verdad. ¡Lo odio! ¡Lo odio! Quiero que muera. No quiero verlo nunca más”.

“Dile a Cristo: ‘Cristo, yo no puedo aguantar más este odio. Me está acabando. Ya mismo, Cristo, yo tomo el odio, la injusticia, el rebajamiento que yo siento y lo echo todo sobre ti. Cárgalo por mí, yo no soy capaz’”.

Mercedes, que seguía la oración con todo su ser, luego oró: “Cristo, yo no puedo perdonar a mi papá, pero ahora que he echado todo sobre ti, te pido que pongas nuevo “fondo” en mi “vaso” y lo llenes con tu perdón hasta rebosar”.

“Papá, aunque yo no puedo perdonar lo que tú me has hecho, yo acepto el perdón de Cristo y tomo de este perdón con que El está llenando mi “vaso” y lo entrego a ti.

Papá, con el perdón de Cristo, yo te perdono todo lo que tú me has hecho. Perdóname a mí también cuando no me comporté bien”.

De la misma manera Mercedes también perdonó a su madre. Solamente así pudo ser liberada del deseo de vengarse en otros por su pasado. El dolor era tan grande, que jamás podía producir sentimientos de perdón.

Tal vez alguien a ti te haya hecho un daño tan grande que no puedes perdonarlo.

LA PROTECCION

La tercera necesidad de cada niño es la de protección. Cada niño tiene que sentirse seguro y necesita tener a sus padres como un muro entre él y el mundo.

Muchas veces el niño, no sólo siente esa falta de protección, sino que los mismos padres inspiran temor a sus hijos con exclamaciones como: ¡Cuidado, la policía! ¡El coco te va a coger! ¡Si no te comportas bien el coco viene esta noche y te va a llevar! Ellos mismos infunden temor en su niño.

HANS

Jamás voy a olvidar a Hans, quien estaba preparándose para ser pastor. Vino a hablar conmigo porque era una persona muy dura con toda la gente. Aunque no lo quería, así era.

Hans nació en Noruega en el tiempo de la segunda guerra mundial. Aunque él no estuvo directamente en la guerra, eso lo afectaba; ya que su padre era un político. El padre había sido una persona muy perseguida, porque trabajaba en contra de los nazis. El tuvo que huir por mucho tiempo y no se sabía si estaba vivo o muerto.

Un día, la mamá invitó a los hijos a hacer un paseo en el campo. Salieron de la casa, pero de repente, Hans se encontró en un avión solo con sus tres hermanas. No sabían a dónde iban. La madre no los acompañó y él lloraba y lloraba. Sus tres hermanas estaban medio locas de temor, así que él se sobrepuso para tratar de cuidar de ellas.

Al aterrizar en Suiza, unas personas desconocidas los

internaron en un colegio. Allí tuvieron que aprender otro idioma. Después de un año, sus padres vinieron por ellos y los llevaron a vivir a España. Allí tuvieron que ir al colegio y aprender otro idioma.

En España pasaron un tiempo, hasta que el padre tuvo que salir otra vez. La madre y los niños tuvieron que regresar a su país por Alemania en tren. Por la ventana del tren, vieron muertos por doquier, las casas en llamas y la gente que huía, llenos de pánico; ellos no sabían si podrían llegar a su destino. Al llegar a su país, otra vez tuvieron que huir a España. Cuando la guerra terminó, el padre regresó a España.

Un día el padre dijo a Hans: “Vamos a los Estados Unidos. Tienes que usar tu propio nombre; tú no eres Hans, ese fue el nombre que te pusimos para esconderte. En realidad eres Felipe”.

Al llegar a los Estados Unidos, Felipe se encontró en un colegio diferente y con un idioma distinto. Todo esto fue endureciendo a Felipe. El trató de hacerse norteamericano, pero a la vez falló en todos sus estudios. En todo le iba mal, aunque era un niño muy inteligente. Tal vez las cosas le impactaron aun más, debido a la agudeza de su inteligencia. Al fin, le pusieron en un colegio especial donde empezó a recuperarse. Luego pudo entrar a una universidad especial para su capacidad mental, pero no pudo actuar competentemente y tuvo que retirarse porque falló.

Todo siguió muy mal, hasta que un día se entregó al Señor Jesucristo. Cristo le perdonó todo lo pasado y empezó una vida nueva. Ahora estaba preparándose para el ministerio. Sin embargo, era demasiado duro con la gente. Todo tenía que marchar a la perfección, o los regañaba. El no sabía por qué era así.

Al venir para aconsejarme y contarme su historia, le dije que él tenía que volver a sentir ese dolor. Por unas semanas no fue capaz, hasta que un día le pedimos a Dios que El mismo abriera la puerta del pasado, allá donde todo había sido reprimido.

Felipe volvió a la siguiente semana con una sonrisa en su rostro. Me contó que él estaba orando, cuando con

sus ojos espirituales vio como Cristo le daba unas llaves. Felipe dijo: “Vi algo así como un calabozo con una puerta pesada. Abrí con una llave esta puerta y adentro vi un niño que lloraba. Sentí que era yo quien estaba allí y hablé con aquel niño pequeño en mi idioma natal, diciéndole: ‘Cristo ha arreglado todos tus problemas. Ya puedes salir’. Entonces, el niño salió.”

“Al lado había otra puerta gruesa. Fui hasta ella con otra llave y se abrió. Vi dentro a otro niño un poco más grande que lloraba. Le hablé en alemán, pues sabía que aquel niño en esa soledad y oscuridad era yo mismo. Le dije que podía salir, que todo estaba arreglado.”

“Abrí otra puerta, y encontré otro niño, un poco más grande, que lloraba y temblaba de terror. Le dije en español: ‘Ya puedes salir, Cristo ha arreglado todo’. El niño salió.”

“Abrí la última puerta. Allí vi un joven a quien hablé en inglés, diciéndole que ya podía salir.”

“¿Sabe? —me dijo Felipe—, me siento mucho mejor, pero tengo temor. Esos calabozos todavía están allí. ¿Qué tal que yo vuelva a entrar de nuevo?”

Le dije: “Vamos a orar otra vez; pidamos a Cristo que lleve esos calabozos sobre Sí mismo”.

Pedí a Dios que abriera los ojos espirituales de Felipe para que él pudiera “ver” cómo Cristo estaba llevando esta situación sobre Si mismo.

Felipe comentó: “Veo que los calabozos se volvieron cartón, se amontonaron y fueron echados al mar. Ahora veo un paisaje muy lindo de casas pequeñas, como en España. ¿Sabe? ese temor se ha ido”. Cristo había cargado sobre Sí todo lo que había sucedido. A partir de entonces, Felipe empezó a cambiar el trato con los demás.

EL ELOGIO

Otra necesidad básica que todo niño tiene, es la de ser elogiado. El niño al nacer no sabe nada de sí mismo, pues ni siquiera entiende que existe. No sabe dónde termina su cuerpo, ni dónde empieza la cuna. Está allí; lindo, tierno, y aunque tiene ciertas capacidades, como chupar sus dedos y llorar, no comprende nada en cuanto a sí mismo.

Para mí fue muy interesante observar a nuestros niños cuando tenían unos meses. Se metían el dedo gordo del pie a la boca y al mordérselo gritaban como si alguien les hubiera hecho algo horrible. No sabían que ese dedo era parte de ellos.

Como el niño no entiende nada en cuanto a sí mismo, no sabe si es una persona que tiene valor o si es una persona que no merece nada. La única manera que tiene de saber algo en cuanto a sí mismo, es escuchando lo que en primer lugar la madre y el padre, y luego sus hermanos y compañeros dicen de él. Si con frecuencia le dicen que no vale nada, que no sirve para nada, que todo lo hace mal, el niño va a pensar que así es él. Va a sentir que no vale nada. Cuántas veces los padres exclaman: “¡Pero es que este niño no sirve para nada!”

Cuando vivíamos en Montería, visitábamos mucho a los miembros de la iglesia. Las madres nos presentaban a sus hijos diciéndonos, por ejemplo: “Esta es Blanca; me resultó muy buena, en cambio esa “negrita” no me sirve para nada”.

Aquella madre estaba haciendo que la negrita sintiera que no servía para nada. Eso es lo que “la negrita” va a pensar de sí misma. Y Blanca va a saber que ella no tiene tanto valor como la mamá dice. Sabe dentro de sí que ella también a veces es boba y otras veces tampoco sirve para nada.

ELVIA

Elvia era una sicóloga que se había entregado al Señor Jesucristo en una iglesia de Popayán y nosotros queríamos que ella diera testimonio de lo que Cristo había hecho en su vida.

Ella siempre nos decía: “Pero ¿de qué voy a dar testimonio? Antes estaba contenta y ahora también. No vale la pena decir eso”.

Al fin pensé que algo no funcionaba bien dentro de ella. Un mes más tarde un joven nos llamó a las 10:30 de la noche para pedirnos que fuéramos a la casa donde ella vivía con una amiga. Estaban haciéndoles una liberación y ya llevaban dos días. Fuimos a ver en que podíamos

ayudar y allá nos dimos cuenta de que esas dos chicas vivían en una relación lesbiana.

Al día siguiente, nos volvieron a llamar para decirnos que habían pasado toda la noche despiertas. Finalmente llevamos a Elvia a nuestra casa. Ella no podía dormir, pues estaba llena de temores. Al fin le di una pastilla para calmarla y me quedé a su lado hasta que se durmió. A la mañana siguiente parecía que todo andaba bien y ella salió de la ciudad.

Después de unos tres meses, volvió y me dijo: “Yo voy a volver a mi vida anterior. Esta nueva vida no vale nada”.

Pasé casi tres horas tratando de convencerla de que no volviera a su vida anterior. Finalmente me di por vencida y le dije: “Tú puedes hacerlo, pero ¿sabes una cosa? Dios no va a andar detrás de ti. ‘Hoy’ —dice la Biblia— ‘es el día de salvación’. Si tú te vas, no esperes que Dios vaya a sacarte de allí otra vez”.

Me contestó: “Es que esta vida no tiene valor para mí y tú no puedes hacer nada para ayudarme porque tú eres una mujer. Eso que está en mí me dice que sólo un hombre puede ayudarme”.

Casi me tenía convencida, cuando el Espíritu Santo me mostró la mentira. “Eso es una mentira —le dije—, delante de Dios hombres y mujeres tienen el mismo poder, pero quien va a echar eso fuera es Cristo, el hombre perfecto”. Así, echamos fuera el demonio de lesbianismo, de odio y muchos otros más.

Entonces Elvia empezó a contarme su vida. Ella no sabía quién era su madre; no sabía si era su tía, quien siempre la entendía pero era soltera y por lo cual la había regalado a la mamá, o si la madre era la que decía que era su madre pero que no la amaba, por lo cual la había dado a la tía muchas veces para que la cuidara. Cada vez que quería hablar de esto a la mamá, ella se reía y no le contestaba.

“Sé que mi mamá no me amaba —dijo Elvia—, siempre me decía: ‘Tú tienes la piel exactamente como la de tu abuela y yo odio a tu abuela. Tú no sirves para nada. Eres tan boba que no vas a servir para nada en la vida’”.

La pusieron en un colegio muy bueno, tenían los medios económicos para hacerlo, pero siempre le decían que ella era boba, que ni siquiera iba a ser capaz de estudiar.

Elvia obtenía muy buenas notas, y las de su tercer año de escuela fueron excepcionales. Pensó que ahora sí su mamá iba a darse cuenta de que ella no era boba. Cogió la libreta de calificaciones y fue corriendo a la casa. La mamá estaba sentada en la sala cuando Elvia llegó con la libreta. “¡Mamá, mira mis notas! ¡No soy una boba!”

La mamá cogió la libreta, la miró y dijo: “¡Hm! Tú no has obtenido esas notas. ¡Tú eres demasiado boba para eso! Lo que pasa es que tú eres la favorita de la profesora y por eso ella te las regaló. Tu no eres capaz de lograr esas calificaciones”.

Elvia terminó el bachillerato, entró a la universidad a estudiar sicología y también se graduó con buenas notas. Fue durante su tiempo de universidad que entabló amistad con esta chica.

Después de graduarse, trabajó como sicóloga en un colegio. Un día le enviaron una niña de once años que tenía amistad con otra niña no muy sana. Elvia me dijo: “¿Qué podía hacer, si yo estaba en la misma situación? Lo único que pude hacer fue decirle que tenía que aceptarse tal como era. Pues, si yo no tenía la respuesta para mí misma, ¿cómo podía ayudarla a ella?”

Pues bien, Elvia y yo oramos por su vida pasada. Cuando llegamos a la parte en donde ella entró a la sala y se acercó a su madre con las calificaciones le dije: “Vamos a pedir que Dios te abra los ojos espirituales, para que puedas ver a Cristo sentado en la sala de tu casa. No mires ahora a tu madre en la sala, sino a Cristo. ¿Puedes verlo con tus ojos espirituales?”

“Sí, lo veo en la sala”, me contestó.

“Ahora —continué—, coge la libreta y ve corriendo, ya no a tu mamá, sino a Cristo, preséntale las notas, muéstraselas a El”. De repente, Elvia empezó a llorar y a sollozar. Cuando se calmó le pregunté qué había pasado.

“Yo vi a Cristo allá sentado. Cogí la libreta de notas y fui corriendo a El. El me tomó sobre sus rodillas. Me

abrazó y me dijo: ‘Yo sí creo que estas notas son tuyas. Tú eres mi hija, estoy orgulloso de ti. Tu no eras boba’”.

En ese momento Cristo llevó esa llaga de Elvia sobre Sí mismo. Oramos por el resto de su vida, pero yo sentí que en aquel momento algo especial había sucedido en su vida. Dios había sanado la raíz de su problema. Elvia había buscado una madre, y ese era el motivo por el cual había entablado tal relación.

Elvia actualmente se encuentra trabajando con universitarios, ayudándoles a encontrar la salud sicológica y espiritual que ella encontró en Cristo. Ahora, cuando le pedimos un testimonio, Elvia tiene uno para dar, sabe lo que Cristo ha hecho en su vida.

Todos éstos son ejemplos de personas que no satisficieron sus necesidades básicas en la niñez. Tales niños, cuando son adultos, sufren de sentimientos y complejos profundos de inseguridad, inferioridad, y muchos otros más.

Complejos de inferioridad

Todos nosotros tenemos complejos. Ellos son el producto de no haber recibido amor, perdón, protección o alabanza de una forma adecuada. Muchos tenemos complejos de inferioridad muy agudos. El complejo de inferioridad podríamos decir que es como un termómetro.

Grado de superioridad

+ 5

+ 4

+ 3

+ 2

+ 1

————— O CRISTO

– 1

– 2

– 3 Nosotros

– 4

– 5

Grado de inferioridad

En la historia ha habido solamente una persona completamente equilibrada. El no se sintió inferior ni

superior. Estaba en el punto cero del termómetro. Cristo fue la única persona en este mundo que pudo vivir en este punto. En Juan 8:14 dijo: “Yo sé de dónde he venido, yo sé a dónde voy”. El era Dios, pero no se sentía superior. Fue clavado en la cruz, pero no se sintió inferior. Pudo enfrentarse con reyes, pero no se sintió tan superior que no quisiera hablar con la mujer de la calle. Nosotros nunca podremos llegar al grado a que El llegó. Pero esa debe ser nuestra meta. Nosotros siempre nos encontramos debajo de la línea cero; siempre nos sentimos inferiores a otras personas en algún grado.

Si tenemos sentimientos de inferioridad de dos grados en el termómetro, tenemos que compensar esa deficiencia haciendo cosas que nos hagan sentir en dos grados superiores a los demás; de lo contrario vamos al suicidio, no podemos vivir con esa descompensación. Por eso, tenemos que comportarnos en una forma de superioridad de dos grados. Si sentimos una inferioridad de cuatro grados, tenemos que llenarlos con una actitud de superioridad de cuatro grados, o no podríamos aguantar la deficiencia.

¿Cómo nos comportamos cuando tenemos sentimientos de inferioridad? ¿Cuáles son los mecanismos que usamos para defendernos de la descompensación? Los siguientes síntomas nos dan unas pautas:

AISLARSE

Recuerdo a Norma en el seminario. Nunca quería tener amistad con ninguna de las compañeras de estudio, pues decía: “Es que siempre me meten en problemas”. Según Norma, ella no tenía problemas, eran las otras las que los tenían. Esto era el resultado de su complejo de inferioridad, pues se sentía demasiado inferior para tener compañerismo y por eso se aisló, digamos, a un tercer grado. Llenó estos tres grados con “no tener problemas con nadie”, lo cual le dio un sentido de valor.

TRATAR DE LLAMAR LA ATENCION

Muchas veces queremos ser el centro de atención. Mien-

tras todo gira a nuestro alrededor, sentimos que al menos tenemos algo de valor. Es por eso que tratamos de llamar la atención.

Pablo me dijo una vez: “¡Yo soy profesional! ¡Tanto como usted es profesional, así, también soy yo!” El tenía sentimientos de inferioridad muy agudos; a pesar de eso, él había logrado obtener un título universitario y con eso trató de obtener valor ante los demás. Así compensó su complejo de inferioridad con su carrera.

SENTIRSE DEMASIADO SUSCEPTIBLE

El que se siente inferior es demasiado susceptible; no resiste la crítica; mira a todo el mundo como si fuera superior a él. Cuando lo critican se siente aun más inferior; no puede aceptar la crítica.

También puede suceder que no acepta el halago. Pablo, el joven profesional, rechazaba toda clase de elogios. Un día le dije que yo valoraba algo que él había hecho. Me contestó: “No me diga eso, pues yo no soy amigo de las personas que me elogian. Yo quiero que me digan lo que está mal en mí”.

Pablo decía eso porque él mismo se daba cuenta de que había algo que marchaba mal en él. Pensaba que el rechazar los halagos le hacía ganar valor, porque por lo menos tenía la capacidad de darse cuenta de que tenía problemas. No podía, por lo tanto, recibir tales halagos.

La persona con sentimientos de inferioridad busca recibir halagos todo el tiempo o los rechaza completamente. Cristo podía recibir halagos o críticas sin sentirse inferior, porque El sabía quién era y a dónde iba; no tenía ningún sentimiento de inferioridad, o de superioridad.

SER DEMASIADO POSESIVO

El que se siente inferior tiende a ser demasiado posesivo. Se le oye decir: “Esas son mis cosas. Que nadie me las toque”. “Es mi amiga”.

En este sentido, el comportamiento de las jóvenes de una iglesia me llamó la atención. Unas se sentían inferiores e inseguras. Si al llegar a la iglesia el domingo, descubrían

que su mejor amiga entablaba relación con cualquier otra persona, este hecho era suficiente para motivarle a no continuar asistiendo a tal iglesia.

Decían: “Ella me quitó mi mejor amiga”. Sentían que si tenían una amiga especial, tenían valor, pero lo perdían si alguien también tenía amistad con esta persona. Las jóvenes suplían su inferioridad con amigas especiales.

BUSCAR EL PERFECCIONISMO

Hay personas que “tienen que” hacer todo perfecto. Si no lo hacen así, se sienten sin valor. Si no pueden alcanzar el 100% de perfección, sienten que ya no valen nada. Si tienen cinco grados de inferioridad, los tienen que compensar con cinco grados de perfeccionismo. Otras personas que tienen a penas un grado de inferioridad, puedan tolerar cometer algunos errores, sin descompensarse.

Gloria (quien creyó que nosotros éramos sus padres) al visitarnos para tomar un café, tenía que dejar cada taza en su lugar antes de salir de nuestra casa. Sentía que solamente de esta manera ella valía algo.

CRITICAR A OTROS

Los que se sienten inferiores critican demasiado a los demás. Dicen: “El no sabe nada. Mire lo que ha hecho. ¿Cómo puede ser tan bobo para hacer eso”? Si alguien se siente inferior a otra persona pero ve que aún es capaz de notar las faltas de los demás, siente que por lo menos vale un poco.

De otro lado, cuando esta persona pasa cerca de un grupo y oye que están hablando en voz baja, lo primero que piensa es: “Están hablando mal de mí”. Nunca se le ocurre pensar que ellas podrían estar planeando celebrar su cumpleaños. Está seguro de que siempre están hablando mal de él.

PROYECTARSE

Ello ocurre cuando vemos en otras personas lo que no nos gusta de nosotros mismos o tememos que existe en

nosotros. Decimos: “Mira cuán orgulloso es él”. ¿Tememos quizá ser orgullosos?

En una de mis clases de sicología pedí a los alumnos que escribieran algo referente a aquello que más les molestaba de ellos mismos. Todos, menos uno, hicieron el trabajo más o menos como debían. Sin embargo, uno de ellos me escribió: “Lo que más me molesta es que no encuentro ninguna persona espiritual en ninguna parte. El pastor de nuestra iglesia no es espiritual. En mi iglesia no hay nadie que sea espiritual. Pensé que al llegar al seminario iba a encontrar profesores muy espirituales, y estudiantes preparándose para el ministerio, también muy espirituales. Cuán grande fue mi sorpresa al llegar aquí y no encontrar ninguna persona espiritual. Ni los profesores, ni los estudiantes son espirituales; aquí no hay una sola persona que sea espiritual”.

Yo lo llamé a mi oficina y le pregunté si sería que él no se sentía espiritual. Agachó la cabeza y respondió que así era. Me comentó que cuando él tenía ocho años, le tocó dormir en la misma cama con una prima. No hizo nada, pero tuvo malos pensamientos y siempre sentía que por haberlos tenido no valía nada. ¿Cómo podía entonces ser una persona espiritual habiendo tenido esa clase de pensamientos?

Oramos por aquellos pensamientos y los echamos sobre Cristo. De repente, la gente alrededor de él parecía más espiritual. Su concepto acerca de la espiritualidad de sus profesores, sus compañeros y aun de sí mismo cambió radicalmente a partir de entonces.

Nosotros vemos en los demás lo que tememos que hay en nosotros. Si sentimos o tememos que existe un defecto de segundo grado en nosotros, vemos en los demás una deficiencia de las mismas proporciones, lo cual nos permite establecer el equilibrio entre ellos y nosotros.

TRATAR DE COMPENSAR

El que siente que no vale nada tiene que compensar su insuficiencia en alguna forma. Siempre me interesaba observar a los estudiantes cuando llegaban al seminario. Estaban fuera de su propio ambiente, se encontraban en un

ambiente nuevo y desconocido, los muros de protección que antes tenían a su alrededor habían desaparecido; se sentían como desnudos, ninguno de ellos sabía exactamente cómo comportarse. En esta situación, cada uno compensaba su deficiencia a su propia manera.

Había un joven de estatura baja que caminaba dando pasos muy fuertes, de manera que sonaran sus pisadas como si fuera un hombre muy alto y de pisadas muy fuertes. Siempre molestaba a nuestra pequeña perra y se acercaba a las jóvenes, asustándolas para hacerlas gritar.

Un día le pregunté: “¿Por qué molestas a los animales pequeños y a las chicas? ¿Por qué no molestas a un joven que sea de tu misma estatura o más grande? ¿Es que te sientes más hombre cuando haces gritar a las chicas?”

“No, no —dijo él—, no es eso. Es solamente que me gusta oír las chillar”.

Este joven tenía un sentimiento de inferioridad muy grave y quería compensar su estatura molestando a las jovencitas y a los animales pequeños. Cuando buscamos compensar nuestros sentimientos de inferioridad, nunca chocamos con otras personas que sean de nuestra misma estatura, o que parezcan un poco más grandes o fuertes, porque ellas nos hacen sentir aun más bajos. Siempre hacemos algo para sentirnos más importantes.

¿En qué basas tu sentido de valor? ¿En ser perfeccionista? ¿En ver que los que están a tu alrededor son peores que tú? Hay sólo una fuente de donde debe venir aquello que realmente te da valor. Tú has sido hecho a imagen de Dios; solamente esto nos da valor y nos hace libres de sentimientos de inferioridad, no aquello que hayamos hecho en nuestras propias capacidades.

Cuando poseemos falsos sentimientos acerca de lo que somos, lo único que nos libra de ellos es decir la verdad. La Biblia dice: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Juan 8:32). Si nosotros decimos la verdad en cuanto a lo que creemos que somos o lo que hemos hecho, Cristo lo lleva en la cruz y quedamos libres. No tenemos nada que esconder. Si piensas que no vales nada, di: “Señor, siento que no valgo nada. Toma tú estos sentimientos, los echo todos sobre ti”.

No tenemos que aparentar que todo está andando bien en nosotros si hay algo que no lo está. Tal vez tu madre no te amaba, o tal vez no era capaz de expresarte amor. Decir eso no es culpar a nuestros padres. Al fin y al cabo, nuestros padres fueron víctimas de las heridas que les causaron sus propios padres y aquellos de las heridas que les causaron los padres de ellos y así sucesivamente.

Más aun, si nosotros no reconocemos la verdad en cuanto a nuestras heridas y no las llevamos a Cristo para ser sanados, vamos a herir a nuestros hijos de la misma manera. No podemos actuar de otra forma, porque sencillamente no podemos ser aquello que no somos.

Ahora toma un papel y haz una lista de todo aquello que recuerdas del pasado que te haya causado dolor. ¿Cómo eran tus padres? ¿Qué te decían? No escribas lo que tú crees que tus padres pensaban de la situación, sino aquello que tú sentías. ¿Cuáles eran tus sentimientos cuando te decían que no servías para nada? ¿Qué sentías cuando te comparaban con otra persona, tal vez con tu hermano, cuando interiormente tú sabías que él tampoco servía para nada? ¿Te castigaron injustamente y tuviste que callar? ¿Qué sentiste en ese momento? O tal vez tus padres te elogiaban tanto que nunca aceptaron que tú te equivocaras, mientras que tú sabías que jamás podrías llegar a la meta que ellos te habían impuesto. Tienes que ser sincero con Dios y contigo mismo al hacer este balance. Recuerda decir la verdad porque sólo “la verdad os hará libres”.

Sanidad de la identidad

¿Quién eres tú? ¿Te has aceptado a ti mismo? O ¿todavía estás enojado contigo mismo y te rechazas?

Una jovencita me dijo: “Pero ¿cómo puedo amarme con mis piernas tan flacas y mis dedos tan torcidos?”

Cada persona tiene algo de sí misma que no le gusta. Recuerdo muy bien el día en que tuve que aceptar mis pecas. Pensaba que eran feísimas, pues quería tener la piel trigueña, no tan clara como la tenía, y sin aquellas pecas. Mi cabello que me parecía de color ratón, también me era inaceptable. Recuerdo el día cuando tuve que reconocer que Dios me había hecho como era y para El ese modelo era hermoso.

¿Te has aceptado como Dios te ha hecho? O ¿todavía te odias? ¿Qué es lo que no te gusta de ti misma? ¿Es demasiado larga tu nariz, o flacas tus piernas, o torcidos tus dedos? ¿Qué es lo que estás rechazando de ti misma?

FABIO

Fabio era hijo de un médico; tenía dos hermanos y dos hermanas mayores. Su padre, a pesar de su profesión, llegaba a la casa borracho cada noche. Lo primero que Fabio podía recordar de la vida, era las veces que la mamá los despertó a media noche para meterlos debajo de la cama porque el papá venía. Pudo oír a su mamá gritar porque su

papá le pegaba con una correa y luego golpeaba con la misma correa la cama donde ellos momentos antes dormían. Unos años después, el papá mejoró un poco. Posteriormente, los cuatro hermanos se casaron y todos fracasaron en sus matrimonios.

Conocimos a Fabio por medio de Flor, una linda chica que había sido su novia durante cinco años. Les aconsejamos que debían casarse porque nadie les iba a creer que fueran novios solamente después de cinco años de noviazgo, pero ellos no tenían interés en casarse. Un tiempo después vinieron nuevamente a la casa para hablar con nosotros. “Yo amo a Flor demasiado como para casarme con ella”, dijo Fabio. “Yo sé que si nosotros nos casamos, el matrimonio va a fracasar. Nuestra amistad es tan linda que yo no quiero que nada la empañe. Yo no puedo casarme con mi novia”.

Oramos por su vida pasada, pidiendo a Cristo que entrara a la alcoba donde su papá tanto había golpeado a su mamá. Pedimos que Cristo sanara sus ojos de lo que habían visto y sus oídos de lo que habían oído; que El llevara sobre sí mismo todo lo que había ocurrido allí. Después de este proceso maravilloso Fabio y Flor hicieron planes para casarse.

FLOR

Dos semanas antes del matrimonio, me llamó la novia llorando. Quería hablar conmigo. “Yo he orado por mi problema y no sé qué hacer. Es que soy tan celosa. Cuando Fabio llega cinco minutos tarde a la casa, lo único que yo puedo pensar es: ¿Dónde estaría?, ¿con quién estaría hablando?, ¿con cuál novia estaría saliendo? He ayunado, he orado y nada mejora. Todo sigue lo mismo. Yo no puedo casarme siendo tan celosa”.

Me quedé atónita, porque le conocía y me parecía que ella estaba lista para casarse. Lo único que yo podía hacer era pedir a Dios que me diera la clave del problema que ella estaba enfrentando.

Mientras me contaba todo eso, de repente, algo me llamó la atención. Le pregunté: “¿No sería que cuando tú

eras niña te comparaban en forma negativa con otras personas?”

Ella agachó la cabeza y empezó a llorar de nuevo. Me contó que tenía dos hermanas mayores y que muchas veces andando juntas por la calle, ellas le dijeron: “Mira esa mujer, ¿ves su nariz? Así es la tuya. Tú eres la persona más fea del mundo. ¿Ves cómo anda aquella? Así andas tú. Así eres tú”.

Le contaron que cuando nació y los vecinos vinieron a verla, Flor era tan fea que les dio pena mostrarla como su nueva hermanita, por lo cual la escondieron en otra pieza. “Tú eres la persona más fea que hayamos visto”, le dijeron. Flor en realidad era una joven muy linda, pero no se sentía así.

“¿No será que siempre te has sentido tan fea que jamás puedes creer que un joven te sea fiel? ¿Sientes que cualquier otra jovencita te lo puede quitar?” —le pregunté.

De nuevo agachó la cabeza y empezó a llorar. “Eso es exactamente lo que he sentido” —contestó.

Le pedí entonces a Flor que recordara todas las veces que alguien había dicho algo negativo en cuanto a ella. Juntas repasamos su vida con Cristo.

“Recuerda la mujer de la nariz fea. Pon a Cristo en medio de ti, tus hermanas mayores y esa mujer. Cuéntale a El lo que te dijeron. Mira cómo toda la escena cae sobre El. Mira cómo todas las palabras caen sobre El. Ahora mira a la mujer que camina tan feo y a la nena que escondían por ser tan fea. Echa también esas imágenes sobre Cristo”.

En cada escena pedimos a Cristo que interviniera. Yo le pedí que El sanara las heridas. Oré por sus oídos y sus ojos, que habían oído y visto todo eso.

Quince días más tarde, Fabio y Flor se casaron. Un año después, Flor me invitó a hablar con un grupo de damas sobre sanidad interior. Yo quería usar la ilustración de Flor, y le pedí permiso para hacerlo, porque ella estaba en la reunión. Después me dijo: “¿Sabes algo? Desde que nos casamos no hemos tenido ni siquiera una pelea”.

Ahora, años después, ellos tienen dos hijos y uno de los mejores y más lindos matrimonios que yo conozco. Hace un año Flor me pidió que hablara a otro grupo de

damas. Conté la historia de ellos otra vez, y ella me dijo después, que ya no recordaba cómo se había sentido hasta que oyó contar la historia de nuevo. Cristo le había sanado en una forma tan plena que lo había olvidado.

Permíteme preguntarte algo: ¿A ti que te decían? Te comparaban negativamente con otros? Te han dicho: “Juan sí es bueno, pero tu no sirves para nada. ¿Ves que bonita es fulana de tal? Pero tú... ¿Cómo te comparaban con los demás?

EL AUTOPERDON

¿Qué has hecho tú que nunca te hayas perdonado? Helena me contó de un aborto que le habían practicado años atrás. Cuando le pregunté si Dios la había perdonado me aseguró que sí.

“¿Estás segura de que Dios te ha perdonado?” —le insistí.

“Sí, me ha perdonado porque yo se lo confesé y El ha prometido perdonarme. Creo que me ha perdonado”.

“¿Y tú te has perdonado?”

“¡Ay, no! —gritó—. ¿Cómo puedo yo perdonarme algo como lo que hice?”

“Dime una cosa: ¿tú eres más santa que Dios?”

“No” —me contestó sorprendida.

“Acaso no estás diciendo: ¡Dios tú puedes perdonarme a mí y yo acepto tu perdón. Pero yo soy más santa que tú, por lo tanto no puedo perdonarme a mí misma! ¿No es eso lo que estás haciendo? Porque tú aceptas el perdón de Dios, pero no te perdonas a ti misma”.

Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, Helena se perdonó a sí misma con el perdón con que Cristo le había perdonado a ella.

En esa lista que hiciste en el capítulo anterior has anotado todas las cosas dolorosas que te han hecho tu madre, tu padre, tus tíos, tus abuelos, tus vecinos, tus compañeros de colegio o cualquier otra persona. Ahora agrega a la lista todo lo que tú has hecho, que nunca te has perdonado.

También escribe todo lo que rechazas en cuanto a tu

cuerpo y tu personalidad. Escribe la verdad; recuerda que “la verdad os hará libres”, es la promesa del Señor. Di la verdad; no digas lo que tú piensas que debes decir, ni tampoco lo que tú sabes que debes pensar. Di lo que de veras está en tu corazón.

LA AUTOACEPTACION

En mi familia había tres mujeres y un varón cuando mi hermano mellizo y yo nacimos. Mi hermano mayor, que tenía cuatro años y medio, quería un hermano varón, pero mi hermanito mellizo, quien nació después de mí, murió.

Mi hermana mayor me contó que al día siguiente a nuestro nacimiento y antes de enterrar a mi hermanito, nos pusieron frente a frente. Al venir mi hermano a mirarnos, trató de abrir los ojos de su hermanito, y ante la imposibilidad de conseguirlo, exclamó “¡No, no! ¡que se muera la niña! Yo no quiero otra hermana. Yo quiero a mi hermanito. ¡Que se muera la niña y viva mi hermano!”

La situación se empeoró porque yo era una niña un tanto precoz. En cualquier grupo que estuviera, siempre era la primera en levantar la mano cuando hacían una pregunta. Siempre estaba en primera fila “metiéndome” en todo. Mi mamá, en nuestro dialecto alemán, siempre me decía: “Sei net so vorwitzig” (No te metas por delante en esa forma). Pero siempre se me olvidaba y continuaba haciéndolo.

De alguna manera, en mi mente de niña, llegué a relacionar mi forma de ser con el hecho de que yo había nacido primero que mi hermano mellizo. Había llegado a la conclusión de que, cuando mi hermano y yo nacimos, yo me había “metido por delante” y había causado su muerte. Yo tuve la culpa de su muerte —me decía—, porque si yo no me hubiera “metido por delante”, él hubiera vivido, yo hubiera muerto y mi hermano mayor hubiera tenido el hermanito que él tanto quería. Yo era la culpable de todo. Mi hermano es mecánico, y como no tenía un hermano para enseñarle su oficio, me lo enseñó a mí. Por años y años yo traté de ser un hombre.

Cuando tenía tres años y medio de edad, le entregué mi vida al Señor Jesucristo, pero a pesar de ello, me sentía muy culpable. Durante mi adolescencia me sentía inferior

a todos, y no tenía amistad con personas del sexo opuesto. Cada vez que alguien se me acercaba le decía algo bien feo para que se fuera. Aun cuando yo no quería hacerlo, así sucedía.

Yo no sabía lo que me pasaba hasta cuando estudié enfermería y empecé el curso de siquiatria. Al fin entendí que yo creía que había matado a mi hermano. En mi subconsciente tenía toda la culpa de su muerte. Temía matar a cualquier hombre que se me acercara. Al fin y al cabo, el primer novio que tuve murió en un accidente. ¡Yo era una persona peligrosa!

No fue hasta cuando cumplí 23 años, que pude llevar esos sentimientos al Señor y ser liberada de esa culpa. Entonces me di cuenta de que Dios tenía un plan para mi vida como mujer, un plan que ningún hombre hubiera podido realizar, y ni siquiera yo misma si hubiese sido hombre. Por eso El me hizo mujer, quería que yo fuera mujer, y me había permitido vivir. El tenía otro plan para mi hermano mellizo.

No sé de qué sexo era el niño que esperaban tus padres cuando naciste. Tal vez tú pienses que debiste ser hombre, pero eres mujer, o ser mujer, pero Dios te hizo hombre. ¿Alguna vez te has aceptado como eres, como Dios te ha hecho? ¿Has aceptado tu sexo? O ¿rechazas lo que Dios ha hecho? Di la verdad. Si es así, escríbelo en la lista.

Piensa también, ¿cómo fuiste tratada, o qué te dijeron en cuanto a las mujeres, para hacerte sentir que deberías ser hombre? O, ¿qué es lo que te han dicho en cuanto a ser hombre para que tú sientas que deberías ser mujer? Apunta en la lista aun las frases concretas que puedas recordar.

Nosotros no podemos volver al pasado para cambiarlo. Yo no podía retroceder años atrás, morir y revivir a mi hermano. No podía retroceder para borrar lo que dijeron. Pero Cristo Sí podía. El no me hizo morir y resucitó a mi hermano, pero sí cargó sobre Sí el dolor de aquellas frases que yo oí y también cargará las frases que quizás tu has oído. El cargó sobre sí esos sentimientos de culpa que yo tuve, y me libró. Ahora estoy muy satisfecha de ser mujer. Estoy felizmente casada y soy madre de dos jóvenes.

TU CONCEPCION

Puede ser que tú seas el resultado de un pecado. José era un joven que estaba preparándose para el ministerio en el seminario. Nació cuando la mamá era soltera y tenía 18 años. Ella lo abandonó cuando tenía dos semanas, dejándolo con los abuelos. Para ellos, José no fue más que otra boca que alimentar. Comía demasiado y les gastaba demasiado en ropa. El siempre sentía que no tenía derecho a vivir porque era el resultado de un pecado. Sentía que no estaba en el plan de Dios el que él existiera.

Cuando José predicaba, tenía que vestirse con un traje de tres piezas. No tenía mucho dinero, pero siempre tenía que estar vestido lo más elegantemente posible, pues de lo contrario, no tenía valor para pararse frente a la gente. Estaba compensando su inferioridad con la ropa que vestía.

Después de hablar yo en el seminario sobre sanidad interior, José vino a orar por su pasado. Al empezar la oración, sentí de una manera muy clara que debía orar por el momento de su concepción. Sí, su vida había empezado como el producto de un pecado, no podemos negarlo. Pero a su vez, ¿no es acaso Dios, el que tiene control sobre todo? ¿No es Dios el que cuida tanto la vida que va a surgir, como también aquella que no va a continuar? Al fin y al cabo Dios permitió que la vida de José surgiera, librándolo de un aborto. También lo cuidó de que no muriera al nacer; lo mismo que durante toda su vida para que no le pasara nada grave. Dios tenía un plan para él. Desde luego, el plan no era que naciera dentro de las condiciones en que ocurrió; ellas fueron las consecuencias del pecado de sus padres, pero él era el resultado del plan de Dios.

Oré de una manera muy especial, para que Cristo cargara sobre Sí el pecado de cómo fue concebido José. Después que terminamos de orar, él exclamó: "Por primera vez entiendo que si Dios no hubiera querido que yo existiera, me hubiera llevado en un aborto involuntario o sencillamente yo no hubiera tenido un principio. Reconozco que yo estoy aquí porque Dios tenía un plan para mi vida".

Dios también tiene un plan para tu vida. ¿Cómo fue

tu principio? ¿Has sentido alguna vez que no tienes derecho a vivir? Di la verdad y agrégala a tu lista.

SANIDAD DE LA SEXUALIDAD

Muchas personas necesitan sanidad en cuanto a su sexualidad. ¡Cuántas mujeres han sido violadas siendo niñas y después sienten que no valen nada! ¡Cuántos jovencitos fueron llevados a una casa de citas por su propio padre y tienen pésimos conceptos del sexo, pues piensan que la mujer es un objeto para conquistar y usar, y nada más! ¡Cuántos hombres fueron víctimas, cuando niños, de actos homosexuales! Como consecuencia de todo ello, su concepto acerca de la relación sexual es totalmente distorsionado. Cristo también vino para cargar todas estas traumas en la cruz.

MARIA

María, estudiante universitaria, se había entregado al Señor seis meses antes de yo conocerla, pero no tenía paz en su vida. Un amigo de ella me pidió que le hablara. Cuando esta joven llegó a la puerta de mi oficina, la vi tan pálida, con la cara tan torcida, tenía una apariencia tan horrible, que me pregunté qué le habría ocurrido.

María estaba llena de odio hacia su papá. El había abusado sexualmente de ella desde que tenía tres años. Cuando la mamá la mandaba a la alcoba del papá por la mañana con el café, el papá siempre cerraba la puerta y abusaba de ella. Cuando ella cumplió los 11 años él no volvió a molestarla, pero luego el abuelo, un tío y dos hermanos abusaban de ella. Para vengarse de su papá, se juntó con su novio y luego con un segundo novio. Con el tercero tuvo un aborto y ahora vivía con el cuarto.

María se sentía muy enojada con todos, quería matar a su papá y suicidarse. También estaba enojada con la mamá porque trató de contarle lo que pasaba pero en lugar de entenderla, la regañó diciéndole que tenía la mente tan sucia que aun se imaginaba todo lo que le había contado. ¡Estaba furiosa con todo el mundo!

Media hora estuvo en mi oficina contándome todo lo

horrible que le había pasado. ¿Qué podía decirle a María? Simplemente que ella tenía razón de sentirse así. Tenía razón de odiar a su papá; tenía razón de odiar a su abuelo, a sus hermanos, a su tío y a sus vecinos que sospechaban lo que pasaba y murmuraban de ella. El papá siempre la llamaba prostituta y no le permitía salir de la casa, le decía que ella era una mujer de mala vida.

Yo le dije: “Tú tienes razón. Quieres matar a tu papá, quieres suicidarte. Tienes razón. ¡Saca todo ese odio, todo ese enojo, todo lo que sientas!”

Por media hora, lo único que yo podía hacer, era ayudarla a sacar todo ese odio. Yo sentía que aun el aire estaba tan lleno de suciedad y odio que casi podía cortarlo.

Al fin, cuando ella se calmó un poco, le dije: “María, tú te has entregado al Señor Jesucristo, ¿no es cierto?”

“Sí”.

“Voy a pedir que Dios abra tus ojos espirituales, para que puedas ver que Cristo está aquí a nuestro lado. ¿Puedes verlo con tus ojos espirituales?”

“Sí, está aquí, puedo verlo” —contestó María.

“Ahora vamos a hacer algo —le dije—. Pidamos a Cristo que te abra un costal espiritual y echemos adentro todo lo que ha hecho tu papá, todo lo que tú me has contado, cosa por cosa, vamos a meter todo en este costal. ¿Está todo adentro?”

“Sí”.

Yo oré: “Cristo, en tu nombre cerramos este costal. Cúbrela con tu sangre y sállalo con tu mano, para que nunca más pueda ser abierto”. “María, ¿puedes tú ver este bulto?”

“Sí, lo veo”.

“Ahora, tú y yo, juntas, tiramos este bulto sobre los hombros de Cristo. ¿Ves a Cristo con ese bulto sobre sus hombros clavado en la cruz?”

“Sí, yo puedo verlo”.

“Cristo pagó el precio por lo que te hizo tu papá. Mira como este bulto cae al infierno, de donde vino, y desaparece.

“Ahora —le dije—, no trates de perdonar a tu papá. Tu papá nunca te dio perdón. Tú no puedes perdonarlo

porque en tu “vaso” no hay ningún perdón para darle. Di la verdad: ¡Yo no puedo perdonarte, papá, todo lo que me has hecho!”

“Papá, jamás podré perdonarte por lo que me has hecho” —oró María.

Yo continué: “Ahora, mira los ojos de Cristo. El viene, y ha resucitado, lleno de amor por ti. Mira cómo fluye perdón de El. Acógete a este perdón y recibe ese amor de Cristo. ¿Estás ahora mismo experimentándolo?”

“Sí, El está derramándolo en mí”.

“Ahora, di la verdad a la memoria de tu papá. Di: ¡Papá, yo no puedo perdonar lo que tú has hecho; yo solamente puedo odiarte! Pero yo he echado todo eso sobre Cristo. El llevó mi odio, mi dolor y mi humillación en la cruz. El está derramando su amor y perdón en mí. Ahora, yo tomo este perdón que Cristo está poniendo en mi “vaso” y lo entrego a ti, papá. Con este perdón yo te perdono”. Así, María perdonó a su padre.

María iría a visitar a su familia ese fin de semana y tendría que verse con su padre. No sabía qué haría al verlo. Ella estaba muy temerosa de la forma como reaccionaría al estar frente a él.

“No trates de amar a tu papá —le dije. “Tu papá nunca ha llenado tu “vaso” con amor y por eso tú no tienes amor para darle a él. No trates de “amasar” tus sentimientos hasta que tú creas que sientes amor. Solamente di la verdad. Di respecto a él: ¡Papá, yo no puedo amarte. Pero yo me acojo a Cristo para que El ponga sus sentimientos en mí y yo pueda sentir amor por medio de El!” María, sin embargo, seguía teniendo temor de volverle a ver.

“Mira, María, el problema ya es de Cristo. Si El te da amor hacia tu papá, está bien, siéntelo. Si no te da nada para sentir hacia tu papá, no sientas nada. Si te da indiferencia, siente indiferencia. No importa, el problema ya es de El. Tú le has entregado todo a El, y lo que tú sientas de ahora en adelante es cosa de El. No te preocupes, ve a tu casa con toda confianza, que lo que tú debas sentir por tu papá, en su momento, Cristo lo va a poner en ti”.

María salió casi temblando. Quince días más tarde volvió. Cuando llegó a la oficina, por poco no la reconozco. La cara le había cambiado tanto, que me costó tiempo identificarla. Ella me dijo: “Yo no puedo decir que amo a mi papá, pero por primera vez en mi vida lo traté como una persona y no como un animal”.

Ahora teníamos que tratar las heridas que María había sufrido de parte de su mamá. Hicimos un bulto de todo lo que la mamá le había hecho, así como lo hicimos con el papá. Luego hicimos lo mismo con los hermanos, los vecinos y los compañeros del colegio que la habían marginado porque se dieron cuenta de que algo no marchaba bien en ella. Cada vez veíamos cómo Cristo llevaba el bulto en la cruz.

Cuando ella no podía perdonar a alguien decía la verdad: “Yo no puedo perdonarle; de veras no puedo. Cristo, me acojo a ti; yo acepto tu perdón y lo extiendo a ellos”. Siguió así a través de su vida, perdonando a todos con el perdón de Cristo.

Nunca le dije a ella que debía hablar con su papá. Sin embargo, seis meses después María vino y me dijo: “¿Sabes algo? Hablé con mi papá la semana pasada. Antes, lo trataba como un animal, y esta vez le pedí que me perdonara por la manera como lo había tratado. Mi papá me miró y me dijo: María, perdóname tu a mí por lo que te he hecho”.

Luego el padre le dijo: “María, ¡tú has cambiado tanto! ¿Qué es lo que te ha pasado?”.

“Cristo entró en mi vida y me cambió” —dijo María.

“¿Cómo puede entrar Cristo en mi vida y cambiarme a mí?” —preguntó el papá.

Ella no supo qué contestar y vino a preguntar lo que debía decirle a su papá. Volvió para decírselo, pero él había abandonado la casa el día anterior. Todavía estamos orando para que este padre algún día se encuentre con el Señor Jesucristo.

Un año después que María nos visitó por primera vez, nosotros nos disponíamos a salir de Colombia por un año. Estaba ya todo empacado, cuando llegó María y se sentó en la única silla que nos quedaba. Me dijo: “Yo vine

solamente a decirte, que soy una mujer ciento por ciento cambiada. La mujer que tú ves aquí no es la misma de hace un año”.

Nos invitó a su bautismo, pues iba a bautizarse junto a su cuñada y sus dos sobrinos, a quienes ella había ganado para el Señor. Cuando vi a María lista para bautizarse, con la cara radiante, llena de gozo, recordé a la niña que había venido a mi oficina con la cara pálida, torcida, llena de amargura y de odio por todo el mundo, y pensé: “Este es el más grande milagro que yo haya visto. Si Dios pudo sanar a esta señorita, puede sanar a cualquier persona”.

EL NIÑO NO DESEADO

Tal vez tú fuiste un niño no deseado. Tal vez había ocho hijos y no querían nueve, o tal vez, sencillamente no te brindaban el amor que tú necesitabas.

KARIN

Karin vino de Alemania a pasar una semana con nosotros, con el único propósito de hablar de su vida pasada. Los padres de ella habían proyectado tener dos hijos. Ya tenían su pareja y no querían otro. Karin fue la tercera. Luego nació también otro varón. Karin nació poco antes de la segunda guerra mundial.

Mientras el padre estaba en la guerra, la mamá con los cuatro hijos tuvo que huir de su casa varias veces. Una vez cuando estaban huyendo, el hermano menor y la hermana mayor se enfermaron. Ya estaba cerca el fin de la guerra y no había muchas medicinas. La mamá los llevó al médico, quien le dijo que tenía medicamento para sólo un niño. Si lo dividía entre los dos, ambos morirían, pues era una enfermedad mortal. El médico le dijo: “Usted tiene que escoger a cuál niño va a dejar morir”.

Finalmente, la mamá escogió darle la medicina a la hermana de Karin. El hermano murió y la mamá nunca pudo perdonarse a sí misma por su muerte. Entonces las dos hijas tuvieron que darle todo al hermano mayor. Tuvieron que renunciar a su propia educación y aun llegar a trabajar para que su hermano pudiera estudiar.

Parece que todo el sentimiento de culpa que la mamá sentía por haber dejado morir al otro varón, lo trataba de aliviar dando todo al único hijo varón que le quedó. Las hijas ya no le importaban, especialmente Karin, “la extra”.

A Karin siempre le decía: “¡Tú no sirves para nada! ¡Tú no puedes hacer nada bien!” De pequeña la hacía pelar papas y cuando las cáscaras quedaban demasiado gruesas, como castigo, la hacía cocinarlas sin sal y comérselas. Le decía que todo lo que llegaba a sus manos ella lo dañaba.

Cuando tenía ocho años, Karin se fue de la casa. Pensó que haciéndolo alguien se preocuparía por ella y vendría a buscarla. Pero nadie la buscó. Entonces, no teniendo a donde ir, tuvo que volver a casa. Nadie prestó atención al hecho de que no hubiera estado en casa por tanto tiempo.

Para un cumpleaños de Karin, la mamá estaba en el hospital y los niños se quedaron solos con el padre. Karin pensó: “Hoy cumpla años y mi mamá, que no me ama, está en el hospital. Seguramente papá me va a comprar muchos regalos”.

Como el padre era maestro de colegio, Karin pensó que él amaba tanto a los niños que seguramente le iba a hacer una fiesta. Pero a él se le olvidó completamente y Karin nunca tuvo fiesta de cumpleaños. En Alemania todo el mundo tiene fiesta de cumpleaños. El cumpleaños es casi tan importante como la navidad, pero al papá de Karin se le olvidó hacerle su fiesta. Ella trató de hablar con el papá sobre cómo se sentía, pero él no le prestó atención; porque sólo tenía tiempo para los niños del colegio. El estaba siempre muy ocupado como para dedicarle tiempo a su hija.

Cuando Karin me contó del papá, le dije: “Dile a la memoria de tu papá: ¡Papá, cuando tú no me prestaste atención, me dolió!”

Pero el dolor de Karin fue tan agudo que ni siquiera podía sacar las palabras de su boca y se lamentó diciendo: “Yo hablé con mi papá tantas veces que yo sé que él no va a escucharme esta vez”.

“Dilo a Cristo, pues El sí te va a atender” —le dije.

“Sí; tal vez El me atienda”.

“Dile a Cristo exactamente lo que te han hecho. Entrégale a Cristo eso. Te han castigado cruelmente muchas veces. Entrégale también a El esa crueldad”.

Karin empezó a decir lentamente: “Cristo, me han pegado mucho, me han dicho que yo no valgo nada. Ahora voy a decirte que tú tampoco me importas y yo voy a pegarte también a ti como a mí me pegaban. Yo te pego como ellos lo hicieron conmigo”.

Karin empezó a golpear el piso y a gritar: “Cristo, como me odiaron a mí, yo te odio. Me dijeron que yo tenía que ser buena, y ¡no quiero ser buena! ¡Yo voy a ser mala! Cristo, yo voy a irme lejos de ti. Mírame, ya me voy. Nadie me buscó a mí. ¡Ahora me voy lejos de ti, Cristo!”

Karin siguió llorando y gritando. Toda esta agonía que estaba dentro de ella por mucho años ahora estaba saliendo. La experiencia era tan horrible, que si ella hubiera sido la primera persona que Dios me hubiera enviado para ayudarle a encontrar sanidad sicológica, seguramente que yo hubiera salido corriendo.

Karin gritó y lloró por media hora, hasta que de repente se calmó y dijo: “Cristo, yo te he hecho a ti exactamente lo que me han hecho a mí y tú no te has ido de mi lado. ¿Acaso no hay nada que yo pueda hacer tan horrible que te haga ir lejos de mí? ¿Qué te haría abandonarme?”

De repente, se puso a llorar, diciendo: “Cristo, tú has tomado todo lo que yo te he dado. Te veo parado frente a mí, con tus ojos llenos de amor. ¡Cristo, por primera vez en mi vida siento que tú me amas!” Desde ese día, la vida de Karin empezó a cambiar.

Tal vez a ti tampoco te querían o fuiste un hijo no deseado. O ¿por qué es que te sientes así como te sientes? Di la verdad. Recuerda que la Biblia dice que la verdad nos hará libres.

6

Obstáculos para decir la verdad

“La verdad os hará libres” —dijo Jesús. Pero muchas personas tienen temor de decir la verdad en cuanto a lo que sienten. Entre los obstáculos para decir la verdad, se encuentran:

EL TEMOR DE CULPAR A OTROS

Hay personas que no dicen la verdad en cuanto a lo que sienten porque no quieren culpar a sus padres. Por ello debemos entender que expresar la verdad en cuanto a lo que sentimos, no quiere decir que los estamos culpando; ellos seguramente hicieron lo mejor que pudieron. Al fin y al cabo, ellos tenían sus propias heridas ocasionadas por sus padres, y aquellos, las de sus padres. Más aun, si no permites que Dios te sane a ti, vas a transmitir tus heridas a tus hijos. No podemos ser diferentes de lo que somos; vamos a vivir con nuestros hijos, tratándolos como nos trataron a nosotros. Alguien tiene que romper esta cadena, diciendo la verdad. Eso no es culpar a alguien.

¿Quién era culpable de que yo tuviese ese sentimiento de culpa de pensar que yo había ocasionado la muerte de mi hermano? ¿Mis padres? No fue culpa de ellos que él muriera. ¿Mis hermanos? Ellos no sabían lo que estaban haciendo. Ellos me relataron con amor cómo fue mi nacimiento, no tenían ni idea de lo que estaba pasando dentro de mí. ¿Tenía yo la culpa? ¡Claro que no!

Al decir la verdad sobre lo que sentimos, no estamos culpando a nadie; estamos sencillamente diciendo la verdad desde nuestro punto de vista. Por ejemplo: si mientras estoy sentada en mi oficina describo lo que veo, yo podría decir: "Veo una ventana muy grande con unas cortinas blancas y un sofá grande".

A su vez, la persona a quien estoy aconsejando podría describir lo que ve de la siguiente manera: "Veo una pared oscura con una silla verde en frente".

Yo podría responder: "¿Cómo puedes llamar a ese sofá, una silla verde; y a esas cortinas, una pared oscura?"

A lo cual la persona añadiría: "¿Pero no lo ves? ¡Esa silla no es lo suficientemente grande como para ser un sofá! ¡Y esa pared oscura ni siquiera se parece a una ventana!"

Entonces yo podría pensar: "¡Ah! De verdad hay algo que no anda bien en esta persona!"

Podríamos gastar el resto del día acusándonos de mentirosos o tratando de definir el concepto de sofá y silla. Si después de esa larga discusión cualquier de los dos cambiara su versión para complacer al otro, terminaría realmente siendo un mentiroso, porque no estaría diciendo la verdad acerca de lo que está percibiendo desde su punto de vista.

Cuando tú dices la verdad, la dices según lo que tú has sentido, no según lo que tus padres han sentido. Si hablara con tus padres, tu mamá diría una verdad y tu papá otra. Ambas van a ser diferentes a la tuya, porque es la historia desde el ángulo de cada quien. Aunque tu papá, tu mamá y tú van a decir la verdad, serán versiones diferentes de la misma historia. Entonces, la verdad de tu papá y tu mamá les hará libres a ellos pero sólo la verdad tuya es la que te hará libre a ti.

EL TEMOR A LO DESCONOCIDO

Otro obstáculo para decir la verdad es el temor a lo desconocido. Tú puedes pensar: "Pero si empiezo a decir la verdad en cuanto a lo que yo siento, ¿qué es lo que voy a encontrar más adentro?"

Karin me dijo: "Una vez le conté algo de mi vida a

un sicólogo y eso fue como abrir una ventanilla en mi vida, por donde vi las cosas tan negras y feas, que preferí cerrarla rápidamente y no contarle nada más. Siempre me vi como una casa con todas las puertas y ventanas cerradas herméticamente. ¡Era muy oscuro adentro! Pero ahora, veo una casa con las puertas abiertas. Mis cuatro niños están jugando allá. El viento está jugando con las cortinas, y lo mejor de todo es que Cristo está allá".

Tenemos temor de lo que puede estar escondido dentro de nosotros que no hemos descubierto. Si digo la verdad, ¿qué es lo que voy a encontrar debajo de todo? Decir la verdad duele; dolió cuando entró y va a doler al salir.

No es suficiente hablar en cuanto a lo que ha pasado, es necesario sentir el dolor otra vez. Tú puedes llorar amargamente en cuanto a lo que te ha pasado, pero si no sacas el dolor en sí, vas a quedar lo mismo que antes. Tienes que sacar lo que tú sentiste cuando las cosas pasaron. ¿Cuál fue el sentimiento que acompañó la difícil experiencia que viviste? Precisamente de ese sentimiento es que tenemos temor y es porque nos dolió tanto cuando aquello pasó, que ahora no queremos que ese dolor se repita otra vez.

Casi siempre en la mitad del proceso de sanidad, cuando la persona está excavando más y más en su vida pasada, llega a gritar: "¿Pero no va a terminar esto nunca? ¿Tengo que seguir sintiéndome así por toda la vida?"

¡Este proceso no sigue por siempre! Hay un final. Sin embargo, cuando uno está en la mitad del proceso, parece como si no fuera a terminar. Piensa, si tienes veinte o cuarenta años de vivir con estos dolores, tienes veinte o cuarenta años para excavar antes que todo salga. Empero, hay un final. El proceso no va a continuar por siempre. Karin dijo al final: "Yo he tenido un viaje muy largo a través de mi vida, pero ahora he llegado a casa otra vez".

EL MAL CONCEPTO DE DIOS

Otro obstáculo para decir la verdad es nuestro concepto de Dios. ¿Cómo es Dios para ti? ¿Es como tu padre? ¿Muy rígido, listo para aprehenderte y castigarte? Es muy inte-

resante saber que nuestro concepto de Dios concuerda con lo que nosotros experimentamos y sentimos en cuanto a nuestro padre terrenal. No estoy hablando en cuanto a lo que nuestra mente sabe acerca de Dios. Estoy hablando de lo que nosotros sentimos acerca de Dios. Fue Sigmundo Freud, “el padre de la psicología”, quien dijo que nosotros proyectamos a Dios, partiendo del concepto que tenemos de nuestro padre. Dijo parte de la verdad. Es cierto que nosotros formamos nuestro concepto del carácter de Dios según lo que haya sido y lo que la mamá nos haya dicho acerca de nuestro padre, pero eso no es lo que hace a Dios existir como realmente es. Dios existe tal cual es a pesar de nuestro concepto de El, no según nuestro concepto de El. Sin embargo, nuestras experiencias con nuestros padres nos dibujan el cuadro que tenemos en nuestra mente, a través del cual filtramos nuestra relación con El.

Es interesante saber por qué Dios nos dice que El es como un padre. Dios tenía todo nuestro vocabulario delante de sí, del cual podía escoger una palabra para decirnos cómo es El. Habría podido escoger la palabra árbol. Un árbol es muy agradable cuando hace mucho calor y es bueno cuando hace frío porque podemos cortarlo y hacer fuego; podemos construir con él una casa. Pero un árbol no es un buen amigo y, desde luego, quisiéramos tener algo más que un árbol como Dios.

Dios hubiera podido escoger la palabra perro para decirnos cómo es El. Un perro es el mejor amigo del hombre; es un buen compañero cuando uno se siente solo. Un perro amable nos protege, pero en ocasiones es sucio también. ¿Cierto que no sería agradable tener como Dios a un perro?

Dios tenía acceso a todo nuestro vocabulario para escoger una palabra para decirnos como es El, y escogió la palabra “padre”, porque ésta lo representa mejor que cualquier otra de las palabras que tenemos.

Esa seguramente era la palabra precisa para describirlo cuando nosotros, representados en Adán y Eva, estuvimos en el paraíso. Antes de la caída del ser humano, el padre no hubiera tenido los problemas que afronta ahora, hubiera sido un padre como nosotros hubiéramos querido

tenerlo. Pero la raza humana cayó en el pecado y con ella, los padres también.

A pesar de eso, el padre sigue representando a Dios para el niño. El padre para él es la persona más fuerte del mundo. Cuando la mamá dice: “Esperemos a que venga papá, él es más fuerte. Yo no puedo”. el niño percibe que el papá lo puede todo. Para él, su papá es un Dios. El niño forma sus primeros conceptos acerca de Dios según como sea su papá.

Sin embargo, ya no estamos en el paraíso y el padre tiene defectos, ya no representa correctamente a Dios. Ahora aprendemos cómo es Dios, observando a nuestro padre con sus virtudes y sus defectos. Para cada persona, Dios tiene los mismos defectos que tiene el padre.

Piensa un momento, ¿cómo es Dios para ti? ¿Cómo es tu papá? Yo recuerdo muy bien cuando Dios me mostró que estaba hablando con El como mi mamá hablaba con mi papá. Mi mamá venía de una familia educada, de pastores y misioneros, siempre leyendo libros, etcétera. Mi papá venía de una familia campesina. El leía la Biblia y el comentario para las clases de la escuela dominical pero no hacía ninguna otra clase de lectura. Mi mamá nunca pudo aceptar a mi papá como era.

Yo nací en una familia muy buena, me llevaban a la iglesia desde que estaba de brazos. El deseo más ferviente de mis padres era que sus hijos se entregaran al Señor, y así ocurrió; todos nosotros estamos en la obra del Señor de una manera u otra.

Pero mi mamá tenía el defecto de dominar a mi papá. Siempre le decía: “Ahora debes hacer esto y esto. No te olvides de...” Ya estaba preparándome para irme de misionera cuando un día Dios me mostró cómo estaba orando yo. Decía: “Oh Señor, por favor haz eso y esto. Si no quieres, está bien; pero me parece que sería mejor hacerlo así. Señor, por favor eso y esto y aquello”.

Yo nunca llegué a decirle: “Señor, muéstrame lo que tú quieres, sé que tú quieres lo mejor para mi vida. Muéstrame qué es y lo haré, porque sé que tu sabes más que yo”.

Ese día, Dios me detuvo en mi oración y me dijo:

“¿Sabes? tú estás hablando conmigo exactamente como tu mamá hablaba con tu papá”.

Yo exclamé: “¡Dios mío, cómo es posible!”, pues yo detestaba la manera como mi mamá le hablaba a mi papá. No quería ser como mi mamá en eso. En otras áreas de su vida, yo sí quería ser como ella, pero no en eso. Ahora me encontraba hablando con Dios como ella hablaba con mi papá, casi no podía admitirlo, quería más bien esconderme.

Entonces, oí a Dios reírse suavemente, diciendo: “¿Y acaso tú piensas que yo no sabía eso desde el principio? Estaba esperando que tú te dieras cuenta y me lo dijeras para poder cambiarte”.

Finalmente, tuve que admitirlo: “Señor, sí, es verdad; yo estoy hablando contigo exactamente como mi mamá hablaba con mi papá”. Cuando al fin le dije la verdad, Dios pudo empezar a cambiarme.

TERESA

Teresa estaba preparándose para el ministerio. Empero, ella nunca podía manifestar a Dios cómo se sentía, no entendía por qué. Necesitamos dos meses para descubrir cuál era el problema.

El padre de Teresa se preparaba para ser pastor, pero se alejó de Dios y abandonó el hogar cuando ella tenía seis años, era un borracho. Teresa siempre temía que un día él iba a volver para cogerla y llevarla a un lugar muy oscuro y feo, lleno de envases de cerveza. De niña, ella vivía con este constante terror.

Luego Teresa se entregó al Señor, sin embargo, aunque estaba preparándose para el ministerio, no podía orar con la puerta cerrada, ni con los ojos cerrados porque le parecía que había un espanto detrás de ella. Entonces se dio cuenta de que Dios era para ella como un espanto: sólo unos huesos con un trapo encima. Si cerraba la puerta, tal vez Dios iba a aparecer en la pieza junto a ella y quién sabe qué le iba a hacer; tal vez la llevaría a un lugar lejano.

Teresa podía orar pidiendo cosas como un par de zapatos, pero nunca podía manifestarle a Dios cómo ella realmente se sentía. Nunca podía abrirle el corazón de veras.

Un día le dije: “Ahora di a Dios la verdad, dile: ¡Señor, yo tengo temor de ti!”

Teresa no podía decirlo. Empezó a orar diciendo: “Señor, gracias porque tú me amas, gracias por lo que tú haces en mi vida, gracias por esto y aquello”.

La detuve en la oración y le dije: “Así no es. Di: ¡Dios tengo temor de ti!”

Otra vez oraba: “Señor, gracias por esto y aquello”.

La detuve otra vez en la oración y le pedí que sencillamente dijera: “¡Dios yo tengo temor de ti!”

Entonces alcanzó a decir: “Dios... yo tengo... temor de ti, pero tengo razón porque tú eres tan grande y yo tan pequeña...”

“No, no, así no —le dije—. Di: ¡Dios, yo tengo temor de ti! no más”.

Otra vez, empezó: “Dios... tengo... temor de ti, pero tengo razón, Dios, porque yo estoy aquí sola...”

Teresa no podía admitir la verdad, porque pensaba que si ella hubiera dicho la verdad en cuanto a lo que sentía hacia Dios, El de veras hubiera venido a cogerla, y quién sabe a dónde la hubiera llevado.

Nosotros teníamos que salir de los Estados Unidos para volver a Colombia y no podía dar a Teresa todo el tiempo que necesitaba. Sin embargo, ella empezó a decirle a Dios algo de lo que sentía.

Antes de salir le pregunté cómo era Dios ahora. Me dijo que por lo menos ahora podía cerrar la puerta de su cuarto y orar con los ojos cerrados. Teresa estaba aprendiendo a confiar en Dios; El ya no era para ella como su papá.

¿Cómo es tu Dios? Di la verdad; la verdad te hace libre. En la lista donde has escrito todo lo que te duele y tu concepto de ti mismo, escribe también tu concepto de Dios, lo que tú de veras sientes hacia El.

Ocultismo y entrega a Cristo

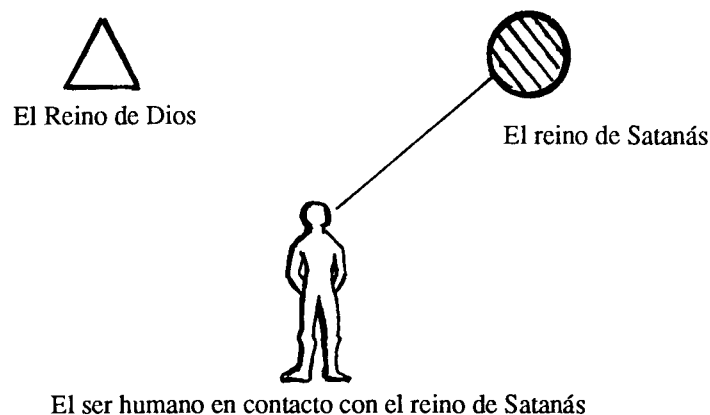
Dios ha puesto en cada uno de nosotros la capacidad de ponernos en contacto con el mundo sobrenatural, para que podamos tener comunión con El mismo. Sin embargo, hay dos mundos sobrenaturales: El mundo de las tinieblas, dominado por Satanás, y el mundo de la luz, dominado por Dios. Desde que la raza humana cayó en pecado, nosotros podemos estar en contacto con ambos mundos sobrenaturales.

Si tú has tenido contacto con espiritistas, hechiceros o religiones falsas de alguna índole, has tenido contacto con lo que para Dios es una abominación. En Deuteronomio 18: 10-12 leemos:

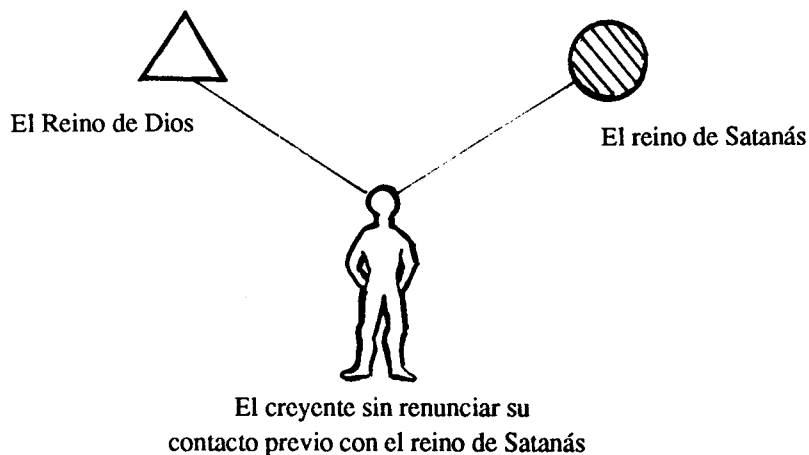
No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o su hija por el fuego [era costumbre en ese tiempo ofrecer los hijos a los ídolos], ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones Jehová tu Dios echa estas naciones de delante de ti.

Dios nos dice esto tan claramente, porque los que practican tales cosas realmente reciben poder, pero del

reino que es dominado por Satanás, el enemigo de Dios. Si alguien practica estas abominaciones o consulta a una persona que las practica, se pone en contacto con el reino de Satanás. Se podría decir que es como establecer un contacto telefónico o abrir una puerta en la vida de quien lo hace, al reino de él. Se puede ilustrar así:

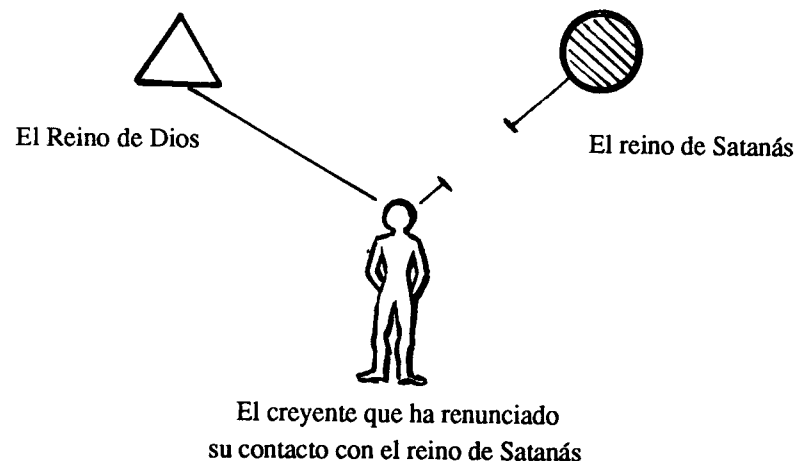


Luego la persona entrega su vida a Cristo y quiere hacer la voluntad de Dios. A pesar de eso, el contacto con el reino de Satanás continúa, porque él no renuncia voluntariamente al territorio que se le ha entregado al establecer contacto con su reino. Podemos ilustrarlo así:



Cuando esta persona trata de leer la Biblia u orar, le es muy difícil concentrarse en lo que está haciendo; siente pereza de ir a la iglesia u orar. Muchas veces duda del amor de Dios, o piensa que Dios es mentiroso.

Mientras el contacto que hicimos con el reino de Satanás, no sea roto, la relación con el mundo sobrenatural será como una conversación telefónica con las líneas cruzadas cuando cuatro personas tratan de hablar a la vez. Nadie entiende nada. Cuando la persona renuncia al contacto que tuvo con el ocultismo y cierra la puerta que se abrió en su vida para comunicarse con Satanás, el contacto con el reino de Satanás queda roto. Ello se puede ilustrar así:



Hay personas que dicen: "Sí, yo fui a un lugar de estos, pero yo realmente no creía en eso. Solamente acompañé a una amiga".

La Biblia nos dice que Satanás es como un ladrón. Ningún ladrón espera para entrar en la casa hasta que el dueño se dé cuenta de que lo es. Un ladrón nunca llama a la puerta diciendo: "Yo soy ladrón, permítame entrar, quiero robarle". Un ladrón así se morirá de hambre.

El ladrón entra cuando el dueño piensa que la puerta o la ventana está bien cerrada y cuando él menos lo espera. Así pasa con Satanás; no espera hasta que le invitemos, para ponerse en contacto con nosotros, él llega cuando menos lo esperamos y menos creemos en él.

LUZ ANGELA

Luz Angela fue creyente durante años, su esposo era pastor. Durante mucho tiempo luchó contra dudas acerca de su salvación; dudaba que Dios la amara, muchas veces ayunaba y oraba por sus dudas sin que lograra mejorar. En una reunión, mi esposo habló en cuanto a la necesidad, no solamente de arrepentirse de cada contacto con toda clase de espiritismo, sino de renunciar a cada contacto que uno haya tenido y cerrar la puerta que fue abierta a Satanás en la vida de la persona.

Luego durante una dinámica de grupo, Luz Angela me comentó sus inquietudes: Estando en el tercer año de escuela secundaria, tuvo temor de perder un examen. Una amiga le aconsejó que fuera al cementerio, donde habían enterrado el día anterior a un hombre muy malvado. Allí debía coger una vela que había quedado, prenderla y arrodillarse al lado de la tumba y rezar el Padre Nuestro al revés. Eso haría que pasara el examen. Luz Angela hizo todo al pie de la letra.

Luego, con el paso del tiempo, se olvidó de todo y ahora se preguntaba si allí se encontraría la raíz de sus dudas. Entonces renunció a ese contacto con el ocultismo y en el nombre del Señor Jesús cerró la puerta que había abierto a Satanás. Por primera vez en su vida cristiana, Luz Angela era libre de sus dudas.

¿Has tenido algún contacto con ocultismo? ¿Lo han tenido tus padres o tus abuelos? La Biblia nos dice en Exodo 20:5 que estas influencias pueden seguir hasta la tercera o cuarta generación. Ahora mismo agrega a tu lista, cualquier contacto que tú hayas tenido con el ocultismo. Escribe también todo lo que sepas en cuanto a cualquier contacto que tus padres o abuelos hayan hecho, o lo que tú has hecho con tus hijos.

LA ENTREGA A CRISTO

Si tú quieres que Cristo sane tus heridas psicológicas, en primer lugar tienes que dejar que El entre en tu vida. Nosotros tuvimos en la cocina un grifo que goteaba y llamamos a un plomero para que viniera a arreglarlo. ¿Qué

tal que cuando hubiera tocado a la puerta, le hubiéramos dicho que él no podía entrar, porque el apartamento era nuestro y que tenía que arreglar el grifo desde afuera? Sin duda, el grifo hubiera seguido goteando porque sin entrar al apartamento hubiera sido imposible arreglarlo.

Lo mismo sucede contigo si quieres que Cristo sane los traumas de tu vida. En primer lugar, tienes que entregarle a El tu vida, El no te puede sanar si no le dejas entrar en ella.

Tal vez digas: “Pero, Dios siempre ha estado conmigo”. Eso es cierto. El siempre está contigo; también está con los gatos, los perros, los árboles y con toda la creación. Sin embargo, El quiere una relación más íntima con nosotros los seres humanos.

La Biblia nos dice en Génesis, capítulos 1 y 2, que cuando Dios formó a Adán del barro, sopló en él aliento de vida convirtiéndolo en un ser viviente. Luego Dios les dijo a Adán y Eva: “El día que coman del árbol del conocimiento del bien y del mal, morirán”.

Sin embargo, cuando comieron, no murieron físicamente. Eso se explica en el significado de la palabra muerte, que en griego quiere decir “separación”; no quiere decir “acabarse”. Cuando el cuerpo muere hay una separación entre el cuerpo y el alma. Podemos verlo cuando el cuerpo queda sin vida. Lo mismo pasó a Adán y Eva. Ese aliento de vida que Dios había soplado en ellos salió; murieron espiritualmente, llevando a cabo una separación entre Dios y ellos.

Esta separación permanece de generación en generación y es por eso que sentimos un vacío tan grande y profundo dentro de nosotros que nada puede llenarlo. Tratamos de llenarlo con autos, casa, ropa, familia, hijos, esposos, novios, religiones y muchas otras cosas, pero es aun más profundo que eso. Nada puede llenarlo, porque es un vacío en el espíritu que solamente Dios, en Jesucristo, puede llenar.

¿Cómo puede Cristo llenar este vacío que sentimos en nuestro espíritu? Cristo nos dice en Apocalipsis 3:20: “He aquí yo [Cristo] estoy a la puerta y llamo; si alguno

oye mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo”.

Si yo toco a la puerta de tu casa y tú quieres que yo entre ¿qué haces? Me abres la puerta y me invitas a entrar. Si soy bienvenida, me haces seguir a la sala y si quieres que yo cene contigo, me invitas al comedor a compartir tu mesa. Pero si quieres que yo sea el dueño de tu casa, me la vas a mostrar toda y me dirás: “Mi casa está a tus órdenes, dime ¿cómo quieres arreglarla, de qué color quieres que te pinte las paredes? Dime que quieres hacer en ella y yo lo haré”.

Lo mismo sucede en nuestras vidas con Cristo, El no actúa como ladrón, El es muy respetuoso y no entra sin invitación; El toca a la puerta y espera. Si tú abres la puerta de tu vida, El entra; pero nunca lo hará sin tu invitación.

Invita a Cristo ahora mismo a tu vida. Dile: “Señor Jesucristo, yo me doy cuenta de que nunca te he abierto mi vida a ti. Tú has estado conmigo, pero nunca te he invitado a entrar en mi vida. Hoy quiero rendirme a ti. Te abro a ti la puerta de mi vida, te pido que entres, limpies todo mi pecado, me perdones y me hagas tu hijo.

“Señor, yo quiero pertenecer a ti. Perdona todo lo que he hecho contra ti y contra otros. Dime qué debo hacer, y yo lo haré. Quiero que tú seas mi dueño y Señor. Gracias por lo que tú estás haciendo en mi vida. Amén”.

RENUNCIA AL OCULTISMO

Ahora renuncia a todo contacto que hayas tenido con el ocultismo. Toma tu lista y renuncia a todas las cosas, una por una. Ora: “Señor Jesucristo, en este momento quiero renunciar a todo contacto que yo haya tenido con cualquier cosa que sea abominación delante de ti. Yo renuncio a todo contacto que haya tenido con cualquier adivino, agorero, sortilego, hechicero, encantador, mago y cualquier espiritista o médium que haya consultado a los muertos.

“Señor, yo renuncio y me alejo de la brujería, la lectura del café, del té, de las cartas, del cigarrillo, de la orina y de las manos. También renuncio a consultar la ouija, la astrología y el horóscopo.

“Me alejo y renuncio de toda religión no cristiana, así como a las relaciones sexuales fuera del matrimonio, el adulterio, el asesinato, el robo, el hurto en las tiendas, el engaño, el fraude en los negocios y en los exámenes. También renuncio a la mentira, la calumnia, la embriaguez, la droga. Yo renuncio a cualquiera de estos pecados que mis padres hayan cometido. Señor Jesucristo, en tu nombre cierro las puertas que fueron abiertas en mi vida al reino de Satanás. Te pido que tú limpies las partes de mi vida que hayan sido afectadas y las llenes con tu Santo Espíritu”.

Si hay algo más en tu lista que recuerdes ahora, y no hayas mencionado, renuncia a ello, diciendo: “En el nombre de Cristo yo renuncio al contacto y cierro la puerta que fue abierta en mi vida al reino de Satanás cuando tuve contacto con _____. Señor, llena esta parte de mi vida con tu Espíritu Santo. Gracias, Señor, por liberarme”.

Oración guía para sanidad interior

LA ORACION POR TUS PROPIAS HERIDAS

Pide a Dios que abra tus ojos espirituales para ver a Cristo a tu lado con un “saco espiritual” abierto, listo para recibir todo lo que te ha dolido o traumatizado. Eso no quiere decir verle físicamente sino, captar interiormente lo que tú estás pidiendo, como de veras llevándose a cabo. Preséntale a El cada escena de tu vida donde tú hayas recibido una herida o un trauma. Mírale a El en cada una de esas escenas y permite que todo lo que te pasó a ti, caiga sobre El. Observa cómo lo lleva en la cruz. Ahora toma la lista que has hecho de las heridas de tu vida y llena con ellas los espacios de las siguientes frases, una por una.

Di a la memoria de tu padre: “Papá, cuando tú me _____ (ejemplo: hiciste quedar solo teniendo yo tanto miedo) yo sentí _____ (ejemplo: mucha rabia y temor). Quería _____ (ejemplo: golpearte y gritarte que no me dejaras solo) pero tú _____ (ejemplo: no me escuchaste). “Señor Jesucristo, este _____ (ejemplo: temor y rabia) que yo sentí hacia mi papá me está acabando. Yo no puedo cargarlo más. Yo echo todo este _____ (ejemplo: temor y rabia) en el “saco” que tú me tienes abierto; echo dentro todo lo que mi papá me hizo, todo lo que sentí y aún siento. Cárgalo tú, por favor”.

Cuando todo esté en el saco, sigue con la segunda herida y ora de igual manera, usando la misma oración guía. Recuerda decir siempre toda la verdad en cuanto a lo

que sentiste. Grita y llora, si quieres hacerlo. Saca esos sentimientos y luego échalos en el “saco”. Si no recuerdas lo que sentiste, pide a Cristo que te lo haga sentir de nuevo, y que El libere y reciba esos sentimiento en el “saco”.

Cuando hayas terminado con todo lo que tu padre te hizo, sigue con las heridas que te causó tu madre. Luego sigue con cada uno de tus hermanos y hermanas, mencionándolos por sus nombres; sigue con las heridas que te causaron tus tíos y tías, abuelos y abuelas, primos y primas, sobrinos y sobrinas, vecinos, compañeros de colegio, maestros, novios o novias, compañeros de trabajo, suegro y suegra, cuñados y cuñadas, esposo o esposa, hijos e hijas, sacerdotes y monjas, pastores y misioneras, o cualquier otra persona que puedas recordar. Haz lo mismo con lo que no has podido perdonar y aceptar en cuanto a ti mismo.

Ahora di a Dios todo lo que tú has sentido hacia El; dile que tú no has podido perdonar lo que El permitió que sucediera en tu vida. Di: “Dios, yo siempre he sentido que Tú eres _____ (ejemplo: muy injusto) que Tú me _____ (ejemplo: estás castigando). Siento rabia contigo porque Tú permitiste que _____ (ejemplo: mi hermano muriera). Ahora yo tomo todo eso y lo echo en el “saco” de Cristo. También tomo este cuadro equivocado que tengo de Ti en mi mente, lo hago pedazos y lo echo en el “saco” de Cristo; no puedo cargarlo más. Muéstrame, por favor cómo eres Tú realmente.” Si tal vez sientes temor de Cristo, no puedes confiar en El, o tienes cualquier otro sentimiento contra El, échalo en el “saco” de Cristo también.

Cuando ya no puedas recordar nada más para echar en el “saco”, di a Cristo: “Señor Jesucristo, si hay algo más para echar que yo no puedo recordar, tráemelo a la memoria ahora mismo. Si no hay nada más, en tu nombre yo cierro este saco, sállalo con tu sangre. Señor, yo echo este saco lleno de mis heridas sobre tus hombros; llévalo en la cruz.

“Te veo a Ti, Señor, caminando hacia la cruz con este “bulto” tan pesado sobre tus hombros, gracias por cargarlo por mí. Señor, yo te veo clavado en la cruz con mi “bulto”

y cómo cae ese bulto al infierno, de donde vino, y ahora es exterminado. Gracias por venir a mí, ya resucitado. Veo en tus ojos amor, perdón, compasión, y mucho más. Yo me acojo a Ti para recibir tu sanidad, tu amor, tu perdón, y tu compasión”.

Ahora, di la verdad a la memoria de tu padre. Di: “Papá, jamás podría perdonarte lo que me hiciste. Pero yo he echado todo este dolor sobre Cristo. El lo cargó por mí y ahora mi “vaso” está rebozando con su perdón. Yo tomo el perdón de Cristo y lo extiendo a ti. Papá, con el perdón de Cristo yo te perdono. Perdóname tú a mí también por las veces que yo no me comporté bien contigo”.

Di ahora a Cristo: “Cristo, jamás pude perdonar a mi papá, pero Tú ya cargaste este dolor. Yo tomé de tu perdón y lo extendí a mi papá. Con tu perdón yo le perdoné a mi papá todo que me hizo”.

Perdona de la misma manera a tu madre, a tus hermanos y a todas las demás personas de tu lista. Perdónate a ti mismo también. Di tu propio nombre: “_____, yo te perdono con el perdón de Cristo y te acepto como tú eres; con todos tus defectos y tus virtudes, así como Cristo te aceptó”.

Ahora di a Dios: Dios, yo nunca he podido perdonar el hecho de que Tú permitieras que _____ (ejemplo: mis padres se separaran). Ahora, Dios, yo he echado todo esto en el saco del Señor Jesucristo. El está derramando su perdón en mí. Dios, con el perdón de Cristo, yo te perdono el hecho de haber _____ (ejemplo: permitido que mis padres se separasen). Perdóname Tú a mí por mi actitud hacia Ti”.

Cuando nada más te venga a la memoria para dar a Cristo, termina tu tiempo de oración, dando gracias a Dios por el milagro de sanidad que El está llevando a cabo en ti.

ORANDO POR LA SANIDAD DE OTROS

Cuando Dios sana a una persona, ésta ya puede orar por otros para que ellos a su vez también sean sanados de sus traumas y heridas. Puedes usar la oración con una sola persona, con un grupo, o para ti mismo. Pídele que él te siga, formando cuadros mentales acerca de aquello por lo

que tú estás orando. Sus ojos vieron y sus oídos oyeron todo que le traumatizó, ahora tienen que ver y oír como Cristo le sana. Pídele a Cristo que El tome la mano de la persona y le guíe a través de su vida, mientras tú oras. Pon el nombre de la persona por la cual estás orando en los espacios de la siguiente oración que puede servirte como pauta.

“Señor Jesús, te doy gracias porque en ti no hay pasado, en ti todo es presente. Te pido que tomes la mano de _____ (ejemplo: la mano mía, Juan, María, o de cada quien aquí congregado) y andes con él a través de su vida, juventud, niñez, el día de su nacimiento, y aun el día cuando fue concebido.

“Señor Jesucristo, libera a _____ de cualquier clase de influencia negativa recibida de la vida de sus padres, abuelos o bisabuelos. Líbrale de toda influencia de hechicería o espiritismo en la cual ellos tal vez hayan tomado parte, aun antes de su nacimiento. En Tu nombre renunciemos y anulamos todo esto y cerramos las puertas que fueron abiertas al reino de Satanás. Llena con tu Espíritu Santo la parte de su vida que fue afectada.

“Mira, Señor, la noche de la concepción de _____; Tú sabes que quizá fue un acto de amor, un accidente, o inclusive un acto de pecado. Señor, entra allí en esa habitación y haz de este acto algo lindo como Tú quisiste que fuera. Si hubo pecado, llévalo sobre Ti en la cruz del Calvario. Señor, Tú tienes control de todo y Tú quisiste que esta vida fuera formada. Tú tuviste un plan para _____ antes de la fundación del mundo. Gracias por ello.

“Señor, cuando la madre se dio cuenta por primera vez que estaba esperando un niño, tal vez sintió miedo, inclusive pudo rechazar en ese momento a _____. Oh, Señor, acércate a esa madre y consuéla. Dile que Tú la cuidarás, que Tú le has dado este niño y que tienes un plan para él. Infunde en ella gozo y confianza en Ti que se proyecten al bebé.

“Señor, tal vez la madre tuvo un embarazo difícil, y hasta llegó a enfermarse. Quizá no era casada y seguramente se sintió culpable. Señor, ahora mismo, lleva Tú

esas enfermedades y culpas sobre Ti y sana cualquier trauma que pudiese haber afectado al bebé.

“Señor Jesús, cuando llegue el momento del parto, te pido que te acerques a la madre. Tal vez el parto fue largo y difícil. Extiende tu mano sobre ella, lleva sus dolores y cuida al bebé de todo trauma. Y cuando nazca _____ recíbelo en tus brazos, dale la bienvenida a este mundo. Dile que Tú le amas, que estás muy contento de que haya nacido y conságrale en este mismo momento a tu obra.

“Señor, durante estos primeros días y años cuando el bebé necesitaba tanto del cuidado de su madre que le meciera y le diera seguridad, tal vez ella estuvo muy ocupada y no pudo atenderle; o tal vez por causa de la pobreza, alguna enfermedad, o aun la muerte, el bebé fue separado de ella y se quedó solo, llorando, sin que nadie lo atendiera. Señor Jesús, entra donde está este bebé llorando, tómale en tus brazos, cámbiale los pañales, dale el tetero, mécele suavemente y dile que Tú le amas y que vas a darle todo lo que él necesita.

“En los años que siguieron se “metía en todo” y estaba siempre haciendo preguntas, tal vez la madre se enojó y le dijo que se callara y no preguntara más; inclusive, tal vez empezó a aprender que no debía hablar de lo que realmente pensaba, sino que debía desconfiar. Señor, toma Tú este niño en tus brazos, ponlo sobre tus rodillas, escúchalo y contéstale todo lo que él quiso saber. Sánalo Señor Jesús, tal vez durante estos años el padre tampoco tuvo tiempo para _____, o tal vez fue muy brusco con él. Te pido que Tú tomes a este niño en tus brazos fuertes y seas un padre para él, hazle sentir tu protección y cuidado. También pudo ser que este padre (aun la madre) haya llegado embriagado y haya maltratado a los niños y a la madre con palabras y aun con castigos.

“Señor, entra en esta habitación donde están ellos, tal vez aun metidos debajo de la cama, llenos de terror. Señor Jesús, enfrenta Tú al padre y haz que estos castigos, latigazos, y palabras feas caigan sobre Ti; lleva todo eso en la cruz. Deja salir a esta familia sin ningún trauma, pues

Tú estás allí. Señor, pon tus manos sobre todas las llagas que _____ recibió durante este tiempo y sánalas completamente; llénalo con tu amor y tu confianza. Gracias porque Tú estás haciéndolo.

“Señor Jesucristo, en los años siguientes a la niñez hubo muchas veces en que _____, siendo niño, se comportó de tal manera que necesitaba la corrección y pudo ser que sus padres en vez de instruirlo con amor, no le entendieron, lo ridiculizaron, lo criticaron, le hicieron sentir que nunca podía hacer nada bien. En vez de ayudarlo a desarrollar confianza, le infundieron desconfianza. Poco o nunca lo elogiaban por lo que hacía y, por lo tanto, él se siente muy acomplexado; siempre piensa que va a fallar.

“Señor, anda al lado de este niño y afirmale cuando ha hecho las cosas bien. Dile que Tú estás muy orgulloso de él por la manera como está aprendiendo y desarrollándose. Explícale todo lo que quiere saber. Cuando él se comporte mal, castígalo en la forma debida según el amor, explicándole la razón de su castigo. Al ser castigado injustamente, Señor, cúbrelo y recibe Tú este castigo.

“Tal vez hubo ocasiones en que los hermanos mayores no entendían a _____ bien. Tal vez lo ridiculizaron y lo menospreciaron, causándole heridas y traumas que nunca sanaron. Carga Tú el dolor de estas llagas y sánalas.

“Señor, cuando _____ entró al colegio, todo fue extraño para él y seguramente tuvo temor. Toma Tú la mano de él y acompáñale al colegio. Seguramente, algunas veces los niños lo hicieron a un lado, haciéndolo sentirse solo. Quizá hubo algún profesor que le hizo sentir que no valía nada y hasta hizo mofa de él. Quédate al lado de _____ y permite que todas esas palabras y actitudes caigan sobre Ti y que él pueda salir libre. Sánale de estos traumas. Gracias porque Tú lo estás haciendo.

“Señor Jesús, cuando _____ llegó a ser joven, (señorita), tal vez nadie le explicó acerca de la vida. Quizá no supieron cómo explicarle y todo llegó de sorpresa, causándole vergüenza y miedo. Señor yo pido

que te acerques a él y le expliques todo lo que debe saber. Permite que toda vergüenza y temor caigan sobre Ti.

“Tal vez la niña fue violada y al llegar a señorita se siente menospreciada y sucia. Tal vez el joven fue llevado a una casa de lenocinio y lo que aprendió en ese período de la vida le haya inducido al mal de por vida. Señor Jesucristo, entra Tú en estas escenas y limpia la mente y el cuerpo de todo lo que pasó en ese tiempo. Haz a este joven (señorita) tan limpio y sano, como si nunca hubiera pasado nada. Gracias por lo que Tú estás haciendo.

Posiblemente el novio o la novia de _____ le engañó y ya no puede confiar en el amor del sexo opuesto. Toma Tú este engaño sobre Ti”.

Ayuda a la persona a hablar a la memoria de todos los que le han herido, echando todo en el “saco” de Cristo, así como tú ya lo has hecho al principio de este capítulo. Ayúdale a ver a Cristo llevando el bulto a la cruz y abrirse al perdón de Cristo y extender este perdón a los que le han herido.

Permítele expresar su dolor de cualquier manera que él pueda sacarlo de su ser; recuerda que no hay nada demasiado difícil para Dios que El no pueda sanar. Dale tiempo hasta que el dolor disminuya y él se calme. Guíale a traer al Señor cada uno de los traumas que ha escrito en su lista, siguiendo las oraciones al principio de este capítulo. Si la lista es demasiado larga, o si la persona está demasiado cansada para continuar, permítele que continúe el día siguiente en la casa.

Termina el tiempo dando gracias por lo que Dios está haciendo en la persona.

Cómo retener la sanidad interior

En el capítulo anterior tú has orado por tu pasado. ¿Cómo te sientes ahora? Puede ser que todo el dolor de tus heridas y traumas haya desaparecido, pero puede ser que no estés seguro del todo. Si fuese así, no digas que todo está bien, porque es sólo la verdad la que te hace libre. Pide que Cristo te muestre si hay algo que todavía está reprimido dentro de ti.

Tú has sido sanado hasta el punto en el cual has podido abrirte y decirle a Dios la verdad en cuanto a tus dolores. Además, Dios sabía cuanto podías soportar durante esa primera experiencia. Por lo tanto, todo lo que pudiste aguantar, y todo lo que El te mostró, era apenas el primer nivel de dolor que tú habías acumulado. Ahora, El quiere llevarte a un nivel más profundo.

Sencillamente quédate quieto delante de El y permite que te muestre lo que está en ese nivel. Confía en El y El te guiará con suavidad y cariño; El quiere sanarte mucho más que lo que tu mismo puedes desear.

Si te parece que has llegado a un punto donde no puedes seguir adelante, pídele a Dios que te ponga en contacto con un buen consejero cristiano que te pueda ayudar a entender lo que Dios quiere mostrarte. Si sientes que ya todo aquello en la lista ha sido llevado por Cristo en la cruz, quémala; no la guardes porque Cristo ya te ha despojado de esa carga. Nada de lo que está escrito allí te pertenece a ti, todo es ahora propiedad de El.

Si más tarde Satanás te dice: “Pero ¿es que no recuerdas lo que te han hecho?” Puedes responderle sin temor y decirle: “El 12 de agosto (pon tu propia fecha) yo eché eso sobre Cristo. El lo llevó por mí en la cruz y eso ya no tiene nada que ver conmigo; si usted quiere hablar en cuanto a este asunto, hable con Cristo. El problema ya no es mío y ¡yo no me meto en asuntos ajenos!” Luego ora, “Señor Jesús, gracias porque tu llevaste esa situación en la cruz por mí y me hiciste libre”.

HABITOS AL PENSAR

Nosotros como seres humanos desarrollamos hábitos al pensar. Cuando recordamos algo o a alguien que nos causó dolor, al mismo tiempo recordamos el dolor en sí que tal persona o situación nos causó. El hecho de que yo no pudiera desenvolverme bien con mi instructora de enfermería, que se parecía a mi maestra de tercer año de primaria, demuestra que yo ya había desarrollado un hábito al pensar en ella. Al ver su cara, instantáneamente mis pensamientos fueron: “Fracaso... temor... castigo”.

Todos hemos desarrollado estos “hábitos de pensar”. ¿Cómo podemos romperlos? La Biblia nos dice en Romanos 12:2: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos, por medio de la renovación de vuestro entendimiento”. Nosotros debemos tener nuestro entendimiento, o sea nuestra manera de pensar, renovado, cambiado.

Tal vez tú hayas tratado de romper el hábito de fumar. Ya sabes que un hábito no se rompe de un día para otro, hay que luchar; lo mismo pasa con nuestros hábitos de pensar. Entre más firme esté el hábito arraigado en ti, más tienes que luchar. ¿Cómo lo vas a hacer? ¿Cómo vas a romper esa manera de pensar? No se rompe sólo con decir: “Yo no voy a pensar más en esto”.

Hay un aspecto muy interesante relacionado con la dinámica del pensamiento humano. Para decidírnos a olvidar algo, tenemos que recordarlo primeramente. Si digo: “Yo no voy a pensar más en esto”, tengo que pensar precisamente en eso para decir que no voy a continuar

haciéndolo. Tú no puedes decir sencillamente: “Yo no voy a recordarlo”, porque ya has mentido.

Haz cuidadosamente el siguiente experimento. No pienses más en la palabra “pan”. Ahora dime, ¿en qué estás pensando? En la palabra “pan”, ¿no es verdad? Mientras más trates de no pensar en esa palabra, más vas a hacerlo.

Los pensamientos se parecen a la goma, la sacamos de una mano y se pega a la otra. Luego la sacamos de esta última y se pega en la primera; no podemos quitarla. Así sucede también cuando tratamos de cambiar el hábito de pensar.

Dios sabía que éramos así y nos dio la solución. Esta se encuentra en Filipenses 4:8:

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.

Lee el versículo otra vez y observa cuántos de los pensamientos enumerados son negativos. Ninguno de ellos, todos son positivos. Debemos solamente pensar en lo positivo, es una orden de Dios, no una sugerencia. Es un mandato: “en esto pensad”. Dios no nos “permite el lujo” de recordar y pensar en lo negativo.

Dios sabe cómo nos hizo. El sabe que la única manera que tenemos de cambiar la vana manera de pensar o vivir que recibimos de nuestros padres (1 Pedro 1:18), es llenando nuestra mente con lo positivo. Pero esto es difícil de hacer. Si vemos a alguien que nos hizo daño, lo primero que pensamos es: “¿Te acuerdas lo que él te hizo?”

Haz otro experimento, hazlo con cuidado. No pienses en la palabra “pan”, piensa en la palabra “agua”. ¿En qué estás pensando ahora? Supongo que en la palabra “agua”. Como ves, la segunda palabra desalojó a la primera.

Sólo he conocido una persona en toda mi vida que siempre hablaba bien de los demás, y si no tenía nada

bueno que decir de alguien, no decía nada. Era muy grato estar con ella.

Esta amiga, una misionera, nos cuidó durante una semana mientras yo me recuperaba al ser operada de cáncer. Cuando ella volvió a su casa, otra misionera la reemplazó. Esta última era exactamente lo opuesto a la anterior. Veía y hablaba de todo negativamente. Finalmente yo quería que se fuera a su casa, porque me deprimía el estar oyendo siempre lo negativo de toda la gente.

Las dos misioneras habían desarrollado “hábitos de pensar” diferentes, ambas hablaban de los mismos sucesos y la misma gente, sin embargo, veían exactamente lo opuesto en cada situación.

Muchas veces es difícil encontrar algo bueno en una persona. Tal vez tenemos que aprender de aquella ancianita que vivía en un pueblo pequeño; ella solamente hablaba de lo bueno de la gente. Tenía Filipenses 4:8 escrito en su pensamiento. Si no podía decir nada bueno de alguien, no decía nada.

En este mismo pueblo, también vivía un hombre viejo que tenía una conducta vergonzosa. Cuando él murió, todo el mundo fue al entierro. Entonces algunos jóvenes que querían burlarse de la abuelita le preguntaron: “Ahora, señora, ¿qué puede decirnos en cuanto a este sinvergüenza que murió?”

Ella, rascándose la cabeza y después de pensar un rato, finalmente respondió: “Yo siempre he dicho que este señor tenía los dientes más lindos del mundo”. Era lo único positivo que ella podía encontrar para decir del hombre, pero ciertamente, encontró algo bueno que afirmar.

Tal vez alguien te haya hecho algo tan horrible que no puedas encontrarle nada positivo aparte de “sus dientes bonitos”. Llena, pues, tu mente con pensamientos acerca de “sus lindos dientes”.

Cada persona tiene algo bueno en lo cual debemos concentrar nuestra mente. Esta es la única manera de librarnos de los pensamientos negativos y romper el “hábito de pensar” que hemos desarrollado.

Yo te desafío, a que busques las buenas cualidades de cada persona que te haya causado un trauma. Cuando te

des cuenta de que estás pensando negativamente acerca de ella, echa estos pensamientos sobre Cristo y llena tu mente con pensamientos que reflejen las buenas cualidades de la persona. No te pido que niegues lo que te han hecho, sino recuerda que no tienes que cargarlo, ¡échalo sobre Cristo! El lo carga y tú quedas libre para llenar tu mente con todo aquello positivo. Es una orden de Dios, y El sabe muy bien qué es aquello que nos proporciona salud mental.

COMO VIVIR CON EL DOLOR Y LAS ANSIEDADES DIARIAS

Tú ya oraste en cuanto a todo aquello que te dolía. Pero ¿qué tal que alguien te haga algo mañana que te cause dolor nuevamente? ¿Qué vas a hacer en ese caso? Cada creyente debe realizar un proceso de autosanidad interior cada día. No niegues el hecho de que tú no puedes cargar lo que Fulana de Tal te hizo hoy, no trates de olvidarlo; recuerda la escena y todo lo que sentiste. Tal vez ya no puedes recordarlo todo, entonces pide a Dios que te lo traiga a la memoria. Di la verdad.

“Señor, cuando él dijo _____ sentí _____ y aún siento _____. Yo no puedo soportarlo. Entra en esta escena, Cristo; yo lo echo sobre Ti. Por favor, llévalo en la cruz”.

Cuando, por ejemplo, tu esposo llega enojado a la casa o tu esposa está de mal genio cuando tú llegas, di a Cristo exactamente cómo te sientes: “Yo me siento como si _____ (ejemplo: quisiera cogerla y sacudirla). Si es así como te sientes, dile a Cristo la verdad. No hay problema en que te sientas así.

La Biblia dice: “Airaos, pero no pequéis” (Efesios 4:26). Si estás enojado, dile la verdad a Dios. Sentirse enojado no es un problema para Dios; pues Cristo murió también por tu enojo. Los problemas surgirán, más bien, como consecuencia de tu conducta frente a dichos sentimientos. El ocultar a Dios lo que sientes y actuar inadecuadamente como consecuencia de ello, es lo que te acarreará dificultades, pero nunca la admisión sincera de tus sentimientos delante de Dios.

Con frecuencia oramos, “Dios, perdóname por ha-

berme enojado”, y luego nos tragamos todo lo que sentimos, tanto el enojo como el dolor que lo causó. Al día siguiente, hacemos lo mismo con otra dificultad. Día tras día lo repetimos, hasta que nos llenamos tanto de enojo y dolor que la más mínima cosa nos hace explotar y no podemos entonces entender por qué este asunto tan pequeño nos hizo reaccionar de una manera tan fuerte. Es por ello que Cristo tiene que llevar tanto nuestro enojo como nuestro dolor, pero no puede llevarlos si no los entregamos a El.

Dile ahora mismo la verdad: “Señor, yo no puedo con este enojo (o rabia) que siento. Yo estoy enojadísimo con _____ por _____ y no puedo soportarlo. Cristo, aquí tienes mi enojo y mi dolor; todo lo que _____ hizo y todo lo que siento. Yo no soy capaz de luchar con ellos, llévalos Tú y sáname. Lléname con tu perdón para que yo pueda extenderlo a él, porque en mí no existe ese perdón. Con Tú perdón, le perdono. Muéstrame a cambio, lo bueno que hay en él”.

ECHANDO NUESTRAS ANSIEDADES SOBRE CRISTO

La Biblia nos ordena echar todas nuestras ansiedades sobre Cristo (1 Pedro 5:7). Todos quisiéramos hacerlo; tratamos de echarlas, pero siempre las recogemos de nuevo. ¿Cómo podemos hacerlo en forma definitiva? Tiempo atrás Dios me habló muy claro en cuanto a esto.

Antes que yo saliera para Colombia, murieron en un año tres miembros de mi familia: mi madre, mi padre y mi cuñado. Este último dejó a mi hermana y siete hijos con edades comprendidas entre los 2 y los 11 años.

Además, cuando salí de los Estados Unidos para ir a Costa Rica a aprender español, tenía que despedirme de mi tierra. Sabía que cuando regresara a mi país, no tendría a donde ir, porque la casa donde vivía antes, ya había sido ocupada por mi hermana viuda con sus siete hijos, y mis otras hermanas y mi hermano estaban también casados, tenían sus familias y sus casas estaban llenas de hijos. No habría cupo para mí en ninguna parte.

Sin embargo, Dios me dio una promesa; El me dijo: “Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mateo 19:29).

Podía entender lo relacionado a la vida eterna, pero no podía entender el significado de tener otra vez padre, madre, hijos, o tierras. Me sentía totalmente sola.

Llegué a Costa Rica y allá conocí al que iba a ser mi esposo. Nos casamos y viajamos a Colombia. Ya tenía hogar, esposo, y pronto vinieron nuestros dos hijos. Sin embargo, un problema aún persistía. Cuando mi esposo, Carlos, tenía que viajar, yo me quedaba en casa, andando de cuarto en cuarto, orando: “Oh Señor, cuida a mi esposo; no quiero perderlo”.

Siempre me sobrevenía la angustia que sentía cuando murieron mis padres. Sentía otra vez la angustia que sintió mi hermana cuando murió su esposo.

Dios era muy bueno conmigo, siempre me daba una promesa cuando Carlos salía, diciéndome: “Voy a llevarle con bien, te lo traeré otra vez”.

Mi reacción a estas promesas era orar intensamente: “Señor, yo creo tu promesa, ayuda mi incredulidad”. Sencillamente no podía sentir que él iba a volver otra vez.

Tal situación continuó año tras año. Yo leía en los periódicos sobre los choques de ómnibus y acumulaba esa terrible información dentro de mí. Los niños ya estaban creciendo y empezaban a notar mi angustia.

Un día, cuando vivíamos en Pasto, Carlos tuvo que ir a Tumaco para officiar unos bautismos. La carretera de Pasto a Tumaco pasaba en aquel entonces por el sitio conocido como la “Nariz del Diablo”. Allí el abismo al lado de la carretera sin asfaltar, alcanzaba cerca de 500 metros de profundidad y muchos ómnibus se habían accidentado en este lugar. Yo oré mucho, pidiendo a Dios que nos mandara el dinero necesario a fin de que Carlos pudiera ir en avioneta y evitara, así, el viaje por carretera. Sin embargo, Dios no nos mandó el dinero y él tuvo que viajar en autobús.

Antes que Carlos saliera, pedimos a Dios que lo

cuidara. Entonces Dios me dio la misma promesa: “Yo voy a llevarlo con bien, lo voy a bendecir allá y lo traeré otra vez a la casa con bien. No te preocupes”.

El salió y yo empecé mi rutina de ir de cuarto en cuarto, frotándome las manos y orando: “Oh Señor, yo creo; de veras creo esta promesa, ayuda mi incredulidad”.

Aquel día Dios me detuvo y me dijo: “Yo te prometí que iba a llevar a Carlos con bien, lo iba a bendecir y lo iba a traer otra vez sin novedad. Tú puedes creerlo o no creerlo, de acuerdo a lo que tú escojas. Por mi parte, yo lo prometí y lo voy a cumplir; ahora, tú puedes escoger lo que vas a hacer, puedes creer y quedarte tranquila, o puedes seguir así como estás, y enseñar a los niños a que no puedan confiar en Mí. La decisión es tuya”.

Yo siempre me imaginé que la fe era algo muy grande que le sobrevenía a alguien, en forma digamos como de nube. Esta se apoderaba de la persona, generando instantáneamente una clase de fe, que uno no tenía antes.

Dios me enseñó aquel día, que la fe es una decisión que yo debo tomar, de creer más en lo que El me promete que en aquello que yo misma puedo sentir. Y esa es la fe verdadera: Creer más en lo que Dios nos promete que en lo que nosotros podemos sentir.

Ese día decidí echar sobre Cristo mis ansiedades y creer lo que El me decía. “Yo voy a creer”, le dije a Cristo, “esta es mi decisión. Es cierto que yo no puedo sentir tu promesa, siento que Carlos se va a morir y no quiero quedarme sola con los niños. Pero tú me has dado una promesa y escojo voluntariamente creerte a Ti, antes que a aquello que yo pueda sentir. Echo sobre Ti todos mis sentimientos y todas mis ansiedades”.

De repente me sentí tan libre, tan bien, tan aliviada... pero dicha sensación duró tan sólo cinco minutos, pasados los cuales nuevamente me volvieron todos aquellos pensamientos y sentimientos, igual que antes.

Una vez más oré, diciendo: “Señor, yo escojo creer más a Ti que a lo que yo pueda sentir”.

Otra vez eché todo sobre Cristo y me sentí nuevamente aliviada... pero tan solo por otros cinco minutos. De esa manera pasé todo el día echando toda mi ansiedad

sobre el Señor. Cuando llegó la noche, logré estar tranquila por períodos de 10 a 15 minutos. Al día siguiente, tuve que empezar de nuevo; ya que era un hábito muy arraigado en mí.

Cuando Carlos volvió, ya había logrado quedarme tranquila por intervalos de aproximadamente veinte minutos cada uno. El regresó bien y satisfecho por los bautismos oficiados.

Dios todavía tenía otra lección muy grande que enseñarme. Al día siguiente, leímos en el periódico que la avioneta sobre la cual yo había orado tanto, pidiendo que Dios nos enviara el dinero para el viaje, se había estrellado y todos lo que iban a bordo habían perecido. Dios había contestado mi oración a su manera.

A pesar de todo esto, allí no terminó la lucha con mi “hábito de pensar”. Esta continuó durante aproximadamente tres años, después de lo cual pude finalmente estar tranquila cuando Carlos salía de viaje.

Dios me mostró que El me había sanado totalmente, cuando en 1982 mi esposo se accidentó gravemente en Alemania. Fue hospitalizado con contusiones cerebrales y tuve que contarle a mis hijos lo que había pasado. A pesar de ello, me sentí muy tranquila. Algún tiempo después, yo conté de nuevo esa experiencia, estando mi esposo presente. El me dijo después: “¿Por eso estabas tan tranquila? Se te veía tan calmada que me parecía que aun ni te había importado el accidente”. El hecho era que Dios me había sanado y me había dado esa tranquilidad.

Dios puede cambiar tus hábitos de pensar. El cambió los míos a pesar de estar tan arraigados. ¿Cuál es, entonces, la ansiedad que tú debes echar sobre Cristo? ¿Cuál es ese hábito que tienes al pensar, que te amarga tanto la vida? El llevó todos nuestros traumas; permítele ahora mismo que cambie tu manera de pensar.

GOZO EN MEDIO DE PRUEBAS

Muchas veces nos preguntamos: “Si Dios me ama tanto, ¿por qué me tiene en esta situación tan difícil? ¿Por qué no me saca de esta prueba? ¿Por qué tengo tantas tentaciones? ¿Por qué no hace algo?”

¡El ya lo hizo! Cuando Dios nos creó, su intención era que viviéramos en el paraíso y nos dio la capacidad de vivir en ese ambiente. Nunca tuvo en sus planes que viviéramos en un ambiente como en el que nos encontramos ahora: lleno de conflictos, disputas, catástrofes, separaciones y angustias. Su plan era que nosotros permaneciéramos en el paraíso, donde todo fuese paz, gozo, entendimiento, y comprensión. ¡Ese era el plan original que El tenía para todos nosotros!

Sin embargo, nosotros escogimos no permanecer allí al caer nuestra raza en pecado. Nos alejamos del plan de Dios y quedamos fuera de nuestro ambiente natural. Somos ahora como peces viviendo en un árbol o pájaros en el agua.

Dios hubiera podido lavarse las manos delante de nosotros, diciendo: “Ustedes se metieron en esto, ustedes verán cómo van a salir”. Pero no lo hizo así.

El vino a nosotros por medio de Jesucristo y nos rescató. Cristo nos ha prometido que volverá y restaurará las circunstancias de nuestra forma de vivir conforme a su plan original y al medio para el cual fuimos creados. Nos sacará de este mal ambiente en el cual no podemos vivir.

Pero mientras eso ocurre, estaremos viviendo entre el tiempo de la cruz y el tiempo cuando Cristo lo restaure todo. En tal transición, El no nos ha dejado solos, pues El está a nuestro lado, queriendo llevar nuestras cargas, nuestro dolor y nuestro afán. El está más triste por nuestra condición que lo que nosotros mismos podemos estar. El no quiso que sufriéramos así.

Siendo esa la verdad, ¿cuál debe ser nuestra actitud ante las pruebas y los problemas? Muchas veces hemos orado, diciendo: “Oh Señor, quítame esta prueba; quítame esta tentación; no puedo soportarlo más”.

Sin embargo, observemos detalladamente lo que la palabra del Señor nos dice en Santiago 1:2, 12,17:

Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas.... Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los

que le aman.... Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación.

Dios no nos manda algo que no sea bueno. El nos dice que cuando nos encontramos en medio de pruebas, debemos aceptarlas con gozo. ¡Eso es exactamente lo opuesto de lo que hacemos! Cuando decimos: “Oh Señor, quítame esta prueba”, en realidad lo que estamos diciendo según el versículo 12 es: “Oh Dios, quítame la corona de vida”. Porque lo que Dios dice es que, cuando hayamos resistido la prueba, recibiremos la corona de vida. Qué nos importa más: ¿tener la corona de vida que El nos ofrece por toda la eternidad o tener ahora un poco de paz por unos días?

En realidad, le estamos diciendo a Dios: “Dios, no me importa la corona que Tú me vas a dar, yo quiero tener paz; quiero vivir bien aquí y no me importa lo que pase en el más allá. Quítame esa corona, porque yo no la quiero”.

Mi madre me contaba que cuando yo estaba pequeña y ella quería castigarme, siempre iba corriendo hacia ella y me abrazaba a sus piernas. Me decía que le era muy difícil hacerlo, porque cuando le sujetaba así, no tenía espacio suficiente para castigarme bien. Hay que tener al niño a cierta distancia para poderle castigar debidamente. Lo interesante es que, aunque yo no entendía lo que estaba haciendo, me daba cuenta de que cuando me prendía de ella no me dolía tanto el castigo.

Cuando estamos en pruebas, casi siempre nos retiramos de Dios, y en consecuencia la prueba nos duele demasiado. Lo que debemos hacer es ir corriendo hacia Dios. Si nos retiramos de El, la prueba se hace más dolorosa; pues si por lo contrario nos sujetamos fuertemente de El, como yo de mi mamá, no sentiremos tanto el dolor. El es el Dios de toda consolación (2 Corintios 1:3-4). El quiere consolarnos en medio de todas nuestras pruebas y dolores.

CONSOLANDO A OTROS

¡La consolación de Dios es tan diferente de nuestra consolación! Para consolar a alguien que esté pasando por un tiempo difícil, usamos frases tales como: “Ten paciencia”. Si bien es bueno que tenga paciencia, no le decimos cómo encontrarla. Le decimos: “Ten fe”. Pero ¿qué es la fe? Le decimos: “Ora”. Pero ella ora y no pasa nada. Le decimos: “Da gracias por todo”. Pero Dios dice (1 Tesalonicenses 5:18): “Dad gracias en todo”.

Dar gracias por todo y dar gracias en todo, son dos cosas muy diferentes. Cuando yo enseñaba este curso de “sanidad interior” en el seminario, el padre de uno de los estudiantes murió asesinado por su cuñado, quien le apuñaló en el estómago.

Pregunté entonces a los estudiantes: “Ahora, ¿qué vamos a decirle a David? ¿Debe él dar gracias a Dios porque el cuñado mató a su padre? ¡Qué terrible sería hacerle dar gracias a Dios porque el cuñado asesinó a su papá!

JOSEFINA

El esposo de Josefina murió cuando sus hijos estaban aún muy pequeños. Ella lloraba desesperadamente, diciendo: “Dios, Tú eres injusto conmigo. ¿Qué voy a hacer con estos niños? ¿Qué voy a hacer para alimentarlos y educarlos? ¡Tú eres injusto!”

Los demás vinieron a consolarla, diciéndole: “No debes decirle eso a Dios, El nunca es injusto; tú tienes que darle gracias por todo. Da gracias a Dios porque tu esposo ha muerto y ya está con El”.

A la pobre Josefina le hicieron dar gracias porque su esposo había muerto. A los tres meses estaba recluida en un hospital mental. Cristo nunca hizo tal cosa. Frente a la tumba de Lázaro El lloró. Aunque El sabía que dentro de algunos minutos Lázaro iba a volver a vivir, no regañó a Marta y María; ni les dijo: “Dad gracias porque Lázaro ha muerto”. El se hizo parte de su dolor, las dejaba llorar y lloraba con ellas.

¿Cómo hubiera podido Josefina dar gracias en medio

de la muerte de su esposo? Dar gracias por todo, es tan diferente a dar gracias en cada situación. Ella hubiera podido más bien orar a gritos: “Dios, tú eres injusto conmigo. Yo siento que no es justo lo que Tú me estás haciendo. ¿Cómo voy a cuidar a estos chiquillos que Tú me has dado?” Hubiera podido gritar eso con todo el dolor de su corazón.

Los que la consolaban hubieran podido animarla, diciéndole: “Sí, eso es cierto, te parece que Dios es injusto. Tú sientes que El es injusto, entonces exprésale todo este dolor y confusión”.

Josefina hubiera podido seguir orando a gritos: “Señor, yo no sé qué es lo que Tú estás haciendo conmigo; a mi me parece imposible esta situación, no entiendo lo que está pasando. No obstante, yo te doy gracias porque Tú eres mi Padre y Tú has prometido cuidar de mí. Tú sabes lo que vas a hacer, aunque yo no lo sepa. A mí me parece que esto no tiene sentido y que no hay esperanza. Pero yo te doy gracias porque Tú sabes qué es lo que haces, aunque yo no puedo entenderlo”. Así ella hubiera podido sacar todo su dolor delante del Señor y dar gracias a Dios *en medio de él*, pero a la vez profundizar su confianza en el Señor. Luego, cuando sus hijos fuesen mayores, hubiera podido mirar atrás y también dar gracias a Dios *por todo* lo que El hizo y permitió.

Nunca debemos decir a una persona que no exprese su dolor, tiene que expresarlo. Cristo lloró con los que lloraban y nosotros también debemos hacerlo.

Otro dicho que usamos para consolar a otros es: “Pero mira al vecino: él tiene problemas mucho más graves que los tuyos. En realidad, tú no tienes problemas graves. Sé fuerte”.

¡Esto no ayuda en nada! Cuando la persona está en medio de todos sus problemas, ve su cielo tan nublado, todo parece tan gris y tan opaco, que no puede ver manera alguna de escapar. De nada sirve decirle que la vecina tiene problemas peores. Lo único que logramos con ello es hacerle sentir culpable y agregarle a su carga los problemas del vecino.

Cuando uno está bajo una nube de problemas, no

percibe lo espesa que ésta es. El cielo de una persona puede estar cubierto con nubes muy espesas, mientras que las de otra persona, pueden ser más livianas, sin embargo, el cielo de ambas personas está cubierto totalmente y ninguna de las dos encuentra salida. Solamente logramos hacer que la persona sufra más, al decir que hay otros que enfrentan peores sufrimientos. La persona ya está sufriendo todo lo que puede aguantar y nuestro consejo sólo echa otra carga más sobre ella.

A veces tratamos de consolar a alguien diciéndole: “No te preocupes; Dios está probándote para ver si tú eres firme”.

Una noche estábamos a punto de reunirnos para el culto de oración, cuando nos llegó la noticia de que uno de los miembros de la iglesia había perdido todo lo que tenía en un incendio. Lo único que les quedó fue la ropa que tenían puesta. Berta me acompañó a la casa de los vecinos para consolarlos. Al entrar en la casa, ella rápidamente le dijo a la pobre señora: “Es solamente una prueba que Dios te manda para ver si tú eres firme. Es solamente para ver si le amas más a El que a las cosas materiales. No te preocupes; es sólo una prueba, Dios quiere ver cuán fuerte eres; sólo quiere ver si ustedes le aman bastante...”

Esa pobre mujer que había perdido todo, se quedó completamente confundida. Lo único que Berta logró, fue hacer que la señora se sintiera peor. Cuando pude llegar donde ella, le abrí mis brazos. Ella puso la cabeza en mi hombro y lloró. La dejé llorar hasta que se calmó; eso era lo que necesitaba. Necesitaba una manera de expresar el dolor y la confusión que sentía. Luego pudimos llevarles a la casa para comer, buscarles ropa para toda la familia y un lugar donde pudieran quedarse.

Una vida útil para Dios

¿Por qué es que nosotros tenemos que sufrir tentaciones y pruebas? ¿Es cierto que Dios nos manda pruebas para ver si somos bastante fuertes para soportarlas? En 1 Corintios 10:13 Dios nos dice:

No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.

Este versículo no dice: “Os dejará ser tentados para ver lo que podéis resistir”.

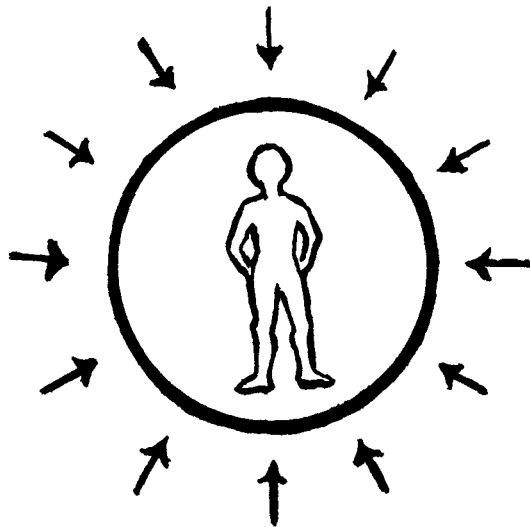
Dios ya sabe cuán fuertes somos. ¿Acaso El no lo sabe todo? ¿Acaso es que El tiene que probarnos para darse cuenta cómo somos? ¡Claro que no! El ya lo sabe; somos nosotros los que no sabemos cuán fuertes somos en El.

En Job 1:8 dice que un día Satanás se presentó delante de Dios y Dios le preguntó: “¿Has visto a mi siervo Job? Es un hombre muy bueno”.

Satanás le dijo: “¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la tierra”.

He aquí lo que pasó: Satanás quería tentarlo y hacerle caer. Le trajo toda clase de tentaciones, pero cuando llegó a Job encontró alrededor de él una cerca y no pudo alcanzarle.

Job quería servir a Dios con todo su corazón (Job, capítulo 1), le había buscado y quería conocerle a fondo. El estaba dentro de la voluntad de Dios. Podemos ilustrarlo así:



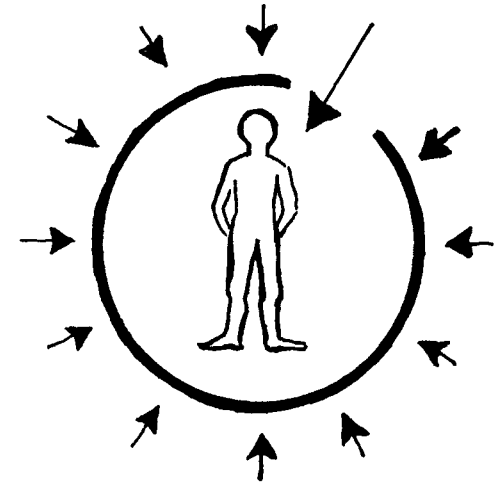
Job cercado por Dios y atacado por Satanás

Cuando Satanás llegó donde estaba Dios le dijo: “Es lógico que Job te sirva con fidelidad, porque tú no me has permitido hacerle nada”.

Dios le dijo: “Mira, hagamos una cosa: te hago un hueco en la cerca para que todo lo que él tiene esté al alcance de tu mano. Solamente, no pongas tu mano sobre él” (Job 1:12).

Dios había visto cuán fuerte era Job y calculó exactamente la prueba. Satanás podría destruir todo lo que

Job tenía, pero no podría tocarle a él. Podemos ilustrarlo así:



Job atacado por Satanás a través de un hueco en la cerca.

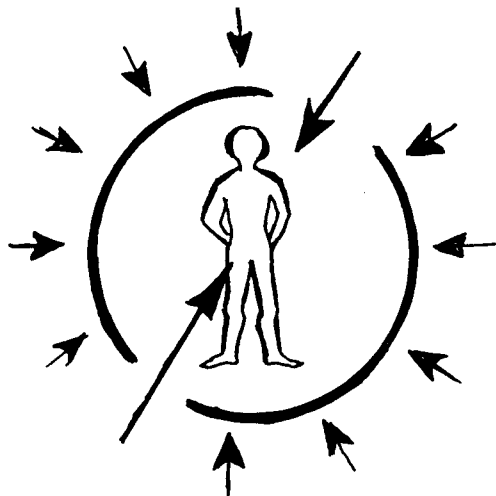
Satanás volvió otra vez donde estaba Dios, y Dios le dijo: “Mira todo lo que has hecho a mi siervo y no ha pecado”.

Satanás le dijo (Job 2:4-5): “Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará para su vida. Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia”.

Dios le dijo a Satanás: “He aquí, él está en tu mano, mas guarda su vida”.

Job había crecido con la primera prueba. Dios sabía que estaba más fuerte y abrió otra brecha en la cerca, diciendo a Satanás: “Puedes tocar el cuerpo pero no le quites la vida”. Nuevamente, la tentación fue calculada

exactamente según la fuerza de Job. Podemos ilustrarlo así:



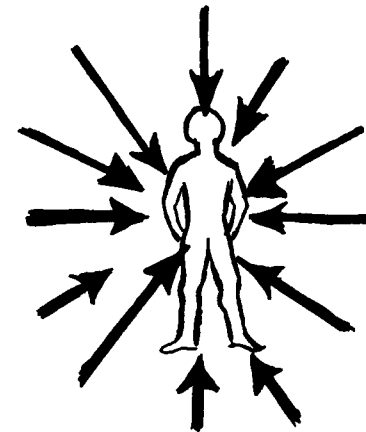
El segundo hueco en la cerca alrededor de Job.

En la primera prueba, es posible que si Dios le hubiera permitido a Satanás que tocara el cuerpo de Job, la prueba hubiera sido demasiado fuerte; quizás por ello Dios no se lo permitió. En la segunda prueba, Job ya había crecido bastante para permitírselo. Dios sabía exactamente qué fuerza tenía él.

Es bien claro que el propósito de Satanás era destruir a Job, pero Dios tenía otro propósito. Mientras Job estuviera dentro de la voluntad de Dios, nada ni nadie podría tocarle diferente a aquello que Dios había calculado y permitido previamente para la consecución de su propósito en la vida de Job.

Lo mismo pasa con nosotros; mientras permanecemos dentro de la voluntad de Dios, estaremos totalmente seguros. Pero pobres de nosotros si quedamos sin la protección de Dios; Satanás puede venir con cualquier prueba, con cualquier tentación y destruirnos.

Sin la protección de Dios no podremos resistir esos ataques. Podemos ilustrarlo así:



La persona fuera de la voluntad y protección de Dios, atacada por Satanás

Si vivimos en la voluntad de Dios, el solo hecho de encontrarnos en una prueba ya nos dice que podremos soportarla. Dios no la permitiría si nouviésemos la fuerza para resistirla.

LA LORA

Una vez un cazador atrapó una lora y se la llevó a un amigo que tenía una gran jaula a un lado del patio de su casa. Metieron la lora en la jaula y al volar contra un costado de la misma, cayó al suelo. Nuevamente intentó volar, pero volvió a caer. Al ver esto, su amigo le dijo que era necesario encadenarla o de otro modo se mataría. Así que, con una cadena le ataron una pata a uno de los palitos donde se paraba. La lora voló hasta donde la cadena le permitió y luego cayó. Finalmente se dio cuenta de que estaba encadenada y no podía escapar. Entonces se paró en el palo y se adaptó a su situación. Cuando el amigo volvió

a ver la lora, dijo que ya podían quitarle la cadena. Lo hicieron así, pero la lora no se dio cuenta y siguió pensando que estaba encadenada. Ella se había adaptado tanto a esas circunstancias, que había aceptado tal situación y no intentó escaparse nuevamente.

En la casa también tenían un gato. Un día los niños dejaron abierta la puerta de la jaula y el gato entró y se la comió. La lora, pensando que todavía estaba encadenada, se quedó parada en el palo y el gato la atrapó.

Esa jaula era muy grande y la lora hubiera podido volar y escapar por la puerta. Sin embargo, por pensar que estaba encadenada, se quedó parada y dejó que el gato se la comiera.

Si después de quitarle la cadena, alguien hubiera metido un palo en la jaula y arrojado la lora al suelo, ella hubiera gritado: “¡Déjenme en paz! Me sacaron de mi hogar, me encarcelaron y encima de todo me están molestando”.

Pero, si a pesar de sus quejas, hubieran seguido haciéndolo, poco a poco la lora se hubiera dado cuenta de que ya no estaba encadenada y hubiera empezado a utilizar sus alas otra vez. Al entrar el gato en la jaula, la lora hubiera salido volando por la puerta, y hubiera escapado.

Nosotros somos como la lora. Satanás nos tenía encadenados y lo sabemos bien. Diariamente nos vienen problemas y dificultades, cada uno de los cuales nos hace crecer un poquito más. Un día Dios ve que ya estamos más fuertes y liberados de nuestras debilidades y fracasos, pero nosotros todavía no nos damos cuenta del cambio. Seguimos pensando que somos débiles y que no podemos enfrentarnos con situaciones más difíciles.

Si Dios permite una prueba que nos lanza al suelo, gritamos: “¡Ay! Dios mío, quítame esta prueba; me está mortificando. ¿Acaso no tengo ya bastantes problemas? ¡Quítamela, por favor!” Sin embargo, Dios no lo hace.

Exclamamos nuevamente: “¡Señor!, ¿por qué me tratas tan duro?” Pero Dios permite que la prueba siga. Luego, poco a poco, en medio de la situación, empezamos a encontrar nuestras “alas de fe” y empezamos a volar. Volamos por encima de la prueba, y cuando hemos

aprendido que sí podemos vivir en victoria en medio de ella, ésta pasa. Entonces nos damos cuenta de que nunca más tendremos que temer a esta clase de prueba, porque sabemos que podremos vencerla. Estamos libres de ella. Cuando ya ha pasado, podremos mirar atrás y decir: “Gracias, Señor, por esta experiencia y por todo lo que me enseñaste a través de ella”.

El versículo 13 en 1 Corintios 10 nos dice que Dios es fiel y no permite que seamos tentados más de lo que podemos soportar, sino que juntamente con la tentación nos da la salida. Lo que pasa es que, cuando estamos en medio de dificultades, estamos tan ocupados en clamar a Dios a gritos que nos saque de éstas, que se nos olvida pedir para que nos muestre la salida. Dios siempre nos provee de ella, pero Satanás busca asegurarse de que esté tan bien tapada que no podamos encontrarla.

En realidad, lo que debemos exclamar en medio de la prueba es: “Señor, siento que no puedo soportar esto. Mis propias fuerzas se acaban. Tú has prometido que no vas a permitir tentación ni prueba que sea más de lo que yo puedo soportar, y que cada una tiene una salida. Muéstrame, pues, esa salida”.

No obstante, nos preguntamos: Si Dios ya sabe que estoy suficientemente fuerte para resistir la prueba, ¿por qué tengo que saberlo yo? ¿Por qué no puedo vivir tranquilo? ¿Qué quiere hacer Dios conmigo? La respuesta es que El también tiene otros propósitos para tu vida.

EN LA UNIVERSIDAD PRIVADA DE DIOS

Cuando Dios me mostró los versículos 3 y 4 en 2 Corintios 1, yo estaba pasando por un tiempo extremadamente difícil. Siete semanas antes de graduarme de enfermera, recibí una llamada telefónica en la que me comunicaban que mi mamá había sufrido un derrame cerebral, estaba en cama y no podía hablar ni moverse. Al terminar mis estudios, mi deseo era ir a una universidad cristiana para prepararme como misionera. En vez de esto, tuve que quedarme en casa cuidándole a ella.

Mi mamá estaba completamente inválida y nosotros teníamos que atenderle como a una niña. La única manera

que teníamos de comunicarnos con ella era que si quería decir “sí”, debía sacar la lengua y si quería decir “no”, no la sacara. Después de un tiempo no pudo hacer siquiera eso. Le dijimos entonces, que si quería decir “sí”, respirara profundamente y si quería decir “no”, no lo hiciera. Mi hermana menor y yo la cuidamos así por más de tres años.

Estando en esta situación, me enfermé de fiebre reumática y estuve en cama al lado de mi mamá durante seis meses. El médico me dijo que no podía ni siquiera bajar las piernas al lado de la cama porque eso podía perjudicarme el corazón. Sin embargo, yo tenía que levantarme a atender a mi mamá de noche, porque mi hermana necesitaba dormir. Fue realmente un milagro de Dios que no me quedara una lesión cardíaca.

Dos meses después de yo poder levantarme de la cama, mi papá sufrió un infarto y estuvo en cama por seis semanas. Poco después de mi papá mejorar, todos nos enfermamos de una especie de gripe asiática, con fiebres de más de 40 y una tos muy fuerte. Estando en esta situación, mi hermana se cayó y se fracturó el brazo derecho. Ella estaba estudiando pintura al óleo en la universidad y pintaba con la mano derecha. Mi papá también se enfermó de diabetes y teníamos que prestarle mucha atención a su alimentación.

Además de todo ello, mi mamá tenía una hernia umbilical, y cada vez que tosía se le pronunciaba. Tratamos de vendarla con esparadrapo, pero le produjo una alergia tal, que la piel se le quemaba. Con la fiebre tan alta que tenía, me tocó pararme a su lado toda la noche y mantener mi mano encima de la hernia mientras ella tosía. Finalmente, mi hermana mayor tuvo que venir a casa a ayudarnos.

Salimos de esta crisis y tuvimos dos meses de tranquilidad, cuando, de repente, mi papá tuvo el segundo infarto, y cuarenta y ocho horas después murió. Nueve semanas más tarde, mi mamá murió. También, seis meses después, yo estuve hospitalizada por una operación de la vesícula y seis meses después de la cirugía murió accidentalmente mi cuñado, dejando a mi hermana sola con siete hijos. Nos sentimos como Job (capítulo 23:8-10), cuando dijo:

He aquí yo iré al oriente, y no lo hallaré [a Dios]; y al occidente, y no lo percibiré; si muestra su poder al norte, yo no lo veré; al sur se esconderá, y no lo veré. Mas El conoce mi camino; me probará, y saldré como oro.

Job no pudo encontrar a Dios en ninguna parte, y así nos sentimos también nosotros. Fue entonces, en medio de este dolor y confusión, que Dios me dio los versículos en 2 Corintios 1:3-4 que dicen:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios.

Dios me consoló en medio de estos dolores. Yo quería estudiar en la universidad cristiana para prepararme como misionera; pero Dios me puso en su propia universidad. El me consoló con la misma consolación con que ahora yo consuelo a otros.

Dios no nos manda ángeles para consolarnos, porque ellos no pueden experimentar sentimientos como los nuestros. Ellos nunca han sufrido nuestras pruebas y dolores, y no pueden darnos esa consolación que nosotros necesitamos. Dios nos manda personas que han experimentado su consolación y pueden darnos la que nosotros necesitamos.

¿Qué es lo que Dios está tratando de hacer contigo por medio de las pruebas? El está tratando de consolarte y hacer de ti un instrumento útil para ministrar a otros.

EKHARD

Ekhard estaba perdiendo la vista. Cuando estuvimos en Alemania nos pidió que lo visitáramos porque quería hablar con nosotros. Algunos creyentes de su iglesia habían orado por él varias veces para que Dios le sanara los ojos, pero no

hubo ninguna mejoría. Entonces le dijeron que le faltaba fe para ser sano, pero nadie le dijo cómo podía acrecentar su fe.

“Yo creo que Dios puede sanarme” —dijo Ekhard. “Creo que El quiere sanarme, pero yo no puedo producir más fe”.

Otros le dijeron: “Es la voluntad de Dios que quedas ciego”.

“¿Cómo es posible —preguntaba Ekhard—, que Dios quiera que yo sea ciego? ¿Creen ustedes que es la voluntad de Dios, quien me ama tanto, que yo quede ciego? No puedo creer eso, siendo El un Dios de amor”.

“Ekhard, puedes estar seguro de una cosa: No es la voluntad de Dios que tú quedas ciego” —le contesté. “La voluntad original de Dios es que estés en el paraíso donde no hay ni enfermedad, ni pecado, ni muerte. Esa es la voluntad de Dios para ti y no es que estés en esta situación lamentable. A El le duele aun más que a ti”.

Ya vimos que el plan de Dios era que nosotros viviéramos en el paraíso, donde no había enfermedad, peleas, disgustos, ni muerte. El nos dio la capacidad de disfrutar de ello y no nos dio la capacidad de vivir en el ambiente del mundo como lo conocemos ahora. Como dijimos antes, somos como pájaros viviendo en el agua o peces en los árboles, estamos fuera de nuestro ambiente natural; pero eso no es culpa de Dios, fuimos nosotros quienes escogimos salir de ese ambiente natural. Algún día Dios nos restaurará a nuestro ambiente natural. Según Apocalipsis 22, El va a devolvernos el ambiente del paraíso en forma de “Cielo Nuevo” y “Tierra Nueva”. Por esto pude asegurar a Ekhard que algún día Dios iba a sanarle la vista; podría ser ahora, por un milagro, o más tarde, cuando todas las cosas sean restauradas. Mientras tanto, Dios está más triste por la situación de Ekhard que lo que él mismo puede estar.

“Durante el tiempo que estés ciego —le dije a Ekhard—, Cristo estará a tu lado. El te dice en 1 Pedro 1:7: ‘Echa sobre mí toda esa angustia que sientes; la de poner en tantos trabajos a tu esposa; la que tú sientes cuando tienes que preguntar donde está cualquier cosa que necesitas’.

Echa todas esas angustias sobre Cristo. El quiere cargarla por ti. El sabe que tú no eres capaz, pues El nunca puso esa capacidad en ti cuando te creó.

“Acógete a la consolación de Dios mientras estás pasando por este tiempo de ajuste y cuando ni siquiera entiendes lo que te está sucediendo. Entonces cuando hayas recibido la consolación de Dios, El te enviará a otros que estén sufriendo pruebas, como las que estás sufriendo ahora. El te va a usar para traerles la misma consolación que ahora te da a ti”.

Job había orado y buscado a Dios (Job 1), quería conocerle mejor y acercarse más a El. En todo el libro de Job leemos sobre sus pruebas y sobre cómo sus amigos querían consolarlo. Al fin Job sale de su larga prueba, y Dios restaura doblemente lo que Satanás le había quitado. Entonces Job dice en el último capítulo (42:5): “De oídos te había oído, más ahora mis ojos te ven”. Antes él había oído de Dios pero no había llegado a conocerle realmente. Ahora le conoce bien. Ese es el propósito de Dios; El quiere que le conozcamos mejor y que sepamos la extensión de su poder y su consolación.

La vida puede compararse a una escuela. Durante el año aprendemos muchas cosas y luego vienen los exámenes. Si los aprobamos, pasamos al siguiente curso, pero si los perdemos, tenemos que repetirlo. Job los aprobó y no tuvo que tomarlo otra vez. Ya estaba listo para experimentar y enfrentar nuevas cosas.

Cuando estamos en medio de una prueba (el examen), parece como si nunca fuese a terminar y que el resto de la vida fuese a seguir igual. Empero, cada prueba tiene su fin. Un día vamos a salir de ella y daremos gracias a Dios tanto por todos esos años difíciles, como por lo que aprendimos.

Yo no podía dar gracias a Dios por las dificultades cuando estaba en medio de ellas. Pero ahora, al mirar atrás, doy gracias a Dios por todo lo que sufrí y por lo mucho que aprendí. Ahora, como yo he sufrido y he sido consolada y sanada, yo puedo entender a otros que sufren.

Si tú quieres tener una vida provechosa y útil para Dios, no debes huir de las pruebas, porque El tiene un

propósito a través de ellas. Mientras estés en la voluntad de Dios, puedes estar completamente seguro de que la prueba que estás sufriendo ha sido calculada exactamente a la medida de la fuerza que tú tienes en El. Tú estás sufriendo para que puedas conocer y experimentar la consolación de Dios y para que más tarde consueles a otros con esta misma consolación.

Así como en el caso de Job, podemos también estar seguros de que Satanás quiere usar las pruebas y tentaciones para destruirnos. Es claro que Satanás te ha traído todos los traumas y heridas que tú has sufrido en tu vida, para destruirte y hacerte inútil. Lo lindo es que Dios toma exactamente esos mismos traumas y esas mismas pruebas que te han causado tantos dolores y problemas, te consuela y te sana y los aprovecha para hacerte útil consolando a otros.

En otras palabras, lo mismo que Satanás quería usar para tu destrucción, Dios lo usa para hacerte útil. ¿No es eso lo que tú quieres? ¿No quieres que Dios te use para traer sanidad y consolación a otros? Tú ya has recibido la sanidad y consolación de Dios, ahora estás listo para salir y llevarlas a otros que angustiosamente la reclamen.

Toma unos momentos ahora mismo y da gracias a Dios por la sanidad y consolación que te ha dado y la que darás a otros.



T O M O II

Sanidad *del* alma herida:

Cerrando las puertas abiertas
Arline de Westmeier



Sanidad *del* alma herida: *Cerrando las puertas abiertas*

El segundo tomo del ya afamado libro de Arline de Westmeier
Sanidad del alma herida: Camino a la sanidad interior.

En este libro, la autora nos lleva a la parte práctica de la sanidad interior: cómo pueden ser sanadas las heridas que afligen al alma, una vez que han sido expuestas las causas que las han ocasionado.

Arline de Westmeier, con su estilo único, expone problemas que muchas veces los cristianos pasamos por alto; tales como la opresión del ocultismo, la herencia, y muchos otros, y nos asegura una vez más que podemos recibir la sanidad de Cristo, enfatizando que Dios quiere sanar y restaurar cada parte de nuestro ser: el cuerpo, el alma y el espíritu.



Producto 498537
Categoría: Consejería

ISBN 1-560673-406-5



Sanidad
del alma herida:
Cerrando las puertas abiertas

Arline deWestmeier



Contenido

Dedicatoria	5
Reconocimientos	7
Introducción	9
1. Puntos débiles y puertas abiertas	13
2. Sanidad de Cristo	27
3. Puertas abiertas en el espíritu	37
4. Puertas abiertas en la siquis	51
5. Puertas abiertas en el cuerpo	65
6. Puertas abiertas en la vida social	75
7. Más puertas abiertas en la vida social	87
8. Fuentes de contacto	99
9. Guías de oración	107
10. Tiempo de seguimiento	117
11. Algunas precauciones	129
12. Alabanza de Su nombre	147
Acerca del autor	157

Publicado por
Editorial Unilit
Miami, Fl. U.S.A.
© Derechos reservados

Primera edición 1993

Derechos de Autor © 1992 Arline de Westmeier
Todos los derechos reservados. Este libro o porciones
no puede ser reproducido sin el permiso de los editores.

Citas bíblicas tomadas de Reina Valera, (RV) revisión 1960
© Sociedades Bíblicas Unidas
Usada con permiso.

Cubierta diseñada por: Héctor Lozano

Producto 498537
ISBN 1-56063-406-5
Impreso en Colombia

Printed in Colombia

ex libris eltropical

*Dedicado a
El,
que vino a poner
a los cautivos
en libertad.*

RECONOCIMIENTOS

Sería imposible hacer una lista de toda las personas que a través de los años han contribuido, verbalmente o por escrito, a las ideas que conforman este libro. Sin embargo, agradezco a mi esposo, el doctor Carlos W. Westmeier, quien me animó y ayudó con sus reflexiones a través de mi ministerio en consejería. El me ayudó a entender mejor las implicaciones sutiles y peligrosas del ocultismo. Le agradezco especialmente por llamarme la atención sobre las consecuencias destructivas que la opresión socio-política causa en la siquis de la gente a nivel individual, como lo describo en el Capítulo 7.

También agradezco a Ricardo y Gloria Stella Díaz, quienes en medio de sus preparativos para volver a Colombia, destinaron tiempo para ayudarme en la revisión y redacción final de este libro.

INTRODUCCION

Durante los años que siguieron a la publicación de mi libro *Sanidad del alma herida*, muchas personas me contaron de la sanidad profunda que Dios operó en ellas. El concepto de que Cristo también llevó nuestras heridas emocionales en la cruz, era completamente nuevo para muchos. ¡Qué alivio sintieron cuando al fin pudieron expresar sus emociones más profundas, sin ningún temor de pecar, o de que Dios se enojara y les condenara. Encontraron nueva libertad y nueva intimidad con Dios. Alabo a Dios por su amor y su compasión para con sus hijos adoloridos y heridos. Algunos de esos conceptos están incluidos en los Capítulos 2 y 8 para los que quizás no leyeron *Sanidad del alma herida*.

Aquellos que encontraron esta nueva libertad en Cristo, trataron de ayudar a otros adoloridos y entonces, nuevas preguntas surgieron: ¿Qué en cuanto a los "casos difíciles"? ¿Cómo se puede ayudar a gente en esa situación? También aparecieron otras preguntas tales como: Si ya eché todas mis heridas en el "saco" de Cristo. (Ver mi libro *Sanidad del alma herida: Camino a la sanidad interior*.) ¿Por qué es que todavía las veo cuando miro la escena con mis ojos espirituales? ¿Por qué no entraron todas las heridas en el saco? Cuando Cristo llevó mi "saco" de heridas ¿por qué no desapareció el "saco"? (Alguien vio su "saco" colgado de un clavo y no se movía por nada.) Si ya entregué todas mis heridas a Cristo ¿por qué es que todavía no puedo sentirme amado?

Yo también había encontrado estos "casos difíciles". A medida que los estudiantes del seminario se graduaban y entraban en el ministerio, enviaban sus "casos difíciles" a su profesora, y yo tuve que buscar al Señor para encontrar una respuesta de El. Si Jesús dijo que El había venido para poner en libertad a los cautivos ¿por qué no estaban estos cautivos libres?

Leía la palabra de Dios y esperaba delante de El buscando su voluntad, y leía de las experiencias de otros, entonces Dios me guió a una nueva comprensión de cómo las heridas psicológicas dan lugar al enemigo de nuestras almas de donde puede agarrarse. Siempre supe eso, y hasta cierto punto usé el exorcismo, sin embargo fueron estos "casos difíciles" lo que Dios usó para mostrarme cuán nítidamente están entrelazados. Antes até y eché fuera problemas específicos, tales como temor, odio, automutilación, y otros más, pero este proceso parecía no tener fin. Ello me hizo pensar en lo imposible que sería tratar de pescar con un anzuelo todos los peces de un lago. A pesar de pescar muchos peces, siempre quedarían algunos. ¿Cuántos más quedarían? ¿Por qué parecía que seguían volviendo al lago?

A medida que mi experiencia y mi lectura progresaban, más y más me daba cuenta de la importancia de cerrar cada parte de la vida de una persona al reino de las tinieblas y de pedir a Cristo que El entrase a cada área afectada y la iluminara con su luz. Al hacer esto, me sorprendió la rapidez con que estos "casos difíciles" progresaron. Me parecía entonces que, así estábamos tapando los ríos que llenaban los lagos y además, ya no pescábamos con anzuelo sino con red.

Más tarde, durante el tiempo de seguimiento, podría ser necesario sacar algunos peces restantes con anzuelo, tal como un temor u otro problema específico, pero sería algo menor comparado con lo que ya se había hecho. Votos, tales como: "¡Jamás amaré a alguien otra vez!", tenían que ser rotos en el nombre de Jesús de Nazaret, antes de que la persona pudiera amar otra vez.

Después de cerrar las puertas, estas personas tenían que aprender a orar con eficacia, a confiar, a amar, y a cómo llegar a hacer contacto con esa parte de ellos mismos que dejó de crecer cuando fueron heridos. También, tenían que aprender a vivir en un mundo caído. Sintieron su nueva libertad como algo tan bello que, a veces, parecía que se les había olvidado que aún no habían llegado al cielo. Pensaban que todos los problemas habían sido solucionados o que tendrían solución y que todo el mundo debía quedar ciento por ciento sanados. Ello quería decir que nunca volverían a necesitar medicinas y si alguien tuviera que tomarlas, habría sido porque algo en su vida andaba mal o seguía reprimido.

Sin embargo, debo decir que todos nuestros problemas no se solucionarán hasta cuando Cristo vuelva y restaure todas las cosas. Algún día nuestros cuerpos dejarán de funcionar y moriremos, tendremos tristezas y dolores mientras vivamos en este mundo. Tendrían que leer una y otra vez los últimos dos capítulos de *Sanidad del alma herida* donde me refiero a cómo permanecer en paz en un mundo donde no todas las dificultades pueden ser solucionadas.

Los últimos cuatro capítulos se escribieron para los que aconsejan u oran por otros. Las oraciones en el Capítulo 9 también sirven como guías para cerrar las puertas en la vida de uno mismo. Los que han sido gravemente traumatizados casi siempre deben tener a alguien que les guíe a través del proceso de su sanidad; de eso trata el Capítulo 10. Los Capítulos 11 y 12 tratan con preguntas que los consejeros se plantean cuando Dios empieza a usarles en el proceso de traer a otros a la libertad en Cristo.

Puntos débiles y puertas abiertas

Carlos estaba espantado, la justicia al fin lo había atrapado. Vendiendo drogas y robando carros se había hecho muy rico por un tiempo, pero también ya lo había perdido todo. Ahora se enfrentaba a una larga condena, posiblemente de cincuenta y tres años.

"Señora Westmeier, quiero ser sanado", Carlos me dijo después de un seminario sobre sanidad emocional. "Mi vida ha cambiado; lo único que quiero es servir a Dios. Sé que El me ha salvado, pero no estoy sano; mi corazón está roto. Tengo que hablar con usted".

Al día siguiente en mi oficina, Carlos me contó la historia de su vida. Cuando él tenía apenas cinco años, su padre murió de un infarto. El era el menor de cinco hijos, único varón, y su madre era esquizofrénica. Carlos amaba entrañablemente a su papá. Un día su padre no volvió a casa y nadie le dijo que había muerto. No le permitieron verle en el ataúd y tampoco lo llevaron al entierro. La mamá quedó tan golpeada por la muerte inesperada de su marido que permaneció en cama por muchas semanas sin poder prestar atención a ninguno de sus hijos. Carlos recordaba cómo sus lágrimas corrían por sus mejillas y se mezclaban con su

desayuno cada mañana, por más de un año. Su tío trató de consolarlo, pero él sólo anhelaba a su papá.

Cuando tenía ocho años, Carlos decidió que nunca jamás volvería a confiar en alguien. "Endurecí mi corazón", dijo. "Decidí no dejar que nada, ni nadie me causara dolor otra vez. Siempre atacaría primero, antes de que otro me pudiera atacar a mí".

A través de los años, su corazón se endureció más y más; a los trece años, Carlos usaba drogas de toda clase, hasta llegar a convertirse en traficante, ya no sólo las consumía, sino también las vendía.

"Decidí que si no había podido tener amor, lucharía por conseguir todo lo demás que quisiera: tendría todo el dinero, mujeres y carros que se me antojara. ¡Nadie me iba a prohibir nada!"

Los carros le fascinaban y robarlos le producía miles de dólares a la semana. El sólo robaba las mejores marcas importadas: Mercedes Benz, Cadillac, BMW, Lincoln, etcétera. En poco tiempo tenía una entrada de más de 6.000 dólares semanales. Ahora podía obtener todo lo mejor y solamente lo mejor: el mejor apartamento, las mejores chicas, la mejor comida, las mejores drogas; con dinero podía adquirir cualquier cosa que quisiera y siempre había más por conseguir, pero ello no le ayudó a sanar su corazón quebrantado. En aquel entonces Carlos tenía dieciocho años.

Varias veces él trató de suicidarse, tomando una sobredosis de drogas, pero siempre alguien lo rescató con vida. Un día la policía lo detuvo y entonces perdió todo. En medio de su desesperación, Carlos decidió entregar su vida a Cristo, y Dios le oyó y le salvó. A los veintidós años y mientras esperaba su sentencia, trataba de reiniciar y poner su vida en orden.

"Ahora sé que tener a Dios es lo único que realmente tiene valor", continuaba Carlos. "Yo tuve todo lo que el mundo tiene para ofrecer, y nada vale la pena, nada ha podido sanar ni eliminar mi dolor. Mi cuerpo está enfermo y mis

dientes están rotos por todas mis peleas, necesito ser sanado. Por favor, ayúdeme".

Carlos creía que Dios le estaba llamando a ser pastor, quería estudiar para prepararse, pero tenía miedo de siquiera intentarlo. Nunca había estudiado en instituciones normales. Todo lo que había logrado era obtener un diploma equivalente a estudios secundarios, otorgado por uno de los reformatorios donde había estado internado algunas veces debido a su conducta. Por eso, no sabía si podría estudiar una carrera. Pero mucho más allá de todo esto, Carlos necesitaba sanidad para su corazón quebrantado.

Apenas pude verle brevemente y orar con él antes de su encarcelamiento. Milagrosamente, su condena fue rebajada a dieciocho meses y después de permanecer en la cárcel por seis meses, lo dejaron salir libre debido a su buena conducta.

"Carlos", le dije cuando regresó después de cumplir su tiempo en la cárcel, "debes recorrer con Cristo todos esos años de dolor y entregarle a El una por una todas esas heridas". Poco a poco recordó escena, tras dolorosa escena y así trajo sus heridas a Cristo para sanidad.

"Pero sencillamente no puedo confiar en Dios", Carlos lloró vez tras vez angustiosamente. "¡Algo no me permite tener fe en El!"

"Bueno, vamos a pedirle a Dios que nos muestre cuál es el obstáculo que no te permite confiar en El", un día le contesté. "Durante esta semana quiero que ores así: 'Señor, muéstrame qué es lo que me impide esperar en ti. Decido abrirte mi corazón para que puedas mostrarme aquello que no me permite tenerte confianza'".

A la semana siguiente, Carlos me contó del voto que había hecho en el pasado cuando él prometió nunca más volver a confiar en nadie.

"Carlos, tenemos que romper este juramento. Nunca podrás confiar en Dios, ni en nadie más si no lo deshacemos. ¿Estás dispuesto a romperlo?"

"Señora Arline, si eso es lo que debo hacer para sanar mi vida, sí, estoy listo".

Oramos juntos, yo guiándolo y él siguiéndome: "Señor Dios mío, ahora mismo, hago esta declaración delante del mundo visible e invisible: 'En el nombre de Jesucristo de Nazaret, deshago el voto que hice, que nunca jamás iba a confiar en nadie otra vez. Renuncio a ese juramento en Su nombre y entrego a Cristo cada área de mi vida que fue afectada por ese voto.

"Te declaro a ti, Señor Jesucristo, rey de cada área de mi vida; entra por favor, y toma tu trono. Me abro a ti, para que tú me enseñes a confiar en ti y en otros. Te doy permiso para transformarme".

Poco a poco procedimos a través de las heridas en cuanto a la "desaparición" de su padre. El lloraba y lloraba como un niño.

"Carlos, cuántos años tienes interiormente?", le pregunté un día.

"¿Qué quiere decir? Tengo veintidós años".

"Tienes veintidós años exteriormente, en tu cuerpo, pero interiormente hay un niño en ti; mira adentro y ve cuántos años tiene él".

"Más o menos cinco años", contestó lentamente.

"Muy bien", le dije. "Esa es la edad que tenías cuando murió tu padre. Quiero que vayas donde está enterrado tu papá, te sientes en su tumba, y escribas una carta al padre que llevas en tu memoria; cuéntale todo acerca de este niño de cinco añitos. Háblale de todo tu dolor, cómo tuviste que tragarte tus lágrimas con tu desayuno, cuán enferma estaba tu mamá, cuánta falta él te hizo y cualquier otra cosa que se te ocurra decirle".

Carlos jamás había visitado la tumba de su padre. Volvió con hojas y hojas de papel escritas y empapadas de lágrimas. Entregamos todo ese dolor a Cristo Jesús, para que El lo llevara en la cruz y que sanara el corazón de Carlos (Lucas 4:18).

Como nadie jamás confortó a Carlos cuando murió su padre, le dije que volviera otra vez a la tumba, pero esta vez para escribir una carta al niño de cinco años que había dentro de él, explicándole qué pasó con su papá y consolándolo por su pérdida.

Carlos estaba seguro que no sabría cómo alentar al niño. "Dile algo como: 'Tu papá murió porque estaba muy enfermo, no quería dejarte solo y seguramente no quiso morir, pero estaba demasiado enfermo para seguir viviendo. Tú no tuviste la culpa de su muerte....'", le dije. "Pide a Cristo que te dé las palabras que el niño necesita oír". Otra vez Carlos volvió con hojas y hojas de papel escritas y empapadas de lágrimas, y llevamos su dolor a Cristo para ser sanado.

Además, Carlos tenía problemas en su vida social; había aprendido a pintar carros y lo hacía bien. Sin embargo, si le ocurría algo desagradable se ponía rabioso, listo a pelear y maldecir al jefe o a cualquier otra persona. Tenía muchas multas y deudas de su vida pasada que quería pagar, pero cada vez que encontraba un buen trabajo y todo empezaba a marchar bien, Carlos lo abandonaba enojado, o se comportaba de tal manera que le despedían.

Orábamos por un nuevo trabajo y siempre encontraba buenos empleos, pero cuando alguna cosa no andaba bien, por más mínima que fuera, se enfurecía y gritaba: "Si Dios no me puede dar algo mejor que esto, yo mismo me lo buscaré y ahora lo haré a la manera de *Carlos*. ¡Yo puedo hacerlo mucho mejor! ¡Mire todo lo que alcancé cuando estaba solo! ¡Dios no vale la pena!"

Otro problema social de Carlos giraba alrededor de su comportamiento con las chicas. El siempre usaba sus mejores maneras para conquistar la muchacha que le interesaba, hasta que ella cedía a sus avances, entonces la dejaba e iniciaba la "cacería" de otra. Así había engañado a muchísimas jóvenes. El coleccionaba números telefónicos de chicas como los muchachitos coleccionan láminas de futbolistas.

Un día, después de otra catástrofe, Carlos se encontraba en mi oficina, gimiendo: "Señora Arline, tengo que deshacerme de mi vida pasada; realmente sé que no puedo seguir así".

"Carlos", le pregunté, "¿cuán grande es tu anhelo de ser libre?"

"¡Oh, yo daría *cualquier cosa* por ser libre!"

"¿De veras, Carlos? ¿*Cualquier cosa*?"

"¡Sí! *Cualquier cosa*", replicó.

"Bueno. Entonces no sigas coleccionando números telefónicos de chicas".

Carlos se puso pálido:

"¡Oh, no! ¡No puedo hacerlo! ¡Eso me mataría!"

"Carlos, me dijiste que estabas dispuesto a dar *cualquier cosa* por quedar libre. ¿No es cierto? ¿Quedar libre tiene suficiente valor para ti como para que estés dispuesto a destruir todos estos números telefónicos y no coleccionar ninguno más por lo menos por un mes entero?"

"Pero..., señora Arline, usted no entiende. ¡Estos números telefónicos son mi identidad! ¡Yo no puedo vivir sin ellos! ¡Voy a morir si no los tengo!"

"No. No te vas a morir si te deshaces de ellos. Eso es una mentira del diablo para que permanezcas atado. Si tú de veras quieres ser libre, haz lo que te digo. Piensa que esto es como una especie de 'ayuno' para demostrar al diablo que estás firme y serio en cuanto a este asunto", le animé.

El mes fue muy duro para Carlos, pero logró terminarlo, destruyendo y no coleccionando más números telefónicos de las chicas. Esto rompió las ataduras de la "cacería desaforada" de mujeres y por consiguiente su vida mejoró.

Cristo dijo: "Si el Hijo de Dios os hace libres, seréis libres de veras" (Juan 8:36), pero Carlos todavía no era libre: Aún no podía confiar en Dios y no creía que su camino fuese el mejor para él.

Durante todo este tiempo estuvimos atando y echando fuera pecados y dificultades específicos, en la medida en que surgían. Renunció a todos los contactos que tenía con ocul-

tismo y que él podía recordar. Cada vez tenía más victorias, pero el proceso parecía no tener fin.

"Carlos", le dije un día, "tenemos que orar a través de toda tu vida y cerrar todas las puertas que han sido abiertas al reino de las tinieblas, esto incluye todo tu espíritu, siquis (alma), cuerpo, y vida social".

Le pedí que me trajera una lista detallada de todo lo que había hecho antes de entregarse a Cristo; cosas tales como la clase de películas y programas de televisión que veía, la música que escuchaba, los libros que leía, las drogas que usaba, y cualquier contacto que hubiera tenido con ritos mágicos, o con espiritistas o curanderos, etcétera.

La siguiente vez que nos encontramos, Carlos trajo una lista muy larga de todo lo que había hecho. En oración reafirmamos aquello a lo cual ya había renunciado, atando y echando fuera todo lo que afectaba su vida. En el nombre de Cristo Jesús cerramos las puertas que estos actos le habían abierto al reino de las tinieblas, y desatamos en Carlos la capacidad de vivir una vida diferente, una vida nueva.

Esto fue un camino muy largo y difícil para él. En cada área, cerramos las puertas que habían pasado de generación en generación y también las que se abrieron por algo que él directamente había hecho, pedimos a Cristo que las cubriera con su sangre y las sellara con su mano. También atamos y echamos fuera las tinieblas que habían penetrado por esas puertas y pedimos a Cristo que con su luz iluminara cada esquina y lugar recóndito, porque sabemos que cuando El entra con su luz, no hay tinieblas que se puedan resistir o permanecer.

Entonces, delante del mundo visible e invisible, Carlos declaró a Cristo como rey de cada área de su vida. Le invitó a que tomara su trono y le mostrara qué *debería* pensar, decir, sentir, hacer, y ser, así como también lo que *no debería* pensar, decir, sentir, hacer, o ser. Prometió que, por la gracia de Dios, le obedecería en todo. Desaté en él, en el nombre de

Cristo, la capacidad de pensar, sentir, hablar, actuar, y ser como Dios había diseñado el plan original para su vida.

En aquel tiempo, Carlos asistió a tres o cuatro citas de una hora cada semana. Muchas veces sentía náuseas durante la oración y a veces vomitaba una flema espesa. Con frecuencia encontramos resistencia y tuvimos que esperar hasta que Dios nos mostrase qué parte de su vida necesitaba atención especial. En cierto punto la resistencia llegó a ser tan aguda que tuve que pedir a tres hermanos en la fe, que me acompañaran en un tiempo de oración especial por Carlos, esa oración duró varias horas hasta que la resistencia cedió.

Cuando terminamos, Carlos sintió como si le hubiéramos quitado un peso de encima. El estado depresivo, bajo el cual sufrió por tanto tiempo, había desaparecido, y por primera vez, pudo salir con una chica sin buscar favores sexuales.

Ahora quedaba la lucha por controlar sus pensamientos y traerlos a la obediencia de Cristo. Carlos ya no podía permitirles correr en cualquier dirección que quisieran; tenía que aprender a pensar lo que Dios quería que él pensara.

La vida de Carlos se modificó radicalmente aunque yo hubiera querido un cambio aun más rápido, pero él tenía que aprender nuevos hábitos y una nueva manera de vivir.

Cierto día que Carlos se encontraba enfrentando una nueva crisis, le pregunté: "Bueno, Carlos, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Vas a tratar de conseguir lo que quieres a tu manera?"

"No", me contestó, "ya no puedo. Desde que cerramos esas puertas las cosas dentro de mí marchan diferente, sencillamente no puedo ir corriendo por mis propios caminos como antes".

Carlos aún tiene mucho por crecer, pero ahora puede progresar mejor. Su meta es tener una vida valiosa para Dios. Cuando él aceptó a Cristo como su salvador, su vida cambió, pero su crecimiento fue lento y esporádico. Algo nuevo comenzó en su vida cuando él renunció a su pasado y cerró las puertas que estaban abiertas al reino de las tinieblas y fue

liberado de la influencia demoníaca bajo la cual sufrió por tanto tiempo.

OPRESION DE LO OCULTO

Cuántas veces nos hemos preguntado: ¿Cómo es posible que un creyente, nacido de nuevo, pueda ser oprimido por un demonio? Cuando Cristo entra en la vida de alguien ¿no se arreglan todas estas cosas? ¿No está uno automáticamente liberado de toda la vida pasada? ¿Cómo es que un creyente puede necesitar liberación? Quizás la ilustración que sigue nos ayude a entender mejor este problema. Si un ladrón que trabaja en un equipo de construcción que está fabricando una casa para una familia rica, quisiera regresar más adelante a robarles, astutamente él se encargaría de dejar varios puntos débiles en la edificación. En el primer piso mezclaría con mucho cuidado el cemento en proporciones equivocadas y así lograría que un área de la casa quedara vulnerable. En el segundo piso tal vez no clavaría todas las puntillas necesarias. Desde luego lo haría muy encubiertamente, para que nadie notara lo que había hecho.

Al mudarse la familia a la casa y desempacar todas sus riquezas, el ladrón está listo para comenzar con su plan. ¿Cómo va a entrar? El no va a tocar el timbre de la puerta y decirle al dueño: "Yo soy un ladrón, por favor abra la puerta que quiero entrar a robarles". ¡No! El irá al sitio que ha preparado, al lugar débil en la pared del primer piso y allí empezará a "trabajar" para hacer un hueco.

Si es un ladrón inteligente, meterá ratones en las paredes para que mientras él "trabaja" la familia piense que el ruido viene de los ratones. Quizás aun empiecen a pelearse: "Te dije que pusieras la trampa para esos ratones. ¡Siempre se te olvida!"

"Pero si he puesto la trampa y no ha caído ningún ratón en muchos días, siempre me acusas de no poner la ratonera".

"Si realmente la pusieras, ya no habría ratones".

"Nunca puedo hacer nada bien para ti. ¡Hazlo tú mismo la próxima vez!"

Durante todo este tiempo el ladrón se queda en este punto débil, "trabajando", procurando entrar en la casa para robarles. Quizás un vecino les dice: "Miren, hay un ladrón detrás de la casa tratando de entrar".

El dueño de la casa podría decir: "¿Qué quiere decir con que hay un ladrón detrás de la casa? Yo no creo en ladrones y además, invité a un policía a que viviera en una de las alcobas de tal manera que si hubiera alguno, no se atrevería a molestarnos".

Durante todo este tiempo el ladrón sigue trabajando en este punto débil de la pared, tratando de entrar. Si nadie lo sorprende, algún día abrirá un hueco por donde puede meter el brazo y coger cualquier cosa que quede a su alcance: una cadena de oro, una billetera, un vestido o cualquier otra cosa que llegue a agarrar.

Mientras tanto, la familia puede seguir peleando:

"¿Dónde pusiste mi billetera? ¡Siempre me pierdes las cosas!"

"¡Siempre me echas la culpa de todo!"

Si nadie sorprende a este ladrón, él continuará haciendo el hueco cada vez más grande, hasta poder entrar. Entonces atará a toda la familia y se posesionará de la casa. Desde luego, el dueño habría podido evitar todo eso si hubiese escuchado al vecino y hubiera prendido al ladrón, o si hubiese permitido a la policía vigilar toda la propiedad, adentro y afuera.

Esto sirve como ilustración de lo que puede pasar en nuestra vida cristiana: Cristo nos dice que Satanás es como un ladrón; es nuestro enemigo que quiere robarnos todo lo que es bueno (Juan 10:10). Hay puntos débiles en nuestro carácter que pueden haber sido transmitidos de generación en generación, así como también hay heridas de nuestro pasado que nunca han sido sanadas y nos hacen muy vulnerables en algunas áreas. Es a estos puntos débiles y vulnerables donde

viene el enemigo y araña y araña; él nos *opprime* precisamente en estos puntos débiles, él nunca viene a molestarnos en las áreas donde somos fuertes.

Si la persona no ha sido liberada de esta opresión, el enemigo sigue trabajando y trabajando hasta que la resistencia desaparece, y el ladrón hace un hueco en la pared por donde abre puertas al reino de las tinieblas. A través de estas puertas abiertas, el enemigo roba las cosas buenas que Dios tiene para la persona y así pierde el control de esta parte de su vida, y es lo que en Teología se conoce con el término de obsesión. Entonces pudiéramos decir que la persona está *obsesionada* por un demonio.

También, si la persona no es liberada, el ladrón seguirá haciendo el hueco más grande, hasta que pueda entrar. Entonces él tomará posesión de la casa, atará al dueño y la persona sería *poseída*.

Sin embargo, todo eso se hubiese podido evitar si el dueño hubiera buscado liberación cuando apenas se encontraba oprimido. Otra manera de haber prevenido la posesión, hubiese sido que el dueño hubiera entregado cada parte de su vida a Cristo (la policía) para controlarla y reinar sobre ella. Así durante este proceso, el ladrón habría sido descubierto y expulsado de su propiedad.

Si alguien tiene heridas emocionales que parecen resistirse a la sanidad, aun después de haber sido traídas al Señor Jesucristo, muchas veces ellas están relacionadas con algo que puede servir como una puerta abierta al reino de las tinieblas. La sanidad emocional de Carlos no progresó más hasta que cerramos sus puertas.

PUNTOS DE HERENCIA

En Carlos, las puertas al reino de las tinieblas habían sido abiertas por las cosas en las cuales él mismo se había metido; en otros, las puertas abiertas pueden pasar de generación a generación hasta llegar a ellos.

La Biblia nos dice en Exodo 20:5, que Dios castiga los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación, pero demuestra su amor a millares de los que le buscan. Dios nos dice eso, no para hacer que estos pecados lleguen a nuestros hijos, sino porque El tiene conocimiento que estarán presentes y quiere que todos lo sepamos, así El puede sanarnos; mostrándonos su misericordia y su amor.

Para recibir su gran misericordia y su amor, debemos traerle cada parte de nuestro ser y así recibiremos su liberación, pero no podremos entregárselas si no sabemos cuáles son estas áreas de opresión que Dios quiere sanar.

En mi propia vida tenía un área de opresión. Entregué mi vida a Cristo a la temprana edad de más o menos tres años y medio; siempre quise servir al Señor con todo mi corazón. Sin embargo, todos en mi familia nos enojábamos muy fácilmente y cuando ello ocurría, decíamos en nuestro dialecto de Pensilvania Dutch, "*My Miller Blut kocht*" (Mi sangre de Miller está hirviendo). ¡Parecía que yo había heredado una porción doble de "sangre de Miller"!

Por años traté de contener mi enojo, sin obtener ningún resultado. Un día, oí decir por la radio que si alguien tenía un pecado que no podía vencer, debía llamar al pecado por su nombre y ordenarle que se fuera en el nombre de Cristo. Aquel día yo dije a mi irritación y rabia que se alejasen de mi vida, también dije a Dios que no iba a tratar más de dominar mi ira, porque si El no lo hacía, jamás sería dominada; yo había tratado de hacerlo por mí misma durante mucho tiempo y había sido imposible. Si El no me cambiaba, yo jamás cambiaría.

Al principio nada ocurrió, pero poco a poco llegué a darme cuenta de que yo "explotaba" instantáneamente, aun antes de poder reconocer que iba a enojarme. Entonces le pedí a Dios que me diera un poco de tiempo entre el momento en que lo que ocurría me iba a hacer enfadar y el momento en el cual yo explotaba; así por lo menos yo podía recurrir a El antes de la "explosión"; Dios tenía que mostrarme qué

situaciones me hacían irritar tan fácilmente. Pronto, muy dentro de mi espíritu, empecé a reconocer una pequeña señal de parte de Dios, diciéndome: "¡Cuidado! ¡Vas a enojarte!"

Cuando eso pasaba, rápidamente intentaba no sentirme así; pero no obstante, me enfadaba. Entonces, Dios me mostró que estaba sencillamente evitando sentirme irritada bloqueando mis sentimientos o procurando no sentir nada, y eso era imposible. Nadie puede estar sin sentir "nada"; siempre se siente algo. Algún sentimiento tenía que tomar el lugar del enojo; tenía que entregarle a Cristo mi ira y recibir en su lugar otra emoción más aceptable para reemplazarlo. ¿Qué otra emoción podría sentir que fuera mejor?

"¿Qué te parece, tristeza?", oí a Dios soplar en mi espíritu.

"Sí, ¿qué en cuanto a tristeza?", pensé. "De veras puedo sentirme triste, porque si mi hermano o hermana (era con ellos que tenía la mayoría de los problemas) supieran cómo me hace sentir lo que ellos me hacen, me dejarían en paz". Realmente me ponía triste que ellos no fueran más sensibles a lo que yo sentía.

El último paso fue más fácil; mi enojo fue reemplazado lentamente por compasión; y ello fue, compasión por lo que ellos sentían y por nuestra falta de sensibilidad mutua. Yo tuve que pasar por un largo tiempo de aprendizaje, pero es claro que el primer paso hacia la victoria vino cuando yo ordené a ese "pecado" que se alejara en el nombre de Cristo.

A este punto débil de mi carácter, que me había venido de generación en generación, fue a donde el "ladrón" vino para "trabajar y trabajar", tratando de hacer un hueco en la pared para robar lo bueno que Dios había dado a mi vida.

Yo no estaba poseída, pero sí estaba oprimida. Tuve que ser liberada de ese "ladrón" si no, el ladrón al fin hubiera podido derribar mi resistencia y hubiese empezado a robarme las bendiciones de Dios; así como hacerme pelear con un amigo y perder su amistad, o de pronto, quedarme sin trabajo; quizás habría llegado a estar obsesionada, en el sentido

sicológico, con la idea de que alguien quería hacerme daño y también llegar a ser una persona llena de odio, que inspirara temor a la gente que se me acercara. Finalmente, mi furia hubiera podido controlarme y lo que había empezado como la herencia de un punto débil en mi vida, hubiera podido llevarme a mi destrucción total.

Para distinguir las áreas en las cuales tal vez necesitamos liberación, en el próximo capítulo veremos cómo nos creó Dios y cómo quiere El sanarnos.

CAPITULO 2

Sanidad en Cristo

Dios quiere sanar y restaurar cada parte de nuestro ser: el cuerpo, el alma, y el espíritu. En la primera carta a los Tesalonicenses, capítulo 5, versículos 23 y 24, la Palabra del Señor nos dice:

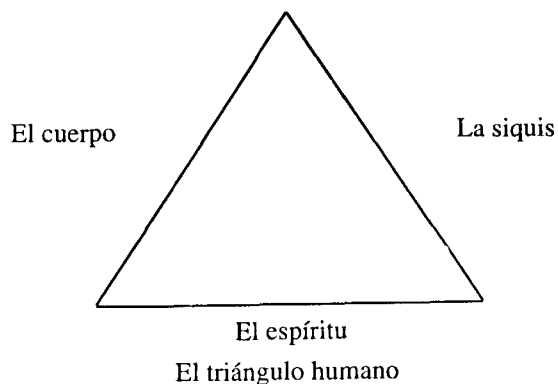
Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sean guardados irreprehensibles para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.

En griego, el idioma original en el cual el Nuevo Testamento fue escrito, la palabra que quiere decir alma es "psiquí", la cual dio origen a nuestra palabra siquis o sicología.

Al leer el versículo tal como está en el original, sería:

"El mismo Dios de paz os santifique por completo y todo vuestro ser, espíritu, siquis y cuerpo, sean guardados irreprehensibles para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará".

Podemos entonces representar estas tres partes del ser humano por medio de un triángulo:



Dios nos hizo a su propia imagen (Génesis 1:26) con el propósito de que reflejáramos su gloria. Sin embargo, desde que nuestros primeros padres le desobedecieron, la raza humana se separó de El y su imagen en nosotros quedó distorsionada y borrosa, siendo a veces casi irreconocible. Por eso es que cada parte de nosotros, el cuerpo, el alma (psiquis), y el espíritu, tiene que ser sanada y restaurada.

De otro lado, tenemos un enemigo, Satanás y todos sus demonios, cuyo único propósito es destruirnos. A él se le llama "el acusador de los hermanos" (Apocalipsis 12:10), porque él nos acusa delante de Dios día y noche, y continuamente está tratando de encontrar una manera de hacernos caer en el pecado. Cristo vino con el propósito de redimir y restaurar cada área de nuestra vida, así como para liberarnos de las garras de Satanás.

SANIDAD INTEGRAL

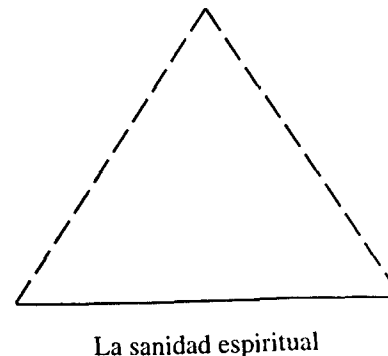
Cristo nos dice en Lucas 4:18, 19 y 21:

El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.

Cristo vino a libentar a los cautivos, incluyendo la cautividad generada por nuestros propios complejos; El vino a salvar y sanar nuestros corazones quebrantados. ¡Cristo ha venido para darnos libertad! Isaías 53:4-5 dice: *Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.* Observemos el versículo 4 nuevamente. Cristo llevó nuestras enfermedades y nuestros dolores. Dolores y enfermedades son dos vocablos diferentes, con distintos significados que pueden presentarse simultáneamente o en situaciones independientes. La Palabra del Señor nos habla acerca de nuestras enfermedades físicas y nuestros dolores síquicos, y también cómo El llevó nuestros pecados. Todo lo anterior nos permite concluir que enfermedad, dolor, y pecado son nominativos distintos que afectan diferentes partes de nuestro ser.

SANIDAD ESPIRITUAL

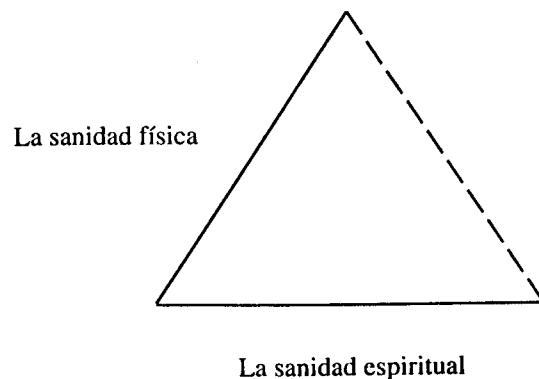
Oímos hablar con mucha frecuencia en nuestras iglesias que Cristo vino para sanarnos espiritualmente y perdonar nuestros pecados. Esta es la base de nuestra sanidad. Podemos indicarla por medio de la base del triángulo que aparece en la página 28.



Cuando nos entregamos al Señor Jesucristo, El entra en nuestra vida, nos limpia de nuestros pecados, nos hace sus hijos y nos da su salvación. La palabra "soso" en griego quiere decir indiscriminadamente, salvar y sanar. No existe en tal sentido dos palabras diferentes. Cristo no vino solamente para salvarnos, sino también para sanarnos. Cuando El salva espiritualmente, sana también nuestro espíritu. Ambos elementos son parte de un único y completo proceso.

SANIDAD FISICA

La Biblia también nos habla acerca de la sanidad física. Santiago nos dice que si alguien está enfermo, debe llamar a los ancianos de la iglesia quienes le ungirán con aceite, orarán por él y Dios le sanará. De dicha sanidad física oímos hablar con mucha frecuencia. Constantemente las iglesias realizan grandes campañas donde se ora por sanidad física. Aunque esta área es de indispensable importancia para la vida de los creyentes, no la ampliamos en este trabajo, ya que no constituye su propósito central. Incluimos sin embargo, esta corta sesión con el propósito de agregar la línea de sanidad física a nuestro triángulo humano:



Sin embargo, si solamente consideráramos estos dos aspectos, nos quedaría un lado del triángulo sin la sanidad requerida.

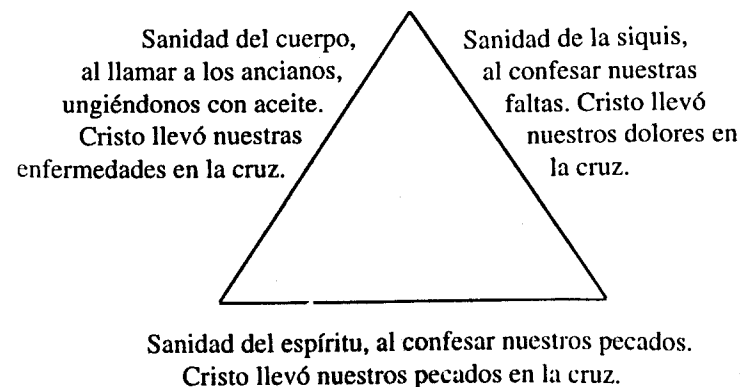
SANIDAD SICOLOGICA

La estructura psicológica es una parte muy importante de nuestra naturaleza humana. Pocas veces se habla en nuestras iglesias acerca de la sanidad que esta área requiere, y casi nunca se menciona que Cristo también vino para sanar nuestra siquis. Dicha sanidad por lo regular la dejamos en manos de los sicólogos, la mayoría de los cuales no conocen a Cristo. Es una lástima la carencia de una adecuada enseñanza en esa área, ya que El Señor vino para sanar nuestra siquis tanto como nuestro espíritu y cuerpo.

En Santiago 5:14,16 no solamente se habla de los enfermos que han de ser sanados y los pecados que serán perdonados; también se nos dice que debemos confesar nuestras ofensas los unos a los otros, y orar los unos por los otros para que seamos sanados.

SANIDAD INTEGRAL

Como consecuencia de lo anterior, el triángulo de nuestra sanidad estaría constituido de la siguiente manera:



Un aspecto muy importante de resaltar, es el hecho de que cada uno de los procesos de sanidad se lleva a cabo por medio de la oración. Este ha de ser el instrumento determinante en el desarrollo de tal ministerio. Continuamente ayunamos y oramos, buscando echar fuera demonios, con el fin de encontrar en el Señor solución a nuestros problemas. Si hay demonios en la vida de alguien, desde luego se deben echar fuera; pero muchas veces, el problema no se encuentra en el área espiritual, sino en el área síquica, y por traer a la memoria el dolor de Cristo y perdonar con el perdón de Cristo a quien lo causó, la persona queda sanada.

En otros casos, los traumas en la siquis crean puntos débiles y exponen la persona a la opresión. En estos casos aunque se ore por su crecimiento espiritual (aun echando fuera demonios) habrá poco progreso ya que las puertas al reino de las tinieblas aún han quedado en la siquis y si la persona quiere permanecer verdaderamente libre, es necesario cerrar estas puertas.

SANIDAD SICOLOGICA CON OPRESION

Cualquier clase de abuso que un ser humano sufre (verbal, físico, sexual, o social), especialmente si sucede en la niñez, no solamente causa heridas sicológicas, sino también causa opresión. En muchas ocasiones heridas sicológicas y opresiones ocurren simultáneamente, casi no se pueden diferenciar y hay que tratárselas a la vez. Cuando toda la vida de alguien ha estado llena de heridas, casi no se puede distinguir un trauma de otro. En estos casos es difícil que la persona haga una lista de sus heridas, ya que toda su vida es sólo un largo dolor. Julio era una de estas personas.

JULIO

Julio tenía cuarenta y cinco años, estaba casado y tenía cuatro hijos. Sus problemas estaban relacionados con su familia y con el trabajo; varias veces había sido recluido en

un hospital psiquiátrico. El y toda su familia se habían entregado a Cristo y empezaban a cambiar su manera de vivir, pero Julio todavía se sentía deprimido por su pasado.

Su niñez había sido muy dura; su padre era comandante del ejército y mandaba a la familia de la misma manera que lo hacía en el trabajo: Tratando de hacer de su hijo un hombre fuerte, le castigaba cruelmente por cualquier infracción que cometía por más mínima que fuera. Durante el proceso de consejería, pedí a Julio que me hiciera una lista de sus heridas sicológicas, y él no pudo porque toda su vida había sido un largo episodio de dolor. Mezclado con su propio dolor también estaba el dolor de haber visto a su padre pegándole a su madre, y un fuerte resentimiento hacia ella porque no había hecho nada por defenderlos de él.

"Julio", le dije suavemente, "vamos a pedir que Cristo te acompañe en tu memoria a la casa donde tú viviste y sufriste tanto. ¿Puedes recordar cómo era la casa donde vivían?"

"Sí", contestó, "la recuerdo muy bien".

"Entonces, vamos a pedirle a Cristo que te acompañe, en tu memoria, a la casa y mientras le guías a la puerta, píntale un cuadro, en palabras, de lo que tú ves".

"Señor Jesús", oraba Julio, "acompañame a la puerta de mi casa; hace calor y la puerta está abierta. Por favor entra a la sala".

De repente Julio empezó a gritar:

"¡Ay, ay, ay! ¡No, no! ¡No, Papá, no!"

"¿Qué pasa en la sala, Julio?", le pregunté.

"¡Mi papá está enojado conmigo!"

"¿Por qué está enojado?"

"Es que él cree que yo robé algo de la tienda de la vecina, pero yo no lo hice, y él no me escucha. ¡No, Papá, no! ¡No me pegue! ¡No me pegue!"

"¿Qué es lo que te hace, Julio?"

"Está arrastrándome hacia la alcoba para castigarme; dice que me pegará sesenta veces con la hebilla de la correa para enseñarme a no robar".

"Lleva a Cristo a la puerta de la alcoba y descríbele un cuadro de lo que está pasando".

"Cristo, mi papá está pegándose con la hebilla de la correa y cuenta las veces que me ha azotado. Llega a treinta y le pido que no lo haga más. ¡Por favor, Papá! ¡Papá, no más! ¡No más! ¡Nunca haré algo que no te guste! ¡Te lo prometo! ¡Por favor, Papá, por favor!"

"El dice que tiene que hacerlo sesenta veces, o jamás voy a aprender. ¡Ay, ay, ay, ay! Al fin termina; él tira la correa en la esquina y sale enojado de la alcoba", solloza Julio, quebrantado.

"Estoy tirado en el piso, sangrando. Mi mamá viene, me recoge y me mete en la cama; ha visto todo sin hacer nada por defenderme. Yo no he podido caminar en quince días".

"Cristo", oré, "entra a esta alcoba en la memoria de Julio y párate entre él y su padre; toma la memoria de este castigo sobre tu propia espalda. Tú fuiste castigado para que Julio pueda ser libre. Toca su espalda ensangrentada y sana la piel y los músculos afectados, sana también el horror de esta experiencia.

"Julio, dile a Cristo la verdad; que tú has llevado este recuerdo por todos estos años y ya no puedes más".

"Sí, Dios", lloró Julio, "yo no puedo cargarlo más".

"Ahora, párate a la puerta de la alcoba que ves en tu memoria, al lado de Cristo", continué. "Agáchate, y toma el piso de la alcoba y enróllalo hasta que llegue al otro lado de la habitación; enrolla adentro al padre enojado, al niño sangrando en la cama, a la mamá que no hizo nada, y cualquier otra cosa que puedas recordar. Ahora dobla una parte sobre otra y pisotéala y dóblalo otra vez y pisotéalo, hasta que quede sólo un paquetito; ahora tómallo y mételo en el saco espiritual que Cristo te extiende.

"Di a Cristo, 'Cristo, yo enrollo este piso con mi papá, su enojo y su crueldad; enrollo al niño con todo su dolor y temor y a la mamá que no hizo nada; sigo enrollando todo hasta el otro lado de la alcoba, lo doblo y lo pisoteo y lo doblo

otra vez y lo pisoteo hasta que queda nada más que un paquetito. Ahora, Cristo extiéndeme un saco, yo tomo este paquetito y lo echo en tu saco. No puedo cargarlo más".

Julio repitió la oración con todo su corazón, echando todo lo que él podía recordar en el saco de Cristo. Pedimos que Cristo filtrara todo aquello del papá y de la mamá que era bueno y lo devolviera a su memoria, pero que todo lo demás lo dejara atrapado en el saco.

"Julio, mira ahora a esa alcoba otra vez, ¿qué ves allí?"

"El cuarto está vacío; apenas tiene las paredes y nada más".

"Muy bien. Ahora pide a Cristo que coloque en la alcoba algo hermoso; la Biblia nos dice que Dios quiere restaurar los años que las langostas han comido (Joel 2:25); El te dará belleza en vez de ceniza (Isaías 61:3)".

"Cristo", oró Julio, "por favor, coloca algo bonito en esta alcoba".

"¿Qué está colocando el Señor, Julio? Mira con tus ojos espirituales; ¿qué te muestra?"

Al rato Julio dijo lentamente:

"Veo a Jesús allí conmigo, El está jugando conmigo".

"¿Estás contento con El?"

"Sí".

"¿Te sientes seguro y cuidado?"

"Sí, me está cuidando".

"Señor", pedí, colocando mi mano suavemente en la cabeza de Julio, "Graba esta escena tan profundamente en la mente de Julio que cada vez que el recuerde esta escena con su padre, también pueda recordar que Tú estás protegiéndolo y jugando con él".

Julio tomó la mano de Cristo y lo llevó a la puerta del siguiente cuarto y describió lo que pasaba allí. Nuevamente enrollamos y echamos todo en el saco de Cristo; le miramos llevándolo en la cruz y le pedimos que El colocara algo lindo para recordar. Así fuimos por toda la casa, desechando todos los horrores que Julio había vivido, y cerrando las puertas

abiertas al reino de las tinieblas. Julio había tenido muchas puertas abiertas en el área de la siquis.

EL TRIANGULO DEL SER HUMANO EN SU TOTALIDAD

Aunque hablamos de los diferentes aspectos del triángulo humano, y aun cada parte tiene sus propios compartimientos, nosotros vivimos como un todo; por eso cada parte afecta todas las demás. Una pierna partida, aunque pertenece al área del cuerpo, nos causa tristeza en la siquis, y en el espíritu puede hasta hacernos sentir que Dios está muy lejos y no nos protege.

Por tanto, los traumas que abren puertas al reino de las tinieblas en la psiquis pueden también abrir puertas en las otras partes del ser humano. En los capítulos que siguen vamos a mirar cada parte del triángulo humano, y descubrir cómo podemos encontrar los puntos débiles y puertas abiertas.

CAPITULO 3

Puertas abiertas en el espíritu

Para entender las áreas en nuestras vidas que pueden tener puertas abiertas al reino de las tinieblas, otra vez miraremos cómo nos creó Dios. En el último capítulo vimos que el apóstol Pablo oraba para que los Tesalonicenses fuesen guardados sin mancha en el cuerpo, la siquis y el espíritu; ello da lugar a pensar que cualquiera de esas partes puede ser atacada por el enemigo.

San Pablo también escribe en Efesios 4:26-27:

"Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo".

Según eso, la ira retenida da lugar al diablo y con ella también a diferentes emociones, tales como el enojo, la rabia, el resentimiento, la amargura y muchas otras, que si son retenidas, dan lugar a Satanás y sus demonios y nos abren a la opresión, la obsesión y, en casos severos, a la posesión, porque son como "puertas abiertas" o "puntos débiles" para que el reino de las tinieblas, lance ataques directos o incluso que el enemigo llegue a controlar las áreas de nuestras vidas que hemos expuesto a su acción.

Antes que Cristo saliera del aposento alto para ir a Getsemaní, dijo a sus discípulos: "... viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí". No hubo nada en la vida de Cristo que diera lugar al príncipe de este mundo (Satanás); no hubo "puntos débiles" ni "puertas abiertas" de donde éste pudiera agarrarse o meterse.

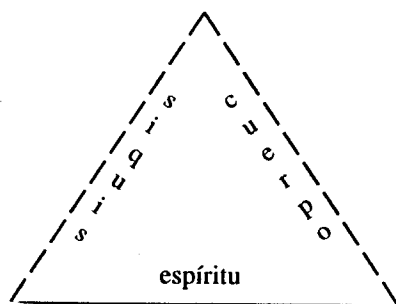
Aunque Cristo fue tentado en todo, de igual manera que nosotros (Hebreos 4:15), no pecó. Aunque El tuvo que aprender la obediencia por las cosas que sufrió (Hebreos 5:8), nunca dio lugar al diablo en ni siquiera un solo punto de su vida. Por el contrario, todos nosotros tenemos "puntos débiles" y "puertas abiertas" al reino de las tinieblas.

AREAS DENTRO DEL TRIANGULO HUMANO

Cada parte del triángulo humano puede ser dividido en otras más pequeñas. En los capítulos que siguen miraremos cada una de ellas.

EL ESPIRITU

El espíritu humano puede dividirse en las áreas de la conciencia, la intuición espiritual y la adoración. Podemos ilustrarlo de la siguiente manera:



La conciencia, la intuición espiritual,
la adoración.

LA CONCIENCIA

La conciencia es la primera parte del espíritu que vamos a analizar; ella nos dice si algo es bueno y correcto o malo e incorrecto. A muy temprana edad enseñamos a la conciencia de un niño lo que debe o no debe hacer. También según lo que los niños ven y experimentan con sus padres, sabrán qué cosas deben o no deben hacer. Por ello es de vital importancia que la conciencia sea enseñada según las reglas que Dios nos ha dado en la Biblia. Debemos permanecer abiertos a la acción de Dios y su Palabra para que así pueda El enseñarnos cómo debemos vivir.

Nuestra conciencia también necesita sanidad. Por ejemplo, si un niño ha sido criticado, menospreciado, o ha sido castigado demasiado, su conciencia le condenará constantemente. Como adulto, no importará lo que haga, siempre sentirá que no lo ha hecho suficientemente bien; si siente que ha hecho un buen trabajo eso mismo en alguna manera, le hace sentir culpable, porque él piensa que sentirse bien consigo mismo equivale a ser orgulloso. Esta clase de gente se examina continuamente para ver dónde ha fallado, exigiéndose más y más perfección en la medida en que se acercan a su meta, así que nunca pueden alcanzarla y por eso viven continuamente bajo la condenación de su conciencia.

En otras personas la conciencia les permite hacer casi todo lo que quieren sin hacerles sentir condenados. Ello puede ocurrir porque tal vez su conciencia nunca fue enseñada a que algo estaba mal hecho, o se ha vuelto inactiva porque su voz no fue escuchada.

Por ejemplo, tal vez le han enseñado al niño a mentir bajo ciertas circunstancias o aprendió que la única manera de escapar de un castigo injusto, un regaño, o ser menospreciado era diciendo cualquier cosa que la otra persona quería oír, fuera o no fuera la verdad. Entonces, al llegar a adulto, su conciencia le permitirá mentir sin sentirse condenado, o aun reconociendo que es una mentira, es por eso que existen

personas que pueden cometer atrocidades sin sentir el más mínimo remordimiento.

Al entregarnos al Señor Jesucristo nuestra conciencia queda bajo la influencia del Espíritu Santo quien nos enseña la diferencia entre lo bueno y lo malo; poco a poco empezamos a darnos cuenta de lo que debemos o no debemos hacer y nuestra manera de vivir cambia.

Sin embargo, en ciertas personas este cambio nunca se lleva a cabo de una manera definitiva y es como si en ellas nunca se desarrollara ese sentido de saber cómo es verdaderamente la vida cristiana, mientras que en otras la condenación nunca termina. Al enseñárseles lo que la Biblia dice, parecerían conocer todo lo correcto pero este conocimiento no produce ningún verdadero cambio en su vida; es como si hubiera algo que obstaculizara la comprensión de lo que Dios les dice o les guía a hacer.

Muchas veces esa condición indica que hay puertas abiertas al reino de las tinieblas que han venido o bien a través de generaciones pasadas o a través de alguna experiencia que la misma persona ha tenido. Estas son las puertas que hay que cerrar en el nombre de Cristo.

Wanda y Mary son ejemplos de esta situación.

WANDA

Wanda se crió en un hogar cristiano muy riguroso donde muchas cosas eran prohibidas. Los niños no podían jugar ni dentro ni fuera de la casa sin pedir permiso; al volver del colegio tenían que ir directamente a la alcoba a hacer sus tareas, sin charlar o comer algo. Tampoco les era permitido contar nada en cuanto a sus problemas o dificultades del día porque, según la madre, el hogar debía ser un lugar donde no se hablaba de nada que no fuera bueno o agradable. La alcoba de los padres era un lugar estrictamente privado donde nunca a ninguno de los seis niños les fue permitido entrar. También era prohibido leer después de las nueve de la noche, que era

la hora de apagar las luces, aun durante el tiempo de vacaciones y al llegar a ser jóvenes.

La única manera en que Wanda podía comer algo al regresar del colegio, era cuando ella salía silenciosamente de la alcoba a la cocina mientras su mamá miraba televisión, y cogía algo del refrigerador; desde luego cada migaja tenía que ser meticulosamente recogida para que la mamá no llegara a darse cuenta de lo que había ocurrido. A Wanda jamás se le permitió ayudar a su mamá en la cocina porque regaba demasiadas cosas, su deber era quedarse en su alcoba sin molestar.

La madre insistía en que sólo ella era la encargada de hacer todo para la familia. Un día Wanda la escuchó diciendo a una amiga, que ella era una madre y una cristiana tan buena, que nunca se le había ocurrido hacer algo malo en toda su vida; desde luego, decía que se había equivocado de vez en cuando pero que en ningún momento había pecado y jamás había tenido que pedir perdón a nadie por nada; y que su hermana, la tía de Wanda, sí había hecho todo lo malo.

Wanda y sus cinco hermanos habían entregado sus vidas a Cristo cuando eran niños, pero ahora ellos se habían rebelado en contra de todo lo que fuera cristiano, sólo Wanda quería servir a Dios con todo su corazón. Sin embargo, ella también tenía problemas, aún siendo estudiante en el seminario; ella no podía relacionarse fácilmente con adultos y sólo se podía sentir bien relacionándose con niños. Para pagar sus estudios, Wanda limpiaba casas, pero le resultaba imposible asear bien las alcobas porque su conciencia le decía que no tenía derecho a entrar allí ya que era un lugar privado donde nadie debía entrar.

Wanda también tenía problemas en su vida espiritual. A pesar de que amaba mucho a Dios, cuando se equivocaba en lo más mínimo, sentía que iba a parar al infierno y que Dios nunca la perdonaría sino hasta que sufriera alguna clase de autocastigo. Ella sabía que Cristo había muerto por todas sus

maldades, pero pensaba que tenía que hacerse sufrir para demostrar cuán arrepentida se sentía.

Wanda no quería aceptar sus sentimientos negativos así que no podía llorar y aunque muchas veces se le aguaron los ojos, nunca pudo derramar una sola lágrima.

Un día le pregunté cómo era su abuela materna.

"Ay, ay, ay", dijo Wanda. "Ella era terriblemente estricta".

"Y, la tía, ¿cómo era ella?"

"Ella era la que no servía para nada, se había rebelado en contra de todo lo que mis abuelos trataron de enseñarle. Mi mamá era la que hacía todo lo bueno".

"¿Qué fue lo malo que hizo tu tía?"

"Pues, ella llegaba "tarde" a la casa, unos minutos después de las diez de la noche, la hora que exigieron sus padres, se maquillaba ..., en fin, mis abuelos fueron tan estrictos con ella que mi tía dejó de hacer caso a nada de lo que ellos dijeran y ahora ni siquiera quiere tener algo que ver con Dios".

"Y, ¿es eso mismo lo que pasa en tu familia? ¿Podríamos decir que tu conciencia retiene todo lo estricto y duro de tu mamá y te hace pagar por todo que haces, mientras que la forma de responder de tus hermanos es rebelarse contra eso, rechazando todo, incluyendo a Dios? ¿No te parece que esta generación está repitiendo la división entre los que son "los buenos" de la familia y "los malos" como lo hizo la generación de tu mamá?"

Al explicarle acerca de las puertas abiertas que pueden ser transmitidas de generación en generación, Wanda estuvo de acuerdo en que ella necesitaba esta clase de ayuda. Aquel día oramos a través de su espíritu: La conciencia, la intuición espiritual y la adoración.

A la siguiente semana Wanda volvió llena de ira y no podía identificar siquiera de dónde provenía su ira o con quién estaba airada, pero lo que había sucedido era que ella había llegado por fin a descubrir y a entrar en contacto con

ese "lago" repleto de ira que había sido reprimido durante tanto tiempo dentro de ella. Además, ella se sentía tan derrotada por el solo hecho de pensar que un creyente como ella se atreviera a sentir algo tan terrible como la ira, que dejó de orar por ella misma y sólo podía hacerlo por los demás.

"¿Cómo puede Dios oírme cuando yo tengo sentimientos tan terribles dentro de mi corazón? ¿Tenemos que tener corazones limpios para llegar a Dios!", insistió Wanda.

"¿Quiere decir que tú tienes que limpiar tu propio corazón antes que puedas venir a Dios?", le pregunté.

"Pues, sé que es Dios quien limpia mi corazón, por medio de la sangre de Cristo, pero yo no puedo ir a El con estos sentimientos que tengo".

"Entonces, ¿cómo puedes ir a él?", añadí.

"Ese es exactamente mi problema, ya no puedo hablarle en cuanto a mí misma".

Lo que ocurrió después, fue el producto de mucha paciencia durante un largo proceso, a través del cual le guié suavemente hasta que Wanda al fin pudo contarle a Dios lo terriblemente enojada que se sentía; pero aún no sabía cuál era la causa de tanta rabia. Ella no podía admitir que su madre le hubiera hecho algún mal, sus padres habían escogido criar a sus hijos de esta manera y ellos, como padres, tenían todo el derecho de hacer lo que quisieron, y ella, como su hija, no tenía el derecho de cuestionar si era correcto o no. Lo triste fue que mientras Wanda permaneciera reacia a admitir que su mamá se había equivocado, desde luego no pensaba que existía razón por la cual ella debía perdonarla, no había manera de deshacerse de su enojo y así Wanda se encontraba en un problema sin salida.

Orando por las otras partes del triángulo de Wanda, especialmente por sus emociones y su vida social, y cuando por fin pudo descubrir y admitir que la mamá no siempre había hecho todo perfecto, entonces pudo hacer una lista escrita de lo que tenía que perdonarle. No fue hasta que cerramos las puertas al reino de las tinieblas y que desatamos

en ella la capacidad de ver su niñez como Dios la veía, que la conciencia de Wanda le permitió reconocer sus heridas interiores, traerlas a Cristo para ser sanadas, y perdonar a su madre.

MARY

A Mary le pidieron que saliera de un Instituto Bíblico porque los directores pensaban que posiblemente era una mentirosa patológica. Mary se sentía destruida porque amaba al Señor y sólo quería servirle. ¿Ahora qué podía hacer? Después de investigar el caso, fue aceptada en el Seminario bajo la condición de asistir a sesiones de consejería.

"No entiendo qué pasó", me dijo Mary cuando vino a mi oficina. "Estaba estudiando muy bien cuando de repente todo salió mal".

"Cuéntame qué fue lo que pasó", le dije suavemente. "Juntas trataremos de entender".

"Todo empezó cuando Irene, una de las estudiantes, me dijo que yo quería quitarle el novio. Yo enseñaba una clase en la escuela dominical y la única manera que yo tenía para llegar al sitio donde debía enseñar era yendo con su novio y parece que ella sintió celos. Dijo que ella me había visto mirándole todo el tiempo, tratando de llamarle la atención con mis ojos. Más tarde le dijo a Alicia, la madre de los niños que yo cuidaba de vez en cuando, que yo estaba tratando que ella y su esposo Lester se separaran".

"¿Hiciste esto?"

"No", contestó Mary, "estoy segura que no. Yo pensaba que Alicia y Lester eran mis amigos; muchas veces les visité en su casa porque me gustaba pasar tiempo con ellos. El estaba en unas de las clases que yo también asistía, y a veces le preguntaba referente a la tarea, pero nunca me acerqué a él de ninguna manera diferente que como el esposo de Alicia y pensé que también ella era mi amiga. Además, yo tengo mi propio novio y no estoy interesada en ningún otro".

"¿Tu novio estaba en el Instituto también?"

"No, él está en el ejército. No le vi durante todo este tiempo y por eso insistieron que yo estaba interesada en estos hombres, porque pensaban que ya no me importaba él, pero eso no es verdad".

"Si realmente no estabas interesada en ellos ¿cómo crecieron los rumores hasta tal proporción que te pidieron que te retiraras del Instituto?"

"Parece que el rumor rodó por todas partes antes que me diera cuenta. Lo único que yo sabía era que Irene, que al principio del año era mi amiga, había cambiado conmigo y no sabía por qué. Unas semanas más tarde, Alicia me dijo que habían encontrado otra persona para cuidar los niños. Como yo no sabía qué pasaba, pregunté si yo había hecho algo malo y por eso habían conseguido quien me reemplazara. Ella me dijo que yo más que nadie sabía qué era lo que había hecho. Cuando le pregunté qué quería decir eso, dijo que no me comportara tan inocentemente y no me dijo nada más. Luego mi compañera de cuarto me dijo lo que pasaba".

"Van a tener un culto de oración especial acerca de eso esta noche", ella me dijo. Más tarde la directora de las señoritas llamó a Mary para que fuera a la reunión.

"Yo asistí muy contenta", prosiguió Mary, empezando a sollozar. "Pensaba que al fin todo iba a aclararse. Al llegar, pidieron que cada una dijera lo que había oído, para que todo quedara bien claro. Contaron cosas tan feas de mí, que mi mente quedó en blanco; yo sencillamente no tenía ni idea de los rumores tan terribles que estaban rodando".

Tomaban como prueba de todo, una nota que Alicia encontró en el bolsillo de Lester, que Mary le había escrito a él, preguntando en acerca de una tarea. Lester aseguró que esto se refería nada más que a la tarea, que no había nada en absoluto entre él y Mary, pero Irene insistió en que llamaran a Mary para contestar unas preguntas, pues estaba segura de que Mary tenía en mente mucho más de lo que él decía.

"Cuando me dieron la palabra", continuaba Mary, "sentía mi mente congelada y no podía pensar. Sabía que había

escrito aquella nota y estaba segura de que no quería decir nada más, que saber en cuanto a la tarea, pero Irene me acusaba de cosas tan terribles que me confundió tanto, que ni siquiera sabía yo que decía.

"Entonces la directora de las señoritas decidió que lo único que podían hacer era orar y pedir que Dios les mostrara la verdad. Después de la oración me volvió a preguntar si yo quería decir algo. Otra vez traté de explicar, pero todo el mundo estaba sentado alrededor mío, mirándome fijamente y no pude hacerme entender. De pronto, la señora me dijo que Dios le había mostrado que yo de veras era culpable y no quería admitirlo.

"Eso, sí que me confundió más: si Dios le había dicho que yo era culpable, tendría que haber algo dentro de mí que yo no sabía; pero, a la vez, sabía que no era la verdad. Me sentía tan confundida que no tengo idea qué le contesté. Al día siguiente me dijeron que yo había aceptado que todo lo que ellas habían dicho era la verdad y que yo tenía demasiado temor para admitirlo".

A la semana siguiente llamaron a Mary delante de la facultad del Instituto.

"Ellos trataron de ser muy amables conmigo", dijo Mary. "Uno de ellos se sentó a mi lado y me dijo que lo único que querían hacer era ayudarme y darme una oportunidad de defenderme; pero cuando me tocó hablar, lo único que yo pude ver fue los ojos en círculo alrededor de mí, mirándome fijamente. No pude pensar. ¡Era horrible! Oí sus preguntas pero yo no sé qué contesté. Luego me contaron que me contradecía a tal punto, que en un momento les dije que no había ido a la iglesia un domingo y ellos sabían que yo sí había asistido. Yo también sabía que había asistido pero lo que quería decir era que yo había salido temprano. Basados en esta serie de contradicciones, llegaron a la conclusión de que yo podría ser una mentirosa patológica".

Como resultado de esta reunión los líderes del Instituto decidieron que sería mejor que Mary se retirara por un año y

buscara ayuda antes de seguir sus estudios. Mary sintió que el corazón se le partía, amaba al Señor y sólo quería servirle.

Con cariño le insté a que me contara en cuanto a su niñez. Sus padres se entregaron al Señor cuando Mary era una niña; ambos querían andar en los caminos de Dios, pero no podían ponerse de acuerdo a cuál iglesia debían ir; el padre asistía a una, la madre a otra y así los niños fueron llevados de una a la otra.

Los padres eran demasiado estrictos y todo tenía que ser hecho correctamente. Si los niños hacían algo mal, les llamaban la atención fuertemente, tenían que confesar todo y entonces eran castigados severamente; no confesar algo que ellos sospechaban, merecía un castigo aun más fuerte. Mary aprendió a una edad muy temprana que la única manera de salir de una situación difícil era admitiendo que era culpable de cualquier cosa que se le acusara, aun sin serlo. Después de entregarse a Cristo trató de deshacerse de esta clase de "mentir"; quería decir siempre la verdad, pero en momentos de confrontación o tensión, su mente se bloqueaba de tal manera que no podía pensar ni decir nada, siendo la salida más rápida dar la razón a los que le confrontaban. Eso fue lo que pasó en el Instituto Bíblico.

Nosotros cerramos las puertas y los puntos débiles que el enemigo había establecido en su vida, como hacerle creer que estar de acuerdo con cualquier cosa de la cual le acusaran era la única manera de salir de una situación difícil. Desaté en ella la capacidad de decir la verdad como Cristo la dijo cuando El estuvo en el mundo, y también desaté la capacidad de ejercer un fuerte rechazo para admitir algo que no fuera verdad.

Lentamente descubrimos las muchas heridas emocionales, y poco a poco Mary aprendió que podía decir lo que sentía. Si alguien le contradecía, supo como echar su enojo sobre Cristo, y amablemente pero con firmeza quedarse con lo que su conciencia le decía que era la verdad.

Aunque los padres de Wanda y Mary respectivamente tuvieron las mejores intenciones de enseñar a sus hijos cómo vivir una vida que honrara a Dios, su enseñanza y forma de vivir tan estricta, sin perdón ni comprensión, desarrolló en sus hijos conciencias tan severas y estrictas que sencillamente no podían disfrutar la vida de libertad que Dios tiene para sus hijos. Sus traumas eran tan profundos que llegaron a ser puertas abiertas al reino de las tinieblas.

LA INTUICION ESPIRITUAL

En la segunda parte del espíritu sentimos el amor que Dios nos tiene. Si esta área está sana, sabremos intuitivamente que Dios quiere darnos buenas cosas y que no está en contra de nosotros, esperando que nos equivoquemos para castigarnos. Por el contrario, sentiremos que El es bueno, que podemos confiar en El, que está listo a guiarnos a pastos verdes (Salmos 23) y que quiere darnos el fin que esperamos (Jeremías 29:11). Hay personas que no pueden sentir ese amor de Dios y Angela era alguien que tenía este problema.

ANGELA

Angela temía que iba a fracasar en uno de sus exámenes en sus estudios secundarios. Una amiga suya le dijo que arrodillándose al lado de la tumba de un hombre malvado que habían enterrado el día anterior y rezando el Padre Nuestro al revés, sin duda, le haría salir bien. Ella lo hizo como le había dicho su amiga y luego se olvidó del asunto.

Años después se entregó a Cristo y quiso servirle con todo el corazón; su esposo era pastor y ella servía fielmente a su lado. Sin embargo, durante todos estos años no podía sentir que Dios le amaba; siempre estaba pensando que Cristo iba a volver y se llevaría a todos dejándole a ella atrás.

En una reunión en la iglesia de ellos, mi esposo Carlos, hablaba en cuanto a la necesidad de renunciar a todo lo que alguien ha hecho y que podía haber puesto a la persona en contacto con el reino de las tinieblas. De repente, Angela

recordó su oración. Este día renunció a lo que había hecho y cerró todas las puertas que esta experiencia había abierto en su vida. Unos meses más tarde, Angela me contó que por primera vez en su vida había podido sentir el amor de Dios.

Si alguien no puede sentir el amor de Dios o sentirse guiado por El, aún después de haber traído sus heridas emocionales a Cristo para ser sanado, eso puede indicar que existen puertas abiertas al reino de las tinieblas en su intuición espiritual.

LA ADORACION

La tercera parte en nuestro espíritu es el área de la adoración. Todos tenemos la necesidad de adorar; necesitamos a algo o a alguien más grande y poderoso que nosotros, a quien adorar. Los israelitas se hicieron becerros dorados y se inclinaron delante de ellos (Exodo 32), los honraron como a seres más grandes y fuertes que ellos, haciéndolos sus ídolos. Estos ídolos sirvieron para llenar esa necesidad de adorar que Dios nos dio para atraernos a El. Nos dio esta capacidad y necesidad para que le busquemos y para que El a su vez pueda encontrarse con nosotros.

Muchos de nosotros nos sentimos inhibidos en nuestra adoración, no podemos adorar a Dios libremente. Mi familia y la iglesia donde me crié me enseñaron fuertemente en contra de la idolatría; tenemos que tener mucho cuidado, me dijeron, de no adorar a nada ni nadie más que a Dios. Eso me impresionó mucho y yo no quería ser como los israelitas, ni tampoco inclinarme delante de un dios falso.

En Colombia, las iglesias tienen un estilo de adoración mucho más abierto que al que yo había sido acostumbrada, en estas iglesias aprendimos a alzar las manos en señal de adoración a Dios. Me sentía muy incómoda al hacerlo; entonces me di cuenta que yo no podía adorar a Dios libremente, ni siquiera podía decirle que le enaltecía y me inclinaba ante El, porque me sentía que era como los israelitas cuando adoraban a los becerros dorados. Sin embargo, sabía que

Dios debía llenar exactamente esa parte de mi vida que los israelitas llenaron con sus ídolos. Yo tenía tanto temor de adorar a un ídolo que ni siquiera Dios tenía un lugar de adoración en mi vida.

Tuve que tomar la decisión de adorar a Dios, sin importar lo que sintiera.

"Señor", le dije, "yo decido adorarte, te enaltezco, Dios más grande que todo lo demás. Te exalto y me inclino delante de ti; te hago mi 'ídolo'. Tú eres mi Dios, te rindo homenaje y te adoro".

Hay personas que a pesar de todos sus esfuerzos no pueden adorar a Dios libremente. Unos sienten una ira tremenda que se apodera de ellos cuando tratan de adorar, otros oyen palabras de maldición.

Grace salía de la iglesia corriendo cada vez que empezaba la adoración; no pudo tomar parte, ni siquiera quedarse en la iglesia, sino después que cerramos las puertas que en su vida habían sido abiertas al reino de las tinieblas.

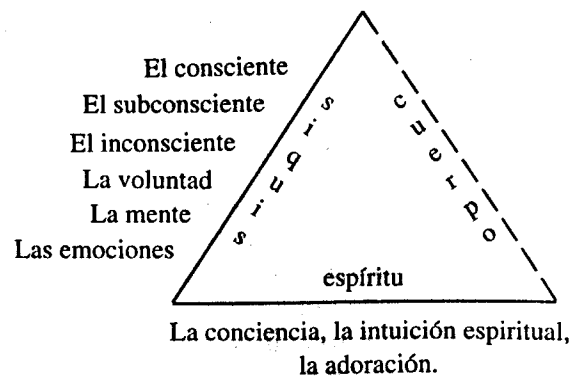
Cuando alguien no puede adorar a Dios, a pesar de que sus heridas psicológicas han sido llevadas a Dios para sanidad, puede ser un indicio de puertas abiertas en su vida, que tienen que ser cerradas.

Todo lo anterior nos muestra que en cualquier parte del espíritu humano pueden existir puertas abiertas al reino de las tinieblas, las cuales no permiten nuestra sanidad y crecimiento. Así como el espíritu humano se divide en diferentes partes, así también la siquis tiene varias partes, las cuales miraremos en el próximo capítulo.

CAPITULO 4

Puertas abiertas en la siquis

En la segunda área del triángulo humano, la siquis, encontramos aun más partes que pueden tener puertas abiertas al reino de las tinieblas y son el consciente, el subconsciente, el inconsciente, la voluntad, la mente y las emociones. Mirémoslas una por una. Al agregarlas, el triángulo aparece así:



EL CONSCIENTE

Las experiencias de la vida diaria están filtradas por el consciente. En el consciente queda grabado todo lo que vivimos, cómo nos sentimos en cuanto a lo vivido y cómo lo interpretamos. Hay personas que ven la vida negra y desagradable, sin valor alguno; creen que nada bueno les puede ocurrir. Otros, toman la vida ligeramente, tratando de sacar todo lo que pueden de ella y sin importarles a quién pueden hacer sufrir para conseguir lo que quieren.

La mayoría de la gente ve la vida en un punto intermedio entre estos dos extremos, o sea el que ve la vida de una manera tremendista y el que la toma ligeramente. Todo eso, es decir, lo que vivimos, sentimos y cómo lo interpretamos, queda grabado por el consciente y en su momento llega a afectar la manera en que la persona ve la vida; lo cual a su vez llega a convencer más y más a la persona de que la manera en que entiende la vida es la única como puede ser explicada.

EL SUBCONSCIENTE

Todo incidente grabado en el consciente pronto empieza a borrarse de la memoria para dar lugar a nuevas experiencias. Con el paso del tiempo todas las experiencias pasan al subconsciente; el recuerdo de las buenas y las malas, junto con las emociones que las acompañan, entran en esa ciénaga del subconsciente.

La ira retenida, de la cual habla Pablo en Efesios, junto con los traumas y los placeres, también entran en el subconsciente. Unas experiencias son más fáciles de recordar que otras y permanecen en el consciente más tiempo.

Las que causan demasiado dolor duran poco en la memoria, excepto aquellas que extremamos y en las que concentramos nuestra mente continuamente, esas no las podemos olvidar.

EL INCONSCIENTE

En la medida en que nuestras experiencias diarias empiezan a formar parte del pasado, muchas de ellas entran en el inconsciente y no podemos recordarlas. Otras experiencias demasiado dolorosas para recordar, son reprimidas, e inmediatamente entran al inconsciente. Nosotros pensamos que han desaparecido, que las hemos olvidado, que han muerto, pero no es así; aunque no podemos recordarlas todavía viven, y de la profundidad del inconsciente, aquellas "experiencias olvidadas" nos hacen actuar de diferentes maneras, aun en formas que ni nosotros mismos entendemos.

También del inconsciente surgen necesidades y deseos que son normales, buenos y dados por Dios, sin embargo, a causa de la caída de la raza humana, ellos se tornaron exagerados, distorsionados, y desviados de los caminos de Dios, no siendo esto lo que El había planeado para nosotros. Lo que debía servir para hacer bien puede hasta espantarnos, al darnos cuenta de lo que el ser humano puede llegar a ser o hacer en su estado de perdición.

En realidad, si nos sorprendemos de lo que los seres humanos pueden llegar a hacer, es porque aún no hemos entendido cuán bajo ha caído la raza humana. Si me sorprende de lo que yo hago o puedo llegar a hacer cuando me alejo de Dios, entonces es que todavía no entiendo cuán grande es mi perdición.

Cualquiera de estas áreas de la siquis puede tener puertas abiertas al reino de las tinieblas y si es así, aunque tratemos de cambiar, lo único que lograremos será dar dos pasos para adelante y uno para atrás, o uno para adelante y dos para atrás, sin lograr progreso permanente alguno. Si alguien que ha entregado su vida a Cristo y le ha traído sus heridas para ser sanado y a pesar de todos sus deseos y esfuerzos para cambiar, no nota ningún progreso, puede ser que haya puertas abiertas que necesitan ser cerradas.

LA VOLUNTAD

En la siquis también encontramos la voluntad, que es la que nos da la determinación; sin la voluntad seríamos como veleta llevada por el viento. Hay padres que creen que la voluntad de un niño debe ser quebrantada para enseñarle a ser obediente. Sin embargo, un niño con la voluntad quebrantada es un niño quebrantado y que como adulto, de un lado, no podrá tomar decisiones firmes o de otro lado, podrá convertirse en alguien demasiado rígido. La voluntad de un niño tiene que supeditarse a la obediencia, por el vivir y la enseñanza constante y también por reforzar con amabilidad los principios detrás de las reglas que establecemos. Esto enseña al niño a ser firme y constante y a la vez a ser flexible y comprensivo.

Hay personas que tienen una voluntad muy débil; deciden hacer algo en un momento de inspiración, pero tan pronto pasa ese momento, se les olvida lo que han decidido y vuelven a lo anterior. Pueden arrepentirse y decidir cambiar vez tras vez, pero todo sin ningún provecho. En cambio, hay otras tan atadas que ni siquiera "pueden querer" tomar la decisión de cambiar. En estos casos es necesario atar al enemigo y desatar la voluntad para que así sea suficientemente libre para que "pueda querer" tomar la decisión de cambiar. Cristo dijo que lo que nosotros atamos en la tierra será atado en el cielo y lo que desatamos en la tierra será desatado en el cielo (Mateo 16:19).

En otras personas la voluntad puede ser muy restringida y rígida. El padre de Julio decidió pegarle sesenta veces, y nadie pudo hacerle cambiar su idea de "educar" a su hijo de esta manera. Escuchamos a padres decir frases como: "Si yo digo que es así, así es" o "¡Lo vas a hacer porque lo dije, yo soy tú mamá!" Esto es obvio que no da lugar al diálogo. Los niños pueden llegar a obedecer de esta manera, pero no han aprendido ningún principio detrás de la regla para guiarlos. Lo único que han aprendido es que las mamás y los papás

pueden hacer lo que quieren, y anhelan ser grandes para convertirse en mamás o papás para así ellos también poder hacer lo que se les de la gana.

En las iglesias, ciertos administradores o aun pastores o misioneros pueden tener cierta actitud acerca de que "una regla es una regla, y hay que obedecer pase lo que pase". Uno puede casi sentir, bien adentro de la persona, una concha dura e inflexible que no le permite cambiar. Tal persona puede arrepentirse vez tras vez por su dureza, y luego volver a repetir lo mismo en muchas ocasiones. Ello indica que hay puertas que necesitan ser cerradas.

LA MENTE

Otra área de la siquis es la mente, la cual puede dividirse a su vez en tres partes: donde encontramos nuestras expectativas, sueños e imaginaciones, los pensamientos y el lenguaje. Estas partes contribuyen grandemente en la manera en que vivimos la vida.

LAS EXPECTATIVAS

Lo que esperamos, imaginamos o anhelamos indica la manera en que hacemos planes y vivimos la vida. Existen aquellos que siempre esperan que algo malo les ocurra; es tan fuerte, que parece que invitaran a lo malo a que les sobreviniera. Aunque tienen buenas experiencias, si algo desagradable les ocurre así fuese lo más mínimo, esto es lo que recuerdan y todo lo bueno se les olvida. Su manera de hablar acerca de algo bueno es: "Pues sí, eso tal vez era bueno, pero..."

Cuando yo era niña, el dueño de un almacén grande en nuestra región, ganó unos viajes al exterior por ser el mejor vendedor de su compañía y pudo viajar junto con su esposa a varios países. Casi no podía yo esperar el momento que volvieran para escuchar todo lo bueno que habían hecho y visto. Lo extraño fue que parecía que los viajes no les habían gustado. Volvieron con montones de diapositivas, pero sin

gozo. En un viaje, el hotel estaba sucio, en el próximo llovía, en otro todo era demasiado primitivo. "¿Cómo pudo la compañía enviarnos a tales sitios?", dijeron. Nada parecía haberles satisfecho.

Las expectativas, a otros les hace pensar: "Ay, yo mejor no hablo con esa gente, no les caigo bien". Y precisamente, la persona encuentra algo que le demuestra que no les cayó bien. Interpretamos lo que vemos, oímos o vivimos, así como también lo que esperamos.

La primera vez que Gladys vino a consejería le saludé en la puerta y le invité a que entrara y se sentara. Tan pronto se sentó, me miró y me dijo: "Arline, yo puedo ver que no te caigo bien". Ella lo "sabía", ¡aun antes de que yo siquiera pudiera abrir mi boca! Su expectativa antes de venir era que no me caería bien y tan pronto me miró, ella confirmó lo que suponía. En realidad, ella esperaba caerle mal a todo el mundo.

En cambio existen otros que no saben tomar precauciones. Creen que de una manera u otra, todo va a salir bien y no toman precauciones o no hacen planes claros y cuando algún familiar paciente o un amigo les saca otra vez del apuro, ellos ya sabían que "todo iba a salir bien".

Necesitamos a Dios para mantenernos equilibrados. Por eso, si aún después de traer los traumas psicológicos para sanidad, no hay cambios en la persona, esto puede ser una indicación de puertas abiertas al reino de las tinieblas.

LOS PENSAMIENTOS

Casi siempre es en la parte de los pensamientos donde la más aguda batalla se lleva a cabo para lograr nuestra sanidad.

La Biblia dice: "Porque cual es el pensamiento en su corazón, tal es él" (Proverbios 23:7). Pablo escribe a la iglesia en Corinto referente a nuestra batalla espiritual:

Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.

(2 Corintios 10:3-5)

Según eso, no podemos permitir a nuestros pensamientos correr por donde quieran, tenemos que llevarlos cautivos a la obediencia de Cristo. Muchas veces, ni siquiera nos damos cuenta de lo que pensamos, pensamos continuamente, pensamos acerca de nosotros mismos, acerca de otros y acerca de Dios. Mantenemos conversaciones enteras en nuestra mente, lo cual puede ser positivo si esas conversaciones son buenas. Por el contrario, las conversaciones negativas nos conducen a la derrota. En Filipenses 4:8 dice:

Por lo demás hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza en esto pensad.

Eso es en lo que Dios quiere que pensemos. Los pensamientos que no caben en Filipenses 4:8, corresponden a 2 Corintios 10:5 y tienen que ser llevados cautivos a la obediencia de Cristo. Eso no quiere decir que debemos ignorar situaciones negativas, pero sí, que debemos tratar con ellas, entregarlas a Cristo y activa y decididamente buscar lo bueno de la situación y llenar la mente con estos pensamientos. Dios sabe qué es lo que nos trae salud emocional y por ello nos lo dice en su Palabra.

El área de los pensamientos es una de las más difíciles de controlar. Con mucha frecuencia hay puertas abiertas al reino de las tinieblas en esta área, y ello da lugar a pensamientos contaminados de tinieblas.

EL LENGUAJE

Nuestras palabras siguen a nuestros pensamientos. La mayoría de nosotros hablamos sin pensar qué es lo que las palabras realmente quieren decir. Cómo nos espantaríamos si esas mismas palabras fueran dirigidas a nosotros en la misma manera en que las dirigimos a otros. Raras veces nos detenemos a pensar cómo quisiéramos que la otra persona nos dijera lo que le estamos diciendo a ella. En Santiago 3:6,8 dice:

La lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno ... ningún hombre puede domar la lengua.

Palabras feas y chistes sucios pueden llegar a ser una parte tan arraigada al vocabulario de alguien que sólo con esfuerzos muy grandes pueden ser sacados del lenguaje. Armar chismes puede arraigarse a tal grado en nuestro lenguaje, que cuando lo hacemos ni siquiera nos damos cuenta que estamos haciéndolo. Aun "decir la verdad" puede usarse para dañar a otros y exaltarse uno mismo. Una anciana bastante chismosa que había herido a muchas personas con las cosas que decía de ellas, me dijo: "Sí, yo sé que hablo mucho, pero siempre me cuido de nunca decir algo que no sea la verdad". Pero lo que la Biblia nos dice es que tenemos que decir la verdad con amor. Decir la verdad en un tono fuerte o con mala intención puede cambiar la verdad en mentira y ser usada para "matar" a la gente, despojándoles de su honra.

Cuando la enseñanza y el tratar de romper hábitos al hablar no cambian estos hábitos, probablemente estamos enfrentando puertas abiertas al reino de las tinieblas.

LAS EMOCIONES

La última parte que veremos de la siquis, es la de las emociones. Las emociones pueden correr desde la tristeza más profunda hasta el gozo glorioso y, desde el amor más sobresaliente hasta la obscuridad total del odio y los celos. Sin embargo, como los siguientes ejemplos lo demuestran, hay personas que no pueden sentir una completa gama de sus emociones.

Wanda, el ejemplo del capítulo pasado, no podía sentir emociones negativas. Cuando le pregunté la primera vez a dónde habían ido estas emociones, no pudo contestarme. En la medida en que Dios le fue mostrando, Wanda descubrió en su interior lo que ella llamaba "un jardín entero".

"Yo eché todas mis emociones negativas por la ventana al jardín. Ahora todo ese jardín está lleno y enredado de maleza. Yo ni siquiera sabía que existía tal lugar".

MAYARD

De niño, Mayard fue física y psicológicamente maltratado por su madre, la vida del pobre niño era una pesadilla continua de golpes y regaños. Un día la madre encendió su estufa de gas, metió la cabeza al horno y dijo al niño de 8 años que iba a matarse y todo sería culpa de él. Mayard había sido recluido en hospitales mentales y clínicos catorce veces cuando llegó para consejería. Ya había aceptado a Cristo como su Salvador, pero no encontraba paz.

Durante las primeras cuatro sesiones, Mayard no hizo nada más que sentarse en mi oficina y llorar durante toda la hora. A la siguiente semana, le invité a que se reuniera conmigo y otras personas que sabían orar con poder y tendríamos un tiempo de oración especial por él. Todos juntos clamamos a Dios por su liberación. El día siguiente, Mayard me llamó con la noticia de que estaba lleno de "un gozo increíble" y no sabía qué debía hacer con ello.

Durante seis meses, Mayard se sintió como si estuviera viviendo en nubes de gozo. ¡Estaba intoxicado de gozo! Lentamente, después de estos seis meses, sus pies empezaron a "tocar tierra" otra vez y a sentir la gama normal de emociones de gozo y tristeza. Como las únicas emociones que él conocía antes de su ola de gozo eran negativas, Mayard no podía entender las fluctuaciones de sus emociones, y sólo quería estar muy gozoso todo el tiempo.

Lentamente Mayard llegó a rechazar el gozo y la alegría, y hasta llegó a sospechar de todas las cosas buenas, porque pensaba que tarde o temprano todas tendrían un final y otra vez la tristeza volvería. Aunque él realmente sintió un toque de Dios, era evidente que teníamos que cerrar las puertas al reino de las tinieblas para que así quedara libre y aprendiera a vivir con toda la gama de sus emociones.

EDWIN

A veces, en un momento de angustia, hay personas que prometen nunca volver a sentir alguna emoción y hacen estas promesas para evitar el dolor de ser rechazados.

Edwin estaba desesperado, acababa de terminar su noviazgo con la chica que le amaba. "Sé que ella me ama, pero yo sencillamente no puedo amarla ni sentir su amor. Es la tercera vez que esto me pasa. ¡Quisiera amarla tanto! Me siento tan solo y quiero su amor. ¿Por qué no puedo sentir nada?"

El padre de Edwin tenía un empleo de responsabilidad en unos edificios de apartamentos donde la familia vivía cuando Edwin era niño. El quería que sus hijos fueran ejemplos de buen comportamiento para los vecinos, y cada error le traía a Edwin toda la carga del enojo y castigo de él. Edwin odiaba a su padre pero amaba a su madre.

Desde los once años, Edwin se sentía muy solo pero rechazaba ser amado. A los catorce años, después de leer un libro, solo en su cuarto entregó su vida a Cristo y le aceptó como su Salvador. Estaba muy contento con esta nueva

relación y le contaba libremente a su madre acerca de su nuevo amigo, Jesús. Como ella no había experimentado esta relación, le dijo a Edwin, que usaba su "religión" como muleta social para ayudarse con sus problemas. Poco a poco, Edwin volvió a su soledad y ahora odiaba a su mamá por ponerlo en contra de su nuevo amigo.

Edwin sentía el odio hirviendo en su interior. Empezó a usar drogas y entró en un nuevo mundo de oscuridad, algo de lo cual él nunca había sabido. Dos años antes de venir a consejería, dejó las drogas y rededicó su vida a Dios; pero el odio hirviendo dentro de sí no disminuía. Lo único que pudo hacer, fue construir un muro alrededor de ese odio para no dejarlo salir y así era como a veces se sentía poseído por algo maligno.

En su iglesia, creyentes comprometidos, habían orado por él, echando fuera muchos demonios pero a pesar de eso, no podía sentir amor.

"Edwin", le pregunté, "¿sería posible que tú hubieras hecho un voto de alguna índole?"

"¿Un voto?", preguntó. "No, yo no he hecho votos de ninguna clase".

"Quiero decir, ¿un día te dijiste a ti mismo que jamás volverías a amar o recibir amor de alguien?"

"¡Oh, esto!", exclamó. "Sí, cuando tenía once años dije que nunca iba a permitir que alguien me amara y tampoco amaría o confiaría en alguien".

"¿Ya has renunciado a este voto?"

"No", contestó, "no pensé que fuera necesario".

Juntos renunciamos al voto que Edwin había hecho y desaté en él la capacidad de amar, de recibir amor y de confiar, así como Cristo lo había hecho cuando estuvo en la tierra.

Cuando Edwin regresó la siguiente semana, aún no podía sentir amor, pero sí notaba que ya no echaba a la gente a un lado como antes; ahora les prestaba más atención a los demás y también a lo que decían. Ese mismo día hicimos

una lista muy larga de todas las películas y libros relacionados con hechicería u horror, las artes marciales y las reliquias de Nazi heredados de su padre con las que había llenado su vida; renunció a todo eso en el nombre de Cristo y cerramos las puertas abiertas al reino de las tinieblas. Poco a poco las emociones de Edwin empezaron a funcionar otra vez.

Como cristianos muchas veces hemos sido enseñados a ignorar o reprimir nuestras emociones. Unos creen que debemos estar siempre alegres, gozosos y cantando o de lo contrario es un indicativo de que tenemos pecado en la vida. Al otro extremo, están los que enseñan que cuando creemos en Cristo como Salvador debemos ignorar lo que sentimos porque es la fe y no las emociones, lo que verdaderamente importa. Ambos extremos tienen parte de la verdad: es por la fe en Jesucristo y no por nuestras emociones, que somos salvos. Sin embargo, si no hay ningún gozo en nuestras vidas, significa que algo no está marchando bien, pero también es cierto que si no podemos sentir tristeza, es porque hay algo que tampoco está marchando bien.

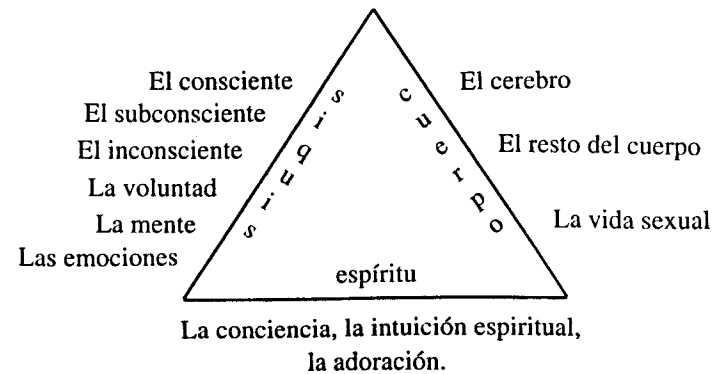
Cristo experimentó toda la gama de sus emociones. El fue varón de dolores y experimentado en quebranto (Isaías 53:3); aprendió la obediencia por lo que sufrió, rogando y suplicando con gran clamor y lágrimas (Hebreos 5:7-8), pero también fue alguien que se regocijó (Lucas 10:21). A la vez, tuvo compasión cuando vio la multitud que venía hacia El (Mateo 14:14), y no se avergonzó de llorar con María y Marta (Juan 11:35). Jesús se deleitaba en la naturaleza, y con frecuencia se refirió a ella para enseñar a sus discípulos y a la multitud (Mateo 6:28-29). El amó al joven rico (Marcos 10:21); se indignó cuando sus discípulos no permitieron a los niños venir a El (Marcos 10:14); se enojó y se entristeció al ver la dureza de los fariseos (Marcos 3:5); y se angustió cuando pensó en su sufrimiento venidero (Lucas 12:50). Cristo fue alguien que sintió la gama completa de sus emociones. Cuando hay gente que, aun después de traer sus traumas a Cristo para ser sanados, no puede sentir ciertas

emociones como las que Cristo sintió, probablemente es un indicio de que en ellos existen puertas abiertas al reino de las tinieblas y tienen que cerrarse. Así como podemos tener puertas abiertas en el espíritu y en la siquis, también podemos encontrar las en el cuerpo. En el próximo capítulo nos referiremos a esta área en el triángulo humano.

CAPITULO 5

Puertas abiertas en el cuerpo

El cuerpo es otra área del triángulo humano que puede tener puertas abiertas o puntos débiles a la acción del reino de las tinieblas. En el cuerpo encontramos el cerebro, el resto del cuerpo con los cinco sentidos, y la vida sexual. Si agregamos estas partes al triángulo, aparecerá así:



EL CEREBRO

Todo lo que experimentamos es registrado en el cerebro. A medida que vamos pensando y actuando, pequeños impulsos de electricidad pasan por entre las células del cerebro y forman senderos que funcionan como si fueran alambres por los cuales corren dichos impulsos eléctricos; así es como cada nueva experiencia produce nuevos senderos. Mientras más frecuentemente se repite una experiencia en nuestras vidas, más firmemente queda establecida en el sendero. Esta es la forma como aprendemos.

Todas nuestras experiencias son acompañadas de emociones, y ambas quedan grabadas en el cerebro; aun nuestras reacciones a estas emociones y experiencias quedan grabadas. Todas éstas forman y arraigan los senderos entre las células. Por tanto, todo lo que vivimos queda grabado en el cerebro, y todo lo que abra puertas al reino de las tinieblas en el espíritu y en la siquis, también las abre en el cerebro.

El uso de drogas afecta mucho las células cerebrales; ciertas drogas son tan fuertes que se puede decir que su uso las "fríe" y las destruye, y otras células tienen que ser "reentrenadas" para que cumplan su función. Si la destrucción es demasiado grande la persona sufre daños permanentes.

Así es, que nuestra manera de pensar puede ser distorsionada en el mismo cerebro y una nueva manera de pensar, sólo se puede lograr formando nuevos senderos. Al principio esto requiere una disciplina constante para que los pensamientos no corran a través de los senderos antiguos y bien conocidos, sino que formen nuevos senderos y con ello nuevos patrones de pensamientos. Si constantemente insistimos en "tener buenos pensamientos", nuevas formas de pensar se formarán y llegarán a ser tan cómodas y familiares como las antiguas. Sin embargo, si con todos los esfuerzos y concentración para tener pensamientos disciplinados, no se producen cambios permanentes, puede ser que existen en el

cerebro puertas abiertas al reino de las tinieblas que tienen que cerrarse.

EL RESTO DEL CUERPO

Podemos decir que los cinco sentidos son como portones de entrada al cuerpo. La música despierta recuerdos, así como otros sonidos, sabores, olores, y lo que vemos y tocamos. Todas estas sensaciones quedan grabadas en el cerebro, pero las experimentamos a través del cuerpo. La dependencia del alcohol o las drogas pueden cegar a alguien a tal grado, que ni aun con todos sus mejores esfuerzos pueden romper el hábito. El vicio de jugar naipes puede derrumbar las mejores intenciones y llevar aun al más rico a la ruina. Joseph es un ejemplo del impacto que la música puede tener en la vida de alguien.

JOSEPH

Joseph era músico y quería usar su don para la gloria de Dios. Antes de entregar su vida a Cristo, él había organizado una banda de rock que había empezado a hacerlo popular; ésta había sido su meta desde que los Beatles llegaron a ser sus héroes, cuando apenas tenía seis años. A pesar de su crianza cristiana, poco a poco había caído en el vicio de las drogas y el sexo desenfrenado que acompañaba el ambiente musical.

Un día, Joseph oyó nuevamente el evangelio y rededicó su vida a Cristo. En un momento, su vida cambió milagrosamente: todo el deseo por las drogas, el alcohol y el cigarrillo desaparecieron. Entonces decidió usar su don musical solamente para Dios. Sin embargo, cuando Joseph dirigía el culto de alabanza en su iglesia, no sentía el mismo placer intoxicante que cuando lo hacía en su viejo ambiente de música rock, él sentía que le faltaban los aplausos frenéticos de la gente. Dirigía cultos de alabanza pero sentía que no había la más mínima alabanza para él, y además los grupos de rock cristianos donde tocaba no le daban la popularidad que

buscaba; así empezó a sentir celos de Dios por toda la atención que El sí recibía.

Joseph en la búsqueda de algo que atrajera la atención de los jóvenes y que al mismo tiempo glorificara a Dios, encontró la música "heavy metal" (rock pesado), que era el ritmo de moda, y decidió usar este ritmo con nuevas letras que glorificaran a Dios y que él mismo escribió. Compró libros que enseñaban estos ritmos y ensayó con diligencia.

De pronto a Joseph le empezó a molestar el pensamiento de hacer un contrato con Satanás que le asegurara éxito y popularidad. Joseph se sintió horrorizado, y no era para menos, porque él quería que su vida glorificara a Dios y no podía entender de dónde le venían estos pensamientos. Poco a poco se dio cuenta que cada vez que ensayaba esa clase de música, los pensamientos le venían con más fuerza e insistencia.

Tratando de luchar contra estos pensamientos, cada vez que Joseph ensayaba, dedicaba los ritmos a Dios, pero en vista que los pensamientos persistían, decidió no volver a tocar esa música y volver a la música de alabanza que inicialmente había tocado. Lo extraño era que aun cuando trataba de tocar esta música de alabanza, los malos pensamientos continuaban metiéndose en su mente. La situación se volvió tan irresistible para Joseph que finalmente dejó de tocar toda clase de música.

Pero aun así, los pensamientos no le dejaron, ahora le venían sin necesidad de música, y junto con ellos venían pensamientos de odio hacia su iglesia y hasta de matar. Joseph trataba de quitarlos de su mente tan pronto entraban, reprendiéndolos en el nombre de Cristo, pero sólo desaparecían por unos momentos, para volver luego con más fuerza. Cuando no pudo resistir más los impulsos de matar a su hermana a quien amaba, Joseph ingresó en una clínica psiquiátrica donde le suministraron medicamentos para que dejara de pensar y pudiera descansar.

Aunque él había entregado su vida a Cristo, y había sido sanado de sus adicciones, Joseph nunca había cerrado las muchas puertas que habían permanecido abiertas al reino de las tinieblas; nunca había renunciado a sus sueños de enaltecimiento, por eso era que dirigir a la gente en alabanza a Dios no le satisfacía su sed de recibir gloria. Los ritmos de "heavy metal" y las prácticas satánicas con las cuales muchas veces ellos están relacionados fueron apenas el toque final que abrió las puertas al control de su mente.

Después de salir de la clínica, Joseph vino para consejería. Fue solamente después de una batalla larga y dura a través de la cual renunció a toda la música que no glorificaba a Dios, empezando desde sus experiencias más tempranas con los Beatles, y a todo deseo de buscar su propio engrandecimiento, que Joseph al fin llegó a ser libre.

No solamente puede el cuerpo llegar a permitir que puertas sean abiertas al reino de las tinieblas a través de los sentidos, como en la vida de Joseph, sino el cuerpo mismo puede llegar a ser el objeto mismo de maltrato como resultado de tener puertas abiertas. El hombre de Gadara, que estaba poseído de un demonio, se hería con piedras (Marcos 5:5). La historia de Clara nos muestra a otra persona cuyo cuerpo llegó a ser objeto de maltrato.

CLARA

Durante muchos años, Clara vivió con un tormento que sólo ella conocía, siempre tenía que usar mangas largas para esconder sus brazos cubiertos de cicatrices, heridas y quemaduras. Tres años antes de venir a consejería, ella había entregado su vida a Cristo confiando que por fin su pesadilla terminaría. Aunque amaba al Señor y quería servirle con su vida, una presión interior, irresistible, de mutilar su cuerpo todavía permanecía.

Después de cada episodio, Clara rogaba a Dios que la perdonara y le prometía no volver a hacerlo más. Pasaba unas semanas en paz, pero entonces, poco a poco, la presión

empezaba a aparecer de nuevo. Los pensamientos de detestarse y odiarse, crecían y crecían hasta que no podía resistir más y entonces cogía una cuchara, la metía en la llama de la estufa hasta que estaba casi roja y la colocaba sobre su brazo. El dolor era inaguantable, pero el alivio de la presión interior casi lo hacía agradable.

Al darse cuenta de lo que había hecho de nuevo, Clara se horrorizaba y a la vez se llenaba de tristeza y remordimiento. Entonces, quebrantada, pedía a Dios que la perdonara y le prometía que nunca lo volvería a hacer.

Cuando Clara me contó del abuso físico y sexual que había sufrido de niña, le sugerí que le pidiéramos a Cristo que nos acompañara a las escenas de su infancia donde había sido maltratada, que enrolláramos todo y lo echáramos en un saco espiritual y lo entregáramos a El para que lo llevara en la cruz.

"No servirá", dijo Clara.

"¿Por qué no servirá?", le pregunté.

"Porque una de tus alumnas ya trató de hacerlo y nada permanece en el saco. Cada vez que vuelvo a mirar en el cuarto allí está todo igual que antes".

"Hagámoslo otra vez y veremos que pasa", le dije.

Pedimos que Cristo entrara en la memoria del abuso de la niñez de Clara. Ella le llevó a la puerta de la pieza donde ocurrió todo, enrollamos la escena completa y la echamos en el saco de Cristo, mirando como El lo llevaba en la cruz. Le pedimos que le colocara en el cuarto algo especial que Clara pudiera recordar en reemplazo de las escenas de maltrato.

"Ahora, mira el cuarto y ve lo que Cristo coloca allí", le dije.

"Todo está igual que antes, toda la escena ha vuelto a retornar", exclamó Clara.

"Muy bien", le dije. "Entonces, vamos a atar y echar fuera a aquel que no permite que esta escena desaparezca".

"En el nombre de Jesús de Nazaret", oré, poniendo mi mano suavemente sobre su cabeza, "ato a quien no permite

que esta escena desaparezca. Ato la automutilación, y cualquier otro demonio que le acompañe, en el nombre de Jesús de Nazaret; le echo fuera a las tinieblas (Mateo 8:12), y les cierro la puerta para que no vuelvan a entrar nunca más. Cristo, entra y toma control de esta parte de la vida de Clara. Cubre esta puerta con tu sangre, y séllala con tu mano.

"Señor Jesucristo", dije, ayudando a Clara a orar, "delante del mundo visible e invisible, yo declaro que te entrego a ti, cada parte de mi vida que ha sido afectada por esta escena. Te declaro a ti, Señor Jesucristo, rey de cada una de esas partes. Entra y toma tu trono, muéstrame qué debo pensar, decir, sentir, ser o hacer, y por tu gracia lo haré; dime también lo que no debo pensar, decir, sentir, ser o hacer, y por tu gracia no lo haré.

"Jesucristo", oré, "con base en esta declaración te pido que tú entres a todas las partes de Clara que han sido afectadas por aquellas experiencias que le hicieron tanto daño, y, desde el momento de su concepción hasta este mismo momento, perdona lo que necesita ser perdonado, lava y limpia lo que necesita ser limpiado, y sana lo que necesita ser sanado. Desato en ella la libertad para amarse a sí misma, libertad para reconocer que el pasado es realmente pasado, y libertad para ser la persona que tú quisiste que ella fuera cuando originalmente planeaste su vida. Gracias, Señor Dios mío, por lo que ya estás haciendo en Clara".

"¡Oh!", exclamaba Clara al terminar la oración, "¡me siento tan diferente!"

"Ahora mira en ese cuarto y ve qué hay allí", dije a Clara. "¿Aún permanece en él la escena de tu maltrato?"

"¡No, ya no! Todo se ha ido", gritaba Clara. "Cristo está allí conmigo".

"¿Tè sientes feliz ahora?"

"Sí, y me siento protegida. Cristo está cuidándome".

Clara volvió unas cuantas veces más para cerrar las puertas en las otras áreas que aún quedaban, pero nunca más volvió a sentir esa presión de mutilarse ¡Clara era libre!

LA VIDA SEXUAL

La última área del cuerpo es el área de la vida sexual. La sexualidad es una parte muy importante de nuestra vida incluyendo el concepto que tengamos de nosotros mismos como hombre o mujer, nuestra relación con el sexo opuesto, el papel que representamos en la sociedad y nuestra relación en el matrimonio y con nuestros hijos.

Conceptos equivocados en cuanto al sexo pueden pasar de generación en generación en tal forma que pueden hacer creer que lo único que todo hombre quiere, es el cuerpo de la mujer, o hacer ver a las mujeres como meros objetos para conquistar, o también pueden llegar en forma de frialdad o promiscuidad.

El abuso sexual también pasa de generación en generación. ¡Cuántas niñas han sido abusadas por sus propios padres, hermanos, padrastros, abuelos, tíos, o aun pastores y ancianos de la iglesia: precisamente la gente en quien debían confiar. ¡Cuántos jovencitos han sido seducidos en un acto de homosexualidad por los mismos hombres en quienes debían confiar! A cuántos niños y jóvenes les han sido enseñados actitudes erróneas por sus propios padres.

Nunca olvidaré una familia que recientemente había aceptado a Cristo como su Salvador y la madre que deseaba lo mejor para sus hijos en su nueva vida, me abordó con una petición.

"Hermana Arline", me dijo, "nosotros estamos muy preocupados respecto al desarrollo moral de nuestro hijo que tiene quince años: no queremos que se meta con una prostituta y aprenda toda clase de malas ideas".

Desde luego, yo estuve de acuerdo con ella y valorando su preocupación le pedí que me dijera en qué la podía servir.

"Usted que conoce tanta gente de los barrios pobres de la ciudad", continuó, "¿no conoce alguna jovencita, que sea sana y con quien pudiera mi hijo aprender y tener sus expe-

riencias sexuales? Así él no tendrá la tentación de entrar a esos lugares terribles".

Sin lugar a dudas, esta familia necesitaba verdadera enseñanza. A cuántos niños literalmente se les enseña a andar en caminos de maldad. Para otros, como Mercedes por ejemplo, toda la vida ha sido como vivir a orillas del infierno.

MERCEDES

Mercedes tuvo una niñez muy difícil. Vez tras vez, cuando tenía siete años fue abusada sexualmente por su hermano. Luego tuvo tres hijos de un tío, y después dos más producto de otros abusos. Sus padres y todos sus hermanos y hermanas vivían juntos bajo el mismo techo, cada cual con su amante, los que cambiaban continuamente por otros. Muchos de los niños ni siquiera sabían quién era su padre. Cuando Mercedes se entregó a Cristo su vida cambió drásticamente en muchas áreas. Sin embargo, aunque luchaba en contra de sus impulsos sexuales, vez tras vez se encontraba andando en sus viejos caminos.

"Hermana Arline", sollozaba un domingo después del culto. "Tengo que hablar con usted".

"¿Qué pasa, Mercedes?", le pregunté suavemente. "¿Pasó otra vez?"

"Sí", ella asentía con la cabeza, raspando el piso con la punta del zapato. "No sé qué me pasa, no quiero seguir viviendo de esta manera".

"Mercedes, ¿dime exactamente qué es lo que tú sientes antes que eso suceda?"

Pensó por un tiempo y entonces contestó lentamente: "En la mitad de cada mes, algo me pasa. Quiero salir corriendo y coger al primer hombre que encuentre. ¡Pierdo todo control!"

"¿Sientes que hay algo dentro de ti que te hace correr?"

"Sí. Eso es exactamente lo que siento; todas mis mejores intenciones se desvanecen. Unos días más tarde, cuando me doy cuenta, ya lo he hecho de nuevo".

"Dime, Mercedes", le pregunté, "¿alguien ha orado contigo para cerrar las puertas que en tu vida fueron abiertas al reino de las tinieblas, producto de la vida que viviste antes?"

"No. Nadie me dijo que fuera necesario".

Después de explicarle acerca de las puertas que se pueden abrir por vivir una vida de pecado, atamos y echamos fuera la promiscuidad, en el nombre de Jesús de Nazaret. Cerramos la puertas que fueron abiertas a través de sus propias experiencias y todas las puertas abiertas que le vinieron de generación en generación.

Unos meses después le pregunté a Mercedes acerca de su progreso. "¿Quiere saber algo?", contestó gozosa. "No he sentido ese deseo desde aquel día que oramos, sé que algo salió de mí en aquella ocasión". Ahora Mercedes podía vivir una vida cambiada como ella había querido.

Cada parte del triángulo humano que hemos visto (el cuerpo, la siquis, y el espíritu), representa áreas *dentro* de nosotros que pueden tener puntos débiles o puertas abiertas al reino de las tinieblas. Sin embargo, no sólo somos individuos, sino también seres humanos creados por Dios para vivir en grupos de personas y a menos que vivamos como ermitaños, solos en una montaña o en un desierto, estamos relacionados con familias, amigos, iglesias y otros grupos, somos seres sociales. Desde dentro de nuestros triángulos humanos, nos interrelacionamos con los demás, que a su vez también viven dentro de sus propios triángulos. La manera como nos relacionamos los unos con los otros en el área social también puede tener puntos débiles o puertas abiertas al reino de las tinieblas, a través de los cuales Satanás puede tentarnos y controlarnos. Eso nos lleva a reflexionar en nuestra vida social, la cual examinaremos en el próximo capítulo.

CAPITULO 6

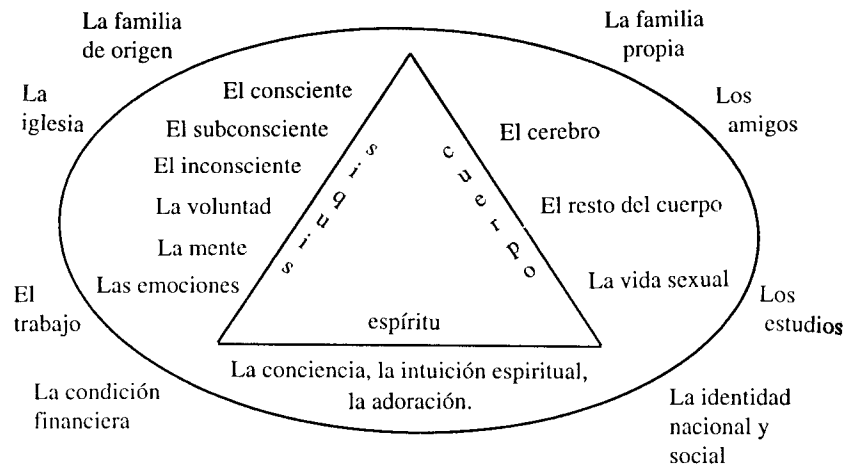
Puertas abiertas en la vida social

Es a través de nuestra vida social que nos relacionamos con los demás. Los seres humanos somos seres sociables que nos necesitamos mutuamente, siendo Dios quien nos creó de esta manera.

Las áreas que forman nuestra vida social incluyen las relaciones en la familia en la cual hemos sido criados (familia de origen), en la familia propia (familia establecida cuando decidimos casarnos y formar un nuevo hogar), en la iglesia, con amigos, en el trabajo y en los estudios, la condición económica y nuestra identidad nacional, racial y social.

Podemos decir que en cualquiera de estas áreas pueden existir puntos débiles o puertas abiertas al reino de las tinieblas.

Al agregar estas áreas alrededor del triángulo humano, el cuadro queda completo:



En estos dos capítulos miraremos las áreas que forman parte de nuestra vida social y algunas experiencias que pueden abrir puertas al reino de las tinieblas.

LA FAMILIA DE ORIGEN

La familia de origen incluye el padre, la madre, los hermanos, y si los abuelos y los tíos forman parte de la familia también deben ser incluidos, porque ellos influyen en forma directa en la vida del niño.

El niño nace como un bebé incapaz de protegerse y defenderse por sí mismo, y son los padres quienes están llamados a traer experiencias de gozo a su vida y defenderlo de aquello que le pueda causar dolor. No hay un sólo ser humano que pueda ser un padre perfecto o ideal, o que haga todo correcto, porque siendo todos nosotros miembros de una raza caída, nadie puede llegar a alcanzar la meta de ser los padres perfectos que se han propuesto.

Todo padre y madre lleva consigo los gozos y dolores de sus propias experiencias, y ellas influyen en la forma como se relaciona con sus hijos. Todo niño sufre traumas en algún momento de su vida, y la alternativa que tienen los padres es ser sensibles a sus dolores y aceptar al niño con lo que sienta y cómo lo expresa, animándole a hablar acerca de sus sentimientos y experiencias hasta que la herida sea sanada, o de lo contrario, en el futuro cuando este niño sea un adulto, tendrá heridas psicológicas que permanecerán sin sanar. En muchas familias estas heridas psicológicas o no han sido descubiertas, o no se le ha permitido al niño expresar, a su manera, el dolor que el trauma le ocasionó, con frases tales como: "Y no vayas a llorar otra vez" o "eso no fue nada, ya pasó". A veces los padres pueden sentir que algo no marcha bien en el niño, pero no pueden saber cuál es la causa del trauma. Quizás el niño no posee el vocabulario necesario para contar lo que le pasó, o en otros casos, los padres pueden haber sido precisamente las personas que causaron la herida, y el niño no tiene a quién recurrir para expresar sus temores y dolores. En la misma proporción y en las áreas en que las heridas son causadas en el hogar o no han sido descubiertas o sanadas, el hogar es lo que en psicología se define como "disfuncional", porque no es el lugar afectuoso, donde hay libertad para hablar, y sanador que Dios quiso que fuera. Casos de hogares disfuncionales son los que veremos más adelante en este capítulo.

Toda clase de maltrato en el hogar, tiene efectos duraderos en el niño y aunque el niño mismo quizás no haya sido maltratado, si ha oído o visto el maltrato físico o verbal del cual ha sido objeto la madre, el padre u otro miembro de la familia, ello traerá al niño las señales del maltrato y, sin duda, se culpará a sí mismo de lo que pasó. Piensa que, si hubiera sido un niño mejor, el papá o la mamá no se habrían comportado así o no hubieran tenido que sufrir por todo lo ocurrido.

Si estas experiencias se repiten, los niños se acostumbran a ellas, y este comportamiento llega a ser el modelo

básico de su propio comportamiento. Luego, al llegar a adultos, no tienen otras experiencias que puedan usar como patrones para su vida y por eso, se sentirán cómodos y en familia, relacionándose con otras personas que tengan el mismo comportamiento y hasta les parecerá que son personas que les estimulan y agradan. Es por esta razón que llegan a escoger cónyuges con las mismas dificultades, y así pasan los traumas que ellos vivieron a la siguiente generación.

Por esto es común ver a personas que han sido maltratadas cuando niños, escogiendo cónyuges que continúan el maltrato sin ni siquiera tratar de escapar de la situación, aunque eso sí, lamentan amargamente su situación. La persona que ha sido maltratada puede hasta abandonar a su cónyuge que es amable y cariñoso, para irse a vivir con otro que le maltrata y humilla, porque con el que era tan amable y cariñoso, se sentía aburrida, o sentía que no merecía tanto amor. La persona llega a sentir todo tan desconocido, tan fuera de lo que está acostumbrada y a la vez tan asfixante, que prefiere dejarlo para irse con otro que le trate mal, y además por quien puede sacrificarse para rescatarlo de la mala vida que ha escogido. Parece como si la persona estuviera encadenada a esta clase de vida masoquista.

Cuando Janet, criada en un hogar disfuncional, me contó la razón por la cual terminó con su novio, argumentó: "¿Por qué debo seguir con esta relación? El tiene todo bajo control, todos sus problemas están solucionados, él no me necesita. ¿Por qué debo ser su novia?"

MAYRA

La historia de Mayra es típica de alguien que fue criada en un hogar disfuncional. Mayra era la primogénita de ocho hijos; su padre era un alcohólico y la familia nunca sabía en qué condición llegaría él a casa; él les maltrataba física y verbalmente. Cada vez que esto ocurría, Mayra trataba de defender a su mamá y a sus hermanos. Era ella quien tomaba

la responsabilidad de mantener la familia junta, sacándolos constantemente de un desastre y otro.

Su madre era creyente y llevaba a todos los niños desde temprana edad a la iglesia. Mayra aceptó a Cristo como su Salvador cuando apenas tenía seis años y había asistido a la iglesia toda su vida. Estudiaba mucho y trabajaba al mismo tiempo, para pagar sus estudios en una universidad cristiana. Fue un día muy feliz para ella cuando logró graduarse y empezó a enseñar en un colegio.

Después de unos meses, ella se casó con un hombre que le amaba entrañablemente. El le animaba a que continuara sus estudios si era lo que ella quería, o si prefería, podría quedarse en casa o seguir trabajando; lo único que él quería *era formar un hogar estable, lleno de amor, y más tarde tener hijos.*

Extrañamente, la felicidad de Mayra no duró mucho, pronto se sintió inquieta y asfixiada. "El era demasiado bueno para mí", exclamaba. "Me sentía tan culpable que no pude quedarme, tenía que salir corriendo".

Después de dos años, Mayra no pudo aguantar más; se divorció y se fue a vivir con Steven, un drogadicto que prometió casarse con ella pronto. Compraron una casa, bajo la condición de que cada uno pagaría el cincuenta por ciento de su valor total; todos los gastos y todo el trabajo lo dividieron exactamente a la mitad. Cuando se acercó el día del matrimonio prometido, Steve olvidó todas las promesas que había hecho a Mayra y negó todo.

Muy pronto empezó el maltrato físico. Continuamente Steve acusaba a Mayra de que no aportaba suficiente al hogar, en tiempo, dinero y trabajo, a pesar de que si él no pagaba lo que le correspondía, ella pagaba todo para que los servicios no fuesen cortados. Cada vez que ella se sentía saturada de maltratos y decidía abandonarlo, él prometía dejar las drogas y casarse con ella. Aun, alguna vez alcanzó él a comprar los anillos, pero se negó a fijar una fecha para la boda.

Ahora, quince años más tarde, Mayra vino para consejería, quería arreglar su vida y encontrar el camino para volver a Dios. Estaba tratando de decidir si debía dejar a Steven, que en ese entonces además tenía una amante, pero ella aún le amaba, pensaba que quizás cambiaría si le daba otra oportunidad.

"No puedo creer lo que he hecho con mi vida. Yo estoy dejando a Steven tratarme como mi papá trataba a mi mamá", lloraba. "Siempre dije que nunca permitiría a un hombre tratarme así. Yo quiero casarme y tener hijos, pero en unos años voy a tener demasiados años para ello. Tengo que dejar a Steven; sé que no me conviene, pero, ¿qué pasará conmigo si lo dejo?"

Mayra tenía una educación y un trabajo muy bueno que fácilmente le hubiera permitido sostenerse por sí misma, sin embargo, se sentía encadenada al hombre que le hacía la vida tan inaguantable.

Después de varios intentos esporádicos de venir para consejería, Mayra dejaba de buscar ayuda y era porque una vez más Steven había dicho algo en cuanto al matrimonio que aunque muy vagamente, otra vez merecía, según ella, darle otra "última" oportunidad, "tal vez, tal vez, cambiará esta vez". Lo último que supe de Mayra fue que todo marchaba tan mal como antes, pero ella todavía estaba esperando. Mayra estaba realmente encadenada y no tenía el valor de permitir que se le quitaran las cadenas. El enemigo había construido en ella una fortaleza basada en los traumas de su niñez que fueron pasados de generación a generación.

FAMILIA PROPIA

Si los puntos débiles y las puertas abiertas no se cierran y sanan cuando la gente viene a Cristo, ellas continuarán pasando de generación a generación. La siguiente historia nos demuestra cómo estos puntos débiles y puertas abiertas al reino de las tinieblas continúan aún en generaciones de personas que desean nada más que servir a Dios.

JENNY Y ERIC

Jenny y Eric eran ambos hijos de una tercera generación de misioneros ya que sus abuelos habían servido como misioneros pioneros y sus padres siguieron sus pasos. Jenny y Eric esperaban muchos años de felicidad en su matrimonio.

En los primeros años todo marchó bien, hasta que nacieron sus dos hijos. Ahora tenían más responsabilidades y fácilmente se irritaban el uno con el otro. Entonces acordaron que para bajar la tensión, Jenny dejaría su trabajo para dedicarse a tiempo completo al cuidado de sus hijos y el hogar, pero aún así sus discusiones fueron de mal en peor. Un día, en un momento de intensa ira, Eric le pegó a Jenny. Instantáneamente él sintió remordimiento y rogó a Jenny que le perdonara, prometiendo nunca más volver a hacerlo. La cosas mejoraron por un tiempo y entonces todo se repitió otra vez. Eric volvió a llenarse de remordimientos y prometió nuevamente no volver a hacerlo.

Eric se volvió cada vez más irritable, echándole la culpa de todo lo que ocurría a Jenny; decía que su falta de sumisión le provocaba una ira tal, que no podía controlarse. En su desesperación, Jenny buscó a Dios y reconociendo que no era la esposa perfecta, decidió cambiar su manera de actuar. Sin embargo, no importaba lo que ella hiciera para cambiar y agradar a Eric, él siempre encontraba algo que le hacía irritar. Podía sentir la ira creciendo dentro de sí hasta que no podía controlarla y la menor cosa lo hacía estallar. Con el paso del tiempo, los niños también llegaron a ser objetos de su ira.

Eric pasaba mucho tiempo en su trabajo; en la casa, la mayor parte del tiempo lo pasaba trabajando en el sótano, alejado de la familia. Los domingos asistían juntos a los servicios en la iglesia, pero el resto del día Eric dormía o se iba a su trabajo en el sótano; cualquier intromisión en su tiempo hacía estallar su ira. Jenny le rogaba que buscara ayuda, pero él no quería. Al fin y al cabo, siempre decía, que

el problema era ella: si ella fuera una esposa más sumisa no tendrían ningún problema.

Finalmente Jenny vino sola a buscar ayuda. Ella me contó la siguiente historia: Los abuelos de Jenny se criaron en familias muy rígidas. Después de sus conversiones y tan pronto les fue posible, salieron para el campo misionero. La vida de los misioneros era difícil en aquel entonces, porque el trabajo siempre tenía que tomar el primer lugar y la familia el segundo. A los niños los mandaban a estudiar a lugares lejanos sin poder ver a sus padres hasta un año después, y como si fuera poco, al finalizar la primaria, tenían que quedarse con parientes en el país de sus padres hasta que ellos volvieran seis o siete años más tarde. Cualquier indicio de llanto o temor era visto como falta de dedicación a la obra de Dios.

La madre de Jenny se casó y volvió al campo misionero antes de cumplir los veinte años, aún no estaba preparada emocionalmente para ser esposa y madre. Ella se sentía muy afectada por las demandas de sus cuatro hijos. Muchas veces Jenny oía a su mamá decir que hubiera preferido no haber tenido hijos.

Sus padres enseñaban en un Instituto Bíblico, y Jenny y su hermano permanecían solos en la casa por largo tiempo, mientras la madre enseñaba sus clases. Por la incapacidad de la madre para realizar su función de esposa y madre adecuadamente, hubo muchas peleas y discusiones entre los padres.

Su padre tenía mucha paciencia enseñando a otros, sin embargo, si uno de sus hijos no comprendía lo que trataba de explicarle, siempre salía enojado, diciéndoles que no iba a malgastar su tiempo si no querían aprender. Los que veían la familia desde afuera, pensaban que era una familia amorosa y dedicada, porque así parecía.

Muchas veces, Jenny se rebeló en contra de sus padres en su corazón, pero nunca se atrevió a hacer o a decir algo hasta después de dejar la casa para ir a la universidad. Al llegar allá se rebeló en contra de todo lo que sus padres le

habían enseñado en cuanto a sus creencias y comportamiento. Su estado de rebelión llegó a tal grado, que estuvo a punto de ser expulsada de la Universidad cuando conoció a Eric. Jenny creyó que en Eric había encontrado la persona con quien podría al fin tener un hogar feliz.

De otro lado, el abuelo de Eric era hijo de una familia de alcohólicos. El padre de la familia les maltrataba físicamente de una manera muy cruel. El abuelo de Eric, después de pasar los años de su juventud en lo más hondo del alcoholismo, por la gracia de Dios, fue convertido milagrosamente y nunca más volvió a probar el alcohol. Al convertirse, inmediatamente sintió el llamado al campo misionero. Lo único que le hizo demorar sus planes fue conseguir la preparación mínima que debía tener para llenar los requisitos antes de salir.

El abuelo mantuvo su familia bajo su rígido control, su trabajo siempre estaba en primer lugar de importancia, aun en tiempos de necesidad o enfermedad. Aunque no volvió a tomar alcohol, la rigidez de su personalidad alcohólica aún permanecía, pero ahora se escondía detrás de la religión.

El padre de Eric siguió las pisadas del abuelo, y después de la preparación mínima requerida, salió al campo misionero con su nueva esposa. Pronto les llegaron cuatro hijos. Doris, la hermana de Eric que también había venido para consejería, recordaba su propia imagen temblando en su alcoba junto con sus tres hermanos, mientras escuchaban las horribles discusiones de sus padres en el otro cuarto. Si algún amigo se acercaba a la puerta de la casa, el tono de sus voces de repente volvía a ser muy suave y dulce hasta que esa persona se iba, entonces volvían a ponerse furiosos. Luego, cuando los niños tuvieron que irse a estudiar lejos del hogar, y Doris se marchó, lloró por varios años, sin que nada ni nadie pudiera consolarla.

"Todos pensaban que era porque mis padres me hacían mucha falta", dijo Doris. "No era que me hicieran tanta falta, era que tenía mucho temor de lo que podría estar sucediendo en mi casa, ya que yo sabía cuánto se podrían lastimar ellos

mutuamente. Nunca pude contarle a nadie por qué era que yo lloraba tanto.

"Eric era dos años menor que yo. Recuerdo que mi papá le pegaba tan horriblemente que yo no podía aguantar siquiera mirarlo. Mi padre murió hace unos años y desde entonces Eric no puede recordar nada de eso".

"¿Por qué no hizo la misión algo acerca de todo eso?", le pregunté.

"Nunca se dieron cuenta", contestó. "Ambos parecían tan dedicados y como mi papá era muy respetado en las iglesias y la misión, ninguno de nosotros nos atrevimos a decir nada a nadie de lo que pasaba en nuestro hogar".

Mientras Jenny me contaba su historia, era muy claro para mí que estaba frente a un caso de un hogar disfuncional, ya que no había provisto el amor, la protección, el perdón, o el elogio que cada niño necesita para desarrollarse bien y que había pasado de generación a generación, su hogar no había sido uno donde existe el afecto, donde hay libertad para hablar, y sanador como Dios quiso que fuera. Ya no se ingería licor en este hogar, pero la personalidad alcohólica, sí seguía pasando de generación a generación. Las cadenas de la personalidad alcohólica rígida y abusiva, no habían sido rotas y en el área de la vida social todavía quedaban ataduras terribles y profundas, aunque se negaran a aceptar la presencia de sus problemas.

Jenny creía que la mayor parte de su problema con Eric era culpa de ella, pensaba que debía existir algo que ella hacía que le provocaba en alguna forma, pero nunca pudo descubrir cuáles eran las cosas que a él lo encolerizaban; cualquier cosa que Jenny hacía, podría ser calificada como falta de sumisión. Aun en momentos cuando ella tenía los niños tranquilos y se comportaba dulcemente con él, su ira explotaba; a veces parecía como si exactamente su actitud dulce y sumisa fuera lo que le irritaba, aunque él decía que precisamente esa sumisión y dulzura de ella era lo que él quería.

Oramos juntas y atamos el enojo, la ira, y el maltrato que se manifestaban en Eric. Como Eric rechazaba buscar ayuda, sólo pude trabajar con Jenny tratando de prepararla para la batalla espiritual que le esperaba. Definitivamente esta clase de vida que ellos estaban viviendo, no era lo que Dios quería para su matrimonio. Siendo "sumisa" a su pecado de maltrato, bajo ninguna circunstancia terminaría su pesadilla. Dios dijo por medio del profeta Malaquías (capítulo 2:16), que El odia el divorcio y al hombre que se cubre o cubre a su esposa con violencia. Dios detesta el maltrato y el divorcio de igual manera, su plan es que las familias vivan juntas en armonía, paz y gozo.

En este caso, Eric era un creyente, se había entregado de niño a Cristo y quería servirle. Después de cada explosión de ira, siempre se arrepentía profundamente, le pedía perdón y prometía nunca volver a hacerlo.

"En el momento que él esté dispuesto a escuchar", le dije, "es cuando tú tienes que actuar en el poder del Espíritu Santo. Tú puedes ayudar a Eric a renunciar al enojo y al maltrato que dominan su vida y echarlos fuera en el nombre de Cristo Jesús de Nazaret. En su nombre, tienes que cerrar todas las puertas que heredó de generaciones pasadas y también las que han sido abiertas por su propias acciones. Entonces, pide al Espíritu Santo que El mismo llene cada parte de la vida de Eric con su poder, para que ninguna parte de su vida permanezca desocupada y pueda más tarde ser presa del enemigo".

Jenny hizo todo lo que le dije: a la siguiente ocasión que Eric sintió tanto remordimiento por lo que había hecho, ellos ataron y echaron fuera toda la maldad que le estaba controlando. De repente, Eric trató de vomitar y por poco se desmaya. En ese momento sintió que algo maligno salía de él. Entonces cerraron las puertas en su vida que se habían abierto al reino de las tinieblas y pidieron al Espíritu Santo que le llenara con su poder.

Después de esta experiencia, cada vez que venía la tentación de frustrarse y enojarse, Eric aprendió a decir a la tentación: "En el nombre de Cristo, le ordeno que se aleje de mí. No le doy más lugar en mi vida; yo pertenezco a Cristo. Cristo, me abro a Ti; dame Tu paz y Tu amor".

Jenny y Eric se mudaron lejos a otra comunidad y Jenny no pudo volver más a consejería y sólo le vi una vez más, meses más tarde.

"Las cosas han cambiado", me dijo. "Eric ha cambiado. Todavía hay algunas veces que se siente tentado a enojarse, pero él está aprendiendo que su única arma efectiva es el nombre de Cristo. Cualquier otro esfuerzo que haga es inútil, solamente en el nombre de Jesús, él puede permanecer libre. ¿Sabes algo? A través de todo este proceso, Dios me está mostrando nuevas áreas de mi vida que necesito abrirle a El".

Eric y Jenny también cerraron las puertas abiertas en la vida de Jenny y oraron por sus niños, cerrando en sus vidas las puertas abiertas al reino de las tinieblas que ya habían pasado a la generación de ellos y también oraron por las siguientes generaciones.

En Eric y Jenny, Dios estaba rompiendo las cadenas que habían pasado de generación a generación y hubiera seguido pasando a las siguientes. Ahora pueden, como Abraham y Sara, ser la primera generación de una serie de familias que pasarán bendiciones de generación a generación.

En el capítulo siguiente veremos otras partes de nuestra vida social.

CAPITULO 7

Más puertas abiertas en la vida social

En este capítulo continuaremos mirando otras áreas de nuestra vida social que pueden estar abiertas al reino de las tinieblas.

RELACIONES EN LA IGLESIA

El plan de Dios es que nosotros, sus hijos, nos relacionemos como grupo en una iglesia para alimentar nuestra vida espiritual. Los ejemplos que siguen demuestran cómo puntos débiles y puertas abiertas pueden evitar que esa relación se establezca.

SAMUEL

Samuel no crecía en su vida con Cristo, a pesar de que sus padres eran creyentes y anhelaban ver a sus hijos siguiendo al Señor. Samuel, el mayor, había aceptado a Cristo cuando tenía apenas nueve años.

El sabía que Dios le estaba llamando a ser misionero, pero él no quería serlo ya que las cosas de este mundo le atraían en gran manera y no podía dejarlas. Tres veces había rededicado su vida a Dios y dos veces había vuelto a su vieja vida. La última vez que Samuel volvió a Dios, él supo que

no podría luchar más en contra de su llamamiento, e inmediatamente se matriculó en el seminario para prepararse para el ministerio.

Sin embargo, aun estudiando la Biblia y preparándose para ser misionero, en lo más profundo de su ser había dudas que plagaban su mente en cuanto a si Dios realmente existía y si realmente la Biblia era la palabra de Dios; cualquiera que fuese el esfuerzo que hiciera por tratar de deshacerse de ellas, era inútil porque estas dudas básicas permanecían.

Cierto día, un evangelista itinerante visitó el seminario y les habló acerca de los efectos que podía tener en la vida de un creyente todo contacto con espiritismo, ellos podrían ser: aversión a la lectura de la Biblia, incapacidad de echar raíces en una iglesia local y dudas profundas en cuanto a la veracidad de la Biblia. Y agregó que ellos no sólo podían aparecer como producto de contactos personales con el ocultismo sino también a través de contactos que los padres o los abuelos hubieran tenido.

Samuel sintió como si el evangelista estuviera hablando precisamente de su caso, a pesar de que aun en los tiempos en que había estado lejos de Dios, él nunca había tenido nada que ver con ocultismo; por lo tanto, decidió preguntarle a su madre si algo de esto pudo haberse presentado en generaciones pasadas.

"Sí", le contestó su mamá, "hubo un incidente. Antes de entregar mi vida a Cristo, yo acompañé a una amiga mía a una reunión donde a través de brujería, hicieron a una mesa "tipiar" un mensaje. Yo no tomé parte directa en la ceremonia, ni siquiera creía en eso y después de llegar a ser creyente yo renuncié a todo eso".

Aunque la madre de Samuel había renunciado a esta experiencia, ella no supo nada acerca de los efectos que esta experiencia podría tener sobre sus hijos y por lo tanto no cerró las puertas a las generaciones venideras.

Cuando regresó al Seminario, Samuel pidió a sus amigos que oraran por él para deshacer los efectos de la expe-

riencia de su madre, y también para cerrar las puertas que podrían pasar a las generaciones venideras. Desde este día en adelante la vida de Samuel cambió; ahora las dudas no podían apoderarse más de él y llegó a ser un buen misionero que llevó mucha gente a Cristo. Dos de sus hijos ministran activamente en la iglesia.

Mientras fundábamos una iglesia en el norte de Colombia, notamos que los nuevos creyentes siempre llegaban a un punto en su crecimiento espiritual y luego se estancaban; la mayoría de ellos sencillamente no progresaban más en su vida con Cristo, mientras otros volvían atrás, al mundo, acompañado todo esto por una creciente ola de chismes y peleas en toda la iglesia.

Al escuchar las historias de sus vidas, nos dimos cuenta del altísimo porcentaje de personas involucradas en espiritismo y otras prácticas de ocultismo que había entre ellos, entonces empezamos a preguntar a cada uno acerca de sus contactos con ocultismo. De centenas de personas con las cuales yo personalmente hablé, no hubo sino una persona que pudo decir que nunca había tomado parte en alguna forma de rito oculto, aunque tenía un tío que vivía en la misma casa, que sí practicaba el espiritismo. Fue allí donde Dios nos enseñó la importancia de cerrar en la vida de cada uno las puertas que se han abierto al reino de las tinieblas. El impacto que esto tuvo en el crecimiento espiritual de los creyentes fue notable, rompió lo que les paralizaba y llegaron a nuevos niveles de acercamiento con Dios.

Otro síntoma de que existen puertas abiertas en la vida de alguien es cuando las personas sencillamente no pueden echar raíces en una iglesia y sentirse "en casa", y más bien siempre encuentran algo malo en el pastor, en los miembros, o en su forma de alabar, y salen en busca de otra iglesia mejor. De otro lado, también hay creyentes que no se dan cuenta si su iglesia ha caído en una doctrina errónea, o que su iglesia está tan muerta que ellos mismos están muriendo; Leonor es un ejemplo de este problema.

LEONOR

Leonor estaba tan atada a su pastor, que le siguió a él y a su familia cuando salieron de una iglesia viva y creciente, para entrar de lleno en una secta falsa. Nada de lo que le dijimos y aconsejamos tuvo efecto alguno. En ese tiempo aún no habíamos aprendido referente a cerrar puertas abiertas al reino de las tinieblas.

La última noticia que tuvimos de ella fue que el "pastor" había proclamado la fecha del regreso del Señor Jesucristo, y había pedido a sus feligreses que vendiesen todo y trajesen el dinero a su iglesia para prepararse para su venida. Pasada la fecha y al ver que nada ocurría, él informó a la gente que Cristo, sí había regresado pero no de la manera que él había pensado que sería; según él, Jesucristo había aterrizado en Guatemala y lentamente estaba viajando a través de América Central hacia el sur de Colombia, y establecería su Sede en la iglesia de ellos desde donde iba a reinar sobre todo el mundo, y solamente los que fueran miembros de la iglesia de él podrían reinar con Cristo.

En todo esto, Leonor seguía a su pastor ciegamente, no así su esposo que nunca quiso tener nada que ver con ellos, rogándole más bien a ella que se saliera del grupo. "La Biblia dice que debemos obedecer a nuestros pastores", decía Leonor. Ella era totalmente incapaz de distinguir entre un pastor verdadero y uno que enseñaba doctrinas falsas. Lo que verdaderamente necesitaban Leonor y su pastor era cerrar las puertas abiertas en sus vidas al reino de las tinieblas.

RELACIONES ENTRE AMIGOS

Otra parte de nuestra vida social que puede tener puertas abiertas, es el área de nuestras amistades. Todos necesitamos amigos, porque Dios nos hizo personas sociables; sin embargo estas relaciones también han sido afectadas por la perdición de la raza humana. Aquí también hay dos extremos en los cuales nos podemos encontrar: De un lado hay gente que sencillamente no puede relacionarse con otros y por tanto se

aíslan, por temor a lo que pueden hacerle a los demás, u otros por temor a lo que los demás pueden hacerles a ellos mismos. De otro lado, se encuentran los que no pueden permanecer solos y siempre tienen que estar en compañía de alguien.

Janet estaba segura que era una persona tan mala que contaminaría a todos los que fuesen sus amigos. Aunque era creyente por años, pensamientos de suicidio le plagaban, pensaba que le haría al mundo un favor al dejar de existir; sólo que el pensamiento de enfrentarse al Señor Jesucristo después de suicidarse, le guardaba de llevarlo a cabo.

VIOLETA

Violeta estaba en el otro extremo con sus amistades; ella no aguantaba quedarse sola. Violeta se casó cuando tenía apenas diecinueve años y a los veinte ya tenía una hija, y su esposo había sido encarcelado. Ella visitó a su esposo fielmente durante un año, entonces decidió que no podía aguantar más viajar tanto y se divorció.

Sin embargo, Violeta no podía soportar quedarse sola y se fue a vivir con un drogadicto que le prometió casarse con ella. Juntos fumaron marihuana y pelearon por cinco años, entonces él la dejó. Violeta se sintió destruida y decidió solicitar consejería.

Aunque llevamos todos sus traumas del pasado a Cristo para ser sanados, su terror a quedarse sola no desaparecía y desde que su amante le había abandonado, fue tal el impacto, que decidió buscar a alguien que cuidara a su hija mientras ella se reunía con sus amigos, ya que sólo pensar que no los vería le llenaba de pánico. Su hija, que tenía seis años, empezaba a ser rebelde y nerviosa como resultado de sus inseguridades.

Cuando cerramos las puertas abiertas al reino de las tinieblas en la vida de Violeta e hicimos a Cristo, rey de cada parte, ella pudo luchar en contra de los impulsos de salir corriendo en busca de sus amigos y pudo pasar más tiempo con su hija, profundizó en su vida devocional y empezó a sentirse más "en casa" en su iglesia.

Con el paso del tiempo, Violeta se dio cuenta que ella había escogido amigos que estaban llevando su vida al desfiladero, todos ellos tenían que ser "rescatados" de sus problemas en alguna forma. Aunque muchos de ellos habían tomado la decisión de seguir a Cristo, todos todavía ingerían alcohol o usaban drogas. Violeta había pensado que estaba ayudándoles a dejar sus adicciones y problemas y esto le daba un sentido de valor.

Ahora se daba cuenta de que lo que realmente había sucedido era lo opuesto, en vez de ella ayudarles a solucionar sus problemas, ellos le habían llevado a fumar marihuana cada vez que se reunían. Su necesidad de "rescatar" a alguien para darse un sentido de valor, había encadenado su vida y la había llevado a caer cada vez más.

Sólo fue después de cerrar las puertas abiertas al reino de las tinieblas, que Violeta pudo distinguir entre personas que le ofrecían una amistad que le haría crecer y las que su amistad le llevaría hacia abajo.

ACTITUD HACIA EL TRABAJO Y LOS ESTUDIOS

Como hemos visto, los seres humanos tenemos una fuerte tendencia a vivir en un extremo u otro, y el trabajo o los estudios es otra área social donde tenemos grandes dificultades para permanecer equilibrados; o llegamos a ser vagos o "trabajólicos".

Podemos utilizar el trabajo para evadir enfrentarnos a otras responsabilidades, o, en el otro extremo, hay personas que usan cualquier cosa como excusa para no estudiar o para salir del trabajo.

JAMES

James no pudo continuar sus estudios en el Seminario porque no terminaba sus trabajos de investigación, era muy inteligente pero nunca podía dedicar tiempo a estudiar. Tuvo que retirarse por un semestre para terminar los trabajos que debía haber terminado el año anterior. Habían pasado dos años desde su retiro sin que James hubiera siquiera empeza-

do los trabajos, cuando él vino buscando ayuda a través de la consejería.

"¡Sencillamente no puedo hacer el trabajo! ¡Sé que no puedo!", me dijo.

"¿Cómo lo sabes?", le pregunté.

"Es que cada vez que me siento para empezar a escribir, siento como si algo me dijera: '¿Quién crees que eres tú? Tú no puedes hacer eso, ¡no hay manera alguna en que puedas hacer eso esta noche! Espera hasta mañana, ahora estás demasiado cansado'. Sencillamente no hay nada que yo pueda hacer en contra de eso".

James fue muy infeliz en su niñez, había sido maltratado física y psicológicamente. Su padre se divorció de su madre y les dejó solos y sin amparo. Desde que tuvo ocho años, James tomó la responsabilidad de cuidar a sus dos hermanas mientras su madre entraba y salía de clínicas psiquiátricas.

A pesar de todo eso, la madre tocaba el órgano en su iglesia y enseñaba a sus hijos acerca de Dios cuando estaba fuera de la clínica psiquiátrica. James siempre quiso servir a Dios, para que su vida estuviera dedicada a Su causa, pero ahora parecía que su crecimiento espiritual se había estancado.

Cuando llevamos sus traumas psicológicos a Cristo para sanidad, me di cuenta que la presencia constante de malos, enfermedades mentales y falta de protección había dado lugar al enemigo para construir sus fortalezas. Juntos oramos a través de cada área de su vida, cerrando las puertas abiertas al reino de las tinieblas y declarando a Cristo rey de cada parte.

Establecimos fechas determinadas para la investigación y para el tiempo de escribir cada trabajo. James tenía que cambiar sus hábitos de estudio pero ahora podía luchar en contra de los hábitos y pensamientos pasados.

"Ahora cuando viene el pensamiento que me dice que no puedo hacer el trabajo, lo veo como una tentación y le

ordeno que se vaya en el nombre de Cristo, enseguida me siento y empiezo a escribir".

Durante este tiempo, James conoció y se comprometió con una creyente muy especial y se amaban entrañablemente. Entonces él se encontró con la misma clase de sentimientos que se había enfrentado anteriormente con los trabajos de investigación, pero ahora frente a la posibilidad de casarse.

"No sé si estamos listos para casarnos", dijo James un día cuando vino para consejería. "Tal vez debemos esperar un tiempo, tal vez no somos lo suficiente maduros para casarnos".

"¿Cuántos años tienes, James?", le pregunté.

"Treinta y tres".

"¿Y Jane?"

"Treinta y dos".

"James", le pregunté, "¿tú de veras crees que van a madurar más por esperar cuatro meses?"

James se quedó pensativo por un tiempo, y lentamente contestó: "No, sé que no. ¿Sabes lo que creo que es? Creo que es otra tentación para no recibir lo bueno que Dios quiere darme".

"¿Más o menos como no hacer los trabajos de investigación para que no pudieras recibir tu grado?"

Otra vez se quedó pensativo, perplejo por el descubrimiento. "Sí", al fin admitió. "Es que era demasiado bueno para mí, no lo merecía; y así también ha sido con mi trabajo, ni siquiera he podido buscar un buen empleo, siempre sentí que Dios me decía que tenía que tener un trabajo con el cual apenas ganara lo necesario para vivir y un carro para llegar a mi trabajo, pensaba que el carro que debía comprar tenía que ser tan viejo que cuando lo compré me costaron tanto las reparaciones que no me quedó nada para ropa y comida".

"Pues, ahora ¿qué vas a hacer con esos pensamientos?", le dije.

"Tengo que verlos como tentaciones y ordenarles que se alejen en el nombre de Cristo".

Quince días antes de la boda, James terminó su último trabajo de investigación y era libre para recibir la cosas buenas que Dios quería darle; empezaba a creer que Dios de veras le tenía pensamientos de bien y no de mal, para darle esperanza y un futuro (Jeremías 29:11).

Personas como James que han tenido una niñez muy difícil, casi siempre sienten que no pueden tener cosas buenas, creen que si tuvieran cosas buenas, sin duda llegarían a ser orgullosos o hasta llegarían a olvidar a Dios.

Se les olvida que Dios no se siente honrado si sus hijos viven como si su Padre Celestial fuera un padre miserable que se deleita en ver a sus hijos rebajados a la miseria. Con eso, no quiero decir que sencillamente porque somos creyentes vamos a ser ricos, pero sí quiero decir, que Dios no es honrado si no podemos recibir cosas buenas de El. Esto nos lleva al tema de nuestra condición económica.

LA CONDICION ECONOMICA

Hay personas que trabajan y trabajan y sin embargo parece que siempre estuvieran a punto de la bancarrota, pueden ganar mucho dinero pero por alguna razón todo siempre parece que desapareciera sin nadie beneficiarse de ello, mientras que otras personas parece que nunca pueden ganar lo suficiente para suplir sus necesidades.

Quizás por un tiempo las cosas parecen mejorarse, cuando de repente todo lo que ganaron desaparece y no importa cuán duro han trabajado, o cómo han tratado de suplir sus necesidades, de alguna manera todo termina en un desastre; mientras que en el otro extremo está la gente para las que el oro ha llegado a ser su dios. La historia de Verda nos demuestra esta clase de personas.

VERDA

Verda había tenido dos trabajos a la vez desde que era jovencita y lo hacía para ganar dinero y con ello adquirir cosas lujosas que le daban sentido de valor; cuando conoció

a Larry, un hombre de negocios, joven, con promesas de llegar a ser muy rico, se juntaron y luego se casaron.

Poco tiempo después que Verda entregara su vida a Cristo, su condición económica empezó a cambiar; ya no podría quedarse con sus dos carros Mercedes Benz, los abrigos de piel, ni las joyas lujosas. Cuando estas cosas materiales desaparecieron, una por una, Verda oró vez tras vez: "Haré cualquier cosa, Señor, cualquier cosa; pero por favor, no permitas que nos volvamos pobres".

"Verda, ¿qué quieres decir con 'volvamos pobres'?", un día le pregunté. "Pues, yo no puedo dejar de hacerme mis mascarillas faciales cada semana, ¡qué fea me vería con vellos en toda mi cara!, y tampoco podríamos renunciar a nuestro caballo de carreras o el poney de nuestra hija y sus lecciones de equitación".

"¿Qué te pasaría si tuvieras que dejarlo todo?", le pregunté.

"Entonces seríamos igual que las demás personas que viven en la pobreza y entonces no habría nada especial en nosotros".

Estos dos extremos: la necesidad de ser rico o la necesidad de ser pobre, puede indicar que hay puertas abiertas al reino de la tinieblas y ninguno de ellos concuerda con la oración: Señor, no me des pobreza ni riquezas; no sea que me sacie, y te niegue, o que siendo pobre, hurte (Proverbios 30:8-9). ¡No! Estos extremos son señales de la presencia de puertas abiertas al reino de las tinieblas.

NUESTRA IDENTIDAD NACIONAL, RACIAL Y SOCIAL

Raramente nos damos cuenta de nuestra vulnerabilidad al reino de Satanás en esta área: Hablamos de la lealtad a "Dios y a la patria", "Sirvo a mi patria y a mi partido político, correcto o equivocado", y se nos olvida que, como creyentes, nuestra ciudadanía está en el cielo (Filipenses 3:20). ¡Cuántos daños se han ocasionado en la vida de personas sin razón

alguna, sencillamente por su nacionalidad, su clase social o por el color de su piel!

Si pertenecemos a un país o clase social dominante, o somos de raza blanca o menos trigueña, en alguna forma ha sido infundido en nosotros que somos los que por naturaleza hemos recibido la capacidad de administrar mejor las cosas para que permanezcan en orden, y sin nosotros irían al caos. El resto de la gente, países y clases sociales tienen que en alguna forma llegar a ser como nosotros para alcanzar la posición y condición de "bendecido por Dios", que es de nosotros por herencia y nunca se nos ocurre que tal vez otros países, otras gente o clases sociales no quieren llegar a ser como nosotros, y nuestra manera de actuar les puede parecer no deseable o molesta. Esto abre grandes puertas al reino de las tinieblas y guía a sentimientos de superioridad, racismo, nacionalismo, subyugación de otras personas, guerras y más y más, sin fin. Estas puertas tienen que ser cerradas en el nombre de Cristo Jesús, para que podamos servirnos los unos a los otros, cada uno estimando a los demás como superiores a él mismo (Gálatas 5:13; Filipenses 2:3).

Si pertenecemos a un país o clase social dominada, o somos de raza más pigmentada o trigueña, muchas veces damos por hecho que se nos trata como un número, sin darnos la más mínima importancia o que se nos mira como ciudadanos o personas que pertenecemos a una clase social de segunda categoría, que no podemos distinguir y decidir lo que es bueno para nosotros mismos o que nuestras ideas no tienen valor. Esto puede convertirse en odio hacia los que creen que están haciendo algo bueno por nosotros y nos sentimos impotentes de expresar este odio por temor a las consecuencias, o puede ser que al tratar de adaptarnos a como dé lugar a lo que el país, la raza, o clase dominante dice o cree implícitamente acerca de nosotros, hasta lleguemos a pensar que quizás realmente tienen razón y entonces terminamos menospreciándonos u odiándonos a nosotros mismos.

Ambos extremos, y muchas posiciones entre los dos, abren puertas al reino de las tinieblas y tienen que ser cerradas, para que podamos llegar a conocer nuestra verdadera posición en Cristo Jesús, como personas de gran valor y que están equipadas para toda buena obra. Como hemos visto, estos puntos débiles y puertas abiertas pueden llevarnos a través de generaciones pasadas, o pueden ser abiertas por algo que nosotros mismos hayamos hecho, por algo que nos hayan hecho, o por algo con lo cual hayamos tenido contacto. En el próximo capítulo detallaremos algunas de estas situaciones.

CAPITULO 8

Fuentes de contacto

Si llegaran a existir puertas abiertas al reino de las tinieblas en la vida de alguien, también habrá datos en su historia que nos darán señales de la presencia de ellas. En este mundo caído sentimos la necesidad de una ayuda que va más allá de lo que un ser humano puede ofrecernos; para conseguir fama, fortuna, información, protección, amor, o venganza, buscamos poder en muchas fuentes, pero Dios quiere que le busquemos a El y su justicia (Mateo 6:33), y entonces El suplirá todas nuestras necesidades.

Sin embargo Dios no siempre contesta nuestras oraciones de la manera en que quisiéramos, y cuando esto sucede sentimos la tentación de buscar ayuda en alguna otra fuente de poder y eso puede llevarnos a tener contacto con el ocultismo.

La búsqueda de ayuda en un poder diferente al de Dios, es una señal de la presencia de puertas abiertas al reino de las tinieblas en la vida de quien lo hace.

Cuando participamos en el ocultismo, tenemos contacto con algo que es abominación para Dios. Deuteronomio 18:10-12 dice: *No sea hallado en ti quien ... practique adivinación, ni agorero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas...*

Los ejemplos siguientes nos muestran algunas de las vías sutiles en que podemos llegar a tener contacto con ocultismo y así abrir nuestras vidas al reino de las tinieblas. Hay mucha gente que por ignorancia cae en estos peligros inminentes en el diario vivir.

TELEVISION, LIBROS, Y JUEGOS

Algunas vías sutiles que nos ponen en contacto con ocultismo, espiritismo o aún con satanismo son: ciertos libros, programas de televisión o películas que demuestran secciones de espiritismo u otros ritos, o películas pornográficas o de horror. Esto nos introduce a nosotros y también a nuestros hijos a las cosas "abominables" igual que si hubiésemos participado en los ritos o en el horror que hemos visto, porque nos da una experiencia vívida y nos hace "entrar en la dimensión del ocultismo."

Otra vía de contaminación es a través de juegos con los cuales nosotros o nuestros hijos nos divertimos, por ejemplo: el juego electrónico "Dungeons and Dragons" ("Calabozos y Dragones"), que empieza cazando dragones con armas y rezos sencillos, sin embargo, en cada nivel los rezos y poderes usados para entrar a los calabozos contienen más rasgos de espiritismo, y los dragones que la persona mata para recibir más poder de ellos tienen la apariencia de demonios hasta en los últimos niveles. La persona formula sus propios encantos y recibe poderes del jefe supremo. Cuando el objetivo del juego es ganar poder por medio de ritos mágicos, o si matar a un animal o a una persona hace al que juega más poderoso, sabio o capaz y luego con ese poder o sabiduría gana el siguiente enfrentamiento y así sucesivamente, estamos tratando con algo que es muy peligroso.

Los seres humanos hemos sido creados para ser llenos de poder proveniente de afuera de nosotros; este poder debe venir solamente de Dios por medio del Espíritu Santo, por lo que Cristo hizo por nosotros en la cruz. Cualquier otro poder u otra vía para recibir poder al cual nos exponamos, no

viene de Dios y si lo hacemos, quiere decir que nos hemos puesto a la disposición del enemigo.

Un momento, podríamos protestar, ¡es apenas un juego! Eso puede ser verdad, sin embargo, si para participar en un juego tenemos que descubrir y usar poderes adicionales a los que tenemos por naturaleza, ya no estamos "apenas" jugando, sino que estamos usando poderes sobrenaturales que vienen de afuera de nosotros, ya no es cuestión de mejorar nuestras destrezas por el uso o el ensayo de nuestras capacidades naturales, sino que estamos tratando con poderes sobrenaturales fuera de Dios.

LA MUSICA "HEAVY METAL"

La música "heavy metal" es otra vía de contaminación, porque muchas de las letras glorifican a Satanás, al satanismo, el suicidio, el matar, etcétera. Hay grupos que han hecho pactos con Satanás para asegurarse fama y fortuna. Esta clase de música guía a quienes la escuchan a pensar en la maldad como si fuera algo bueno y deseable. Músicos jóvenes y principiantes como Ricky, nos muestra lo que ocurre con alguien que trató de componer su propia música siguiendo este ideal.

RICKY

Ricky tenía doce años cuando Marsha, su madre, le trajo para consejería; ella no podía entender qué le había pasado a su hijo que antes era extrovertido y juguetón. En cuestión de meses, Ricky se había vuelto malhumorado y hosco, poco comunicativo con la familia, y cuando hablaba, no miraba a los ojos. Sólo se franqueaba con sus amigos del colegio pero lo hacía de un manera sombría y cínica.

Años atrás él había entregado su vida a Cristo, era muy activo en la escuela dominical y en las otras actividades de su iglesia; ahora no quería escuchar ni siquiera algo relacionado con Dios. Sin embargo, a veces buscaba refugio en los

brazos de Marsha, como si anhelara hablar con francamente con ella, pero no podía.

Ricky era un niño con gran talento musical y había formado un grupo musical con otros niños de su colegio. Sus padres estuvieron felices de verlo tan interesado en su música hasta que observaron que comenzó a cambiar, entonces se alarmaron. Al principio pensaron que era el comienzo de la adolescencia y que con el tiempo todo volvería a la normalidad.

Ellos se alarmaron aun más cuando Marsha encontró un cuaderno lleno de letras de canciones que Ricky había compuesto; ellas hablaban de las glorias del suicidio, pactos de sangre y cosas dedicadas a Satanás, y en los márgenes del cuaderno había dibujos de demonios y Satanás. La alcoba de Ricky permanecía cerrada, oscura y llena de cuadros de los músicos de "heavy metal". De otro lado el colegio les informó que las notas de Ricky estaban bajando.

Cuando por primera vez vi a Ricky en mi oficina, parecía retraído y desafiante. ¡No quería estar allí! y había venido solamente porque la mamá le había hecho venir.

Los padres de Ricky habían aceptado a Cristo como Salvador poco después de su matrimonio, pero ambos se habían apartado de los caminos del Señor, y sus vidas de creyentes habían llegado casi a extinguirse. Más tarde, Marsha había rededicado su vida y quería seguir al Señor con todo su corazón, pero su esposo no quiso y pasaba horas y horas fuera de la casa atendiendo sus negocios. A través de los años él había llegado a ofender verbalmente a Marsha y humillaba y menospreciaba a Ricky cada vez que tenía oportunidad; mientras más se retraía Ricky más ofensivamente su padre se comportaba.

"Tenemos que ayudar a Ricky", me dijo Marsha, después que su hijo salió de mi oficina, "pero ¿qué puedo hacer yo si mi esposo no quiere buscarle ayuda?"

"¿Está él en contra de conseguir ayuda para Ricky?"

"No", contestó, "pero ¿qué puedo hacer sin él?"

Después de hablar con ella, Marsha decidió ayunar en las mañanas, por Ricky y la situación de la familia; después que los niños salían para el colegio, ella pasaba un tiempo orando por ellos. Como durante ese tiempo casi no podíamos llegar a Ricky, Marsha y yo atamos y echamos fuera la maldad que obraba en él, y desatamos la capacidad de desear cambiar y comprender cuán terrible era la maldad que estaba apoderándose de su vida. Así también oramos por su padre y sus amigos.

"Ricky todavía es un niño", le dije a Marsha, tú eres responsable de tomar la última decisión en cuanto a lo que él puede ver y hacer en su casa y en su alcoba, tú tienes que actuar a favor de él. Si Ricky estuviera ahogándose en el río ¿qué harías?"

"¡Le sacaría del agua!"

"¿Esperarías hasta ver si él quiere que le saques?"

"¡Pues, no! Le sacaría y luego se lo explicaría".

"Ricky está en ese grado de peligro ahora, Marsha", le dije. "Suavemente y con mucho amor, pero a la vez con firmeza, tienes que tomar control de la situación".

Marsha decidió decirle a Ricky que tenía que quitar de su alcoba todo lo que tuviera que ver con temas satánicos, suicidio, sexo ilícito, y cualquier otra cosa de esta índole, y agregó que debía hacerlo al día siguiente después que volviera de estudiar, o de lo contrario ella lo haría mientras él se encontrara en el colegio. Cuando Ricky se opuso, Marsha le explicó que por ser su madre, ella tenía la responsabilidad por todo aquello que entrara en su corazón y su cerebro; también le explicó que respetaba sus gustos y deseos y le amaba tanto que estaba dispuesta a sufrir con él por el dolor que este proceso lo produciría, si esa era la única manera de rescatarlo de la dirección en que iba.

"Ricky no pudo limpiar su alcoba", me dijo más tarde. "Me imaginé que se pondría muy enojado al regresar y encontrarla limpia, pero no fue así, en realidad parecía casi

aliviado y como si estuviera contento de que por fin todo hubiera terminado".

Después de esto, Ricky estuvo de acuerdo en que yo orara con él y cerrara las puertas que sus experiencias le habían abierto. Poco a poco su actitud desafiante se transformó en cooperación.

En este punto, su padre aceptó ir para consejería familiar con la condición de que el consejero fuera hombre. Yo perdí contacto con la familia por unos meses, pero la última noticia acerca de Marsha fue que las relaciones en la familia habían cambiado drásticamente y todos estaban asistiendo a la iglesia. Ricky también había cambiado y aparentemente en su grupo de amigos del colegio había encontrado otras cosas más sanas en que interesarse.

RITOS MAGICOS

Otras vías de contacto con ocultismo incluyen la búsqueda de información acerca de lo desconocido, a través de otros medios diferentes a la revelación de Dios por medio del Espíritu Santo. Esos medios pueden ser: el uso de la ouija, por medio de la cual se forman mensajes, letra por letra; usando un péndulo; leer la mano, el café, el té, el cigarrillo, las cartas, los cristales y las bolas de cristal. La lista podría hacerse más y más larga, ya que cada país y cultura usa objetos propios y particulares, pero lo que todos tienen en común es la búsqueda de información que no está al alcance de la mente natural del ser humano.

La gente puede usar ritos mágicos para: tratar de forzar a alguien a que entre en una relación amorosa, retener un amor o encontrar algo perdido, o también puede usarlos para protegerse, vengarse de una relación mala imaginaria o real, así como también para echar maldiciones a personas, que pueden pasar de generación a generación.

Todo esto abre puertas al reino de las tinieblas en cualquier área del triángulo humano. Por eso, si tú has tenido contacto con cualquier de estas cosas o si tus padres o

abuelos han estado involucrados en algo semejante, tienes que cerrar esas puertas abiertas que estancan tu crecimiento y desarrollo espiritual.

Haz una lista de todo lo que haz hecho y que puedes recordar, o que sabes que tus padres o abuelos han hecho, y en el capítulo siguiente renunciaremos a todo.

Si anteriormente has renunciado a estas cosas, no lo hagas otra vez, sino sencillamente di al Señor Jesús que reafirmas que has renunciado a ellas, y las has echado fuera de tu vida. En este caso, estás listo para pasar al capítulo siguiente. Hay personas que dicen: "Sí, yo fui a un lugar de esos, pero realmente no creía en eso, sólo fui a acompañar a una amiga".

Al hacerlo ya tenemos un grave problema, pues la Biblia nos dice que Satanás es como un ladrón y nunca espera ser identificado como ladrón para entrar a la casa.

Un ladrón nunca llama a la puerta diciendo: "Yo soy ladrón, permítame entrar, quiero robarle". Un ladrón así, se moriría de hambre.

El ladrón entra cuando el dueño piensa que la puerta o la ventana están bien cerradas y cuando él menos lo espera. Así pasa con Satanás, él no espera a que le invitemos para ponerse en contacto con nosotros; él llega cuando menos lo esperamos y menos creemos en él. Nada ni nadie fuera de Cristo, el poderoso Hijo de Dios, podrá hacer que ese ladrón salga de tu vida, ya que Cristo ganó la victoria sobre Satanás y todas sus huestes, por su muerte y resurrección.

Sin embargo, si tú quieres que Cristo sane tus traumas y cierre las puertas abiertas, en primer lugar tienes que dejar que El entre en tu vida.

En el siguiente capítulo encontrarás una oración guía para invitar a Cristo a entrar en tu vida y tomar control de cada área. Otras oraciones te guiarán a renunciar a cualquier contacto que hayas tenido con ocultismo, y a orar a través de las diferentes áreas de tu vida cerrando a su vez las puertas que han sido abiertas al reino de las tinieblas.

Guías de oraciones

Las guías de oraciones presentadas en este capítulo muestran cómo abrir la vida a Cristo para encontrar la libertad que Dios quiere darnos. La primera guía, te ayuda a invitar a Cristo a entrar a tu vida y hacerle Señor de cada área, la guía siguiente, te ayuda a renunciar a todo contacto que hayas tenido con ocultismo, y la última, te ayuda a cerrar las puertas que han sido abiertas al reino de las tinieblas.

ENTREGA A CRISTO

En el capítulo anterior hablamos acerca del hecho de que queremos que Cristo sane nuestros traumas y cierre las puertas abiertas al reino de las tinieblas, pero antes que ello pueda suceder, en primer lugar tenemos que permitirle entrar en nuestras vidas.

Nosotros tuvimos en la cocina un grifo goteando y llamamos a un plomero para que viniera a arreglarlo. ¿Qué tal si cuando hubiera tocado a la puerta, le hubiésemos dicho que él no podía entrar, porque el apartamento era nuestro y que tenía que arreglar el grifo desde afuera? Sin duda, el grifo habría seguido goteando porque sin entrar al apartamento hubiera sido imposible arreglarlo.

Lo mismo sucede contigo si quieres que Cristo sane los traumas y cierre las puertas que hay en tu vida. En primer

lugar, tienes que entregarle tu vida a El, y dejarlo entrar en ella, sino, El no puede trabajar en ti. Tal vez digas: "Pero, Dios siempre ha estado conmigo". Eso es cierto. El siempre está contigo; también está con los gatos, los perros, los árboles y con toda la creación. Sin embargo, El quiere una relación más íntima con nosotros los seres humanos.

La Biblia nos dice en Génesis, capítulo 1 y 2, que cuando Dios formó a Adán del barro, sopló en él aliento de vida convirtiéndolo en un ser viviente. Luego Dios les dijo a Adán y Eva: "El día que coman del árbol del conocimiento del bien y del mal, morirán".

Sin embargo, cuando comieron, no murieron físicamente, y esto se explica en el significado de la palabra muerte, que en griego quiere decir "separación", no quiere decir "acabarse". Cuando el cuerpo muere hay una separación entre el cuerpo y el alma que se realiza cuando el cuerpo queda sin vida. Eso fue lo que les pasó a Adán y Eva, ese aliento de vida que Dios había soplado en ellos salió, entonces murieron espiritualmente, llevándose a cabo una separación entre Dios y ellos.

Esta separación permanece de generación en generación y es por eso que sentimos un vacío tan grande y profundo dentro de nosotros que nada puede llenarlo. Tratamos de llenarlo con carros, casa, ropa, familia, hijos, esposos, novios, religiones y muchas otras cosas, pero es aun más profundo que eso. Nada puede llenarlo, porque es un vacío en el espíritu que solamente Dios, en Jesucristo, puede llenar.

¿Cómo puede Cristo llenar este vacío que sentimos en nuestro espíritu? Cristo nos dice en Apocalipsis 3:20:

"He aquí yo [Cristo] estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo".

Si yo toco a la puerta de tu casa y tú quieres que yo entre ¿qué haces? Me abres la puerta y me invitas a entrar, ¿cierto? Si soy bienvenida, me haces pasar a la sala y si quieres que

yo cene contigo, me invitas al comedor a compartir tu mesa. Pero si quieres que yo sea el dueño de tu casa, me la vas a mostrar toda y me dirás: "Mi casa está a tus órdenes, dime ¿cómo quieres arreglarla, de qué color quieres que te pinte las paredes? Dime lo que quieres hacer en ella y yo lo haré".

Lo mismo sucede en nuestras vidas con Cristo, El no actúa como ladrón, El es muy respetuoso y no entra sin invitación; El toca a la puerta y espera. Si tú abres la puerta de tu vida, El entra; pero nunca lo hará sin tu invitación.

Invita a Cristo ahora mismo a tu vida. Dile: "Señor Jesucristo, yo me doy cuenta que nunca te he abierto mi vida, a pesar de que has estado conmigo, yo nunca te he invitado a entrar en mi vida. Hoy quiero rendirme a ti, te abro la puerta de mi vida, te pido que entres, limpies todo mi pecado, me perdones y me hagas tu hijo".

"Señor, yo quiero pertenecerte; perdona todo lo que he hecho contra ti y contra otros. Dime qué debo hacer, y yo lo haré, porque quiero que tú seas mi dueño y Señor. Gracias por lo que tú estás haciendo en mi vida. Amén".

Quédate un momento quieto con Dios gozándote y agradeciéndole por haber aceptado la invitación de entrar en tu vida.

RENUNCIA AL OCULTISMO

Ahora renuncia a todo contacto que hayas tenido con ocultismo; toma tu lista y renuncia a todas las cosas, una por una. Ora: "Señor Jesucristo, en este momento quiero renunciar a todo contacto que yo haya tenido con cualquier cosa que sea abominación delante de ti. Yo renuncio a todo contacto que haya tenido con cualquier adivino, agorero, sortilego, hechicero, encantador, adivino, mago, y cualquier espiritista o médium que haya consultado a los muertos.

"Señor, yo renuncio y me alejo de la brujería, la lectura del café, del té, de las cartas, del cigarrillo, de la orina, y de las manos. También renuncio a consultar la ouija, la astrología y el horóscopo".

"Yo renuncio y me alejo de todo programa de televisión, cine o libro sobre esas cosas con las que yo haya tenido contacto, y así también renuncio y me alejo de toda película o libro de horror o de monstruos".

"Yo renuncio y me alejo de toda religión no cristiana, así como a las relaciones sexuales fuera del matrimonio, el adulterio, la pornografía, la homosexualidad, el asesinato, el robo, el hurto en las tiendas, el engaño y el fraude en los negocios y en los exámenes. También renuncio a la mentira, la calumnia, la embriaguez, la droga. Yo renuncio a cualquiera de estos pecados que mis padres hayan cometido. Señor Jesucristo, en tu nombre cierro las puertas que fueron abiertas en mi vida al reino de Satanás con estas experiencias. Te pido que tú limpies todas las partes de mi vida que hayan sido afectadas y las llenes con tu Santo Espíritu".

Si hay algo más en tu lista que recuerdes ahora, y no hayas mencionado, renuncia a ello, diciendo: "En el nombre de Cristo yo renuncio al contacto, y cierro la puerta que fue abierta en mi vida al reino de Satanás cuando yo tuve contacto con _____. Señor, llena esta parte de mi vida con tu Espíritu Santo. Gracias, Señor, por liberarme".

Otra vez, quédate quieto delante del Señor por un tiempo, agradeciéndole lo que El ha hecho por ti.

CERRANDO LAS PUERTAS ABIERTAS AL REINO DE LAS TINIEBLAS

Al cerrar puertas al reino de las tinieblas, sería bueno que algún consejero o pastor te pudiera acompañar y ayudar en la oración, y así mismo te conteste cualquier pregunta que quizás te surjan en el proceso. Sin embargo, si no existe alguien que te pueda ayudar, hazlo solo con el Señor Jesucristo. El resto de este capítulo está dirigido al consejero que ayuda a la persona con la oración, pero también es para quien decide orar por sí mismo y sin la ayuda de otros.

Cuando cierras las puertas al reino de las tinieblas, tienes que recordar que estás tratando con poderes mucho más grandes, fuertes y sutiles de lo que tú eres. La única manera en que Cristo podía ganar la victoria sobre ellos fue entregando su propia vida, y no hay manera alguna en que tú puedas ganar la victoria sobre ellos con tus propias fuerzas. Sin embargo, como hijo nacido de Dios, tú has heredado el derecho de usar la autoridad del nombre de Cristo y es en su nombre que vas a batallar.

AUTORIDAD DEL NOMBRE DE CRISTO

Cristo dijo a sus discípulos (Juan 16:24):

"Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis...."

Fue en el nombre de Jesucristo de Nazaret que los discípulos hicieron su trabajo (Lucas 10:17), y es solamente en su nombre que nosotros podemos trabajar.

Al cerrar las puertas abiertas, tienes que recordar que ellas se abren al reino de las tinieblas. Y Satanás, el rey de dicho reino, no quiere que esas puertas sean cerradas, porque así él pierde su entrada a la vida de la persona. Es por eso que encontramos fuerzas demoníacas, que son como "porteros" que guardan las puertas abiertas. Cristo dijo en Lucas 11:22-23, que si quisiéramos quitar el botín del hombre fuerte, entonces en primer lugar tenemos que vencerle, eso quiere decir que tienes que atar y echar fuera a los "porteros" en el nombre de Jesús, para que las puertas puedan cerrarse.

En Lucas 11:24-26, Cristo nos dice que si alguien ha sido liberado de un demonio y queda vacío, el demonio puede volver con siete más y la condición de la persona sería peor que antes. En Mateo 16:19, Cristo también dice que lo que nosotros atamos en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatamos en la tierra será desatado en el cielo. Por eso, al cerrar las puertas abiertas, cuando tú atas "los porteros", los echas fuera y cierras las puertas, también tienes

que desatar lo que debe estar en esta área, para que esta parte de la persona no quede vacía.

Por ejemplo, si estás tratando con el problema de la mentira, al cerrar las puertas de la conciencia tienes que atar y echar fuera el demonio mentiroso, cerrar la puerta en el nombre de Cristo y desatar la honestidad y la verdad, desata también la capacidad de vivir una vida de honradez y veracidad, así como Cristo vivió cuando estuvo aquí en la tierra.

Cuando niño, la persona probablemente no tuvo un buen modelo en sus padres y ahora tiene que tener algún otro como modelo para su vida. Cristo es la única persona que puede ser ese modelo que nunca le guiará equivocadamente, y por eso es indispensable llegar a conocerle íntimamente, como nos enseña la Biblia; así, en situaciones difíciles, cuando la persona no sabe qué debe hacer, tiene que pedirle a Cristo que El le muestre qué es lo que El haría o cómo actuaría si El estuviera en esa situación, y entonces con su poder hacer lo mismo.

Debido a que pueden haber muchas áreas que tienen puertas que deben ser cerradas, quizás pasen varias semanas antes que puedas terminar a través de cada área. No debes tratar de apresurarte durante este tiempo; si se presentaren dificultades especiales que vienen a la mente de la persona, por ejemplo, si siente una ira que le surge de repente, toma el tiempo necesario para atar esa ira, échala fuera y cierra la puerta. A otra persona quizás le viene una tristeza aguda o el recuerdo de algún tiempo doloroso que tienes que ayudarle a llevar a Cristo para sanarlo. Otras personas que no están bien "sintonizadas" con sus emociones quizás no sientan nada en el momento, pero más tarde van a notar pequeños cambios en su vida; cualquier cosa que Dios le traiga durante de este tiempo, necesita atención especial.

Hay mucha gente que equivocadamente pide a Dios que El ate tal o cual cosa y lo saque de su vida, sin embargo Cristo dijo que lo que *nosotros* atemos o desatemos en su nombre, será atado o desatado. Es muy importante que nosotros

usemos la autoridad que El nos ha dado, en vez de rogarle que El haga la parte que nos corresponde a nosotros. Hay personas que tienen temor de empezar a usar esta autoridad que Dios nos ha dado, y eso es exactamente lo que Satanás quiere, porque entonces él no tiene que salir. Esta autoridad de atar y desatar es nuestro derecho en Cristo, dado por Dios y aun el hijo de Dios "recién nacido" tiene la autoridad de usar el nombre de Cristo.

La oración que sigue a continuación, se puede hacer para uno mismo, para ayudar a otra persona o en un pequeño grupo. Después que la persona ha escrito y renunciado a la lista de los contactos que ha tenido con ocultismo, sigue orando y reconociendo que solamente puedes llegar a Dios a través de Jesucristo. En casos especiales Satanás mismo puede entrar en la vida de una persona, como lo hizo con Judas (Juan 13:27), entonces, en primer lugar cierra cualquier puerta que quizás da a Satanás una entrada a la persona.

ORACION GUIA

"Señor Dios, reconozco que sólo podemos venir a ti por medio de lo que Cristo hizo por nosotros en la cruz, y es por medio de El que llegamos a ti ahora, reclamando nuestro derecho por herencia en Cristo para usar la autoridad de su nombre. Señor Jesús, guíanos por el Espíritu Santo ahora que enfrentamos al reino de las tinieblas, y cúbrenos con tu sangre porque reconocemos que es tu muerte y resurrección lo que nos hace vencedores.

"En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ustedes 'los porteros' de las puertas abiertas a Satanás en la vida de _____ (*ejemplo, mía o Juan*) sea de generaciones pasadas o por algo que él mismo experimentó, les ato ahora y les echo fuera al abismo. Satanás, en el nombre y la autoridad de Jesucristo de Nazaret, usted y todas sus huestes saldrán de _____ (*ejemplo, mí o de Juan*) y nunca volverán otra vez, él pertenece a Cristo y usted no tiene más

acceso a su vida, en el nombre de Jesucristo, cierro todas las puertas que le dieron acceso a su vida.

"Señor Jesucristo, cubre por favor, esas puertas con tu sangre y séllalas con tu mano para que nunca puedan abrirse otra vez. En el nombre de Cristo yo junto todas las tinieblas que ya le han entrado (Romanos 13:12) y las echo fuera al abismo. Cristo, por favor, entra con tu luz a cada parte afectada y alumbrá cada huequito y esquina para que no pueda quedar ninguna oscuridad. Gracias por lo que tú estás haciendo.

"Señor Jesucristo, te presento el espíritu de _____ (*ejemplo, mío o Juan*). En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ato a todos "los porteros" de las puertas abiertas en su espíritu al reino de las tinieblas, sea por hechos de generaciones pasadas o por lo que él mismo ha experimentado y les echo fuera al abismo. En el nombre de Cristo, yo cierro las puertas abiertas en su espíritu y echo fuera todas las tinieblas que por ellas han entrado.

"Señor Jesucristo, cubre por favor, esas puertas con tu sangre y séllalas con tu mano para que nunca puedan abrirse otra vez. Cristo, por favor, entra con tu luz en cada parte afectada y alumbrá cada huequito y esquina para que no pueda quedar ninguna oscuridad. Gracias por lo que tú estás haciendo".

Continúa con esta oración, orando por las diferentes áreas de su espíritu, su conciencia, su intuición espiritual y su área de adoración. Cuando las puertas estén cerradas en cada parte, guía a la persona a hacer la siguiente declaración:

"Delante del mundo visible e invisible, yo declaro en el nombre del Señor Jesucristo de Nazaret, que ahora yo dedico cada área de _____ (*ejemplo, mi vida, la vida de Juan... que Satanás ha tocado o de mi espíritu: mi conciencia, mi intuición espiritual, y mi adoración* al Señor Jesucristo de Nazaret, para que El reine sobre ella. Señor Jesús, entra y toma tu trono, te declaro Rey de cada parte de esta área, por favor, muéstrame qué es lo que debo pensar, decir, sentir,

hacer, y ser en estas áreas y por tu gracia lo haré; muéstrame también qué es lo que no debo pensar, decir, sentir, hacer y ser y por tu gracia no lo haré".

Si la persona no puede hacer esta declaración, con mucho amor, pregúntale qué es lo que no quiere o que no puede dejar, y si no sabe, pide que Dios se lo revele y luego pregúntale qué es lo que piensa que quizás sería. Sea lo que fuere, átaló y échalo fuera en el nombre de Cristo y sigue con la declaración. Después de terminar con la declaración, sigue orando con la persona.

"Señor Jesucristo, basado en esta declaración, te pido que tú entres en cada parte de _____ (*ejemplo, el espíritu mío, o de Juan*) y perdones lo que necesita ser perdonado, límpies lo que necesita ser limpiado y, sanes lo que necesita ser sanado, desde el momento de su concepción hasta este mismo momento y donde haya fortalezas del enemigo, las quitamos con la espada del Espíritu. Cubre todo con tu sangre, haz todo tan limpio y brillante que te refleje a ti sentado en tu trono.

"En tu nombre, Señor Jesucristo, yo desato en su _____ (*ejemplo, espíritu o conciencia*) la capacidad de _____ (*ejemplo, tener una relación muy estrecha con Dios o distinguir entre lo bueno y lo malo*) como tú lo hiciste cuando estuviste aquí en la tierra".

Sigue desatando lo que no pudo hacer, pensar, sentir, etcétera, en cada área de la cual has cerrado las puertas.

Cuando termines de orar por el espíritu de la persona, sigue con su síquis (el consciente, el subconsciente, el inconsciente, la voluntad con las expectativas, los pensamientos, el lenguaje, y las emociones) y guíale en las declaraciones por estas áreas y desata lo que no pudo pensar, decir, sentir, hacer o ser.

Continúa con su cuerpo (el cerebro, el resto del cuerpo con los cinco sentidos, y su vida sexual), luego sigue con su vida social (su familia de origen, su propia familia [presente o futura], sus relaciones con su iglesia, sus amigos, su trabajo

o estudios, su condición financiera, y su identidad nacional, racial y social) y ayúdale con la declaración después de terminar con cada área. No te apresures con esta oración, muchas veces se puede apenas terminar un área en una sesión.

Después de terminar con todas las áreas, pide que Dios le llene con el Espíritu Santo, concediéndole los dones espirituales que El tiene para la persona. También ata y echa fuera cualquier maldad o demonio que quizás reside en su casa o apartamento. Pide a Dios que envíe ángeles para que constantemente acampen alrededor de él y de su familia, donde quiera que estén, sea en la casa, en la calle, en el autobús o cualquier otro lugar.

Anima a la persona a que se dé cuenta de cambios pequeños en su vida hasta la cita siguiente. Todos queremos ver cambios grandes y rápidos en nuestras vidas, pero la Biblia nos dice que no debemos menospreciar las pequeñeces de Dios. Cuando Dios habló a Elías en la cueva (1 Reyes 19:11-13), El no estaba en el terremoto, ni en el viento grande y poderoso, ni en el fuego, sino El estaba en el silbo apacible y delicado. Así es que cuando buscamos los cambios pequeños y delicados, no pasamos por alto las cosas pequeñas de Dios, y a la vez encontramos también los grandes milagros.

Cuando termines de cerrar las puertas al reino de las tinieblas, la persona necesitará un tiempo de seguimiento para estar seguro de que no hay problemas escondidos que hayan quedado y así ella pueda crecer en la libertad que Dios le ha dado. En el siguiente capítulo miraremos algunos de los problemas que se pueden presentar durante este proceso.

CAPITULO 10

El tiempo de seguimiento

Después de cerrar las puertas al reino de las tinieblas, las personas necesitan tiempo para crecer en su vida nueva, tienen que ser guiados e instruidos con amor y compasión a cambiar los hábitos viejos y su manera de enfrentar la vida. En este capítulo miraremos algunos problemas que pueden aparecer durante este proceso. Los últimos dos capítulos están dirigidos especialmente a aquellos que ayudan a las personas en este tiempo de seguimiento.

Al aconsejar a alguien que ha sido herido en gran manera, es bueno planear con anticipación cierto tiempo para cada sesión. Tales personas necesitan tanto amor y tiempo que si no se fija un tiempo determinado, tú, como consejero, podrías llegar a agotarte de tal manera que la relación se podría ver interrumpida antes de lograr sus objetivos; aun llegar a afectar tu relación con tu familia o tu matrimonio por falta de energía y tiempo para los tuyos.

Los que no son consejeros profesionales pueden sentir que limitar el tiempo dado a una persona con tanta necesidad, no demuestra amor cristiano; sin embargo, sólo así podrás seguir ayudándole por el período de tiempo que necesita para reorientar su vida, que puede ser un período largo. Si el aconsejado sabe de antemano cuánto tiempo estás disponible

para él, no se sentirá rechazado cuando se termine, porque sabe que tendrá otra oportunidad de hablar y orar contigo.

Después de cerrar las puertas que se habían abierto al reino de las tinieblas, quizás ahora pueda recordar otros traumas que antes habían sido reprimidos. Si su vida ha sido un trauma constante, orar a través de las diferentes etapas de su vida puede ayudarle a encontrar las heridas que pudo haber pasado por alto.

LA ORACION ETAPA POR ETAPA

La historia de Gladys, que figura en este capítulo y los siguientes, demuestra cómo le ayudó a alguien la oración, etapa por etapa a través de su vida.

GLADYS

Gladys era la sexta en medio de once hijos; los dos grupos de cinco niños le apretaron de ambos lados y como no estaba ni en el grupo de los mayores ni en el grupo de los menores, se sentía dejada de lado. Sentía que nadie tenía tiempo para ella y, por lo tanto, nunca se sintió amada o aceptada. Gladys no sabía quién era y se sentía como si nadie viviera dentro de su cuerpo, tal como si fuera nada más que una "cáscara" vacía.

Durante los años sesenta, Gladys se hizo "hippie", se fue a vivir a California con su esposo, y diez meses más tarde, después de un tiempo recibiendo maltrato físico, se divorció y se fue a vivir a una comuna donde trató desesperadamente de encontrar amor en las drogas y las orgías de sexo, pero nada llenaba ese vacío que sentía en su interior, nada pudo encontrar la persona que vivía dentro de su "cáscara".

Cuando la comuna se desintegró, Gladys pasó un tiempo en las calles, buscando dinero para su comida y sus drogas; se sentía desechada, sucia y sin esperanza; pensamientos de suicidio le plagaban. Por unos años deambuló de ciudad en ciudad y de amistad en amistad, sin encontrar el amor y la aceptación que buscaba.

Un día Gladys oyó que Cristo podría cambiar su vida y aquel día le aceptó como su Salvador. Asistió a un grupo de Alcohólicos Anónimos y después de ser adicta por muchos años, dejó de usar las drogas y el alcohol, pero no podía trabajar. Se mudaba de una habitación a otra y trataba de confiar en Dios para proveerle el dinero que necesitaba para comprar su comida. Cierta vez, no tenía nada más que un pan grande para comer en una semana completa. Un día entró errante a una iglesia donde el pastor le tuvo compasión y le ayudó a conseguir un seguro del Estado y un pequeño apartamento donde vivir.

Físicamente las cosas marchaban mejor para Gladys, sin embargo, casi no podía aceptar esas cosas buenas; se odiaba por su pasado y no podía confiar en nadie. Aunque la oración era lo que más le daba consuelo, más que cualquier otra cosa que conociera, orar le dolía, porque aun haciéndolo sentía que se odiaba a sí misma.

Gladys no podía orar, sino estaba arrodillada en el piso, enconchada, y en esa posición oraba por dos a tres horas, tres o cuatro veces al día: "Ay, Dios mío", lloraba, "soy nada más que un gusano, no valgo nada. No puedo hacer nada sin ti, por favor ¡ayúdame! ¡Soy una persona terrible e inútil! De veras te amo; por favor, te lo suplico, ámame a mí también, ¿por qué no me amas?"

Trajimos sus experiencias más dolorosas a Cristo para ser sanada y cerramos las puertas al reino de las tinieblas y Gladys se sintió mucho más libre. Empezó a trabajar, pero aún sentía que nadie vivía dentro de ella.

Sentí que debía orar con ella, etapa por etapa, detallando cada momento de su vida; así que ese día oré por su vida prenatal. Ya que Cristo también tuvo un período prenatal de nueve meses, le pedimos que El entrara en la memoria que todavía quedaba viva en la siquis de Gladys y sanara todos los traumas que le sobrevivieron durante ese tiempo.

En la sesión siguiente oré a través de los primeros cinco años de su vida. Durante esos años su familia se mudó de una

ciudad grande a un pueblo, siendo un tiempo increíblemente difícil para la madre que tenía seis hijos pequeños y pronto quedó esperando la que seguía a Gladys. Trajimos a Cristo las necesidades de cada etapa del bebé, momento a momento para sanarlas.

"Señor Jesús", oré, "sé con Gladys a través de esos cinco primeros años de su vida, te entregamos cada momento desde el instante en que nació hasta la fecha de su primer cumpleaños; lleva cada dolor que ella sintió, cada necesidad que no fue suplida, y llénala con tu amor. Te traemos cada momento, de cada hora de este primer día y de la misma manera, anda a través de cada día, de cada semana, de cada mes de ese año.

"Durante ese primer año, Gladys no podía protegerse", continué orando, "ella tenía que depender de otros para suplir sus necesidades. Mira cuán afanada y presionada estaba su familia al mudarse a su nueva casa; Cristo, por favor, toma a Gladys en tus brazos, protégela, cántale, dale el tetero, cámbiale sus pañales, mírale a sus ojitos y dile que tú le amas y que ella es una niñita importante y muy querida".

Le contamos todo lo que Gladys sabía en cuanto a ese año, y todo lo referente a las necesidades de un niño de esa edad que tal vez ella no había recibido, y le pedimos que Cristo lo llenara con su amor.

A la edad de cinco años un niño posee identidad propia, pero Gladys todavía se sentía vacía. Le pedimos a Cristo que nos mostrara dónde se encontraba la pequeña Gladys, escondida dentro de sí misma y le animé a que se imaginara tomada de la mano de Cristo andando con El a través de ella misma, buscando a la niñita.

"En una esquina de mí misma, veo algo parecido a una anguila muy grande y gorda, creo que estoy aplastada debajo de ella".

"Muy bien. Dile, pues, a esa anguila muy grande y gorda que se vaya en el nombre de Cristo; que no le das más lugar en tu vida".

Al decir eso, "la anguila muy grande y gorda" desapareció y Gladys encontró a una pequeña niñita de cuatro años, aplastada y llena de temor donde "la anguila" había estado sentada. Gladys le dijo a la niña que ahora Cristo la iba a proteger, que ya había pasado el peligro y podía salir. Entonces Gladys sintió que por fin, se había encontrado a sí misma; emocionalmente apenas tenía cuatro años, y ahora necesitaba tiempo para crecer.

En las semanas siguientes, oramos a través de cinco años de su vida en cada sesión. Gladys me contó detalladamente todo lo que ella sabía o podía recordar de lo que había sucedido en esos años, trajimos a Cristo sus necesidades en cada situación, momento a momento, para ser sanadas y suplidas y también desatamos la capacidad de recibir de El todo lo que le faltaba en esta edad.

Cuando oramos a través de los cinco años del tiempo que Gladys estuvo en California, yo vi con mis "ojos espirituales" como si estuviéramos andando por un paisaje destruido por bombas, cubierto con ceniza de por lo menos veinte centímetros de profundidad y lo único que se podía ver eran hierros viejos, dañados y retorcidos, como si fueran restos de estructuras que en algún tiempo pasado habían sido edificios muy lindos, pero ahora no quedaba nada más que una completa desolación.

En la medida en que oramos a través de los cinco años, entregando esos escombros de las experiencias de Gladys a Cristo, pidiéndole que diera belleza a cambio de la ceniza, yo vi como enredaderas y vides verdes, vigorosas y bellas tapaban esos hierros torcidos, cambiando todo el paisaje en jardines, los mismos escombros de lo destruido y torcido, ahora daba la estructura para la belleza de lo nuevo. Dios realmente estaba dando belleza a cambio de la ceniza en la vida de Gladys.

Otra área que quizás necesita atención especial en la gente que ha cerrado puertas al reino de las tinieblas, es

renunciar a dones falsos. Esto también fue un problema en la vida de Gladys.

RENUNCIANDO A DONES FALSOS

Dios da dones espirituales a sus hijos para equiparlos para la tarea que El quiere que hagan (Romanos 12:6-8; 1 Corintios 12), sin embargo, también existen dones falsos que vienen de tener contacto con el reino de las tinieblas, y precisamente a esos dones es que tenemos que renunciar.

Una manera que Dios nos ha dado para discernir entre los dones, es por los efectos que su uso tiene en los que ejercitan el don y los beneficiarios del ejercicio de dicho don. En 1 Corintios 14:3, Dios nos dice que sus mensajes nos edifican, nos exhortan y nos consuelan. Si alguno de estos tres falta, podemos saber que hay algo que no es correcto con el don o con el mensaje. Eso quiere decir que si un mensaje exhorta pero no edifica y consuela, no viene de Dios. Si un mensaje solamente consuela pero no edifica y exhorta tampoco viene de Dios.

GLADYS

Gladys no podía confiar en nadie, tampoco podía aguantar estar con grupos de personas y aun asistir a su iglesia le angustiaba. Sentía la presencia de la maldad por todas partes. Todo en su vida tenía que ser estrictamente organizado, porque le parecía que sólo así podía protegerse de la maldad alrededor de ella.

"Yo veo lo que hay dentro de la gente", me dijo. "Cuando estoy sentada en la iglesia, veo que aquella persona es hipócrita, esa peleó con su esposa, la otra está llena de ira, muchas están deprimidas".

"Y, ¿nunca ves nada bueno en la gente?", le pregunté.

"No hay gente buena, todos tienen algo malo en ellos", contestó. "Yo puedo verlo en ellos".

"¿Quieres decir que de veras puedes mirar dentro de alguien y ver cómo es su vida?"

"Sí, y es terrible".

"¿Nunca puedes ver lo bueno y el perdón de Dios en ellos?"

"No, solamente lo malo y la maldad".

"Dime, Gladys, ese 'conocimiento' de lo que está dentro de la gente, ¿te edifica, te exhorta o te da consuelo?"

"¡No!", exclamó. ¡Me llena de terror y me hace muy infeliz!"

"Gladys", le dije suavemente, "eso no viene de Dios. El nos da su don de discernimiento cuando lo necesitamos para entender lo que está sucediendo, pero su comprensión opera solamente por el poder del Espíritu Santo y es un conocimiento que nosotros vemos o sentimos en nuestro espíritu, nunca es algo que podemos ver o sentir directamente. El don de Dios también nos ayuda a discernir lo bueno en la gente. Nunca nos da el poder de mirar dentro de ellos y ver su maldad. ¿Estás dispuesta a renunciar a este falso don?"

Gladys vaciló por un tiempo porque llegó a ser muy claro para ella que si renunciaba a ese don, perdería un cierto poder que tenía sobre la gente; ser libre de esta carga que le pesaba tanto, le iba a costar. No estaba segura si estaba dispuesta a perder este poder.

"Sí", finalmente suspiró, "estoy dispuesta a renunciar a este don, no puedo vivir más con ello".

Gladys renunció a ese falso don en el nombre de Jesucristo de Nazaret. "Señor", oró, "Yo sólo quiero recibir los dones que Tú me des y yo acepto que no voy a saber nada más que lo que el Espíritu Santo me revele en cuanto a la gente. Renuncio a todo lo referente a sobrenatural conocimiento, y acepto ser una persona común, con las capacidades normales de los seres humanos, como tú originalmente planeaste que yo fuera".

Al renunciar a ese falso don, Gladys perdió su capacidad de ver dentro de la gente, sin embargo, como estaba tan acostumbrada a ver la maldad, aún no podía ver nada de lo bueno que había en ellos, entonces desató en ella la capacidad

de ver lo bueno y bello en otros y en ella misma. Gladys tuvo que aprender a disciplinar sus pensamientos y tomar cada pensamiento negativo y llevarlo cautivo a la obediencia de Cristo (2 Corintios 10:5) para que pudiera desarrollar el hábito de tener pensamientos positivos y poder ver lo bueno en otros.

A través de la Biblia, Dios dio mensajes directamente a personas y así mismo El puede escoger hacer eso hoy en día; empero, si esos mensajes no edifican o exhortan a la persona a seguir más de cerca al Señor, o no le dan consuelo, significa que no llenan los requisitos dados por Dios y tienen que ser rechazados. Los mensajes de Dios nunca dan a alguien poder sobre otra persona, sus mensajes dan verdadera libertad.

APRENDIENDO A ORAR

Cuando una persona ha sido liberada y sanada, usualmente tiene que aprender a orar; eso no quiere decir que no hubiera orado antes, sino que muchas de nuestras oraciones son tan vagas que ni siquiera sabemos si han sido contestadas. Por alguna razón parece como si tuviéramos temor a hacer oraciones concretas; otra vez Gladys nos sirve de ejemplo.

GLADYS

Gladys oraba largas horas con el fin de sentirse "conectada" con Dios y si no repetía este tiempo de oración dos o tres veces al día, perdía su sentido de "conexión". Muchas de sus oraciones consistían en frases como estas: "Dios, soy tan terrible, tan mala. Por favor ayúdame. ¿Por qué no me ayudas? ¿Por qué no me amas?"

"Gladys", le dije un día, "cuando el ciego clamaba a Jesús (Lucas 10:51), Jesús le preguntó: '¿Qué quieres que haga por ti?'; si Cristo viniera ahora mismo y te dijera: '¿Qué quieres que haga por ti?', ¿qué le pedirías?"

Después de pensar un tiempo, contestó: "Diría: 'quisiera sentirme conectada a ti'".

"Muy bien", le contesté. "Entonces, pediremos a Cristo que te haga sentir conectada a El".

Gladys tenía problemas en pedir algo tan concreto y no pudo formular la oración. Después de varios intentos exclamó frustrada: "Pero, ¿cómo le pido esto?"

"Exactamente como me lo pedirías a mí. Di: 'Dios, quisiera sentirme conectada a ti. ¿Qué es lo que no me permite sentirme cerca de ti? ¿Qué obstáculo hay en mí que hace que no pueda sentir tu amor?'"

Gladys anotó esta oración para durante la semana poder seguir orando concretamente acerca de su problema. En esa semana, Dios le mostró que había una rigidez inmensa en su vida que no le permitía hacer o iniciar algo que no fuera exactamente como ella lo había planeado de antemano. Si Dios no hacía que su día resultara exactamente como ella pensaba, entonces se sentía desconectada de El y sin su amor.

Al menos Gladys pudo decirme lo que ella sentía que necesitaba de Dios, pero otros, como Jaime, llegan a estar tan desconectados de sus emociones que ni siquiera saben lo que necesitan.

JAIME

Jaime era un hombre muy inteligente con varios títulos, que trataba de liberarse de un vicio que le había esclavizado por años. El sentía que una fuerza maligna escondida en la profundidad de su ser le controlaba como un títere y cuando esta fuerza maligna halaba ciertas "cuerdas" dentro de él, se sentía sin fuerzas para controlar sus pensamientos y acciones.

Estas ataduras mantuvieron a Jaime en una esclavitud continua y destruyeron su gozo de servir al Señor. En la medida en que trabajamos con sus traumas y las puertas abiertas, él se sentía más libre que antes, sin embargo, a pesar de todo el ayuno y oración que hizo, la cuerda central no se rompió y la maldad no salió.

Un día le pregunté: "¿Si Cristo llegara y te dijera: 'Jaime, ¿qué quieres que haga por ti?', qué le pedirías?"

Jaime se quedó pensativo por un buen tiempo. "De veras, no sé", al fin contestó lentamente. "Hay muchas cosas que yo necesito".

"Piensa", le insistí, "Cristo viene a ti y tú tienes la oportunidad de pedirle algo, algo que puede ser lo más importante de tu vida. ¿Qué le pedirías?" Imaginé que diría algo como: Por favor, expulsa esa presencia de maldad que hay en mí, o por favor, corta esa cuerda central que me domina, o yo quiero ser libre.

Después de pensar otro largo rato contestó: "Creo que lo que más necesito ahora mismo es dinero para terminar mi apartamento o para comprar un carro nuevo".

"Pero, ¿qué acerca de tu esclavitud?", le pregunté. "¿Qué acerca de esa cuerda central que te esclaviza?"

Nuevamente se quedó pensativo por un tiempo largo: "¿Sí? ¿Qué quieres decir?"

"Pues, ¿qué le pedirías referente a eso?"

"No sé; tienes que decirme. ¿Qué es lo que debo pedirle respecto a eso?"

A pesar de que Jaime había sido creyente por muchos años y trabajaba activamente en su iglesia, no podía entender cómo Cristo podría hacer algo por su profunda esclavitud. Jaime necesitaba una liberación de su mente y de su espíritu antes que él pudiera entender qué él podría y debería pedir a Dios específicamente para que lo liberara de su problema.

Otras personas temen pedir de una manera específica, porque les parece que sus necesidades son demasiado pequeñas como para presentárselas a un Dios tan grande y ocupado. Piensan que al fin y al cabo, Dios conoce todas las cosas, sabe lo que ellos necesitan ¿por qué tienen que decírselo?

Un pastor se quejaba que el salario que su iglesia le pagaba era tan bajo que no tenía suficiente dinero para comprarse un par de zapatos.

"Dios nos prometió que cuando buscamos su Reino, El nos suple nuestras necesidades", le animé. "¿Le has contado a Dios referente a tu necesidad?"

"Sí, he orado acerca del asunto"

"¿Cómo has orado?"

"Pues, le he pedido que me supla todas mis necesidades".

"¿Algún día has orado así: 'Dios, yo soy tu hijo y necesito un par de zapatos; dame un par, por favor'".

"¡No!", contestó horrorizado. "Nunca pediría a Dios algo de esa manera".

"¿Por qué no? El es tu padre; pero no exactamente como era tu padre terrenal. Dios es como tu padre terrenal debió ser y no fue. Si no le pides cosas específicas ¿cómo vas a saber si te ha contestado? ¿Cómo puedes darle gracias específicamente? Ten el valor de pedirle a Dios por algo específico y verás lo que pasa". A los quince días el pastor tenía sus nuevos zapatos y alabó a Dios específicamente por ellos.

Para los que han sido heridos muy profundamente, una de las cosas más difíciles de aprender es a orar específicamente; es mucho más fácil esconderse detrás de generalidades, sin exponer sus verdaderos sentimientos y deseos. Cuando por fin aprenden a abrirse así con Dios, ellos empiezan a crecer muy rápido en su vida nueva.

En la medida en que entramos en la nueva libertad que Dios nos tiene en Jesucristo y aprendemos a usar la autoridad del nombre de Cristo para ayudar a otros, hay ciertas precauciones que debemos tener en cuenta. En el siguiente capítulo veremos algunas de estas precauciones.

Algunas precauciones

Cerrar puertas al reino de las tinieblas en la vida de gente con problemas, puede ser algo nuevo para muchas personas y como tal, puede provocar muchas reacciones de diferente índole en los que leen este libro. Por eso, es importante hablar acerca de algunas precauciones que se deben tener en cuenta al asumir alguna posición frente a su contenido.

De un lado, nosotros los seres humanos, como ya hemos visto, tenemos la tendencia a ir de un extremo a otro en nuestras reacciones, mientras que Dios es el único que siempre está en el punto de equilibrio sin inclinarse para uno u otro lado. En nuestra humanidad siempre tenemos la tendencia a ir a la derecha o a la izquierda y muchas veces respondemos así cuando aprendemos algo nuevo.

Cuando descubrimos algo que es nuevo para nosotros, podemos llegar a verlo como la solución a todos los problemas, aun para aquellos que hasta entonces no han tenido solución, entonces tratamos de usarlo para todo, sin discernir si eso es lo que realmente la situación requiere. Además, podemos llegar a estar tan convencidos de la superioridad de la nueva verdad, que tiramos todo en lo que hemos creído o usado antes y llegamos a llamar "incrédulo" a cualquiera que no acepta sin reservas lo nuevo, y hasta llegamos a no

escuchar nada de lo que dicen esos "incrédulos". Esta sería la posición de un extremo.

Al otro extremo podemos asumir la actitud del que piensa: "Debe haber algo malo en esa idea ya que no he oído nada de eso antes" y así podemos llegar a sospechar y hasta a rehusar escuchar y examinar lo que nos cuentan.

Pensamos que puede ser muy humillante admitir que no hemos oído hablar de eso y más fácil que admitir nuestra "deficiencia" es tratar de encontrar inconsistencias y deficiencias en lo nuevo; así justificamos rechazar la idea y además, así no tendremos que admitir nuestra "deficiencia" de no haber oído hablar antes de la nueva verdad.

Pocas personas pueden realmente permanecer en el punto de equilibrio entre usar algo nuevo si ayuda a solucionar el problema y a la vez recordar que no es una panacea o solución definitiva para todas las dificultades que se les presenten. No hay solución que resuelva todos nuestros problemas y tribulaciones sino hasta que lleguemos al cielo.

Cerrar las puertas al reino de las tinieblas ayudará a liberar a ciertas personas de algunas tentaciones y problemas a las cuales ellos no pueden sobreponerse, sin embargo, eso no es una "solución final" a todos los problemas psicológicos. No habrá una "solución final" a todos nuestros problemas hasta que Cristo vuelva y haga nuevas todas las cosas. Los siguientes ejemplos nos muestran varias clases de personas que necesitaron otro tipo de ayuda a sus problemas.

DEFICIENCIAS FISICAS

Nosotros somos seres humanos, hechos del polvo y al polvo volveremos, nuestro cuerpo está sujeto a las consecuencias de la caída humana. A pesar de eso, en la gran mayoría de las personas la muy delicada función interior del cerebro se encuentra bien equilibrada y nuestra capacidad de pensar funciona bien.

Sin embargo, en algunas personas las sustancias químicas de su cerebro no están equilibradas lo cual causa que sus pensamientos no funcionen en forma normal.

Encontramos algo similar en otras enfermedades físicas; por ejemplo, en una persona con diabetes, el cuerpo no produce la cantidad de insulina necesaria para asimilar los azúcares en la comida, pero si se inyecta con insulina, podrá funcionar bien y vivir una vida casi normal. En la misma manera, como ya hemos visto, los desequilibrios y deficiencias de las sustancias químicas en el cerebro pueden causar enfermedades como nos muestran los siguientes ejemplos.

CAMBIOS MANIACO-DEPRESIVOS

Ya hemos dicho que en algunas personas el cerebro no produce el equilibrio correcto de ciertas sustancias químicas; cuando eso pasa la persona no puede controlar sus estados de ánimo. En un momento dado puede sentir un gozo hasta llegar al delirio, como si estuviera en la cumbre del mundo y ve todo hermoso y resplandeciente. Entonces su estado de ánimo cambia y se siente deprimido y subvalorado en todo, el mundo entero le parece oscuro; ni todas las oraciones o los recuerdos de cuán bello era el mundo ayer, le puede ayudar; otra vez Gladys nos sirve de ejemplo.

GLADYS

Por años, Gladys había estado tomando dosis altas de varias medicinas, pero a medida que ella traía sus heridas psicológicas a Cristo para ser sanadas y cerramos las puertas al reino de las tinieblas, el médico le suprimió dos medicinas.

Cuando trató de dejar la tercera medicina, sus estados de ánimo empezaron a cambiar abruptamente: un día estaba segura de que nada jamás podría volverla a deprimir, pero al día siguiente todo le parecía oscuro y sin salida, un día se sentía muy cerca de Dios, pero al siguiente sentía que Dios la había abandonado. No quería sentirse así, luchaba y oraba

en contra de sus emociones; quería que Dios la sanara completamente.

"Mire, Gladys", le dije después de un tiempo, "el plan original de Dios para tu vida era que tú vivieras en el paraíso, donde no había ninguna enfermedad; el plan de El era que tú estuvieras perfectamente sana, sin necesidad de tomar medicinas.

Pero ya no estamos en el paraíso, estamos en un mundo donde hay enfermedades por todas partes. Si tú fueras diabética ¿no te inyectarías insulina?"

"Sí", contestó.

"Entonces piensa acerca de tu medicina en la misma manera", le insistí. "Si Dios te sana más adelante, entonces podrás dejarla, pero mientras tanto, demos gracias a Dios por las medicinas que nos ayudan a funcionar normalmente". Cuando ella volvió a tomar la medicina, sus cambios abruptos de estado de ánimo disminuyeron.

Gladys había sufrido muchísimos traumas que le causaron heridas sicológicas y tenía muchas puertas abiertas al reino de las tinieblas; cuando éstas sanaron, se cerraron, y su manera de enfrentarse a la vida cambió.

Ella dijo: "He cambiado de ser un conejito asustado a ser una persona completa".

Sin embargo, debajo de los traumas y las puertas abiertas había una condición química que necesitaba tratamiento y hubiera sido cruel decirle o darle a entender que si tuviera suficiente fe sus emociones serían más estables.

DESORDEN OBSESIVO-COMPULSIVO

Cuando una de las sustancias químicas que el cerebro produce se reabsorbe en cantidades demasiado grandes, nuestros pensamientos se repiten y repiten, a pesar de nuestros mejores esfuerzos por controlarlos. Marian y Josie son ejemplos de esa condición.

MARIAN

Marian se sentía desanimada, no podía dormir por los pensamientos que corrían por su mente. ¿De veras había apagado la estufa de gas? ¿Qué tal que encontrara a sus preciosos gatos muertos por la mañana, solamente porque se sentía demasiado perezosa para ir a la cocina a revisar el gas una vez más. Ya lo había hecho seis veces antes de acostarse y cada vez estaba apagado, pero, ¿qué tal si no lo hizo bien?

Había decidido firmemente que esa noche no se levantaría ni una sola vez a revisar el gas, iba a confiar en el Señor Jesucristo, y El cuidaría los gatos. ¡Tenía que dejar esta locura! Pero..., ¡los pobres gatos tendrían que respirar el gas y se morirían! No pudo aguantar más, tiró sus cobijas y corrió a la cocina. ¡Qué alivio! El gas estaba apagado y los gatos no iban a morir.

Marian se metía debajo de sus cobijas calientes lista para dormir toda la noche. Gracias a Dios, el gas estaba apagado, ahora podía dormir tranquila, pero..., ¿qué tal si no lo había hecho bien? ¿De veras, lo había apretado bastante? Tal vez debía revisar una vez más, sólo para estar segura que lo había apretado suficiente, quizás podría haber un escape tan pequeño que no lo notara en la alcoba, pero los gatos podrían morir en la cocina y ella tendría la culpa de su sufrimiento sólo porque había sido demasiado perezosa para levantarse a revisar el gas una vez más. "¡Ay, Dios! ¡Ayúdame, por favor!", gemía.

Marian vino a consejería por pura desesperación. Pasaba horas alistándose para dormir: tenía que tocar y revisar cada ventana en cierto orden y en tres lugares diferentes para asegurarse que estuvieran cerradas, también tenía que revisar las puertas vez tras vez en cierto orden. Pero revisar el gas le quitaba aun más tiempo: quitaba todos los botones de la estufa y miraba para cerciorarse que todos los que estaban debajo estuvieran exactamente alineados, pero cuando colocaba los botones, probablemente los de abajo se habían

movido, entonces los quitaba y los alineaba otra vez y así sucesivamente, vez tras vez. Ella no quería hacer esas cosas, pero sencillamente no podía dejar de hacerlas.

Marian tenía muchas heridas psicológicas en su vida: su madre había muerto en un accidente cuando era una niña, y su padre y su hermano tenían muchas rutinas compulsivas que causaron muchas tensiones en el hogar. Ellos en su búsqueda desesperada por alguna ayuda hasta habían probado el ocultismo, pero nada les alivió. Llevamos las heridas de Marian a Cristo y cerramos las puertas al reino de las tinieblas y eso le dio un poco más de paz, pero eso no hizo desaparecer sus rutinas obsesivas de revisar las puertas, ventanas y el gas cada noche.

Yo insistía que Marian fuera a un médico para que le recetara una medicina pero ella vacilaba. "Quiero que Dios me sane. ¿No debería tener suficiente fe como para ser completamente sanada?" ¿No sería mal testimonio si yo, como hija de Dios, tomo medicinas?"

"¿Por qué sería eso un mal testimonio?", le pregunté. "¿No estarías sencillamente diciendo que tú eres un ser humano con un cuerpo humano que un día volverá al polvo? ¿Estás dando mejor testimonio del amor de Dios en la forma en que estás viviendo ahora?"

"Compara eso con tomar insulina; la medicina provee al cerebro lo que necesita para que tus pensamientos no vuelvan y se repitan. Si más tarde Dios te sana, entonces podrás dejarla, y mientras tanto puedes vivir una vida normal y dar gracias a Dios por su amor en proveer para tus necesidades. Esta es la oportunidad de experimentar la forma en que Dios te consuela y te provee en medio de tus dificultades".

La medicina trabajó muy rápidamente en Marian; en una semana los pensamientos acerca del gas no fueron tan obsesivos como antes. A veces se acordaba de los gatos, pero ahora los pensamientos no le oprimían tanto y después de tomar la medicina esos pensamientos habían desaparecido. ¡Cómo alababa Marian a Dios por su liberación! Que Marian

tenía pensamientos obsesivos era bastante claro desde el principio, ya que era fácil distinguirlos. Otros casos no son tan fáciles de detectar, porque los pensamientos obsesivos muchas veces giran alrededor de temas religiosos y en el caso de Josie fue más difícil distinguir lo que pasaba.

JOSIE

Josie, ejecutiva de una gran firma internacional era muy eficiente y excelente en su trabajo; progresaba más que otros, pero se sentía muy sola. Tenía muchos amigos, pero ningún novio y cada año que pasaba, su angustia crecía.

Llegó a ser una obsesión para ella el encontrar un novio y luego un esposo, sentía que no podía vivir sin un hombre en su vida y a cualquier amigo que tenía lo bombardeaba con llamadas telefónicas, sólo para estar segura que seguía con ella y no había salido con otra, desde luego eso la involucraba en muchas situaciones insanas.

Josie no podía creer que Dios le amara, sentía que estaba muy lejos de ella, si aún existía; trataba de buscarle pero no podía encontrarle. Sentía que Él amaba a otros y les daba muchas cosas maravillosas pero a ella no le daba nada, y sencillamente no podía creer que su vida le importara.

Cuando le pregunté a Josie acerca de su niñez, insistió que no habían traumas que no hubieran sido sanados. Cuando tenía cinco años, su padre murió. Los dolores de cabeza de su padre se habían agudizado a tal grado que tuvieron que suspender sus vacaciones. Los exámenes médicos diagnosticaron un tumor canceroso que acabó su vida en cuestión de semanas.

Unos años después, su madre se casó con un hombre muy especial que tenía tres hijos, y adoptó a las tres niñas; así Josie llegó a tener dos hermanas y un hermano más. Se gozaban de su nueva familia, incluyendo su nueva hermanita que pronto les nació. Josie estaba muy feliz de tener un nuevo padre y este gozo duró por unos años, hasta que su segundo papá murió.

"¿Has podido llorar la muerte de tus padres?", le pregunté.

"No", contestó, "casi no recuerdo la muerte de mi primer padre, y con el segundo, yo ya era adulta y entendí que él estaba muy enfermo; me sentí muy triste por mi mamá".

"Pero, ¿cómo te sentiste en cuanto a ti misma? ¿Adónde se fue tu tristeza?"

"Estaba bien, lo acepté".

"Pero ¡supongo que estabas triste! ¿Adónde se fue esa tristeza? ¿La guardaste en tu interior? ¿Qué pasó con ella cuando tú aceptaste la muerte de tus padres? No puede sencillamente desaparecer, porque no lo asimilaste".

Josie no pudo contestar la pregunta. Descubrimos que ella no tenía memoria de los años entre la muerte de su primer padre y la presencia del segundo en su vida y aunque llevamos a Cristo todos los traumas que pudo recordar, ello no hizo ninguna diferencia en sus problemas. Oramos, cerramos puertas, pero nada siquiera llegó a tocar sus problemas ni le hizo sentirse en contacto con Dios; aun cuando Dios claramente le contestó oraciones concretas, ni así pudo creer o sentir que El quería realmente darle cosas buenas.

Al cabo de un año, le recomendé a Josie que fuera a donde un médico para que la chequeara a ver si tenía pensamientos obsesivos, pero ella no quiso. "Mis problemas no son tan agudos como para consultar un médico", insistía. "Puedo funcionar bien y no tendría ningún problema si sólo pudiera dejar de hacer esas llamadas telefónicas locas".

"Josie", le contesté, "tú no tienes que llegar al punto donde no puedes funcionar para tener pensamientos compulsivos, hay personas que tienen cargos de alta responsabilidad y tienen ese problema. Por lo menos, hazte chequear para que estemos seguros de que tu problema no tiene sus raíces en eso".

Los médicos no estaban convencidos de que fuera un caso de pensamientos compulsivos, pero decidieron darle la medicina para tratarlos y ver si quizás le ayudaba a contro-

larlos. Josie, a su vez, hizo contacto con un grupo de personas adictas a relaciones tóxicas, algo parecido a lo que es Alcohólicos Anónimos.

En unas semanas los pensamientos de Josie empezaron a cambiar y ella encontró dentro de sí misma a una niñita que en forma desesperada se acogía a su primer padre, tratando de amarlo tanto, de tal manera que él nunca la dejara. A medida que ella aprendió a consolar a la niñita y le ayudó a abrirse al amor de Cristo, su vida empezó a cambiar.

La medicina detuvo el círculo de sus pensamientos obsesivos, y por fin, pudimos llegar a sus heridas profundas y traerlas a Cristo para sanarlas.

Poco a poco, ella ha empezado a ver que su concepto de Dios era equivocado y que Dios, sí, le amaba y quería traerle cosas buenas a su vida. También se dio cuenta de que aunque sería bueno casarse, su vida no dependía de eso. No podíamos llegar a los traumas más profundos de Josie sino hasta que la medicina suplió las sustancias químicas que su cerebro necesitaba.

AYUDA EMOCIONAL TEMPORAL

Cuando un creyente se cae y se parte una pierna no tiene dificultad alguna en que los médicos le tomen radiografías, le pongan un yeso hasta que el hueso sane y le den medicinas para el dolor; no dice: "Tendré suficiente fe y el hueso volverá a colocarse en su posición correcta".

Asimismo podemos tomar como ilustración de la condición mental de personas que han sufrido traumas psicológicos intensos; piensan y piensan una y otra vez, sus pensamientos giran en círculos y más círculos, oran y claman a Dios, pero sus pensamientos no pueden parar.

Podemos comparar la mente de ellos con la pierna rota: necesita un yeso para que pueda descansar lo suficiente como para empezar a sanar y el médico puede proveer ese "yeso" dándole medicinas.

A medida que sus pensamientos cíclicos se calman, podemos guiar a la persona a llevar sus heridas a Cristo y cerrar las puertas abiertas y, según vaya sanando, poco a poco puede ir reduciéndosele la medicina.

DAÑOS EMOCIONALES PERMANENTES

Sabemos que Dios puede hacer cualquier cosa; lo hemos aprendido desde la primera vez que oímos hablar de Dios. Sin embargo, hay ciertas condiciones en la cuales Dios ha limitado su poder de actuar; por ejemplo, Dios podría quitar toda la maldad de la faz de la tierra y, de hecho, un día lo hará. ¡Cómo anhelamos ese día! Pero, todavía no ha llegado.

Así mismo, un día Dios nos quitará todas las enfermedades, pero ese día todavía no ha llegado. Toda la maldad, así como las enfermedades, son parte de la caída de la raza humana y permanecerán con nosotros hasta la resurrección de todas las cosas al final del mundo.

Dios nos ha dado la autoridad de su nombre sobre la maldad y las enfermedades, lo cual no quiere decir que la maldad y las enfermedades *todas* se van, aun Cristo no sanó a todos los enfermos. El cojo que diariamente llevaron a la puerta del templo para pedir limosna y fue sanado por Pedro y Juan (Hechos 3:1-10), estuvo allí día tras día cuando Cristo entraba y salía y nunca le sanó. Nos preguntamos: ¿por qué? No sabemos.

Algunas enfermedades Dios las sana usando los mecanismos naturales de sanidad que El ha puesto en nosotros al crearnos, tales como un resfriado o una fractura y junto con eso podemos o no, hacer uso de medicinas o la cirugía; otras enfermedades El las sana instantáneamente a través de un milagro, otras pasa un tiempo antes que El las sane milagrosamente o la sanidad se produce más rápido que lo normal; y otras no serán sanadas sino hasta el día en que recibamos nuestros nuevos cuerpos resucitados y en estos casos Dios nos da su gracia y su consuelo para vivir victoriosos con la enfermedad (2 Corintios 1:2-4).

Ciertas enfermedades causan daños permanentes al cuerpo, como la parálisis infantil. Cuando oramos por estos casos, atando y echando fuera la enfermedad, cerrando todas las puertas abiertas, y desatando sanidad, si Dios no pone nuevos músculos en la pierna, sería muy cruel decir a la persona que si continúa usando muletas para andar, deshonra a Dios. Además de hacerle vivir una vida inválida, le haríamos sentirse culpable porque su pierna no le funciona. Mientras que le animamos a usar sus muletas, y a confiar en Dios para hallar la fuerza y el consuelo diario que necesita, Dios será glorificado. Con seguridad, Dios sí le consolará y le usará para confortar a los demás de la misma manera que él fue consolado.

Yo tengo síndrome de Ménière, una enfermedad que si no recibiera tratamiento podría hacerme perder la facultad de oír. Muchas veces hemos orado por mi sanidad, sin embargo, el problema continúa; si tomo mis medicinas con regularidad no tengo mayor problema. Me sentiría muy contenta si pudiera ser sanada, pero si tomando dos pastillas dos veces al día mi cuerpo de polvo sigue funcionando, ¿no debo tomarlas con gratitud a Dios por esa solución tan sencilla?

Lo mismo sucede con personas que tienen problemas emocionales que les han durado mucho tiempo o que les han causado un daño permanente y que quizás tienen que seguir tomando medicamentos para funcionar mejor o aun normalmente. Sería cruel de parte de nosotros decirles que deben dejar sus medicinas y sólo tener suficiente fe para vivir sin ellas. Si Dios les llega a sanar, ellos podrán poco a poco reducir la dosis y seguir funcionando normalmente sin problemas y hasta que eso sucede, debemos animarlos a que continúen tomando sus medicinas y dar gracias a Dios por la manera en que El suple las necesidades de su cuerpo.

En diferentes ocasiones Dios usa distintas maneras de sanar y por eso, cuando oramos por personas, tenemos que discernir lo que El quiere hacer y como no siempre es fácil saberlo, vamos a mirarlo más detenidamente.

DISCERNIENDO LA VOLUNTAD DE DIOS

Cristo llevó nuestras enfermedades en la cruz: los pecados de nuestro espíritu, las enfermedades de nuestro cuerpo y las tristezas y dolores de nuestra siquis. Dios no quería que nosotros viviéramos con todas esas dificultades, su plan original, era que viviéramos en el paraíso donde no existe el dolor. Jesús vino para hacernos libre, y un día vendrá a restaurar todas las cosas y otra vez seremos completamente libres. Pero mientras eso sucede, Cristo anda a nuestro lado con el propósito de llevar nuestras ansiedades (1 Pedro 5:7), y nos consuela en todas nuestras tribulaciones. ¡El es el Dios de toda consolación!

A pesar de eso, a veces nos encontramos frente a un dilema. Cristo dijo a sus discípulos que hay ciertos demonios y enfermedades que no salen sino con oración y ayuno (Mateo 17:21), entonces, ¿cuándo debemos ayunar y orar hasta que la enfermedad sea sanada, y la persona sea completamente liberada? o ¿cuándo quiere Dios consolar a la persona en su tribulación para que pueda consolar a otros por medio de la consolación con que Dios le consuela? (2 Corintios 1:3-4).

Pablo se enfrentó al mismo dilema y continuó orando que su aguijón fuera removido, hasta que Dios le contestó (2 Corintios 12:7-12). Cuando estuvimos trabajando en la iglesia en Pasto, Colombia, en los años de 1968-70, enfrentamos este mismo dilema.

Colombia había atravesado por muchos años de violencia entre los dos partidos políticos y los creyentes estaban atrapados entre los dos, murieron muchos por su fe. Poco después del Concilio Vaticano II, el país reaccionó como nunca antes lo había hecho al movimiento del Espíritu Santo.

La ciudad de Pasto nunca había oído el Evangelio predicado en sus calles y Dios nos guió a llevar a cabo unas campañas grandes al aire libre para que todos pudieran oír las Buenas Noticias. En estas campañas los evangelistas

oraban por los enfermos siendo muchos de ellos sanados milagrosamente.

En una de estas campañas, nuestro hijo David, de dos años, se enfermó y los evangelistas oraron por él. David no se mejoró y al terminar la campaña su condición fue de mal en peor, hasta el punto que a la mañana siguiente tenía un color oscuro, necesitaba oxígeno.

¿Por qué Dios no le sanaba? Decidimos ayunar por él aquella mañana y orar una vez más antes de llevarlo al médico. Yo tomé a David en mis brazos y Carlos le impuso sus manos y oraba echándole fuera la enfermedad y pidió que Dios le sanara. En medio de la oración, David recobró su color normal, su temperatura bajó y su tos desapareció. ¡Nuestro hijo había sido sanado!

Durante estas campañas nuestra familia tuvo que enfrentarse a otra enfermedad que parecía no tener cura. Seis semanas después de nacer nuestra hija Ruthie, mis exámenes médicos salieron positivos, indicaban que tenía cáncer en el cuello de la matriz. Mientras que aún estaba en el hospital después de la primera intervención quirúrgica, un evangelista vino a Pasto para evaluar la posibilidad de realizar la primera campaña. Dios había usado a este hermano para hacer milagros grandísimos y él oró por mí para que Dios me sanara completamente.

Seis meses más tarde, los siguientes exámenes resultaron dudosos, sin embargo, una biopsia mostró ciertos cambios celulares pero no cáncer; ahora el problema era que el lugar de donde extrajeron la biopsia no sanaba, así permaneció cinco meses, unos meses más tarde otro examen salía sospechoso de cáncer nuevamente. El cirujano quería operarme y extraer la matriz o remover otra parte del cuello del útero, para así aún darnos la oportunidad de tener los otros dos hijos que queríamos. ¿Qué debíamos hacer?

Durante todo ese tiempo tuvimos campaña tras campaña en muchas partes de la ciudad. Una noche los niños en la calle estaban inusitadamente bulliciosos; nos gritaban y tiraban

tomates durante la predicación. La tarde siguiente, antes de ir a la calle nos reunimos a orar en la casa de un creyente, para atar la fuerzas malignas que estaban obrando en los niños.

En medio del tiempo de oración, el evangelista dijo: "Creo que hay personas enfermas aquí por las cuales Dios quiere que oremos antes de ir a la calle. ¿Quiénes son? La madre de la familia donde nos encontrábamos sufría de una hernia y pidió oración.

Mientras el evangelista hablaba, me vino a la mente el daño que había sufrido en la columna cuando tenía nueve años al caerme para atrás por unas gradas de cemento y se me dañó la columna en tres partes. Con el nacimiento de los niños las lesiones se habían empeorado tanto, que ni siquiera podía alzar a los niños en mis brazos, tenía que sentarme para que ellos se subieran sobre mis rodillas. Yo sentía que Dios quería que pidiera oración por mi columna y entonces le pedí al evangelista que orara por mí; cuando lo hizo yo no sentí nada.

Después de esto, fuimos a la calle para empezar el servicio, sentada en el estuche del acordeón, yo acompañaba los coros que cantaban, de repente sentí como algo caliente, más o menos de diez centímetros de largo en el punto más bajo de mi columna, que subía lentamente, deteniéndose cierto tiempo en cada una de las tres partes donde estaba la lesión, hasta llegar a mi cabeza y entonces desapareció.

A la mañana siguiente podía moverme y doblar mi cuerpo como nunca antes lo había experimentado, ya que esas partes de mi columna habían quedado rígidas desde que tenía nueve años, pero ¡además tenía un dolor agudo en todo el cuerpo! Al reunirnos, como de costumbre, en nuestra sala para orar esa mañana, el evangelista y Carlos me impusieron las manos otra vez y un calor como una llama me corrió hacia abajo de la columna, subió otra vez y de repente todo el dolor desapareció. A la semana siguiente, Carlos me impuso las manos una vez más en una parte de mi cuello que aún

permanecía rígida; esta vez sentí como si mi cabeza se fuera a salir, es decir, como si alguien la hubiera halado fuertemente y el punto rígido desapareció.

En todo este tiempo ellos también oraron por mi cáncer. ¿Por qué Dios no me sanó el cáncer cuando su poder actuó en mi cuerpo sanando mi columna? Obviamente este no era un caso de "falta de fe" porque, Dios, sí, había sanado milagrosamente mi columna. ¿Qué deberíamos hacer? ¿Debíamos mantenernos en ayuno y oración hasta que Dios me sanara o debía tener la operación de la matriz? El médico esperaba nuestra respuesta, ¿qué era lo que Dios quería que hiciéramos?

Decidimos ayunar y orar hasta que Dios nos mostrara qué era lo que El quería que hiciéramos. "Dios", oré, "¿qué es lo que tú quieres? Estoy dispuesta a hacer lo que tú sabes es lo mejor para mí, estoy dispuesta a tener la cirugía, pero también estamos dispuestos a entrar en un período de ayuno y oración hasta que tú me sanes. Por favor, muéstranos lo que tú quieres y lo haremos".

En ese momento alguien llamó a Carlos y él tuvo que salir por un rato mientras que yo continué orando y esperando delante del Señor hasta que El me habló: "Arline", me dijo, "Yo quiero que tú tengas esta cirugía. Te llevaré al hospital, te sanaré y te traeré a casa otra vez. Yo conozco el futuro, más de lo que tú lo conoces".

Cuando Carlos volvió, le conté lo que yo sentí que Dios había dicho y él estuvo de acuerdo que eso había sido de Dios; entonces llamó al cirujano inmediatamente e ingresé al hospital al día siguiente para operarme la matriz.

La cirugía transcurrió sin problema alguno, pero a la noche siguiente, contraí una infección intestinal y cuando Carlos vino a visitarme mi temperatura era de más de cuarenta grados. Cuando Carlos mostró el termómetro a las enfermeras, ellas llamaron al médico urgentemente a su casa.

Apenas podía yo oír a Carlos hablando, lo escuchaba como si estuviera muy lejos, aunque estaba al lado de mi

cama, como yo sentía que me iba, con gran esfuerzo logré decirle: "Amor, debes orar por mí, siento como si me estuviera yendo".

Carlos oró imponiendo sus manos sobre mí cabeza, y yo sentí una ola de calor pasar por mi cuerpo, de mi cabeza a mis pies y de abajo hacia arriba otra vez. Entonces fue cuando recordé la promesa: "Te llevaré al hospital, te sanaré y te traeré otra vez a casa".

Yo había pensado que Dios quería decirme a través de la promesa que El iba a librarme de la cirugía. ¡Entonces supe que El se refería a la infección intestinal! Cuando llegó el médico, mi temperatura había bajado tanto que regañó a las enfermeras por haberle llamado innecesariamente.

Dios me sanó de mi cáncer por medio de la cirugía. ¿Por qué?

¿Por qué estuvo su poder presente en mi cuerpo para sanarme cuatro veces y nunca tocó el cáncer? No sé. He agregado esta pregunta a mi lista de preguntas que quiero hacer a Cristo cuando le vea. Ahora que esta pregunta ha llegado a formar parte de otras más que, según mi entender, no pueden ser contestadas en esta tierra, puedo entregarla a El para que El la cargue por mí hasta cuando le vea cara a cara y entonces, si todavía quiero saber el ¿por qué?, pues ¡se lo voy a preguntar!

No sé por qué Dios quiso que yo tuviera esa operación, no sé por qué tengo que tomar medicina para mis oídos, pero, sí, alabo a Dios porque El suplió mis necesidades en medio de mis dificultades. Durante este largo período de mi enfermedad, cuando miraba a mis dos bebecitos y me preguntaba si yo viviría lo suficiente como para que ellos pudieran recordar a su mamá, Dios me consoló con su infinita consolación y es precisamente esa consolación que El me dio en esos pasajes difíciles de mi vida que yo transfiero a otros para consolarlos.

Cristo vino para hacernos libres, aunque tengamos que vivir en medio de un mundo caído y con un cuerpo que va a

volver al polvo; es por eso que nos dio la autoridad de su nombre, para que podamos continuar la obra que El empezó cuando estuvo aquí en la tierra (Juan 14:12). Sabemos que Dios quiere que todas las puertas al reino de las tinieblas estén cerradas y todos los pecados vencidos en su nombre, pero a la vez nunca debemos pensar que tenemos la llave que nos da una solución a todos los problemas de la vida. Los pensamientos de Dios son más altos que los nuestros y debemos buscar la voluntad de Dios para saber cómo orar en ocasiones específicas y recibir de El la edificación, la exhortación y la consolación que necesitamos de El.

Sí, Cristo vino para libertar a los cautivos y lo más sorprendente es que lo hace a través tuyo y mío. Si tú recibes su libertad y consuelo, te darás cuenta que muy pronto El te presentará personas que tú podrás llevar a El para que ellas también reciban su libertad y consuelo y entonces tu vida dará alabanza a la gloria de su nombre.

La alabanza de Su nombre

Cuando Dios nos usa para traer la libertad de Cristo a los que están encadenados, tenemos que andar humildemente delante de El y darle toda la gloria y alabanza por la sanidad que El lleva a cabo en las vidas de los que El toca a través de nosotros. Tenemos que concentrarnos en El, no en las sanidades, ni en el reino de las tinieblas, tampoco en las puertas abiertas que dan vía a ese reino. La siguiente ilustración puede ayudarnos a distinguir entre ellos.

CASCABELES Y MORAS SILVESTRES

Me crié en las montañas de Allegheny, Pennsylvania, en nuestra finca, que era la última antes de llegar a los bosques que cubrían la cumbre del Monte Davis donde nadie vivía por kilómetros y kilómetros. Entre las peñas y cuevas de las montañas crecían grandes y deliciosas moras silvestres.

En el otoño, toda la familia con botas de caucho y ropa cómoda nos metíamos en las montañas por días enteros y recogíamos moras que nos duraban todo el invierno. Para nosotros como niños, correr entre las peñas y recoger moras era un gran juego.

Mi padre se adelantaba al entrar en el bosque y todos nosotros le seguíamos, alerta y listos a escuchar, porque dentro de las rocas también vivían serpientes de cascabel, tan

venenosas que su mordedura mata en minutos, aunque se dice que una serpiente de cascabel hace sonar su cascabel tres veces antes de atacar. Entonces, a pesar de todos nuestros juegos teníamos que estar muy alerta a los sonidos alrededor de nosotros y si oíamos a una serpiente, permanecíamos como petrificados hasta que mi papá la encontraba y la mataba, entonces corríamos otra vez a buscar las moras.

En las montañas también vivían una clase de langosta, un insecto que hace un sonido casi idéntico a las serpientes de cascabel, por eso teníamos que aprender a distinguir entre el sonido de la langosta y el de la serpiente. Si no hubiéramos aprendido a distinguir estos sonidos, nos hubiéramos quedado allí parados escuchando, pensando que era una serpiente y nunca hubiéramos alcanzado a coger suficientes moras para el invierno, ya que las langostas estaban por todas partes alrededor de nosotros.

De otro lado, si hubiéramos dicho: "Yo no creo en serpientes, hace cientos de años que las mataron a todas; esos sonidos sólo son de langostas", pronto hubiéramos muerto de una mordedura.

Cuando encontrábamos una serpiente, mi padre no entraba en diálogo con ella, preguntándole su nombre o cómo había llegado allí. ¡No, mi papá sencillamente la mataba y se deshacía de ella! Nuestra tarea no era cazar serpientes de cascabel, ¡no! la tarea nuestra era recoger moras. Fácilmente hubiéramos podido desviarnos de nuestro propósito y haber pasado el tiempo estudiando las serpientes o conversando con ellas, y así hubiéramos perdido la cosecha de tantas moras que nos duraban todo el invierno.

Podemos aplicar esta ilustración a la vida cristiana: Dios nos llamó para extender su reino, para proclamar el año agradable del Señor, sanidad para los corazones quebrantados, libertad para los prisioneros y los oprimidos y para traer las Buenas Nuevas a los que no le conocen. Si en el camino encontramos un espíritu maligno, un demonio o una puerta

abierta al reino de las tinieblas, tenemos que quitarlo en el nombre de Cristo.

Cristo no se detuvo para entrar en conversación con los espíritus malignos que echaba fuera; en ocasiones les preguntaba su nombre, pero más bien les llamaba por el nombre de los efectos que tenía en la vida de la persona, tal como "espíritu sordo y mudo" (Marcos 9:25), nunca les permitió decir nada. El estaba ocupado en predicar el mensaje del Reino de Dios y si encontraba espíritus malignos en su camino los expulsaba.

Hoy tenemos el mismo mensaje, el mensaje de restauración y de sanidad. Los espíritus malignos y las puertas abiertas, sí, existen y al proclamar las Buenas Nuevas de Cristo vamos a encontrarlos. Tenemos que aprender a distinguir entre las "langostas" y las "cascabeles" espirituales y psicológicas para que no pasemos nuestros días buscando espíritus malignos donde sólo hay heridas psicológicas o que no reconozcamos los espíritus malignos camuflados en problemas psicológicos.

Cuando encontramos espíritus malignos, tenemos que atarlos, echarlos fuera, cerrar todas las puertas abiertas, y proclamar a Cristo como Rey de cada área, pero nunca debemos permitir que ello nos desvíe de nuestra tarea principal de proclamar las Buenas Nuevas del Reino de Dios. La experiencia del pastor Roberto nos muestra cuán fácil es llegar a dejarnos distraer por las "cascabeles" espirituales.

PASTOR ROBERTO

Poco después de empezar nuestro ministerio en Colombia, tuvimos el privilegio de tomar parte en una serie de conferencias para los pastores y misioneros dictadas por el pastor Roberto. Su iglesia había crecido rápidamente y los creyentes estaban aprendiendo a alabar a Dios. Sin embargo, al empezar cada culto sentían una presencia maligna, oscura y opresiva que destruía su libertad de alabar.

"Cuando eso llegaba", nos contó el pastor Roberto, "los ujieres venían a mi oficina, diciendo: 'Pastor, los espíritus malignos están aquí, por favor, ¡venga a echarlos fuera!'"

"Yo siempre salía rápidamente de mi oficina y les decía a los espíritus: '¡Váyanse, en el nombre de Cristo!' Siempre salieron y la gente podía alabar libremente". Con el paso del tiempo, llegó a ser cada vez más difícil hacerlos salir y algunas veces duraba hasta media hora tratando de limpiar el ambiente.

Un día, mientras el pastor Roberto estaba en su oficina orando, Dios le preguntó: "¿Por qué en esta iglesia se alaba a los demonios?"

"¿Alabamos a los demonios?", exclamó el pastor Roberto. "Eso es exactamente lo que no estamos haciendo; pues, los echamos fuera".

"No", le contestó Dios, "están alabando a los demonios".

"¿Dios", preguntaba el pastor desconsolado, "cómo puedes decir que estamos alabando a los demonios cuando trabajamos tan duramente para echarlos fuera de nuestros cultos?"

"Están alabando a los demonios ya que les dan mucha atención; por treinta minutos usted les habla y atrae atención hacia ellos. A los demonios les encanta todo esto y por eso es que se juntan cada vez más. Desde luego tienen que salir al fin, pero mientras tanto les gusta la atención que les prestan".

"Pero, Dios", clamó el pastor, "si eso les alaba, ¿cómo podemos deshacernos de ellos?"

"Haz que la gente me alabe a mí".

"Pero, ellos no se van y el ambiente se torna tan pesado que la gente ni puede alabar".

"Sigan alabándome de todos modos porque no hay demonio que se quede para oír a la gente alabándome a mí".

El domingo siguiente, como siempre, vino el ujier corriendo a la oficina del pastor Roberto y dijo: "Pastor, los demonios están ahí otra vez, venga a echarlos fuera".

El pastor salió y dijo a la congregación: "Todos de pie, vamos a alabar a Dios".

"Era terrible", el pastor Roberto nos dijo. "Sentía como si estuviéramos luchando en contra de los mismos poderes de las tinieblas, pero seguimos alabando al Señor lo mejor que podíamos y después de veinticinco minutos el ambiente pesado desapareció y pudimos alabar a Dios con libertad".

El domingo siguiente la batalla duró por unos veinte minutos, el siguiente unos diez minutos y en dos semanas más el ambiente era libre y la congregación podía alabar y adorar con libertad. El ambiente pesado nunca volvió a aparecer, no hubo más espíritus malignos que echar fuera. ¡No hay demonio que se pueda quedar en un ambiente donde genuinamente se alaba a Dios!

El pastor Roberto aprendió una lección muy importante para todos nosotros los que proclamamos las Buenas Noticias de la libertad que hay en Cristo Jesús: El debe ser el centro de nuestra atención y conversación o nos desviaremos buscando "cascabeles", y perderemos la cosecha para el Reino de Dios. Toda la atención, la alabanza y la gloria pertenece a El, porque sólo El es digno de alabanza.

ENTREGANDO LA ALABANZA

Si abres tu vida a Cristo, El te usará para traer sanidad a otros en maneras que nunca pensaste posible y entonces aquellos a quienes Dios toca por medio tuyo, van a querer agradecerte por las bendiciones que han recibido. Cuando eso pasa, muchos creyentes se sienten incómodos porque saben que Dios no da su gloria a otro (Isaías 42:8).

Casi siempre respondemos a agradecimientos con tales frases como: "No me agradezca a mí, yo no hice nada" o "toda la gloria pertenece a El, yo sólo soy su siervo" y por dentro nos estremecemos sin saber qué hacer con todo el agradecimiento y el elogio que recibimos. ¿Cómo puede uno ser humilde y libre de orgullo en esos momentos?

En la iglesia donde me crié hicieron mucho énfasis en la importancia de ser humilde, el orgullo era considerado un pecado muy grave. Estoy agradecida por esa enseñanza porque me ha hecho muy consciente de que toda gloria pertenece a Dios.

Sin embargo, yo tuve dificultades en aprender qué era lo que significaba realmente ser humilde. ¿Quería decir que siempre debía menospreciarme, nunca debía sentirme bien en cuanto a lo que yo era o podía hacer? Constantemente estaba revisándome para ver si tal vez algo de orgullo había en mi vida y cuando alcanzaba a decir frases humildes como: "Da toda la gloria a Dios, no a mí", me sentía tan buena, ¡esta vez yo había logrado permanecer humilde! Pero, ¡entonces me di cuenta que me sentía orgullosa de mi humildad!

El orgullo era como pegamento; lo quitaba de una mano y se pegaba a la otra y entonces la quitaba de la otra y se pegaba a la primera. "Dios", grité desesperada, "¿cómo puedo llegar a ser verdaderamente humilde?"

Entonces un día Dios me habló: "Arline", me dijo, "olvídate de tratar de permanecer humilde, deja de revisarte; sólo mírame a mí".

"Pero, Dios", exclamé, "¿cómo voy a saber si estoy dando lugar al orgullo, si no me examino?"

"Fija tus ojos en los míos", contestó, "yo quiero guiarte con mis ojos (Salmos 32:8), yo te diré si estás volviéndote orgullosa".

"Pero supón que no lo noto y, de veras, llego a ser orgullosa, ¡te quitaría tu gloria!"

"¿Piensas que yo no soy capaz de cuidarte para que no llegues a ser orgullosa?", preguntó Dios. "¿Crees que tú puedes guiarte mejor que yo? Fija tus ojos en los míos y yo te daré de mi humildad".

Qué alivio sentí al no tener que estar examinándome constantemente y más bien, depender solamente de Dios y su humildad para yo serlo. ¿Pero qué podemos hacer con las alabanzas que recibimos cuando el Espíritu Santo nos usa?

La Biblia nos dice en Efesios 1:12 que Dios nos predeterminó para ser "alabanza de su gloria". Por mucho tiempo ese versículo me molestó y Dios me lo traía a mi mente vez tras vez: ¿Qué quería decir para mí? Yo era una persona cualquiera, nadie especial, ¿cómo podía ser yo alabanza de su gloria?"

Un día Dios me preguntó: "¿Qué es lo que la gente ora cuando piensa en ti? ¿Cuántas veces oran por paciencia para aguantarte? ¿Cuántas veces piden poder para tener una actitud cristiana frente a ti? Cuando ellos oran así, no estás viviendo para alabanza de mi gloria; o a cambio ¿cuántas veces dicen: 'Gracias, Dios, por Arline, su vida es una bendición para mí'? Así sucede cuando tú vives para la alabanza de mi nombre".

¡Qué desafío! Cuando yo vivo mi vida de tal manera que otros pueden alabar a Dios al pensar en mí, entonces vivo para la alabanza de Dios. Cuando tú vives de tal manera que otros alaban a Dios cuando piensan en ti, entonces tú vives para la alabanza de su gloria.

Eso entonces debe llegar a ser nuestra meta consciente: Vivir de tal manera que cuando otros piensen en nosotros, digan: "Gracias Dios por su vida". Pero, entonces, ¿qué hacemos cuando nos elogian y vivimos esa clase de vida que glorifica a Dios?

UN RAMO DE ALABANZA

Tal vez si pensamos que la alabanza es como un ramo de flores, sería más fácil entenderlo ya que necesitamos flores para adornar nuestras vidas y Dios las hizo para que las disfrutemos. Un ramo de flores es para olerlo, apreciar su belleza y colocarlo en un florero, no es para que lo mantenemos cogido en la mano, ni para que lo comamos. Si rehusamos soltarlo, se morirá en nuestras manos y si nos lo comemos, nos enfermamos.

De igual manera funciona el elogio; necesitamos ser elogiados cuando hacemos algo bien, pero si retenemos las palabras de elogio, repitiéndolas vez tras vez, esas palabras

llegan a inflarnos y pierden su belleza. El elogio debe ser tomado en dosis pequeñas y diluidas, tenemos que solamente olfatearlo, porque si lo tragamos, nos hace arrogantes, autosuficientes y orgullosos. El elogio debemos olfatearlo, y pasárselo a Dios. ¿Cómo podemos pasarlo a Dios?

Hay personas que piensan que al pasar el elogio a Dios uno nunca debe sentirse bien en cuanto a uno mismo, piensan que sentirse bien acerca de uno mismo es igual a sentirse orgulloso y por eso se menosprecian constantemente. Si alguien trata de agradecerles o alabarles, ellos inmediatamente sacan a relucir un error en lo que hicieron y así tratan de mantenerse humildes.

Mi hermana menor es artista en óleo y cierta vez nos invitó a una exhibición de sus obras. Las cuatro paredes estaban cubiertas de cuadros lindísimos y la gente paseaba de un lado a otro disfrutando de su belleza. Al mostrarnos su obra, mi hermana nos contaba acerca de los cuadros, los pensamientos que los habían inspirado y nosotros gozamos inmensamente de su exhibición.

Pero imagínense que mi hermana, para no sentirse orgullosa hubiera señalado errores en los cuadros que nos mostraba: "Ese cuadro en realidad no resultó bien por aquella sombra, y en ese otro los colores no se mezclaron bien, bueno... este sí está más o menos bien, pero desde luego, Miguel Angel hubiera podido hacerlo mejor".

Si mi hermana hubiese hecho algo semejante, todos nos hubiéramos sentido frustrados, la visita a la exhibición habría dejado de ser placentera y con seguridad hubiéramos salido tan pronto hubiésemos podido. Pero así como ella lo hizo, todos disfrutamos muchísimo y mi hermana tanto como nosotros. ¿No debía ella disfrutar de la belleza de sus propias obras igual que lo hubiera hecho con las de otros maestros? ¿Debía ella menospreciarlas y no recrearse en ellas, sencillamente porque ella las había pintado? ¿Es eso lo que significa humildad? ¡Claro que no! Entonces, ¿de qué se trata?

El pastor Roberto nos relató, cómo él aprendió a entregar el elogio cuando el Espíritu Santo empezó a moverse en su iglesia; él siempre había usado frases como: "No me lo agradezca a mí, Dios lo hizo".

"Ahora, ya no digo eso", nos contó. "Ahora, cuando alguien me dice: 'Pastor, Dios me habló por medio de su mensaje esta mañana', yo le contesto, 'Gracias, estoy muy contento de que Dios te haya tocado' o 'Me alegro que pudiste estar aquí' o 'Gracias por compartir eso conmigo'".

"Entonces tan pronto puedo estar a solas, oro: 'Señor, ¿te acuerdas de esa señora de gafas oscuras? Ella me dijo que tú realmente le hablaste esta mañana; Dios, te entrego esa alabanza, pertenece a ti. ¿Y te acuerdas de aquel viejito que estaba bien atrás en la iglesia? El dijo que su corazón fue conmovido por el sermón; aquí Señor, te entrego también esa alabanza. Y esa señora de vestido azul que dijo que sentía tu presencia, también te entrego esta alabanza a ti. Gracias, Dios mío, por que tú me usaste, quiero que mi vida sea para la alabanza de tu gloria. Aquí tienes todo ese elogio y gloria, te lo entrego a ti'".

Cuando nos quedamos con el elogio y la alabanza entramos en competencia con nosotros mismos y continuamente sentimos que tenemos que llegar a ser mejor y mejor, ya no en el sentido de tener más experiencia y más práctica, sino en el sentido de hacerlo mejor de lo que lo hicimos la vez anterior. Si llegamos a recibir menos elogio que en la ocasión anterior nos sentimos deprimidos e inseguros, y si recibimos más, nos sentimos orgullosos y erróneamente podremos llegar a centrarnos en la alabanza que recibimos en lugar de hacerlo en lo que Dios hace.

Cuando pasamos el elogio a Dios, somos libres para ser nosotros mismos; no tenemos que suponer ser alguien importante y no estaremos en competencia, ni siquiera con nosotros mismos. Sólo así estaremos libres y listos para ver qué más quiere hacer Dios por medio de nosotros.

Las flores son bellas; a la vida le faltaría belleza sin ellas. Dios las hizo para que nosotros aspiráramos su fragancia y las disfrutáramos, y así mismo es el elogio, lo necesitamos. Las críticas y el menosprecio constante contrarrestan el gozo de la vida. Dios mismo nos alaba, su Espíritu nos dice en la profundidad de nuestro espíritu que somos sus hijos (Romanos 8:16), y nos dice también, que somos santos.

En la medida en que tú pasas los ramos de alabanza a Dios, El comparte contigo sus fragancias y su poder fluye a través de ti; El te da el gozo del Señor y tú le entregas más gloria y alabanza. Tus ojos ya no se fijan en ti, sino en El, y mientras tú te deleitas en El y El en ti, la fragancia de su gloria y alabanza fluye a aquellos que se encuentran alrededor tuyo y ellos también verán la gloria de Dios. ¡Eso es vivir para la alabanza de su gloria!

Entonces, un día tú vas a oírle decir: "Bien, buen siervo y fiel ... entra en el gozo de tu Señor" (Mateo 25:21); El te dará la corona de gloria y tú en admiración y adoración, con todas las huestes del cielo, la colocarás delante de El, porque sólo El es digno de recibir alabanza y gloria y honra y poder.

Sí, ven, Señor Jesús.

Acerca del autor

Arline Westmeier nació en Pennsylvania, EE.UU. Hizo su entrega a Jesucristo a la temprana edad de tres años y medio. Siempre sintió el llamado a ser misionera. Estudió la carrera de enfermería y en 1.965 salió a Costa Rica para aprender español. Allí conoció a Carlos Westmeier, quien venía de Alemania también para estudiar español, rumbo a Colombia como misionero. Los dos contrajeron matrimonio y sirvieron en Colombia por más de veintidós años. Allí tuvieron dos hijos, David y Ruth. En 1.986 se trasladaron a Nyack, N.Y., EE.UU., donde su esposo fue nombrado profesor de misiones en el Seminario Teológico Alianza.

Además de estudiar enfermería, Arline tiene los siguientes títulos: licenciatura en psicología de la Universidad del estado de Nueva York, licenciatura en estudios profesionales del Seminario Teológico Alianza de Nyack, N.Y., licenciatura en teología de la Universidad de Aberdeen, Escocia y es candidata al doctorado en filosofía con especialización en psicología y religión de la Universidad de Drew de Madison, N.J., EE.UU.

Actualmente, practica psicología clínica en su oficina en Nyack, N.Y. y trabaja medio tiempo los fines de semana en la clínica psiquiátrica, Centro Psiquiátrico de Rockland del estado de New York. Ella y su esposo son miembros de la Iglesia Hispana Alianza Cristiana y Misionera de Queens, N.Y.

Todos los versos bíblicos son citados de *La Santa Biblia*, Antigua versión de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, revisión 1960, Sociedades Bíblicas en América Latina..

Los nombres y lugares han sido cambiados con el fin de mantener en forma anónima la identidad de quienes amablemente me autorizaron relatar sus experiencias.

Otros libros por la misma autora:

Die verletzte Seele heilen: Gesundung durch Seelsorge

Healing the Wounded Soul: Ways to Inner Wholeness

Sanidad del alma herida: Camino a la sanidad interior



Sanidad del alma herida: Camino a la sanidad interior

Tomo I

Arline de Westmeier

Muchos problemas afligen a los humanos:

• Si soy cristiano, ¿cómo puedo aceptar que todavía sufra por los traumas del pasado? ¿No ha sido perdonado todo mi pasado? ¿Por qué, entonces, me siento todavía deprimido e inferior a los demás? • ¿Cómo podré perdonar a alguien que me ha hecho tanto daño? • ¿Si Dios me ama tanto, ¿por qué no me saca del lío en que estoy metido? • ¿Cómo puedo consolar a los que pasan por un gran sufrimiento?

Valiéndose de muchas ilustraciones tomadas de su experiencia de consejera en el campo misionero, Arline Westmeier demuestra que Jesús murió para sanar nuestras heridas psicológicas lo mismo que para perdonar nuestros pecados y curar nuestras enfermedades.

Producto 490264 • ISBN 1-56063-105-8

Adquiéralo en su Librería Favorita.

Distribuido por Spanish House/UNILIT Miami FL 33172

Sanidad *del* alma herida:

Llevando cautivo todo pensamiento

Arline de Westmeier

Sanidad *del* alma herida:

Llevando cautivo todo pensamiento

¿Cómo podemos saber si lo que pensamos viene de Dios o si estamos sencillamente escuchando nuestros propios pensamientos y deseos? ¿Es posible que cierto pensamiento sea una tentación de desprecio hacia mí mismo que intenta llevarme a una depresión y proviene del diablo, disfrazado como ángel de luz? Muchos consejeros cristianos encuentran diariamente a creyentes fieles que sufren los efectos de preguntas y dudas de este estilo. Esta serie sobre "*La sanidad del alma herida*" no estaría completa si no tratara este tema.

Este tercer y último tomo de la serie está basado en los dos primeros tomos: "*Sanidad del alma herida: Camino a la sanidad interior*" y "*Sanidad del alma herida herida: Cerrando las puertas abiertas*". El capítulo 2 de este tomo trata brevemente acerca de los pensamientos contenidos en los tomos I y II para beneficio de los que quizás no hayan tenido acceso a dichos volúmenes.



Producto 498626

Categoría: Asesoramiento

ISBN 0-7899-0143-9





T O M O I I I

Sanidad *del* alma herida.

Llevando cautiva toda pensamiento

Arline de Westmeier

Publicado por
Editorial **Unilit**
Miami, Fl. 33172
© 1997 Derechos reservados

Primera edición 1997

Copyright © 1996 por Arline de Westmeier
Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito
de los editores, para la reproducción de porciones del libro,
excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

Cubierta diseñada por **Alicia Mejías**

Citas Bíblicas tomadas de la versión Reina Valera,
Revisión 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas,
y La Biblia de las Américas
© 1986 The Lockman Foundation
La Habra, California 90631
Usadas con permiso.

Producto 498626
ISBN-0-7899-0143-9
Impreso en Colombia
Printed in Colombia

ex libris eltropical

CONTENIDO

Introducción **7**

CAPÍTULO 1

Una mente atormentada **11**

CAPÍTULO 2

La sanidad integral **29**

CAPÍTULO 3

Oyendo la voz de Cristo **45**

CAPÍTULO 4

Luces de aterrizaje de Dios **55**

CAPÍTULO 5

Más luces de aterrizaje **69**

CAPÍTULO 6

Convicción o tentación **87**

CAPÍTULO 7

Decidamos escoger **105**

CAPÍTULO 8

Reglas básicas **123**

CAPÍTULO 9

Modelos de oración en el proceso
de tomar decisiones **135**

CAPÍTULO 10

Modelos de oración para pensamientos
de convicción **151**

CAPÍTULO 11

Modelos de oración para pensamientos obsesivos **169**

CAPÍTULO 12

Llevando cautivo cada pensamiento **183**

CAPÍTULO 13

La vida de libertad **195**

*DEDICADO
A LOS QUE SE HAN
APROPIADO DE LA AUTORIDAD
DEL NOMBRE DE CRISTO
PARA ENTRAR EN LA
LIBERTAD QUE ÉL
OFRECE*

INTRODUCCIÓN

Muchos creyentes sinceros viven llenos de pensamientos que les molestan y que no logran controlar. Algunos se arrepienten, una y otra vez, de las mismas faltas que han confesado por años, y cada vez tratan de sentirse más arrepentidos porque, según sus propios pensamientos, las veces anteriores no fueron suficientes. A otros, sus pensamientos les condenan hasta por los errores más insignificantes. ¿Cómo puede Dios soportarlos a ellos? —se preguntan—. A otras personas, sus pensamientos les hacen repetir ciertos ritos sin sentido, vez tras vez.

¿Cómo podemos saber si lo que pensamos viene de Dios o si estamos sencillamente escuchando nuestros propios pensamientos y deseos? O, aun peor, ¿es posible que cierto pensamiento sea una tentación de desprecio hacia mí mismo que intenta llevarme a una depresión y proviene del diablo, disfrazado como ángel de luz? Muchos consejeros cristianos encuentran diariamente a creyentes fieles que sufren los efectos de preguntas y dudas de este estilo. Esta serie sobre “La sanidad del alma herida” no sería completa si no tratara este tema.

Como hijos de Dios, nacidos de nuevo en Cristo Jesús, sabemos que Dios quiere comunicarse con nosotros. Sin embargo, hay muchos creyentes que tienen poca idea de cómo es que Dios lo hace. Sabemos que Él nos habla a través de su Palabra, pero ¿cómo puedo saber qué es lo que Él quiere decirme a mí en particular?

Cristo dijo que sus ovejas oyen su voz y que Él las llama por nombre. Sus ovejas no oyen la voz de otro, sino la voz de Jesús y le siguen a Él (Juan, capítulo 10).

Al hablar en cuanto a examinar nuestros pensamientos, automáticamente tenemos que incluir el tema de cómo distinguir la voz de Dios. En nuestra mente registramos nuestros propios pensamientos, pero asimismo, cuando Dios quiere comunicarse con nosotros, sus pensamientos son registrados en nuestra mente, si es que nos damos cuenta de lo que Él está tratando de decirnos. Y es más, nuestras tentaciones también son registradas en nuestra mente o de lo contrario no serían tentaciones reales. Sería tan fácil si Dios usara el lado derecho de nuestro cerebro para comunicarse con nosotros, nosotros usáramos el lado izquierdo para pensar y todas nuestras tentaciones viniesen de la parte posterior. Así sería muy fácil distinguir el origen de nuestros pensamientos. Sin embargo, no ocurre así y por eso es que tenemos que aprender a discernir de dónde vienen nuestros pensamientos.

Podemos dividir el discernir la voz de Dios en dos áreas generales: (1) Distinguir Su voz guiándonos cuando tomamos decisiones, y (2) Discernir entre pensamientos de convicción y pensamientos obsesivos. Al tomar decisiones necesitamos la dirección de Dios, pero ¿cómo puedo saber que lo que pienso y deseo proviene de Dios, o es, más bien, el producto de mis propios pensamientos y deseos? En los capítulos 4 y 5 hacemos referencia a una especie de “luces de aterrizaje” que tienen que encenderse si es que Dios está dirigiéndonos para tomar alguna decisión.

En los capítulos 6 al 8, damos unas pautas para diferenciar entre nuestros pensamientos de convicción, los cuales vienen de Dios, y los pensamientos obsesivos que llegan a ser tentaciones que nos atan cada vez más y más. Los capítulos 9 al 12 contienen modelos de oraciones que pueden ayudar al lector a distinguir el origen de sus pensamientos. Hay modelos de oraciones que ayudan a la persona que tiene pensamientos obsesivos a empezar a usar su autoridad en Jesucristo para derribar argumentos y toda altivez que se

levanta contra el conocimiento de Dios, y a tomar todo pensamiento cautivo. Estas preguntas y modelos de oraciones han ayudado a muchas personas a llevar sus pensamientos tormentosos cautivos a la obediencia a Jesucristo (2 Corintios 10:3-6).

Este tercer y último tomo de la serie: *Sanidad del alma herida*, naturalmente, está basado en los dos primeros tomos: *Sanidad del alma herida: Camino a la sanidad interior* y *Sanidad del alma herida: Tomo II, Cerrando las puertas abiertas*. El capítulo 2 de este tomo trata brevemente acerca de los pensamientos contenidos en los tomos I y II para beneficio de los que quizá no han tenido acceso a dichos volúmenes.

Todos los versículos bíblicos son tomados de la versión Reina Valera, revisión de 1960 (G.S., vamos a usar el versículo del Salmo 32:8 en el capítulo 13 de la versión Jerusalén). Todos los nombres y varios lugares que aparecen en esta obra, han sido cambiados para mantener en el anonimato a aquellos que me han confiado la historia de su vida.

Igual que en los otros dos tomos, agradezco a Gloria Stella de Díaz por su gran ayuda en la redacción final de este manuscrito.

Este libro está dedicado a todas las personas valientes que se han atrevido a enfrentarse con sus pensamientos obsesivos y a usar la autoridad que les ha sido dada en Cristo para luchar hasta encontrar su libertad en Él.

Una mente atormentada

No me importa tanto la gente que va al infierno —gemía Marcos con su cabeza entre sus manos—. ¡Imagínese! Mientras ellos van al infierno yo estoy pensando en otras cosas. Seguramente, ni siquiera soy salvo, porque si fuera salvo estaría predicándoles la Palabra y entregando mi vida por ellos.

»Y habiendo tantos pobres, ¿qué estoy haciendo por ellos? ¡Están muriendo de hambre mientras yo vivo aquí tan cómodamente! En realidad, creo que no soy creyente porque casi no hago nada a favor de los pobres.

—¿Qué es lo que Dios pide de ti que no estás haciendo? —pregunté a Marcos.

—No sé. Siempre le pregunto a Él, pero no creo que me escuche porque no me intereso lo suficiente en ellos. Si de veras me importara, haría algo más para ayudarles.

Marcos se sentó en el sofá de mi consultorio completamente desanimado. —No sé qué me pasa. He consultado a un sicólogo y sigo igual. También consulté a alguien que echa

fuera demonios, pero él no cree que tengo demonios, sin embargo, todo sigue igual que antes.

»Mi pobre esposa sufre mucho; cuando me siento así casi no puedo relacionarme con ella. Ella sufre tanto. ¿Por qué es que no la considero más? Sencillamente no considero a los demás como debo.

—Marcos —le pregunté—. ¿Cuánto tiempo pasas mirando televisión?

—Casi nada —contestó.

—¿Por qué no?

—Porque tengo tantas clases que casi no me queda tiempo para nada fuera de mis estudios, pero ¡quisiera! ¿No ve? Eso es parte del problema; quisiera sencillamente emplear mi tiempo mirando televisión y no pensar nada más. A veces miro algún programa y me olvido de todo.

—¿Cuánto tiempo juegas con tus hijos?

—Pues, yo trato de darles un poco de tiempo todos los días, pero cuando estos pensamientos llenan mi mente lo único que puedo hacer es clamar a Dios durante horas que perdone la dureza de mi corazón. En esos momentos me siento tan desanimado al ver cuán lejos están mis emociones de lo que Dios quiere, que me pongo de mal genio con mi esposa y mis hijos.

—Quiere decir que estás tan ocupado arrepintiéndote por no importarte lo suficiente tu familia, que llega en realidad a importarte menos.

—¡Exactamente! Entre más me arrepiento, peor me pongo!

Marcos siempre fue un niño muy sensible que intentó ganar la aprobación y elogio de sus padres. Sus padres fueron muy estrictos; su padre en especial hacía sentir a Marcos el peso de su disgusto cuando no llenaba los requisitos que aquel le demandaba. Marcos recordaba cómo cuando era niño su papá le abrazaba y besaba, pero todo cambió cuando cumplió 6 años; de esa fecha en adelante su padre se alejó más y más de la familia. El licor y las peleas entre sus padres fueron de mal en peor hasta cuando Marcos tuvo 18 años,

entonces se divorciaron y muy pronto ambos se volvieron a casar. Más tarde su padre junto con su nueva esposa aceptaron a Cristo como su Salvador, pero aún en su nueva fe él continuó siendo muy estricto y rígido.

El padre y los dos hermanos de Marcos sobresalieron en deportes y él sintió la presión de su padre para que fuera como ellos. Sin embargo, Marcos odiaba competir con otros. A cambio, le gustaba leer y pensar, y trataba de que su padre se sintiera orgulloso de sus buenas notas.

Al entrar en la adolescencia, la confianza que tenía en su madre se desmoronó cuando, en presencia de sus hermanos, ella le acusó de tener relaciones homosexuales con uno de sus amigos. Aunque Marcos sabía que la acusación de su madre era falsa, él no pudo convencerla de su equivocación. Más tarde, ingirió licor y fumó marihuana para calmar sus sentimientos de disgusto consigo mismo que constantemente le afligieron.

Al poco tiempo de su matrimonio, Marcos y su esposa oyeron acerca del amor de Cristo y ambos le aceptaron como su único y suficiente Salvador. Entonces siguió lo que Marcos llamaba el “Año de Oro”: un año que recordaba como el único tiempo de su vida que no se condenó continuamente. Sin embargo, al preguntarle más a fondo, Marcos recordó que aún en este “Año de Oro” sufrió algunos ataques de pánico.

Este “Año de Oro” terminó cuando Marcos leyó algunos libros referentes al sufrimiento en el mundo y la responsabilidad de los creyentes de ayudar a esa clase de prójimo. De repente Marcos se dio cuenta de que el mundo era más complicado de lo que hasta entonces se había dado cuenta y la complejidad de existir le espantaba. Cuando las cosas marchaban en forma sencilla y sin confusiones, Marcos podía soportarlas, pero cuando algo complicado se salía de su control, le hacía odiarse por ser tan débil y no poder manejarlo.

Marcos se estaba preparando para el ministerio pues, creía que Dios le había llamado a ser evangelista con el fin de

llevar a otros el mensaje del amor de Cristo. Sin embargo, él se sentía enojado con la iglesia y los pastores porque creía que la mayoría de los sermones tenían el propósito de hacer sentir culpable a la gente. Cada domingo salía de su iglesia con tal sentimiento de culpa que le tomaba toda la semana tratar de salir de la depresión que le causaba. Él tuvo que pasar horas y horas de rodillas pidiendo que Dios le perdona su falta de compasión por los demás; mientras tanto, llegaba el siguiente fin de semana y debía volver a la iglesia para escuchar otro sermón y así empezar de nuevo el círculo vicioso.

Asimismo en el seminario, Marcos se sentía acusado por todos sus profesores, en todas las clases y por todos los libros que leía. El toque final que le había traído a buscar consejería, fue su experiencia en clase, respecto a evangelizar a los pobres.

—¡No puedo aguantar más! ¿Qué es lo que quieren de mí? He dado todo lo que he podido. Tengo familia que atender, estudios que pagar, trabajo las horas que puedo y ahora es como si quisieran decir que si no hago algo por los pobres no soy un cristiano verdadero.

—¿Alguna vez has hecho algo para ayudar a los pobres? —le pregunté a Marcos.

—Sí —contestó—, una vez ofrendamos 90 dólares, pero ¿qué es eso comparado con tanta pobreza? Queríamos dar más, pero no teníamos más para dar.

—Y ¿no es esa precisamente la condición de la viuda en la Biblia? Cristo dijo que ella dio más que todos los demás.

—Sí, yo sé eso; pero ese no es el problema. El problema es que ellos no me importan tanto como deberían importarme; no permanezco pensando en ellos ni me siento afligido por su necesidad. Si en realidad fuese como Cristo, sentiría compasión por los pobres, sentiría su dolor y no estaría pensando en otras cosas.

—¿En qué clase de cosas piensas?

—Pues, tales cosas como en mis estudios o en mi familia o ¡a veces ¡sencillamente no quiero pensar en nada!

—Y como creyente ¿crees que eso no te está permitido?

—No, sé que no es así; sólo que mis sentimientos no son muy profundos.

—Ah, ¿es el grado de tus sentimientos lo que no es correcto?

—Sí, jeso es! Mis sentimientos no son suficientemente profundos, me distraigo con facilidad. Pues, a veces voy a la tienda a comprar algo y cuando analizo mis emociones tengo que admitir que en ese momento no siento la más mínima compasión por la gente que está a mí alrededor y que van a ir probablemente al infierno. En lo único que pienso en ese momento es en comprar lo necesario y regresar a la casa. ¡No sé cómo Dios puede soportarme.

—Pero si tú has estado enfocándote en ti mismo para ver si sientes compasión por los demás, ¿cómo puedes pensar en los demás y sentir compasión por ellos? Uno no puede concentrarse en sí mismo y en los demás al mismo tiempo; sólo puedes hacerlo en uno a la vez —le dije.

—Eso es verdad, pero la Biblia dice en II Corintios 13:5 que debemos examinarnos para ver si estamos en la fe. Eso era lo que yo estaba haciendo y en ese momento al examinarme, concluí que no estaba lleno de compasión hacia los demás —replicó Marcos.

—Entonces, si te entiendo bien, lo que estás diciéndome es que si alguien quiere ser un verdadero hijo de Dios, en cada circunstancia de la vida tiene que sentirse lleno de los más profundos sentimientos de compasión por toda persona, sin lugar a descanso alguno y en todo momento —le respondí.

—Oh, no —dijo Marcos—. Sé que eso no es la verdad; eso no es posible.

—Sin embargo —le insistí—, ¿no es eso exactamente lo que tú estás pidiendo de ti mismo? Y no sólo te estás exigiendo ser lleno de compasión en todo momento, sino que la compasión que tienes que sentir debe ser la más profunda que alguien sea capaz de sentir. ¿No es eso lo que tú requieres de ti mismo?

—M-m-m —respondió Marcos, permaneciendo quieto por unos momentos—. Quizás eso es lo que estoy pidiendo. Pero ¿por qué es que soy tan duro conmigo mismo? No debo emplear tanto tiempo pensando en mí mismo; debo ocupar mi mente pensando en otros. ¡Siempre pienso en mí mismo! Si fuera un verdadero creyente debería mantenerme pensando en otros. ¿Cómo puede Dios soportarme? Soy una persona tan terrible.

Y así, otra vez, sus pensamientos empezaban a girar en el mismo círculo.

Alguien que nunca se ha encontrado “aprisionado” en un círculo vicioso de pensamientos negativos, no puede imaginarse cuán destructivos pueden ser los pensamientos obsesivos y cuán imposible es salir de los patrones de ellos. A la persona involucrada en aquel círculo vicioso, sus pensamientos le parecen tan lógicos, que se convierten en una de las razones más fuertes que hacen que el salir de aquellos patrones de pensamientos sea un proceso excepcionalmente difícil. Estas personas no experimentan esos pensamientos como un círculo vicioso.

Cuando le hice caer en cuenta que sus pensamientos giraban en un círculo continuo, Marcos se quedó muy sorprendido.

—Pero todo el mundo me dice que tengo una forma de pensar muy clara, y mis notas son muy altas. Mantengo un promedio de 3.9 en una escala de 4.0, y me dicen que soy un predicador excepcional.

—Sí, eso puede ser cierto —le animé—, sin embargo, en esta área, tus pensamientos definitivamente giran en círculos continuos. Tienes todas las respuestas correctas, pero las aplicas a todos los demás pero no a tí mismo. ¿Podrías imaginarte hablándole a tu hijo en la misma forma en que te hablas a tí mismo?

»Imagínate que llegas a casa y encuentras al pequeño Joel jugando con sus juguetes. Podrías imaginarte acercándote a él y diciéndole: “Joel, examina tus sentimientos; no estás pensando, en lo más mínimo, en amar a tu mamá. Sólo tienes

lugar en tus pensamientos para jugar; tú no sientes ningún amor por tu mamá. Si de veras la amaras, estarías pensando en ese amor en vez de olvidarte de ella mientras juegas. ¡Qué persona tan ingrata eres! ¡No eres digno de ser hijo de tu mamá!” ¿Puedes imaginarte diciéndole algo semejante al pequeño Joel?

El solo hecho de pensar en hablarle de esta forma a su hijo, horrorizaba a Marcos.

—Pero ¿no es eso precisamente lo que te estás diciendo a tí mismo? ¿Por qué es que eso no te horroriza?

—Es imposible que yo llegara a decirle algo semejante a mi hijito —exclamó—. Le sería imposible pensar constantemente en su mamá mientras juega; eso sería una carga terrible para él.

—¡Exactamente! Pero ¿no es eso lo que te estás exigiendo a tí mismo?

—No sé. Leo los últimos capítulos de Efesios y Tesalonicenses y veo que no hago todo lo que Pablo dice que debo hacer todo el tiempo. No oro sin cesar. No estoy gozoso siempre; es más, gran parte del tiempo no tengo gozo alguno. ¡No soy obediente! ¿Cómo puede Dios soportarme?

—Marcos, dime algo: ¿Cuántas veces lees tú los primeros capítulos de Efesios donde Dios nos dice que estamos sentados en lugares celestiales juntamente con Cristo y que es por su gracia que somos salvos y ello no como producto de lo que nosotros hacemos? ¿Cuántas veces lees los primeros dos capítulos de Filipenses donde Dios dice que es Él quien produce en nosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad?

—No —contestó Marcos lentamente—, casi nunca leo las primeras partes de las epístolas; siempre leo la segunda mitad de ellas.

—Marcos —le dije—, quiero que me prometas que no vas a leer en esta semana las últimas partes de los epístolas. Lee *solamente* la primera parte de Efesios y de Filipenses hasta tu próxima cita, y ningún otro pasaje.

»La Biblia llama a Satanás el acusador de los hermanos —continué—, él ciertamente ha hecho un buen trabajo en acusarte y has aceptado todo lo que te ha dicho. El próximo domingo permanece alerta a los pensamientos que vienen a tu mente durante el sermón. Apunta cada frase que el pastor dice y que te hace sentir culpable, así como el primer pensamiento que entre a tu cerebro después de ella. Nuestros pensamientos son parte tan íntima de nosotros que llegan a ser hábitos, de tal manera que difícilmente somos conscientes de ellos. Ve si puedes detectar ese primer pensamiento que entra a tu cerebro y la semana entrante me cuentas acerca de él.

Antes de Marcos salir, atamos al “acusador de los hermanos” en el nombre de Jesús, y desatamos la capacidad de oír lo que Dios quería decirle a Marcos en su lectura de la Biblia; también desatamos la capacidad de darse cuenta y percibir los pensamientos que recorrían su mente.

A la siguiente semana Marcos se sentía algo mejor, sin embargo, el sermón de su pastor le había despertado pensamientos de culpa, desesperación y tristeza en cuanto a no ser mejor esposo. Ahora podía luchar para quitarlos de su mente, pero siempre estaban allí merodeando y tratando de entrar. Marcos sencillamente no podía aceptarse como era: él no era alguien aceptable.

—Marcos —le pregunté—, ¿qué tuviste que hacer cuando te entregaste a Cristo? ¿Qué tuviste que hacer para hacer que Él te aceptara como su hijo?

—Pues, le pedí que perdonara mis pecados y me hiciera un hijo de Dios.

—Y, ¿fuiste tú alguien digno de aceptación” cuando te aceptó?

—No, me aceptó por su gracia.

—Y ¿qué quiere decir el vocablo “gracia”?

—Quiere decir que yo recibo algo que no merezco.

—¿Estás seguro de que no tenías que merecerlo o ganarlo?

—¡Ah! sí. Estoy completamente seguro.

—Entonces, ¿qué es lo que Pablo quiere decir cuando dice que de la misma manera que recibimos a Cristo, también debemos andar en Él?

—Pues, eso quiere decir que debemos andar por su gracia.

—Lo que dijiste, quiere decir que recibes algo que no mereces. ¿Es posible que eso quiera decir que tú no tienes que estar cien por ciento bien: que está bien no estar bien?

Marcos se quedó silencioso por un rato, y luego dijo:

—M-m-m, nunca había pensado acerca de eso de esta manera. Quizás ese sea el significado, pero yo no puedo sentirlo así.

—Está bien —le aseguré—. No tienes que sentirlo; ni siquiera tienes que sentir que tú lo crees. La pregunta es: ¿Estás dispuesto a tomar la decisión de abrirte a la posibilidad de aceptarlo?

»Mira —continué—, si yo te dijera: “Ábreme la mano y te daré un peso”. Es posible que no sientas que te voy a dar el peso; hasta puede que no creas que es verdad lo que te estoy prometiendo. Sin embargo, si tú tomas la decisión de extenderme la mano y abrirla, yo te daría el peso. La condición de tus emociones no haría ninguna diferencia para que el peso fuera tuyo, ya que al decidir extender y a abrir la mano, muestras que tienes suficiente fe en mí para tomar la decisión de hacerlo. El resto, es decir el darte el peso, depende de mí. ¿No es cierto?

—Sí —contestó Marcos lentamente.

—Mi pregunta para ti, Marcos, es: ¿Decides tú (a pesar de que no sientes, o que no puedes creer) declarar en voz alta, que en el nombre de Jesucristo, tú decides aceptar que por la gracia de Dios, “está bien que tú no estés bien”?

Otra vez Marcos pensaba por largo tiempo.

—Sí —por fin dijo—. En I de Juan capítulo 2, Dios dice que Cristo es mi abogado y sé que Jesús me entiende porque Él se hizo hombre igual que yo.

—Sí, eso es cierto. Imagínate a Satanás acusándote delante de Dios: “Fíjese en Marcos, ciertamente no está bien;

no actúa como debe. ¡Mire sus pensamientos y sentimientos!” Entonces Jesús dice: “¡Espere un momento! Marcos me pertenece. Él está cubierto con mi sangre y mi obra fue perfecta. Él no tiene que ser perfecto porque Yo lo hice a su favor”.

»Marcos, ¿escoges tú, en el nombre de Cristo, declarar delante de todo el mundo visible e invisible, inclusive de ese “Acusador de los hermanos”, que tú decides aceptar que en Cristo, está bien no estar bien en todo?

—Sí —contestó Marcos—, yo decido hacer esta declaración.

—Entonces, Marcos, declara en voz alta: “Delante del mundo visible e invisible, yo decido, en el nombre de Cristo, aceptar que en Cristo está bien que yo no esté bien”.

Al Marcos hacer la declaración, inmediatamente le llegó este pensamiento: “Pero, ¿qué tal si lo hice en broma?”

—Entonces, decide hacer otra declaración, Marcos. Declara: “A usted que me trajo ese pensamiento yo decido echarle fuera de mi vida, en el nombre de Cristo”. Y ahora, decide otra vez hacer la primera declaración. Declara otra vez: “En el nombre de Cristo, yo decido aceptar que en Cristo está bien que yo no esté bien”.

Animé a Marcos a que, durante toda la semana, siguiera decidiendo atar aquello que le traía los pensamientos y a que decidiera hacer la declaración cada vez que un pensamiento negativo tratara de entrar en su mente.

—Y ¿qué tal que se me olvide? —preguntó.

—Entonces, tan pronto te des cuenta de que se te ha olvidado, decide declarar que está bien que se te haya olvidado, porque está bien que no estés bien.

Durante este tiempo, trajimos los traumas psicológicos de la niñez y la juventud de Marcos a Cristo para que Él los sanara; cerramos cualquier puerta que había sido abierto al Reino de las Tinieblas a través de estos traumas y también envié a Marcos a un siquiatra para ver si quizás tenía Disfunción Obsesiva Compulsiva, la cual ocurre debido a una falla química que hace que los impulsos eléctricos del cerebro se

repitan continuamente. Marcos tomó la medicina que el siquiatra le ordenó por unas semanas, pero luego decidió discontinuarla.

Poco a poco llegó a ser claro que había ciertos temas y versículos de la Biblia que hacían que los pensamientos de Marcos giraran fuera de control. Le pedí que me trajese una lista de los temas y pasajes que le causaban ese problema. Ella llegó a ser su lista prohibida.

Le era definitivamente prohibido cualquier tema que le generara preguntas tales como: ¿Creo de veras? ¿He hecho bastante? ¿Siento de veras lo que digo? ¿Son mis sentimientos lo suficientemente profundos? Tan pronto se daba cuenta de que uno de estos temas se metía en sus pensamientos, inmediatamente debía renunciar a ellos en el nombre de Cristo y echarlos de su mente, aún sin examinarlos. En esta forma debió llevar “cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 de Corintios 10:5).

A la vez tenía que evitar leer cualquier versículo que produjera pensamientos o preguntas, tales como: Si decimos que tenemos comunión con Él, y andamos en tinieblas. . . (1 de Juan 1:6), o, el que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas (1 de Juan 2:9).

Esa idea asustó a Marcos: —Pero si no leo esos versículos, ¿cómo voy a saber si estoy andando en la luz? ¿Qué tal si no hago lo que debo hacer? Pablo dice (2 Corintios 13:5) que debo examinarme para ver si permanezco en la fe. ¡Si hago lo que tú me dices entonces no puedo hacer lo que la Biblia dice que debo de hacer!

—Marcos, es Dios quien tiene que guardarte de andar por el camino correcto. Sencillamente ábrete a Él, fija tus ojos en Él y declara: “Dios, en el nombre de Cristo, yo decido confiar que Tú me guardarás para mantenerme en el camino correcto, aun cuando no me examine constantemente”.

»Tienes que reconocer esos pensamiento como si fueran tentaciones. Si Satanás tentó a Jesús con versículos bíblicos (Mateo 4:5-7), ¿por qué no haría lo mismo contigo? Por ahora, los versículos bíblicos en aquella lista tuya, funcionan

como “veneno” para ti. ¡Eres alérgico a ellos! Eso no quiere decir que no podrás volver a leerlos indefinidamente, pero, sí quiere decir que por ahora no puedes leerlos. Jesús rehusó aceptar los versículos con que Satanás le “bombardeaba” y tú tienes que hacer lo mismo, porque, al menos por ahora, ellos no te atraen a Dios, ni te hacen confiar más en Él. Por el contrario, hacen crecer tus dudas acerca de Dios y han llegado a ser una tentación para ti.

Lentamente Marcos aprendió a usar esa nueva armadura para luchar en contra de aquello que le acusaba. Sin embargo, aún se sentía enojado con las iglesias y los pastores con sus “sermones sin compasión, predicados con el fin de hacer a la gente sentirse culpable”.

—Marcos —le pregunté un día—, ¿alguna vez has perdonado a los pastores y sus sermones, a los profesores y sus clases y a los autores y sus libros, por los sentimientos de culpa que a veces han producido en la gente?

—No —contestó—, nunca pensé que debía perdonarlos; siempre pensé que ellos eran quienes debían arrepentirse y cambiar su modo de actuar.

—Pero ese es el problema de ellos; es cuestión entre ellos y Dios. Es delante de Él que ellos podrán mantenerse en pie o caer; en cambio ese resentimiento que mantienes contra ellos sí es un problema tuyo. ¿Qué vas a hacer con tu problema? Por favor, la próxima semana tráeme una lista de todas las iglesias, los pastores, profesores, autores y de cualquier otra persona que tienes que perdonar.

A la siguiente semana Marcos vino con una larga lista de las personas a quienes debía perdonar por haberle hecho sentir culpable y hacer que sus pensamientos giraran fuera de control. Trajimos todas estas heridas a Cristo para ser sanadas y Marcos les perdonó con el perdón de Jesús. Prometió a Dios que por Su gracia, no les guardaría más resentimientos.

En las siguientes semanas hablamos de la intención de Dios al crear a Marcos como una persona especial y con un plan especial para su vida. Para Marcos era muy difícil

aceptarlo. Que Dios hubiera creado a todos y que todos fueran especiales, podía creerlo fácilmente, pero que Dios le hubiera visto a él, a Marcos como individuo, como una persona especial no podía aceptarlo y menos sentirlo.

En la medida en que Marcos se concentró en recordar que Dios le veía como una persona especial, sus pensamientos se calmaron. Entonces vinieron los exámenes finales de su clase de evangelizar a los pobres, convirtiéndose este tiempo en unos días de fuertes batallas en sus pensamientos: ¿Cómo podía estar seguro de que su fe era real? ¿Cómo podía estar seguro de que su fe se mantendría firme hasta el fin de su vida y que no retrocedería a la incredulidad?

Durante estos días, Marcos se dio cuenta de que él se examinaba constantemente y condenaba cada pensamiento que le entraba a su mente sin importar cuál fuera el pensamiento. Entonces empezó a orar por “ceguera hacia sí mismo y mirada puesta en Dios”. En la medida en que ataba y renunciaba a concentrarse en sí mismo y aceptaba concentrarse en Dios, Marcos sentía que algo se rompía en el proceso cíclico de sus pensamientos, pero temía que no fuera a durar mucho tiempo y que todo volvería a lo anterior.

En las semanas siguientes Marcos se sintió tan libre, como nunca en su vida lo había experimentado. Sin embargo, el tiempo de Navidad se aproximaba e irían a visitar a sus suegros que no eran creyentes; él siempre se había propuesto ser un “supertestimonio” para ellos, lo cual implicaba que no podía cometer ningún error, ni decir algo que pudiera provocar un malentendido y tampoco pensar algo inadecuado.

Y, para empeorar la situación, aquel domingo su pastor predicó sobre la adoración. Marcos le oía decir que si no hacíamos ciertas cosas, como tener nuestras vidas limpias, o entregar todo nuestro ser y nuestras bienes a Dios, Él no aceptaba nuestra adoración. Adorar siempre había sido difícil para Marcos, porque era especialmente durante la adoración que todas las preguntas: “Pero, ¿qué tal si . . .” venían a su mente. ¿Qué tal si no le he entregado realmente todo? ¿Qué tal si no estoy confiando realmente? Por todo ello, estas

semanas fueron muy difíciles para Marcos, pero por rehusar poner sus ojos en sí mismo y fijarlos en Cristo vez tras vez, él logró no deslizarse en la espiral hacia la depresión.

—Marcos —un día le pregunté—, ¿qué beneficio recibes al ser tan duro contigo mismo?

—¡Beneficio! —exclamó Marcos—. No recibo ningún beneficio. ¡Pensar así me causa infelicidad en su forma más aguda!

—No, Marcos —le insistí—, en alguna forma tú sacas algún beneficio al pensar así. Aunque es cierto que te hace infeliz, tú eres un ser humano y los seres humanos no repiten un comportamiento del cual no reciben ningún beneficio, aunque quizás sea simplemente algún beneficio secundario. Puede ser que no te des cuenta del beneficio que recibes, pero tú recibes un beneficio que para ti es tan importante, que te asusta más dejar esta forma de pensar que el dolor que te causa seguir pensando así. La pregunta es: ¿Cuál es este beneficio?

Marcos se quedó pensativo por largo tiempo. Finalmente, moviendo su cabeza dijo:

—No, no sé. No tengo la menor idea de lo que podría ser. Lo único que sé, es que me hace terriblemente infeliz.

—Entonces, vamos a pedir a Dios que desenmascare los beneficios que estás recibiendo por ser tan duro contigo mismo y con la vida en general.

Marcos oró: “Dios, te doy permiso de desenmascarar los beneficios que recibo por esa manera de pensar. No siento que haya beneficios, pero si los hay, por favor muéstrame cuáles son”.

La semana siguiente fue otra semana muy difícil para Marcos. Había esperado ser el primero de su clase, pero al lograr el segundo lugar, se sintió muy triste y desilusionado; aunque para Marcos era evidente que un verdadero cristiano no sentía así; el verdadero cristiano, según él, más bien se hubiera sentido feliz por obtener el segundo puesto y permitir a otro tener el primer lugar.

En la batalla que vivió después, Marcos se dio cuenta del mucho temor que tenía de dejar sus pensamientos y sentimientos de autocondenación porque eso era lo único que podía sentir; si dejaba esta forma de pensar y sentir, quizás nunca más podría sentir algo y este solo pensamiento casi le producía pánico porque le hacía pensar que llegaría a ser como un robot, moviéndose por acá y por allá, pero sin sentimiento alguno.

—Entonces, ¿ese es el beneficio que recibes? —le pregunté—. Si no te condenas podrías llegar a ser como un robot y por tanto no podrías sentir nada.

—Sí —contestó Marcos—. En algún lugar, muy dentro de mí, temo quedarme sin sentimientos.

—Entonces, . . . ¡esa es la mayor mentira que tu enemigo usa para hacer que nunca puedas ser libre! Y lo que es más, tú sientes esta mentira como si fuera verdad, ¿no es cierto?

—Sí, siento como que nunca jamás podré llegar a sentir algo diferente. Si yo renuncio a estos sentimientos nunca jamás podré llegar a tener ninguna otra clase de sentimiento.

—Marcos —le dije suavemente—, Cristo dice que Él te dará ríos de agua viva que fluirán de dentro de ti; Él te dará gozo hasta rebosar. Sé que en tu mente sabes eso, Marcos; el problema es que tú no puedes sentirlo, ¿no es cierto? y ¡eso te espanta!

—¡Ay, sí! —gritó Marcos—. En mi mente sé todo eso, pero ¿qué tal si no es verdad? ¡Qué tal si jamás puedo llegar a sentir algo?

—Marcos —le animé calladamente—, yo no quiero que te conviertas en un robot sin sentimientos, y si yo, siendo un ser humano caído en pecado, no quiero que te quedes sin sentimientos, ¡cuánto más Dios, que sólo da buenas dádivas!

»Él quiere darte gozo profundo que rebose a toda tu vida. Eso no quiere decir que nunca te vas a sentir infeliz, pero sí quiere decir que te dará paz y gozo que son sentimientos más profundos que alegría o tristeza. Además, durante los tiempos de dificultad, Él te guardará seguro para que no tengas

que mirarte y cuidarte a ti mismo para saber si estás lo suficientemente bien o para ver cuán mal estás.

—¡Oh! —exclamó Marcos—, ¡eso sería muy lindo!

—Marcos, muy dentro de ti, aun más profundo que el temor que tienes de nunca sentir nada, tú eres libre de decidir qué es lo que vas a hacer en cuanto a eso: ¿vas a aceptar ese temor y seguir viviendo como hasta ahora? O, ¿vas a decidir llamar esta mentira por su nombre y renunciar a ella, junto con el temor? La decisión es tuya. ¿Qué vas a escoger?

Marcos se quedó pensativo por largo tiempo, suspiró profundamente y dijo:

—No, yo decido no aceptar más ese temor. Yo decido renunciar a esa mentira.

—Entonces, Marcos —continuó—, quiero que tú declares que renuncias a esa mentira, y atas y echas fuera el temor. Declara: “En el nombre de Jesucristo de Nazaret, yo acepto como una mentira que, si no me siento mal y afligido en cuanto a mí mismo y en cuanto a la vida en general, nunca voy a ser capaz de sentir algo más. Yo acepto que es mentira, renuncio a ella y la echo fuera. En el nombre de Cristo, no le doy más lugar en mi vida. En el nombre de Jesucristo, ato y echo fuera el temor que acompaña esta mentira. Cierro las puertas que esta mentira y este temor abrieron al Reino de las Tinieblas y reclamo el territorio de mi vida que ocuparon y lo entrego a Cristo. Yo declaro a Cristo, Rey sobre todo este territorio.

»Señor Jesucristo, ven a este territorio donde tú antes no tuviste el control. Dime, por favor, qué debo sentir, pensar, decir, hacer y ser, y por tu gracia lo haré. Dime también, qué no debo sentir, pensar, decir, hacer y ser, y por tu gracia no lo haré”.

Puse mis manos suavemente sobre la cabeza de Marcos y, en el nombre de Jesucristo, desaté en él la capacidad de sentir las emociones que Dios quería darle y la capacidad de decidir fijar sus ojos en Cristo en vez de en sí mismo.

En eso se acercaba el tiempo de graduación; un tiempo tenso y lleno de emociones para cualquier estudiante. Los

padres de Marcos iban a venir: el padre y su esposa, con todas sus creencias rígidas y obtusas, y la madre y su esposo, con su incredulidad. Marcos se dio cuenta de que necesitaba dejar de tratar de cambiar a su padre porque sólo Dios podría hacerlo y más bien perdonarlo por haber sido tan estricto y rígido. Marcos no era responsable de hacer que su padre creyera como le parecía que debía creer, ni era responsable de convertir a su madre, sólo Dios podría hacerlo.

Marcos se sentía responsable de que sus padres y sus respectivos cónyuges se sintieran felices y cómodos los unos con los otros cada vez que se reunieran. En esta ocasión, renunció a esta responsabilidad y, al renunciar a esta responsabilidad que no le correspondía, Marcos se sintió libre para disfrutar la visita de sus padres sin condenar a ninguno de ellos, y así redujo la tensión durante su estadía.

La semana de la graduación marchó muy bien, pero por no quedarle tiempo para estar a solas con Dios, al terminar la semana, sus pensamientos de condenación volvieron a parecer y por poco hacen caer a Marcos otra vez. Logró defenderse de los pensamientos, usando el nombre de Cristo, pero la batalla había sido muy aguda.

Le recordé el hecho de que un ladrón que encuentra la puerta principal de una casa cerrada con llave, trata de entrar por la puerta trasera. Él había guardado la puerta principal de sus pensamientos contra los ataques diarios de condenación, y naturalmente el enemigo que le acusaba, trató de entrar por otro lugar. En esta ocasión su tiempo devocional fue su punto débil y allí fue atacado. ¿Qué tenía que hacer para vencer? Tenía que usar la autoridad del nombre de Cristo contra su enemigo. Como hijo de Dios, Marcos tenía la autoridad y el derecho de echar fuera su enemigo y ser libre. No hay ley que diga que Marcos tenía que pasar una hora en oración cada día. Él había pasado tanto tiempo con Dios como había podido y había actuado muy bien. Si bien sostuvo nuevamente una batalla, con la autoridad de Jesucristo, Marcos salió victorioso.

Unos meses más tarde, Marcos, su esposa e hijos salían para ser pastores de una iglesia. Él se enfrentó a su nueva tarea, sabiendo que habría momentos en que iba a estar bombardeado con pensamientos negativos, pero a la vez, confiado en que estaba aprendiendo a usar la autoridad que Dios le había dado para tomar cada pensamiento cautivo y llevarlo en obediencia a Cristo.

En este libro examinaremos esta parte del proceso de la sanidad emocional que incluye distinguir la voz de Dios, cambiar nuestros patrones de pensar y tomar todo pensamiento cautivo y llevarlo en obediencia a Cristo. Pero antes de eso, miremos el cuadro completo de la sanidad que Dios quiere darnos en Cristo.

CAPITULO 2

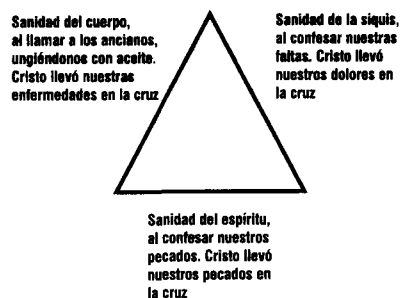
La sanidad integral

Dios quiere sanar y restaurar cada parte de nuestro ser: el cuerpo, el alma y el espíritu. En la primera carta a los Tesalonicenses, capítulo 5, versículos 23 y 24, la Palabra del Señor nos dice:

Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.

En griego, el idioma original en el que fue escrito el Nuevo Testamento, la palabra que quiere decir alma es “psiqui”, la cual dio origen a nuestra palabra siquis o sicología. Al leer el versículo tal como está en el original, sería: “El mismo Dios de paz os santifique por completo y todo vuestro ser, espíritu, siquis y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”.

Podemos entonces representar estas tres partes del ser humano por medio de un triángulo:



Dios nos hizo a su propia imagen (Génesis 1:26) con el propósito de que reflejáramos su gloria. Sin embargo, desde que nuestros primeros padres le desobedecieron, la raza humana se separó de Él y su imagen en nosotros quedó distorsionada y borrosa, siendo a veces casi irreconocible. Por eso es que cada parte de nosotros, el cuerpo, el alma (siquis) y el espíritu, tiene que ser sanada y restaurada.

De otro lado, tenemos un enemigo, Satanás y todos sus demonios, cuyo único propósito es destruirnos. A él se le llama “el acusador de los hermanos” (Apocalipsis 12:10), porque él nos acusa delante de Dios día y noche, y continuamente está tratando de encontrar una manera de hacernos caer en el pecado. Cristo vino con el propósito de redimir y restaurar cada área de nuestra vida, así como para liberarnos de las garras de Satanás.

SANIDAD INTEGRAL

En Isaías 61:1-4, el profeta nos habla de la sanidad que Cristo, el venidero Mesías, nos iba a traer:

El espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová para gloria suya. Reedificarán las ruinas antiguas, y levantarán los asolamientos primeros, y restaurarán las ciudades arruinadas, los escombros de muchas generaciones.

Cristo citó una parte de este pasaje al principio de su ministerio en Lucas 4:18, 19. Él vino a libertar a los cautivos, incluyendo la cautividad generada por nuestros propios complejos, Él vino a salvar y sanar nuestros corazones quebrantados. Él vino a darnos gloria en lugar de nuestra ceniza, o sea en lugar de las partes de nuestra vida que están tan quemadas que ya no sirven para nada. Y también vino a restaurar las partes de nuestra vida que habían estado en escombros por muchas generaciones. ¡Cristo vino para darnos libertad!

Isaías 53:4-5 dice:

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.

Observemos el versículo 4 nuevamente. Cristo llevó nuestras enfermedades y nuestros dolores. Dolores y enfermedades son dos vocablos diferentes, con distintos significados y que pueden presentarse simultáneamente o en situaciones independientes. La Palabra del Señor nos habla acerca de nuestras enfermedades físicas y nuestros dolores síquicos, y también que Él llevó nuestros pecados. Todo lo anterior nos permite concluir que enfermedad, dolor y pecado son nominativos diferentes que afectan diferentes partes de nuestro ser y cada parte necesita sanidad. Veremos cómo podemos recibir sanidad para todo nuestro ser.

SANIDAD ESPIRITUAL

Oímos hablar con mucha frecuencia en nuestras iglesias que Cristo vino para sanarnos espiritualmente y perdonar nuestros pecados. Esta es la base de nuestra sanidad. Podemos indicarla por medio de la base del triángulo que aparece en la figura anterior:

La sanidad espiritual

Cuando nos entregamos al Señor Jesucristo, Él entra en nuestra vida, nos limpia de nuestros pecados, nos hace sus hijos y nos da su salvación. La palabra “soso” en griego quiere decir indiscriminadamente, salvar y sanar. No existe en tal sentido dos palabras diferentes. Cristo no vino solamente para salvarnos, sino también para sanarnos. Cuando Él salva espiritualmente, sana también nuestro espíritu. Ambos elementos son parte de un único y completo proceso.

SANIDAD FÍSICA

La Biblia también nos habla acerca de la sanidad física. Santiago nos dice que si alguien está enfermo, debe llamar a los ancianos de la iglesia quienes le ungirán con aceite, orarán por él y Dios le sanará. De dicha sanidad física oímos hablar con mucha frecuencia; constantemente las iglesias realizan grandes campañas donde se ora por sanidad física. Aunque esta área es de indispensable importancia para la vida de los creyentes, no la ampliamos en este trabajo, ya que no constituye su propósito central. Incluimos sin embargo, esta corta sesión con el propósito de agregar la línea de sanidad física a nuestro triángulo humano:



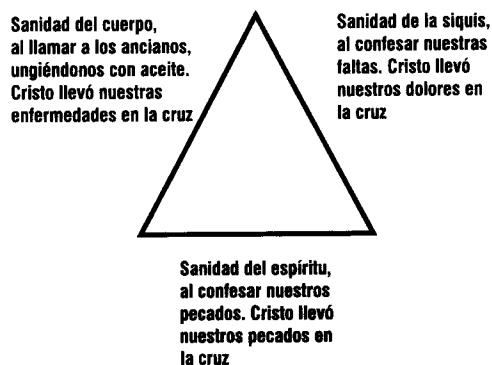
Sin embargo, si solamente consideráramos estos dos aspectos, nos quedaría un lado del triángulo sin la sanidad requerida.

SANIDAD SICOLÓGICA

La estructura sicológica es una parte muy importante de nuestra naturaleza humana. Sin embargo, muy pocas veces se habla en nuestras iglesias acerca de la sanidad que esta área requiere. Casi nunca se menciona que Cristo también vino para sanar nuestra siquis. Dicha sanidad casi siempre la dejamos en manos de los sicólogos, la mayoría de los cuales no conocen a Cristo. Es una lástima la carencia de una adecuada enseñanza en esa área, ya que El Señor vino para sanar nuestra siquis tanto como nuestro espíritu y cuerpo.

En Santiago 5:14-16 no solamente se habla de los enfermos que han de ser sanados y los pecados que serán perdonados; también se nos dice que debemos confesar nuestras ofensas los unos a los otros, y orar los unos por los otros para que seamos sanados.

Como consecuencia de lo anterior, el triángulo de nuestra sanidad estaría constituido de la siguiente manera:



Un aspecto muy importante de resaltar, es el hecho de que cada uno de los procesos de sanidad se lleva a cabo por medio de la oración. Este ha de ser el instrumento determinante en el desarrollo de tal ministerio.

Continuamente ayunamos y oramos, buscando echar fuera demonios, con el fin de encontrar en el Señor solución a nuestros problemas. Si hay demonios en la vida de alguien, desde luego se deben echar fuera; pero muchas veces, el problema no se encuentra en el área espiritual, sino en el área síquica, y por traer el recuerdo del dolor a Cristo y perdonar con el perdón de Cristo a quien lo causó, la persona queda sanada.

Vemos que Pablo oraba que los tesalonicenses fuesen guardados sin mancha en el cuerpo, la siquis y el espíritu; ello da lugar a pensar que cualquiera de esas partes puede ser atacada por el enemigo.

Pablo también escribe en Efesios 4:26,27:

Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo.

Antes que Cristo saliera del aposento alto para ir a Getsemaní, dijo a sus discípulos: "...viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí". No hubo nada en la vida de Cristo que diera lugar al príncipe de este mundo (Satanás); aunque Cristo fue tentado en todo de igual manera que nosotros (Hebreos 4:15), no pecó. Aunque Él tuvo que aprender la obediencia por las cosas que sufrió (Hebreos 5:8), nunca dio lugar al diablo en su vida. No hubo "puntos débiles" ni "puertas abiertas" de donde éste pudiera agarrarse o meterse.

Cualquier clase de abuso que un ser humano sufre (verbal, físico, sexual, o aun social), especialmente si sucede en la niñez, no solamente causa heridas psicológicas, sino también causa opresión. Heridas y traumas psicológicos muchas veces sirven como "puertas abiertas" o "puntos débiles" donde las personas necesitan liberación porque es en estas "puertas abiertas" o "puntos débiles", donde Satanás, el enemigo, construye sus fortalezas (2 Corintios 10:3-6).

PATRONES DE PENSAMIENTOS

Todo lo que experimentamos, tanto las experiencias negativas como las positivas, es registrado en el cerebro, una parte de la siquis. A medida que vamos pensando y actuando, pequeños impulsos de electricidad pasan por entre las células del cerebro y forman senderos que funcionan como si fueran alambres por los cuales corren dichos impulsos eléctricos; así es como cada nueva experiencia produce nuevos senderos. Entre más frecuentemente se repite una experiencia en nuestras vidas, más firmemente queda establecida en el sendero. Esta es la forma en que los pensamientos se convierten en patrones o hábitos de pensar.

Casi siempre es en la parte de los pensamientos donde la más aguda batalla se lleva a cabo para lograr nuestra sanidad. La Biblia dice: “*Cual es el pensamiento en su corazón, tal es él*” (Proverbios 23:7). Pablo escribe a la iglesia en Corinto acerca de nuestra batalla espiritual:

Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta.

2 Corintios 10:3-6

En el área de los pensamientos con mucha frecuencia hay puertas abiertas al Reino de las Tinieblas, y ello da lugar a pensamientos contaminados de tinieblas. A veces heridas psicológicas, opresión espiritual y problemas físicos son casi imposibles de distinguir y tienen que ser tratados simultáneamente. La historia de Mauricio nos sirve de ejemplo.

Mauricio

Mauricio era el menor de ocho hijos. Sus padres eran bastante avanzados de edad cuando él nació; y cuando tenía siete años su padre murió. La única memoria que Mauricio tenía de su padre era la de un hombre viejo, borracho, y muy estricto, que le pegaba cruelmente por la menor desobediencia.

Después de la muerte de su padre, su madre se convirtió en la persona alrededor de la cual giraba la vida de Mauricio, ya que sus hermanos y hermanas mayores se habían casado

y habían salido de la casa paterna. Entonces madre e hijo vivieron el uno para el otro hasta que Mauricio tuvo 14 años y su madre murió dejándole sin hogar y sin un lugar donde vivir.

Uno de los hermanos mayores lo llevó a vivir a su hogar, pero su cuñada pronto empezó a verle como una persona en competencia con su hijo e insistió que si Mauricio se quedaba con ellos tendría que pagar su alojamiento y comida, y contribuir con los pagos de luz y agua.

Esta situación hizo que después de salir del colegio, él tuviera que trabajar por largas horas y así ganar el dinero necesario para poder vivir con ellos. Sus notas bajaron porque no le quedaba casi tiempo para estudiar y hacer sus tareas. Eso dio lugar a que su cuñada le llamara vez tras vez, estúpido y que nunca serviría para nada; le comparaba con el hijo de ella, y le decía que no valía nada. Mauricio empezó a sentirse deprimido ya que no importaba lo que tratara de hacer, no podía agradar a su cuñada.

Al pasar unos meses, Mauricio se dio cuenta de que su dinero desaparecía de los bolsillos de sus pantalones durante las noches. Después de un tiempo, su cuñada se quejó a su esposo inventando que Mauricio no había pagado su estadía por meses y debido a que él le había pagado en efectivo, no pudo probar nada a su hermano y tuvo que salir de su casa.

En ese mismo lapso de tiempo, Mauricio escuchó en una iglesia cercana acerca del amor de Cristo y le aceptó como su Salvador. Al echarle su hermano de la casa y no teniendo a dónde ir, acudió a la iglesia. El pastor no pudo hospedarle en su casa, pero le dio permiso de quedarse en la iglesia.

Mauricio estaba completamente solo en una iglesia con piso de cemento frío, y bancas duras. Era invierno y él no tenía cama ni cobijas. Mauricio se sentía destituido, rechazado y que no le importaba a nadie; no había lugar en el mundo a donde pudiera ir a buscar ayuda. Trataba de alimentarse con comidas que no necesitaban ser cocinadas y temblaba de frío durante las noches. Su depresión aumentaba y sentía que fuerzas demoníacas le oprimían; su cuñada practicaba

espiritismo y Mauricio creía que ella le había hecho “un trabajo”. Temía que estaba volviéndose loco.

Después de un tiempo, el pastor le dijo que debía marcharse de la iglesia y Mauricio se sintió aun más rechazado. Por períodos cortos de tiempo rotó su estadía con diferentes hermanos, pero ninguno se atrevió (quizás no querían) a darle un hogar permanente. Entonces además de sus emociones de rechazo y dolor tuvo que vivir el resentimiento y odio hacia sus hermanos y hermanas, y en especial hacia su cuñada. A raíz de todo eso, Mauricio tuvo que tomar medicinas para evitar un colapso emocional completo.

Durante todo ese tiempo difícil, él permaneció en contacto con su iglesia porque en lo más profundo de su ser quería conocer a Dios. En el grupo de jóvenes conoció a Rhoda, una joven cristiana que parecía traspasar su confusión interior y encontrar al verdadero Mauricio. Al crecer y madurar su amistad, Mauricio se dio cuenta de que había encontrado en Rhoda alguien en quien podía confiar y compartir su amor. Al año se casaron y fueron a vivir a un área metropolitana.

Por fin Mauricio tenía un hogar y los años que siguieron fueron buenos. Aun cuando en una ocasión perdió su trabajo, pronto pudo encontrar otro. Luego nacieron sus dos hijos para hacer su hogar completo. Ambos, Mauricio y Rhoda, amaban al Señor Jesucristo y participaban activamente en una iglesia viva y creciente.

Durante todos aquellos años Mauricio tomó medicinas para evitar trastornos emocionales, aunque le producían tanto sueño, que le era difícil llegar al trabajo a tiempo y mantenerse despierto. Cada vez que trataba de disminuir la dosis, sentía como si una tenaza le apretara la cabeza y un sinfín de pensamientos de autocondenación bombardeaban su mente. Sentía que los recuerdos de los años de rechazo y los sentimientos de odio le ahogaban.

A pesar de eso, un día Mauricio decidió botar todas sus medicinas y confiar en que Dios le cuidaría de todo lo que le pudiese pasar. Sus emociones y pensamientos empezaron a correr por todas partes y se sintió ahogado con tantos

sentimientos paranoicos. Poco después de llegar al trabajo, tenía que huir al baño para rogarle a Dios que le perdonara sus pensamientos de querer hacerle algún daño a sus compañeros y que le protegiera de lo que le parecía eran malas intenciones de ellos. Luego, después de tratar de concentrarse en lo que estaba haciendo, tenía que huir otra vez, pues no resistía sentir que los otros estaban en contra de él. Pronto tuvo que dejar de trabajar, pero como Mauricio era un buen trabajador y muy responsable con lo que le asignaban, su supervisora le concedió una licencia por enfermedad para que tuviera tiempo de recuperarse en lugar de despedirlo.

La tortura mental de Mauricio creció a tal punto que pasaba la mayor parte de los días y las noches en su iglesia buscando a Dios y pidiendo alivio para su agonía. Fieles soldados en la fe le acompañaron y lucharon por su liberación y en el proceso muchos demonios salieron de él. Sin embargo, después de dos meses de batalla constante, su agonía apenas se alivió un poco pero estaba lejos de terminar. Para ese entonces su iglesia llevó a cabo un retiro sobre sanidad emocional.

Yo no sabía nada acerca de esta historia cuando conocí a Mauricio y a Rhoda en aquel retiro. Yo estaba ayudando al grupo a traer sus traumas emocionales a Cristo para ser sanados (“Sanidad del alma herida”, Vol. I) y al terminar el retiro, Mauricio dijo al grupo que él había traído muchos de sus recuerdos dolorosos a Cristo y le parecía que la fuerza de la tenaza que apretaba su cerebro había disminuido.

Unas semanas más tarde Mauricio vino a mi consultorio para consejería porque, aunque se sentía mejor, el recuerdo de lo que hicieron sus hermanos y especialmente la cuñada, le perseguía día y noche como una plaga. También recordaba que siendo aún niño, su padre le castigaba cruel e injustamente por cosas que no había hecho. Aquel día trajimos estos traumas a Cristo y cerramos las puertas que ellas abrieron en su vida al Reino de las Tinieblas (“Sanidad del alma herida”, Vol. II).

Al regresar la siguiente semana, Mauricio se sentía aún tan nervioso, que no podía permanecer quieto ni siquiera por un momento, su cuerpo estaba en constante movimiento y sus pensamientos giraban en círculos continuos sin poder frenarlos.

—Mauricio —le dije—, tienes que consultar un siquiatra para que te ordene una medicina para controlar los pensamientos. No podemos adelantar en el tratamiento mientras tus pensamientos corran desenfrenados como ahora. Tienes que descansar porque tu cuerpo está exhausto.

—No, yo quiero confiar sólo en Dios —me dijo—. No quiero usar medicinas nunca más.

—Sí, Mauricio —le contesté—, entiendo que no quieras sentirte drogado y somnoliento. Has orado y confiado que Dios te sanará y es cierto que Dios va a restaurar tu cuerpo; Él lo ha prometido, pero hasta ahora no te ha restaurado a través de un milagro. Si más adelante Él hace un milagro en ti, entonces podrás dejar las medicinas, y si no se opera ese milagro hasta cuando recibas el nuevo cuerpo en el cielo, ciertamente para ese entonces no necesitarás medicinas.

—Pero . . . no es buen testimonio que los hijos de Dios tomen medicinas —replicó Mauricio.

—Sí, eso es lo que la gente cree. Pero dime, así como está funcionando tu cuerpo, ¿crees que es un buen testimonio del poder sanador de Dios? ¿La agonía en que vives trae gloria a Dios? ¿A través del sufrimiento de tu familia ellos honran a Dios?

»Hay medicinas que no te hacen sentir tan drogado o somnoliento y, cuando tu cuerpo empiece a funcionar mejor, podremos traer tus tristezas y dolores a Cristo para que Él las sane. Pidámosle a Dios que dirija al siquiatra para que te recete la medicina adecuada. Eso también es confiar en Dios.

En la semana siguiente Mauricio consultó al siquiatra y empezó a tomar la medicina que le ordenó. Cuando regresó, después de un mes de haberle visto la última vez, debido a las fiestas de Navidad, se pudo quedar quieto durante toda la hora que duró la consulta y noté que sus pensamientos

corrían más lenta y ordenadamente. Las nuevas medicinas le calmaban sin hacerlo sentirse drogado o adormecido.

Ahora podía contarme la historia de su vida y del odio que sentía hacia su familia. Entonces, llevamos escena tras escena a Cristo para que las sanara. Cuando no podía perdonar a alguien, decía, reconociendo su situación: “Dios, no tengo el perdón necesario para perdonar a aquella persona, sin embargo, te entrego este dolor para que lo lleves en la cruz y que me llenes con tu perdón. Yo decido entregar tu perdón a mi hermano(a) y con el perdón de Cristo le perdono”.

De esta manera, él pudo perdonar a su padre, a sus hermanos y a su cuñada. En el nombre de Cristo, declaramos desecha la maldición que Mauricio creía que la cuñada le había echado y pronunciamos bendiciones en su lugar.

Después de seis semanas regresó a su trabajo. Durante los primeros días, la batalla de sus pensamientos fue muy dura, pero poco a poco aprendió a usar su autoridad en Cristo para rechazar al enemigo que le traía esos pensamientos que le decían que sus compañeros de trabajo estaban en contra de él y pensaban y planeaban hacerle daño. Poco a poco, Mauricio aprendió a distinguir entre memorias dolorosas que necesitaban sanidad y pensamientos obsesivos que tenía que rechazar.

—Cuando recuerdo algo doloroso que todavía no he llevado a Cristo para ser sanado, sé que necesito sanidad, pero cuando vuelven pensamientos en cuanto a algo que ya llevamos a Cristo diciéndome que quizás no lo hice bien, o que quizás debo hacerlo otra vez, entonces sé que es una tentación que tengo que echar fuera en el nombre de Cristo. Ahora tengo herramientas con las cuales puedo trabajar; antes no supe qué debía hacer con mis pensamientos. La presión en mi cabeza está desapareciendo —me dijo.

Además, Mauricio tuvo que aprender a reconocer las limitaciones de su cuerpo. La iglesia a donde asistían crecía muy rápido y el pastor le pidió a él y a Rhoda que le ayudaran en 3 ó 4 cultos durante la semana, y en 2 cada domingo. Eso

era demasiado para el cuerpo de Mauricio que no podía aguantar tanta presión. Tenía que levantarse a las 4 de la mañana para ir al trabajo y acostarse temprano; a pesar de eso, Mauricio se sentía culpable si no hacía lo que el pastor le pedía.

—Él es mi pastor —me dijo vez tras vez—, y debo obedecerle.

—Sí, debes obedecerle cuando sea un asunto de tu crecimiento espiritual —le contesté—. Pero si tu cuerpo deja de funcionar, no será cuestión de en cuántos cultos por semana puedas ayudar, porque entonces estarás tan enfermo, quizás en cama o en un hospital que ni siquiera podrás asistir a la iglesia. Tú no escogiste vivir en un cuerpo como el tuyo; esas limitaciones son el resultado de ser parte de una raza caída. Tienes que reconocer tus limitaciones, vivir dentro de ellas y glorificar a Dios por lo que hace en tu vida. Si las sobrepasas, y tu cuerpo entra en crisis de nuevo, Dios no será glorificado.

»Por ahora puedes contar las cosas maravillosas que Dios ha hecho en tu vida, y si más adelante puedes hacer algo más, entonces alabaremos a Dios por ello. Mientras que eso sucede, como tu familia ha pasado por un tiempo tan difícil, quizás lo que Dios está diciéndote es que sencillamente debes pasar más tiempo con ellos.

Rhoda permaneció muy fuerte durante los dos años de crisis de la familia, pero, ahora que el estrés estaba desapareciendo ella se encontraba a punto de tener un colapso físico y nervioso. De repente se sintió tan cansada y exhausta, que tuvo que reducir sus actividades a un mínimo absoluto por más de un año hasta que su cuerpo se recuperó del terrible estrés por el que habían pasado.

Un año más tarde, Mauricio me dijo que el médico le había rebajado bastante la dosis de su medicina, pero aún no sabían con seguridad si algún día podría discontinuarla del todo.

—Dios ha sido muy bueno conmigo —dijo Mauricio—. Sanó mis heridas y me libertó de mis cadenas. Si tengo que tomar la medicina por el resto de mi vida para hacer funcionar

mi cuerpo, pues alabaré a Dios por la medicina y, si me libera del todo, también le alabaré por ello. ¡Soy un hombre transformado! La gente me llama, “el Milagro”. Mi familia y quienes me conocen no pueden creer lo que ven y me dicen: “Si Dios puede hacer el cambio que ha hecho en ti, ¡Él puede hacer cualquier cosa!”

DISTINGUIR PENSAMIENTOS

No es fácil distinguir qué pensamientos debemos aceptar y cuáles debemos rechazar y tampoco es fácil distinguir si nuestros pensamientos provienen de Dios en su intento de comunicarse con nosotros, si son fruto de nuestros propios deseos e imaginaciones, o si son tentaciones que deben ser rechazadas. En el próximo capítulo miraremos más de cerca cómo Dios se comunica con nosotros.

Oyendo la voz de Cristo

Como creyentes sabemos que Dios quiere comunicarse con nosotros; la Biblia nos dice que el Espíritu de Dios dice a nuestro espíritu que somos hijos de Él (Romanos 18:16). Cristo dijo que sus ovejas oyen su voz: Él las llama por nombre, las saca del redil y ellas oyen y conocen su voz (Juan 10:3,4,27).

El deseo ardiente de Dios es comunicarse con nosotros y, aunque haya personas que no saben cómo oír su voz o tengan temor de escucharle, de todas maneras anhelamos oírle hablar porque es Su voz la que nos dirige y nos trae paz y consolación.

La pregunta es: ¿Cómo podemos oír Su voz? Hay muchos creyentes sinceros que no tienen idea de cómo nos habla Dios, especialmente cuando necesitan direcciones específicas en cuanto a preguntas o problemas específicos. Un ejemplo de eso es Roger, quien constantemente, a pesar de que buscaba la dirección de Dios, insistía en que nunca le respondía, porque no tenía la menor idea de cómo se comunicaba Dios con él.

Roger

Roger quería ser guiado por Dios en todo, porque sabía que Su camino era lo mejor para él, pero tenía problemas para distinguir qué era lo que Dios quería y siempre terminaba haciendo lo que se imaginaba que Dios probablemente quería de él, y a veces eso le metía en situaciones desastrosas.

La Biblia dice que los hijos de Dios, sufrirán persecuciones en este mundo, entonces Roger entendía que esto significaba que Dios quería que siempre tuviera lo peor y la solución más difícil para cada situación. Cuando tenía que escoger entre algo bueno o algo malo, Roger siempre escogía lo peor, porque sentía que eso era lo Dios quería de él; sin embargo en su corazón se rebelaba: ¿Por qué Dios le trataba tan duramente? ¿Por qué no le contestaba cuando le pedía que le guiara? ¿Por qué era que Dios siempre quería que él tuviese lo peor?

Roger necesitaba un automóvil. ¿Cuál auto debía comprar? En el pasado siempre había comprado uno, que según él mismo era una “chatarra”. Lo adquiría porque costaba menos y, como Dios nunca respondía a sus oraciones cuando buscaba dirección, pensaba que esta era la clase de carro que Dios tenía para él. Luego, cuando los gastos de reparación aumentaban tanto que ni aun podía costearlos, se enojaba con Dios por no proveer para sus necesidades.

Ahora, su última “chatarra” estaba a punto de desfallecer y tenía que decidir qué auto comprar. Anhelaba comprar uno nuevo que no costara tanto su mantenimiento. Sabía que podía pagar las cuotas mensuales, pero quería estar seguro de que era la voluntad de Dios que él tuviese ese carro nuevo.

—¿Le has preguntado si quiere que tengas el nuevo? —le pregunté a Roger.

—Oh, sí —contestó—. Siempre le pregunto en cuanto a todo.

—Y ¿que te respondió?

—No sé —contestó medio enojado—, Dios nunca me contesta; nunca me dice lo que debo hacer.

—Cuéntame, ¿qué le preguntaste? ¿Cómo lo pediste?

—Le pedí que me dijera si debo comprar el auto.

—¿De verdad? ¿Así, no más? ¿En esas palabras? Roger, oremos juntos, y pregúntale otra vez. Haz una oración corta, yo te acompañaré.

Entonces Roger oró de esta manera: “Amado Dios, quisiera entrar en tu presencia por los méritos de Jesucristo, porque tengo muchas necesidades. Señor, Tú eres Dios y conoces todas las cosas; sabes cuáles son todas mis necesidades y todo lo que me preocupa. Te suplico que proveas para mis necesidades. Quiero darte gracias porque Tú eres bueno, y tienes cuidado de mí y me das todo lo que te pido. Amén”.

—¿Qué le pediste a Dios? —le pregunté cuando Roger terminó de orar.

—Le pedí que supla mis necesidades.

—Y, ¿qué en cuanto al auto?

—¿Qué quieres decir con: “Qué en cuanto al auto”? —preguntó Roger, perplejo.

—Me dijiste que ibas a preguntarle a Dios si quería que compraras un auto nuevo y no te oí decirlo.

—Pues, eso es lo que quise decir. Quizás no lo hice exactamente en esas palabras, pero Dios sabe lo que quise decir.

—Oh, sí, estoy segura de que Dios sabe lo que quisiste decir, pero, no estoy segura que de esa manera Él logrará hacerte llegar su respuesta si no te abres lo suficiente para preguntarle lo que quieres saber.

—Pues, ¿qué quieres que haga? ¿Que diga: “Dios, quieres que compre ese auto”? así, no más?

—¡Eso, es! ¡Exactamente! ¿Por qué no podrías preguntarle de esta forma? Eso es precisamente lo que quiero que digas.

—Pero —dijo Roger, lentamente—, eso llegaría a ser muy concreto.

—¡Precisamente! Así estamos llegando a preguntarle lo que quieres saber. La Biblia dice que debemos acercarnos confiadamente al trono de la gracia, para hallar gracia para el oportuno socorro (Hebreos 4:16). También nos dice que si nos falta sabiduría, debemos pedirla a Él, esperando recibirla (Santiago 1:4-8). ¿Cómo te parecería si una tarde llegas a tu

casa y tu hijo viene y te dice: “Oh padre, tú que eres tan sabio y bueno, y conoces mis necesidades, por favor, dame todo lo que necesito”? ¿No te preguntarías, qué le pasa al niño que actúa de una forma tan rara?

—Sí, lo haría. Pero yo estoy llevando mi petición no a un ser humano sino a Dios, quien sabe todas las cosas y ¡eso es diferente!

—Pero Dios quiere que nosotros vayamos a Él como un niño confiado. Oremos de nuevo y esta vez, sencillamente pregúntale: “Dios, ¿qué auto quieres que compre?”

Después de muchas vacilaciones y palabras trabadas, Roger oró: “Dios, por favor, dime, o hazme saber en alguna forma, ¿qué auto debo comprar?”

—Roger —le pregunté cuando acabó de orar—, ¿cómo puede Dios decirte qué debes hacer?

—No tengo la menor idea —contestó—. Nunca he escuchado a Dios diciéndome algo.

—Entonces, ¿de qué manera *podría* Dios comunicarse contigo para hacerte saber lo que te quiere decir? ¿Tendría que cortar un árbol y tirártelo en la cabeza, gritando: “Hola, Roger, soy Dios. Estoy tratando de comunicarme contigo para contestar tu oración”? ¿Cómo podría transmitir Su sabiduría y hacerte entender que es Él quien te habla?

—No sé —dijo Roger, pensativo—. Nunca antes había pensado en eso. Quizás podría entender que me habla, si me diese paz.

—¿Paz en cuanto a qué? ¿Paz en cuanto a comprar el auto nuevo? o ¿en cuanto a comprar el viejo?

—Pues, si me diese paz en cuanto a comprar el nuevo, creería que Él está de acuerdo con mi decisión.

—Muy bien. Entonces, vamos a decirle eso. Dile sencillamente: “Dios, nunca puedo oír lo que quieres decirme, pero si me das paz en cuanto a comprar un auto nuevo, aceptaré que estás diciéndome que debo comprarlo. Si me das paz en cuanto a comprar el viejo que me ofrecen, aceptaré que estás diciéndome que debo comprarlo. Quiero entender lo que me estás diciendo”.

Cuando Roger regresó para su próxima cita, aún no estaba seguro de lo que Dios quería de él:

—Siento paz en cuanto a comprar el auto nuevo, pero ¿cómo puedo estar confiado en que Dios quiere que tenga un auto como este?

—Y ¿por qué no querría Dios que tuvieses uno como este? —le pregunté.

—Bueno pues, Cristo dijo que en esta vida sufriremos.

—Sí, Cristo dijo eso, pero estaba hablando acerca de sufrir por nuestra fe. ¿Qué relación tiene comprar un carro nuevo, o uno viejo con sufrir por tu fe? Además no estás hablando de comprar un auto lujoso porque todos tus amigos lo tienen; estás hablando de la necesidad de comprar un carro bueno para desempeñar el trabajo que Dios te ha dado. ¿No estás sacando del contexto lo que Cristo dijo acerca del sufrimiento? Roger, la Biblia también nos habla acerca de ser buenos mayordomos de las cosas que Dios nos da. ¿Crees que fuiste buen mayordomo cuando compraste esas “chatarras” cuyo costo de reparación fue tan elevado?

—No, ahora comprendo eso, no fui un buen mayordomo; pero aún no puedo imaginarme a Dios queriendo que yo tenga un carro nuevo.

—¿Por qué no querría dártelo, si te ha dado un trabajo que requiere un buen auto? ¿Es posible que sientas que ello sería algo demasiado bueno para ti, que no mereces uno nuevo, o que Dios le daría un carro nuevo a otras personas, pero no a ti?

—Sí, así es —dijo Roger, después de pensar un buen rato—. Creo que ese es el problema. Cuando niños nunca tuvimos cosas nuevas, toda nuestra ropa era usada. Cuando me quejaba, mi mamá me regañaba, llamándome desagradecido. Siempre nos decía que debíamos dar gracias por cualquier cosa que nos viniera, porque era dada por Dios, y aprender a sufrir era bueno para nosotros.

—En otras palabras —le respondí—, lo que realmente les enseñó fue, que cualquier cosa que viniera de Dios causaba sufrimiento; es decir, les enseñaba que Dios quiere que

suframos, y por eso no nos da dádivas buenas; o sea, les enseñó exactamente lo contrario a lo que Él nos dice en Santiago 1:17. ¿Sería posible que Dios estuviera tratando con todas su fuerzas darte algo bueno y tú estuviste haciendo hasta lo imposible para no recibirlo? La última vez que estuviste aquí, le dijiste a Dios que si te daba paz en cuanto a comprar el auto nuevo, entenderías que Él estaba diciéndote que debías comprar el nuevo. A mí me parece como si Él estuviera tratando de darte esta paz. ¿Estás dispuesto a aceptarla y recibir la buena dádiva que Dios quiere darte?

Ese día pedimos que si la paz que Roger empezaba a sentir en cuanto a comprar el auto nuevo, era de Dios, que lo confirmara haciendo que todos los detalles se arreglaran cuando Roger fuera a comprarlo.

A la siguiente semana Roger volvió con su auto nuevo y radiante de gozo: “Casi no puedo creer que lo tengo. Estaba tan seguro de que Dios no quería que tuviese este carro que no podía hablar con Él acerca de esto. Ni siquiera podía oírle que me decía que debía comprarlo, aunque ahora sé que Él trataba de comunicármelo. Le agradezco a Dios cada vez que manejo el auto y lo acepto como regalo de Él.

Las experiencias de pobreza y la falta de entendimiento de su niñez, influyeron tanto su concepto de lo que Dios quería darle, que Roger ni siquiera podía expresarle sus deseos de una manera concreta y preguntarle lo que Él quería que tuviera. A su vez, como “Dios no contestaba” en la forma que Roger esperaba, sus expectativas bloqueaban la respuesta que Dios trataba de darle.

Hay otras personas, como Gretchen en la historia a continuación, que tienen tanto temor de lo que piensan que Dios quiere decirles, que ni siquiera le piden su dirección, ni tratan de oírle. De esa manera tratan de evitar oír lo que temen que Dios quiere comunicarles y, razonan que no le desobedecen cuando hacen lo que les da la gana, porque Dios no les ha dicho que no pueden hacerlo ya que no le han oído decirles: “No debes hacerlo”.

Greta

Greta quería volver a vivir en el hogar de sus padres después de graduarse de la universidad, pero la situación hogareña era tan mala que muchos le aconsejaron que no debía hacerlo.

—¿Has preguntado a Dios si debes hacerlo? —le pregunté.

—¡No! No puedo preguntarle eso —me contestó.

—¿Por qué no? —le pregunté—. Dios siempre quiere lo mejor para ti y tu familia.

—Sí, pero ¿supón que su respuesta sea negativa? Entonces que haría?

—Sencillamente tendrías tu respuesta y sabrías que no sería bueno volver a casa, y empezarías a averiguar qué es lo que Dios realmente quiere que hagas.

—Pero, ¿es que tú no entiendes! Tengo que ir a casa. No tengo otra opción —exclamó Greta.

—Bueno, Greta, si de veras es así, puedes confiar plenamente que Dios te dirá que debes volver a tu casa e irías con su bendición. Si no le preguntas cuál es su voluntad y la situación en tu casa se torna difícil, como tarde o temprano llegará a ser, no serías capaz de ir a Dios y decirle: “Dios, sé que me has enviado aquí, dime ¿qué debo hacer en esta situación?” Nunca sabrías con seguridad si estás en el lugar donde Dios quiere que estés.

—Pero . . ., si le pregunto y Él dice: “No”, entonces tendría que desobedecerle y se enojaría conmigo. En cambio, si me voy sin preguntarle, podrá enojarse conmigo porque no me ha dicho que no puedo irme.

Greta sencillamente no podía concebir una salida a su situación, diferente a la que había pensado. No podía confiar lo suficiente en Dios para aceptar que Él podía aprobar y bendecir su vuelta a casa, o proveer otra solución que no requería que volviera. Greta consideraba que Dios reaccionaría como sus padres lo hicieron en el pasado.

EN LOS BRAZOS DE CRISTO

Tanto Greta como Roger necesitaban sanidad para sus heridas emocionales para poder empezar a oír la voz de Dios. Mientras traíamos sus traumas a Cristo para que los sanara, les pedí a cada uno por separado, que se imaginaran siendo niños en la época que Jesucristo vivió en Galilea.

—Imagínate que eres uno de esos niños que corre hacia Jesús. Mírale, sentado allí y tú vas corriendo a Él con toda confianza, los niños debieron ver algo en el rostro de Jesús que les hizo correr, saltar y gritar de gozo, porque sino, los discípulos no hubieran querido sacarlos de allí por el alboroto.

»Mira como vas corriendo y brincando a Jesús, súbete a Su regazo, métete en Sus brazos, recuesta tu cabeza sobre Su hombro, habla con Él y escucha, ¿qué te dice?

Hay personas que sencillamente no pueden imaginarse haciendo eso. Greta se veía en los brazos de Jesús, sintiéndose cómoda, pero unos momentos después decía:

—Ya tengo que bajarme del regazo de Jesús.

—Espera un momento —le dije—. ¿Por qué tienes que bajarte? Él te ama tanto, que quiere que te quedes allí.

Greta se vio a sí misma cómoda por un rato más, entonces exclamó:

—Ahora, sí tengo que bajarme porque hay otros que necesitan este lugar más que yo.

—No, no, Greta —le aseguré—, ese es tu lugar y cada quien tiene su propio lugar también. Nunca tienes que dar tu lugar a otro.

—Bueno, ahora sí tengo que bajarme —declaró Greta, después de unos momentos más—. Tengo que ir a trabajar.

—Oh Greta —le aseguré otra vez—, puedes permanecer tranquilamente en los brazos de Cristo. Él te llevará doquier tengas que ir; hasta puedes trabajar mientras estás sentada en Su regazo.

Sin embargo, Greta no resistió más y se bajó del regazo de Cristo, aunque su anhelo profundo era recibir el amor y protección de Él.

Greta tenía un hermano y dos hermanas mayores con caracteres muy fuertes, y también una hermana menor de quien su madre decía: “Es tan dulce que uno tiene que perdonarle todo, abrazarla y besarla”.

Greta, la niña callada que trataba de ganar elogio y aprobación comportándose bien y haciendo muchas cosas buenas, estaba aprisionada entre todos ellos. Las necesidades de los otros de recibir atención parecía que siempre tenían mayor importancia que la suya; siempre había algo más que hacer y era como si nunca quedara suficiente tiempo ni espacio para ella. Requería sanidad de muchos traumas de su niñez, antes que ella siquiera pudiera imaginarse sintiéndose cómoda en el regazo de Jesús, y menos pensar en escuchar lo que Él le decía.

Dios quiere comunicarse con nosotros para dirigirnos en las decisiones que debemos tomar. ¿Cómo podemos saber si lo que creemos oír de Dios es de Él o si estamos realmente siguiendo nuestros propios deseos? En los próximos dos capítulos examinaremos seis preguntas que tenemos que contestar positivamente si es Dios el que nos guía en la toma de una decisión. Estas preguntas sirven como luces que iluminan la ruta hacia la decisión final.

Luces de aterrizaje de Dios

Dios quiere comunicarse con nosotros. Sin embargo, lo que Él nos dice tiene que ser registrado en nuestra mente de alguna forma, ya que ésta es la única manera de percibirlo. Pero al mismo tiempo, en nuestras mentes registramos nuestros propios pensamientos y, lo peor es que allí nuestras tentaciones también son registradas. ¿Cómo, pues, podemos distinguir el origen de nuestros pensamientos?

Eso sería muy fácil si Dios colocara sus pensamientos en la parte derecha de nuestro cerebro, nuestros propios pensamientos se originaran en la parte izquierda y todas nuestras tentaciones entraran por la parte de atrás. Solo así podríamos hacer la distinción fácilmente; pero así no es como funciona nuestro cerebro.

Ahí es donde radica nuestra confusión y por ello nos resulta difícil precisar de dónde es que proceden nuestros pensamientos. Dios lo sabe, y es por esa razón que nos anima a examinarlo todo y retener lo bueno (1 de Tesalonicenses 5:21).

De vez en cuando, alguien nos dice que Dios le ha dado un mensaje para nosotros, o sea una profecía. Otras veces “sentimos” que Dios quiere que hagamos cierta cosa, o quizás

“oímos” que Dios nos dice algo. En otras ocasiones, un pensamiento persistente viene a nuestra mente diciéndonos que debemos o no debemos hacer o decir algo. ¿Cómo podemos distinguir si esos pensamientos vienen de Dios, si son producto de nuestra imaginación, o si sencillamente son tentaciones que debemos rechazar?

Un domingo, el pastor mientras meditaba en silencio antes de empezar el culto de la noche, tuvo un pensamiento: “Envíe un cheque de \$... dólares a la señora Fulana de Tal”. La cantidad de dinero era muy clara, así como el nombre y la dirección de alguien que vivía en otra ciudad. El pastor no conocía a esa señora y, por lo tanto, desechó el pensamiento, dudando de lo que le había pasado. Al rato, le volvió claramente el pensamiento: “Envía un cheque de \$... dólares a la señora Fulana de Tal”.

“Dios —por fin dijo el pastor, cuando notó que el pensamiento insistía en volver a su mente—, si esto viene de Ti, quiero enviar el cheque, pero tengo que estar seguro de que no es producto de mi imaginación. Si es de Ti, por favor, haz que el pastor asistente y el anciano estén de acuerdo cuando les comparta mi pensamiento”.

Cuando el pastor les contó lo que había oído, ambos estuvieron de acuerdo en enviar el cheque. Aproximadamente 15 días más tarde recibieron una carta de agradecimiento de la señora cuyo nombre el pastor había oído, contándole que debido a su enfermedad y la pérdida del trabajo, ella se encontraba en gran necesidad económica y de no haber sido por el recibo oportuno del cheque esa semana, le hubieran sacado de su casa por no pagar la renta.

Aquel domingo por la tarde, ella había reclamado la promesa de Dios que Él supliría sus necesidades, aunque no tenía la menor idea de cómo lo haría. El cheque que recibió del pastor era exactamente por la cantidad de dinero que le faltaba para hacer el pago.

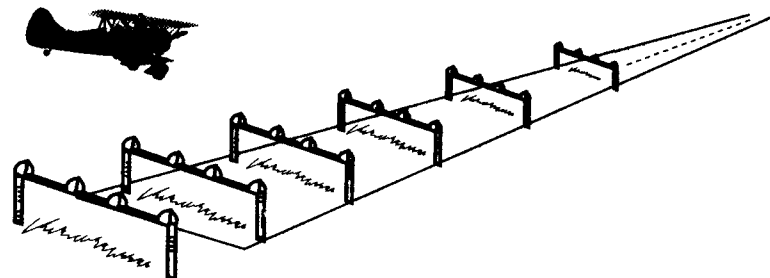
Cuando el pastor le contó a la iglesia lo que había pasado, se conmovió tanto que dijo entre lágrimas: “Por poco no presto atención a ese pensamiento; es más, traté de echarlo de

mi mente varias veces. En alguna medida, pude no haber obedecido y quizás antes de hablarme a mí, hubo otras personas a las cuales Dios les habló. ¿Qué hubiera pasado si yo no hubiera escuchado? ¿Habría tenido otra persona a quien hubiera podido ir? ¡Que bendición hubiéramos perdido si no hubiera escuchado y obedecido!”

Era claro que había sido la voz de Dios la que el pastor había escuchado, pero ¿cómo pudo saber que no era producto de su imaginación? La ilustración que sigue puede servirnos como guía para ayudarnos a aprender a distinguir la voz de Dios.

ATERRIZANDO POR FE

Cuando era joven oí una ilustración que al quedar tan grabada en mi mente, ayudó a orientar mi vida con el paso de los años. Antes que los aeropuertos tuvieran las luces de tierra al lado de la pista y los instrumentos modernos que ahora tienen para guiar los aviones en el momento del aterrizaje, los pilotos tenían que acercarse al aeropuerto durante los vuelos nocturnos sin poder ver la pista donde iban a aterrizar. Así como en la gráfica siguiente, lo único que podían ver era las luces de aterrizaje que marcaban el corredor de su llegada a la pista. La única manera que tenían para saber si estaban bien alineados con la pista, que se encontraba más allá de la última luz, era asegurándose de que todas las luces estaban exactamente en línea al acercarse y volar por encima de ellas. Sólo así podían aterrizar su avión detrás de la última luz con certeza de que allí encontrarían la pista, aunque no pudieran verla.



A veces, al salir de detrás de una montaña, los pilotos no alcanzaban a divisar todas las luces de una vez; al principio quizás sólo podrían ver una o dos luces y aunque daba lugar a creer que eran las luces de aterrizaje, no podían aterrizar hasta comprobar que todas las luces fueran visibles y aparecieran bien alineadas; entonces sí lo harían detrás de la última, sabiendo que, aunque no pudieran verla, al llegar a ese punto, se encontraba la pista lista para recibirlos. Cualquier situación que no cumpliera con el requisito de tener todas las luces prendidas y alineadas, hubiera resultado en un desastre.

Podemos comparar el discernir la voz de Dios y entender su voluntad, con aterrizar nuestro avión durante la noche sin poder ver la pista hacia la cual nos dirigimos. Nunca vamos a saber de antemano cuál será el resultado de nuestra decisión, aunque hayamos pedido la dirección de Dios y hayamos escuchado su voz, porque aun así estaremos “aterrizando a ciegas” como lo hicieron los pilotos, a pesar de que “sabían” que encontrarían la pista que buscaban.

La oración, “Dios, quiero que me des algunas garantías de cómo va a resolverse la situación antes de tomar esta decisión” es una oración en vano, porque, aunque Dios nos dijera exacta y detalladamente lo que va a pasar, no podremos “conocer” los resultados hasta que no hayamos tomado la decisión. Podemos esperar y convencernos de que ciertas cosas van a ocurrir, pero nunca podremos *saberlo* sino hasta que hayan ocurrido.

Teniendo en cuenta lo anterior, Dios nos ha dado unas “luces de aterrizaje” que al estar prendidas y alineadas, pueden asegurarnos que hemos oído su voz y que en ese lugar que Él nos indica, encontraremos la pista, aunque no la veamos sino hasta el momento en que ya estemos aterrizando.

Estas “luces de aterrizaje” las explicaremos en la formulación de seis preguntas. En estos dos capítulos veremos cada una por separado.

LA LUZ

1. *¿Está de acuerdo con la Palabra de Dios la decisión que creo que debo tomar?*

Si lo que deseamos, o lo que pensamos que Dios nos pide que hagamos, o lo que otros nos dicen que Dios quiere que hagamos, no está de acuerdo con la Palabra de Dios, o con el sentido básico de lo que Dios dice en su Palabra, podemos estar plenamente seguros de que ese mensaje no viene de Dios, porque Dios nunca se contradice.

La dificultad de discernir entre lo que vemos en la Biblia y lo que realmente Dios quiere decirnos, es en parte por tratar de acomodar unos versículos con otros; así se puede hacer que la Biblia diga cualquier cosa que queramos. Un ejemplo clásico de malinterpretación sería tratar de demostrar a una persona deprimida que puede recurrir al suicidio. Al unir Mateo 27:5 y Lucas 10:37, podemos hacer que la Biblia diga: “Judas fue y se ahorcó; ve, y haz tú lo mismo”. Eso es lo opuesto al sentido básico de la Palabra de Dios; pues ella enseña que Dios restaura, sana y da nueva esperanza. En ninguna parte enseña que uno debe suicidarse si las cosas no marchan bien.

Cuando Maxine dijo: “Dios me dijo que debo divorciarme de mi esposo y casarme con el Señor O’Neil que es viudo, y cuidar a su hijo”, ella realmente no había escuchado la voz de Dios aunque decía que era la “Palabra del Señor”.

Si bien la Biblia dice que debemos cuidar a los que se encuentran sin padre o madre, Dios no quiere decir que alguien debe dejar a su esposo para cuidar a otro hombre y a su hijo. Lo que Maxine quería hacer iba en contra de la enseñanza básica de la Biblia en cuanto al matrimonio, el hogar y el cuidado de los hijos. Dios dice que interpretar literalmente su Palabra al pie de la letra, como Maxine quería hacerlo, mata, pero el obedecer el espíritu de la Palabra de Dios da vida (2 de Corintios 3:6).

La primera luz de aterrizaje de Maxine no estaba prendida; pues su “palabra del Señor” no estaba de acuerdo con la Palabra del Señor y si decidiese aterrizar su avión basado en

“su” propia luz erróneamente llamada “guiada por Dios”, terminaría en un desastre.

Es indispensable que esa primera luz sea prendida cada vez que queramos saber si es Dios quien nos habla y cada vez que tomemos una decisión, porque sin esta luz, ni siquiera tendríamos acceso al aeropuerto y menos a la primera luz que ha de guiarnos a la pista de aterrizaje.

Supongamos que lo que queremos hacer está de acuerdo con la Palabra de Dios, pero al mismo tiempo, el no hacerlo no estaría en desacuerdo con Su Palabra; entonces es necesario hacer uso de más luces si queremos estar alineados con la pista de aterrizaje.

Un ejemplo de tal situación está basado en mi propia experiencia. Mi deseo de estudiar enfermería: sanar a los enfermos ciertamente está de acuerdo con la Palabra de Dios —pues Cristo mismo sanaba a los enfermos—, pero eso no me dice si Dios quería que *yo* estudiara enfermería, ni en cuál hospital, ni cuándo debería hacerlo. Siempre necesitamos más de una luz para ayudarnos a tomar decisiones, por tanto tendremos que proceder a hacernos más preguntas.

2. ¿Siento paz en cuanto a la decisión?

Como seguidores de Cristo, nunca debemos tomar una decisión o entrar en una situación sin tener un sentido de tranquilidad o de paz interior, y cierto sentido de que es *bueno* hacerlo. Aunque otro hijo de Dios nos diga que Dios le dio un mensaje acerca de lo que debemos hacer, nunca debemos tomar eso como última señal de que en verdad esa es la decisión que viene de Dios; debemos buscar la confirmación de Dios y ella deberá estar alineada con las demás luces.

Tenemos que examinar los mensajes que otros nos dicen que han recibido de Dios para nosotros y retener solamente lo que Dios nos confirme; el resto, debemos desecharlo. Nadie debe tomar la autoridad final sobre otra persona diciéndole lo que Dios quiere de ella; tampoco debemos permitir que alguien tome tal autoridad sobre la vida de uno mismo. Estos mensajes pueden funcionar sólo como una luz más en

la línea de luces para la toma de decisiones. Examinaremos esta luz en detalle en el próximo capítulo.

El problema que hay que resolver con la segunda luz —la de sentir paz en cuanto a la decisión—, radica en el hecho de que esa paz está relacionada con nuestras emociones naturales las cuales son subjetivas, algo similar a las teclas de un piano que pueden ser “activadas” por cualquier persona o agente externo. Cuando llueve, hay personas que se sienten deprimidas, mientras que otras se sienten eufóricas. Por lo tanto, las emociones no son un parámetro estable y absolutamente confiable, en la toma de una decisión. Si nuestras decisiones estuviesen basadas solamente en nuestras sensaciones de paz o en su ausencia, nuestro avión quedaría desorientado, volando en cualquier dirección, y ¡aun en direcciones contrarias a la vez! Por eso, esta segunda luz tiene la tendencia a titilar y por ello debemos tener otras luces con las cuales podamos alinearla. Sin embargo, a pesar de que esta luz tiene esa tendencia a encenderse y apagarse, debería estar encendida en el momento de aterrizar nuestro avión para así hacerlo sin problema en la pista de nuestra vida.

De otro lado, tenemos que estar seguros de que la paz que sentimos es la paz que viene de Dios y no de alguna otra luz que quizás ni siquiera sea una de las luces de aterrizaje. Podría ser la luz de una torre de una iglesia, en vez de ser una luz de aterrizaje, y, si fuese así, aterrizar nuestro avión detrás de esa luz sería un desastre. El confundir esa luz fue mi problema cuando nos mudamos a Escocia.

EN ESCOCIA

Cuando nos mudamos a Escocia para iniciar nuestros estudios de postgrado, nuestros hijos tenían 12 y 13 años de edad. Reconociendo que esas edades son muy importantes en la vida de un niño, nos preocupamos de que el cambio de mudarnos de un país a otro no fuera demasiado fuerte para los muchachos. Ellos habían estudiado en un colegio en el Ecuador durante seis años bajo el sistema educativo americano

y nuestra pregunta era si el cambio brusco al sistema británico por un año y luego volver nuevamente al sistema americano no sería demasiado duro para ellos.

Mientras los niños y yo nos quedamos visitando mi familia que vive en los Estados Unidos, en Pennsylvania, Maryland y Virginia, mi esposo Carlos, se dirigió a Alemania, con escala en Escocia para buscar dónde establecer nuestro hogar y el colegio para nuestros hijos. Estando Carlos en Escocia, oyó hablar de un colegio donde usaban el sistema educativo americano y quedaba cerca de la universidad. Al mismo tiempo encontró un excelente colegio público aun más cerca del sitio donde viviríamos. ¿En cuál debíamos matricularlos? Carlos consiguió información de ambos planteles educativos.

Naturalmente, yo quería matricular a los niños en el colegio que aplicaba el sistema americano porque sabía que era al que ellos ya estaban acostumbrados, aunque era bien claro para mí que no teníamos los tres mil dólares que necesitaríamos para su matrícula. Sin embargo, pensé: “Mi Padre Celestial es muy rico, y para Él sería cosa pequeña darnos los tres mil dólares”. Carlos había visitado el colegio público y no estaba plenamente convencido de que no debíamos enviarlos allí; sin embargo, estaba de acuerdo en que si Dios nos enviaba el dinero para matricularlos, sería una clara indicación de optar por el colegio privado. Entonces, empecé a orar por los tres mil dólares, y lo hice sin cesar. Pasaba el tiempo y oraba aun más.

En ese proceso leí Filipenses 2:13, donde dice: “*porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad*”.

Según ese versículo, es Dios quien produce en nosotros el *querer* hacer su voluntad, tanto como el *poder* para hacer su voluntad. Mi “querer” ardiente en ese momento era que nuestros niños no sufriesen la vida nómada de sus padres, que “brincaban como pulgas” de país en país. Los niños necesitan estabilidad y mi deseo era darles toda la estabilidad posible, y ciertamente, el no tener que cambiar el sistema de estudios

sería un paso en la dirección correcta; y por eso era que yo oraba sin cesar por el dinero necesario para matricularlos.

Al pasar el tiempo, y llegar la fecha de matricular a los niños en uno de los dos colegios y viendo que Dios todavía no había enviado los tres mil dólares, tuve que revisar todo de nuevo. ¿Por qué no estaban apareciendo las otras luces de aterrizaje? ¿Por qué era que Dios no me contestaba? ¿Sería posible que yo tuviera otros motivos para no querer enviar nuestros hijos al colegio público? ¡No, Dios lo sabía! De veras quería enviarlos al colegio privado, por mi deseo profundo de no sobrecargarles, y no por ninguna otra razón.

Entonces, ¿dónde estaban las otras luces? ¿Por qué tenía tanta paz en cuanto a enviarlos al colegio privado y no la tenía al pensar en enviarlos al colegio público? La primera luz era bastante clara, porque mi decisión estaba de acuerdo con la Palabra de Dios. Enviar a los niños a un colegio privado ciertamente no estaba en contra de la Palabra de Dios, pero tampoco estaba en contra de ella enviarlos al colegio público. En cuanto a la segunda luz, yo sentía paz al pensar en enviarlos al colegio privado. Esta luz estaba encendida e iluminaba bastante bien. Pero, ¿dónde estaban las otras? Habíamos avanzado alrededor de la montaña y nos acercábamos a la hora de aterrizar, entonces era tiempo de ver las otras luces de aterrizaje.

Debía buscar a Dios nuevamente. La Biblia nos dice:

Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón.

Salmos 37:4

Yo estaba deleitándome en el Señor, ¿por qué no estaba concediéndome las peticiones de mi corazón? ¿Sería posible que esa paz que yo sentía estuviera basada en lo que a mí me parecía que era lo mejor para los niños, pero Dios sabía que había algo más involucrado en el asunto y yo no alcanzaba a

divisarlo? ¿Qué era lo que yo de veras quería? ¿Era lo que yo sinceramente quería para nuestros hijos, lo que realmente les convenía, bajo la perspectiva de Dios?

A veces ni siquiera sabemos lo que queremos o lo que nos conviene. En esos casos tenemos que abrirnos a Dios para ver qué es lo que Él quiere mostrarnos que hay en nuestros corazones. Dios me confirmó que mi verdadero motivo para querer enviar a los niños al colegio privado era mi deseo de no hacerles sufrir el estrés de cambiar a otro sistema educativo por un año, y que yo realmente no tenía ningún otro motivo. Sólo si fuéramos a vivir por más tiempo en Escocia valdría la pena cambiarles porque podrían familiarizarse con el sistema británico; lo único que yo quería era protegerlos de las dificultades que vislumbraba al tener que enfrentar tantos cambios en un solo año.

Pero ¿de veras sabía yo lo que nos deparaba el futuro? No, sólo Dios sabía eso. ¿Sería posible que Dios quisiera hacerles vivir una situación que les produciría demasiado estrés? No, Él no quería eso. Entonces, ¿qué tal si entregaba mi deseo a Dios y confiaba que si en verdad era lo mejor para los niños que asistieran al colegio privado, Dios me devolvería mi deseo aun más fuerte que antes? Si eso no era lo mejor para ellos, entonces el lugar de mis deseos sería desalojado, esperando que Dios lo llenara con Su deseo.

Cuando Dios me aclaró eso, decidí entregarle mi deseo: “Dios —oré—, el deseo verdadero de mi corazón es enviar nuestros hijos al colegio privado porque quisiera protegerlos del estrés de los cambios, sin embargo, Tú sabes qué colegio es el mejor para ellos, y yo decido entregarte mi deseo. Por favor, tómallo y si también es Tu deseo, devuélvemelo y aun más fuerte que antes. Si mi deseo no es Tu deseo, por favor, cámbialo por el tuyo y dame lo que Tú tienes al respecto. No tengo la menor idea de cómo vas a hacerlo, al mismo tiempo te agradezco por tomar este problema y hacerlo tuyo y no mío”.

No sé exactamente cómo Dios lo hizo, pero un día llegó a mis manos la información que Carlos había traído del colegio

público cuando estaba en Escocia. Al leerla, el programa me pareció muy interesante y de repente empecé a pensar: “Mm-m, eso es muy interesante, me gustaría que nuestros hijos pudiesen tener una experiencia como esa”. Entre más leía, más interesante me parecía.

Cuando Carlos llegó a casa, le mostré lo que había encontrado. “Sí —me dijo—, aún estando en Escocia me pareció que ese programa era muy bueno”. Así que durante todo ese tiempo, Carlos había esperado hasta que Dios me trajo al punto donde pude darme cuenta de que mi deseo no era el deseo de Dios. Me seguían preocupando los cambios, pero tenía un sentido más profundo de calma y paz en mi interior y un sentido de que eso era lo que “debíamos” hacer. Cuando llegó el día de matricular a los niños, yo realmente quería ponerlos en el colegio público.

El estrés de cambiar de colegio, el sistema educativo, los amigos y las diferencias en la pronunciación del idioma fue muy difícil para todos nosotros. El colegio de los niños empezó seis semanas antes de las clases en la universidad, y por eso le tocó a Carlos, después de llevarnos a Escocia, volver solo a Alemania para terminar el ministerio que tenía que llevar a cabo en las iglesias. Durante ese tiempo pasé horas y horas cada noche consolando y sanando los traumas que los niños sufrieron durante el día al tratar de acostumbrarse a las muchas cosas nuevas y desconocidas en el colegio.

Al pasar unos meses, empezamos a ver la sabiduría de Dios al guiarnos a tomar la decisión de poner a nuestros hijos en el colegio público. Nos dimos cuenta de que los que asistían al colegio privado eran los hijos de gente muy rica y no se mezclaban con otros niños de la comunidad. Una niña caminaba una distancia considerable, teniendo otros niños para jugar más cerca de su casa y venía a jugar con nuestra hija porque le consideraba americana. También nos enteramos más tarde que el colegio privado estaba inundado de droga. En otras palabras, ¡ese colegio tenía precisamente el ambiente que no queríamos para nuestros hijos!

Encontramos una iglesia llena de vida cerca de donde vivíamos y donde muchos de los niños del colegio público asistían. Allí nuestros hijos empezaron a sentirse en casa y lograron echar raíces por un año.

Sí, al principio mi segunda luz —la luz de paz en cuanto a la toma de la decisión—, estaba encendida, e ¡iluminaba bastante bien! Sin embargo, no era una de las luces de aterrizaje: las otras luces sencillamente no se alineaban con ella. Cuando la paz del deseo de Dios por fin apareció, aquella luz no brillaba tanto como la otra, a veces esa luz titilaba y parecía como si se fuera a apagar, sin embargo, cuando por fin esta luz apareció, todas las demás luces también aparecieron y se alinearon.

Debemos tener bien claro que necesitamos más de dos luces para aterrizar nuestro avión sin novedad; eso nos lleva a estudiar la tercera luz.

3. *¿Están de acuerdo con mi decisión otros creyentes maduros?*

Al hacer esta pregunta, no queremos decir que necesariamente tenemos que esperar hasta que todos estén de acuerdo con nuestra decisión. Pero, sí quiere decir que si estamos oyendo la voz de Dios, cuando pedimos a otros creyentes maduros que oren por nuestra decisión, ellos también van a sentir que esa es la decisión correcta.

Cuando aquel pastor escuchaba a Dios diciéndole que debía enviar un cheque a una mujer que él no conocía y que posiblemente ni existía, al consultar con el anciano y el pastor asistente, ambos estuvieron de acuerdo en enviar el dinero y así fue como su tercera luz apareció en el panorama de la decisión que deban tomar.

Esa tercera luz es bien importante para determinar el momento en el cual debemos llevar a cabo nuestras decisiones. ¿Cuándo debo realizar lo que siento que Dios quiere que haga? Otro creyentes maduros van a sentir que ese es, o no, el tiempo indicado para llevar a cabo lo que siento que debo de hacer.

El significado de la palabra “maduro” no se refiere a una edad cronológica. Existen personas de cincuenta años o más, que no pueden oír lo que Dios les está diciendo, y, en contraste, puede un jovencito que ha aprendido a tener una actitud de apertura delante de Dios, oír su voz claramente.

Tampoco es un creyente maduro aquel que cree que posee todas las respuestas, o el que más habla acerca de haber recibido una “palabra del Señor”. El creyente maduro es alguien que ha aprendido a permanecer en una actitud de apertura delante de Dios, es alguien que sabe que el andar con Dios no quiere decir conformarse al cumplimiento de una lista de reglas, sino es más bien relacionarse con Él como Persona y reconoce que en una relación siempre hay la posibilidad de equivocarse. Es por eso que el creyente maduro siempre es consciente de la posibilidad de no entender bien y está dispuesto a decir: “Eso es lo que creo que Dios está diciéndome al respecto. Ora y mira si Dios te lo confirma y si no es así, volveremos a Él y le pediremos que nos hable con más claridad”.

Cuando buscamos a alguien para que nos ayude a escuchar la voz de Dios, tenemos que revisar su historia: por lo regular ¿es alguien cuya presencia transmite paz? o ¿traen sus consejos desacuerdos? ¿Sabe esta persona esperar delante de Dios y oírle en calma y quietud? o ¿comparte su “palabra de Dios” precipitadamente y sin permitir hacérsele pregunta alguna? ¿Es su sabiduría amable, llena de misericordia y humilde? (Santiago 3:17). ¿Es alguien listo a reconocer la posibilidad de equivocarse?

En la búsqueda de la voluntad de Dios en cuanto al colegio de nuestros hijos en Escocia, Carlos reconoció que Dios de veras estaba guiándonos a matricular los niños en el colegio público. Por cuanto reconozco que Carlos es un creyente maduro, su orientación fue decisiva en el proceso de selección del colegio. Cuando yo decidí estudiar enfermería, mis padres y otros que me conocían estuvieron de acuerdo. Si no hubieran estado de acuerdo, y siendo ellos creyentes

maduros (aunque imperfectos) yo hubiera tenido que esperar hasta que Dios hubiera encendido esa luz.

A veces pensamos que otras personas no van a entendernos si les pedimos que oren por nosotros respecto a cierta decisión que debemos tomar, o quizás pensamos que el problema es demasiado privado, y sólo nos concierne a nosotros como para compartirlo con otros. Sin embargo, una de las razones por la cual Dios nos ha provisto de hermanos y hermanas creyentes con dones diferentes es precisamente para discernir Su voluntad. Cuando finalmente decidimos compartir nuestro problema o inquietud y pedimos ayuda, casi siempre nos quedamos sorprendidos de cuán abierto y comprensivo es el creyente maduro.

En el próximo capítulo veremos qué otras luces deberán ser encendidas si queremos tener un aterrizaje seguro, el cual comprobará si es verdaderamente la voz de Dios la que nos guía.

CAPÍTULO 5

Más luces de aterrizaje

En el capítulo anterior hablamos del deseo de Dios de comunicarse con nosotros y dirigir los pasos de nuestra vida. Pero nos preguntamos: ¿cómo podemos saber si lo que creemos que debemos hacer proviene realmente de Dios y no de nuestra propia imaginación? En el mismo capítulo, también examinamos las primeras tres luces que deberán estar encendidas si es Dios quien nos está dirigiendo al lugar donde debe aterrizar el avión de nuestra vida sin novedad. En este capítulo estudiaremos las últimas tres luces de aterrizaje y lo haremos nuevamente en forma de pregunta.

LA LUZ

4. *¿Las circunstancias de mi vida permiten que pueda llevar a cabo la decisión?*

Esta luz es muy importante y debería encenderse si queremos entender verdaderamente la voluntad de Dios y determinar el tiempo en que debemos llevar a cabo lo que nos dice. En la historia de Bernardina podemos ver mejor esta explicación.

Bernardina

Bernardina me llamó para preguntar que tenía que hacer para llegar a ser misionera. —Dios me ha dicho muy claramente que el año entrante debo ir a otro país por dos años como misionera —me dijo. Bernardina no sabía a qué país Dios la estaba llamando, pero sabía con toda seguridad que debía ir, tan pronto el médico le diera su visto bueno.

Después de hablar un poco más, supe que ella tenía cáncer y estaba bajo tratamiento de quimioterapia. Además, era casada y tenía dos niños pequeños. Le pregunté si su esposo estaba de acuerdo con su llamado al campo misionero.

—¡Ah! no —me contestó—. Mi esposo sencillamente no entiende la visión que Dios me ha dado, pero sé que Dios me está llamando a contar a otros acerca del amor de Cristo y le prometí que voy a ir sea que mi esposo me acompañe o no, con o sin mi familia. He decidido dar todo lo que tengo a Dios y a su obra, por eso necesito saber ¿qué debo hacer para ir al campo misionero? Como sé que usted fue misionera por muchos años, pensé que quizás me podría orientar al respecto.

—Desde luego que podemos hablar acerca de eso —le respondí—, pero ¿qué de su salud? La vida misionera es, en varias ocasiones, muy exigente y uno debe gozar de buena salud para poder hacerla.

—Ah, Dios va a hacer un milagro —me contestó—, estoy confiando en Él y sé que también cuidará de mi familia, me ha asegurado que lo hará. Mi inquietud es saber ¿qué tengo que hacer para llegar al sitio donde me desempeñaré como misionera?

Pusimos una cita con Bernardina para hablar de su situación. Unos días antes de la fecha de la consulta, me llamó para cambiar la cita porque se sentía demasiado enferma para venir al consultorio; así sucedió durante varias semanas hasta que acordamos que ella me llamaría cuando se sintiera lo suficientemente bien como para poder asistir a la cita, pero eso nunca ocurrió. Bernardina nunca se recuperó bien y nunca pudo siquiera asistir a mi consultorio.

Era bien claro que las circunstancias de Bernardina no estaban de acuerdo con la visión y el llamamiento que entendía que Dios le había dado. Que Dios quería que ella hablara del amor de Cristo a otros, era muy cierto, y que Él quería que ella le entregara todo y le confiara el cuidado de su familia también era cierto, pero que Él quisiera que se fuera en calidad de misionera a otro país, ciertamente no estaba de acuerdo con lo que Dios estaba pensando para ella.

Bernardina estaba muy preocupada al pensar que Dios estaba indicando por medio de su enfermedad que le separaría permanentemente de su familia, y, aunque ella no lo hacía en una forma consciente, por tratar de aceptar su grave enfermedad, esperaba que al sacrificarse bastante entregando todo a Cristo e ir como misionera a otro país por un tiempo relativamente corto de dos años, quizás podría evitar esa separación definitiva al morir de cáncer. En otras palabras, Bernardina estaba en una fase de tratar de “negociar” con Dios su permanencia en la tierra.

Eso quiere decir que puede ser que Dios realmente nos está revelando su voluntad y mostrándonos el camino que debemos seguir, pero quizás malinterpretamos el tiempo, el lugar o la forma en la cual Él quiere que hagamos lo que nos indica. Eso no significa que seamos rebeldes, que vivamos en pecado, o que no oigamos su voz. Muchas veces sencillamente quiere decir que tenemos que esperar hasta que Él arregle las circunstancias en las cuales se debe llevar a cabo la decisión, o quizás también quiere decir que tenemos que detenernos para preguntarle si lo que pensamos es realmente la manera en que Él quiere que llevemos a cabo lo que nos dio para hacer.

Bernardina no era rebelde, lo que ella tenía era temor; amaba a su familia y no quería dejarla. Quería hacer la voluntad de Dios, pero su temor y tristeza obstaculizaba su capacidad de aceptar lo que Dios le decía. Así como Cristo oraba en Getsemaní cuando dijo: “*Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa*” (Mateo 26:39), así Bernardina estaba buscando otra forma de llevar a cabo lo que ella entendía que

Dios le estaba pidiendo, o sea que iba a morir y estaba “negociando” con Dios una separación temporal yendo como misionera por dos años a otro país, a cambio de la separación definitiva que Dios le estaba anunciando. Ella necesitaba amor, compasión y entendimiento por el temor y tristeza que tenía por su familia, al sentir que se acercaba esa separación permanente de la muerte.

Si Dios nos está guiando en cierta dirección, Él también arreglará las circunstancias que harán posible llevar a cabo lo que nos indica. No tenemos que forzar las circunstancias para hacer lo que Dios nos manda a hacer. Eso no quiere decir que no podamos hacer nada hasta que sepamos con toda certeza cómo va a resultar todo, hasta el más mínimo detalle, pero sí quiere decir que cuando lleguemos al próximo paso en el proceso de tomar la decisión, las circunstancias serán tales que podemos hacer lo que es necesario.

Nuevamente mi decisión de estudiar enfermería nos sirve de ejemplo. En el capítulo anterior vimos que las tres primeras luces estaban encendidas: (a) estudiar enfermería estaba de acuerdo con el espíritu básico de la Palabra de Dios, (b) sentía paz interior y sentía que debía hacerlo, (c) otros creyentes maduros estaban de acuerdo que esa era la voluntad de Dios para mi vida. Ahora la cuarta luz debía aparecer. ¿Qué de ella? ¿Era ese el año para ingresar a la escuela de enfermería? ¿Era ese el hospital y la escuela donde debía estudiar? ¿Se daban las circunstancias para poder hacerlo?

Estas eran preguntas muy importantes que debían ser resueltas, pensando en las circunstancias que en ese momento vivía; mi hermana estaba en cama con fiebre reumática y mi mamá tenía una afección al corazón. ¿Podría dejarlas solas bajo el cuidado de mi padre? Mi mamá se estaba recuperando, mis padres al vender un terreno que tenían, se les redujo el trabajo de tal manera, que podían vivir sin mi ayuda. De esa forma, parte de mis circunstancias se dieron y me dejaron libre para salir a estudiar. Pero, ¿qué en cuanto al resto?

La escuela de enfermería me había aceptado para empezar mis estudios en el otoño. Mi familia siempre había tenido

que trabajar muy duro para cubrir el presupuesto, razón por la cual no podía ayudarme a pagar la matrícula, ni mis gastos personales, entonces, ¿cómo podría financiar mis estudios? Si Dios quería que yo estudiara enfermería, tendría que proveerme el dinero para hacerlo. Basada en una sugerencia de mi madre, hablé con mi tío-abuelo y él me prestó el dinero necesario para el primer año, sin intereses. ¡Dios había contestado! La cuarta luz había aparecido y estaba encendida. Ciertamente mi avión estaba volando en la dirección correcta y podía confiar que Dios proveería para los dos años siguientes. Entonces había llegado el momento de que aparecieran en el panorama las dos últimas luces.

5. *¿Me ha dado Dios un pasaje de la Biblia, una Palabra de Dios, o una profecía que tiene una promesa, dirección o seguridad especial en cuanto a esta decisión?*

Esta quinta luz debe ser examinada con mucho cuidado, y puede estar o no, encendida. Es una luz maravillosa cuando está prendida; sin embargo, su presencia o ausencia nunca debemos tomarla como indicación final acerca de la voluntad de Dios para nuestra vida. Aunque esté encendida, deberá estar alineada con las demás luces, para que pueda dirigirnos al lugar donde aterrizar nuestro avión de la vida sin novedad.

Dios nos dice que no debemos menospreciar las profecías, sino que debemos probar todo y sólo retener lo que es bueno (1 de Tesalonicenses 5:21). Es una bella experiencia cuando Dios atrae nuestra atención a un versículo especial, o cuando alguien nos da un mensaje que Dios le ha dado para nosotros. Eso nos anima a estar más cerca de Dios y a abrirnos más profundamente a Su acción, además nos asegura que vamos hacia donde Él quiere que vayamos.

Sin embargo, a veces el mensaje indica un camino diferente al que sentimos que Dios está dirigiéndonos y eso puede causarnos mucha confusión, como nos demuestra la historia que sigue.

Nelson

Nelson creía que Dios le estaba llamando al ministerio y después de terminar sus estudios se quedó en el seminario enseñando unos cursos bíblicos, hasta que cierta iglesia le llamó como pastor. Él y su esposa Liliana, creían que Dios les había llamado a servirle en esa iglesia y otros creyentes maduros se lo habían confirmado. Las circunstancias alrededor de la decisión eran tan favorables que pudieron conseguir quien les hiciera la mudanza sin problema alguno, ya que “coincidentalmente” alguien iba a ir a aquella lejana ciudad con un camión y podía transportarles todo su menaje. Planearon salir inmediatamente después de un retiro que duraba una semana.

En ese retiro, durante un devocional, otro profesor del seminario les compartió un mensaje que creía que Dios les estaba dando. El mensaje decía: “He aquí, dice el Señor, quédate en el seminario donde estás. Sigue enseñando y yo te usaré para hacer grandes cosas entre los estudiantes. . . .” Como es de imaginarse, eso causó una confusión muy grande en Nelson y Liliana.

—Queremos hacer la voluntad de Dios —nos dijeron a Carlos y a mí—, pero no sentimos paz acerca de quedarnos aquí en el seminario. Creemos que Dios quiere que trabajemos como pastores en esa iglesia. Sin embargo, si Dios nos envió aquel mensaje es porque quizás no entendimos bien lo que inicialmente nos dijo. Sentimos una confusión muy grande. ¿Qué debemos hacer?

—Miren —les dijimos—, si ese mensaje de veras viene de Dios, Él se lo va a confirmar. Pablo no permitió que la profecía de hermanos le obstaculizara su viaje a Jerusalén (Hechos 21:4,14). Lo que deben hacer es ir a Dios y pedirle que les confirme lo que han creído que es Su voluntad en cuanto al asunto. Deberán tener paz interior antes de tomar la decisión final de irse o quedarse. Si después de pedir a Dios que les muestre Su voluntad con claridad, el mensaje que les dieron aún no está de acuerdo con lo que ustedes sienten que Dios les indica, entonces déjenlo a un lado, y hagan lo que

sienten que Él les ha mostrado. Quizás más tarde van a entender claramente qué pasó con todo eso.

Liliana y Nelson le entregaron a Dios su deseo de pastorear aquella iglesia y le pidieron que Él se lo devolviera, sólo si el deseo estaba de acuerdo con Su deseo, y si no era así que les cambiara ese deseo y les pusiera ese nuevo deseo de Dios en sus corazones. Al esperar delante de Él para recibir Su respuesta, el deseo de servir como pastor en aquella iglesia creció a tal punto, que sintieron realmente una urgencia de ir allí. Al llegar el tiempo de salir supieron con certeza que eso era lo que Dios quería para ellos en esa etapa de sus vidas. También estaban conscientes de que si más adelante Él quería traerles de nuevo al seminario para enseñar, estarían dispuestos a hacerlo; por ahora, Dios quería que ellos le sirvieran en aquella iglesia.

Para Liliana y Nelson esa luz de una supuesta promesa de Dios que de repente apareció en el panorama, sencillamente no se alineaba con las demás luces y les causó una confusión tremenda: de repente no sabían en cuál dirección debían ir. Al dejar de lado el supuesto mensaje, todas sus luces de aterrizaje quedaron alineadas de nuevo y pudieron seguir adelante con sus planes, confiadamente.

Otro medio por el cual podemos recibir un mensaje de Dios es directamente a través de las promesas de su Palabra. Quizás al leer la Biblia, o al pensar en una situación particular en nuestra vida, un versículo nos llama la atención de una manera especial, o nos viene a la memoria y nos ilumina dándonos dirección en el asunto; eso nos hace sentir el amor de Dios y una intimidad con Él que nos alienta, nos anima y nos da seguridad para seguir adelante en Su camino.

Pero, sólo por leer un versículo de la Biblia o por venir a nuestra mente en determinado momento, no quiere decir que necesariamente sea una de las luces de aterrizaje.

Poco después de terminar mis estudios de enfermería, pedí dirección a Dios acerca de una amistad que anhelaba se convirtiera en una relación estable y permanente. Mientras

oraba, me vino a la mente lo que Dios dijo al pueblo de Israel a través del profeta Isaías: *“Este es el camino, andad por él”*.

“¡Oh! —pensé—, ¡qué bueno! Eso quiere decir que esa amistad proviene del plan de Dios para mi vida”.

Busqué el versículo en Isaías 30:21 y leí cómo Dios le dijo a Israel que les guiaría haciéndoles escuchar una voz que les diría: *“Este es el camino, andad por él”*. Su Palabra me dio aun más confianza; estaba segura de que la amistad venía de Dios, acaso, ¿no había oído una voz interior diciéndome que debía andar por ese camino?

Con gozo cultivé esa amistad, esperando que se desarrollara hasta llegar a una relación plena y duradera. Pero en vez de eso, con el paso del tiempo, no solamente no se desarrolló más, sino que esa amistad se tornó amarga y se acabó. Yo me sentí muy confundida: ¿No me había dicho Dios que ese era el camino por el cual debía andar? ¿No era yo capaz de entenderle cuando me hablaba? Yo de veras había querido saber lo que Dios tenía para mí cuando le pedí su dirección respecto a esa amistad.

Era tan obvio que yo había escuchado erróneamente la voz de Dios que hasta llegué a tener temor de tratar de entender lo que Él quería en cualquier situación futura en mi vida; pensaba: “Si me equivoqué tan obviamente aquella vez, ¿por qué no me equivocaría la próxima?” Sin embargo, Dios nos dice que Él quiere dirigirnos; que sus ovejas sí oyen Su voz. Entre más pensaba en eso, más confundida me sentía. Al fin, decidí poner ese incidente a un lado ya que había llegado a bloquear mi capacidad de comunicarme con Dios y confiar en Él.

“Señor —oré cierto día—, no entiendo qué sucedió. Sé que cuando pedí que me mostraras cuál era tu voluntad en cuanto a aquella amistad, yo de veras anhelaba saber lo que Tú querías para mí, pero todo salió mal y tan contrario a lo que entendí que me habías dicho, que no tengo respuesta a lo que realmente pasó o por qué todo salió al revés. Todo eso está llegando a levantar una barrera entre Tú y yo, y yo no puedo vivir con esa división. Por tanto, decido, en el nombre

de Cristo, colocar mi confusión y mis preguntas a un lado, y aun si Tú en el futuro no me llegas a aclarar lo qué pasó, al llegar al cielo quiero sentarme contigo y escuchar lo que tuviste en mente al permitir este rumbo en mi vida. Mientras tanto, Señor, decido aceptar que Tú, sí te comunicas conmigo y que puedo oírte cuando me hablas”.

Pasaron más de 25 años y el interrogante acerca de lo que había sucedido, aún permanecía en mi lista de preguntas sin respuesta que quería compartir con Jesús cuando llegara al cielo. Entre tanto me había casado, era madre de dos jóvenes y daba gracias a Dios que aquella amistad nunca hubiera transcendido. Pero aún con todo eso, no lograba entender qué era lo que había pasado y qué me había hecho entender a Dios de una forma tan equivocada. La pregunta dejó de ser estorbo para mí, pero no podía entender cómo había llegado a malinterpretar a Dios de tal manera.

Entonces cierto día, al oír a una persona a quien yo aconsejaba refiriéndose a la confusión que le causaba pensar que Dios le había dado una promesa en cuanto a algo que no resultó, sentí que era el momento de compartir con ella mi experiencia como ejemplo de la posibilidad que existe de equivocarnos en la búsqueda de la voluntad de Dios y, al mismo tiempo, de la necesidad de poner a un lado lo que no podemos entender, hasta cuando en un futuro, podamos hablar cara a cara con Dios acerca de ello.

Al leer el capítulo 30 de Isaías a la persona, todo el contexto del versículo llegó a ser claro para mí: Cuando coloqué mi frase dentro del contexto de todo el capítulo, me di cuenta de lo que Dios verdaderamente quiso decirme: “Esperaré en darte una relación para que pueda manifestarte mi misericordia y darte algo realmente bueno. Mientras pasas por la aflicción de esperar, encontrarás fuerzas en la quietud y paz interior. Cuando llegue el tiempo de conocer a la persona que tengo para ti, sabrás tan claramente que soy Yo quien te da esa relación, que sentirás como si te lo dijera a tu oído”. Entonces comprendí que fue tal mi interés de retener

aquella amistad, que no me dejó ver el contexto de aquel versículo y me llevó a la confusión.

Aquella luz que apareció como una promesa especial, yo la había visto como una de las luces de aterrizaje de aquella situación, pero no se alineó con las otras luces, pues no era realmente una luz de aterrizaje de aquella pista de mi vida. Aquella promesa que Dios me había dado simplemente era para consolarme y asegurarme que cuando Él trajera a mi vida la persona que Él tenía para mí, yo lo sabría reconocer claramente; eso fue exactamente lo que ocurrió cuando Carlos y yo nos conocimos en Costa Rica.

Sin embargo, Dios sí nos habla en casos específicos y con promesas especiales. Cuando me alistaba para salir de mi casa rumbo a mis estudios de enfermería, me llamó la atención, en mis tiempos de devociones personales, el pasaje en Éxodo 33, donde Moisés habla con Dios sobre llevar los israelitas a la tierra prometida. Moisés ora: “Dios, si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí”.

Y Dios le prometió: “Mi presencia irá contigo, y te daré descanso”.

Era a esa última frase que, vez tras vez, Dios llamaba mi atención: “Mi presencia irá contigo, y te daré descanso”. Esa afirmación trajo tranquilidad y seguridad a mi vida. Esa luz de una promesa especial sí estaba alineada con las otras luces de aterrizaje.

Cuando nos da una promesa especial Él se encarga de cumplirla. No tenemos que forzar las circunstancias o situaciones para hacer que se cumpla la promesa, tampoco tenemos que ayudar a Dios a cumplirla, como hicieron Abraham y Sara.

ABRAHAM Y SARA

Abraham recibió una promesa especial de Dios. Era un hombre viejo y sin descendencia, cuando Dios le prometió que le daría un hijo; esa promesa le produjo gran gozo. Sin embargo, pasaron los años y Abraham y Sara se hicieron cada vez más

viejos, no pudieron esperar más y decidieron ayudar a Dios a cumplir su promesa.

Sara pidió a Abraham que tomara a Hagar, una de sus sirvientas, y engendrara un hijo en ella (Génesis, capítulo 16). Parece que la fe de Abraham era tan débil en ese momento que ni siquiera le molestó la sugerencia de Sara. Así lograron conseguir un hijo para Abraham, pero no era lo que Dios tenía en mente cuando le dio aquella promesa especial.

Fue imposible hacer que la promesa de Dios se cumpliera de acuerdo a la “ayuda” de Abraham y Sara, y a cambio hoy en día el mundo todavía sufre las consecuencias, del día cuando ellos trataron de ayudar a Dios a cumplir Su promesa forzando los acontecimientos. En la guerra del Oriente Medio los israelíes (los descendientes de Isaac, el hijo de Sara) y los árabes (los descendientes de Ismael, hijo de Hagar) siguen la lucha que se inició con el nacimiento de los dos hijos. Todo porque Abraham y Sara no tuvieron la paciencia necesaria para esperar el tiempo que Dios había designado para el cumplimiento de Su promesa.

Si Dios nos da una promesa, pero resulta que esa luz parece no alinearse con las demás luces de aterrizaje, podemos con toda confianza dejar esa promesa a un lado y esperar hasta que llegue el tiempo que Dios tiene asignado para su cumplimiento. No debemos afanarnos por ver cómo vamos a hacer que se cumpla, porque así como la promesa vino de Dios, así también vendrá su cumplimiento.

Así que, si la luz de la promesa de Dios no se alinea con el resto de tus luces de aterrizaje, guárdala en tu corazón así como la virgen María guardaba todo lo ocurrido al nacer Jesús (Lucas 2:19). Deja aquella luz a un lado y, si la promesa realmente viene de Dios, más tarde, quizás en el momento menos esperado, al acercarte a otra pista de tu vida, de repente aquella luz que antes parecía no tener sentido, se alinea con las demás luces de aterrizaje de ese aeropuerto y ayuda a indicarte dónde debes aterrizar tu avión. Por lo tanto, al encontrar una luz de promesa que no se alinea, no debes preocuparte y llegar a dudar de Dios, sino más bien esperar a

ver cómo y cuándo Dios va a colocarla en Su gran plan eterno de pistas de tu vida.

Tener una promesa especial o una palabra de Dios para cierta ocasión trae gozo y paz y puede ser una luz adicional en la línea de luces de aterrizaje. Sin embargo, si todas las demás luces están encendidas y alineadas, la ausencia de esta luz no tiene que ser tomada como indicación de que Dios no está guiándonos en cierta decisión. Igualmente cuando la luz de una promesa no se alinea con las otras luces, como ya hemos visto, no tiene que distraernos, porque si todas las otras luces están prendidas y alineadas, podemos con toda seguridad confiar que detrás de la última luz encontraremos la pista hacia la cual Dios nos dirige. Veamos ahora la sexta y última luz.

6. Cuando empiezo a realizar lo que Dios dice, ¿se abren puertas para poder llevar a cabo la decisión final?

La última luz de aterrizaje que tiene que aparecer es el resultado de tratar de hacer lo que Dios nos dice y de veras poderlo llevar a cabo.

Un ejemplo al respecto es el de Roger, en el capítulo dos. Cuando trató de comprar el auto nuevo que creía que Dios quería darle, no se presentó ningún problema que le obstaculizara terminar el negocio. Tenía el dinero para la cuota inicial y podía pagar las cuotas mensuales; todo salió bien. En otras palabras, cuando Roger se acercó a la pista, todas las luces se encendieron, incluida la última. Él podía comprar el auto con toda confianza y seguridad de que ese era el que Dios quería darle.

Mi deseo de estudiar enfermería nos sirve nuevamente como ejemplo de esta sexta luz de aterrizaje.

Por las circunstancias en mi hogar, no pude terminar mis estudios secundarios. Tuve que tomar los exámenes equivalentes del Estado de Pennsylvania que consistían en seleccionar y pasar pruebas académicas que cubrían 16 de los temas que normalmente se estudiaban en secundaria. Logré aprobarlos todos y recibí mi diploma. Sin embargo,

habiendo tenido que estudiar y prepararme por mi propio cuenta para tomar dichos exámenes, no había seleccionado la prueba de química porque me parecía un tema muy difícil de entender sin ayuda de un maestro. Cuando la Escuela de Enfermería me avisó que me aceptaba para estudiar, siempre y cuando aprobara un examen de química antes de la fecha de iniciación de clases, ¡yo ni siquiera sabía en qué consistía la química! Lo único que sabía era que debía ser sumamente difícil. Sin embargo, si Dios quería que yo estudiara enfermería, tenía que pasar ese examen antes de tres meses.

Me conseguí un libro de química autodidáctico, nivel secundario y estudié en cada momento que me quedó libre. En aquel entonces mi mamá todavía no se había recuperado del todo de la condición de su corazón y, dado que todos mis hermanos mayores habían formado sus propios hogares, yo era la encargada de los quehaceres de la casa. Mientras yo limpiaba y planchaba, y confeccionaba mi propia ropa alisándome para ingresar a la Escuela de Enfermería, mi hermana menor, que en ese entonces estaba en cama con fiebre reumática, me leía de aquel libro de química.

Al tomar el examen, me llené de terror, al darme cuenta de que sólo podía contestar con seguridad 10 ó 15 preguntas. Logré contestar unas cuantas más eliminando todas las respuestas que sabía que eran falsas y adivinando entre las que quedaban. Así pude contestar unas diez más porque entre las posibles respuestas había una en la cual reconocía un concepto, aunque no estaba segura de que correspondía a la pregunta, pero sí sabía que de los otros conceptos no tenía ni idea, por lo tanto marque aquella. Luego leí todas las preguntas que faltaban y adiviné todas las respuestas que pude.

Al terminar miré la hoja de respuestas y traté de revisar cuántas preguntas me quedaban sin contestar, entonces puse mi cabeza en el pupitre y oré: "Dios, si tú quieres que estudie enfermería tienes que aprobar este examen por mí. He hecho todo lo que he podido, ahora tú tienes que hacer el resto".

Luego, cerré mi libreta de preguntas, tomé mi lápiz y mi hoja de respuestas y marque respuestas para la mayoría de las

preguntas que me habían quedado sin contestar, sin siquiera leer las preguntas.

Tuve que iniciar las clases antes de recibir los resultados del examen de química. Dos semanas después de mi ingreso, la directora de enfermeras me llamó a un lado y me preguntó hostilmente:

—¿Ha recibido los resultados del examen?

—No —le contesté—, todavía no han llegado.

—Pues, ya sabe que si no aprueba el examen, está fuera de aquí —señaló hacia afuera con el dedo.

No le dije que yo sabía que si no era por un milagro de Dios, no había manera de que yo hubiera podido aprobar ese examen. Como todavía no me habían avisado que lo había perdido, decidí entonces seguir con mis estudios hasta donde pudiera. Al día siguiente, recibí por correo la buena noticia de que había aprobado el examen. Por fin, la sexta luz se había encendido, y ¡brillaba con una luz muy, muy brillante!

Tres años más tarde, exactamente siete semanas antes de terminar mis estudios de enfermería, mi mamá sufrió su primera hemorragia cerebral. Por esa razón tuve que volver a casa tan pronto terminé mi carrera, con el fin de ayudar a mi hermana menor a cuidar a mi mamá, período que duró más de tres años. Quiere decir, que si no hubiera salido bien en aquel examen de química, hubiera tenido que esperar un año más para empezar mis estudios, y no hubiera sido posible terminar mi carrera. Dios sabía que tenía que aprobar aquel examen; cuando yo hice todo lo que pude, Él hizo el resto. Durante esos tres años de estudio, hubo tiempos muy duros y desalentadores, pero yo sabía, sin el más mínimo lugar a dudas, que debía permanecer en esa Escuela de Enfermería; ese era el tiempo y el lugar para mí y en alguna forma Dios me iba a cuidar y sacar adelante.

Pero a veces, aunque todas nuestras luces de aterrizaje estén encendidas, cuando nuestro avión llega a aterrizar, la pista no es como lo habíamos esperado. A veces, todas las luces aparecen en orden y esperamos encontrar una pista que permita un aterrizaje fácil y suave, pero al llegar allá,

encontramos la pista llena de huecos y curvas, lo cual resulta en un aterrizaje como nunca lo hubiéramos esperado y quizás hasta llegamos a dudar de todo el proyecto.

ESCOCIA

Cuando fuimos a Escocia para hacer nuestros estudios de postgrado, yo esperaba estudiar un programa de Maestría que duraba un año y lo ofrecía el Departamento de Psicología. Sin embargo, al llegar a la universidad, encontré que no había forma de ingresar a aquel programa; me sentía muy desanimada y confundida. Entonces, alguien me sugirió que quizás podría entrar al Departamento de Teología Práctica que ofrecía un curso de un año en Salud Emocional, y donde podría tomar varios cursos que me ofrecían una práctica con supervisión en sicoterapia en dos instituciones del gobierno.

Como no tenía otra opción mejor, de mala gana decidí ingresar al programa que me sugirieron. Luego, un año más tarde en Nueva York, para mi sorpresa, ese grado que recibí en Escocia me dio la base para obtener un *Master* en Estudios Profesionales que a su vez, me abrió la posibilidad de estudiar una Maestría en Teología. Lo anterior, me abrió la puerta para entrar a un programa de Doctorado en Filosofía que unía los temas de psicología y teología, o sea ¡precisamente en el área que siempre había querido estudiar y trabajar!

Solo un año más tarde me di cuenta de que si hubiera ingresado al programa de psicología en Escocia, al que tanto había anhelado inscribirme y no había logrado, me habría otorgado un grado que no hubiera podido tomar como base para realizar otros estudios, en otras palabras, me hubiera llevado a “un callejón sin salida”. A veces, los caminos de Dios se parecen a los caminos que cruzan las montañas en Colombia.

Durante los primeros años que trabajamos como misioneros en Colombia, viajamos mucho por la carretera entre Popayán y Pasto, que en aquel entonces estaba sin pavimentar. La belleza del paisaje que vimos desde aquella carretera

era indescriptible. Con el mapa podíamos identificar cuál sería el próximo pueblo o aldea que debíamos encontrar, pero no cuántas montañas, curvas y valles teníamos que cruzar antes de llegar a dicho pueblo. Ocurría muchas veces, que después de largas horas de viajar en nuestro jeep, que tenía 20 años, llegábamos a la cumbre de una montaña y muy lejos en el horizonte de otra montaña, exactamente en la dirección por donde iba la carretera, podíamos divisar un pueblo.

“Mira, mira —uno de nosotros gritaba—, allí está el pueblo. Pronto llegaremos y podremos descansar”.

Entonces, mientras nuestro viejo jeep retumbaba y traqueteaba cuesta abajo en la polvorienta y quebrada carretera, de repente, aparecían unas curvas que parecían las contorsiones de una culebra, que nos hacían pasar al otro lado de la montaña e ir en una dirección completamente diferente a lo esperado. A veces, apenas alcanzábamos a vislumbrar el pueblo en la distancia al encontrarnos al otro lado de un valle inmenso, y a veces ni siquiera podíamos volver a verlo. Si hubiéramos insistido en ir a aquel pueblo, nos hubiéramos perdido irremediablemente.

Pero en otras ocasiones, la carretera tenía tantas curvas cerradas, subidas y bajadas que, en el momento menos esperado, al pasar por una curva, de repente el pueblo que habíamos perdido de vista por horas, aparecía frente a nuestros ojos, pues el camino nos había llevado alrededor de un valle o quizás una ciénaga. Si hubiéramos insistido en salir de la carretera cuando ella empezaba a llevarnos en dirección contraria al pueblo a donde queríamos ir, nunca hubiéramos llegado a nuestro destino.

En la misma forma, como las carreteras en las montañas de Colombia, en muchas ocasiones los caminos de Dios parecen ir en direcciones diferentes a lo que esperamos. Cuando Él nos dirige hacia cierto lugar, pensamos que sabemos exactamente cómo va a salir todo y al alcanzar a vislumbrar algo muy bello en el horizonte, exclamamos: “¡Allá está! Ahora sé lo que todo eso significa”.

Entonces luego, quizás en el momento menos esperado, el camino se desvía y sigue en dirección opuesta. “¡Dios! —gritamos—, pensé que querías que fuera a ese pueblo que vislumbré en aquel horizonte, pero ha desaparecido. ¿Qué pasa? ¿Qué estás tratando de hacer conmigo? ¿Cómo me equivoqué en entenderte?”

Pero al seguir el camino, pasamos otra curva y nos damos cuenta de que aquel pueblo no era el lugar a donde Dios nos estaba dirigiendo y como no alcanzamos a vislumbrar siquiera la meta de Él, asumimos que aquel era el pueblo a donde debíamos ir.

En otras ocasiones, al seguir el camino de Dios, lo que creemos que era la meta que Él había prometido, desaparece de nuestra vista, gritamos: “Señor, Tú me lo prometiste. ¿Cómo puedes prometerme algo y no cumplirlo?”

Entonces, más tarde, con el paso del tiempo cuando ya casi hemos olvidado el asunto, nos encontramos haciendo precisamente lo que Él nos había prometido y lo que no sabíamos que era, que si nos hubiera llevado directamente al lugar que nos había prometido, nos hubiéramos metido en una ciénaga de donde no hubiéramos podido salir. Dios, en su misericordia, nos había llevado alrededor de la ciénaga aunque quizás pataleamos y gritamos todo el camino.

Realmente es cierto, que Dios no nos cierra una puerta sin darnos algo mejor en su lugar, generalmente tiene que pasar cierto tiempo antes que podamos ver cómo es que la segunda puerta es mejor que la primera que habíamos esperado se abiera.

Dios nos habla y nos dirige, y cuando todas sus luces de aterrizaje están encendidas y alineadas, podemos estar seguros de que Él está guiando nuestro vuelo de la vida y podemos con toda confianza aterrizar en el lugar donde nos indica.

En el capítulo 9 encontrarás unas preguntas que te ayudarán a verificar si tus luces de aterrizaje están encendidas respecto a la decisión que tienes que tomar.

Pero, Dios no solamente nos habla cuando tenemos que tomar decisiones, también nos habla cuando hemos hecho

algo indebido. Asimismo, pensamientos que nos condenan y que nos hacen sentir sin valor y lejos de Dios, pueden venir a nuestras mentes. ¿Cómo podemos saber entonces si esos pensamientos vienen de Dios para mostrarnos que hemos hecho algo indebido, o si estamos condenándonos a nosotros mismos con nuestros propios pensamientos? En los próximos tres capítulos examinaremos este tema.

CAPÍTULO 6

Convicción o tentación

Además de comunicarse con nosotros para guiarnos, Dios también nos habla para comunicarnos que hemos hecho algo indebido. Cuando pecamos, se levanta una barrera entre nosotros y Dios, que no nos permite llegar a Él libre y confiadamente. Entonces, Dios nos habla con el fin de mostrarnos en qué consiste aquella barrera, cómo derribarla y restablecer la comunión.

De otro lado, si una persona ha sido regañada o menospreciada con frecuencia en su niñez, cuando sea adulto, le sobrevendrán pensamientos de condenación que bombardean su mente continuamente, y le parecerá que vienen de Dios; es como si Dios estuviese condenándole por alguna acción o emoción indebida. ¿Cómo podemos distinguir si los pensamientos que nos condenan son pensamientos de convicción y enviados por Dios con el fin de llevarnos al arrepentimiento o si son pensamientos autodestructivos que tenemos que considerar y tratar como tentaciones? En la historia de Roger, encontramos ambas clases de pensamientos.

Roger

Cuando Roger trataba de verse a sí mismo corriendo hacia Cristo para sentarse en su regazo, se veía como un niño corriendo a las rodillas de Jesús y allí paraba.

—Ah —decía él—, Cristo no quiere que me acerque más.

—¿Por qué no? —le pregunté—. Cristo dijo que debían dejar a los niños venir a Él y no reprenderles. ¿Qué motivo tendría para no querer que te acercaras más?

—Realmente no sé, pero pienso que Él no quiere que me acerque más.

—Pregúntale a Cristo por qué es que sientes que no debes acercarte más a Él —le insistí—. Pregúntale en voz alta para que puedas oírte a ti mismo hablándole, así sabrás qué le has preguntado.

Después de vacilar por un rato, Roger logró orar: “Cristo, ¿por qué es que siento que no quieres que me acerque más a ti?”

—Ahora, escucha —le dije a Roger—. ¿Qué piensas que Cristo te está respondiendo?

—No, Él nunca me dice nada —contestó Roger, medio irritado—. No escucho nada.

—Pues, no tienes que ‘oír’ algo —respondí—. Él no te va a gritar; pero presta atención a lo que viene a tu mente después de preguntarle. Pregúntale otra vez y mantén-te en silencio y ve qué viene a tu mente.

Después de tratarlo de nuevo, Roger dijo lentamente:

—No sé, pero lo que vino a mi mente es que he hecho algunas cosas que a Él no le gustan; pero probablemente todo eso es producto de mi imaginación.

—¿Eso es verdad? —le pregunté—. ¿Hiciste algo indebido que aún no has arreglado?

—¡Pues claro! pero ..., ¿no han hecho todos lo mismo?

—Claro que todos hemos hecho lo mismo, y todos también tenemos que reconocer el mal que hemos hecho; tenemos que pedir perdón y si hay otros involucrados, tenemos que arreglar cuentas con ellos.

—¿Pero cómo puedo hacer eso? Ni siquiera me acuerdo de todo lo que he hecho mal.

—Está bien —le aseguré a Roger—, Cristo sabe exactamente de qué se trata, Él estaba presente cuando hiciste todo eso. Pídele que te traiga a la memoria cada cosa, haz una lista y tráela la próxima vez que vengas.

A la siguiente semana Roger volvió con una lista larga de acciones indebidas que había cometido y que Dios le había traído a su mente.

—¿Qué voy a hacer con todo este lío? —preguntó.

—Pues, vamos a orar y a averiguar qué es lo que Cristo quiere que hagas con el primer hecho. Sencillamente pregúntale: “Cristo, ¿qué es lo que quieres que haga en cuanto a aquel dinero que nunca devolví a Juan? No tengo dinero suficiente para pagarlo”. Entonces, escucha con atención para ver qué viene a tu mente.

Después que Roger oró y permaneció reposadamente escuchando, le pregunté:

—¿Qué piensas que Cristo te está diciendo?

—Pues, lo que viene a mi mente es que debo apartar \$15 de mi salario mensual hasta completar la suma que le debo y quede la deuda saldada.

—¡Muy bien! —exclamé—, ¡Eso es! ¡Ahora tú estás oyendo a Dios hablarte! Anota lo que Dios te ha dicho, al lado de la primera acción indebida, para que no lo olvides. Ahora pregúntale acerca de lo que tienes en segundo lugar. Pregúntale sencillamente: “Dios, ¿qué quieres que haga en cuanto a la señorita Rose, a quien no traté correctamente?” Escucha y dime qué viene a tu mente.

—Lo que vino a mi mente —dijo Roger—, es que debo escribirle y pedirle perdón. Pero no es posible; no sé dónde vive. ¿Cómo puedo escribirle si ni siquiera tengo su dirección?

—Vuelve a preguntarle a Dios en cuanto a eso —le dije—. Si Él te dijo que debes hacerlo, también te dirá cómo hacerlo. Pregúntale simplemente: “Dios, si no tengo la dirección de ella ¿cómo puedo escribirle?” Mira qué viene a tu mente.

—¡Qué raro! —dijo Roger, después de orar—, ahora recuerdo a Jenny, una amiga de nosotros dos, cuyo número telefónico sí tengo. No había pensado en ella por mucho tiempo. ¿Por qué será que ella viene a mi memoria en este preciso momento?

—Pues, ¿qué supones que Dios quiere decirte? —le pregunté.

—Creo que quiere decirme que debo llamar a Jenny y pedirle la dirección de Rose; pero ¿cómo puedo saber que no estoy imaginando todo esto?

—Esa es una buena pregunta que tenemos que hacernos —le contesté. Dios dijo que el Espíritu nos habla para traer a nuestra memoria las enseñanzas de Cristo y para exhortar, edificar, y consolarnos. En algún punto esta comunicación tiene que quedar registrada en tu mente si vas a percibir lo que Él te está comunicando. Dime, Roger, ¿oíste a Dios hablándote cuando te vino a la mente que habías actuado indebidamente? ¿Realmente habías hecho cosas que no habías saldado?

—Pues, sí; toda aquella lista.

—Entonces, si no te imaginaste aquellas acciones, tampoco te has imaginado las soluciones que Dios te muestra. Además, las soluciones que tú oíste están todas de acuerdo con lo que la Palabra de Dios dice que debemos hacer. Por lo tanto, toma cada una de las acciones que te quedan en tu lista y pregúntale a Dios, específicamente, qué quiere que hagas con cada una de ellas. Escribe la respuesta de Dios al lado de cada una, para que no te olvides de lo que Él te ha dicho que debes hacer y al terminar la lista, toma una por una y haz lo que Él te indica. Al terminar de hacerlo, tacha la acción indebida y la respuesta de Dios para restituir, y anota la fecha cuando hiciste lo que te indicó. Luego, haz lo mismo con la siguiente y así sucesivamente hasta que termines con la lista.

Roger trabajó fuertemente con su lista hasta terminar con todo lo que Dios le había traído a su memoria. Qué alivio tan grande sintió cuando por fin pudo destruir la lista con todo tachado.

—Ahora que has arreglado todo —le dije a Roger—, ve corriendo a Jesús otra vez, súbete a su regazo, escóndete en sus brazos, reclina tu cabeza sobre su hombro y espera a ver qué te dice.

Roger se quedó quieto por un buen tiempo.

—¿Qué pasa? —le pregunté al fin.

—Pues, esta vez Cristo me subió sobre sus rodillas —contestó Roger lentamente—, pero está sosteniéndome en sus manos, con sus brazos extendidos como si no quisiese que me cobije con sus brazos. No quiere que me acerque más; definitivamente no le caigo bien.

—¿Por qué no? —le pregunté—. Cristo quiere que los niños vengan a Él. Pregúntale por qué crees que no le caes bien.

Después de orar, Roger permaneció en silencio otro buen rato, entonces dijo:

—El cuadro que viene a mi mente es que cuando le miro a la cara, no veo el rostro de un ser humano, sino la cara de un pájaro viejo y feo, listo para picarme y hacerme pedazos, me produce miedo mirarlo.

—En lo profundo de tu corazón, Roger, ¿a veces te parece que Cristo es así? —le pregunté suavemente.

—Sí, a veces me parece que Él siempre está detrás de mí diciéndome que he hecho algo mal; es como si nunca pudiera agradarle.

—Y, ¿cómo te sientes sirviendo a un dios horrible como ese?

—No muy bien; me dan ganas de escapar, aunque sé que quisiera amarlo.

—Si yo tuviese un cuadro de Cristo similar al tuyo, tampoco podría amarlo —le contesté—. Sin embargo, en alguna parte muy profunda de tu ser, tú conoces al Cristo real que te ama tanto, que llevó tus pecados en la cruz. ¿Estarías dispuesto a destruir ese cuadro de Cristo en el que aparece como un pájaro viejo y feo y entregarlo al Cristo verdadero para ser clavado en la cruz? Él también murió por ese cuadro distorsionado de tu mente.

—Sí —dijo Roger—, yo quisiera ser libre de ello.

—Entonces, dile a Cristo la verdad, dile: “Cristo, si ese cuadro que yo tengo de ti es el cuadro verídico tuyo, yo no puedo amarte, ni servirte. Te doy gracias, Cristo, que ese cuadro no es como la Biblia dice que Tú eres y, por lo tanto, yo tomo ese cuadro falso de ti, lo hago pedazos y lo entrego a ti, al Cristo verdadero, para llevarlo a la cruz. Cristo, por favor, muéstrame cómo eres realmente, para que pueda cobijarme en tus brazos y oírte hablar conmigo”.

Roger hizo esa oración con todo su corazón. Después de terminar, le puse la mano en su cabeza suavemente y, en el nombre de Cristo desaté en él la capacidad de entender y sentir a Cristo como realmente es, y de llegar a conocer a Dios el Padre en la forma que Cristo le conocía cuando vivió en la tierra.

Animé a Roger a conocer al Cristo verdadero, el de los Evangelios, viéndose cada día a sí mismo como un niño, sentándose en el regazo de Cristo y en esa posición leer un capítulo de uno de los Evangelios, identificándose con las personas de cada historia que leía.

En la medida en que Roger lo hacía, venían a su memoria más y más escenas dolorosas de su relación con su padre; las llevamos a Cristo para que las sanara y poco a poco su confianza en Cristo empezó a crecer hasta que pudo verse a sí mismo confiado entre los brazos de Cristo.

Un día Roger vino a mi consultorio con una sonrisa y dijo:

—Ayer oí a Jesús susurrándome que me amaba —o por lo menos eso fue lo que me vino a mi mente—, y ahora cuando le miro, su rostro es el de un ser humano muy amigable; el rostro del pájaro viejo y feo ha desaparecido.

En la primera parte de la historia de Roger vimos cómo Dios se comunica con nosotros por medio de Sus pensamientos de convicción. A través de esos pensamientos, Dios nos convence de nuestras acciones indebidas que levantan barreras entre Él y nosotros. Una acción indebida o sea un pecado, es una acción, de hecho u omisión que, al reconocerla y confesarla,

es perdonada por Dios; nuestra comunión es restaurada, y la barrera entre Dios y nosotros desaparece.

En la última parte de la historia de Roger vemos los pensamientos obsesivos acusadores que pueden perseguirnos. Esa clase de pensamientos también producen barreras entre Dios y nosotros, pero no son el resultado de una acción indebida y por tanto, “arrepentirse” no surte efecto alguno, ya que esas barreras se han levantado sin haber cometido pecado alguno.

Los pensamientos obsesivos que nos acusan casi siempre se refieren a algo vago y no tan claro, o a alguna emoción o sentimiento que no fue exactamente como uno piensa que debió haber sido. Pueden ser pensamientos que nos acusan diciéndonos que no nos hemos arrepentido lo suficiente en cuanto a algo, que nunca hacemos nada bien, que debemos decir o hacer algo indebido, que hemos dicho o hecho algo malo aunque no haya evidencia de que tal cosa sucedió; o también, pueden ser pensamientos que nos atormentan diciéndonos que alguien a quien amamos nos traiciona. La historia de Alberto ilustra esta clase de pensamientos obsesivos.

Alberto

Alberto y Wanda estaban muy enamorados; ambos creían que Dios les estaba llamando a ser misioneros. Aunque estaban seguros de que Dios quería unirles en matrimonio, muchas veces la relación entre los dos se tornaba muy difícil, debido a ideas obsesivas de Alberto; él pensaba que Wanda le engañaba con otro hombre. Había sido engañado anteriormente en dos relaciones sentimentales y estaba seguro de que Wanda haría lo mismo.

Ahora que había dedicado su vida a Cristo, Alberto se dio cuenta de que las dos relaciones sentimentales anteriores habían fracasado desde el principio porque no tenían ningún fundamento en común sobre el cual construir una relación

duradera. Con la primera chica fue una relación de la adolescencia y la segunda había sido arreglada por sus amigos.

—Conocer a Wanda es lo mejor que me ha pasado en toda mi vida —declaraba Alberto vez tras vez—. Sin embargo, cuando no estoy con ella, se me meten pensamientos en mi cabeza que me dicen: ‘Seguramente Wanda está con otro, llámala por teléfono para verificar que está sola y que todavía te ama’. Es totalmente inútil tratar de quitarme estos pensamientos, hasta que le llamo.

Eso quería decir que Wanda recibía entre tres y cuatro llamadas diarias de Alberto, chequeándole para ver con quién estaba hablando, qué estaba haciendo y si todavía le amaba. Aunque Wanda tenía mucha paciencia y le amaba muchísimo, la actitud de Alberto añadía mucha tensión a la relación. Wanda casi no podía trabajar ni estudiar porque tenía que dedicar mucho tiempo hablando por teléfono tratando de calmar a Alberto.

—Sé que no debería estar llamándola de esta forma —dijo Alberto—, pero es como si una presión creciera dentro de mí hasta el punto en que no puedo más y tengo que llamarla. Los pensamientos me torturan; simplemente no puedo quitármelos de encima hasta que hablo con ella.

—Y después de llamarla ¿te sientes mejor? ¿Se te quita la presión? —le pregunté.

—Sí, por un rato corto, hasta que aparecen de nuevo.

—¿Por cuánto tiempo?

—A veces me siento mejor durante unos 15 minutos, y otras veces puede durar hasta casi media hora.

—¿No es cierto que después de eso, otra vez estás seguro de que ella está con alguien, aunque supiste que estaba sola cuando llamaste?

—Sí, y sé que es algo ridículo. Tener a Wanda es lo mejor que me ha pasado en toda mi vida. Es completamente diferente a las otras chicas que tuve como novias. Es una persona que cumple su palabra, y las otras no eran así; pero ¿cómo puedo estar completamente seguro de que nunca me va a dejar?

—No puedes saber eso con plena certeza y tampoco puedes saber que tú nunca la dejarás. Ella no piensa dejarte; y sé que tú tampoco piensas dejarla a ella. Sin embargo, lo único que puedes hacer es confiar diariamente, que Dios te mantendrá fiel a ella durante ese día, y de la misma manera tienes que decidir confiar que Dios mantendrá a Wanda fiel a ti. Si Dios les dirige a tomar la decisión de casarse, entonces ambos tendrán que decidir diariamente andar en Sus caminos y confiar que Él les cuidará a ambos para nunca ser infieles.

—Pero, es que siempre siento esta ansiedad terrible que crece y crece dentro de mí, hasta que no puedo más y tengo que llamar a Wanda. Trato de tener buenos pensamientos acerca de ella, pero ni aun eso me ayuda.

—¿Qué más encuentras dentro de ti, además de ansiedad? —pregunté a Alberto—. Pide a Cristo que te muestre qué hay dentro de ti que causa eso, ora: “Cristo muéstrame qué hay dentro de mí además de ansiedad”.

Después de orar, Alberto dijo:

—Lo que viene a mi mente es, confusión.

—¿Qué más encuentras? —pregunté, anotando confusión y ansiedad.

—También hay terquedad, celos, falta de confianza, miseria, aislamiento y locura....

Y la lista seguía, seguía y seguía, hasta que en el fondo de todo, Alberto descubrió un temor tal que llenaba de terror toda su vida.

—Cada uno de esos sentimientos produce mentiras en tu mente —le dije a Alberto, al no encontrar nada más para agregar a su lista—. ¿Cuáles son las mentiras que vienen a tu mente?

—¿Quieres decir, mentiras tales como: “Seguramente ahora mismo Wanda está con otro hombre y ni siquiera te das cuenta”; “Algo terrible te va a pasar, siempre es así”; “Has tratado todo, y nada te ha dado resultado, esto será lo mismo”, o “Estaré contigo para siempre, haciendo tu vida infeliz, no importa lo que hagas”?

—¿Puedes descubrir las mentiras que hay en esos pensamientos?

—¡Pero hay algo de verdad en ellos! —exclamó Alberto—. Es verdad que yo he tratado de todo y nada me ha dado resultado.

—Desde luego hay algo de verdad en cada uno de esos pensamientos. Si no tuvieran nada de verdad, no les prestarías la más mínima atención. Nuestro enemigo, Satanás, lo sabe muy bien y por eso, mezcla un tanto de verdad en ellos como para llamar y mantener tú atención fija en la parte de “verdad”, de tal manera que no puedes descubrir que la mayor parte del pensamiento es mentira.

Todas nuestras tentaciones contienen un poco de verdad mezclada en ellas. Tienen que tener algo de verdad, ya que Satanás no puede crear nada. Sólo Dios tiene la capacidad de crear y, por lo tanto, Satanás siempre tiene que “echar mano” a algo bueno que Dios ha dicho o hecho. A eso él agrega algo, resta algo, distorsiona lo que queda, hasta que el resultado llega a ser exactamente lo contrario de lo que Dios había dicho o hecho originalmente.

Es ese poco de verdad lo que Satanás mete en nuestra mente y atrae nuestra atención hacia “esa verdad” a tal grado que no podemos percibir lo que ha añadido o quitado. Ese poco de verdad original, es lo que nos hace asumir que todo el pensamiento es verdad, sin darnos cuenta de que aún esa mínima parte de verdad original, en ese nuevo contexto, llega a no ser verdad —se ha convertido en mentira.

—Mira, Alberto, vamos a analizar la mentira que dice: “He tratado todo y nada me ha dado resultado; esto tampoco servirá”. ¿Qué parte de esa mentira es verdad?

—Pues, he tratado muchas cosas y no me han dado buen resultado —contestó Alberto.

—Sí, esa parte es verdad. ¿Qué es lo que ha sido agregado a la verdad?

—¿Que ... he tratado todo?

—¡Exacto! Es cierto que has tratado todo lo que ha venido a tu mente y nada de eso te ha dado resultado, pero no

es cierto que has tratado TODO lo que se puede intentar. Y, ahora veamos, ¿qué parte de la verdad ha sido suprimida?

Esto dejó a Alberto perplejo; no podía pensar en la verdad que había sido suprimida de la mentira.

—¿Qué en cuanto a las promesas de Dios? —le insinuó. ¿No tiene Dios ninguna promesa en cuanto a las tentaciones que tenemos que enfrentar que puede ser aplicada a tu situación? No oí una sola de ellas mencionada en la mentira.

—Sí —respondió Alberto, pensativo—, Dios promete siempre proveer una salida a nuestras tentaciones, para que no sean superiores a lo que podemos soportar. Pero ... ¿es eso en verdad una tentación? o ¿podría ser un pensamiento loco nada más?

—Pues, sinceramente creo que si eso no es una tentación cuyo objetivo claro es destruir la hermosa relación que Dios está tratando de darles, entonces no tengo la menor idea de lo que realmente es una tentación. ¿No es obvio que si tú sigues obedeciendo esos pensamientos que te torturan, vas a destruir la relación entre tú y Wanda? Precisamente esa es otra verdad que ha sido omitida de la mentira. ¡Con toda seguridad lo que viene a tu mente y que hemos analizado, es una tentación y las promesas de Dios sí se aplican a ella!

Ninguna tentación viene con el rótulo: “Precaución: Esta es una tentación; deben aplicarse todas las promesas de Dios para combatirla”. Parte de lo que hace que una tentación sea una tentación es ocultar el hecho de ser una tentación. Si reconociéramos que esos pensamientos mentirosos son tentaciones, sabríamos exactamente qué hacer con ellos.

—¿Qué harías, Alberto, si la idea de robar un banco insistiera en meterse en tu mente?

—¡La sacaría corriendo de mi mente! —dijo Alberto, riéndose.

—Sí, no le prestarías la más mínima atención porque esa es un área de tu vida donde estás fuerte. Robar bancos no es algo que te gustaría hacer. Ni siquiera darías lugar a este pensamiento en tu cerebro; pero a cambio, cuando viene a tu mente la idea de que nada jamás te dará buen resultado, te

parece tan lógico y tan verídico, porque esta es un área débil en tu vida y ni siquiera alcanzas a darte cuenta de que estás bajo el ataque de una tentación.

Satanás trató de usar el mismo truco con Cristo (Mateo 4:5-6): Dijo a Cristo, *“Si eres Hijo de Dios échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán para que no tropieces con tu pie en piedra”*.

Aunque Satanás citó la Biblia, no lo hizo en el contexto de los versículos que usó. El Salmo 91, de donde sacó los versículos empieza así: *“El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios en quien confiaré...”*.

Satanás omitió la parte de la verdad que dice que si Cristo se hubiese tirado abajo para demostrar que verdaderamente era Hijo de Dios, en ese momento hubiera dejado de habitar al abrigo del Altísimo, hubiera dejado de confiar en la sombra y la protección de Dios. Cristo se hubiera salido del abrigo de confiar en el plan que Dios tenía para demostrar al mundo que Él era el Hijo de Dios y eso automáticamente hubiera puesto a Cristo fuera del resto del salmo, y la promesa que Satanás había citado no se hubiera podido aplicar a su caso; desde luego Satanás no le dijo esa parte de la verdad.

Satanás añadió a la verdad al dar la impresión de que si Cristo actuaba basado en la promesa citada, Él podría probar que era el Hijo de Dios sin morir en la cruz. Por restar, añadir y distorsionar, Satanás tornó la promesa de Dios en mentira. Cristo reconoció la mentira y no la aceptó. Sin embargo, en muchas oportunidades nosotros somos engañados y al no reconocer las mentiras de Satanás en nuestros pensamientos, no logramos identificar adecuadamente nuestras tentaciones.

Le expliqué a Alberto que según el pasaje en 2 de Corintios 10:3, Satanás construye fortalezas en nuestras vidas que tenemos que derribar en el nombre de Cristo. El temor, la ansiedad y la confusión que él había encontrado en sí mismo, junto con las mentiras que esos sentimientos le traían a sus

pensamientos, era parte de la fortaleza que el enemigo había construido en su vida.

—¿Estás dispuesto a renunciar a las mentiras y toda la lista de sentimientos negativos que Cristo te mostró y echarlos fuera de tu vida? —pregunté a Alberto.

—Sí —respondió—, no puedo seguir como estoy. Eso va a destruir todo lo lindo que Dios trata de darme. Yo quiero ser libre.

—Si eso es lo que verdaderamente quieres, Alberto, declara en el nombre de Cristo que tú atas y echas todo eso fuera de tu vida. Di: “En el nombre de Cristo, declaro que renuncio y no doy más lugar a eso que me ha hecho tanto daño y que Cristo me mostró que hay en mi vida; ato y echo fuera el temor, la ansiedad, la confusión, la terquedad, los celos, la desconfianza....”.

Le leí toda la lista que había anotado de las cosas que Cristo le había mostrado y cada una de las mentiras que habían generado. Alberto las mencionó y una por una renunció a ellas, las ató, las echó fuera de su vida y cerró las puertas por donde habían entrado.

Continué guiando a Alberto en oración: “Yo reclamo el territorio de mi vida que cada una de ellas había ocupado y lo dedico a Cristo; declaro a Cristo Rey sobre cada parte. Cristo, por favor, entra y toma tu trono. Dime qué debo pensar, decir, sentir, hacer y ser, y por tu gracia lo haré. Dime, también, lo que no debo pensar, decir, sentir, hacer y ser, y por tu gracia no lo haré.

»Señor Jesucristo, yo decido entregarte a Wanda y aceptar que si tú nos llegas a unir, también cuidarás que permanezcamos fieles el uno al otro. También decido fijar mis ojos en ti, Señor Jesús, y los quito de los pensamientos que me hacen desconfiar de Wanda; decido andar en Tu camino”.

Luego le mostré a Alberto que según los próximos versículos en 2 de Corintios 10 (versos 4-5), tenemos que derribar cada argumento y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo. Para hacer eso, Alberto tenía que

analizar sus pensamientos obsesivos y los argumentos que usaban para convencerlo de que eran verdad.

—Analicemos el pensamiento acerca de Wanda, que te dice que ella está con otro hombre. ¿Cuál es el argumento que es usado por esta ‘altivez’ que se levanta contra lo que Dios sabe que es la verdad en esa situación? —le pregunté.

—Pues, el argumento que levanta esa ‘altivez’ sería el que me dice que Wanda está con otro hombre, y la verdad sería que no es cierto, pues ella misma acababa de decirme que estaba sola —me contestó Alberto.

—¡Muy bien! —asentí—. Entonces, eso quiere decir que el pensamiento que se metió en tu cabeza diciéndote que ella estaba con otro era una mentira. Ahora, agrega a eso el argumento que te dice que no puedes hacer nada en cuanto a eso, porque has tratado todo, y nada te ha dado resultado y nada jamás te va a resultar. ¿Qué te queda? ¿Una tentación o sólo un pensamiento loco?

—Mm-m-m —dijo Alberto, pausadamente—, nunca pensé acerca de eso de tal manera; creo que tengo una tentación en forma de una mentira y un argumento que se levanta en contra de lo que Dios sabe es la verdad en cuanto a Wanda.

—Y ¿qué es lo que dice nuestro versículo que tenemos que hacer en cuanto a esos argumentos y a toda altivez?

—Tenemos que derribarlos; de la misma manera que derribamos la fortaleza —respondió Alberto.

—¡Eso es! Cuando Cristo fue tentado a través de Pedro, le dijo: *“Quítate de delante de mí, Satanás”* (Mateo 16:23). Entonces teniendo en cuenta que tú eres un hijo de Dios desde que le entregaste tu vida a Él, por tanto Cristo también te ha dado a ti el derecho y la autoridad de usar Su nombre y decir lo mismo.

»Eso quiere decir que cuando esos pensamientos se metan en tu cerebro tú tienes el derecho y la autoridad de decir “al que” te los trae: “Usted que me metió ese pensamiento en mi mente, le digo en el nombre de Cristo: Salga de mi vida. Mi mente pertenece a Cristo”. Así mismo dile a Dios: “Gracias,

Dios mío, porque ese pensamiento es una mentira y gracias porque Wanda no está con otro. Gracias por la buena relación que nos has dado”.

—¡Eso es igual que leerle a mis pensamientos una “orden perentoria”! —exclamó Alberto—. Tienen que obedecer.

También le mostré a Alberto que el verso 6 de 2 de Corintios 10, nos dice que tenemos que estar prontos a castigar toda desobediencia; eso quiere decir que tenía que actuar con diligencia, o sea instantáneamente y tomar cautivo todo pensamiento y argumento que se levantará en contra de lo que Dios conocía que era su verdadera situación. Si se quedaba considerando o pensando acerca del argumento, ya había perdido la batalla, ya había cedido territorio en su vida y tenía que reclamarlo del enemigo de nuevo.

—¿Pero, qué tal que se me olvide qué debo decir? —exclamó Alberto.

—En ese caso escribe tu “orden perentoria”, llévala contigo y léela tan pronto te des cuenta que un pensamiento se ha metido en tu cabeza —le dije.

Alberto regresó la siguiente semana con sus ojos brillantes.

—No puedo decir que resultó todo a la perfección —me dijo—, pero, sí, parece que estoy saliendo victorioso. Cada vez que me acordé de leer “la orden perentoria” al que me trajo esa clase de pensamientos a mi mente, al rato empezaba a disminuir su intensidad y podía pensar en otras cosas.

Poco a poco, Alberto fue liberado de la idea obsesiva de llamar a Wanda a cada rato, pero, entonces se le metió la idea de que ella amaba más su trabajo y sus estudios que a él.

—Ahora, que la puerta principal de tus pensamientos está bien cerrada y vigilada en contra de la obsesión de pensar que Wanda está con otro, ¿podría ser que este nuevo pensamiento fuera la misma clase de tentación, pero que ahora entra por la puerta trasera? —pregunté a Alberto.

—Ah, no —me dijo—, esta vez tengo evidencias del hecho. Varias veces Wanda se negó a salir conmigo y me dijo

que era porque tenía que escribir un trabajo de investigación, pero sé que hubiera podido escribirlo al día siguiente.

—¿Qué dijo Wanda en cuanto a escribirlo al día siguiente?

—Dijo que tenía que quedarse trabajando horas extras y que no le quedaría tiempo para terminar de escribirlo. ¿No ves? Eso demuestra claramente que ama su trabajo y sus estudios más que a mí.

—¿Hubiera perdido Wanda su puesto si no hubiera trabajado las horas extras?

—No, no la hubieran retirado de su puesto; pero los niños que ella cuida hubieran tenido que quedarse solos por unas horas hasta que la madre hubiera llegado a casa.

—Quiere decir que Wanda se estaba comportando responsablemente al no querer dejarles solos. ¿Qué habría pasado de otro lado, si no hubiera terminado su trabajo de investigación a tiempo? —le pregunté.

—Le hubieran rebajado la nota y sé que ella necesitaba una buena nota en ese trabajo.

—Entonces, Wanda fue suficientemente responsable como para prever que su trabajo estuviera terminado a tiempo. Dime una cosa, Alberto —le dije—, ¿preferirías que Wanda hubiera sido irresponsable y no hubiese cumplido con los niños que debía cuidar o con el trabajo que tenía que terminar? ¿No significaría tal actitud que también habría sido capaz de dejarte a ti?

Alberto pensó por un rato y luego contestó lentamente:

—No, no quisiera que ella fuera irresponsable. Su responsabilidad es una de las cosas que más me llama la atención y que más aprecio en ella.

—¿Significa eso que el pensamiento que te dijo que ella amaba más su trabajo y sus estudios que a ti, era verdad? o ¿era una nueva tentación que intenta destruir la relación que están desarrollando?

—¡Ha estado destruyendo nuestra relación! —contestó Alberto—. Tuvimos una discusión terrible en cuanto al asunto y creí que ella ya no me amaba igual.

—Y, ¿qué vas a hacer acerca de todo eso?

—Voy a decir al que me trae este pensamiento que se retire en el nombre de Cristo y, luego, voy a pedir a Wanda que me disculpe por la manera que le hablé.

—Eso está muy bien —le dije—. Pero, tienes que recordar —le advertí—, Cristo dijo que nuestro enemigo es como un ladrón; cuando un ladrón encuentra la puerta principal y la puerta trasera cerradas o vigiladas, trata de meterse por las ventanas. Has ganado la victoria sobre tus pensamientos de la puerta principal cuando pensabas que Wanda estaba con otro y estás luchando contra tus pensamientos de la puerta trasera que te dicen que ella ama más su trabajo y sus estudios más que a ti. Ahora prepárate para los pensamientos de tus ventanas. No sabemos exactamente cuales serán, pero sí sabemos que serán pensamientos que si actúas basado en ellos, vas a dañar la relación de ustedes dos.

»Cuando encuentras que un pensamiento se ha metido en tu cerebro —continué— analízalo. Si actúas basado en el pensamiento, pregúntate: ¿Nos va a unir más, o más bien a separarnos? No olvides que el pensamiento te va parecer y aun hacerte sentir como si fuera verdad; sin embargo, muy dentro de ti, más profundo que el pensamiento o la emoción, tú eres libre de decidir qué vas a hacer en cuanto a ellos. Puedes escoger actuar basado en ellos y traer destrucción a lo bueno que Dios está dándoles o puedes escoger renunciar a ellos y alabar a Dios por poder identificarlos como lo que son, tentaciones y nada más, y dar así gracias a Dios por la fidelidad de Wanda.

En la medida que Alberto continuó su crecimiento mediante el análisis y discernimiento de sus pensamientos y decidió renunciar a ellos, halló una paz interior que no había conocido antes.

—No estoy totalmente libre de pensamientos obsesivos —me dijo—, pero ahora tengo una herramienta que puedo usar para discernir qué clase de pensamientos son y sé qué tengo que hacer con ellos. Mi vida está cambiando.

Tanto Roger como Alberto fueron libres para decidir lo que querían hacer en cuanto a sus pensamientos obsesivos, y escogieron el camino que les dio la salida de esa forma obsesiva de pensar. Aprendieron a diferenciar entre lo que Dios les decía, sus pensamientos de autocondena y los pensamientos obsesivos que el enemigo quería usar para destruir su relación con Dios y con otros.

De otro lado, hay personas que no pueden escoger libremente tomar la decisión que les lleva a la liberación. En el próximo capítulo miraremos la importancia y la necesidad de escoger ser libre.

CAPITULO 7

Decidamos escoger

Dios nunca nos obliga a hacer algo contra nuestra voluntad. Siempre nos permite escoger qué dirección tomar. Podemos escoger su camino y llegar a una libertad verdadera, o podemos escoger caminar por nuestro propio camino y permanecer encadenados más y más.

Dios quiere llevarnos a una libertad verdadera. Nos llama por nombre, y nos extiende su mano todo el día para guiarnos (Romanos 10:21); sin embargo, muchas veces tememos confiar en Él, porque según nuestros pensamientos y percepciones, el camino por el cual Él nos guía, va en dirección contraria a lo que nos parece.

Nuestros pensamientos y emociones son como las olas inmensas del mar. En determinado momento nos sentimos felices y contentos, quizás aun eufóricos, pero muy pronto podemos llegar a sentirnos tristes y deprimidos. Sin embargo, a pesar de esas olas inmensas que se levantan en la superficie del mar, si nos sumergimos bastante debajo de ellas, encontramos agua que permanece quieta y libre del fuerte movimiento de esas olas; aun la tempestad más fuerte no puede inquietar aquellas aguas, cuyas corrientes fluyen libres por sus propios canales.

Como hijos de Dios, nuestra condición interior es similar al océano. Las olas de nuestras emociones fluctúan y nuestros pensamientos pueden correr según sus propias direcciones, sin nuestro control. Sin embargo, más abajo de nuestros pensamientos y emociones hay un lugar tranquilo y reposado donde somos libres de escoger qué vamos a hacer en cuanto a la tempestad que ruge en la superficie de nuestras emociones y pensamientos. Podemos escoger controlar lo que nos parece que debemos pensar y sentir mediante su negación y represión, pero lo que neguemos o reprimamos reaparece en forma de enfermedades o pensamientos y acciones compulsivas.

De otro lado, podemos permitir que nuestras emociones y pensamientos controlen nuestras actitudes y acciones, y quedar fluctuando de un lado a otro, o sea en cualquier dirección que ellos vayan en un momento dado; eso nos conduciría a vivir una vida inestable y sin dirección.

Cristo vino con el fin de proveernos una salida a este dilema. Él murió para hacernos libres de ser arrastrados por nuestros pensamientos y emociones y nos ha dado la autoridad de Su Nombre para usarlo en contra del enemigo que quiere mantenernos encadenados y divagando de acá para allá según su voluntad. Dentro de nosotros, más abajo de nuestros pensamientos y emociones, somos libres para escoger usar la autoridad del nombre de Cristo por medio de la cual entramos a la libertad que Él tiene para nosotros. La batalla para ser libre de esos pensamientos dañinos no podemos darla con buenos pensamientos o buenas intenciones; sólo Cristo y la autoridad de Su Nombre nos hace libres. Sin embargo, nadie, ni siquiera Dios mismo, puede forzarnos a escoger Su camino de escape. Nosotros, cada uno por sí mismo, tiene que decidirse a caminar hacia esa salida.

En el capítulo anterior vimos cómo las emociones y los pensamientos de Alberto le arrastraban de un lado a otro, como si hubieran sido olas fuertes del mar, y no podía resistirlos. Pero aun con todo eso, debajo de aquella tempestad, Alberto era libre de decidir qué iba a hacer con sus

pensamientos y emociones. Era libre para escoger usar la autoridad del nombre de Cristo y decirles que se alejaran de él. Era libre de decidir aceptar sus pensamientos como verdad o como tentaciones y era libre de decidir aceptar que si Dios estaba uniéndolo a Wanda, su novia, Dios también iba a cuidarles para permanecer fieles.

Alberto también era libre de escoger no tomar el camino hacia la libertad; de hecho hay personas que temen tanto perder el control de su vida, que escogen dejar el camino que Dios les ofrece hacia la libertad, como lo muestra la historia de Wilmer.

Wilmer

A pesar de que Wilmer vivía apenas a 5 kilómetros del lugar de su trabajo, con frecuencia llegaba tarde porque cada ruido, que oía en el camino, por más mínimo que fuera, le hacía detener el carro y revisar si por casualidad había golpeado a una persona o a un animal.

“¿Qué tal que hayas golpeado algo y esté tirado al lado de la calle sangrando?” —esta clase de pensamientos irresistibles bombardeaban la mente de Wilmer—. “Si no detienes el carro y le ayudas, serás responsable de su muerte y te conviertes en un asesino. ¡Tú eres responsable!”

Obviamente cuando se bajaba del carro y revisaba, no había nada, sin embargo, sus pensamientos no le dejaban en paz: “Pero, ¿qué tal si lo que golpeaste hubiera logrado correr alguna distancia y ahora mismo esté en algún lugar sufriendo? ¡Vuélvete y búscalo! ¡Tú eres responsable!”

Entonces regresaba por toda la ruta buscando lo que quizás había causado el pequeño sonido que le parecía haber escuchado. Wilmer tenía que calcular dos horas de desplazamiento entre su casa y el lugar de trabajo, teniendo en cuenta las paradas que debía hacer a causa de sus pensamientos; la distancia era de 5 kilómetros y aun así con frecuencia llegaba tarde.

La familia de Wilmer era demasiado disfuncional. Su padre y madre tenían adicciones muy fuertes al alcohol y a las drogas. Peleas, visitas policiales, intrigas y hambre eran eventos diarios en su hogar. Pocos eran los días que transcurrían sin crisis.

Una vecina que le tenía compasión llevó a Wilmer a la escuela dominical y allí escuchó hablar del amor de Cristo. Wilmer aceptó a Cristo como su Salvador, y en Él encontró un refugio interior. Cuando las condiciones de la familia llegaban a ser tan inaguantables él encontraba consuelo en el pensamiento de que Cristo le entendía y tenía cuidado de él, aun cuando a nadie más le importara.

Dado que la vida de sus padres giraban completamente entorno de sus adicciones, no había nadie que cuidara a Wilmer ni a sus seis hermanos pequeños. Desde muy temprana edad, Wilmer había tenido que asumir la responsabilidad no sólo de acostar a sus hermanos y hermanas, sino que tenía que quedarse esperando a sus padres hasta tempranas horas de la mañana para ayudarles a entrar a la casa y llevarlos a la cama. En varias ocasiones tuvo que rescatar a uno o al otro de ahogarse en su propio vómito o en la bañera..

Wilmer trató de cuidar que su mundo alrededor permaneciera en orden, siendo responsable de todo y haciendo todo correctamente. Le parecía que si podía controlar todo y nunca cometer ningún error, tal vez llegaría la paz a su hogar y hasta, quizás sus padres cambiarían. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, sus padres no cambiaron; por eso, Wilmer trató de ser más perfecto en todo lo que hacía. Lavaba la ropa, arreglaba la casa, cocinaba, cuidaba de los niños, y trataba de hacer sus tareas escolares. Siempre temía que algo terrible iba a suceder y trataba de adivinar con anticipación todo lo que posiblemente podría pasar y por eso trataba de actuar para evitar que ocurriera; sin embargo, no hubo nada que fuera suficientemente perfecto como para hacer que sus padres cambiaran.

Wilmer se casó con una joven cristiana que entendió sus temores y su perfeccionismo; sus cuatro hijos entregaron su

vida a Cristo a una temprana edad. Pero, los muchos temores y premoniciones de Wilmer “acechaban” como nube sobre su hogar; sus hijos tuvieron que aprender a ignorar esos temores y premoniciones, lo cual le desanimaba en gran manera porque hacía que no le prestaran atención alguna a lo que les decía.

Cuando Wilmer vino a consejería, le era muy difícil relatar la historia de su familia, pues creía que la traicionaba al contar la condición terrible y lamentable de sus padres. Empero, Dios sólo puede sanar lo que podemos llevar delante de Él; su luz sólo puede penetrar a las áreas que le abrimos.

Poco a poco, en trozos y pedazos, Wilmer llevó a Cristo escena tras escena de su dolorosa historia para que las sanara. Estas áreas sanas de su memoria llegaron a ser oasis tranquilos donde encontraba paz y descanso.

—Pero hay tanto más que, ni siquiera, he empezado a contarte —gemía Wilmer—, y los pensamientos que me dicen que he herido o matado a alguien no han desaparecido. No puedo seguir así; tengo que deshacerme de ellos.

—Entonces, vamos a renunciar a aquello que te trae esos pensamientos —le contesté—. Tú tienes la autoridad de Cristo de decir a “eso” que te atormenta: “Tú que me traes estos pensamientos, en el nombre de Cristo, te digo que salgas de mi mente. No te doy más lugar en mi vida; yo entrego mi mente a Cristo. Cristo, entra a mi mente donde esos pensamientos estaban y toma control de ella. Te declaro Rey de mi mente. Toma control y dime qué debo sentir, pensar, decir, hacer y ser, y por tu gracia lo haré. Dime, también lo que no debo sentir, pensar, decir, hacer y ser, y por tu gracia no lo haré”.

Después de la oración, le pregunté a Wilmer: —¿Cuántas veces en más de veinte años que has recorrido esos cinco kilómetros de tu casa al trabajo, has encontrado algo que pensaste que habías golpeado con el carro?

—Ninguna —me contestó—. Manejo con mucho cuidado.

—Así es que, nunca has encontrado nada que pensaste que habías golpeado.

—No, nunca.

—Entonces, mañana cuando vayas al trabajo y pienses que has oído algo, haz la siguiente oración: “Dios, ese sonido que me parece que escuché, sonó como si hubiera golpeado algo; sin embargo, yo decido, en el nombre de Cristo renunciar al que me trae ese pensamiento. Gracias, Cristo, que Tú quieres que yo sea libre de aquellos pensamientos. En el nombre de Cristo, escojo aceptar mi libertad”.

En este punto Wilmer se asustó: —Pero, ¿qué tal que, de veras, haya golpeado algo y el pobre estuviera tirado allí sufriendo.

—Entonces, lo que tienes que hacer es entregar, lo que haya sido, a Cristo —le contesté—. Él tampoco quiere que alguien sufra. Dile a Cristo: “Cristo, te entrego cualquier cosa que haya causado el sonido; y, si acaso he golpeado algo, por favor, envía a alguien que lo cuide. De mi parte, decido aceptar que es una mentira pensar que es mi responsabilidad volver a revisar qué sucedió. Decido aceptar que Tú puedes cuidar de toda esta situación mejor que yo. En el nombre de Cristo, decido renunciar a mi ansiedad y escojo abrirme a Ti para que Tú puedas poner Tu paz en mí”.

Con lo anterior Wilmer sintió aun más temor. —Pero, la policía podría acusarme de haber huido de la escena de un accidente.

—Si ese pensamiento te viene, ora: “Cristo, Tú siempre has sido mi amigo y me entendiste aun en momentos en que no hubo nadie más que me cuidara; yo decido aceptar que Tú me cuidas ahora. En el nombre de Cristo, decido declarar y aceptar que esos pensamientos son mentiras que me vienen del enemigo para obstaculizar mi camino a la libertad y yo renuncio al enemigo. Gracias por hacerme libre de todo eso; yo escojo Tu libertad”. Wilmer me prometió tratar de orar de esa manera durante una semana.

Desde que Wilmer empezó el proceso de consejería, le sugerí muchas veces que consultara un siquiatra para que le

prescribiera alguna medicina que le calmara sus pensamientos obsesivos; él tenía temor de ir donde alguien que no fuera creyente. Cuando le di el nombre de un siquiatra cristiano, todavía tuvo temor: —Es que no creo que un creyente deba tomar medicinas para controlar sus pensamientos; quiero que sea Dios quien me sane de mi problema —insistía.

—Dios quiere sanarte de todo ese problema que sufres —le aseguré—. Sin embargo, a veces hay partes de nuestro cuerpo que no funcionan correctamente y en estos casos la medicina puede ayudarnos. Por ejemplo, si alguien tiene diabetes, tiene que tomar insulina o pastillas que estimulan la producción de insulina de su propio cuerpo. La insulina hace posible que el cuerpo pueda digerir el azúcar. La medicina que el siquiatra te podría dar funcionaría en una manera más o menos similar. Esa medicina haría posible que tu cerebro pudiera “digerir” tus pensamientos y así perderían su fuerza. Si fueras diabético, ¿te daría temor tomar insulina?

—¡Claro que no! —Wilmer me aseguró—, pero en alguna forma siento que no estoy confiando en Dios si tuviera que tomar medicinas a causa de mis pensamientos. Quiero vencerlos sin medicinas. Ya he mejorado mucho e interiormente me siento más tranquilo; sólo tengo que volver para revisar los sonidos, que ahora se han reducido como a la mitad de lo que antes escuchaba. Vamos a vencerlos sin medicinas.

Entonces decidí explicar a Wilmer que según 2 de Corintios 10:3-6, teníamos que derribar cada argumento y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios y llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo.

—¿Cuáles son los argumentos y las frases que se meten en tu cabeza y te hacen volver a buscar cosas tiradas al lado de la carretera? —pregunté a Wilmer—. Hemos descubierto algunos, pero tráeme una lista de todos esos argumentos que puedas recordar, la próxima vez que vengas, los analizamos y averiguamos cuáles son las mentiras que contienen.

A la siguiente semana Wilmer me trajo una lista larga de pensamientos y los dividimos en grupos de “¿Qué tal si...?”, “Imagínate que...”, “Pero, seguramente...”, y “Pero, tal

vez...". Entre ellos había frases como: "¿Qué tal si realmente le pegaste a algo? Pero, tal vez está sufriendo. Pero, seguramente esta vez sí es cierto. Imagínate que algo similar ocurriera a tus hijos. ¿Qué tal que tu esposa muriera y quedaras solo? Pero, seguramente no eres verdadero creyente. Pero, seguramente esta vez algo le podría pasar a tus hijos". Y así continuaba la lista con muchas otras frases y argumentos. A continuación, Wilmer me contó el terrible terror que se escondía debajo de todo eso.

Juntos buscamos las mentiras en los argumentos y toda altivez que se levantaba contra lo que Dios sabía que era la verdad respecto a la situación que Wilmer vivía. Dios sabía que no había golpeado nada, sabía que no había nada ni nadie sufriendo, y también sabía que esta vez no era más real que en todas las demás ocasiones anteriores durante más de veinte años.

—Wilmer —le dije—, cuando tú eras niño, Cristo te consoló, ¿no es cierto?

—Sí —me contestó—, era mi único consuelo.

—Mira, es tan cierto que te consoló en aquel entonces, así como lo es que Él quiere hacerte libre ahora. Te dio el derecho de usar la autoridad del nombre de Cristo para atar y echar fuera esas fortalezas del enemigo de tu vida. Haz conmigo esta declaración en voz alta: "En el nombre de Cristo, ato temor y confusión, junto con todas sus mentiras y los echo fuera de mi mente y vida; reclamo el territorio que esos han ocupado, lo entrego al Señor Jesucristo y le declaro Rey de cada parte de mi mente y vida. Entra, Cristo, y toma tu trono y dime qué debo sentir, pensar, decir, hacer y ser y por tu gracia lo haré; y dime qué no debo sentir, pensar, decir, hacer y ser y por tu gracia no lo haré".

Wilmer escuchó con todo cuidado lo que contenía la declaración y después de pensar por un buen rato, dijo: —No, no puedo hacer eso.

—Y, ¿por qué no? —le pregunté—. Esa es la autoridad que Cristo ganó por ti en la cruz; Él murió para darte el derecho de ser libre.

—Es que no me parece bien; no puedo sencillamente decir a todas esas cosas que se vayan.

—¿Qué crees que te pasaría si lo dijeras y de veras salieran?

—No sé —contestó Wilmer—, pero no me parece que sea correcto, porque siempre han estado conmigo, y entonces todo sería diferente; seguramente todo se saldría fuera de control.

—Entregaremos el control a Cristo, Wilmer. Cuando eras niño todo en tu mundo estaba fuera de control porque tus padres no permitieron que Cristo tomara el control de sus vidas o de su hogar; pero, aun así, Cristo era tu amigo y te consolaba. ¿Es posible que tú escojas confiar lo suficiente en tu Amigo como para que le entregues todo el control de tu vida? El único deseo de Cristo, tu Amigo, es hacerte libre de tus problemas y dificultades.

«Debajo de aquella tempestad de tus pensamientos y emociones —continué—, puedes decidir aceptar el hecho cierto de que Cristo, sí puede controlar todo. Es cierto que no puedes sentir que todo eso es verdad, pero sí puedes decidir abrir tu boca y decir: "Cristo, la verdad es que yo siento que si dijera eso, todo se va a salir de control. No puedo sentir, ni creer que tú puedes controlar y cuidar todas las cosas de mi vida; sin embargo, decido aceptar que esos pensamientos y sentimientos son tentaciones para mantenerme atado. Yo decido decir al que me trae esas tentaciones: Le ato en el nombre de Cristo y le ordeno que se aleje de mí". Entonces, Dios se encargará de hacer todo el resto.

—Sí, sé que podría decidir decir eso —contestó Wilmer—, pero no me parece correcto, porque esos pensamientos y sentimientos siempre han estado dentro de mí. Creo que es una respuesta aprendida y que nunca podré librarme de ella. Tengo que considerar bien cuáles serían los efectos antes de que pudiera hacer algo tan drástico como aquello que me pides.

—Tienes razón, Wilmer —le dije—, ni yo, ni nadie tiene el derecho de obligarte a hacer algo que no decidas hacer. Piensa al respecto y en la próxima cita me dices lo que has

decidido. No tienes necesariamente que escoger ir por esta ruta. Lo único es que esta es la ruta más rápida y eficaz que conozco para salir de un problema como el tuyo. Puedes aun decidir tomar medicinas para calmar tus pensamientos y volver a esa declaración más tarde si quieres.

Al salir, Wilmer me prometió que iba a pensar seriamente respecto a la decisión que tomaría. Unos días más tarde me llamó para decirme que había decidido ir a un siquiatra para que le suministrara alguna medicina y que no iba a seguir en consejería. Me dijo que sencillamente no se sentía cómodo arriesgándose a entregar el control de su vida a otro de una manera tan radical, aun cuando la otra persona fuera Cristo, porque no sabía lo que ocurriría y al hacerlo estaría arriesgando demasiado; no iba a abandonar su fe en Dios, me aseguró, pero no estaba listo para hacer algo tan radical como lo que le había propuesto, continuó.

Le aseguré que era libre para decidir ir por esa ruta y cuando la medicina le calmara su ansiedad y mermara la fuerza de sus pensamientos, si quería volver, sería bienvenido.

Nunca escuché más acerca de Wilmer; espero que haya encontrado alivio por medio de las medicinas. Su temor de perder el control fue mayor que su deseo de salir de sus problemas sin medicinas y mayor que su deseo de ser libre en Cristo. Wilmer era libre de escoger y escogió lo que le pareció que era el menor de dos males.

Otras personas como Mark están tan atadas que ni siquiera pueden escoger el camino hacia la libertad.

Mark

Mark tenía 19 años de edad y sus tres últimos años había permanecido sin salir de la casa de sus padres; apenas salía de su alcoba para comer e ir al baño. Pasaba sus días escuchando música *heavy metal* y tocando su teclado. Las paredes de su alcoba estaban llenas de afiches de sus cantantes favoritos. Su cabello era largo y enredado y su ropa, aunque casi nueva, estaba cortada y rota alrededor del cuello y las mangas.

Debido a su situación y la desesperación que le causaba a su madre, ella le trajo para consejería.

Una mañana, hacía ya 15 años, los ayudantes de un hogar de niños abandonados en Colombia encontraron un niño, abandonado y temblando de temor, frente a la puerta del edificio. Nadie sabía de dónde había venido o quién le había traído. Por ende no sabían su nombre ni su fecha de nacimiento. Les pareció que tenía más o menos 4 años de edad y tomaron como fecha de nacimiento el día que lo encontraron. Le pusieron por nombre Carlos, y poco a poco, el amor y cariño de los que le cuidaban fue ganando la confianza del niño. Sin embargo, ese hogar no era un lugar donde los niños podían quedarse, sino un lugar donde se buscaban familias para adoptarlos.

En aquel entonces, una pareja joven con dos niños, la madre una judía mesiánica y el padre un cristiano gentil, decidió compartir el gozo de su hogar con algún niño necesitado. Así llegó Carlos a ser adoptado y le llamaron Mark. El pequeño Mark, sin embargo, no entendía el idioma de sus nuevos padres ni ellos el idioma de Mark. A pesar de eso, poco a poco, Mark empezó a echar nuevas raíces y desarrollar confianza con su nueva familia.

Llegó el tiempo de ir a la escuela y allí Mark sintió que era diferente a los demás niños; nunca se sintió uno de ellos. No era que los otros le marginaran, pero sentía que era un niño diferente. ¿Quién era realmente? No tenía memoria alguna de antes de ser adoptado y nadie podía decirle quién era.

Con el tiempo, Mark llegó a identificarse con su nuevo padre; y entonces se desarrolló otra tragedia. Varios años después de la llegada de Mark, su nuevo padre empezó a cambiar. Traía cosas viejas que otros habían botado porque, según él decía, un día iba a arreglarlas y ganaría mucho dinero; el único problema era que nunca le quedaba tiempo para arreglarlas y así los "cachivaches" dañados se amontonaban más y más en la casa hasta abarcar el frente y llenar

todo el terreno de la casa familiar. Además no toleraba que nadie le botara algo.

—Me sentía tan apenado al admitir que esa era nuestra casa —dijo Mark—. Siempre me bajaba del ómnibus escolar en otro paradero y esperaba hasta que todos los demás se fueran, entonces corría rápidamente a la casa y cerraba la puerta con fuerza detrás de mí para que nadie me viera.

Ese nuevo padre a quien Mark amaba tanto, llegó a maltratarlos cada vez más y rehusaba buscar ayuda de cualquier tipo, porque insistía que no era él quien tenía problemas sino su esposa y sus hijos. Finalmente llegó el día que abandonó a la familia del todo. Les hizo mucha falta, pero a la vez, fue un alivio que se hubiera ido porque pudieron limpiar la casa y su exterior de todos los “trastes” dañados y las peleas también cesaron.

Al entrar a la escuela secundaria, Mark todavía no podía sentirse como uno de los demás. Empezó a fumar marihuana con los que consideraba el grupo “in”. Sin embargo, su primer “viaje” con LSD le asustó tanto, que decidió separarse del grupo porque en él tampoco se sentía bien. Había empezado a sufrir ataques de pánico al salir de la casa porque todo le parecía como si nadara frente a sus ojos y le hacía sentir que perdía el sentido de equilibrio. Finalmente, llegó a resistirse a salir de su alcoba donde pasaba el tiempo tocando su teclado y escuchando música *heavy metal*.

Durante los tres años que duró la reclusión de Mark, su madre le llevó a varios médicos y a muchos exámenes y pruebas que resultaron negativos. Ninguna medicina le alivió sustancialmente y lo máximo que los médicos pudieron hacer fue aliviar un poco su ansiedad.

Mark recibió a Cristo como su Salvador a los 10 años de edad y cantó en el coro de su iglesia desde muy pequeño; en lo más profundo de su ser sabía que Dios era real y le amaba, aun en medio de todo su tormento. Pero, a pesar de eso, Mark estaba enojado con Dios porque otras personas sí tenían padres, y él se preguntaba ¿por qué era que había tenido que perder dos?

—Si Dios me ama tanto ¿por qué no hace algo —demandaba Mark—. ¿Por qué no me quita estos ataques de pánico? ¿Por qué no me sana?

—Dios está tratando de sanarte —le aseguré a Mark—, está tratando de llegar a ti. Estás muy herido con todo lo que te ha pasado y Cristo vino precisamente para llevar tus heridas en la cruz para que puedas salir libre de ellas.

—Entonces, ¿por qué no me las quita? Le he pedido que me sane.

—Cristo es muy cortés —le contesté—, Él no derrumba las puertas de nuestras heridas y las saca a la fuerza. Él espera con paciencia hasta que le abramos las puertas y en la medida en que le entregamos una por una nuestras heridas, Él las recibe. Sin embargo, a veces nosotros mismos ni siquiera sabemos en qué consisten nuestras heridas o cuáles son y, si es así, no podemos entregárselas, otras veces nuestra mente está tan sobrecargada de distracciones que no podemos oír lo que Cristo nos dice en cuanto a ellas.

—Pero, Dios no hace nada por mí, ni siquiera me oye —protestaba Mark.

—Mark —le contesté con voz suave—, Dios quiere sanar tus heridas; aun más que tú mismo, Él quiere sanarlas. Cristo llegó hasta entregar su propia vida con la sola intención de sanarte. ¿Hay algo en ti que te obstaculiza abrirle tu vida con el fin de que Él entre y te sane? ¿Puedes decirle: “Cristo, quiero abrir mi vida entera a Ti; muéstrame si hay algo que me impide hacerlo completamente”.

Mark no quiso orar, pero me dio permiso de hacer esa oración por él. Después de la oración, me contó de la música *heavy metal* que escuchaba todo el tiempo. Hablamos de las letras de las canciones, que con frecuencia alababan cosas diabólicas y hasta satánicas. Mark admitía que esa música no le ayudaba a abrirse a la acción de Dios, pero no estaba seguro de si podría dejarla. También me dio permiso de orar al respecto, y suavemente, le impuse mi mano en su cabeza y en el nombre de Cristo, até todo aquello que impidiera que se pudiera abrir a Cristo. Así mismo desaté en él la capacidad de

recibir el poder de Dios para expulsar de su vida todo lo que fuera obstáculo para recibir lo que Dios quería hacer por su bien.

Cuando Mark regresó a mi consultorio la siguiente semana, por poco no le reconozco. Se había cortado el cabello y estaba bien peinado; hasta parecía que su estatura fuera mayor que la de la semana anterior. Me dijo que había sacado de su alcoba toda la música, los afiches de sus cantantes favoritos, y todas las demás cosas que creía que Dios le había mostrado que debía botar. ¡Hacía años que no se sentía tan libre! —agregó.

Sin embargo, eso era apenas el principio de la lucha por la sanidad emocional de Mark. Cuando traíamos sus heridas a Cristo para que las sanara, Mark siempre insistía en que él no podía hacer nada por sí mismo y a cambio era Dios quien tenía que hacer absolutamente todo. Le contaba a Dios cómo se sentía y le pedía que llevara sus heridas, pero Mark nunca tomaba autoridad sobre nada.

En la medida en que el dolor de las heridas y los traumas que él lograba recordar mermó, Mark empezó a salir de vez en cuando de su casa. Su madre le matriculó en un grupo de terapia donde ayudaban a la gente a buscar trabajo y a reincorporarse a la sociedad.

—No puedo salir así —protestaba Mark—. ¿Qué pasa si me desmayo completamente mientras estoy lejos de casa y no hay nadie que me cuide y me lleve a casa?

—Mark, cuando eras niño y te dejaron abandonado, no hubo nadie que te cuidara y te llevara a casa de nuevo; ese temor todavía está ahí, pero Dios quiere sanarlo también. Ahora que eres adulto sabes dónde estás, dónde está tu hogar y no tienes que depender de otros para llegar a casa, pero si te desmayaras completamente, de nuevo tendrías que depender de otros, ¿no es cierto? ¿Es ese el origen de tu temor?

—¿Cómo podría volver a casa de nuevo si no hubiera nadie que me conociera y me trajera? —preguntaba Mark, recogiéndose en posición fetal de puro terror.

Le trajimos a Cristo ese dolor de cuando Mark fue abandonado y dejado frente a la puerta del hogar de niños en Colombia sin conocer a nadie y sin ninguna protección.

—Mark —le pregunté—, ¿alguna vez, realmente te has desmayado completamente?

—Pues, no —contestó—. Pero, me siento como si fuera a perder el sentido totalmente.

—¿No ves?, Mark —le dije suavemente—, ese pensamiento es una mentira que te viene con la intención de hacer que tú no puedas ser libre. Tienes que decidir qué vas a hacer en cuanto a esa mentira. Tú eres hijo de Dios y puedes, en el nombre de Cristo, decidir aceptar, aunque no puedas sentirlo, que eso sí es una mentira y ordenarle que se aleje de ti.

—¡Yo no puedo hacer eso! —exclamó Mark—. ¿Quién crees que soy yo? ¿Dios? Lo que yo quiero es que sea Dios quien me haga libre.

—Sí, Mark, es Dios quien te hace libre, pero en algún punto tú tienes que decidir reconocer que eso es una mentira y tomar la autoridad que Dios te ha dado para usar el nombre de Cristo y luchar en contra de las mentiras.

—Pero, ¿quién piensa usted que soy yo? —gritó Mark de nuevo—. ¡Yo no puedo hacer eso! ¡Yo no soy Dios!

—Mira, Mark —le contesté tranquilizándolo—, hazme el favor de traer una lista de todos los pensamientos que se meten en tu mente en el momento que piensas en buscar trabajo o asistir a la iglesia, y vamos a examinarlos juntos.

Al analizar los pensamientos de su lista, de repente pareció como si alguna parte dentro de Mark se cerrara y él con la voz llena de terror, empezó a gritar: —No puedo escoger. ¡Estoy encerrado! ¡Estoy atado! ¡No puedo salir!

—¿Dónde estás, Mark? —le pregunté con urgencia—. ¿Qué ves con tus ojos espirituales?

—¡Estoy atado! ¡No puedo salir! ¡No puedo escapar!

—Mark —le llamaba—, ¿puedes oírme? ¿Qué te pasa?

—¿Estoy atado! ¡Y bien apretado! ¡Mi boca está tapada! ¡Todo está oscuro! ¡Algo me tiene agarrado!

En el nombre de Cristo ató al enemigo y le ordenó que desatara a Mark, y entonces llamé por teléfono a un amigo que sabía de guerra espiritual. Juntos tomamos autoridad sobre el enemigo y, en el nombre de Cristo, ordenamos que soltara a Mark. Poco a poco logramos penetrar la oscuridad donde Mark se encontraba y él empezó a responder normalmente.

—¿Qué era lo que te pasaba, Mark —le pregunté.

—No sé —respondió—, de repente vi atados mis brazos y mis piernas, tenía la boca tapada y todo se hizo muy oscuro. Había apenas una ventanilla muy pequeña que permitía la entrada de un poquito de luz; era a través de esa ventanilla que podía oír tu voz pero la oía muy lejos. Cuando ustedes usaron el nombre de Cristo, cada vez empezó a entrar un poco más de luz, hasta que pude escapar.

Acordamos que Mark y yo nos encontraríamos con un pequeño grupo de creyentes maduros que tenía experiencia en guerra espiritual para orar juntos y reclamar la liberación de lo que le estaba atando. Sin embargo, la primera vez que nos reunimos él no cooperó para nada.

—Yo no soy Dios —repetía vez tras vez—. Ustedes quieren que yo decida ser libre así no más —dijo castañeteando los dedos—. Yo no soy Dios; Él tiene que hacerlo. ¿Quién piensa Él que soy yo?

—Mark, no es que te vas a liberar tú mismo —le explicamos—. Tampoco va a llevarse acabo en un castañeteo de dedos. Lo que decimos es que en algún momento tienes que tomar la decisión de ejercer autoridad sobre esas cosas. Lo único que tienes que hacer es decidir abrir tu boca y usar el nombre de Cristo en contra de lo que te está atando.

—¡Ustedes todos son locos! —exclamaba, y riéndose en voz alta y aguda salió del cuarto enojado.

En ese momento, pensé que quizás era la última vez que le había visto, porque no estaba segura de que él volvería nuevamente. Sin embargo, pasamos con el grupo un largo tiempo atando el enemigo que tenía a Mark atado con tanta fuerza y desatamos en Mark la capacidad de desear volver y

ser libre. Nos pusimos de acuerdo para reunirnos nuevamente a la semana siguiente, si Mark estaba dispuesto a volver.

Al siguiente día Mark vino a pedirme perdón por su comportamiento de la noche anterior. —No sé qué me pasó —me dijo—, era como si algo que no podía controlar se apoderara de mí. Expresó su decisión de encontrarse de nuevo con el grupo para orar.

Aquella noche le explicamos otra vez que en algún momento él tenía que decidir usar el nombre de Cristo para llegar a ser libre. —Pero no puedo decidir; ¡estoy atado! —gritaba, con desespero buscando desahogarse tomando un poco de aire—. Estoy atado y la boca tapada, ¡no puedo respirar!

Coloqué mi mano en su hombro y le llamé lento y claramente: —Mark, ¿puedes oírme hablando contigo?

—Sí —contestaba—, pero muy de lejos.

—Mark, tú estás atado y con la boca tapada; no puedes moverte y casi no puedes respirar ni hablar; no puedes escoger hacer nada. Sin embargo, en algún lugar muy dentro de ti, hay una parte donde no te pueden atar. En aquella parte tú eres libre de *decidir* escoger. Desde esta parte dentro de ti, Mark, *decide* escoger decir conmigo: “Yo decido escoger, en el nombre de Cristo, salir libre, decido ser libre en el nombre de Cristo”.

Echando mano de este nivel muy profundo dentro de él, Mark pudo decidir escoger abrir su boca y decir que escogía ser libre en el nombre de Cristo.

Lentamente, vinieron a su mente vistazos ligeros de recuerdos perdidos por muchos años acerca de ritos ocultos. El terror que acompañó aquellas memorias es indescriptible. La batalla fue larga y ardua. Mark tuvo que aprender a confiar en Dios y en la gente, aun en situaciones y lugares no conocidos y no esperados; también tuvo que aprender a apreciar sus propios valores y capacidades.

Aunque Mark ingresó a la universidad, y le fue bien en sus estudios, necesitó mucho tiempo, paciencia y comprensión para sobrellevar sus cambios de ánimo en su camino hacia la libertad plena. El punto clave que le llevó a aquel

camino fue cuando finalmente aprendió que era libre para decidir escoger. Con frecuencia usaba la siguiente frase, cuando se enfrentaba con una decisión: “Yo decido escoger —repetía—. Tengo que hacer lo que tengo que hacer y soy libre para decidir escoger”.

Muy adentro de cada uno de nosotros hay un lugar donde somos libres para decidir escoger ser libres. No podemos liberarnos nosotros mismos, pero sí, somos libres para decidir escoger a Cristo; somos libres para decidir escoger usar la autoridad del nombre de Cristo; somos libres de decidir escoger llamar una mentira por su nombre de mentira y, en el nombre de Cristo, decir al que nos trae la mentira que salga de nuestra vida.

Para analizar todos los pensamientos que podrían venir a nuestra mente requeriríamos mucho trabajo y resultaría muy tedioso; por eso, vamos a mirar unas guías básicas que rápidamente pueden ayudarnos a discernir si nuestros pensamientos vienen de Dios, o si son tentaciones que deben ser rechazadas. Examinaremos esas guías básicas en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 8

Reglas básicas

Dios dice que el Espíritu Santo habla a nuestro espíritu (Romanos 8:16) y también nos dice que en Cristo somos libres de condenación (Romanos 8:1). En algún momento en el proceso de recibir aquel mensaje, éste tiene que ser registrado en nuestra mente a fin de que podamos llegar a ser conscientes de lo que Dios nos ha dicho y entonces, según lo que vimos en los capítulos anteriores, es en este punto donde se produce nuestra confusión, porque además tenemos que usar nuestra mente para pensar nuestros propios pensamientos, y también nuestras tentaciones son registradas en nuestra mente.

Dios conoce y por consiguiente nos dice que si nuestro corazón (o sea, si los pensamientos que no vienen de Dios entran a nuestra mente) nos reprende, Él es mayor que nuestro corazón o sea, que aquellos pensamientos, y conoce con toda certeza que ellos no son verdad (1 de Juan 3:19-20). Esos pensamientos son exactamente los argumentos y toda altivez que se levanta en contra de lo que Dios conoce que es nuestra real condición. Esos son los pensamientos que tenemos que llevar cautivos (2 de Corintios 10:4-6). Lo que hace el proceso de selección difícil es que no siempre es fácil discernir si

los pensamientos vienen de Dios para convencernos de pecado, o si son tentaciones que se levantan contra lo que Dios sabe que es la verdad.

Hemos visto cómo podemos distinguir entre los pensamientos que vienen de Dios, nuestros propios deseos y pensamientos, y los pensamientos obsesivos que nos condenan y se convierten en tentaciones que vienen de nuestro enemigo. Hemos tratado de distinguir entre la verdad y las mentiras que hay en los pensamientos obsesivos, lo cual es un paso muy importante para poder derribar los pensamientos y argumentos que se levantan contra el conocimiento de Dios.

Sin embargo, el método que señalamos para distinguir entre la verdad y la mentira, puede llegar a ser muy extenso y arduo en el caso de que haya muchos pensamientos. La pregunta que surgiría sería: ¿Tengo que hacer un análisis completo de cada pensamiento para averiguar si es una tentación? ¿No hay una manera más sencilla para distinguirlos?

A esa pregunta podemos contestar afirmativamente. Hay ciertas directrices que podemos usar como reglas básicas para saber inmediatamente si los pensamientos vienen de Dios, o si son pensamientos obsesivos y, por lo tanto, tentaciones que debemos rechazar. Podemos formular esas directrices en forma de preguntas.

Regla # 1. *¿Viene ese pensamiento como un “silbo apacible y delicado” que puedo resistir si así lo deseo?*

Dios nunca nos obliga a obedecerle. Él nos llama suavemente y vuelve a llamarnos de nuevo, pero siempre nos deja en libertad de decir: “No; no lo hago”. Además, cuando hemos realizado lo que Dios nos dice que hagamos, una paz profunda invade nuestro ser; y no tenemos que repetir compulsivamente la acción.

En cambio, los pensamientos obsesivos nos vienen con tal fuerza que casi no podemos resistirnos a hacer lo que nos dicen, tampoco ignorarlos y se requiere una resistencia y concentración extraordinaria para no llevarlos a cabo. Junto con sus pensamientos compulsivos de llamar a Wanda,

Alberto sentía una presión muy fuerte que no desaparecía sino hasta que le llamaba por teléfono. Después de llamarla se sentía aliviado apenas por unos minutos, antes que todo el ciclo compulsivo empezara de nuevo. Otras personas tienen que mirar su puerta de nuevo para ver si está cerrada, aunque la han revisado seis veces antes y cada vez estaba cerrada. La historia de Elías nos da un ejemplo de la diferencia en la manera como nos viene la voz de Dios.

ELÍAS

Después de ganar una gran victoria sobre los profetas de Baal en el monte Carmelo, Elías tuvo que huir para salvar su vida de las manos de la reina Jezabel (1 de Reyes 19:1-18). En el monte Horeb, a donde había huido, Dios le llamó para que saliera de la cueva donde había pasado la noche, y para que se pusiese de pie en la montaña, porque Jehová iba a pasar por allá. Entonces, pasó un recio y poderoso viento que rompía los montes y quebraba las peñas, pero Dios no estaba en el viento. Luego pasó un gran terremoto y un fuego, pero Dios tampoco estaba en ninguno de ellos.

Después del viento, el terremoto y el fuego vino un silbo apacible y delicado. Fue en ese silbo apacible y delicado que Dios llamó a Elías y le comunicó exactamente lo que debía hacer. Es en ese mismo silbo apacible y delicado que Dios nos habla hoy; tenemos que dejar nuestra mucha palabrería y permanecer muy quietos delante de Él para oír su silbo delicado.

A cambio, tentaciones y pensamientos obsesivos nos vienen como huracanes, terremotos y fuegos que destruyen, y sólo pueden ser resistidos por el poder de Dios. Frente al huracán de los pensamientos obsesivos somos como paja que es soplada por el viento de un lado a otro. Tenemos que llevar esa clase de pensamientos cautivos, echarlos fuera de nuestra mente y vida en el nombre de Cristo, y poner en su lugar pensamientos reposados y positivos (Filipenses 4:8) que están de acuerdo con la Palabra de Dios.

En resumen, la primera regla básica nos dice que si un pensamiento no puede ser rechazado, o si viene a nuestra mente con una fuerza irresistible, insistiendo en ser repetido en sí mismo o a través de la acción que ordena, aquel pensamiento no proviene de Dios. Dios sencillamente no obra así en esa forma tan arrolladora. Es indispensable que esos pensamientos sean rechazados inmediatamente; si los retenemos por cinco minutos, hemos perdido esa parte de la batalla y tendremos que reclamar el terreno cedido al enemigo. El secreto de la victoria se encuentra en rechazar esa clase de pensamientos en el nombre de Cristo y en el mismo momento en que nos damos cuenta de que han venido a nuestra mente.

Regla # 2. ¿Toma el pensamiento un evento en particular y lo generaliza a toda la persona o a su carácter?

Dios no solamente nos permite decidir si vamos o no a obedecer su voz; tampoco aprovecha un error para condenar la totalidad de la persona o su carácter. Cristo trató eventos particulares como ellos eran y no los generalizó ni los relacionó con ningún otro.

Después que Pedro negara que conocía a Cristo, Cristo no generalizó su falla a una condenación de toda su vida. Cuando se encontró con Pedro junto al mar de Tiberias, Cristo trató cada una de sus fallas individualmente. Pedro había negado a Cristo tres veces y Cristo le preguntó tres veces si le amaba, por eso Pedro tuvo que declarar su amor tres veces. Cristo no se comportó con Pedro como si nada hubiera pasado, más bien reconoció lo que había hecho y descubrió su pecado y el dolor del trauma para que fuesen sanados. Aunque le llamó la atención a Pedro, no tomó su falla como algo válido para condenar la totalidad de su carácter. No le dijo, "Pedro, otra vez has fallado; siempre estás fallando. Tú eres un fracaso".

Sin embargo, así no es como funcionan nuestros pensamientos obsesivos. Los pensamientos obsesivos de Alvaro nos sirven de ejemplo para reconocer cómo los pensamientos obsesivos toman incidentes sencillos y los generalizan hasta llegar a condenar todo el carácter y la vida de la persona.

Alvaro

Alvaro no era capaz de trabajar por años porque la mayoría de su tiempo estaba ocupado preocupándose de los pensamientos obsesivos que constantemente se metían en su mente. A los 6 años de edad Alvaro había sido abusado por un niño vecino mayor que él. En su temprana adolescencia fue seducido por segunda vez por el mismo joven. Alvaro se sentía extremadamente culpable por no haber resistido a su vecino con la insistencia con que pensaba que debía haberlo hecho y con el paso de los años, sus sentimientos de culpa aumentaron.

Durante esos años, Alvaro y toda la familia aceptaron a Cristo como su único y suficiente Salvador; pero eso no alivió el sentimiento de culpa de Alvaro. Trató de hablar con su padre, que en aquel tiempo era pastor, pero él no pudo ayudarle.

Cuando conocí a Alvaro, estaba casado y tenía cuatro hijos adultos, y todos en la familia eran creyentes sinceros. Con el paso del tiempo, Alvaro había llegado a ser tan bombardeado con pensamientos de culpabilidad, condenación y remordimiento que tuvo que tomar medicinas sólo para no tener que permanecer internado en un hospital psiquiátrico.

Los pensamientos obsesivos de Alvaro le decían continuamente que no servía para nada. Si se le olvidaba la libreta de cheques, o se metía por el camino equivocado, su mente se llenaba de pensamientos que le decían que no servía para nada, que no podía hacer nada bien, que ninguna otra persona hubiera podido ser tan estúpida como él, que habría sido mejor que no hubiera nacido, que era un fracaso total. ¿Cómo se atrevía a pensar que podría hacer algo bien?, también le decían esos pensamientos. Todo eso siempre le llevaba como por un espiral en forma descendente hacia una depresión tan aguda que casi no podía salir de la cama por días enteros. Por las noches permanecía sin dormir y pasaba las horas rogando a Dios que le perdonara por ser un fracaso total.

Los pensamientos obsesivos de Alvaro nos muestran cómo un evento en particular puede llegar a convertirse en una generalización y por ende en una acusación total que en su caso "racionalizaba" de la siguiente manera: "El hecho de

que hayas olvidado tu libreta de cheques (o hayas tomado un camino equivocado) demuestra que *todo* lo que tú haces te resulta mal. Tú *nunca* haces *nada* bien y eso indica que no eres capaz de hacer algo bien y, por lo tanto, no sirves para nada, eres un fracaso”.

Esos pensamientos por poco llegan a paralizar la vida de Alvaro. Tuvo que llegar a reconocerlos como tentaciones enviados para hacer su vida inútil y tuvo que renunciar a ellos en el nombre de Cristo.

Resumiendo la segunda regla para distinguir la voz de Dios de las tentaciones, dice: Cualquier pensamiento que toma un incidente particular y lo usa para condenar las emociones o el carácter de toda la persona, no viene de Dios; esos pensamientos tienen que ser rechazados en el nombre de Cristo inmediatamente.

Regla # 3. *¿Pone este pensamiento, las promesas de Dios en duda?*

La tercera regla nos dice que ningún pensamiento, que se origina en Dios, pone en duda Su Palabra. Muchos pensamientos obsesivos empiezan con la palabras, “Sí, pero....”. Los pensamientos de Alvaro estaban llenos de esas frases. Mucho de su tiempo estaba ocupado arrepintiéndose de todo lo que había hecho en su niñez y adolescencia, y de no haberse arrepentido suficientemente.

—No sirvo para nada —se quejaba Alvaro, después de contarme su historia—. Soy un fracaso; soy un perverso; estoy condenado al infierno.

—Alvaro, has aceptado a Cristo como tu Salvador desde hace muchos años —le dije suavemente—, y estoy segura de que has pedido que Dios te perdone mil veces en los años que han pasado, por aquello que sucedió en tu infancia y en tu adolescencia, ¿no es cierto?

—Oh, sí —respondió Alvaro—, me he arrepentido y arrepentido, vez tras vez.

—¿No te prometió, Dios, que te perdonaba si te arrepentías?

—Sí, pero realmente no me he arrepentido suficientemente; tengo que arrepentirme hasta lo más profundo de mi ser.

—¿Estás arrepentido tan profundamente en este momento?

—Ah, sí —dijo Alvaro—, nunca me había sentido como me siento ahora. Jamás me había arrepentido hasta este punto.

—Entonces, vamos a enrollar todas esas escenas que todavía viven en tu memoria y entregarlas a Cristo para que las lleve en la cruz. Ahora toma el perdón de Cristo y perdona a tu vecino y a ti mismo. Alvaro hizo eso con todo su corazón.

Sin embargo, la siguiente vez que llegó a mi consultorio, otra vez estaba arrepintiéndose.

—Alvaro, ¿no te prometió, Dios, perdonarte en el mismo momento en que te arrepintieras y confesaras tus pecados?

—Sí, pero esta vez me siento aun más arrepentido que en cualquier otra ocasión anterior en mi vida. Siento que esta vez es más profundo que lo que hice la semana pasada.

—Sí, Alvaro, y la próxima semana te sentirás más arrepentido y en la siguiente semana más y así sucesivamente.

Le expliqué la necesidad de derribar cada argumento que se levantara contra el conocimiento de Dios. En este caso, Dios sabía que Alvaro se había arrepentido y había sido perdonado, y cualquier otro pensamiento, no importaba cuál fuera, era un argumento que se levantaba en contra de lo que Dios sabía que era la verdad en el caso de Alvaro.

—Esos pensamientos hacen de Dios un mentiroso —le dije a Alvaro—. Te dicen: “Sí, Dios ha prometido, pero en este caso su promesa no es verdad; porque tú eres una excepción a la regla. Esa promesa no es para ti; todavía no lo mereces. Dios lo cumple para todos los demás, pero no es para ti”. Eso es una mentira del enemigo y tienes que atar al enemigo que te la trae y echarlo, junto con la mentira, fuera de tu mente y de tu vida, en el nombre de Cristo.

Alvaro hizo una lista de todos los pensamientos que venían a su mente que empezaban con: “Sí, pero...”. Aunque las frases tomaban muchas formas diferentes, lo que sí tenían

en común era que en primer lugar estaban de acuerdo con todo lo que Dios dice en su Palabra, y, luego, ponían todo en duda. De esa forma, hacían de todo lo que Dios dijo o prometió, una mentira. Enseguida relacionó algunas de las expresiones con que empezaban las frases: “Sí, pero qué tal...”, “Sí, pero suponga que...”, “Sí, pero tal vez...”, “Sí, pero esta vez...”, y muchas otras versiones con el mismo sentido.

Juntos, atamos, echamos fuera y reclamamos el territorio que había ocupado estos pensamientos en la mente y vida de Alvaro, y lo entregamos a Cristo. Alvaro tenía que decidir aceptar que estaba perdonado por causa de lo que Cristo hizo a favor de él y no por lo profundo que sintiera su arrepentimiento.

Esa clase de pensamientos no vienen de Dios porque hacen excepciones a todo lo que Él dice. Cuando Dios dice, sí, es porque así es; y cuando dice, no, también es porque así es y no hay excepciones. Con Dios no existe algo como: “Sí, pero esta vez es diferente”. Él no cambia de un día a otro, ni de un caso a otro; en Él no hay, ni siquiera, una sombra de variación (Santiago 1:17). Gracias a Dios, podemos confiar en Él porque siempre está exactamente dónde y cómo nos dijo que está y es.

Esta tercera regla nos ayuda a distinguir la voz de Dios de las tentaciones y nos dice que los pensamientos que tienen su origen en Dios nunca ponen su Palabra en duda.

Si nos llega un pensamiento que pone su Palabra en duda, sabemos de una vez que es parte de un argumento que se levanta contra el conocimiento de Dios y tenemos que rechazarlo, en el nombre de Cristo, inmediatamente.

Regla # 4. *¿Se centra el pensamiento en Dios o en mí mismo?*

Esta cuarta regla es muy importante porque nos ayuda a distinguir el origen de los pensamientos que nos molestan y nos empujan hacia abajo cuando nos sentimos deprimidos. Los pensamientos depresivos son muy obsesivos y siempre se centran en nosotros mismos. Las palabras clave en estas frases son: “Tú eres...” y “Yo soy...” o pueden ser, “¿Por qué no eres...?” y “¿Por qué no soy...?”

Los pensamientos de Alvaro que hacían de un incidente particular, una generalización a todo su carácter, son ejemplos de eso. Los pensamientos de Marcos, en el primer capítulo, eran de la clase que siempre se enfocan en la persona misma: “¿Por qué no tengo más compasión por la gente que va al infierno? ¿Por qué no soy más sensible a la situación de los pobres? ¿Por qué soy tan duro conmigo mismo? No debo mirarme tanto a mí mismo. Debo pensar en otros, y no lo hago. Siempre estoy pensando en mí mismo. Si fuera realmente un creyente, pensaría en otros. ¿Cómo puede Dios soportarme?”

Cuando, por fin, Marcos decidió renunciar a mirar su propia condición y llenar su mente con pensamientos de Cristo, poco a poco pudo empezar a apreciarse a sí mismo y a otros.

Esta cuarta regla nos ayuda a distinguir el centro de nuestros pensamientos. Cuando un pensamiento se centra en nosotros y en nuestras fallas y fracasos en vez de centrarse en la perfección y el triunfo de lo que Cristo hace en nosotros y cómo obra a través nuestro, ya sabemos que dicho pensamiento no viene de Dios; es una tentación y tiene que ser rechazada y echada fuera en el nombre de Cristo, ¡inmediatamente!

Regla # 5. *¿Este pensamiento me hace libre?*

La Biblia nos dice que la verdad nos hace libres (Juan 8:31). Si un pensamiento que se repite no nos hace libres, no es verdad; quizás contiene algo de verdad, pero en alguna parte tiene algo agregado y en otra parte tiene algo suprimido, lo cual distorsiona la verdad. En sí, el pensamiento no viene de Dios, porque Dios dice la verdad y su verdad nos hace libres. En el ejemplo de Justina vemos cómo alguien puede permanecer aferrado a la poca verdad de sus pensamientos obsesivos y resultar prisionero de ellos.

Justina

Justina y su esposo Mateo, pasaban por un tiempo muy difícil. Mateo se encontraba recluido en un hospital psiquiátrico a

causa de una depresión muy profunda. El siquiatra quería hablar con Justina para descubrir las dinámicas de su relación matrimonial que contribuían a la depresión de Mateo. Al principio Justina rehusó hablar con el siquiatra porque, según ella, era Mateo quien tenía el problema; ella estaba perfectamente bien. Luego, con el fin de ayudar a Mateo, Justina decidió visitar al siquiatra varias veces.

Justina era la tercera de cinco hijos que nacieron durante un tiempo de violencia extrema en su tierra. Su padre estuvo lejos del hogar por muchos años debido a la condición nacional y la madre estaba muy preocupada atendiendo las necesidades básicas de la familia. Al quedar Justina “clasificada” entre el grupo de hijos mayores y el de los menores, y todos reclamando la atención de la madre, su manera de vivir con la situación era comportándose muy bien y nunca causando ningún problema.

Los recuerdos que Justina tenía de su niñez era de belleza y felicidad, y también recordaba los años de su matrimonio como llenos de una felicidad casi perfecta, hasta el día en que Mateo empezó a deprimirse. Su gran deseo era volver a su estado de felicidad anterior.

Con cada visita al siquiatra, Justina se sentía más y más enojada y airada. Mateo la había implicado a ella en muchos de sus problemas y el siquiatra le había creído todo. ¿Cómo era posible que el doctor Gutiérrez hubiera podido echarle la culpa a ella, de la depresión de Mateo? Eran felices antes de su depresión; él tenía la culpa. ¿Cómo era posible que el siquiatra se atreviera a decirle todas esas cosas terribles? ¿Cómo era posible que un médico pudiera ser tan ciego?

Justina, junto conmigo, llevó a Cristo todas las heridas que ella sentía que Mateo y el siquiatra le habían ocasionado y les perdonó por cualquier culpa injusta que quizás le hubieran echado. También entregó a Cristo cualquier sentimiento de rechazo que quizás hubiera sentido de niña y le dio permiso a Dios que le trajera cualquier recuerdo de su niñez que debía recordar para presentársela a Cristo. Después de eso, perdí contacto con la pareja por casi un año.

Un año más tarde, Mateo se había mejorado tanto que había vuelto a casa unos meses antes. Había decidido ir a un retiro donde pudiera trabajar con lo que quedaba de su depresión, por un tiempo intensivo. Durante ese retiro experimentó un cambio profundo en su condición y yo tuve el privilegio de contarle a Justina lo sucedido.

Justina me escuchó por un rato, entonces me interrumpió y dijo:

—Sí, pero yo me siento muy triste cuando pienso cómo Mateo me echó toda la culpa a mí, y no puedes imaginarte cuán terrible fue la situación con el doctor Gutiérrez, pues, él aceptó todo lo que Mateo le había dicho y me echó toda la culpa. Me siento tan triste cuando recuerdo todo lo que pasó.

—Un momento, Justina —exclamé—. ¿No son esas exactamente las frases que me dijo hace un año?

—Sí —me contestó—, fue usted misma quien me dijo que tenía que decir la verdad en cuanto a mis sentimientos. Le hice una lista de lo que sentía y pensaba. ¿No se acuerda?

—Sí, tiene razón —le contesté—. Yo sí, le dije eso, pero era para deshacerse de esos sentimientos, no para quedarse agarrada a ellos. Si todo esto es problema de Mateo, ¿por qué no está gritando de gozo por la mejoría de él? No percibo nada de gozo de su parte.

—No sé —contestó Justina—, solo sé que hay una tristeza muy grande en mí cuando pienso cómo Mateo me echó toda la culpa. Éramos tan felices antes que él me culpara de todo, y el médico le creyó.

Y sus pensamientos repasaron la misma historia de nuevo. Más tarde, Justina descubrió que debajo de sus sentimientos de tristeza, ella había desarrollado un amor por su dolor que le permitía esconderse detrás, sin tener que buscar otras causas de la depresión de Mateo, las cuales hubieran dañado sus recuerdos de felicidad perfecta en el matrimonio. El dolor también le hizo ganar la empatía de su familia, los hermanos de su iglesia y la comunidad en general. Ellos siempre le consolaban por todo lo que tenía que sufrir a causa de la depresión de Mateo. Sin embargo, esta empatía y consolación

llegaron a ser beneficios secundarios que Justina recibió de negar su parte en causar la depresión de Mateo y habían sido suprimidos de los pensamientos obsesivos de ella, al igual que el hecho de que “la felicidad casi perfecta” que ella había sentido en su matrimonio, la había conseguido a costo de negar los problemas matrimoniales que por fin causaron la depresión en Mateo.

Los pensamientos de Justina, aunque pensaba que eran verdad, contenían apenas una muy pequeña parte de la verdad, y no la hacían libre. Habían llegado a ser mentiras, y la conducían cada vez más hacia su propia depresión. Ella tenía que reconocerlos como las mentiras que eran, rechazarlos y atarlos en el nombre de Cristo, si quería ser libre de ellos.

Esa quinta regla nos dice que si nuestros pensamientos no nos hacen libres, no vienen de Dios y tienen que ser rechazados y echados fuera en el nombre de Cristo, inmediatamente.

Quizás al leer estas páginas te has dado cuenta de preguntas y pensamientos que vienen continuamente a tu mente; o quizás no estás seguro si la decisión que piensas tomar viene de Dios. En los capítulos que siguen encontrarás un resumen de cómo saber si es Dios quien te habla o si son pensamientos obsesivos es decir, tentaciones. También hay modelos de oración que te pueden ayudar a traer tus preguntas y pensamientos a Dios de una manera más específica, y encontrar la dirección o la liberación que Dios quiere darte y que tú necesitas.

CAPÍTULO 9

Modelos de oración en el proceso de tomar decisiones

En este capítulo examinaremos situaciones en donde tenemos que distinguir entre la voz de Dios y nuestros propios pensamientos y deseos en el proceso de tomar decisiones. Encontrarás varias preguntas que te ayudarán a clarificar lo que oigas o sientes que Dios está diciéndote. También hay modelos de oración que pueden ayudarte a formular en una forma más clara lo que quisieras preguntar a Dios. Estos modelos se pueden usar como guías para uno mismo, para ayudar a otros o para orar con un grupo.

En los capítulos 4 y 5 hablábamos acerca de las luces de aterrizaje que tenían que estar encendidas si vamos a aterrizar el avión de nuestra vida sin novedad. Como hemos dicho, no podemos “saber a ciencia cierta” qué es lo que encontraremos al aterrizar hasta que hayamos realmente aterrizado; por eso, tenemos que estar seguros de que todas las luces de aterrizaje están encendidas y bien alineadas para saber que estamos volando hacia donde se encuentra la pista. Para saber si tus

luces de aterrizaje están encendidas, contesta cada una de las siguientes preguntas.

Pero, antes de empezar, abre tu vida a Dios para que Él pueda comunicarse contigo. Si sientes que Dios quiere hacerte sufrir o quitarte algo que te hace feliz, pídele que te muestre si tienes algunos traumas psicológicos no sanados que impiden ver y experimentar a Dios como de veras es, o sea, como el Dios de amor.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesús, en verdad quiero saber qué es lo que Tú quieres que yo haga; aunque a veces siento que no es verdad, decido aceptar que Tú quieres darme una vida con razón para vivir y llena de paz y satisfacción interior. Te pido que me des tus respuestas a las siguientes preguntas, para que yo pueda discernir lo que me estás diciendo y que pueda escoger Tu camino. Gracias porque sé que Tú me responderás cuando te haga esas preguntas".

Ahora, lee las preguntas y después de cada una, permanece en silencio hasta que tengas contacto con lo que tú sientes en lo más profundo de tu ser. Escribe, subraya o tacha lo que te viene a tu mente, sin tratar de explicar o razonar tus pensamientos.

PREGUNTAS PARA LAS LUCES DE ATERRIZAJE

Luz # 1. *¿Está de acuerdo mi deseo con la Palabra de Dios?*

Yo creo que Dios quiere que yo _____

(ejemplo, estudie enfermería, me case con Juan (Juana), acepte ese nuevo trabajo, etc.).

Eso está (no está) de acuerdo con el espíritu básico de la Palabra de Dios, porque Dios dice en _____
(ejemplo, los Evangelios)

que _____
(ejemplo, Jesús sanaba los enfermos, Juan (Juana) es (no es) creyente que está creciendo y madurando, etc.).

No estoy seguro de cómo debo contestar esta pregunta. []
La primera luz de aterrizaje está (no está) encendida.

Luz # 2. *¿Siento paz interior y me siento bien en cuanto a hacer eso?*

Yo siento (no siento) una paz interior y un sentido de que es correcto y bueno tomar esa decisión porque

(ejemplo, creo (no creo) que Dios quiere que yo ayude a otros de esa forma, nosotros dos sentimos (no sentimos) que ese es el plan que Dios tiene para nosotros, etc.).

También tengo (no tengo) otros motivos para tomar esa decisión, y son

(ejemplo, es la única manera que tengo para salir de la casa, tener tanto dinero, etc.).

No estoy seguro de cómo debo contestar esta pregunta. []
La segunda luz de aterrizaje está (no está) encendida.

Luz # 3. *¿Otros creyentes maduros están de acuerdo con mi decisión?*

He (no he) consultado con otros creyentes maduros acerca de mi decisión. Ellos son

(ejemplo, María y David).

Ellos me dijeron que:

(ejemplo, debo seguir adelante, debo esperar un tiempo, no creen que debo hacerlo, etc). Sus sugerencias están (no están) de acuerdo con las otras luces de aterrizaje.

No estoy seguro de cómo debo contestar esta pregunta. []
La tercera luz de aterrizaje está (no está) encendida.

Luz # 4. *¿Las circunstancias de mi vida permiten que pueda llevar a cabo esta decisión?*

Las circunstancias de mi vida son:

(ejemplo, terminaré mis estudios, económicamente podemos (no podemos) empezar nuestro hogar, etc.), y eso quiere decir que puedo (no puedo) hacerlo.

No estoy seguro de cómo debo contestar esta pregunta. []
La cuarta luz de aterrizaje está (no está) encendida.

Luz # 5. *¿He recibido un versículo de la Biblia, una palabra del Señor, un sueño o una profecía que tiene una promesa, seguridad o dirección especial en cuanto a esta decisión?*

Dios me ha (no me ha) dado una promesa especial, o una profecía relacionada con esta decisión. La promesa es:

(ejemplo, Él estará conmigo y me guiará, etc.), y esa promesa me trae paz y confianza (confusión). Esa promesa está (no está) alineada con las otras luces de aterrizaje.

No estoy seguro de cómo debo contestar esta pregunta. []
La quinta luz de aterrizaje está (no está) encendida.

Luz # 6. *Cuando trato de hacerlo, ¿puedo llevarlo a cabo?*

Cuando trato de poner en práctica lo que entiendo que Dios me está diciendo, no hay (hay) obstáculos que no se puedan superar para realizarlo.

No estoy seguro de cómo debo contestar esta respuesta. []
La sexta luz de aterrizaje está (no está) encendida.

EVALUACIÓN

Ahora revisa tus respuestas. Si todas tus luces de aterrizaje están encendidas, si puedes contestar a todas las preguntas positivamente puedes estar seguro de que has entendido lo que Dios quiere decirte; puedes aterrizar confiadamente porque vas a encontrar la pista dispuesta para recibir tu avión de la vida. Eso no quiere decir que no habrá algunos huecos o desvíos en la pista, pero Dios estará contigo y te guiará en todo lo que Él quiere que tú seas y hagas.

Enseguida analizaremos tus respuestas correspondientes a cada luz individualmente.

La primera luz

Si estás inseguro de la respuesta a la primera pregunta, busca un creyente, maduro en la fe, que pueda ayudarte a entender lo que la Biblia dice acerca de tu situación y lo que tú crees que Dios está diciéndote. No tomes ninguna decisión acerca de cualquier asunto, hasta que tengas la seguridad de que está de acuerdo con el espíritu básico de la Palabra de Dios.

Si sabes o estás vacilando que la respuesta a la primera pregunta es negativa, pero sientes que no puedes dejar lo que desees o que quizás estabas convencido de que Dios estaba diciéndote que lo hicieras, entonces, ven a Cristo y habla con Él y exprésale lo que sientes. El siguiente modelo de oración

quizás te ayudará a formular tu oración de una manera más precisa.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, sé (sospecho) que mi deseo no está de acuerdo con tu Palabra, sin embargo, a veces estoy (casi estoy) convencido de que eres Tú quien me dices que debo hacerlo. Yo de veras quiero _____

(ejemplo: casarme con Juan o Juana)

porque: _____

(ejemplo: le amo, no aguanto quedarme más tiempo solo, en mi casa)

porque: _____

(ejemplo: necesito esposa, mi familia pelea tanto, mi padre es tan duro conmigo, etc.). Yo sé (sospecho) que eso no viene de Ti

porque: _____

(ejemplo: soy creyente y él (ella) nos es, creo que Tú quieres que te sirva de tiempo completo y él (ella) no está interesado en eso, etc.).

Señor Jesucristo, Tú me dices que: _____

(ejemplo: como hijo tuyo, debo casarme sólo con otro creyente, (1 de Corintios 7:39), que debo buscar primero el reino tuyo y entonces Tú me darás todo lo demás, (Mateo 6:33), etc.).

"Señor Jesucristo, la verdad es que no puedo cambiar el deseo de mi corazón, y quisiera que no fuera necesario. Tú me dices, Cristo, que Tú no sólo me das el poder para hacer Tu voluntad sino también el deseo para hacerla; y, Señor Jesucristo, yo decido entregarte mi deseo para: _____

(ejemplo: casarme con Juan o Juana).

Yo decido darte permiso para tomar mi deseo, cambiarlo por el deseo que Tú tienes para mí, y ponerlo en mi corazón. Aunque a mí me parece que es totalmente imposible que ese cambio se efectúe, decido abrir mi ser a Ti para que Tú lleves a cabo ese cambio. No tengo idea de cómo vas a hacerlo, pero sé que ese problema es tuyo, Señor Jesucristo. En Tu nombre decido aceptar que Tú vas a hacer lo que has prometido".

Al terminar esa oración, prosigue con tus quehaceres diarios y espera para ver cómo Dios hace su parte en tus emociones. Poco a poco Él cambiará tu deseo o te clarificará lo que te está tratando de decir.

La segunda luz

Si la segunda luz, la luz de paz interior, está apenas iluminada pero no da mucha luz, o quizás está titilando, pide a Cristo que te muestre qué es lo que realmente sientes.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, ¿por qué es que no tengo paz y un sentido de que la decisión que voy a tomar es correcta _____

(ejemplo: casarme con Juan (Juana), ir en ese viaje, comprar esa casa, etc.)? Abro mi ser a Ti para que puedas mostrarme qué es lo que realmente siento".

Ahora, permanece en silencio y espera la respuesta de Dios: ¿Qué es lo que viene a tu mente? Entonces, habla con Él acerca de lo que oíste.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, lo que me viene a la mente es que no tengo paz verdadera porque

(ejemplo: tengo temor al pensar en casarme con Juan (Juana), tengo temor porque no me imagino cómo puedo hacer lo que me pides, hay algo en cuanto a esa venta que no parece honesto, etc.)

porque: _____

(ejemplo: siempre peleamos cuando estamos juntos, nunca he hablado frente a tanta gente, el vendedor siempre evade ciertas preguntas, etc.).

«Señor Jesucristo, decido abrir estas emociones a Tu acción; si toda esa inquietud indica que eso no viene de Ti, y quizás no te he escuchado muy claramente, para estar seguro, entonces, te pido que aumentes mi inquietud y me muestres que esa luz no está encendida y te ruego que la poca luz que pienso que quizás veo, no se alinee con las demás.

«En cambio, si esas emociones vienen de mis propios temores, o quizás aun son una tentación para que no reciba lo bueno que Tú tienes para mí, entonces, en el nombre tuyo, las rechazo y las echo fuera de mí. Abro mi ser a Ti, Cristo, para recibir Tu paz, y te pido que abras mis ojos para precisar si esta luz es una de las luces de aterrizaje y ver que realmente estén alineadas. Señor Jesucristo, yo decido andar en Tu camino en cuanto a ese asunto, aunque, en este momento no estoy seguro de cuál es Tu camino; decido aceptar que Tú vas a mostrármelo claramente porque me has prometido que me guiarás por la senda de luz».

No tomes ninguna decisión hasta que te sientas “bien” acerca de hacer lo que crees que Dios te está diciendo. Deja la pregunta y sigue con las demás; quizás al examinar las otras luces, Dios te muestre claramente la respuesta a esa luz.

La tercera luz

Examina, ahora, tus respuestas a la tercera pregunta. Es decir, la luz de lo que otros creyentes maduros opinan en relación con lo que tú crees que Dios te está diciendo. Si no has consultado a otros en cuanto a tu decisión, habla con Dios pidiéndole que te muestre la razón por la cual no lo has hecho.

MODELO DE ORACIÓN: “Señor Jesucristo, por favor, muéstrame por qué es que no he hablado con otra persona para consultarle esta decisión. Señor, el pensamiento que viene a mi mente es que no he consultado con nadie porque: _____

(ejemplo: me da demasiada vergüenza admitir que tengo este problema, no sé a quién debo acudir, etc.)

porque: _____

(ejemplo: cada vez que pienso hablar con alguien, hay algo que me dice: “¿De veras vas a rebajarte a hacer eso?”, “Tú no conoces a nadie a quien puedas confiarle este asunto”, etc.”

Ahora, examina las razones que has anotado; si es un pensamiento que persiste en venir a tu mente, tómallo cautivo en el nombre de Cristo y échalo fuera de ti.

MODELO DE ORACIÓN: “Usted que me trae el pensamiento: _____

(ejemplo: “¿De veras vas a rebajarte a hacer eso?, etc.),

le ato en el nombre de Cristo y le echo fuera de mi mente y de mi vida. Mi mente y mi vida pertenecen a Cristo y decido hacer lo que Él me dice. Señor Jesucristo, por favor, dame la convicción de ir a hablar con alguien respecto a esa decisión, a través de pensamientos que vengan de Ti”.

Si no has consultado tu decisión con otros porque no conoces a alguien maduro con quien puedes hablar, habla con Dios al respecto.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, no viene a mi mente un creyente maduro a quien podría consultar mi decisión, pero abro mi ser a Ti para que me muestres quién es esa persona".

Luego, permanece en silencio delante de Dios, esperando oír su respuesta. Posiblemente venga a tu mente un nombre, o te acuerdes de alguien. Si nada te viene a la mente, sigue con tus quehaceres, pero mantente abierto a la acción de Dios, esperando que te muestre a una persona a quien consultar. Puede ser que te encuentres con alguien, y en tu interior sentirás un pequeño empuje de Dios o le oirás decirte: "Esa es la persona".

Si no estás seguro de que le oíste bien, revísalo con Él.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, Dios mío, el pensamiento que me viene a mi mente es que esa es la persona con quien debo compartir; si eso es de Ti, por favor, dame la oportunidad de hablar con él (ella), y, a la vez, dame el valor de abrir la boca y decirle lo que Tú quieres que yo comparta. Tú me has dicho que me darás Tu sabiduría (Santiago 1:5); por lo tanto, abro mi ser a Ti para recibir tu sabiduría. Decido aceptar que Tú estás en el proceso de mostrarme claramente Tu camino, porque Tú sencillamente no puedes ir en contra de Tu promesa".

Después de esto, espera para ver cómo y cuándo Dios te da la oportunidad de hablar con la persona. Cuéntale todo sobre la decisión que estás tomando y pregúntale si está dispuesta a orar y a ayudarte a buscar la voluntad de Dios acerca del asunto. Haz

otra cita para volverte a reunir con ella o para llamarla por teléfono y hablar de lo que Dios le dice a ella.

Puede que, de la misma manera, Dios te dirija a hablar con una segunda persona. ¿Cómo se alinean sus respuestas con tus otras luces de aterrizaje? ¿Confirma su respuesta con lo que habías oído de Dios? Si la respuesta es afirmativa, dale gracias a Dios por hacerlo; si la respuesta es negativa, de nuevo entrega tu deseo a Dios, pidiéndole que lo cambie por el deseo de Él.

La cuarta luz

Ahora, mira las respuestas a la pregunta de la cuarta luz de aterrizaje, la de las circunstancias de tu vida. ¿Está encendida? o ¿hay indicios de que lo va a estar al momento del aterrizaje? Habla con Cristo acerca de eso.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, creo que estás diciéndome que debo: _____

(ejemplo: casarme con Juan (Juana), aceptar ese trabajo en otra ciudad, etc.)

porque _____

(ejemplo: nos queremos mucho, mi compañía me ha ofrecido esta oportunidad y quisiera hacerlo, etc.)

porque _____

(ejemplo: es una persona muy especial y me corresponde a mí, ganaría más dinero y sería más fácil sostener a la familia, los niños tendrán una escuela buena, hay una buena iglesia, etc.).

Por todo lo que puedo ver, las otras luces de aterrizaje están encendidas porque _____

(ejemplo: él (ella) es un (una) creyente que me inspira a acercarme más a ti, tengo paz en cuanto a casarme, los creyentes que nos conocen están de acuerdo, mudamos a este lugar no está en

desacuerdo con Tu Palabra, siento que sería bueno y correcto hacerlo y tengo paz en ir, mi esposo(a) está de acuerdo, etc.)

pero las circunstancias son _____

(ejemplo: tenemos que encontrar un lugar donde vivir y tengo que tener un mejor trabajo para sostenernos, mis padres no son creyentes y no están de acuerdo, a no ser que nos indiquen algo diferente, tenemos que vender la casa antes de mudarnos para poder conseguir otra allá, y según lo que yo entiendo, eso requiere un milagro de parte tuya, los niños no están muy contentos de tener que dejar sus amigos, por lo tanto, tienes que arreglar eso con ellos, etc.).

«Señor Jesucristo, nosotros (yo) confiamos en que si esta nueva situación de veras viene de Ti, a medida que nos vayamos preparando para hacer lo que creemos que nos (me) has dicho, Tú vas a encender nuestra (mi) cuarta luz de aterrizaje y en el momento preciso, nuestras (mis) circunstancias van a estar de acuerdo con nuestra decisión. Sin embargo, abro mi ser delante de Ti, Señor Jesucristo, para que en cualquier momento puedas decirme si quieres algo diferente. Si quizás, tenías que traernos (me) hasta este punto para mostrarnos (me) algo que no podíamos ver antes, muéstranos (me) qué es. Por sobre todo yo decido andar en Tu camino».

Luego sigue con tus quehaceres y ve cómo y cuándo Dios enciende la cuarta luz.

La quinta luz

Ahora analiza tus respuestas a la quinta pregunta, la luz de aterrizaje que tiene relación con recibir una promesa especial, una profecía, o una palabra del Señor dada por alguien. Si la

luz de esta promesa se alinea con las otras y te trae paz y confirmación, entonces da gracias a Dios y alábalas por su confirmación.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, gracias por la promesa que me dice _____

(ejemplo: que me guiarás en mi camino, que me darás paz, etc.),

gracias porque puedo confiar que Tú, sí, vas delante de mí guiándome en esta decisión".

Si la promesa o profecía te trae confusión y su luz no está alineada con las demás luces de aterrizaje, manifiéstaselo a Dios de la siguiente manera.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, ese

(ejemplo: versículo, o profecía, etc.)

me hace sentir _____

(ejemplo: confundido y atrapado, etc.)

y su luz no parece alinearse con las demás luces que ya están encendidas y en línea. Oh Dios, si me estoy equivocando en cuanto a la aplicación de esa promesa/profecía a este momento de decisión, abro mi ser a Ti para que me muestres cómo esa palabra cabe en el plan que tienes para mi vida. Mientras tanto, Dios mío, decido dejar de lado todo eso porque me confunde, me molesta y me hace sentir que no puedo saber lo que Tú realmente quieres. Si eso de veras viene de Ti, entonces, tráelo de nuevo a mi vida en el momento que pueda entender lo que estás diciéndome. Gracias porque tú

me guiarás por un camino pleno y yo decido caminar por él, no importa a dónde me guíes».

Igual que en los casos anteriores, sigue tranquilamente con tus quehaceres, sabiendo que si esa promesa o profecía tiene importancia para tu vida en esa decisión, Dios lo aclarará, y si no, quizás el mensaje será para otra ocasión. Deja eso en las manos de Dios.

La sexta luz

Ahora analiza las respuestas correspondientes a la sexta pregunta, la última luz de aterrizaje. Al momento de hacer lo que crees que Dios te ha dicho, ¿puedes realmente llevarlo a cabo? Si es así, da gracias a Dios porque te ha guiado por un camino claro, y de tal manera que pudiste oír y discernir Su voz.

Si no estás seguro de que la luz está encendida, habla con Dios y exprésale lo que sientes, de la siguiente manera:

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, creo que estuviste guiándome a _____

(ejemplo: casarme con Juan (Juana), aceptar ese nuevo trabajo, entrar a estudiar, etc).

Todas la otras luces de aterrizaje parecían estar encendidas y alineadas, pero ahora, esta última luz no aparece donde me imaginaba que iba a estar, o por lo menos, hay muchas dificultades que no esperaba encontrar, como _____

(ejemplo: el apartamento que pensábamos que nos ibas a dar no resultó, la venta de la casa no se realizó, el colegio para los niños no es tan bueno como pensábamos, todavía no me han avisado si me han aceptado para estudiar, etc.).

Dios mío, Tú has prometido guiarme por un camino claro y recto, _____

(ejemplo: el 25 de marzo, mañana, dentro de quince días, etc.)

tengo que _____

(ejemplo: dar mi respuesta final, empezar mis clases, es la fecha de la boda, etc.)

y necesito una respuesta bien clara sobre lo que Tú quieres que haga. He escogido caminar en Tus caminos, por favor muéstrame la salida de este problema. Abro mi ser a Ti para que me muestres claramente qué es lo que quieres de mí. Yo decido creer que tienes algo bueno para mí; por favor, abre mis ojos para que pueda ver, oír y entender lo que estás tratando de mostrarme y decirme. Gracias, de antemano, porque Tú vas a hacer mi camino diáfano, tal como me lo has prometido».

Entonces espera sosegadamente delante de Dios, mientras sigues con tus quehaceres, y ve qué te muestra. Es posible que en este punto te llame la atención algo diferente de lo que habías esperado, pero algo que no hubieras podido ver o entender antes de llegar a este punto (así como me pasó cuando quería estudiar en Escocia; el ejemplo en el capítulo 5), y cuando empieces a ir en esa dirección, todo encuadre en el lugar adecuado.

Luego, toma un tiempo para dar gracias a Dios por haberte hecho claro Su camino, y porque estará contigo en esta nueva etapa de tu vida.

En el próximo capítulo encontrarás preguntas y modelos de oración que te pueden ayudar a distinguir entre los pensamientos de convicción que vienen de Dios para hacerte ver que has hecho algo indebido y los pensamientos obsesivos que llegan a ser tentaciones.

Modelos de oración para pensamientos de convicción

De los capítulos 6 al 8 hablamos de cómo distinguir entre los pensamientos de condenación que vienen de Dios cuando Él trata de decirnos que hemos hecho algo indebido, y los pensamientos obsesivos que nos condenan y llegan a ser tentaciones. En este capítulo encontrarás sugerencias e ideas para analizar tus pensamientos de condenación y distinguir entre las dos clases.

El primer paso para poder discernir nuestros pensamientos de condenación es distinguir si se refieren a acciones indebidas que realmente hemos cometido (“pensamientos de convicción”) o si se refieren a algunas emociones que sentimos o hemos sentido en el pasado (“pensamientos obsesivos”).

Cuando Roger, en el capítulo tres, trataba de verse como un niño entre los brazos de Cristo, apenas podía verse llegando a sus rodillas porque sentía que Él no quería que se acercara más, aunque sabía que Cristo quería que los niños vinieran a Él. Cuando Roger le preguntó a Cristo por qué se sentía así, el pensamiento que le vino era que él había hecho

cosas indebidas que no había arreglado. Al preguntarle seguidamente cuáles eran, Roger se acordó de tantas cosas, que llenó una lista muy larga.

Las próximas ilustraciones son ejemplos de los pensamientos de Roger y Alvaro (casos de los primeros capítulos) los cuales nos sirven como modelo que nos ayuda a discernir los nuestros.

Pensamientos de condenación

- 1. (Ejemplo: No devolviste aquel dinero que le pediste prestado a Jack.)
- 2. (Ejemplo: Tú no sirves para nada.)
- 3. (Ejemplo: Le faltaste al respeto a Rose cuando saliste con ella.)
- 4. (Ejemplo: Mentiste a Juan.)
- 5. (Ejemplo: Tú eres un fracaso; nunca haces nada bien.)
- 6. (Ejemplo: No te arrepentiste suficientemente cuando le pediste a Carlos que te perdonara.)
- 7. (Ejemplo: Nunca serás un verdadero creyente.)

Lista de pensamientos de condenación

Para empezar a discernir tus pensamientos, coge una hoja de papel y anota todos los pensamientos que te hagan sentir condenado. No trates de explicar por qué estás pensándolos, ni trates de racionalizarlos; sencillamente escríbelos tal como vienen a tu mente, sean cual fueren, no importa cuán absurdos te parezcan.

Después que hayas escrito cada pensamiento, pide a Cristo que te muestre si hay otros pensamientos que debes recordar. Puedes usar el siguiente modelo como guía para ayudarte a hacer tu propia oración.

MODELO DE ORACIÓN: “Señor Jesucristo, abro mi ser a Ti para que me traigas a la memoria cualquier otro pensamiento que se meta en mi mente y me haga sentir condenado. Mientras permanezco en silencio delante de Ti, tráelos a mi memoria”.

Permanece quieto por un tiempo, escucha tus pensamientos y agrega a tu lista cualquier otro que venga a tu mente.

Cuando no te vengan más pensamientos, toma tu lista y analiza cada uno de los que has escrito para determinar si es un pensamiento referente a una acción o referente a un sentimiento. El ejemplo a continuación te servirá de guía.

Pensamientos de condenación	Acciones	Emociones
1. (Ej.: No devolviste aquel dinero que le pediste prestado a Jack.)	X	
2. (Ej. Tú no sirves para nada.)		X
3. (Ej.: Le faltaste al respeto a Rose cuando saliste con ella.)	X	
4. (Ej.: Le mentiste a Juan.)	X	
5. (Ej.: Tú eres un fracaso.)		X
6. (Eje: No estabas realmente arrepentido cuando le pediste a Carlos que te perdonara.)		X
7. (Ej.: Nunca serás un verdadero creyente.)		X

Análisis de los pensamientos de condenación.

Tomemos el ejemplo de los pensamientos que condenaban a Roger, Alvaro y Alberto en los capítulos 6 y 8. El primer pensamiento condenaba a Roger por pedir prestado dinero y no devolverlo. Eso es un pensamiento referente a algo que Roger en realidad hizo, pues, cuando pedimos prestado algo tenemos que devolverlo. Él había traicionado la confianza de su amigo. Roger marcó ese pensamiento como una acción.

El segundo pensamiento vino a Alvaro cuando se le olvidó su libro de cheques y le dijo que no servía para nada. Ese pensamiento atacó a Alvaro como persona, ya que se dirigió a sus emociones de autoestima; quiere decir que no tenía nada que ver con un hecho, sino con sus emociones.

Aunque el pensamiento hubiera sido: “Tú no sirves para nada porque has olvidado tu libro de cheques”, igualmente hubiera sido dirigido a sus emociones y no a sus acciones y sólo hubiera usado su acción para reforzar sus emociones de baja autoestima. Por tanto, ese pensamiento debe ser marcado como una emoción.

El tercer pensamiento se refiere a una acción de falta de respeto hacia una persona. Roger marcó ese pensamiento como una acción.

El cuarto pensamiento también se debe marcar como una acción: Dios quiere que nuestro “Sí” sea “Sí”, y que nuestro “No” sea “No”, aun cuando la verdad nos cueste. Al fin y al cabo, es la verdad la que nos hace libre.

El quinto pensamiento que dice: “Tú eres un fracaso, nunca haces algo bien”, es otro ataque a las emociones de autoestima de Alvaro, porque el pensamiento no tiene nada que ver con una acción. Aunque el pensamiento hubiera sido: “Tú eres un fracaso, nunca haces algo bien; mira cómo te metiste por donde no era”, igualmente hubiera sido un ataque a sus emociones porque la acción de meterse por donde no era, hubiera sido usada para reforzar el ataque a su autoestima, haciéndole sentir fracasado. Ese pensamiento de Alvaro tiene que ser clasificado como dirigido a sus emociones.

El sexto pensamiento de condenación: “No estabas realmente arrepentido cuando pediste perdón”, es un pensamiento que confunde a muchos creyentes sinceros, especialmente a aquellos que quieren vivir una vida recta delante de Dios. Ese pensamiento juzga el grado de sus emociones.

Quizás sea verdad que al momento de pedir perdón no te sentías exactamente igual como te sientes ahora, pero, cuando Cristo nos dice (Mateo 5:23-24) que dejemos nuestra ofrenda delante del altar hasta tanto no nos hayamos reconciliado con nuestro hermano, no dice nada en cuanto al grado de tristeza y arrepentimiento que tenemos que sentir para estar verdaderamente reconciliados; más bien, la pregunta es si hemos hecho la acción requerida por Dios en Su Palabra.

Analicemos el sexto pensamiento de condenación. Alvaro había hecho lo que según la Palabra de Dios debía hacer para ser reconciliado con Carlos. Primera de Juan 1:8 nos dice que “si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados” y dado que Alvaro había obedecido lo que Dios le había dicho, ya no quedaba ninguna acción indebida o pecado que pudiera levantar una pared entre Dios y su persona. En conclusión, ese sexto pensamiento atacaba las emociones de Alvaro y por eso tiene que ser clasificado como dirigido a sus emociones.

El séptimo pensamiento de condenación: “Nunca serás un verdadero creyente”, no solamente condena a Alvaro sino también pone en duda el poder y la provisión de Dios. No existe persona alguna que de veras busque a Dios y que no pueda llegar a ser un buen creyente. Lo que casi siempre quisiéramos decir con la frase “ser un verdadero creyente” es que aquella persona no experimenta esa o aquella emoción o tentación, o que nunca cae en ese o aquel pecado. Pero no experimentar cierta emoción o tentación, o nunca caer en cierto pecado no determina si somos verdaderos creyentes. Ser verdaderos creyentes es determinado por la experiencia de haber nacido de nuevo mediante la obra del Espíritu Santo que nos permite apropiarnos de la muerte y la resurrección de Cristo.

Cristo experimentó todas nuestras emociones y tentaciones, aunque sin pecar y Su poder es accesible a cada uno de nosotros para guardarnos de caer en pecado. Quizás en este punto de nuestra vida cristiana todavía no hemos aprendido a apropiarnos de Su poder en el momento de enfrentar una tentación y, por eso, podemos caer en cierto pecado; pero eso no quiere decir que nunca podremos “ser verdaderos creyentes”. Por lo tanto, ese pensamiento atacó las emociones de Alvaro, diciéndole que Dios no era capaz de arreglar su condición. Por consiguiente, ese séptimo pensamiento de condenación no estaba dirigido a una acción que Alvaro había realizado, sino atacaba sus emociones y debía ser marcado en el gráfico como tal.

Toma ahora tu lista de los pensamientos que te condenan y analízalos para ver si son pensamientos que se refieren a acciones o a emociones, y clasifícalos según lo que son. Luego, haz dos listas, una de los pensamientos que se refieren a acciones y la otra de los pensamientos que se refieren a emociones; deja a un lado la lista de los pensamientos que se refieren a emociones. Esos son tus pensamientos obsesivos, con los cuales trataremos en el próximo capítulo.

Coge tu lista de pensamientos que se refieren a acciones, esos son tus pensamientos de convicción. Después de los pensamientos haz tres columnas, con los siguientes títulos: “¿Qué?”, “¿Cómo?”, y “¿Cuándo?” La siguiente ilustración es un ejemplo de los pensamientos de convicción de Roger y Alvaro, que te sirve en el análisis de los tuyos.

Pensamientos de Convicción	¿Qué?	¿Cómo?	¿Cuándo?
1. (Ej.: No devolviste aquel dinero que le pediste prestado a Jack.)	Págaselo	Entrégale US \$15.00 de cada pago.	Empieza con el próximo pago.
3. (Ej.: Le faltaste al respeto a Rose cuando saliste con ella.)	Escríbele una carta y pídele perdón.	Llama a Jenny y pídele la dirección.	Llámalas hasta que te conteste.
4. (Ej.: Le mentiste a Juan.)	Disculpate y dile la verdad.	Llámalos por teléfono.	Llámalos hasta que te conteste.

Análisis de los pensamientos de convicción

Roger trajo cada acción indebida, de su lista, a Dios y le preguntó qué quería que hiciera en cuanto a ellas. Su primer pensamiento de convicción fue: “No devolviste aquel dinero que le pediste prestado a Jack”. Cuando Roger le preguntó a Dios, qué debía hacer en cuanto al dinero, el pensamiento que le vino a la mente fue: “Tienes que devolverlo”.

—Pero no puedo hacer eso —exclamó Roger—, no tengo...

—Espérate, Roger —le interrumpí—, este no es tiempo para hacer preguntas; eso viene después. En este punto hacer preguntas solamente sirve para distraerte. Sencillamente anota

la respuesta que Dios te dio, al lado del pensamiento de convicción.

De esa manera Roger escribió en la columna de “¿Qué?”: Págaselo.

El segundo pensamiento de Roger se refería a la manera como trató a Rose y cuando le preguntó a Dios qué debía hacer al respecto, le contestó: “Escríbele una carta y pídele perdón”.

Nuevamente Roger empezó a protestar: —Pero, no...

—Espera —le dije—. Anótalo, nada más; luego le preguntamos a Dios en cuanto a los “¿Cómo?” y “¿Cuándo?”. Por ahora, sencillamente anota lo que Dios trajo a tu mente.

El tercer pensamiento de convicción de Roger es decir, cuando le mintió a su amigo Juan, lo tratamos de la siguiente manera: Cuando le preguntó a Dios qué debía hacer en cuanto a ello, le respondió: “Discúlpate y dile la verdad”. Entonces Roger lo anotó en la columna de “¿Qué?” del tercer pensamiento de convicción.

Para que puedas oír lo que Dios quiere que hagas acerca de tus pensamientos de convicción, toma tu lista y, como Roger, trae cada pensamiento a Dios y pregúntale *qué* es lo Él quiere que hagas respecto a tus acciones indebidas. Para hacerlo puedes usar el modelo de oración que sigue a continuación:

MODELO DE ORACIÓN: “Señor Jesucristo, quiero que toda mi vida sea arreglada para Ti. Abro todo mi ser a Ti para que puedas hablar conmigo en relación con mis acciones indebidas. El primer pensamiento que viene a mi mente es _____

(ejemplo: que no devolví el dinero que debo a Jack, etc.).

¿Qué quieres que haga respecto a eso?”

Entonces, escucha en silencio para oír qué es lo que Dios trae a tu mente y, sea lo que fuere, escribe lo que oigas o sientes que Él te dice, en la columna bajo el título “¿Qué?” No discutas ni trates de encontrar razones a lo que viene a tu

mente, sencillamente anótalo. Luego, sigue con el segundo pensamiento y, usando el mismo modelo de oración, escucha lo que Dios te dice y escríbelo. De esa manera sigue adelante hasta que hayas orado por cada situación y hayas recibido una respuesta para cada pensamiento de convicción de tu lista. Ahora estás listo para pasar a la columna “¿Cómo?”

Después de Roger conocer *qué* debía hacer con todas sus acciones indebidas, tenía que averiguar *cómo* Dios quería que lo hiciera; y ahora sí había llegado el tiempo de hacerle las preguntas.

Al primer pensamiento de convicción Roger tenía que responder devolviendo el dinero que había pedido prestado.

—Pero, Dios —protestaba Roger—, Tú sabes que no tengo tanto dinero. ¿Cómo puedo devolverlo todo?

Cuando Roger escuchó la respuesta de Dios, el pensamiento que vino a su mente fue: “Dale US \$15.00 de cada pago hasta que hayas devuelto la totalidad de lo que te prestó”. Sin discutir con Dios, escribió lo que pensó en frente del pensamiento, en la columna titulada: “¿Cómo?”

En cuanto al segundo pensamiento de convicción Roger había oído que debía escribir una carta a Rose y disculparse por la manera en que se había comportado con ella.

—Pero, Dios—protestaba otra vez—, ni siquiera sé dónde vive ahora. ¿Cómo puedo escribirle una carta? He perdido todo contacto con ella.

Al escuchar la respuesta de Dios a su pregunta, Roger se acordó de Jenny, una amiga en común, que sabía la dirección de Rose y él sí tenía el número telefónico de Jenny. Roger escribió todo eso en la columna “¿Cómo?”, frente al segundo pensamiento.

En relación con el tercer pensamiento, Roger había oído que debía disculparse con Juan y decirle la verdad. Al orar al respecto, pensó que debía llamarlo por teléfono para decirse lo y eso exactamente escribió en la columna “¿Cómo?”, frente al tercer pensamiento de convicción.

Seguidamente, toma tu lista y trae la columna “¿Cómo?” de cada pensamiento de convicción a Dios, para precisar

cómo quiere Él que tú hagas lo que te dijo que debías hacer. Trae todas tus preguntas referente al “Qué” que Dios te dijo y escucha Su respuesta.

MODELO DE ORACIÓN: “Señor Jesucristo, cuando te pregunté qué debo hacer respecto a _____

(ejemplo: el dinero que adeudo a Jack, etc.)

el pensamiento que vino a mi mente fue debo devolverlo, etc.. Pero Dios, _____

(ejemplo: Tú sabes que no tengo tanto dinero, etc.).

Entonces, ¿Cómo quieres que lo haga?”

Espera en silencio delante de Dios hasta que oigas o sientas Su respuesta. No discutas con Su respuesta, sino anótala en la columna “¿Cómo?” Continúa orando y escuchando las respuestas para cada uno de los otros pensamientos de convicción, anotándolas en la respectiva columna. Cuando termines, sigue con la columna titulada: “¿Cuándo?”

Roger continuó con la columna “¿Cuándo?”: ¿Cuándo debía realizar lo que Dios le había traído a su mente? Cuando escuchó la respuesta de Dios al primer pensamiento de convicción, sintió que Dios le dijo: “Empieza con tu próximo pago”.

Nuevamente Roger empezó a discutir: —Pero... Dios, quería comprar unos casetes y....

—Espérate, Roger —le detuve—. Pediste a Dios que te mostrara la manera de salir de este embrollo en que te encuentras; no le discutas. Siempre vas a encontrar alguna razón para no hacer lo que Él te dice; por eso es que todavía estás metido en este conflicto. Sencillamente escribe lo que Él te dice en la columna “¿Cuándo?”

La respuesta al segundo y tercer pensamiento de Roger fue que debía tratar de llamar a Jenny y a Juan aquella noche

y si no le contestaban debía insistir diariamente hasta poder hablar con ellos. Anotó las respuestas en la columna “¿Cuándo?”

Ahora, toma tu lista de los pensamientos de convicción y, con el siguiente modelo de oración, pregunta a Dios *cuándo* quiere que hagas lo que has oído o sentido que Él desea que hagas con tus pensamientos.

MODELO DE ORACIÓN: “Señor Jesucristo, he escrito lo que me has dicho que debo hacer con _____

(ejemplo: el dinero que tengo que devolver a Jack, etc.);

ahora, dime por favor, ¿cuándo quieres que _____

(ejemplo: empiece a darle los US \$15.00 de cada pago, etc.)?

Otra vez, permanece en silencio y espera los pensamientos que Dios trae a tu mente y, sin discutir, escribe en la columna “¿Cuándo?”, lo que venga a tu mente. Continúa en esa forma hasta terminar tu lista.

Dado que Roger estaba plagado de pensamientos de condenación, era de esperarse que en ese punto otros pensamientos se metieran en su mente, y así fue: “Pero, ¿cómo puedo saber que todo esto viene de Dios? ¿Cómo puedo saber que no me imaginé todo?” Para contestar esta pregunta tenemos que revisar nuestras luces de aterrizaje para distinguir entre la voz de Dios, y nuestros propios pensamientos.

Revisando las luces de aterrizaje

Aún después de haber venido a Dios con el propósito explícito de escucharle y recibir Sus respuestas, tenemos que continuar en una actitud de humildad, y recordar que aunque Dios quiere hablar con nosotros, Sus pensamientos se registran en el mismo cerebro que nosotros usamos para pensar.

Por lo tanto, toma tu lista de respuestas y revísalas con las luces de aterrizaje de Dios que se encuentran en el capítulo nueve.

Cuando Roger revisó su lista de respuestas, encontró lo siguiente:

Luz # 1. Devolver lo prestado, pedir perdón a alguien a quien le hemos faltado al respeto y decir la verdad, son conductas que ciertamente están de acuerdo con el espíritu básico de la Palabra de Dios. Por tanto, la primera luz de aterrizaje de Roger estaba encendida.

Luz # 2. ¿Sentía Roger paz interior y la certeza de que era bueno y correcto devolver el dinero prestado?

—Sí —contestó—, sé que eso es lo que debo hacer, aunque ello quiera decir que tengo que esperar para comprar esos casetes.

Cuando Roger reflexionó respecto a cómo se sentía al tener que escribir la carta a Rose y decirle la verdad a Juan, dijo:

—Ciertamente no me agrada hacer todo aquello y quisiera no tener que hacerlo, pero sé que es lo correcto hacerlo.

La segunda luz estaba encendida.

Luz # 3. Roger y yo habíamos trabajado juntos en su lista, por tanto yo, como creyente, pude asegurarle que estaba de acuerdo en que lo que había anotado, venía de parte de Dios. A la vez, le animé a ponerse en contacto con otro creyente maduro para tener otro concepto de lo que Dios quería para él. Su tercera luz de aterrizaje estaba encendida.

Luz # 4. Las circunstancias de Roger le permitían hacer lo que él había oído a Dios decirle. Él sí podía devolver US \$15.00 de cada pago que recibía; desde luego tendría que esperar para comprar los casetes que quería, pero, eso podía esperar. También tenía el número telefónico de Jenny y ella podría darle la dirección de Rose. Y, él podía, aunque no quisiera tener que hacerlo, llamar a Juan y decirle la verdad acerca de lo que le había mentado. Su cuarta luz de aterrizaje estaba encendida.

Luz # 5. ¿Tenía Roger una promesa especial de Dios respecto a lo que sentía que Dios quería de él? Sí, Dios dice en el Salmo 24:3-4 que sólo los de manos limpias y corazón puro pueden entrar al Monte Santo donde Dios habita. Roger no podía verse a sí mismo como un niño pequeño corriendo hacia Cristo y metiéndose entre sus brazos, pero si sus manos eran limpias y su corazón puro por el perdón de Cristo, él podría entrar al mismo lugar donde Dios habita y la barrera de acciones indebidas que no le permitía meterse entre los brazos de Cristo, dejaría de existir. Su quinta luz de aterrizaje estaba encendida.

Luz # 6. ¿Roger de veras podía hacer lo que Dios le había pedido que hiciera? Para saber eso, él tenía que tomar la decisión de efectivamente sacar los US \$15.00 de cada pago y entregarlos a Jack; y también realmente marcar el teléfono de Jenny y de Juan.

Cuando Juan contestara el teléfono, Roger tenía que abrir su boca y referirse a la mentira, decirle la verdad y pedirle perdón. Llamarle, y hablar de otro tema que no fuera la mentira que le había dicho, no hubiera sido obedecer a Dios.

De igual manera cuando Jenny contestara el teléfono, Roger tenía que decidir abrir su boca y pedirle la dirección de Rose; no podía hablar de la lluvia de ayer ni de otros temas y luego despedirse, él tenía que tomar la decisión de realmente pedir lo que Dios le había dicho que pidiera, o sea, la dirección de Rose. En su caso, Jenny realmente tenía la dirección y por tanto él podría escribir la carta. Si Jenny no hubiera tenido la dirección, entonces Roger hubiera tenido que expresarle a Dios esa situación y pedirle que le indicara qué debería hacer en ese caso.

En el caso de que tú hayas tratado de hacer algo que sentiste que Dios te dijo que debías hacer y llegaste a un callejón sin salida, el siguiente modelo de oración te podrá ayudar a hablar con Dios al respecto.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, entiendo que Tú querías que yo _____

(ejemplo: llamara a Jenny y consiguiera la dirección de Rose, etc.),

hice eso y _____

(ejemplo: Jenny no tiene su dirección, etc.).

¿Hay algo más que quieres que yo haga?"

Entonces, escucha atentamente y si te viene algún otro pensamiento acerca de lo que debes hacer, compruébalo con las luces de aterrizaje y, si están encendidas haz lo que te dijo. Si Dios no te indica nada más, entonces entrégale toda la situación con el siguiente modelo de oración.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, entendí que Tú querías que yo _____

(ejemplo llamara a Jenny para conseguir la dirección de Rose, etc.)

lo hice y _____

(ejemplo: Jenny no tenía la dirección, etc.)

y como no me has dicho nada más a cerca de lo que debo hacer, te entrego esta situación. Por favor, encárgate de eso. Yo decido aceptar que Tú te has encargado de este asunto, y que está fuera de mis manos tratar de resolverlo ahora. Más bien, cuándo Tú quieras que

(ejemplo: le pida perdón, etc.)

por favor, arregla la situación de tal manera que yo pueda hacer lo que me dijiste. Cuando se presente la situación que Tú vas a arreglar, recuérdame que debo hacerlo y dame el poder que necesito para llevarla a cabo. Mientras tanto, decido aceptar que por ahora esto es problema tuyo y lo echo de mi mente en el nombre

de Cristo; decido aceptar que no tengo que preocuparme más de este asunto. Gracias por poder encargarte de esto”.

Ahora Roger había llegado al momento en que tenía que decidir decir, Sí, a Dios:

—Sí, decido retirar US \$15.00 de cada pago y entregarlos a Jack. Decido no comprar aquellos casetes.

—Sí, decido sentarme a escribir esa carta a Rose y pedirle disculpas por mis acciones.

—Sí, decido llamar a Juan y decirle la verdad.

Ahora aparecía otro problema: ¿Qué les iba a decir realmente a Rose y a Juan cuando les pidiera disculpas? Los siguientes puntos pueden servir como guía para ayudarnos a pedir perdón por alguna acción indebida que hemos hecho.

Pidiendo perdón

Antes de pedir perdón tenemos que saber exactamente por qué estamos disculpándonos. Si no tenemos eso bien claro, tenemos que hablar con Dios a fin de precisar los hechos, antes de hablar con cualquier persona.

Al pedir perdón a alguien, hay varios puntos que recordar para que se lleve a cabo una restauración de la relación entre las dos personas involucradas.

1. *Pide perdón por la parte del problema que te corresponde a ti*, ya que estás reconociendo la falta *tuya*, no la de la otra persona; estás poniéndote en contacto con la otra persona con el fin de arreglar *tus* acciones indebidas. No te disculpes por nada más, ni nada menos.

Este no es el momento de sacar a la luz las acciones indebidas de la otra persona; pero tampoco debes asumir la responsabilidad por las acciones indebidas de él o ella. Aunque, a veces, Dios puede usar el hecho de que tú pidas perdón, para abrir el entendimiento de la otra persona acerca de sus acciones indebidas, este no es el objetivo de que tú te disculpes

—tú estás disculpándote sencillamente con el fin de arreglar *tus* acciones indebidas.

2. *Dile a la persona la razón por la cual estás pidiendo perdón*. En el caso de Roger su carta a Rose podría haber sido: “Dios está obrando en mi vida en estas últimas semanas y estoy tratando de poner en orden todo mi pasado. Te escribo esta carta porque una de las cosas que Dios ha traído a mi memoria es...”.

3. *Al pedir perdón, usa la palabra “y” en vez de “pero”*. Muchas veces tratamos de disculparnos diciendo: “Siento mucho haberte hecho eso, pero fue que tú me hiciste esto y eso y aquello”. Eso no es pedir perdón, eso es criticar al otro.

Cuando agregamos un “pero” a la frase de disculpas, anulamos todo lo que dijimos antes de la palabra “pero”. Además al hacerlo, podemos realmente convertir la situación en algo peor que lo que era antes que nos disculpáramos. Todo lo que sentimos que la otra persona ha hecho mal y que quisiéramos hacerle recordar, agregando a nuestra frase de disculpas después de la palabra “pero”, tenemos que entregarlo a Cristo para que Él lo cargue en la cruz.

Podemos decir frases tales como: “Siento mucho lo que te dije, y te pido que me perdones por el dolor que te causé”.

4. *Dile específicamente por cuál acción indebida estás pidiendo perdón*. A veces, pedimos disculpas de una manera tan vaga que la otra persona, ni siquiera, sabe de qué estamos hablando.

Un día una persona se me acercó y me dijo:

—Arline, quiero decirte, sencillamente, que te perdono por lo que me has hecho.

—Muchas gracias, hermano, por perdonarme —le contesté, mientras le daba vueltas a mi mente tratando de imaginarme qué podría haber hecho yo—. ¿Podrías decirme, por favor, qué fue lo que te hice que te causó tanto dolor, para que yo pueda pedirte perdón y arreglar el asunto contigo? —le pregunté.

—No —me contestó—, todo está arreglado y sólo quería decirte que te he perdonado.

—Me siento muy contenta de ser perdonada, sin embargo, si no sé qué fue lo que te hice, de repente podría volverlo a hacer sin darme cuenta del dolor que te causo. Por favor, dime qué fue lo que te hice para no repetirlo en el futuro.

—No —me dijo—. Ya pasó todo y no voy a traerlo de nuevo; sólo quería que tú supieras que estás perdonada.

Hasta el día de hoy no sé qué fue lo que le hice y le causó tanto dolor. Me agradó saber que lo que le había hecho estaba resuelto, pero hubiera querido saber por qué me estaba perdonando esa persona.

Roger hubiera podido escribir en su carta algo semejante a: “Rose: Estoy escribiéndote esta carta, porque Dios me mostró que hice mal forzándote a ir más allá de lo que querías, aquella noche que salimos juntos. Lo que te pedí no fue correcto y tampoco que no te respetara como persona, ni tus deseos”. (O si la situación fue al revés: “No fue correcto que yo cediera a lo que me pediste”).

5. *Pide a la persona que te perdone por tu acción indebida.* Roger hubiera podido terminar su carta: “Por favor, perdóname por faltarte al respeto y por la manera en que te traté”.

6. *Recuerda hablar con la persona como tú quisieras que te hablara a ti si tuviera que pedirte perdón.* A medida que vas escribiendo o hablando, sigue pensando dentro de ti: “Si esta persona se acercara a mí para hablarme de ese asunto, ¿cómo me gustaría que me dijera lo que le voy a decir a ella?”

Al devolver el dinero, escribir la carta y hacer la llamada a Juan, Roger cumplió su parte para arreglar sus acciones indebidas; había realizado lo que Dios le había dicho que debía hacer con su lista de pensamientos de convicción. Si Rose y Juan le perdonaban, no era problema de Roger. Él había cumplido su parte, y Dios se encargaría del resto.

Otra vez, mira tu lista: si hay algo por lo cual tienes que pedir perdón, pregunta a Dios cómo ve Él lo que has hecho; ¿exactamente respecto a qué, o cuál parte debes pedir perdón? La oración modelo puede ayudarte a hacer tu oración.

MODELO DE ORACIÓN: “Señor Jesucristo, creo que me has dicho que debo pedir perdón a _____
(ejemplo: Rose)

por _____
(ejemplo: faltarte al respeto cuando salimos juntos, etc.).

Por favor, dime realmente qué fue lo que yo hice que no debí haber hecho cuando yo _____
(ejemplo: le falté al respeto, etc.).

Específicamente cuál fue la acción o la actitud por la cual debo pedirle perdón? ¿Cómo ves Tú el asunto?”

Entonces, mantente en silencio delante de Dios y mira qué te trae a la memoria. Él quiere comunicarte Sus pensamientos; escucha para que puedas oír su “silbo apacible”, y anota lo que te dice.

Ahora, toma la decisión de hacer todo lo que has escrito en tu lista de pensamientos de convicción. Al terminar de arreglar lo concerniente a un pensamiento, táchalo, y anota la fecha en que lo solucionaste. De igual manera sigue con cada uno hasta terminar todos los pensamientos de la lista. Luego, da gracias a Dios porque todo ha sido arreglado.

En este momento, no botes la lista, quizás la vas a necesitar cuando trabajes con tu lista de pensamientos obsesivos. Hablaremos de esta tema en el próximo capítulo.

Modelos de oración para pensamientos obsesivos

En el capítulo anterior clasificamos nuestros pensamientos de condenación, en pensamientos referentes a acciones indebidas (los cuales llamamos “pensamientos de convicción” relativos a pecados que no han sido arreglados), y los pensamientos referentes a emociones (los cuales llamamos “pensamientos obsesivos” relativos a todo lo que no son acciones indebidas, o que tratan acerca de algo que ya ha sido arreglado. Demostramos cómo analizar los pensamientos de convicción y sugerimos modelos de oración para ayudarnos a entender y oír lo que Dios quiere decirnos en cuanto a ellos.

En este capítulo analizaremos los pensamientos que nos condenan en cuanto a nuestras emociones y llegan a convertirse en verdaderas obsesiones. Estos pensamientos obsesivos incluyen los que tratan con hacernos algún daño o destruirnos a nosotros mismos, a otros o la relación que tenemos con otros. Esos pensamientos llegan a ser tentaciones, y los llamamos “obsesivos” para distinguirlos de los pensamientos de convicción del capítulo anterior.

En este capítulo encontrarás sugerencias y oraciones para ayudarte a analizar tus pensamientos obsesivos: distinguiendo la “verdad” parcial que ha sido retenida en el pensamiento, encontrando la verdad que ha sido removida, destapando las mentiras agregadas y descubriendo las promesas de Dios que han sido ignoradas. Eso te ayudará a encontrar los argumentos y toda altivez que se levanta en contra de lo que Dios sabe que es la verdad acerca de tu situación (2 de Corintios 10:3-6).

Puedes usar los modelos de oración para ayudarte a hablar con Dios de una manera concreta y para oír lo que Él está tratando de comunicarte sobre aquellos pensamientos. Las oraciones modelo también te ayudarán a renunciar a las mentiras, a los pensamientos y a las acciones compulsivas a que esos pensamientos te pueden llevar si actúas basándote en ellos. Todo eso forma parte de las fortalezas, argumentos y toda altivez que se levanta en contra de lo bueno que Dios quiere traer a tu vida.

Toma ahora la lista de pensamientos obsesivos que separaste de los pensamientos de convicción en el capítulo anterior, agrega cualquier otro que venga a tu mente en cuanto a ti mismo, a otros o a lo que tú piensas que otros piensan de ti o a la vida en general. Recuerda que esos también incluyen cualquier pensamiento que te condene a ti mismo, a otros o a la vida en general, también los que se refieren a acciones indebidas frente a las cuales no hay evidencia de que fueron realmente cometidas o que fueron cometidas pero ya han sido sanadas; los pensamientos obsesivos también se refieren a acciones que sanaste en el capítulo anterior y que vuelven a condenarte.

Si encuentras pensamientos relacionados con lo que otros te han hecho a ti, antes de seguir adelante, entrega el dolor de lo que te han hecho a Cristo para que tus heridas sean sanadas así como lo mencionamos en el capítulo dos, y luego, cualquier pensamiento de esta clase que persista en volver inclúyelo en tu lista de pensamientos obsesivos. En tu lista añade también los pensamientos obsesivos que te inducen a actuar en contra de ti mismo o de otros.

Ejemplos de pensamientos obsesivos son los que perseguían a Marcos, cuando pensaba que no le importaban lo suficiente las personas que iban al infierno (capítulo 1), y los de Alvaro, que le decían que nunca se había arrepentido completamente de todo (capítulo 8). Ejemplos de pensamientos que nos llevan a acciones compulsivas son los de Alberto, que tenía que llamar a Wanda para ver si estaba con otro (capítulo 6), y los de John, que tenía que regresar para cerciorarse de si había atropellado a alguien con el auto (capítulo 7). Vamos a usar unos de los pensamientos de los casos anteriores para ayudarte a analizar tus pensamientos obsesivos.

Después de definir los pensamientos obsesivos en tu lista, haz cuatro columnas y titúlalas: “Verdad parcial”, “Verdad removida”, “Mentiras agregadas” y “Promesas ignoradas”. Puedes usar el siguiente cuadro como guía.

Pensamientos obsesivos	Verdad parcial	Verdad removida	Mentiras agregadas	Promesas ignoradas
1. Ej.: Olvidaste tu chequera; eres un fracaso.	Olvidaste tu chequera, no puedes pagar.	Muchas veces no has olvidado nada.	Tú eres culpable porque te has olvidado; siempre fallas en todo.	Dios perdona nuestras fallas y te hace una nueva persona
2. Ej.: No te sentiste triste al pedir perdón; nunca serás un verdadero creyente.	En aquel tiempo no sentiste igual que lo que sientes ahora.	Obedeciste a Dios e hiciste lo que te dijo que debías hacer en cuanto a tus acciones indebidas.	El valor de pedir perdón depende del estado de tus emociones y determina tu condición espiritual.	El perdón de Dios está basado en Su fidelidad, no en el estado de tus emociones.
3. Ej.: Has tratado todo y nada te sale bien. Tienes que llamar a Wanda, porque ahora mismo está con otro.	Has tratado muchas cosas y algunas no te han resultado bien, Wanda es fiel a sus promesas; estaba sola cuando la llamaste hace quince minutos.	Has tratado todo lo que hay para tratar; y Wanda es igual a todas la otras novias que has tenido.	Dios provee una salida para cada tentación; Él quiere darme buenas dádivas.	Dios provee una salida para cada tentación; Él quiere darme buenas dádivas.

Análisis de los pensamientos obsesivos

En el primer ejemplo, los pensamientos obsesivos de Alvaro le decían continuamente, que era un fracaso. Si se le olvidaba la cosa más insignificante, sus obsesiones le decían que no servía para nada, que no podía hacer nada bien, que nadie más era tan estúpido como él, que era un fracaso total.

Al analizar sus pensamientos obsesivos, encontró algo de verdad en ellos: él sí había olvidado el libro de cheques y por eso no pudo pagar lo que quería comprar. Esa verdad parcial llamó toda la atención de Alvaro, y le atrajo a tal grado, que le hizo aceptar todo el pensamiento como si fuera la verdad total. Entonces, en la columna nombrada "Verdad parcial", Alvaro escribió esa "verdad parcial" que estaba retenida en el pensamiento.

El segundo pensamiento obsesivo de Alvaro también tenía un poco de la verdad total. Era cierto que sus emociones eran diferentes a las que había sentido en el momento de pedir perdón y eso le causó tanto temor, que no notó que otras verdades habían sido removidas y algunas mentiras habían sido agregadas a su pensamiento. Al descubrir esa poca verdad retenida en su pensamiento, Alvaro la escribió en la columna bajo el título "Verdad parcial".

El pensamiento obsesivo de Alberto (ejemplo # 3) también tenía algo de la verdad total. Había tratado muchas cosas y muchas no le habían salido bien. Esa verdad le dio tanto terror que no pudo ver que había algo más que esa "verdad parcial" en el pensamiento, y la aceptó como la verdad total. Tuvo que descubrir esa "verdad parcial" y colocarla en su respectiva columna.

Ahora, toma tu lista de pensamientos obsesivos, evalúalos para distinguir la parte de verdad que hay en cada pensamiento. Recuerda que la verdad total no tiene ninguna exageración ni distorsión. Cualquier exageración o distorsión que encuentres en el pensamiento, ha sido agregado y es una mentira. Quizás has aceptado las exageraciones y distorsiones por tanto tiempo, que ahora ni siquiera puedes distinguir entre la verdad y aquellas exageraciones y distorsiones.

Si es así, exponle tu situación a Dios. Pídele que te muestre cómo ve Él tus pensamientos. ¿Cuál es la verdad parcial de ese pensamiento que te atrae a tal grado y te hace aceptar todo el pensamiento como si fuera la verdad total? La oración modelo que sigue te puede ayudar.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, mi pensamiento obsesivo me dice que _____

(ejemplo: como se me olvidó la chequera, soy un fracaso total, como siento algo más intenso ahora, tengo que pedir perdón de nuevo, etc).

Por favor, muéstrame cómo ves ese pensamiento. A mí me parece que todo es verdad porque no puedo distinguir entre la verdad y la mentira. ¿Cuál es la verdad parcial que me llama tanto la atención y me hace creer que todo es verdad?"

Ahora espera atentamente delante de Dios y escucha Su respuesta. ¿Qué es lo que viene a tu mente? Si tu mente queda en blanco, decide usar la autoridad que Cristo te ha dado como hijo de Dios, para renunciar al enemigo que no quiere que oigas la verdad de Dios y seas libre. Puedes usar la siguiente guía de oración.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, yo decido aceptar la autoridad que me pertenece como hijo de Dios por medio de lo que Tú hiciste por mí en la cruz. En el nombre de Cristo, yo renuncio a usted que no me permite oír la verdad de Dios en cuanto a mi pensamiento obsesivo y le ordeno que salga de mi vida. Yo cierro la puerta por donde tiene acceso a ella, en el nombre de Cristo, y reclamo este territorio de mi vida que estaba bajo la influencia de este pensamiento y lo dedico a

Cristo. Cristo, te declaro Rey de este territorio de mi vida y decido aceptar que en ese pensamiento hay un poco de verdad y mucho de mentira. Decido oír y aceptar lo que Tú quieres decirme. Por favor, muéstrame qué parte de ese pensamiento es la verdad parcial que me atrae.

«Señor Jesucristo, lo que viene a mi mente es que parte de la verdad es el hecho de que _____

(ejemplo: se me olvidó mi chequera, ahora siento diferente a lo que sentía cuando pedí perdón, etc).

No racionalices o discutas con cualquier verdad que Dios te muestre; sencillamente escríbelo en la columna titulada “Verdad parcial”. Si aún tienes problema para oír la respuesta a ese pensamiento, déjalo a un lado y sigue adelante con los demás; déjalo para el final.

Ahora, busca la verdad que ha sido removida de tus pensamientos obsesivos.

La verdad removida del primer pensamiento obsesivo de Alvaro era que muchas veces no había olvidado nada y olvidar el libro de cheques era parte normal de la vida de un ser humano. La verdad era que él no era, como el pensamiento le acusaba, la única persona que “hubiera hecho algo tan estúpido como olvidar su chequera”; la verdad era que había hecho muchas cosas muy bien; la verdad también era que esa llamada “falla”, propia de un ser humano que a veces olvida cosas, no le hacía ser un fracasado. Alvaro anotó estas verdades en la columna llamada “Verdad removida”.

El segundo pensamiento obsesivo de Alvaro suprimía su acto de obediencia cuando hizo lo que Dios le dijo que debía hacer en cuanto a sus acciones indebidas. Alvaro había obedecido a Dios y esta verdad había sido removida de su pensamiento obsesivo. Otra verdad que había sido suprimida era que ser un verdadero creyente no dependía de nunca ser tentado o hacer nada indebido y tampoco dependía de la intensidad de sus emociones. Todas estas verdades habían

sido removidas de su pensamiento obsesivo, y debían ser escritas en la columna correspondiente.

Cuando Alberto analizó su pensamiento obsesivo, descubrió que contrario a sus anteriores novias, Wanda había permanecido fiel a él. Cuando le llamó estaba sola y no había posibilidad de que alguien estuviera con ella después. Otra verdad que había sido removida era que cada vez que Alberto llegaba de sorpresa a la casa de Wanda para sorprender al hombre que sus pensamientos obsesivos le decían que estaba con ella, la encontraba sola o estaba con los niños que cuidaba. Alberto colocó todo eso en la columna llamada “Verdad removida”.

Toma tu lista de pensamientos obsesivos y pide a Dios que te muestre qué verdades han sido suprimidas de tus pensamientos. Quizás has sido tan atraído por lo poco de verdad retenida en tus pensamientos, que no has notado que hay muchas verdades que han sido removidas, o quizás has olvidado por completo que esas verdades existieron. La oración modelo te ayudará a escuchar a Dios para oír la verdad que Él sabe que ha sido suprimida.

MODELO DE ORACIÓN: “Señor Jesucristo, mi pensamiento obsesivo me dice que _____

(ejemplo: como se me olvidó la chequera soy un fracasado, tengo que llamar a Wanda porque ahora mismo está con otro, etc.).

Señor Jesucristo, ¿cuál es la verdad que ha sido removida de este pensamiento? Abro mi ser a Ti para que puedas decirme la verdad que Tú sabes que ha sido suprimida de ese pensamiento. Lo que viene a mi mente, Señor Jesucristo, es que una verdad que no está incluida es la que me dice que _____

(ej.: he obedecido lo que Tú me dijiste que debía hacer en cuanto a mis acciones indebidas, Wanda es muy fiel en cumplir sus promesas, etc.).”

Permanece en silencio delante de Dios y escucha las respuestas que él traiga a tu mente respecto a cada pensamiento. No discutas con lo que te traiga, tampoco insistas en que no tiene sentido. Sencillamente anota todo lo que te dice en la columna “Verdad removida”. Entonces, sigue con la columna “Mentiras agregadas”.

Cuando Alvaro examinó su primer pensamiento obsesivo, encontró que el hecho de olvidar los cheques había sido distorsionado y aumentado hasta el punto de quedar al mismo nivel de una acción indebida efectuada con intención; olvidar una chequera ya no era algo normal que podía ocurrirle a cualquier ser humano, sino, le hacía culpable, había fallado, había pecado.

Otra mentira exageraba el hecho de haber olvidado algo: “Olvidar tu chequera quiere decir que *todo* lo que haces está mal; tú *nunca* haces *nada* bien y eso quiere decir que *nunca* vas a hacer *nada* bien y por eso no sirves para *nada*. ¡Tú eres un fracaso y siempre lo serás!” Aunque Alvaro no sintió que esas eran mentiras él decidió reconocerlas como tal y las anotó en la columna de “Mentiras agregadas”.

En el segundo ejemplo, el pensamiento obsesivo de Alvaro le decía que tenía que arrepentirse vez tras vez por el mal que había hecho, porque cada vez que se arrepentía sus emociones cambiaban y no se sentía tan arrepentido como pensaba que debería estarlo. La mentira agregada le decía que su arrepentimiento estaba basado en sus emociones en vez de sus acciones.

Quizás algunos pensamientos en cuanto a las acciones indebidas que sanaste en el anterior capítulo te molestan de nuevo; quizás tus pensamientos te dicen que no sanaste la situación debidamente. Todos esos pensamientos tienen una mentira agregada que dice que nuestro perdón depende de la intensidad de nuestras emociones y eso tiene que ser anotado en la columna titulada “Mentiras agregadas”.

En el tercer ejemplo, Alberto descubrió en su pensamiento obsesivo una mentira que decía que había tratado *todo* lo que era posible tratar, que *nada* había hecho ninguna diferencia y

que *todo* resultaría mal *siempre*. La mentira que le dijo que Wanda estaba con otro, aunque había estado sola hacía 15 minutos cuando le llamó, era una mentira tan grande que aun Alberto la reconocía como tal, pero no podía hacer nada en contra de actuar basado en sus pensamientos porque eran producto de los traumas derivados de sus relaciones con sus novias anteriores, y que no habían sido sanados. Así que, esos pensamientos obsesivos que habían llegado a ser tentaciones, atacaban a Alberto, como todas nuestras tentaciones lo hacen, exactamente en el lugar donde somos más débiles y vulnerables. El resumen de todo esto Alberto lo anotó en la columna de “Mentiras agregadas”.

Ahora, coge tu lista de todos los pensamientos obsesivos y pide a Dios que te muestre las mentiras que han sido agregadas a tus pensamientos. Esas mentiras se levantan en contra de lo que Dios sabe que es la verdad en tu situación. Puedes usar la siguiente oración como guía.

MODELO DE ORACIÓN: “Señor Jesucristo, abro mi ser a Ti para oír Tu voz. El pensamiento obsesivo que viene a mi mente es que _____ (ejemplo: soy un fracaso, he tratado todo y nada da resultado, y esto tampoco resultará, etc.).

Por favor, muéstrame las mentiras que han sido agregadas a este pensamiento”.

Cualquiera que sea el pensamiento que Dios trae a tu mente, anótalo en la columna de “Mentiras agregadas”. Si tu mente queda completamente en blanco, entonces renuncia al que no te permite oír la voz de Dios. Si otra mentira entra en tus pensamientos, tal como: “Tú eres mío y nunca te librarás de mí”, renuncia al que te dice esas mentiras en contra del poder de Dios.

MODELO DE ORACIÓN: “En el nombre de Cristo de Nazaret, yo ato y echo fuera de mi vida esa fuerza demoníaca que me dijo que _____

(ejemplo: le pertenezco a él y, por eso, no puedo ser libre, etc.).

Con la autoridad que me ha sido otorgada como hijo de Dios, le digo ahora: salga de mí, vaya al abismo y nunca vuelva otra vez. En el nombre de Cristo, cierro la puerta en mi vida que fue abierta al Reino de las Tinieblas y por donde entró esa fuerza demoníaca. Yo declaro y acepto que Cristo me hace libre; acepto que como hijo suyo puedo oírle hablar conmigo. Ahora, Dios mío, te pido basado en lo que Cristo hizo por mí, que me hables en forma tan clara que pueda oírte y discernir Tus pensamientos”.

Ahora, nuevamente, permanece en silencio, escucha el silbo apacible de Dios y escribe cualquier pensamiento que Dios te traiga sin tratar de discutirlo o evadirlo. Quizás lo que viene a tu mente te parece sin sentido; escríbelo de todos modos y quizás más tarde podrás entenderlo. Cuando llegues al fin de tu lista sigue a la columna titulada: “Promesas ignoradas”.

El primer pensamiento obsesivo de Alvaro ignoraba el hecho de que Dios no nos condena por olvidar algo. Cuando a los discípulos se les olvidó llevar pan en el barco, Cristo no les condenó (Marcos 8:14-21). Los discípulos, igual que Alvaro, se sentían culpables y entendían las palabras de Cristo como si estuviera condenándolos; pero Cristo sencillamente no prestó más atención al pan olvidado; lo aceptó como algo normal y algo por lo cual no valía la pena preocuparse.

Dios también prometió a Alvaro que le haría una nueva criatura y que todo sería hecho nuevo. Desde luego eso no quería decir, que nunca más volvería a olvidar su libreta de cheques; eso era algo tan insignificante que, ni siquiera, valía la pena preocuparse por ello; pero, sí, quería decir que Dios le había prometido cambiarle de ser un fracasado a ser una

persona victoriosa en Cristo Jesús. El pensamiento obsesivo ignoraba la promesa y el poder de Dios de hacer de Alvaro una nueva persona. Esa promesa correspondía a la columna: “Promesas ignoradas”.

El segundo pensamiento obsesivo de Alvaro contenía la clase de condenación que puede paralizar la vida de personas por años. Desviaba el enfoque de Alvaro de las promesas de Dios y lo centraba en la condición de sus emociones. Cuando reconocemos nuestras acciones indebidas y las confesamos, Dios ha prometido perdonarnos y Él es fiel en hacerlo (1 de Juan 1:8).

Nuestro perdón está basado en la fidelidad de Dios y no en el estado de nuestras emociones. Si nuestro perdón estuviese basado en el estado de nuestras emociones, nuestra condición espiritual estaría en un caos completo por los cambios constantes de nuestras emociones. Nunca podríamos estar seguros de nuestra condición delante de Dios. El pensamiento obsesivo de Alvaro ignoraba la fidelidad de Dios, por eso tenía que escribirlo en su debido lugar en la lista.

Alberto sabía que su pensamiento obsesivo que le decía que Wanda estaba con otro, era una total mentira, sin embargo, no podía resistir la tentación de actuar conforme a ese pensamiento y por eso llamaba para verificarlo vez tras vez. Eso ignoraba la promesa de Dios que dice que siempre proveerá una vía de escape para cada tentación.

Alberto, ni siquiera, se daba cuenta de que ese pensamiento obsesivo era una tentación y que, si persistía en llevar a cabo la acción compulsiva, dañaría por completo la relación hermosa que Dios quería darle. No se daba cuenta de que esos eran argumentos y pretensiones que se levantaban en contra de lo que Dios sabía que era la verdad respecto a Wanda. El pensamiento obsesivo ignoraba que Dios le había dado toda la armadura espiritual para que Alberto pudiera luchar en contra de las fuerzas de las tinieblas que querían usar sus acciones compulsivas para destruir su relación con Wanda. También, ignoraba la autoridad que, como hijo de Dios,

Alberto había heredado en Cristo para derribar esa fortaleza del enemigo en su vida.

Una vez más, toma tu lista de pensamientos obsesivos y analízalos para descubrir las promesas ignoradas en ellos. Pide a Dios que te muestre cuáles son esas promesas. El siguiente modelo de oración te ayudará de una manera más concreta.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, mi pensamiento obsesivo me dice que _____

(ejemplo: soy un fracasado, tengo que llamar a Wanda porque está con otro, etc.).

Por favor, dime cuáles de Tus promesas estoy ignorando; muéstrame cuáles de Tus promesas se aplican a esa obsesión. La promesa que viene a mi mente es que _____

(ejemplo: me harás nueva criatura en Cristo Jesús, tengo la autoridad de decirle a aquello que me ha traído esa tentación, que se aleje de mí, etc.).

Entonces, escribe todo lo que Dios te dice en la columna de "Promesas ignoradas". Sigue de la misma manera con el resto de tus pensamientos hasta que termines la lista.

Aplicando las reglas básicas

Como dijimos antes, Dios tiene que hablar con nosotros, usando nuestro cerebro, o sea, el mismo cerebro con que nosotros pensamos y por lo tanto tenemos que asegurarnos de que lo que oímos viene de Dios. Por eso, toma tu lista de pensamientos obsesivos con todo lo que has anotado y confrontala con las reglas básicas del capítulo 8 para discernir los pensamientos obsesivos. Volvamos a usar los pensamientos de Alvaro y Alberto como ejemplos que puedes seguir, analizando tu propia lista.

Regla # 1. *¿Es ese pensamiento un silbo apacible que puedo decidir no obedecer?* Ciertamente ninguno de los pensamientos obsesivos de Alvaro o Alberto vino como un silbo apacible; sus mejores esfuerzos no pudieron ponerse en contra de ellos: sencillamente, no pudieron rechazarlos. La primera regla básica muestra que sus pensamientos obsesivos en verdad eran tentaciones.

Regla # 2. *¿Toma el pensamiento un incidente y lo generaliza a toda la persona?* Los pensamientos que se metieron en el cerebro de Alvaro y Alberto sí tomaban un incidente y lo generalizaban a la persona y a su vida en general. Si Alvaro olvidaba su chequera (algo particular) le hacía pensar que nunca podía hacer algo bueno (algo general). Su segundo pensamiento generalizaba la fluctuación de sus emociones a la condición permanente de su vida espiritual y le decía que nunca podría ser un verdadero creyente. El hecho de que Alberto hubiera tratado muchas cosas que no le habían dado buenos resultados estaba generalizado en el pensamiento que decía que nada que tratara le resultaría bien y, por lo tanto, Wanda resultaría igual a las otras novias. La segunda regla básica se aplica a todos los pensamientos obsesivos.

Regla # 3. *¿Pone este pensamiento las promesas de Dios en duda?* Un vistazo a nuestro análisis de los pensamientos, nos muestra que los tres ejemplos ponen las promesas de Dios en duda. Los pensamientos de Alvaro no reconocían la promesa de Dios que nos asegura que Él acepta nuestra humanidad y nos hace nuevas criaturas victoriosas en Cristo. Tampoco acepta el hecho de que Dios nos perdona basado en Su fidelidad y no basado en nuestras emociones. Los pensamientos de Alberto no reconocían que Dios quiere darnos buenas dádivas y proveer una salida en medio de cada tentación (Santiago 1:16). La tercera regla básica demuestra que cada uno de estos pensamientos son tentaciones.

Regla # 4. *¿Se centra el pensamiento en Dios o en mí mismo?* Cuando colocamos los tres ejemplos de pensamientos obsesivos al lado de la cuarta regla, nos llama la atención las muchas veces en que la palabra "tú" aparece. Todos los

pensamientos giran alrededor de la persona que está pensando; fácilmente se podría substituir las palabras “yo” y “mí”: Yo soy un fracaso. **Yo** no me arrepentí bastante. A **mí** me está engañando, Wanda. **Yo ... yo ... yo ... tú ... tú ... tú ...** Dios no aparece por ninguna parte. Todo gira alrededor de la persona —exactamente como la cuarta regla básica nos dice que son las características de los pensamientos obsesivos que se convierten en tentación.

Regla # 5. *¿Este pensamiento me hace libre?* Es obvio que ninguno de aquellos pensamientos obsesivos de nuestros ejemplos les haría libres. Entre más Alvaro se fijaba en sus pensamientos, más deprimido se sentía y entre más Alberto cedía a sus pensamientos y actuaba basado en ellos, más crecía su ansiedad. Los pensamientos de cada uno les enredaba aun más en su problema. La quinta regla para distinguir tentaciones también nos hace concluir que estos pensamientos son tentaciones.

Las cinco reglas para identificar las tentaciones nos muestran que esos pensamientos obsesivos eran tentaciones; eran argumentos y toda altivez que se levantaban en contra del conocimiento de Dios y tenían que ser llevados cautivos a la obediencia de Dios.

En el próximo capítulo veremos en detalle cómo tomar esos pensamientos cautivos y traerlos a la obediencia de Cristo. Recuerda que luchar de esta manera contra los pensamientos obsesivos, no quiere decir que no debes tomar medicinas para calmar tus pensamientos. Si tu médico te ha recetado medicinas para tus pensamientos obsesivos, sigue tomándolas y, cuando tus pensamientos obsesivos no te molesten más y te sientas libre, tu médico podrá bajar la dosis o discontinuarla según sea necesario.

CAPÍTULO 12

Llevando cautivo cada pensamiento

Ahora que sabemos que en nuestros pensamientos obsesivos estamos tratando con argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, tenemos que tomar cada uno de ellos cautivo y someterlos al señorío de Jesucristo (2 de Corintios 10:3-6). Para hacerlo, tenemos que usar la armadura espiritual descrita en Efesios 6:12-18, porque estamos luchando contra autoridades y poderes del reino de las tinieblas. Eso quiere decir que no es suficiente tratar de sustituir los pensamientos obsesivos por buenos pensamientos.

Para luchar contra los pensamientos obsesivos tenemos que tener nuestra armadura espiritual bien puesta. La primera parte de aquella armadura que Pablo menciona en Efesios 6 es el cinturón de la verdad. En los capítulos anteriores tratamos de averiguar qué parte de nuestros pensamientos corresponden realmente a la verdad. Si no distinguimos entre las mentiras y la verdad que hay en nuestros pensamientos obsesivos, sus argumentos nos encadenan cada vez más.

La segunda parte de nuestra armadura es la coraza de justicia. Nos vestimos con ella para sanar todo lo que Dios

nos muestra a través de nuestros pensamientos de convicción respecto a nuestras acciones indebidas.

La tercera parte de la armadura es nuestro calzado del Evangelio de Paz. Hemos tratado de ver si nuestros pensamientos nos hacen libres y traen paz a nuestra vida, o si nos adentran aun más en nuestros problemas. El Evangelio que viene de Dios trae paz; hay un sentido de que es algo bueno y correcto cuando Dios habla y nos hace libres.

La cuarta parte de la armadura es el escudo de la fe. Esa es la parte que usamos cuando decidimos aceptar lo que Dios nos dice que debemos hacer o creer. Cuando los dardos del enemigo vienen a nuestra mente, a través de pensamientos obsesivos, tenemos que decidir aceptar que lo que Dios dice es más real y seguro que lo que nuestras emociones sienten y nuestros pensamientos nos dicen; entonces tenemos que decidir actuar basado en lo que Dios nos dice, aunque sintamos o parezca que todo va a terminar en un desastre.

La siguiente parte de la armadura es el yelmo de la salvación. Es por entregar nuestra vida a Cristo, aceptar su obra salvadora y hacerle Rey de nuestra vida, que entramos en una relación directa con Dios. El yelmo de la salvación, que cubre todo el sistema cerebral nos “sintoniza” con Dios y nos capacita para oírle. Sin esta capacidad de “sintonizarnos” con Dios, que nuestra salvación nos facilita, no podríamos ser guiados o dirigidos por Él.

Esa relación directa con Dios facilitada por Cristo, también nos da la autoridad para usar sus promesas para batallar contra el enemigo. Nos da el derecho de usar la autoridad del nombre de Cristo, o sea, de quien triunfó sobre el enemigo y nos guía a la victoria triunfante y gloriosa. Sin la relación directa con Dios que nuestra salvación nos otorga, no tenemos acceso a la autoridad que necesitamos para usar la armadura de Dios.

La última parte de nuestra armadura es la espada del Espíritu, que son las promesas de Dios; o sea, aquellos pensamientos obsesivos ignoran las promesas que escribimos

en la última columna de aquella lista donde analizamos nuestros pensamientos obsesivos.

Es con la espada de esas promesas que atacamos los argumentos y toda altivez que se levanta en contra de lo que Dios sabe que es la verdad en nuestra condición.

Después de enumerar las diferentes partes de nuestra armadura, Pablo agrega: “orando en *todo* tiempo con *toda* oración y súplica...” (Efesios 6:18). Quiere decir que *cada* vez que uno de esos pensamientos obsesivos invade nuestra mente, tenemos que luchar en contra suya, enfrentándolo con toda clase de oraciones y súplicas.

En otras palabras, ese no es un tiempo de entrar en batalla con oraciones largas, ni adornada con mucha palabrería. Cualquier clase de oración y súplica que facilite el uso de la autoridad y la armadura que Dios nos ha dado en contra de la altivez y de aquellos argumentos que se levantan contra el conocimiento de Dios, es la oración y súplica que debemos usar. Es como si Pablo nos dijera: “¡Llega al punto clave de lo que necesitas! ¡Pelea! ¡No te preocupes si la petición contiene palabras fluidas, usadas en una forma exactamente correcta! ¡Usa tu armadura y tu autoridad! ¡Cada vez que tengas estos pensamientos cautivos lléválos inmediateamente,! ¡Hazlos obedecer al Señor Jesucristo!”

Entonces Pablo agrega (Efesios 6:19-20): “Y, por favor, oren por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del Evangelio”. Quiere decir que Pablo tenía temor; él también tenía que decidir actuar basado en lo que entendía que Dios quería que hiciera, y esa decisión le parecía atemorizante, igual que a nosotros nos parece la decisión que debemos tomar.

Resistir al enemigo

Ahora que nos hemos asegurado de que nuestra armadura espiritual está bien puesta, estamos listos para batallar contra las fuerzas espirituales de maldad que nos disparan saetas ardientes

de tentaciones en forma de pensamientos obsesivos para esclavizarnos y destruirnos.

El primer paso para luchar contra los pensamientos obsesivos es renunciar a cualquier beneficio secundario que pudiéramos recibir de esos pensamientos. En el caso de Marcos (capítulo 1) él temía renunciar a sus pensamientos obsesivos porque pensaba que se quedaría sin sentimiento alguno en su ser.

Pide a Dios que te muestre si estás recibiendo algún beneficio que ni tú mismo te das cuenta, al seguir teniendo pensamientos obsesivos. La siguiente oración te guiará.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, me abro a ti para que me muestres si estoy recibiendo algún beneficio al tener esos pensamientos obsesivos. Por favor, muéstrame cuáles son esos beneficios. Señor Jesucristo, a mi mente viene la idea de que al renunciar a esos pensamientos _____

(ejemplo: me puedo quedar sin ninguna emoción, yo sería nada más que un robot, etc.).

En el nombre de Cristo acepto que eso es mentira, renuncio a ella y ato al que la trae a mi mente y le echo fuera de mí; ordenándole que vaya al abismo. No le doy más lugar en mi mente, ni en mi vida. Yo decido ser libre en el nombre de Cristo".

Una vez que hayas renunciado a todo lo que Dios te muestre, estás listo para continuar.

El segundo paso en la lucha contra los pensamientos obsesivos es aceptar que son mentiras, renunciar a ellas, echar al abismo al que los trae a tu mente, y entregar a Cristo aquel territorio que antes estaba ocupado por aquello que te traía esos pensamientos obsesivos.

Claro que al tener pensamientos obsesivos no sentimos que sean mentiras, pero nuestro análisis ha demostrado claramente que de la poca verdad original que contienen, gran parte de

la verdad ha sido suprimida, y han sido agregadas tantas mentiras, que al final los pensamientos que resultan, son exactamente lo opuesto a la verdad original. El pensamiento obsesivo es una mentira y tiene que ser reconocido como tal. Podemos hacer eso por medio de una declaración.

Enseguida, toma tu lista de pensamientos obsesivos y declara cada uno de ellos como mentira. La guía siguiente puede ayudarte a hacer tu oración en una manera más concreta.

MODELO DE ORACIÓN: "Señor Jesucristo, me has mostrado que el pensamiento que me dice que _____

(ejemplo: soy un fracasado, tengo que llamar a Wanda porque está con otro, etc.)

es mentira. Ahora, delante del mundo visible e invisible, yo decido declarar en el nombre de Cristo de Nazaret, que ese pensamiento que _____

(ejemplo: soy un fracasado, tengo que llamar a Wanda porque está con otro, etc.)

es mentira. En el nombre de Cristo, yo rechazo esa mentira, y ato al que la trae a mi mente y los echo a ambos al abismo; no les doy más lugar en mi mente o en mi vida. En el nombre de Cristo cierro cada puerta abierta al Reino de las Tinieblas que les dio entrada a mí mente. Reclamo el territorio de mi mente y mi vida que esa mentira y el que la produjo han ocupado y a cambio, lo dedico a Cristo. Declaro que Cristo es Rey sobre cada parte de ese territorio. Cristo, por favor, entra y toma control de cada parte, y dime qué debo pensar, decir, sentir, hacer y ser, y por tu gracia lo haré; dime también qué no debo pensar, decir, sentir, hacer y ser y por tu gracia no lo haré.»

Ahora que has declarado el viejo pensamiento como una mentira, estás listo para el tercer paso en la lucha contra los pensamientos obsesivos, o sea, cambiar aquel pensamiento por un nuevo pensamiento que sea obediente a Cristo. Toma la decisión de aceptar la verdad que escribiste en la columnas tituladas, “Verdad removida”, y “Promesa ignorada” y haz también de eso una declaración.

MODELO DE ORACIÓN: “Yo declaro en el nombre de Cristo, que decido que sean obedientes al Señor Jesucristo, los pensamientos que antes estaban llenos de ideas obsesivas. Decido aceptar que la verdad es que

(ejemplo: perder la chequera es parte del comportamiento de un ser humano, Wanda es fiel a sus promesas, etc.).

Gracias, Señor Jesucristo, que la verdad es que _____

(ejemplo: yo no soy un fracasado, soy nueva criatura en ti, Wanda está sola y haciendo su trabajo de investigación; gracias porque Tú quieres darme buenas dádivas, estoy perdonado, etc.).

Con esas declaraciones continúa con tu lista de pensamientos obsesivos hasta que los hayas declarado todos como mentiras, declares que aceptas la verdad y lleves cada pensamiento a la obediencia del Señor Jesucristo.

Resistencia frente a las declaraciones

Si cuando quisiste pronunciar esas declaraciones, de repente sentiste una tremenda resistencia, temor o alguna otra emoción, escribe todo lo que sentiste. También podría ser que algún otro pensamiento se hubiera metido en tu mente, como: “Vas a perder control”, escribe la palabra “Control” y debajo la frase que oíste, y agrega cualquier otras frases adicionales

que vengan a tu mente, como por ejemplo, las que empiecen con “Pero, ¿qué tal si...” o, “Pero, imagínate que...”.

Cuando Alvaro empezó a pronunciar sus declaraciones, de repente irrumpió en estruendosas carcajadas: “Ja, ja, ja, ja” —se reía—, ¡nunca te librarás de mí!” Inmediatamente, atamos el espíritu maligno que estaba levantándose contra el conocimiento de Dios. Usando la autoridad que es nuestra, en Cristo Jesús, ordenamos al que se había reído y mentido en contra del poder de Dios que se fuera al abismo, y dedicamos a Cristo todas las partes de su mente y vida que hubiesen sido afectadas por aquella altivez malvada. Al terminar esta parte, Alvaro era libre para seguir con sus declaraciones.

Cuando termines de escribir todo lo que te vino a la mente cuando estuviste a punto de pronunciar tus declaraciones, lleva tu lista a Cristo; eso es exactamente lo que se denomina altivez y argumentos, los cuales están levantándose para prevenir que uses la autoridad que te pertenece en Cristo, para ser libre. Renuncia a cada resistencia que vino a tus emociones o a tu mente, átala y échala fuera, en el nombre de Cristo. Luego, toma cada resistencia que vino a tu mente y declárala mentira, y haz cada una obediente a Cristo.

MODELO DE ORACIÓN: “Señor Jesucristo, cuando traté de declarar que mis pensamientos obsesivos eran mentiras, de repente sentí _____

(ejemplo: un temor terrible, que iba a perder control, etc.).

Señor Jesucristo, Tú has dicho que lo que nosotros atemos o desatemos aquí en la tierra quedará atado o desatado en el cielo. Por lo tanto, en el nombre de Cristo de Nazaret, yo le ato _____

(ejemplo: espíritu de control, de temor, enojo, etc.)

y le echo fuera de mi mente y de mi vida. En el nombre de Cristo, cierro la puerta por donde entró a mí. Yo decido aceptar y declarar que es mentira que _____

(ejemplo: pierdo control si renuncio a mis pensamientos obsesivos, me voy a quedar sin emociones si no me siento deprimido, etc.).

Renuncio a esa mentira y al que la trae a mi mente en el nombre de Cristo, y no les doy más lugar en mis emociones, ni en mi mente, ni en ningún otro lugar de mi vida. Reclamo cada parte de mi vida que haya sido influenciada por ellos y la dedico al Señor Jesucristo, declarándole único Rey de ella. Cristo, por favor, entra y toma control de todo, y dime qué debo pensar, decir, sentir, hacer y ser y por Tu gracia lo haré, y dime lo que no debo pensar, decir, sentir, hacer y ser, y por Tu gracia no lo haré”.

Luego, toma tu lista de pensamientos obsesivos, que quizás no has podido terminar por causa de la fuerte resistencia que sentiste, y termínala. Si no puedes terminarla solo, pide a Dios que te muestre a alguien que pueda ayudarte a terminarla.

Continuando a la victoria

Has declarado que tus pensamientos obsesivos son mentiras y has tomado autoridad sobre ellos y declarado que no les das más lugar en tu mente y en tu vida. Eso, sin embargo, no quiere decir que has tocado un botón mágico y que de repente cada pensamiento se ha ido. Con tristeza, tengo que decir: ¡No es así de fácil!

¡Ahora empieza la batalla real! Dios nos dice que tenemos que mantenernos alerta y velar, fortalecernos y estar firmes (Efesios 6:10-18; 1 de Pedro 5:7-8). El enemigo no cede territorio sin lucha alguna. Tus pensamientos han llegado a ser hábitos. ¡Vigíalos! ¡No bajes tu guardia! ¡Revisa lo que estás pensando! ¿Era ese pensamiento una mentira? Si lo es, *inmediatamente* léele al que lo trae, la “orden perentoria”, como la llamamos en el caso de Alberto. No permitas que ese pensamiento tenga más lugar en tu mente, trátalo como si fuera

un pensamiento que te dice que debes ir a robar un banco. La siguiente oración te sirve como “orden perentoria”.

ORDEN PERENTORIA: “Usted que me trajo esa mentira a mi mente, fuera en el nombre de Cristo. Yo declaro que no acepto esa mentira y tampoco acepto la tentación. Yo decido tener pensamientos que sean obedientes a Cristo Jesús. Gracias, Señor Jesucristo, porque

(ejemplo: no soy un fracasado. Gracias porque me haces una persona nueva y de mucho valor, Wanda es muy fiel a sus promesas. Gracias, por la buena dádiva que me estás regalando, etc.).”

Al principio eso va a ser una batalla muy, muy fuerte. Tus pensamientos y emociones te van a decir toda clase de cosas raras como: “Vas a perder todo”, “Eso no es para ti”, “¿Quién piensas que eres?”, “Nunca vas a ganar la victoria”, “¡Tú no puedes hacer eso!”, etc., etc. Al ocurrir eso, reconoce que es “normal” que aparezcan esta clase de pensamientos y sencillamente, mantente firme y, usando la autoridad del nombre de Cristo, declara a cada uno de aquellos pensamientos como mentiras. Sea lo que sea que te digan, ¡ni siquiera, los examines! Sencillamente rehúsa aceptarlos. Cuando vengan muy rápidamente, ni siquiera, les des tiempo que se repitan; decláralos como mentiras, nada más.

MODELO DE ORACIÓN: “En el nombre de Cristo Jesús, yo declaro que ese pensamiento también es una mentira; y ése también. Sí, y aquél también. Gracias, Señor Dios, que ninguno de ellos es verdad; todos son mentiras. Yo decido tener pensamientos que sean obedientes a Ti”.

Entonces, léeles la “Orden perentoria” de nuevo.

Los primeros días pueden ser muy difíciles, por eso tendrás que tener esa “Orden perentoria” a mano todo el tiempo y leerla cada vez que los pensamientos invadan tu cabeza, preferiblemente en voz alta, si es posible. Debes tener en cuenta que no siempre vas a ser consciente de tus pensamientos inmediatamente y tampoco cada vez que te vienen. A veces vas a caer completamente en tu pasada manera de pensar, para de repente darte cuenta de que tu mente está corriendo y recorriendo por las mismas rutas de tus pensamientos obsesivos antiguos. Cuando eso ocurra, ¡Cuidado con los pensamientos de condenación que tratarán de meterse en tu cerebro! y que dirán: “¡Tú eres tan estúpido!”, “¡Te dije que no lo ibas a lograr!”, “¡Siempre supe que no aguantarías hasta el fin!”, y como éstos, muchos otros pensamientos más que tratarán de hacerte sentir derrotado.

No te preocupes; eso también es muy normal en tu proceso. Apodérate de la autoridad de Cristo inmediatamente y lee a todo aquello que te molesta la “Orden perentoria”, ata al que te trae esos pensamientos y échale al abismo. Declara todos esos pensamientos como mentiras y tentaciones que quieren mantenerte atado y tráelos a la obediencia de Cristo dándole gracias porque exactamente lo opuesto es la verdad y afirma que tú, sí, vas a vencer porque Dios así lo ha prometido.

En la medida en que logres permanecer firme día tras día, encontrarás que tus pensamientos obsesivos empezarán a disminuir en su fuerza y duración. Quizás de vez en cuando te des cuenta de que están merodeando en las orillas de tu mente, sin embargo, la realidad es que estás empezando a ser libre. Estás venciendo tus pensamientos obsesivos de “la puerta principal”; ahora, ¡cuidado con los pensamientos obsesivos de “la puerta trasera”! Aunque llegan envueltos un poco diferente a los de la puerta principal, debajo de la envoltura serán los mismos pensamientos.

Los pensamientos de la “puerta trasera” de Alberto eran: “Wanda tiene más interés en su trabajo y en sus estudios que en mí y esta vez puedo probarlo”.

Ese era el mismo tema viejo de: “Wanda me es infiel”. La única diferencia era que la expresión “está con otro hombre”, había sido sustituida por “su trabajo y sus estudios”. Alberto tenía que usar el mismo plan de ataque para sus pensamientos obsesivos de la puerta trasera que para los de la puerta principal.

Tú también tienes que permanecer alerta a tus pensamientos obsesivos que vienen por la puerta trasera y por las ventanas. Léeles la “Orden perentoria” tan pronto te des cuenta de que se han metido en tu cerebro. El secreto es hacerlo *inmediatamente*, tan pronto te des cuenta que se han metido en tu mente. Si tú permaneces firme, vas a salir triunfante porque hay una salida para cada tentación —Dios lo ha prometido, y Él no miente. Tus pensamientos van a empezar a mermar y vas a experimentar más y más libertad. Decide aceptar esa libertad. En el próximo capítulo hablaremos de esa vida de libertad.

La vida de libertad

En los capítulos anteriores analizamos nuestros pensamientos obsesivos, los declaramos como mentiras y renunciamos a ellos. Aprendimos a llevar nuestros pensamientos a la obediencia de Cristo, o sea, a lo que Dios sabe que es la verdad en nuestra situación. Aprendimos cómo permanecer firmes y alerta para renunciar inmediatamente a todo pensamiento obsesivo que vuelva, aun sin tener que examinarlo, sabiendo de antemano que es lo mismo que trata de volver, intentando mantenernos atados.

Recibimos la autoridad de hacer todo eso, como parte de nuestra herencia espiritual en Cristo Jesús. Como hijos de Dios, nacidos en su familia, recibimos el derecho de andar en libertad y en victoria sobre los ataques del enemigo.

Eso no quiere decir que siempre estaremos libres de tristezas, dificultades, enfermedades, tentaciones o de todos los demás problemas que son parte de las experiencias de la raza humana. Todo ser humano está sujeto a pruebas y tentaciones, tanto los creyentes como los no creyentes. Sin embargo, nosotros los creyentes, como hijos de Dios, tenemos el derecho y la autoridad de tener un lugar interior de paz y quietud, aun en medio de todos esos problemas.

Pero también esa paz y quietud interior puede ser inquietada; una mirada a la Biblia nos dice eso. Toma el ejemplo de Jesús, Daniel, los profetas, David, Ruth, Noemí, Pablo, Pedro, y muchos más. Los primeros 34 versículos de Hebreos 11 nos cuentan acerca de los grandes hechos de fe de aquellos que confiaron en Dios y recibieron lo que pidieron, pero los últimos 5 versículos narran los grandes hechos de fe de los que confiaron en Dios, enfrentándose a lo que les sobrevino pero *sin* recibir una salida. Eso nos hace preguntarnos cosas que nos asombran: ¿Dónde estaba Dios cuando todo eso pasó? ¿No le importaba? ¿Por qué no contestó? Él puede hacer todas las cosas, ¿no es cierto? Entonces, ¿por qué no hizo nada? Estas mismas preguntas también torturaban a Paulina.

Paulina

Después de servir como misionera por muchos años, en un retiro espiritual Paulina pidió a Dios que abriera cualquier área escondida que quizás podría existir en su vida.

Poco tiempo después, Paulina empezó a tener pesadillas en las que era abusada sexualmente cuando era una niña de aproximadamente cuatro años de edad. Las pesadillas aumentaron, cada vez más, hasta el punto de llegar a sentir temor de dormirse. —No puede ser verdad —se dijo vez tras vez—. Sencillamente no puede ser verdad.

Durante toda su vida, Paulina se había consolado con el pensamiento que, aunque los años de su juventud habían sido muy terribles a causa de las muchas peleas y maltrato entre sus padres, lo cual había resultado en la muerte de su madre, su niñez por lo demás había sido normal; pero, si esas pesadillas eran verdad, significaba que nada de su vida había sido normal y ya no habría nada con lo cual podría consolarse. De otro lado, si sus pesadillas resultaban ser realidad, resultaría claro por qué siempre se había sentido tan sucia —una suciedad tan profunda que ni todas sus duchas y baños con agua hirviendo y cepillos podían tocar, y menos limpiar.

¿Por qué había permitido Dios todo aquello? ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había detenido a su padre? Si Dios había permitido que eso pasara debería ser porque ella en alguna forma lo merecía; además, sus padres, y todos sus tíos y tías siempre le decían que debía haber sido un niño rubio, de ojos azules. ¿Era por eso que su papá lo había hecho? ¿Lo merecía porque le había decepcionado al haber sido una niña morena, de ojos oscuros? Pero Dios le había hecho niña, entonces ¿por qué fue que Dios no detuvo a su padre? ¡Él es Dios! ¿Por qué no le arrancó toda esa maldad a su papá cuando se acercó a ella para hacerle daño? ¿No puede Dios hacer cualquier cosa que le dé la gana?

Siendo niña, invitaron a Paulina a una iglesia cercana donde oyó acerca de Cristo y llegó a conocerle como su Salvador y amigo. Durante las tumultuosas fiestas de alcohol y drogas que se efectuaban en su casa, las cuales llegaban hasta ocupar su cama, muchas veces ella escapaba para refugiarse en la quietud de la iglesia vacía donde trataba de dormir en las bancas hasta tempranas horas de la mañana, cuando por fin podía volver a su casa y a su cama. A veces el pastor la encontraba y la llevaba a la casa con su esposa para pasar el resto de la noche.

Lo único que sus padres pedían de ella era que terminara su educación secundaria. Podía ir a donde quisiera y hacer lo que le diera la gana a cualquier hora, de día o de noche, pero tenía que terminar sus estudios secundarios, porque hasta ese entonces, ninguno de toda su familia había logrado graduarse, y ella era a quien la mamá había designado para lograrlo.

Cuando Paulina vio cómo miembro tras miembro de su familia eran llevados a la cárcel por posesión de droga, las mujeres golpeadas y maltratadas por sus esposos, casarse y divorciarse dos, tres y cuatro veces, ingresar a hospitales psiquiátricos o suicidarse, ella decidió que su vida iba a contar con Cristo, aun cuando nadie de su familia la entendiera.

Las pesadillas siguieron empeorando hasta que se dio cuenta de que su abuso había continuado hasta la adolescencia y había sobrevivido a sus experiencias al “escaparse en su

mente e inventar historias de otras familias". Entonces al venir a mi consultorio, Paulina empezó a revivir las experiencias del pasado con todo su terror y horror original.

—¡No le permitan acercarse a mí! Por favor, ¡manténgalo lejos de mí! —gritaba Paulina, tirándose en los brazos de su amiga que le acompañaba en mi consultorio—. Por favor, ¡no le permitan tocarme! —y entonces, con la voz apenada de una niñita de cuatro años, agregaba—: Mis, mis manos están muy pegajosas y no se me quita; no puedo limpiarlas bien.

—Paulina —le dije suavemente—, Cristo está aquí contigo y te lava con su sangre.

Eso la puso peor. —No-no-no, ninguna sangre. ¡Por favor, sangre no! ¡Que sea algo diferente a la sangre! —exclamaba Paulina, tirándose aun más profundamente en los brazos de su amiga—. ¡Cualquier otra cosa, menos sangre!

—Pero, ¿por qué, Paulina? —le pregunté con urgencia—. ¿Por qué cualquier otra cosa menos sangre?

—Porque . . . en . . . mis manos . . . ya . . . ya hay . . . ya hay sangre. Sangre . . . , mi sangre . . . y, no la puedo quitar. Es . . . es mi sangre. Me dijo que no me iba a doler. Me mintió. Por favor, no más sangre —sollozaba.

—Oh Paulina, lo siento tanto —exclamé, con lágrimas ardiendo en mis ojos—. Cristo está aquí con su justicia. Mira —entonces formé con mis manos un tazón y los extendí hacia ella —, aquí hay un tazón lleno de Su justicia. Puedes llevar tus manos a él y eso quitará la sangre de tus manos.

—¿De veras? —preguntó con voz de niñita, reviviendo su dolor—. ¿De veras la quitará?

—De veras —contesté—. Trátalo y verás.

—Oh —suspiraba, frotándose las manos en el aire entre mis manos—, la sangre realmente está quitándose; pero está impregnando la justicia de Cristo y ahora Su justicia está llena de sangre.

—No importa; Cristo tiene mucha justicia. Conseguiremos otro tazón lleno de justicia clara y limpia —dije, cogiendo otro tazón imaginario con mis manos—. Mira, aquí hay más, toda clara y limpia.

—Y, ¿también, puedo lavar mi cara en Su justicia? —Paulina preguntaba.

—Sí, tu cara, también.

—Y . . . , y . . . , ¿puedo bañarme en ella, también?

—Oh, ¡sí! Sigue adelante; por eso es que la tenemos aquí —contesté, mientras le miraba hacer los movimientos de echar agua en todas las partes de su cuerpo.

—Y, y, ¿puedo también limpiarme los dientes? ¿Me quitará el mal sabor? —seguía preguntando con su voz de niña de cuatro años.

—Sí, Paulina, aun los dientes. La justicia de Cristo limpia hasta tus dientes.

—¡Oh! —exclamó Paulina de repente—. ¡Estoy limpia! Por primera vez en mi vida estoy limpia. La justicia de Cristo me ha limpiado. Nunca antes en mi vida me había sentido limpia.

Nunca más tendría Paulina aquel sentimiento de suciedad que había tratado de quitarse con tanto afán sin poder hacerlo antes. Ahora se sentía limpia y fresca como nunca antes. Sin embargo, eso no hacía desaparecer sus preguntas llenas de dolor en cuanto a Dios: ¿Por qué no le había protegido de lo que su padre hizo? Si Dios podía hacer cualquier cosa, ¿por qué no había sacado la maldad de su padre, cuando como Dios, sabía lo que le estaba haciendo?

—Paulina —le contesté un día—, tantas veces decimos que Dios puede hacer cualquier cosa, pero en realidad eso no es verdad. Dios tiene la última palabra en este mundo, pero por ahora, no tiene la primera. Cuando Adán y Eva, nuestros primeros padres, entregaron este mundo a Satanás, le dieron el derecho de reinar sobre esta tierra; él es el príncipe de esta tierra. En realidad, nosotros estamos viviendo en territorio del enemigo. En este tiempo, es Satanás, nuestro enemigo, quien tiene la primera palabra en cuanto a lo que pasa y Dios se siente aun más triste que nosotros mismos por todo lo que sufrimos.

»Paulina, Dios nunca quiso que tu papá hiciera lo que te hizo. Él quería que tu papá te amara y te protegiera en vez de hacer lo que te hizo. Quizás si alguien hubiese estado contigo

y hubiera atado la maldad en él, ordenándole dejar lo que estaba haciendo en el nombre de Cristo, no hubiese seguido, pero tristemente no hubo nadie para hacerlo.

—Entonces, ¿por qué no sacó Cristo la maldad de papá?

—Paulina —le dije suavemente—, Cristo sí quería sacarla, pero tu papá nunca le abrió aquella parte de su vida para que Cristo la sacara. Si Dios hubiera condenado el pecado en tu papá sin que él se lo entregara, Dios hubiera tenido que condenar a tu papá junto con su pecado. Dios sólo puede separar y sacar la maldad de nosotros si nos abrimos a Él y le damos permiso para hacerlo. Dios amaba a tu papá, y quería darle otra oportunidad de arrepentirse y permitirle cambiarle.

—Pero, ¿no me amaba a mí también? —preguntaba Paulina aún con su voz de niña de cuatro años—. ¿Por qué permitió que aquello continuara si me amaba a mí también?

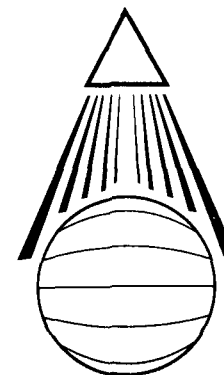
—Sí, Paulina, Cristo sí te amaba a ti también; y estoy segura de que Cristo estaba llorando por lo que tu papá te hacía. Pero Cristo sabía que Su justicia te limpiaría y sanaría de todas tus heridas. Él estaba tan triste con lo que te pasó, que murió para que pudieras ser limpia y sana de nuevo. Él quiso darle a tu papá la oportunidad de arrepentirse y así quitar de él aquella maldad sin tener que condenarle para siempre. Algún día Cristo va a volver y cambiar este mundo de tal manera que no vamos a tener más historias tristes como la tuya; mientras llega ese día de Su venida, Él quiere sanarte y cambiar también a tu papá si él le permite hacerlo.

—Oh —suspiró Paulina—, pensé que no le importaba a Dios porque era pequeña y lo merecía; pero veo que Él sabía que me podía hacer totalmente limpia de nuevo. Entonces, Él de veras me amaba.

Vivir libre en el territorio del enemigo

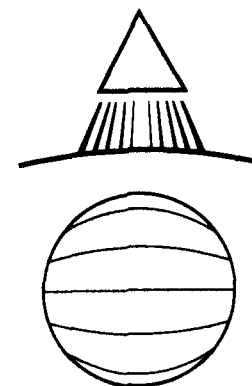
La pregunta que torturaba a Paulina, también atormenta a muchos de nosotros. ¿Por qué permite Dios que cosas malas nos sucedan? ¿Por qué no hace nada? Primero, tenemos que recordar que cuando Dios hizo el mundo, no había barreras

entre Él y Su creación y podía derramar todas su buenas dádivas sobre la tierra en toda la abundancia que Él quería, como la siguiente ilustración nos demuestra.



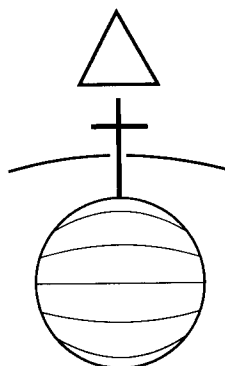
*Dios derramando Sus bendiciones
sobre Su mundo recientemente creado*

Cuando nosotros, los seres humanos entregamos Su perfecta creación a Satanás, ella llegó a ser el dominio del enemigo supremo de Dios, y una barrera se levantó entre Dios y Su creación. Dios aún sigue derramando Sus bendiciones y buenas dádivas sobre Su creación, sin embargo esa barrera no nos permite recibirlas plenamente.



*Barrera entre Dios y Su creación
que nos impide recibir Sus bendiciones*

Cristo rompió esa barrera entre Dios y nosotros, por medio de Su muerte en la cruz (Colosenses 2:15). El triunfó sobre el enemigo real, y nos dio el derecho y la autoridad de usar Su nombre para penetrar la barrera del enemigo, y entrar en contacto directo con Dios. A medida que nosotros penetramos esa barrera abriendo paso en el nombre de Cristo, Sus buenas dádivas de nuevo llegan a nosotros.



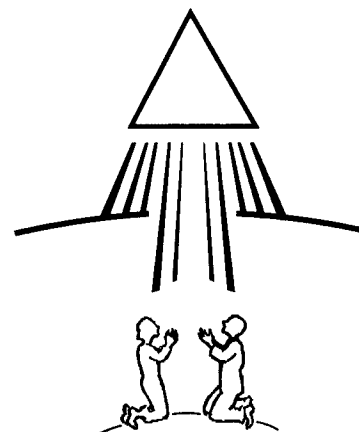
Cristo rompió la barrera
por medio de su muerte en la cruz

Hay personas que preguntan: ¿Por qué tengo que orar? Dios sabe qué es lo que necesito, ¿por qué tengo que pedirle por todo? ¿Es que sólo quiere verme arrodillado, rogándole para que se sienta bueno, grande y poderoso antes de contestarme? Si ya hizo todo por mí en la cruz, ¿por qué es que todavía tengo que orar y hasta ayunar y orar?

Es cierto que Dios sabe lo que necesitamos y la Biblia dice que Él nos contesta aun antes que le llamemos. Pero cuando oramos no estamos rogando a Dios para disponer Su estado de ánimo, de manera que decida inclinarse desde Su omnipotente dignidad para concedernos lo que con tanta desesperación necesitamos. ¡No, ese no es el objetivo de nuestra oración! Cuando oramos, usamos el nombre de Cristo para derribar la barrera del enemigo y permitir que las abundantes respuestas que Él derrama constante y libremente, puedan llegar

a nosotros. Dios contestó la oración de Daniel inmediatamente; sin embargo, Daniel tuvo que ayunar y orar durante tres semanas antes que la respuesta pudiera llegar a él (Daniel 10:12-13). El príncipe de Persia no quería permitir que Gabriel llegara con la respuesta de Dios a donde estaba Daniel.

Muchas veces se nos olvida o ignoramos que vivimos en el territorio del enemigo. Después de aceptar a Cristo como salvador, pensamos que debemos vivir en el cielo donde no hay tristezas, ni dolor, ni maldad, ni nada similar. Sin embargo, no es así; no estamos en el cielo. Al entregarnos a Cristo nuestra vida empieza a cambiar, pero no por eso cambia el mundo. Todavía vivimos en territorio del enemigo. Algún día Cristo volverá y hará todo nuevo. Entonces, en este mundo Dios tendrá la primera palabra así como ahora tiene la última; y las cosas cambiarán.



Oraciones en el nombre de Cristo
que penetran la barrera del enemigo,
y permiten que las bendiciones de Dios
lleguen a nosotros.

Mientras esto sucede, cuando nosotros usamos la autoridad del nombre de Cristo para abrir terreno en nuestra vida, en la vida de otros y en el mundo a nuestro alrededor, lo que

hacemos es abrir paso para que el amor y la abundancia que Dios constantemente derrama, pueda llegar a nosotros y a otras personas por o con quien oramos.

Hay personas que a veces dicen: “Pero he pedido que Dios derrame Su amor sobre mí y no lo hace. Le he pedido que me muestre por qué no me permite sentir Su amor, y Él no me contesta. ¿Por qué es que no me contesta? ¿Por qué no me da Su amor?”

Eso, sin embargo, formula la pregunta desde un ángulo equivocado, ya que es precisamente Dios quien nos está llamando todo el tiempo, y quien derrama Su amor sobre nosotros constantemente. Si murió por darnos Su amor, ¿por qué iba a cambiar de idea ahora y no querría permitir que Su amor llegara a nosotros? La pregunta más bien es, si Dios está derramando constantemente la abundancia de Su amor sobre mí, ¿por qué yo no lo siento? Si Él constantemente me llama, ¿por qué yo no oigo Su voz? ¿Cuál es la barrera que tiene que ser derribada en el nombre de Cristo, para permitir que el amor de Dios llegue a mí? ¿Qué es lo que hace que mi “receptor de amor” no funcione? ¿Qué hace que mis oídos interiores no oigan Su voz?

La oración más eficaz sería: “Dios, muéstrame ¿qué es lo que todavía no está abierto a Ti en mi vida, o qué es lo que todavía no he sanado, que hace que no pueda percibir Tu voz y el amor que Tú estás derramando sobre mí? En el nombre de Cristo, yo derribo estas barreras, y decido abrir esas áreas a Ti”.

Cuando empezamos a entender esto, y a usar nuestro derecho en Cristo para usar la autoridad de su nombre, encontramos que podemos ser libres de nuestros traumas, dudas y pensamientos que nos plagan, y libres para entrar a una vida victoriosa con la cual antes sólo podíamos soñar y la cual anhelábamos, pero no podíamos realizar.

Caminando libres en Cristo

Cuando hemos sido sanados de nuestros traumas y heridas, cuando hemos arreglado nuestras acciones indebidas, hemos

escapado de nuestros pensamientos obsesivos y aprendemos a reconocer la voz de Dios que nos llama por nombre y dirige nuestros caminos, entramos a una nueva libertad e intimidad con Dios y a servir en su Reino con más amor.

Entonces somos libres para aprender quiénes somos realmente en Cristo. ¿Quién soy yo? ¿Cuáles son los dones que Dios me ha dado? ¿Qué es lo que Dios quiere que yo haga? ¿Cómo y dónde quiere Dios que le sirva? No podemos descubrir las respuestas a esas preguntas al examinarnos y condenarnos como sucede con los pensamientos obsesivos. Sólo podemos aprender quiénes somos, dónde y cómo debemos servir y cuáles son los dones que tenemos, al mirar a cara descubierta como en un espejo el rostro de Cristo (2 de Corintios 3:18).

Dios nos dice que Él fija Sus ojos en nosotros y se convierte en nuestro consejero (Biblia de Jerusalén, Salmos 32:8). Tenemos que conocer a una persona muy, pero muy íntimamente si sólo con mirar sus ojos, sabemos lo que quiere; así de íntima y estrecha es que Dios quiere que sea nuestra comunión y compañerismo mutuo; tanto Él con nosotros como nosotros con Él. Y entonces sí podemos libremente alzar nuestros ojos espirituales y mirar fijamente a los ojos de Dios para hablarle; nuestras oraciones de monólogos se volverán diálogos con Él y podremos escuchar Su respuesta, responder a lo que nos ha dicho y así llegar realmente a conversar con Dios.

En ese diálogo aprendemos quién es Dios, quiénes somos nosotros, y qué es lo que quiere que hagamos; oímos Su voz apacible que suavemente nos corrige si empezamos a desviarnos en una u otra dirección que de nuevo nos pudiera conducir hacia la esclavitud, y suavemente nos llama a profundizar más en Él mismo, donde continuamente encontraremos mayor libertad.

A la vez, eso nos lleva a un compañerismo más profundo los unos con los otros. A medida que descubrimos quiénes somos en Cristo, aprendemos a apreciar más a los que son nuestros hermanos y hermanas en Cristo. A medida que

andamos con Dios y que crecemos en Él, aprendemos cómo compartir, aceptar y mutuamente depender de y servir a los demás.

Algo que nos ayuda a crecer en las relaciones con otros, es reconocer nuestros dones y los dones de nuestros hermanos y hermanas. Dios nos ha dado dones espirituales, con los que nos equipa, para realizar el trabajo que nos ha dado mientras vivamos aquí en la tierra como sus representantes en territorio que pertenece a su enemigo.

Los dones espirituales

Pablo nos dice en 1 de Corintios 14:1, que debemos procurar los dones espirituales. Necesitamos esos dones para realizar el trabajo que Dios quiere que hagamos, pero muchos de nosotros no tenemos la menor idea con qué don nos ha dotado Dios. Muchas veces nuestros traumas y pensamientos obsesivos nos atan y nos concentran tanto en nosotros mismos que no podemos separar nuestros ojos de nosotros mismos para darnos cuenta qué dones Dios ha puesto en nosotros, o para activarlos en nuestro servicio a Él.

Otro obstáculo para conocer nuestros dones es que sentimos que somos personas tan sencillas o comunes y corrientes, haciendo cosas tan comunes y corrientes que quizás, ni siquiera, necesitamos ser dotados espiritualmente para un trabajo tan ordinario. Pero los dones de Dios convierten cualquier trabajo ordinario en un servicio para Él; aunque no fuese más que dar un vaso de agua fría a uno de sus hermanos más pequeños (Mateo 10:42; 25:40; Marcos 9:41).

Para pagar mis cuentas cuando estudiaba enfermería, limpié la casa de una familia de siete personas. Cada semana limpiaba el polvo de toda la casa, la aseaba, echaba cera y brillaba el piso de la cocina de rodillas —todo ese trabajo para que luego cinco pares de zapatos pequeños y dos pares de zapatos grandes volvieran a ensuciarlo antes que terminara el día que lo limpiaba, y lo peor era que, ¡limpiar el piso de la cocina no era mi trabajo predilecto!

Cuando limpiaba y brillaba aquel piso, semana tras semana, repitiendo el mismo trabajo vez tras vez, sentía que la impaciencia crecía dentro de mí cada vez más. Temía que algún día mi impaciencia iba a explotar con esos cinco pares de zapatos pequeños y los dos pares grandes. Sin embargo Dios estaba hablando conmigo mientras limpiaba el piso de rodillas. Él dice en Colosenses 3:17,13-24 que debemos hacer *todo* lo que hacemos, de corazón y en el nombre de Cristo, como si fuese hecho para Él.

Vez tras vez, mientras estaba de rodillas limpiando aquel piso, Dios trajo a mi mente estos versículos; hasta que cierto día, caí en cuenta de que yo lo estaba limpiando para siete pares de zapatos, cinco pequeños y dos grandes, pero no estaba limpiándolo para Cristo.

—Bueno, Señor Jesucristo —le dije aquel día—, si Tú literalmente llegaras a pisar esta cocina en esta semana, yo haría brillar este piso como nunca antes. Por Tu gracia, Señor, decido limpiar esta casa y especialmente brillar este piso para Tus pies.

Desde entonces, cuando limpiaba, desempolvaba y daba brillo, preparaba la casa pensando que lo hacía para Cristo y sus discípulos y las mujeres que le acompañaron. Al pensar así, el piso de la cocina tenía que brillar de veras, listo para recibir por lo menos 13, quizás 15 ó 20 pares de zapatos grandes, pero ahora había llegado a ser un acto de amor porque lo estaba haciendo como para Cristo. El cansancio al terminar el trabajo era igual, pero el trabajo había perdido su sentido de esclavitud.

A la familia le encantó ver su casa limpia y a mí el amor de Cristo me llenó y dotó, cambiando un trabajo ordinario y cansón en un trabajo hecho con amor en el nombre de Cristo.

Dios nos da los dones para prepararnos para una vida que vale la pena vivir. Él tenía un plan para cada uno de nosotros antes de la fundación del mundo (Efesios 1:4, 11-14). Dios nos formó según el plan individual que tenía para cada uno de nosotros. Él te creó a ti según el plan individual y especial que tiene para tu vida, incluyendo los talentos naturales que

ha puesto en ti; y, ahora, te da Sus dones espirituales con el fin de equiparte para la ejecución de ese plan original que tenía al darte una vida con una razón para vivir en servicio a Él. Cuando Él nos dota espiritualmente, no va en contra de los talentos naturales que nos dio, porque Su plan original para nuestra formación natural ya incluía Sus planes de dotarnos espiritualmente; y Dios nunca trabaja en contra de sí mismo. Sus dones espirituales echan raíces en nuestros dones naturales y los amplían, aumentan, llenan, y refuerzan para la obra individual que ha planeado para cada uno de nosotros.

Como dijimos antes, muchos creyentes no entienden que Dios les ha dotado espiritualmente para su servicio, porque piensan que están apenas haciendo un trabajo común y corriente. Sin embargo, ¿qué madre o padre no necesita discernimiento espiritual para entender a sus hijos? ¿Qué consejero, trabajador social, abogado, maestro, secretaria, esposo(a), o estudiante no necesita una palabra de sabiduría o conocimiento para llevar a cabo su trabajo como si fuese para Cristo, mientras vivimos aquí en el territorio del enemigo?

No saber en qué o cómo Dios nos ha dotado y equipado espiritualmente, puede hacernos sentir inseguros y llevarnos a compararnos con otros hermanos y hermanas, y hacernos sentir prepotentes cuando pensamos que estamos haciéndolo mejor que ellos, o regañarnos a nosotros mismos si pensamos que debemos hacerlo igual que ellos.

Descubriendo nuestros dones

Cuando nuestra Misión nos pidió que enseñáramos en el Seminario de Armenia, Colombia, todos pensaron que era una excelente idea dado que mi esposo Carlos, había recibido de Dios el don de la enseñanza en gran manera acentuado. Yo también debía enseñar y ese don era uno que yo estaba segura de que no tenía.

Hasta ese entonces, no había identificado exactamente cuál era el don básico que Dios me había dado. Yo podía hacer muchas cosas, pero ¿cuál era la dotación básica que me había dado mediante la cual Él quería que yo realizara los ministerios que me había asignado? ¿Podría ser misericordia? Pero eso tampoco parecía ser lo indicado. En ese momento, tenía que enseñar estuviera dotada o no para ese trabajo. Entonces, Dios me recordó que debía procurar los dones que nos equipan para su trabajo (1 de Corintios 14:1).

Una semana antes que empezaran las clases, Carlos y yo dirigimos un pequeño grupo de oración formado por personas campesinas, ancianas, muy sencillas y sin educación, en un pequeño cuarto en el primer piso de un edificio viejo y húmedo. Sabiendo que tenía que empezar a enseñar la semana siguiente y ya que no me sentía equipada para hacerlo, pedí al grupo aquella noche, que me impusieran las manos y oraran por mí para que Dios me diera el don de la enseñanza. Me arrodillé en aquel piso de cemento frío y húmedo y ellos oraron con toda clase de oración y suplicas a mi favor (Efesios 6:18), pidiendo que en el nombre de Cristo, yo fuese dotada para la enseñanza que me había sido encomendada.

Obviamente, Dios contestó sus oraciones, porque las clases sobrepasaron todo lo que hubiera podido pedir o imaginar. Años después, al mencionar eso a algunos de mis ex alumnos, se quedaron asombrados al pensar que yo no hubiera tenido el don de la enseñanza. Ciertamente, Dios había contestado las oraciones de aquellos queridos hermanos y hermanas.

A pesar de eso, Carlos y yo sentíamos que Dios tenía algo más que quería que yo hiciera; algo con lo cual me había dotado espiritualmente para ejercer. Durante aquel tiempo un pastor nos habló acerca de identificar y entender el don básico que Dios nos había dado. Cuando describió los dones en Romanos capítulo 12 y otros pasajes, llegó a ser claro para mí que el don básico que Dios me había dado era la consejería, o sea, el don de la exhortación.

Nunca había sabido eso hasta aquel día. Sabía que tenía otros dones espirituales, pero no sabía que ese era el don básico mediante el cual Dios trabajaba en todos mis ministerios, fuera la enseñanza, la enfermería, ser esposa y madre, o lo que fuera. Más tarde pregunté a un siquiatra creyente que había ministrado con nosotros en nuestra iglesia en el norte de Colombia si él estaba de acuerdo con eso.

—Ah, sí —me dijo—, y mucho. ¿No lo sabías?

—No, no lo sabía. Nunca había estudiado, ni tampoco me habían enseñado acerca de los dones espirituales. Siempre había querido tener el don de la consejería, pero no sabía que Dios me lo había otorgado.

Cuando me di cuenta de eso, todos los diferentes ministerios en los cuales estaba involucrada, de repente parecieron caer en orden. Todos habían sido manifestaciones de este don espiritual básico, incluyendo mi enseñanza.

A través de mis clases de sicología, muchos de mis estudiantes vinieron buscando consejería, hasta el punto que el Seminario tuvo que rebajar mis horas de enseñanza para que pudiera atenderles. Igualmente Carlos me pidió que hablara en los devocionales para los estudiantes de lo que la Biblia dice acerca de nuestra sanidad psicológica. De esa forma nacieron los seminarios: “Sanidad del alma herida”.

Conocer nuestros dones espirituales nos libera para llevar a cabo el trabajo que Dios tiene en Su plan para nosotros. Eso no quiere decir que nos volvamos tan rígidos en lo que hacemos, que examinamos todo para ver si cabe o no cabe exactamente dentro de lo que consideramos que son los límites de nuestro don y si no es así rehusamos hacerlo.

Tampoco quiere decir que nos paramos delante de todos y declaramos que Dios nos ha dado cierto don y por eso todos los que tienen problemas de esa índole tienen que venir a nosotros para resolver su problema. No, Dios no trabaja en ninguno de esos extremos. Como hijos del Gran Rey, viviendo en territorio del enemigo, tenemos que ser como Cristo que se relacionaba con el leproso más humilde, pero podía pararse delante de los fariseos, escribas, y los gobernadores

de la tierra con dignidad, teniendo bien claro Su propia identidad interior. Conocer qué dones nos ha dado Dios también nos libera de sentirnos culpables por no tenerlos todos.

Cuando Dios se estaba moviendo en medio de nosotros en Armenia, algunos pastores y líderes del área se reunían para orar y compartir lo que Dios estaba haciendo en sus vidas y ministerios. Compartíamos profundamente acerca de nuestras batallas, fallas y victorias. Dios le había dado a Ruth, la esposa de un pastor, un ministerio de oración. En cierta ocasión, ella compartió que Dios la despertaba a las tres de la mañana para orar por personas y situaciones que ponía en su corazón y la manera maravillosa en que Dios había contestado a esas oraciones; yo en vez de gozarme, empecé a sentirme muy culpable.

“Oh, no —pensaba yo—, no estoy orando así. Seguramente no estoy en comunión íntima con Dios si esa es la forma en que Él actúa en la vida de ella. Tengo que colocar el despertador, y levantarme durante la noche para orar. No estoy orando suficientemente, comparado con lo que ella ora”.

Luego, escuché a Mónica, una de las misioneras, decir cómo ella y su esposo habían visitado varias familias en sus hogares y se habían entregado al Señor Jesucristo; y recordé cómo la había visto literalmente correr de una parte del plantel al otro con mucho trabajo, que de sólo verla me sentía cansada.

“Oh, no —pensaba al escucharla—, tengo que visitar más personas; en realidad no estoy evangelizando casi nada. Lo único que hago es sentarme todo el día y escuchar a los estudiantes contarme sus problemas”.

A la semana siguiente, al estar pensando en eso, Dios me habló: —Arlene —me dijo—, no te he llamado a levantarte a las tres de la mañana para orar; le di este don a Ruth y no a ti. ¿Cómo vas a escuchar a los estudiantes sin dormirte si estás orando la mitad de la noche? No podrías hacer lo que te encargué a ti si estás tratando de hacer lo que le encargué a

otra persona. Yo le he dado el don de la oración a Ruth, para que cuando tú y otros tengan que enfrentar situaciones difíciles que necesitan oración especial puedan contar con ella y ella haga su parte batallando en oración a favor de ustedes.

»Tampoco te he enviado a visitar a otros en sus casas. ¿Cómo puedo enviarte mis hijos adoloridos, si tú estás corriendo por acá y por allá, tratando de hacer lo que yo le he dado a Mónica para hacer? Ahora, deja de fijar tus ojos en las otras y concéntrate en hacer lo que te encargué a ti.

Unas semanas más tarde, cuando Mónica nos ayudó a llenar nuestros formularios de declaración para pago de impuestos, lo cual era una tarea muy difícil para mí, le comenté que era muy bueno ser hábil en matemáticas.

—Sí —me contestó—, quizás en realidad estoy dotada de algo. Por mucho tiempo pensé que no tenía ningún don. Siempre que miraba por la ventana de nuestra cocina y veía todos los estudiantes que entraban en tu consultorio, decía: “Dios, yo quiero aconsejar también. ¿Por qué no me envías estudiantes como lo haces con Arline? Lo único que yo hago es sumar números en la oficina y visitar unas pocas personas. Yo quiero el don de la consejería”. Pero Dios me mostró que tengo demasiada energía para ser consejera; nunca podría sentarme por tanto tiempo y escuchar todo lo que la gente quiera contarme. Con toda seguridad Él sabe lo que es bueno para cada quien al darnos nuestros respectivos dones.

Nosotras estábamos comparándonos y cada una sintiéndose culpable, o quizás aun celosas, de los dones que Dios les había dado a las otras. También la situación se hubiera podido prestar para decir: “Mónica y Arline no se levantan a las tres de la mañana para orar, eso significa que no están bien con el Señor”, o “Ruth y Arline no están evangelizando, eso quiere decir que no pueden ser verdaderas creyentes, porque todo creyente tiene que hacer de la evangelización su prioridad”. También habiéramos podido decir: “Ruth y Mónica no ayudan a otros a traer sus traumas a Cristo para que puedan entrar en la libertad que Dios tiene para ellos, seguramente son creyentes carnales”.

¡Qué tragedia hubiera sido si no lo hubiéramos descubierto a tiempo! Dios había dotado a cada una de nosotras tres, pero estábamos comparándonos y juzgándonos las unas a las otras. Teníamos que dejar de fijar nuestros ojos en las otras y fijarlos en Cristo, quien da los dones para el bien de todos. Cuando hicimos eso, pudimos apreciar lo que Dios estaba haciendo en y a través de cada una; pudimos dar gracias por los dones de las otras y por los nuestros. Fuimos libres para ser nosotras mismas y libres de competencia las unas con las otras. Yo era libre para ir a cualquiera de las dos cuando necesitaba ayuda en mi trabajo y ellas a su vez eran libres para venir a mí si necesitaban ayuda en lo que estaban haciendo.

Eso no quería decir que nunca evangelizaba o que Dios nunca me despertaba a las tres de la mañana para orar, tampoco quería decir que las otras nunca aconsejaban. Sencillamente quería decir que cada una era libre para ser y hacer lo que Dios había planeado que fuera y le había dado para hacer.

Mientras vivimos en territorio del enemigo aquí en la tierra, Dios nos llama a ser libres en Jesucristo. Él te llama a ti para ser libre. Te llama a ser libre de la condenación de tus acciones indebidas. Te llama a ser libre de tus traumas y heridas. Te llama a ser libre de los puntos débiles y las puertas abiertas que te han venido de generaciones pasadas o de tus propias acciones. Te llama a ser libre para que le oigas llamándote por tu nombre. Te llama a ser libre para que reconozcas y te regocijes por los dones espirituales que te ha dado. Te llama a ser libre para reconocer y regocijarte por los dones que le ha dado a tus hermanos y hermanas en Cristo. Te llama a ser libre a una vida de servicio llena de sentido para servir a Aquel que te ha llamado a Su libertad.

Toma unos momentos ahora mismo para agradecerle la libertad hacia la cuál te está llevando y ábrete para recibir Su amor.